LA REACCIÓN MEXICANA Y SU EXILIO DURANTE LA REVOLUCIÓN DE 1910

Mario Ramírez Rancaño



Las ciencias sociales
SEGUNDA DÉCADA



Instituto de
Investigaciones
Históricas





LA REACCIÓN MEXICANA Y SU EXILIO DURANTE LA REVOLUCIÓN DE 1910



LA REACCIÓN MEXICANA Y SU EXILIO DURANTE LA REVOLUCIÓN DE 1910

Mario Ramírez Rancaño







Instituto de Investigaciones Históricas

MÉXICO 2002





Primera edición, febrero del año 2002

ISBN 970-701-213-7

IMPRESO EN MÉXICO  *PRINTED IN MEXICO*

Amargura 4, San Ángel, Álvaro Obregón, 01000 México, D.F.

Introducción

EN FEBRERO de 1915, Enrique C. Creel, quien entre 1907 y 1911 fue gobernador de Chihuahua, embajador de México en Washington, y secretario de Relaciones Exteriores, viajó a España para entrevistarse con Victoriano Huerta y plantearle, entre otras cosas, que un grupo de mexicanos desterrado en Estados Unidos, había formado un vasto movimiento anticonstitucionalista, en segundo lugar, que para que tuviera éxito, necesitaban una figura política relevante que los aglutinara, y que ésta era justamente él. Pero hubo otro punto que le comunicó y que llama la atención: que al llegar Carranza al poder, *había elaborado una lista* de las personas que se proponía juzgar por traición conforme a la ley de 1862, razón por la que innumerables mexicanos seguían huyendo a los Estados Unidos para evadir la pena de muerte o sufrir una larga prisión.[1]

¿A qué ley se refería Creel? Ocurre que casi al año de levantarse en armas, Carranza resucitó la vieja ley juarista expedida en 1862, que castigaba con la pena de muerte a los *trastornadores del orden público*. Originalmente, la citada ley estaba destinada a castigar a los asaltantes y salteadores de caminos. Con algunas modificaciones, en diciembre de 1913 Carranza la desempolvó, y la hizo del conocimiento público, no para castigar precisamente a los salteadores, sino a los *colaboradores* de Victoriano Huerta. Con los debidos retoques, la citada ley advirtió que se ponía "en vigor la ley del 25 de enero de 1862 para juzgar al general Victo-

[1] Michael C. Meyer, *Huerta. Un retrato político*, México, Domés, 1983, pp. 238-239.

riano Huerta, a sus cómplices, a los promotores y responsables de las asonadas militares operadas en la capital de la república, en febrero del corriente año". Pero no todo quedó ahí. Agregaba que la ley castigaría "a todos aquellos que de una manera oficial o particular hubieren reconocido o ayudado, o en lo sucesivo reconocieren o ayudaren, al llamado Gobierno del General Victoriano Huerta".[2]

Al momento en que Carranza resucitó esta ley, muy pocos mexicanos le pusieron atención, pero en los primeros meses de 1914, y sobre todo al consumarse su ascenso al poder, las cosas cambiaron y muchos de los aliados o simples simpatizantes de Huerta, la recordaron y se pusieron a salvo. Como se puede inferir, en forma estricta, el decreto amenazaba no sólo a los miembros de los gabinetes de Huerta y a sus principales colaboradores, reflejado en los gobernadores, diputados, senadores, sino a *todos* los que lo hubieran *reconocido* o *ayudado*. En otras palabras: al grueso de la población mexicana. ¿Por qué esta afirmación? Porque gran parte de la población mexicana apoyó a Huerta. Esta afirmación no es nueva. En la década de los setenta del siglo XX, el historiador francés Jean Meyer acuñó una frase corta, pero contundente, que reza que "casi todo el México político" de febrero de 1913 a julio de 1914 "fue huertista".[3] Pero no sólo el México político fue huertista, sino también el empresarial y el estudiantil, entre otros.

La lista de exiliados elaborada por Carranza y que Enrique C. Creel le mencionó a Huerta, no es muy conocida. Michael C. Meyer, autor de un libro sobre Victoriano Huerta, que contiene un capítulo intitulado "La revuelta de los desterrados", no dice que la haya consultado[4] ni tampoco Antimaco Sax, una persona versada en estos asuntos, que incluso escribió un libro llamado *Los mexicanos en el destierro*.[5] Como Meyer tenía interés en saber cuántos

[2] El decreto está fechado el 14 de mayo de 1913, pero fue publicado en *El Constitucionalista*, el 4 de diciembre del mismo año. Véase Primera Jefatura del Ejército Constitucionalista, Decretos, s.p.i., p. 16.

[3] Jean Meyer, *La Revolución mexicana*, Barcelona, Dopesa, 1973, p. 44.

[4] Michael C. Meyer, *op. cit.*, p. 238.

[5] Antimaco Sax, *Los mexicanos en el destierro*, San Antonio, Texas, 1916. Por cierto que este personaje tiene visos de ser ficticio y encubrir a un exiliado que por alguna razón no quiso firmar con su nombre verdadero. Es probable que se trate de José Elguero por varias

mexicanos abandonaron el país, hizo una, utilizando información extraída de documentos y archivos de los Estados Unidos, de México, y de algunos periódicos de la región fronteriza. Al hacer su análisis, quedó sorprendido de los *tamaños* y de la importancia de los que llama "proscritos", asegurando que al triunfo de Carranza, cruzaron la frontera, entre los más conocidos: los civiles Enrique Creel, Toribio Esquivel Obregón, Querido Moheno, José María Luján, Francisco S. Carbajal, Federico Gamboa, Jorge Vera Estañol, Luis Fernández Castellot, Miguel Bolaños Cacho, Aureliano Urrutia, Ricardo Gómez Robelo, Nemesio García Naranjo, José María Lozano, Eduardo Tamariz, Jesús Flores Magón, José Elguero, Manuel Calero y Enrique Gorostieta, y los generales Pascual Orozco, Rómulo Cuéllar, Juan A. Hernández, Joaquín Téllez, Jesús González Garza, Luis Medina Barrón, Ignacio Bravo, José Delgado, José Refugio Velasco, Joaquín Maass, Gustavo Maass y Félix Díaz. En suma: 18 civiles y 12 militares, quienes en su mayor parte formaron parte de los gabinetes de Huerta. Pero Meyer advierte que la lista completa de exiliados debió ser impresionante, al incluir también a un número desconocido de personas que se desterraron en forma voluntaria por temor a sufrir represalias por sus simpatías hacia el régimen huertista.[6] En otra parte de su obra, Meyer asegura: "Nunca antes se habían exiliado tantos mexicanos prominentes al mismo tiempo."[7] En su mayor parte, los mexicanos se refugiaron en los Estados Unidos, Cuba, Guatemala, Honduras, El Salvador, Francia y España. La mención que hace Michael C. Meyer de los nombres de algunos exiliados, no deja de provocar asombro puesto que se trataba de personas altamente calificadas, de gran prestigio en su medio profesional, promotoras de iniciativas sobre la nacionalización de la industria

---

razones: Nemesio García Naranjo expresa en sus memorias que el ex director de *El País*, escribió un libro con este título, y en segundo lugar, que se editó en 1916, en San Antonio, Texas, justo donde vivía García Naranjo y editaba la *Revista Mexicana*. Véase las *Memorias de Nemesio García Naranjo. Mis andanzas con el general Huerta*, t. VII, Monterrey, Talleres El Porvenir, s.f., p. 331.

[6] *Ibidem*, pp. 239-240.

[7] Michael C. Meyer, *Huerta*, pp. 238-239.

petrolera, la educación de los niños y adultos, el descanso dominical, el aumento de los salarios, la fragmentación de las grandes propiedades, el sufragio universal, vinculadas a Porfirio Díaz, Félix Díaz y Victoriano Huerta.

Todo indica que la lista citada por Enrique C. Creel, la elaboró Salvador Alvarado en diciembre de 1914, la cual contempla alrededor de 366 personas vinculadas al golpe de Estado de febrero de 1913, a los asesinatos de Francisco I. Madero y José María Pino Suárez, a los integrantes de los gabinetes de Victoriano Huerta y a sus principales allegados.[8] Pero a primera vista, la lista no refleja la magnitud real del exilio durante la Revolución mexicana. Sospechamos que varias de las personas incluidas en la lista, permanecieron en México, sin que nada les pasara, y que otras que no lo estaban, hicieron sus maletas y abandonaron el país.

Justamente, nuestro propósito es incursionar en este tema. Nos interesa recuperar el mayor número posible de exiliados durante la Revolución mexicana, determinar cuál fue su papel político en el México huertista, su suerte en el destierro, el momento de su retorno y, de alguna forma, sus "puntos de vista" acerca de la Revolución mexicana. Un punto de vista calificado de "conservador", pero que en varios aspectos concordaba con las banderas enarboladas por los jefes revolucionarios. Para lograr nuestro propósito, consideramos que lo más pertinente era elaborar una lista propia de exiliados. El recurso más adecuado consistió en hacer un inventario de las fuentes secundarias disponibles, en particular las memorias, biografías, y libros escritos por los propios desterrados. Con las debidas reservas del caso, las hemos utilizado profusamente ya que arrojan información, que de otra forma no hubiera sido fácil de obtener. En segundo lugar, se llevó a cabo un rastreo en el archivo histórico de la Secretaría de Relaciones Exteriores, en donde existen los informes de los cónsules carrancistas distribuidos en las principales ciudades estadounidenses, en La Habana, en Gua-

[8] La lista está reproducida en el libro de Calixto Maldonado R., *Los asesinatos de los señores Madero y Pino Suárez: recopilación de datos históricos*, México, s.p.i., 1922, pp. 44-46.

temala, en París, en Madrid, entre otras, tarea repetida en el archivo Condumex que almacena los archivos de Venustiano Carranza y de Félix Díaz. Con base en este material, se aborda propiamente la magnitud del destierro, quiénes lo compusieron, en qué país se radicaron, su postura ante la evidente consolidación de Carranza, los intentos por derrocarlo por la vía armada y, finalmente, su convencimiento de que su ciclo en la política había concluido, y que si querían volver a México, tenían que solicitarle autorización.

Todo ello nos permitió elaborar una lista impresionante de mexicanos expatriados, alrededor del medio millar, figurando gran número de políticos, intelectuales, militares, miembros del clero, empresarios, hacendados, entre otros. El problema fue que, en muchos casos, sus nombres nada indican y no fue posible determinar qué papel o actividad jugaron durante tales años. En virtud de ello, optamos por depurar la lista y limitarnos a los miembros de los distintos gabinetes de Huerta, los mandos altos del ejército federal, los miembros de la Cámara de Senadores y de Diputados formada por Huerta, la cúpula de la Iglesia católica, algunos políticos porfiristas y maderistas de fama y renombre, así como los miembros del grupo de los científicos, para concluir con algunas figuras del bando de la Soberana Convención de Aguascalientes, en particular los allegados a Francisco Villa, del propio Venustiano Carranza y Emiliano Zapata. Con tales directrices, se logró depurar la lista alcanzado cerca de 300 personas. No se considera a los hacendados ni a los industriales y comerciantes debido a que en nuestra lista son pocos, o resultó imposible identificarlos como tales.

Queda fuera de la investigación la información existente en los archivos estadounidenses, cubanos, franceses, guatemaltecos, y españoles, que seguramente reflejan la otra cara del destierro, la otra cara de la Revolución mexicana. Ello tiene expresión en que aquí, los desterrados fundaron periódicos y revistas, colaboraron en los medios de difusión existentes, participaron en los complots para derrocar a Carranza y ocuparon la atención de los cónsules carrancistas, además de que el impacto de los intelectuales entre la población mexiconorteamericana y en la cubana, fue importante.

Agradecemos el apoyo brindado en todo momento por René Millán, director del Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM, de la secretaria académica Rebeca de Gortari, de Sara Lara y Lili Buj, jefa del Departamento de Publicaciones, del secretario técnico Ricardo Tirado y del secretario administrativo Aureliano Morales. Graziella Altamirano nos proporcionó la referencia bibliográfica sobre la lista de las personas que Carranza pensaba someter a juicio por su participación en el golpe de Estado de febrero de 1913, el asesinato de Madero y Pino Suárez, y por su colaboración con Victoriano Huerta. En la Biblioteca Lerdo de Tejada recibimos el apoyo de Gabino Sánchez Rosales y de Armando Cambronne, en el Centro de Estudios de Historia de México, Condumex, de Josefina Moguel y en el Fondo Reservado de la UNAM de Guadalupe Landa. En cuanto a la recopilación de la información, nos ayudaron dos personas: los alumnos Alejandro del Razo Godínez y Alfredo Rodríguez Espinosa, estudiantes de Historia en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, gracias a una beca del Sistema Nacional de Investigadores.

[*Ciudad Universitaria, 19 de enero de 2001*]

CAPÍTULO I

La problemática del destierro

LA SALIDA de un número elevado de personas de sus países de origen en pleno siglo XX por motivos *políticos*, no sólo fue un fenómeno típico del viejo mundo, sino también latinoamericano. En 1911 sucedió en México, con la caída de Porfirio Díaz y el ascenso de Francisco I. Madero al poder, en 1914 se repitió con la huida del país de Victoriano Huerta; en 1917 en Rusia, durante el derrumbe del régimen zarista provocado por la Revolución bolchevique;[9] en 1938 en España con la guerra civil;[10] al finalizar la década de los treinta y al inicio de los cuarenta en Alemania y Polonia, a causa de la aparición del fascismo;[11] en 1960 en Cuba, al momento de su viraje al socialismo; en la década de los sesenta y setenta, al advertirse la entronización de las dictaduras militares en países de la América del Sur como Chile, Argentina, Uruguay y Brasil; en 1979, con la desaparición de la dictadura somocista en Nicaragua y en Irán con el derrocamiento del Sha y la aparición

[9] Enrique Arriola Woog (coord.), *Sobre rusos y Rusia. Antología documental*, México, Archivo General de la Nación-Biblioteca Nacional, 1994 y Delia Salazar Anaya, *La población extranjera en México (1895-1990). Un recuento con base en los censos generales de población*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1996.

[10] Patricia W. Fagen, *Transterrados y ciudadanos: los republicanos españoles en México*, México, FCE, 1975 y Clara Lida, *Inmigración y exilio. Reflexiones sobre el caso español*, México, Siglo XXI-El Colegio de México, 1997.

[11] Alicia Gojman de Backal (coord.), *Generaciones judías en México. La Kehilá Ashkenazi 1922-1992*, 7 vols., México, Comunidad de Ashkenazi de México, 1993, y de la misma autora, *Historias no escritas. Judíos en México*, México, Cerimavi, 1983 y *La acción revolucionaria mexicanista. Los camisas doradas, 1934-1940*, México, tesis de doctorado en Historia, División de Estudios de Posgrado de la Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, 1998.

de un régimen islámico fundamentalista.[12] En México, el exilio estuvo formado por la llamada "reacción mexicana", integrada por porfiristas, felicistas y huertistas; en Rusia, por la vieja aristocracia y los sectores adictos al régimen zarista; en España, por los sectores republicanos, comunistas y socialistas, enemigos del franquismo; en Alemania y Polonia, por los judíos y gitanos; en Cuba por las clases medias y altas beneficiarias del régimen de Fulgencio Batista y por consiguiente, enemigas del socialismo; en la América del Sur, por las clases medias partidarias de la revolución socialista; y en Nicaragua, por los grupos adictos al general Anastasio Somoza. Con la excepción de Alemania, España, Irán, y hasta cierto punto de Nicaragua, en el resto de los países señalados se produjo una profunda transformación en las estructuras económicas, políticas y sociales. En una palabra: se registró una revolución.

Como en toda revolución, el destierro de los sectores vinculados al viejo régimen se llevó a cabo utilizando métodos violentos, tales como las amenazas, las deportaciones selectivas y en ocasiones masivas, los asesinatos y la incautación de grandes fortunas. Bajo esta mecánica, en Rusia, cientos y aun miles de grandes propietarios feudales, de aristócratas, militares, miembros de la corte del Zar, cruzaron la frontera de su país, desperdigándose por toda Europa y aun América del Norte. Los que permanecieron y se atrevieron a llevar a cabo la resistencia armada, sufrieron la misma suerte del Zar y de su familia, consistente en su ejecución con gran dosis de saña. Para los bolcheviques, la implantación del socialismo no contemplaba negociar con los viejos grupos ni con ninguna clase de disidencia. Son famosas las purgas estalinistas de la tercera y cuarta década del siglo XX, mediante las cuales fueron ejecutados los enemigos del socialismo. Cabe señalar que la misma suerte corrieron los considerados sospechosos. Para la *Nomenklatura* soviética, era ineludible limpiarse el camino de toda clase de enemigos. En España, el general Francisco Franco

[12] Erasmo Sáenz Carrete, *El exilio latinoamericano en Francia: 1964-1979*, México, Universidad Autónoma Metropolitana-Unidad Iztapalapa-Potrerillo Editores, 1995.

hizo una limpia cuidadosa de comunistas y republicanos "ateos", y en general, de los enemigos de Dios y del mundo cristiano. Miles y miles de españoles se desperdigaron por Europa y América Latina, en un largo viaje sin retorno, y allí murieron.

En Alemania, la ideología nazi predicaba la necesidad de forjar una gran nación, con base en una raza "aria" superior. Por lo tanto, eliminar del suelo alemán a las razas consideradas inferiores como los judíos y gitanos, era una tarea urgente. Las masacres y los campos de concentración, de los que aún existen rastros, son el fiel testimonio de la vocación germana por cumplir a sangre y fuego con sus objetivos. Los judíos que corrieron con mayor suerte, se desperdigaron por Europa, Estados Unidos, Rusia, América Latina y el África. En Cuba, para justificar la implantación del socialismo en los años sesenta, Fidel Castro se esmeró en satanizar a las clases medias y altas como las culpables de aceptar el protectorado de los Estados Unidos sobre la isla. Y para reforzar su teoría, los acusó de haber convertido a la isla en un prostíbulo. Como resultante de ello, miles y miles de cubanos salieron de la isla rumbo a los Estados Unidos, y algunos a México y España, entre otros países. Los exiliados que se negaron a aceptar que su patria hubiera quedado convertida en punta de lanza del socialismo en América Latina, en las mismas narices del imperialismo estadounidense, encabezaron dos movimientos contrarrevolucionarios, el de Bahía de Cochinos y el de Playa Girón, que terminaron en un completo desastre. Muchos de los cubanos invasores, pagaron su osadía con su vida o con la prisión. En América del Sur, los gobiernos militares, de tinte burocrático autoritario como algunos especialistas los han definido, buscaron extirpar el virus del comunismo, asesinando a miles y miles de personas. Tanta era su saña que en Uruguay liquidaron a los Tupamaros, en Argentina a los Montoneros, y en Chile al Movimiento de Izquierda Revolucionaria y al Partido Socialista. Los que escaparon de las garras de los militares, se desperdigaron por casi todo el mundo. Ello quiere decir: México, Venezuela, Cuba, Francia, Suecia, Alemania del Este, Rusia, entre otros países. En Irán, las clases

altas, partidarias de la apertura hacia el mundo occidental, escaparon de las garras del ayatola Jomeini quien instauró un régimen fundamentalista fanatizante.

Para lograr resultados positivos, rápidos y eficaces, los nuevos grupos enquistados en el poder, hicieron gala de una notable vocación sangrienta y represiva. De eso no existe la menor duda. En su ansia por consolidarse en el menor tiempo posible, no se dieron el lujo de cometer errores, ya que podían alentar la contrarrevolución. Los testimonios de ello, abundan: Rusia, Alemania, España, Argentina, Chile, Uruguay, entre otros casos.

El exilio en Alemania y Polonia, tuvo un marcado acento racista, no así en Rusia, ni Cuba, Argentina, Chile y Uruguay. Contra lo que pudiera suponerse, en un país con fuerte tradición indígena y mestiza como México, durante la revolución de 1910 estallaron brotes xenofóbicos y racistas. Los jefes revolucionarios, en particular, el ejército de Emilio Madero, Francisco Villa y Francisco Coss, enfocaron sus miras contra algunos grupos extranjeros. Las huestes del primero, en una noche destrozaron la colonia china de Torreón,[13] y los últimos, se ensañaron contra los españoles. Francisco Coss, comandante militar y gobernador de Puebla, expidió un decreto que contemplaba la inmediata salida del país de los empleados y administradores españoles de las fábricas textiles de la zona de Puebla y Tlaxcala. De hecho, la misma animadversión se hizo extensiva a los dueños y administradores de las haciendas de varias partes del país.[14] "Gachupín" llegó a ser sinónimo de capataz y explotador. Ello explica que hacendados como Marcelino G. Prenso, la familia Evans, o el empresario Iñigo Noriega, tuvieran que dejar del país. El límite de la furia antiespañola tuvo su culminación en 1915, con la expulsión de los sacerdotes españoles.[15]

[13] Juan Puig, *Entre el río Perla y el Nazas*, México, Conaculta, Regiones, 1992, pp. 133-316 y Moisés González Navarro, *Población y sociedad en México (1900-1970)*, t. II, México, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales-UNAM, 1974, p. 60.

[14] "Decreto. Departamento ejecutivo. Secretaría General. El General Brigadier Francisco Coss, Gobernador y Comandante Militar del Estado Libre y Soberano de Puebla", en el *Periódico oficial del gobierno constitucionalista del estado de Puebla*, 29 de septiembre de 1914, núm. 27, p. 275.

[15] Moisés González Navarro, *Población y sociedad en México (1900-1970)*, t. I, México, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales-UNAM, 1974, pp. 60-61.

Por la composición de los distintos casos de exiliados, básicamente de clases media y alta, se tuvo efectos positivos en los países receptores. En Rusia, un buen número de los desterrados eran intelectuales, artistas, compositores, propietarios de tierras. En Alemania, no sólo eran comerciantes y empresarios, sino también hombres de letras. El exilio español, del cual se benefició México, estuvo compuesto por intelectuales de altos vuelos y prominentes hombres de empresa. Y en cuanto al exilio de los mexicanos, es posible especular que haya incluido a lo más granado de la inteligencia mexicana, sin menospreciar a los hacendados, y comerciantes. Pocos fueron los mexicanos que cruzaron el océano rumbo a Europa. En su mayor parte se radicaron en los Estados Unidos. En San Antonio, Texas, se contaban por miles los exiliados, pero fue en la parte occidental de Texas, donde se concentró el mayor número. Basta decir que en cinco años, se duplicó la población de El Paso. Algo similar ocurrió en las ciudades de Nueva Orleáns, Nueva York y Los Ángeles.[16] Cuba fue otro de los países preferidos para refugiarse, al grado de formarse colonias importantes en las ciudades de La Habana, Pinar del Río, Matanzas, Las Villas, Camagüey y Oriente. Entre 1913 y 1915 el número de mexicanos en ese país aumentó dos veces y medio.[17]

En términos generales, el exilio tuvo sus diferencias o singularidades. En el viejo mundo, el exilio no tuvo retorno, y los expatriados pocas veces pudieron volver a sus países de origen. Los rusos, judíos, polacos y españoles se dispersaron tanto en Europa como en el continente americano, muriendo en tierra ajena. En la América Latina, tras una o dos décadas de duración, los gobiernos militares abandonaron el poder, haciendo posible el retorno de la democracia. Con ello, el exilio llegó a su fin. Así, los chilenos, argentinos, uruguayos y brasileños, dispersos en varios países latinoamericanos y europeos, pudieron regresar. La única excepción han sido los cubanos, cuyo exilio bordea el medio siglo.

[16]Nemesio García Naranjo, *Memorias de Nemesio García Naranjo. Nueve años de destierro*, Monterrey, Talleres de El Porvenir, s.f., t. VIII, p. 113.

[17]Luis Ángel Argüelles Espinosa, *Temas cubanomexicanos*, México, UNAM, 1989, p. 134.

La pregunta obligada radica en determinar cuántas personas fueron arrojadas de sus países de origen. Se debe advertir, que para principios del siglo XX, no existían censos o fuentes organizadas ex profeso y del todo confiables. Para la segunda mitad del siglo XX, se fundaron organizaciones internacionales como el Alto Comisionado de las Naciones Unidas que, además de llevar un registro del número de exiliados, les brindan ayuda y protección. Con estos antecedentes, los cálculos sobre el total de transterrados varían según las fuentes que se consulten. Para el caso del exilio español, Mauricio Fresco, un funcionario consular mexicano en Francia, aseguró que el número de refugiados españoles en aquel país variaba entre los 400,000 y el medio millón. Hasta cierto punto, el dato fue corroborado por una fuente periodística mexicana. Concretamente, *Excélsior* afirmó que a la caída de Cataluña a manos del ejército de Franco, cerca de 400,000 personas huyeron a Francia. Jacques Vernant, también coincide en que en Francia había cerca de 400,000 exiliados españoles que le costaban al gobierno de este país unos siete millones de francos diarios.[18]

Los republicanos españoles buscaron refugio en la mayor parte de los países de América Latina. Además de México, un número considerable se dispersó en Cuba, República Dominicana, Argentina, Chile y Venezuela. Félix Palavicini indica que el total de refugiados que llegaron por barco a puertos mexicanos, o por tren, procedentes del vecino país del norte, fue por lo menos de 15,000. Mauricio Fresco calcula cerca de 16,000 y otros cálculos son más elevados y fluctúan entre los 20,000 y los 40,000.[19] Cuantitativamente, se establecieron más refugiados en Francia que en ningún otro país, pero México recibió con mucho al contingente más preparado y educado.

En relación al exilio latinoamericano, se calcula que entre 1960 y 1962 dejaron la isla de Cuba alrededor de 200,000 personas, una cantidad elevada considerando el total de la población. Ello implicó una salida de alrededor de 60,000 personas por año, perte-

[18] Datos citados por Patricia W. Fagen, *op. cit.*, pp. 34-35n.
[19] *Ibidem*, p. 40n.

necientes a las clases medias y altas, como lo son empresarios, profesionistas, altos funcionarios, ejecutivos y numerosos trabajadores técnicos y administrativos.[20] En su mayor parte se dirigieron a Miami, distante a menos de un centenar de kilómetros de la isla. En la década de los setenta, el fenómeno del exilio cubano dejó de ser único y se agregó el de otras naciones latinoamericanas. Más fugitivos aparecieron abandonando sus países de origen para librarse de una fuerte persecución política ejercida por los regímenes dictatoriales. En sí mismas, las cifras resultan escalofriantes. Aristide Zolberg, Shurke y Leopoldo Aguayo, en su obra *Escape from violence*, aseguran que poco más de un millón de latinoamericanos abandonaron sus países de origen durante la vigencia de las dictaduras militares. Ellos son 650,000 argentinos, 200,000 chilenos y 200,000 uruguayos. Por lo que respecta a Centroamérica, tan sólo en la década que abarca los años 1975 a 1985, las tensiones sociales en Nicaragua, El Salvador y Guatemala, provocaron el traslado o reacomodo de entre dos a tres millones de personas, a otros lugares del mundo. Aquí, lo grave del caso, fue que a diferencia de otros países, el exilio estuvo formado por los sectores más pobres de la sociedad.[21]

El exilio de la reacción mexicana

Tal como se ha señalado, en la segunda década del siglo XX, en México también se registró un fenómeno similar, el cual no ha atraído la atención de los historiadores. Se habla demasiado de las virtudes de esta revolución, de su carácter reivindicador, de su nueva Constitución política, pero se olvida que también provocó

[20] Jorge Domínguez, "Cuba, 1959-c. 1990", en Leslie Bethell (ed.), *Historia de América Latina. 13. México y el Caribe desde 1930*, Barcelona, Crítica, Grijalbo Mondadori, 1998, p. 188.

[21] Aristide R. Zolberg, Astri Shurke y Sergio Aguayo, *Escape from violence. Conflict and the refugee crisis in the deveolping word*, Nueva York, Oxford University Press, 1989, pp. 199-200 y 210, citado por María Dolores Mónica Palma Mora, *Inmigrantes extranjeros en México. 1950-1980*, tesis de doctorado en Historia, División de Estudios de Posgrado de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, 1999, pp. 73-74.

el destierro de numerosos mexicanos. Los historiadores, obsesionados por la figura de los caudillos de la talla de Francisco Villa, Emiliano Zapata, Venustiano Carranza, Álvaro Obregón, han pasado por alto que, durante la Revolución mexicana, también hubo una sangría de personas de gran talento y preparación. Manuel A. Estela, cónsul mexicano en Estados Unidos, declaró en 1920 que, cuando menos, medio millón de mexicanos "cultos" emigraron a Estados Unidos, Cuba y Europa con motivo de la Revolución. Otras fuentes estadounidenses indican que hubo 300,000 emigrantes definitivos y 400,000 emigrantes temporales.[22] Henry Lane Wilson aporta una cifra mayor. Según sus cálculos, cerca de un millón de mexicanos vivían refugiados en tales años en Estados Unidos, en su mayoría terratenientes, intelectuales y personas de clase media, aunque también había numerosos trabajadores.[23] Naturalmente que estas cifras incluyen a los exiliados, y a las personas que dejaron el país por la sencilla razón de que no aceptaban la violencia crónica y también ansiaban un mejor nivel de vida. Querido Moheno se dio el lujo de asegurar que, durante la Revolución, los mexicanos más valiosos fueron desterrados.[24]

Al mismo tiempo que salía del país el personal político huertista, se intensificaba el flujo de personas que tradicionalmente viajaban a Estados Unidos por razones económicas. Se trataba de las personas que trabajaban en los campos de cultivo, en las minas, en la construcción de los ferrocarriles, y contra los cuales Carranza nada tenía. Moisés González Navarro aporta cifras muy claras al respecto. Expresa que en 1899 los mexicanos representaban tan sólo el 0.05 por ciento de la inmigración total, pero que las cifras cambiaron al estallido de la Revolución de 1910. En 1911 aumentaron al 2.14 por ciento, y con pequeñas variaciones las cifras alcanzaron el 15.9 por ciento en 1918, el 20.4 por ciento en

[22] Manuel Gamio, *Cuantitative Estimate Sources and Distribution of Mexican Inmigration into the United States*, México, Talleres Gráficos y *Diario Oficial*, 1930, vol. 9, p. 1339 y vol. 10, p. 3379, citado por Moisés González Navarro, *op. cit.*, t. I, pp. 35-36.

[23] Citado por Moisés González Navarro, *op. cit.*, t. II, p. 152.

[24] *Revista Mexicana*, núm. 115, 18 de noviembre de 1917.

1919, y el 11.9 por ciento en 1920. Con la pacificación total del país, y la consolidación del nuevo régimen, las cifras disminuyeron.[25]

Ya se va visto cuál fue la justificación utilizada por los grupos de poder en Alemania, Cuba, Rusia, y otros países, para desterrar a una parte de su población. Pero, ¿cuál fue la justificación utilizada por Carranza para provocar la salida de un número hasta hoy desconocido de mexicanos? En principio, castigar a quienes se habían hecho del poder político en febrero de 1913 mediante un golpe de Estado. Esto es, a los que derrocaron a Francisco I. Madero. Para ello resucitó una vieja ley juarista destinada a castigar con la pena de muerte a los trastornadores del orden público. Quiere decir, a los que derrocaron con las armas en la mano a Madero. Pero al igual que en Rusia, España, o Alemania, Carranza necesitaba de algo más para satanizar en grado extremo a sus enemigos ante los ojos de la sociedad mexicana. Lo del golpe de Estado, a fin de cuenta, era un fenómeno que ocurría regularmente en América Latina, sin provocar más que el cambio de dictadores o de presidentes de la república, y el resto seguía igual.

La fórmula utilizada por Carranza consistió en reunir una serie de ingredientes o argumentos, hasta conformar una ideología sumamente poderosa y convincente. Tanto Carranza como sus subalternos predicaron que sus enemigos eran traidores, asesinos, golpistas, apátridas, explotadores, pro clericales, científicos, partidarios y sostenedores de un gobierno ilegítimo, en una palabra, que formaban la llamada "reacción mexicana". Bajo esta categoría englobaron por igual a viejos porfiristas, felicistas y sobre todo huertistas. Pero naturalmente no bastó con llamarlos "reaccionarios". Se les acusó de explotadores inmisericordes de obreros y campesinos, de seres perversos obstinados en negarles sus derechos más elementales como son el derecho al voto, a la sindicalización, al salario justo, a una jornada de trabajo razonable, a la redistribución de la tierra, y a la distribución justa de la riqueza. En síntesis: se les acusó de constituir la columna vertebral de un sistema económico explotador, pro imperialista y por consiguiente entreguista en

[25] Moisés González Navarro, *op. cit.*, t. II, p. 137.

favor de los odiados extranjeros. Para rematar, agregaron que el viejo sistema político y económico se había convertido en un grave obstáculo a la modernización. Para Carranza y sus subalternos, se trataba de los defensores de un sistema que rechazaba los cambios registrados en todos los países del mundo occidental en materia económica, política y social.

Al darse cuenta de la forma en que Carranza y sus subalternos afinaban su arma mortífera, muchas de las personas que se sintieron aludidas, optaron por abandonar el país. No sólo se trataba del personal político, sino de los hacendados y hombres de negocios en general. Sabían que quien no lo hiciera, estaba expuesto a sufrir en carne propia los efectos de la vieja ley juarista. Ante la sola advertencia, salieron del país cientos de mexicanos rumbo a Estados Unidos, Cuba, Guatemala, España y Francia. Así, el exilio mexicano iniciado en forma tímida en 1910, se acentuó en 1914, y estuvo formado por la llamada "reacción mexicana", aunque también hubo personas que no formaban parte de la "reacción", sino que se trataba de gente que en el curso de la lucha armada, consideraron que no estaba obligada a comulgar en todo con Carranza. Al fin de cuenta, todos fueron englobados en el mismo saco. La satanización les afectó por igual. Se convirtió en una suerte de lápida para ellos.

Quizás, en México, el exterminio físico de los enemigos de Carranza no alcanzó las magnitudes sangrientas registradas en Rusia, Alemania, España, Cuba, Chile, Uruguay o Argentina. Eduardo Iturbide, ha dicho que en medio de su salvajismo, los revolucionarios mexicanos, sea cual fuere su bandera, y aun los mismos bandidos, mataban y asesinaban fácilmente a los hombres, pero rarísima vez atacaban a sus familias. En una palabra: respetaban a las mujeres de los caídos y las dejaban abandonar el país para unirse a sus maridos.[26] Pero eso no quiere decir que la represión haya sido menos cruel. Si bien no hubo asesinatos masivos, ello se debió a que los "reaccionarios", pudieron abandonar el país

[26]Eduardo Iturbide, *Mi paso por la vida*, México, Cultura, 1941, p. 180.

a tiempo. Los que se durmieron y no tomaron las precauciones debidas, durante unos meses tuvieron el recurso de refugiarse en el puerto de Veracruz, y ponerse al amparo de las tropas estadounidenses. Pero de que hubo amenazas, las hubo. Prueba de ello fue que abandonaron el país el episcopado mexicano, los intelectuales, gran parte del personal político porfirista, los generales del viejo ejército, un número desconocido de hacendados, comerciantes, entre otros. Y naturalmente que hubo ejecuciones como las de los chinos en Torreón y de españoles en diversas partes del país, las cuales en muchos casos habrá que aclarar. Al igual que el exilio latinoamericano, el mexicano no fue definitivo y duró alrededor de un quinquenio. Pero muchos de los exiliados mexicanos estaban muy viejos, y volvieron sólo para morir.

En estos años, parte del personal político asumió posturas políticas contradictorias, arribistas y oportunistas. Durante el porfiriato, apoyó sin protestar el *establishment*, y lo mismo sucedió durante el maderismo y aun el huertismo. Pero a partir de los primeros meses de 1914, al percatarse de que los Estados Unidos inclinaban la balanza a favor de Carranza, dio el cambiazo y comenzó una añeja, pero sospechosa vocación revolucionaria. Y para incrustarse en las filas constitucionalistas, muchos de sus integrantes no vacilaron en mostrar aspectos siniestros. Desataron una guerra feroz contra varios de sus viejos "compañeros", incriminándolos en el golpe de Estado de febrero de 1913 y en el asesinato de Madero y Pino Suárez. Así fue como legitimaron su nueva posición. El problema fue que incriminaron a muchos de los hombres de valor en el México de finales del siglo XIX y principios del XX. Muchos de ellos habían sido sus viejos camaradas en el Congreso de la Unión, en las aulas de la Universidad Nacional, en las escuelas de Ingeniería, Medicina, Derecho, entre otras. Como en la Rusia soviética, los nuevos hombres fuertes aparecieron convertidos en unos iluminados, y en los constructores del México moderno. Sobre su pasado porfirista y hasta huertista, nada.

Como era previsible, no todos los exiliados estaban conformes con su suerte en el destierro. Habían abandonado el país en forma

tan intempestiva como vergonzosa, y ello era difícil de aceptar. Con su destierro, su proyecto de nación y de gobierno había quedado trunco. Para su sorpresa, varias de sus ideas, en materia económica, política y social, fueron retomadas y defendidas por los jefes constitucionalistas, sin concederles crédito alguno. En este contexto, a partir de 1915 se incubaron diversos planes contrarrevolucionarios, en los cuales los militares figuraron como sus artífices centrales. El más importante, sin duda, fue el encabezado por Victoriano Huerta.

Capítulo II

Un golpe de Estado, en febrero de 1913

En octubre de 1912, dos oficiales del ejército, los generales Manuel Mondragón y Gregorio Ruiz y un civil, Cecilio Ocón, se reunieron en La Habana, Cuba, para montar una conspiración. La razón que los movía era su desilusión con lo que sucedía en México a partir de la caída de Porfirio Díaz. Pasaron lista a las fallidas revueltas antimaderistas que hasta entonces habían estallado, concluyendo que ninguna se había originado en la capital del país. De acuerdo con su análisis, un golpe militar originado en la ciudad de México, les facilitaría hacerse del poder y provocar la adhesión inmediata del resto del país. A finales de octubre, los tres conspiradores regresaron a México, poco después del fracaso de la insurrección de Félix Díaz en Veracruz. Al exponer sus planes a sus íntimos, rápidamente se les sumaron varios felicistas y reyistas destacando Luis Liceaga, Miguel Othón de Mendizábal, Rafael Zayas Enríquez, Samuel Espinosa de los Monteros y Rodolfo Reyes. Alentados por los primeros resultados, los conspiradores pusieron en marcha la siguiente etapa del plan: elegir la cabeza del movimiento. Para tener éxito, no podía ser cualquiera, sino una persona de arrastre y popularidad. Se acercaron a Bernardo Reyes, encarcelado en la prisión de Santiago Tlatelolco, a causa de su fallida revuelta de diciembre de 1911, y a Félix Díaz, recluido en la Penitenciaría del Distrito Federal. Los dos estuvieron de acuerdo con los planes golpistas y apoyaron cada uno de los pasos siguientes.[27]

[27] Pedro González Blanco, *De Porfirio Díaz a Carranza*, Madrid, Imprenta Helénica, 1916, pp. 87-88; *De cómo vino Huerta y cómo se fue*, México, El Caballito, 1975, p. 18, Michael C. Meyer, *Huerta*, p. 51; Friedrich Katz, *La guerra secreta en México 1. Europa,*

El general Bernardo Reyes propuso invitar al complot a Victoriano Huerta, uno de sus viejos correligionarios. Desde su celda, Reyes comisionó a Rafael Zayas Enríquez para que sondeara a Huerta personalmente, pero éste se resistió y comisionó a su vez a dos personas de su confianza: Joaquín Clausell y Fernando Gil. En tales fechas, Huerta estaba en el sanatorio del doctor Aureliano Urrutia, recuperándose de una intervención quirúrgica. Al ser puesto al tanto de los planes y de las personas involucradas, Huerta opinó que si bien era necesario reemplazar a Madero, ése no era el momento adecuado, por lo que se negó a participar.[28]

A lo largo del mes de enero de 1913, se realizaron varias reuniones secretas en la casa del general Gregorio Ruiz. En una de ellas, celebrada a finales de mes, Manuel Mondragón, quien había demostrado ser un excelente reclutador de partidarios, sometió a la consideración del grupo los planes y la fecha de la toma del poder. Después de varias discusiones y del análisis de los pros y los contras, se eligió el 9 de febrero como la fecha para estallar el cuartelazo. Llegado el día, entre las tres y las cinco de la madrugada, el general Manuel Mondragón tocó las puertas de la Escuela Militar de aspirantes de Tlalpan, y las de los cuarteles de Artillería de Tacubaya. Más de 300 elementos de la escuela de aspirantes y cerca de 400 de los cuarteles de artillería, se alistaron en forma rápida y se pusieron a las órdenes de Manuel Mondragón. El general dividió sus efectivos en dos grupos: a uno lo condujo personalmente a la prisión militar de Santiago Tlatelolco y luego a la penitenciaría del Distrito Federal, para liberar a Bernardo Reyes y a Félix Díaz, elegidos como las cabezas del movimiento y, al otro, lo envió al Palacio Nacional con la orden de tomarlo.[29]

Estados Unidos y la Revolución mexicana, México, Era, 1982, pp. 119-120 y Luis Liceaga, *Félix Díaz*, México, Jus, 1958, p. 152.

[28] E.V. Niemeyer Jr., *El general Bernardo Reyes*, Monterrey, Gobierno del Estado de Nuevo León-Centro de Estudios Humanísticos de la Universidad de Nuevo León, 1966, p. 233 y Michael C. Meyer, *Huerta*, pp. 51-52.

[29] Michael C. Meyer, *Huerta*, p. 53, *De cómo vino Huerta y cómo se fue*, p. 19 y Luis Liceaga, *op. cit.*, pp. 151-152.

Al enterarse de que los sublevados habían tomado el Palacio Nacional, el general Lauro Villar, al mando de sesenta soldados, penetró por una puerta lateral desarmando fácilmente a los aspirantes. Así fue como recuperó el Palacio Nacional. Mientras tanto, Bernardo Reyes y Manuel Mondragón se enfilaron en la misma dirección, confiados en que los aspirantes lo tenían bajo su mando. En su mente bullía cumplir el siguiente paso del plan: proclamar a Bernardo Reyes Presidente de la República de manera provisional, en las mismas oficinas presidenciales. Pero en los siguientes minutos su algarabía se tornó en tragedia y esta etapa jamás se cumplió. El general Lauro Villar ordenó a sus soldados abrir fuego en cuanto las tropas rebeldes traspasaran las puertas del Palacio Nacional. Al avizorar la silueta del general Bernardo Reyes, las tropas leales a Madero le descargaron una ráfaga de ametralladora, fulminándolo, y al cabo de un nutrido tiroteo de diez minutos, todo había terminado.[30] Muerto Bernardo Reyes, el resto de los rebeldes retrocedieron hacia el poniente de la ciudad. En medio del desconcierto absoluto, Mondragón y Félix Díaz resolvieron hacerse fuertes en la Ciudadela. No tuvieron problema alguno en tomarla, y después de una breve escaramuza, aquí instalaron su cuartel general que duraría los siguientes diez días.

Horas más tarde, el secretario de Guerra, Ángel García Peña, le informó a Francisco I. Madero lo sucedido. El Presidente acudió personalmente al Palacio Nacional escoltado por un grupo de cadetes del Colegio Militar y una pequeña guardia presidencial. Justo en el trayecto, Madero se encontró con el general Victoriano Huerta, quien al informarse de los acontecimientos, le ofreció sus servicios. Como en tales momentos arreció el fuego, Madero se refugió en un edificio cercano. Huerta lo exhortó a regresar al Castillo de Chapultepec, bajo el argumento de que el Presidente de la República no debía exponerse a tales peligros. Madero rehusó y le pidió

[30]Niemeyer Jr., *op. cit.*, pp. 235-237, Rodolfo Reyes, *De mi vida*, t. II, Madrid, 1930, p. 15, Michael C. Meyer, *Huerta*, p. 54, *De cómo vino Huerta y cómo se fue*, p. 19, Eduardo J. Correa, *El Partido católico nacional y sus directores*, México, FCE, 1991, p. 138 y Luis Liceaga, *op. cit.*, pp. 167-170.

a Huerta que lo acompañara hasta el Palacio Nacional.[31] A su llegada se toparon con que el general Villar estaba herido, y para sustituirlo, el Presidente nombró a Huerta jefe interino de las tropas leales. Una de las primeras medidas del gobierno maderista fue librar la orden de ejecución del general Gregorio Ruiz, que para su desgracia había sido capturado durante la refriega.[32] Gregorio Ruiz había sido uno de los tres conspiradores originales en La Habana.

En los días siguientes sucedió lo inevitable. Los militares diseminados dentro y fuera de la ciudad de México tomaron partido por uno u otro bando. Tanto las tropas gubernamentales como los rebeldes al mando de Félix Díaz y Mondragón recibieron numerosos refuerzos. Los extranjeros se espantaron y buscaron refugio en las distintas embajadas. El centro de la ciudad y las zonas habitacionales adyacentes pasaron a formar parte del campo de batalla. En varias ocasiones, Huerta lanzó a los rurales contra la Ciudadela para desalojar a los felicistas, pero éstos los rechazaron sin problema. El fuego cruzado de artillería redujo a escombros edificios y residencias particulares. A la exhortación de Madero de un mayor uso de la fuerza militar, Huerta replicaba en forma sospechosa que destruir la Ciudadela no significaba problema alguno, pero que los costos serían graves ya que se arrasaría parte de la ciudad.[33]

A seis días de iniciado el golpe de Estado, el embajador Henry Lane Wilson invitó a los ministros británico, alemán y español a reunirse en la sede de la embajada estadounidense para discutir la forma de superar la crisis. Los ministros acudieron y a iniciativa de Lane Wilson, acordaron pedir la renuncia de Madero. El mismo día, treinta senadores, la mayoría de ellos felicistas, se reunieron para tratar el mismo tema. A sugerencia de José Diego Fernández, 27 de

[31] Friedrich Katz, *op. cit.*, t. I, pp. 120-121, Michael C. Meyer, *Huerta*, pp. 54-55, *De cómo vino Huerta y cómo se fue*, p. 20 y Luis Liceaga, *op. cit.*, pp. 177-178.

[32] Michael C. Meyer, *Huerta*, p. 55, *De cómo vino Huerta y cómo se fue*, pp. 20-21, Luis Liceaga, *op. cit.*, pp. 170-171 y Rodolfo Reyes, *op. cit.*, pp. 93 y 103.

[33] Friedrich Katz, *op. cit.*, t. I, p. 121, Michael C. Meyer, *Huerta*, p. 57 y *De cómo vino Huerta y cómo se fue*, pp. 23-24.

ellos votaron por el envío de una delegación para pedirle la renuncia al Presidente. Al día siguiente, se distribuyó profusamente una circular firmada por 89 diputados en la que se criticaba la resolución de los senadores.[34]

Con el transcurso de los días, Huerta dejo atrás su aparente fidelidad a Madero, y puso en práctica lo que también era su idea: desplazarlo. En vista de ello, se reunió en dos ocasiones con los representantes de Félix Díaz, hecho que llegó a oídos del propio Madero.[35] Al parecer, el acuerdo definitivo entre Huerta y Félix Díaz quedó sellado el 16 de febrero. A partir de entonces, la mecánica de los acontecimientos se aceleró. Dos días más tarde, Aureliano Blanquet hizo prisionero a Madero, y al poco tiempo, tanto el vicepresidente Pino Suárez como la mayoría de los integrantes del gabinete, quedaron apresados. El repique de las gigantescas campanas de la catedral metropolitana anunció el fin del movimiento y de la lucha. Los términos del acuerdo entre Huerta y los felicistas nunca han sido revelados.[36]

Lane Wilson invitó a Díaz y a Huerta a la embajada de Estados Unidos para definir quién debía asumir la Presidencia de la República. La reunión tuvo lugar el día 18 a las nueve y media de la noche, y duró más de tres horas. Félix Díaz propuso que el licenciado Luis Méndez ocupara la silla presidencial, pero Huerta opinó que debía ser él. Tenía el control de las fuerzas armadas y no quiso dejar pasar su oportunidad. Henry Lane Wilson dio su apoyo a Huerta y entre gritos y sombrerazos doblegaron a Félix Díaz. El Pacto de la Ciudadela, o de la Embajada, dispuso que Victoriano Huerta tomara posesión de la presidencia en un plazo de 72 horas. Como garantía de que Félix Díaz ocuparía la Presidencia de la República después de Huerta, el gabinete sería felicista. En teoría, Huerta quedaba aprisionado, y sin posibilidad de romper con lo pactado.

[34] Friedrich Katz, *op. cit.*, t. I, p. 125, Michael C. Meyer, *Huerta*, p. 61, *De cómo vino Huerta y cómo se fue*, pp. 26-30 y Luis Liceaga, *op. cit.*, pp. 196-197, 200 y 202.

[35] Friedrich Katz, *op. cit.*, t. I, p. 127, Michael C. Meyer, *Huerta*, p. 61, Luis Liceaga, *op. cit.*, p. 179 y *De cómo vino Huerta y cómo se fue*, p. 50.

[36] Friedrich Katz, *op. cit.*, t. I, pp. 128-129, Michael C. Meyer, *Huerta*, pp. 63-64, Luis Liceaga, *op. cit.*, pp. 207, 208 y 210 y *De cómo vino Huerta y cómo se fue*, pp. 32-33.

Félix Díaz rechazó todo cargo en el gabinete con el fin de iniciar de inmediato su campaña presidencial. El convenio no estipulaba la fecha exacta de las elecciones, pero se supuso que se realizarían al cabo de unas semanas. También se entendía que Huerta apoyaría a Félix Díaz en sus aspiraciones presidenciales. Se le consideraría, algo así, como el candidato oficial.[37]

Pero a Huerta y a Díaz les faltaba derribar otro obstáculo: arrancarle a Francisco I. Madero y a José María Pino Suárez sus renuncias. Ello ocurrió el 19 de febrero y el Congreso de la Unión las ratificó. Tan pronto como las renuncias fueron aceptadas, la Presidencia de la República, como lo estipulada el artículo 81 de la Constitución de 1857, recayó en el secretario de Relaciones Exteriores, Pedro Lascuráin. El nuevo Presidente tomó la protesta del cargo. Su primer acto oficial fue nombrar secretario de Gobernación a Victoriano Huerta, y su segundo y último acto, presentar su propia renuncia. Lascuráin había sido Presidente de México por 56 minutos. En ausencia de vicepresidente y de secretario de Relaciones Exteriores, la presidencia quedaba en manos del secretario de Gobernación. Poco antes de la medianoche, Victoriano Huerta, con 58 años a cuestas, repitió el juramento de toma de posesión del cargo.[38] A juicio de Felipe Tena Ramírez, experto en derecho constitucional, de algún modo partidario de Huerta, se observaron en forma impecable las formalidades constitucionales y por consiguiente, el gobierno de Huerta no fue producto de la usurpación.[39]

Francisco I. Madero y José María Pino Juárez habían sido retenidos en calidad de presos en el Palacio Nacional. Los planes para mandarlos al puerto de Veracruz y luego al destierro a Europa, se cancelaron al ser informado Huerta de que un grupo de maderistas encabezados por el general José Refugio Velasco, planeaba interceptar el tren para rescatarlos y apoyarlos en su retorno al

[37] Friedrich Katz, *op. cit.*, t. I, p. 131, Michael C. Meyer, *Huerta*, p. 66, Luis Liceaga, *op. cit.*, pp. 215-217 y *De cómo vino Huerta y cómo se fue*, pp. 217-218.

[38] Friedrich Katz, *op. cit.*, t. I, p. 132, Michael C. Meyer, *Huerta*, 69, Luis Liceaga, *op. cit.*, pp. 218-219 y *De cómo vino Huerta y cómo se fue*, pp. 161-167.

[39] Felipe Tena Ramírez, *Derecho constitucional mexicano*, México, Porrúa, 1955, p. 73.

poder.[40] El 21 de febrero, Huerta sostuvo su primera reunión con el gabinete, en la que se discutió la situación de Madero y Pino Suárez. En forma unánime, acordaron que ni el exilio ni el encierro en un manicomio eran factibles. Lo procedente era someterlos a juicio político. Como el gobierno necesitaba tiempo para preparar el caso, y en el Palacio Nacional no existían las medidas de seguridad adecuadas, se decidió trasladarlos a la penitenciaría del Distrito Federal. La noche siguiente, durante su traslado, ambos fueron asesinados. Al otro día, la explicación oficial de lo sucedido apareció en todos los periódicos. En un intento por liberarlos, un grupo de maderistas atacó el convoy y en el tiroteo, Madero y Pino Suárez, resultaron muertos. La versión no encontró eco entre la población y nadie la creyó.[41] A la postre, el golpe de Estado y los asesinatos de Madero y Pino Suárez tuvieron graves repercusiones.

A finales de febrero, una semana después de los asesinatos, Huerta recibió la adhesión de un buen número de gobernadores, pero el de Coahuila, Venustiano Carranza, se levantó en armas y el 26 de marzo promulgó el Plan de Guadalupe, acusando a Victoriano Huerta de traición, sin hacer mención de los asesinatos. El plan expresaba que retiraba su reconocimiento al gobierno federal y a los gobernadores que lo apoyaran. A estos últimos les dio un plazo de treinta días para que reconsideraran su actitud. El plan nombraba a Venustiano Carranza "Primer Jefe del Ejército Constitucionalista", y señalaba que él, o alguien designado por él, ocuparía la Presidencia de la República en forma interina, cuando Huerta fuera derrocado y la ciudad de México ocupada. El proyecto era esencialmente político y no encarnaba absolutamente ningún programa de reforma social.[42]

[40] Michael C. Meyer, *Huerta*, p. 76, Friedrich Katz, *op. cit.*, t. I, pp. 132-134, *De cómo vino Huerta y cómo se fue*, pp. 172-173 y Rodolfo Reyes, *op. cit.*, p. 88.

[41] Michael C. Meyer, *Huerta*, pp. 77-78, Friedrich Katz, *op. cit.*, t. I, pp. 134-135, Luis Liceaga, *op. cit.*, pp. 234-235 y 239 y *De cómo vino Huerta y cómo se fue*, pp. 189-197.

[42] "Plan de Guadalupe", en Francisco Naranjo, *Diccionario biográfico revolucionario*, México, INEHRM, 1985, pp. 287-288, Friedrich Katz, *op. cit.*, t. I, pp. 154, 158 y 179 y *De cómo vino Huerta y cómo se fue*, pp. 263-266.

EL MÉXICO HUERTISTA

AL ANUNCIARSE la subida de Huerta al poder, se produjo un fuerte apoyo de la población, la cual estaba cansada del libertinaje en la prensa, del bandolerismo que azotaba el campo,[43] y de las huelgas estalladas en la industria textil. La población ansiaba una política de mano dura que brindara seguridad, tanto en el campo, como la ciudad. Resulta impresionante observar cómo durante meses, los dirigentes de las cámaras agrícolas desfilaron por la Secretaría de Gobernación, para brindar apoyo político y recursos económicos al gobierno de Huerta, a condición de que pacificara el campo. El apoyo a Huerta provino de los hacendados de 18 entidades federativas, a saber: Aguascalientes, Colima, Chiapas, Durango, Guanajuato, Jalisco, México, Michoacán, Morelos, Oaxaca, Puebla, San Luis Potosí, Tabasco, Tamaulipas, Tlaxcala, Yucatán, Zacatecas y por supuesto, el Distrito Federal.[44] Los hacendados de la franja fronteriza norte del país, que cayeron bajo la esfera de dominio de Carranza, no mostraron el mismo interés por apoyar al gobierno de Huerta. Se trataba de los hacendados de la península de Baja California, Sonora, Chihuahua, Coahuila y Nuevo León. Lo mismo se advirtió entre los hacendados de varias entidades situadas en el litoral del Océano Pacífico como Sinaloa, Nayarit o Guerrero. Tampoco los hacendados ubicados en parte del golfo de México ni los del sureste del país mostraron el mismo fervor, por el simple hecho de que la guerra civil no se extendió a entidades como Campeche y Quintana Roo. La excepción la constituyeron los hacendados yucatecos, especializados en el cultivo del henequén.

Pero la adhesión de los hacendados en torno al régimen huertista contagió prácticamente al conjunto de las clases dominantes. Con ello se quiere decir, a una parte de los empresarios textiles de Veracruz, el Distrito Federal, Jalisco, Nuevo León, el Estado

[43] Charles C. Cumberland, *Madero y la Revolución mexicana*, México, Siglo XXI, 1984, p. 228 y *El País*, 2 y 7 de agosto de 1913.

[44] *El Imparcial*, 9 de marzo, 2, 3 y 4 de julio, 4, 11, 18 y 25 de septiembre de 1913, *La semana mercantil*, núm. 17, 28 de abril, núm. 22 del 2 de junio de 1913, *El País*, 1o. de julio de 1913, *La Nación*, 9 de septiembre y 24 de octubre de 1913.

de México, Hidalgo, Guanajuato y Querétaro, organizados en la Confederación Fabril Nacional Mexicana,[45] a una parte de los industriales regiomontanos, a los dueños de la compañía tabacalera El Buen Tono, S.A., a los banqueros, a los grupos petroleros, mineros, a los propietarios de las plantaciones algodoneras y otros empresarios más. Los grandes comerciantes, incluso se ofrecieron para hacer una campaña favorable al gobierno de Huerta por Europa.[46] Para el mes de septiembre, la adhesión era total. Pero en su mayoría, ya no se limitaron a acudir a la Secretaría de Gobernación, sino que desfilaron por el Palacio Nacional, con la esperanza de que Huerta pacificara el país y aplastara a Carranza. En forma reiterada, ofrecieron fondos a Huerta para que pertrechara sus tropas y se destruyeran los focos de insurrección que brotaban por todo el país. En síntesis: para todos los grupos productivos, la prioridad era la pacificación del país y desterrar la inseguridad registrada desde finales del porfiriato y acentuada durante el maderismo. Huerta, lógicamente se mostró muy complacido por la adhesión a su gobierno y aceptó, en nombre de la república, la colaboración y el apoyo material que le ofrecían.

En forma paralela, se consumó la adhesión a Huerta de la mayoría de los gobernadores, de los altos mandos del ejército, de los intelectuales, del episcopado mexicano, de la planta docente y del alumnado de la propia Universidad Nacional, y de las clases medias urbanas. Como entes respetuosos de las instituciones, estos sectores apoyaban a quien ahora representaba el gobierno legítimo. A Madero dejaron de respetarlo, cuando se percataron de su incapacidad para gobernar. No hubo razón para apoyar a Venustiano Carranza, al cual tanto la prensa como el gobierno, calificaban de vulgar bandolero que osaba cuestionar al gobierno legítimo. Bajo este contexto, adquiere expresión la frase acuñada por Jean Meyer, de que todo el México político fue huertista. Pero no sólo el político, sino también el empresarial, el intelectual, el militar y el religioso.

[45] *El Imparcial*, 11 de septiembre de 1913 y el *Boletín del Departamento del Trabajo*, núm. 4, octubre de 1913, pp. 358-359,

[46] *Le Courrier du Mexique*, 26 de septiembre de 1913.

Lo que resulta difícil de comprender, es cómo un gobierno tan fuertemente apoyado, que contaba con la simpatía de los empresarios nacionales y extranjeros, de la mayoría de los gobernadores, que disponía del control del sistema impositivo, de las aduanas, y por lo tanto con los ingresos que éstas generaban, no lograra consolidarse. Parte de la culpa la tuvo el gobierno estadounidense que primero alentó el derrocamiento de Madero, y luego salió con que era sumamente respetuoso del orden y de la legalidad. En segundo lugar, se debió a la tenacidad de Carranza y de los sonorenses por hacerse del poder político, y al Plan de Ayala que agitó a las masas campesinas. Pero hubo otros factores que por azares del destino, favorecieron a la causa carrancista y su triunfo. Se trata de la difusión mundial de las ideas relativas al sufragio universal, el derecho a la sindicalización, la reglamentación de la jornada de trabajo, la fijación de un salario mínimo, el respeto a la mujer durante el embarazo, la prohibición del trabajo a los menores de edad, la formación de partidos políticos, y los embriones nacionalizantes que tienen que ver con la recuperación de las riquezas nacionales. Sus inspiradores lo fueron la encíclica *Rerum Novarum*, los magonistas, los protestantes, los comunistas y anarquistas, los viejos intelectuales, entre otros. Todas estas ideas fueron capitalizadas por Carranza y sus subalternos, quienes en forma sorpresiva se apropiaron de ellas y aparecieron convertidos en agraristas, obreristas, y nacionalistas, banderas con las cuales en principio no comulgaban. El propio Huerta contribuyó a cavar su tumba con su desorden personal, y dejando que sus subalternos asesinaran a sus enemigos políticos, lo cual le creó una fama siniestra.

La postura del gobierno de Washington

Al hacerse cargo del poder Ejecutivo, el general Victoriano Huerta escribió la carta protocolaria que se acostumbra dirigir a los jefes de Estado de los países con que se mantienen relaciones diplomáticas. La carta fue contestada por los gobiernos de Gran

Bretaña, Alemania, Francia, Rusia, España y Japón, y los gobiernos de América Latina, pero jamás llegó la respuesta de la Casa Blanca.[47] En un principio, el asunto no preocupó a nadie porque William Howard Taft estaba a punto de dejar la presidencia de Estados Unidos, y lo lógico era que le dejase a su sucesor la rutinaria encomienda. De esta manera, Woodrow Wilson podría transmitirle al nuevo presidente de México, lo que estimase justo y apropiado para fortalecer la amistad internacional. Pero pasaron los meses de marzo, abril, mayo y junio, sin que llegara la ansiada respuesta. Coincidiendo con el silencio de la Casa Blanca, algunos periódicos de Nueva York y de Washington iniciaron una campaña agresiva contra México. Finalmente, a finales de julio se anunció que pronto llegaría a nuestro país, Mr. John Lind, con la representación de Woodrow Wilson, para manifestar las condiciones que Estados Unidos imponía al gobierno de México para reconocerlo. Llegó Lind y transcurrieron varios días de expectación.[48] En agosto de 1913, este emisario le presentó a Huerta un comunicado que en esencia planteaba que abandonara la Presidencia de la República, lo que resultaba contradictorio por una sencilla razón. Wilson no reconocía al gobierno de Huerta, pero le exigía que renunciara. Asimismo, exigía que al llevarse a cabo las elecciones presidenciales, Huerta no se presentara como candidato.

La eliminación de los felicistas del gabinete

La Constitución de 1857 especificaba que los presidentes de la república debían gobernar con el concurso de los integrantes de su gabinete. Pero, a consecuencia de su personalidad, de estar rodeado por personas impuestas por Félix Díaz, y las circunstancias propias de la guerra, la relación de Huerta con los miembros de su gabinete fue desastrosa. En los 17 meses que ocupó el cargo, las nueve secretarías del gabinete estuvieron a cargo de 32

[47] Michael C. Meyer, *Huerta*, pp. 121-124 y Friedrich Katz, *op. cit.*, t. I, pp. 195-196.

[48] Nemesio García Naranjo, *Memorias*, t. VII, pp. 77-80 y Michael C. Meyer, *Huerta*, pp. 121-126, 131-132.

personas diferentes. La cartera más importante, la de Relaciones Exteriores, estuvo a cargo de cinco personas, y lo mismo sucedió con la de Fomento y la de Instrucción Pública. Gobernación tuvo a cuatro titulares y, con tres, figuran Justicia y Hacienda. Los altos funcionarios fueron trasladados de una secretaría a otra, con tanta rapidez, que no tuvieron tiempo para compenetrarse de la naturaleza de sus funciones. El gabinete original, designado por el Pacto de la Embajada, puso al servicio de Huerta a varios de los hombres de mayor talento y experiencia de México. Francisco León de la Barra había sido embajador en Washington y secretario de Relaciones Exteriores con Porfirio Díaz, y después del derrocamiento de Díaz, fue Presidente interino de la república. Alberto García Granados, el nuevo secretario de Gobernación, tuvo el mismo cargo con León de la Barra. El nuevo secretario de Instrucción, Jorge Vera Estañol, también había ocupado ese cargo en el interinato de León de la Barra. El secretario de Hacienda, Toribio Esquivel Obregón, en quien Madero pensó alguna vez como compañero de fórmula en la vicepresidencia, había fungido como emisario de paz en mayo de 1911, cuando el ejército de Díaz fue derrotado en Ciudad Juárez, y gozaba de la reputación de ser una de las personas más eruditas en materia financiera de México. El general Manuel Mondragón, un experimentado oficial de artillería, autor de varios libros de táctica militar, fue elegido como secretario de Guerra, mientras que el talentoso Rodolfo Reyes, hijo de Bernardo Reyes, fue nombrado secretario de Justicia. El único que no tenía tantos laureles era el secretario de Fomento, Alberto Robles Gil, quien había sido gobernador de Jalisco. Formado por hombres experimentados, auténticas luminarias en el terreno académico y profesional, el gabinete ha sido uno de los más brillantes del México del siglo XX.[49]

Como Huerta no tenía interés en colaborar con personas que le había impuesto Félix Díaz, a la primera oportunidad se desembarazó de ellas. De ninguna manera estaba dispuesto a compartir el poder con los felicistas, sus aliados en el derrocamiento de Madero.

[49] Rodolfo Reyes, *op. cit.*, pp. 61-64 y Michael C. Meyer, *Huerta*, p. 156.

Las renuncias de los miembros originales de su gabinete se sucedieron entre la primavera y el verano de 1913. El secretario de Gobernación, Alberto García Granados, fue su primera víctima. La disputa tuvo su origen en la decisión de Huerta de enviar ciertos contingentes de rurales hacia regiones que García Granados consideraba inconvenientes. Otro factor fue la decisión de Huerta de designar a Joaquín Pita, inspector general de Policía, a quien García Granados calificaba de inepto. García Granados renunció el 23 de abril, dando por explicación motivos de salud. Resulta significativo que Huerta no consultara con Félix Díaz quién debía ser la persona que sustituyera a García Granados, como lo estipulaba el Pacto de la Embajada. El doctor Aureliano Urrutia, compadre de Huerta, entró en lugar de García Granados.[50]

Antes de que transcurriera un par de meses de la renuncia de García Granados, un prominente felicista, el secretario de Guerra, Manuel Mondragón, siguió su camino. A mediados del verano, el secretario de Hacienda, Toribio Esquivel Obregón, también abandonó el gobierno al entrar en fuertes discrepancias con Huerta. Rodolfo Reyes, fue uno de los últimos en retirarse, posiblemente debido al afecto que Huerta guardaba hacia su padre. Para septiembre de 1913, el primer gabinete había sido totalmente renovado. La mayoría de los secretarios despedidos se acogieron al destierro y sólo unos cuantos permanecieron en México. Francisco León de la Barra continuó al servicio del gobierno gracias a que sólo tuvo pequeños desacuerdos con el gobierno. Fue designado enviado extraordinario y ministro plenipotenciario en Francia y Gran Bretaña.[51]

Como sustitutos, el Presidente escogió a hombres no menos talentosos, pero considerados huertistas leales. Algunos como José López Portillo y Rojas, habían militado en las filas reyistas al final del porfiriato. Otros como Aureliano Urrutia, cirujano famoso, era su amigo personal. La credencial de José María Lozano era su

[50] Antimaco Sax, *op. cit.*, p. 49 y Michael C. Meyer, *Huerta*, p. 157.

[51] *El Imparcial*, 8 de julio de 1914, *El Liberal*, 3 de noviembre de 1914 y Michael C. Meyer, *Huerta*, pp. 158-159.

odio acendrado a Félix Díaz. Nemesio García Naranjo y Querido Moheno se habían hecho famosos por su constante oposición a Madero en 1912. Pero a éstos y otros secretarios de Estado, escogidos personalmente por Huerta, no les fue mejor. La danza en el gabinete continuó y a la caída de Huerta, todos pagaron las consecuencias teniendo que exiliarse.

La disolución del Congreso de la Unión

El 1o. de septiembre, el Congreso de la Unión inició su periodo de sesiones, bajo los más negros augurios. El día 17, Huerta nombró al diputado Eduardo Tamariz, miembro el Partido Católico, secretario de Instrucción Pública. El artículo 58 de la Constitución especificaba que era indispensable solicitar licencia, antes de que un diputado ocupara un puesto en el gabinete. Como se ha expresado, la solicitud fue enviada a la cámara el 17, pero no se discutió sino hasta el día siguiente. Partiendo del supuesto de que no habría problema, Tamariz tomó la protesta de ley la mañana del 18, antes de que su licencia se acordara en la cámara. De inmediato, los enemigos de Huerta lo acusaron de violar la Constitución y el escándalo estalló. Los debates en la Cámara de Diputados fueron acalorados. Los miembros del Partido Católico trataron de frenar los ataques, apelando al patriotismo de sus colegas, pero no tuvieron éxito. La alianza entre los diputados felicistas, y los considerados independientes, enfurecidos por la violación de la Constitución, sumaron 108 votos contra apenas veinte.[52] A finales de septiembre, envalentonados por su victoria, numerosos diputados de oposición empezaron a criticar al régimen. Los sarcasmos y ataques velados fueron abandonados y se atacó directamente al propio Presidente. Los discursos de Belisario Domínguez fueron los más incendiarios, y otros diputados y senadores se unieron a tales andanadas.

[52]Michael C. Meyer, *Huerta*, pp. 161-162 y *De cómo vino Huerta y cómo se fue*, pp. 324-326.

El 8 de octubre desapareció el senador Belisario Domínguez y la Cámara de Diputados envió una comisión a entrevistarse con el secretario de Gobernación, Manuel Garza Aldape, para aclarar lo sucedido con el senador, y acordó mantenerse en sesión permanente hasta recibir una respuesta satisfactoria. La delegación regresó a la cámara con la noticia de que Garza Aldape carecía de información. Al finalizar la tarde del 9 de octubre comenzaron a circular rumores en la ciudad de México, señalando que Belisario Domínguez había sido asesinado.[53] Huerta se dio cuenta de que los felicistas y otros enemigos de su gobierno capitalizarían el suceso, retirándole su apoyo y exigiéndole su renuncia.

Acorralado, Huerta convocó esa misma noche a una sesión urgente a los miembros de su gabinete. Manuel Garza Aldape, apoyado por Aureliano Blanquet, sugirió disolver el Congreso, antes de que éste tomara la iniciativa y exigiera la renuncia de Huerta. El secretario de Relaciones Exteriores, Querido Moheno, y el secretario de Justicia, Enrique Gorostieta, argumentaron que esta medida era demasiado drástica. Sin embargo, la línea dura se impuso. En la madrugada del día siguiente, Huerta tomó la decisión de disolver el Congreso de la Unión y arrestar a todos los diputados considerados enemigos de su gobierno. La selección de los enemigos se llevó a cabo en el acto y de una manera arbitraria. En la lista quedaron incluidos Jorge Vera Estañol y Rodolfo Reyes, dos de los miembros del gabinete original de Huerta, que al renunciar, habían recuperado sus curules. El 10 de octubre, a las tres de la tarde, al llegar los diputados a la sesión vespertina, encontraron un batallón policiaco en el interior de la Cámara, mientras que afuera estaban apostados numerosos elementos del ejército. El secretario de Relaciones Exteriores fue designado para anunciar la resolución tomada por el gobierno. Apenas se abrió la sesión, el secretario Querido Moheno, visiblemente agitado, pidió

[53] Michael C. Meyer, *Huerta*, pp. 152-153 y 163, Friedrich Katz, *op. cit.*, t. I, pp. 145-146, Eduardo J. Correa, *op. cit.*, pp. 165-166 e *Historia de la Cámara de Diputados de la XXVI Legislatura federal*. T. VI. *La contrarrevolución en el gobierno*, Selección y guías de Diego Arenas Guzmán, México, INEHRM, 1977, pp. 273-274.

a los diputados que anularan los cinco puntos que habían acordado en la víspera. A su juicio, este acto constituía una injerencia en las atribuciones del Poder Judicial. Los diputados, a su vez, exigieron que la policía y las tropas se retiraran de la Cámara. El secretario se negó y nadie cedió. En vista de ello, Querido Moheno leyó el decreto redactado por la mañana, que contemplaba que la Cámara de Diputados quedaba disuelta. Concluida la lectura, anunció que se convocaba al pueblo mexicano a elecciones extraordinarias de diputados y senadores para el 26 de octubre. Cuando los diputados se levantaron para abandonar el recinto, entraron contingentes militares y policiacos para arrestarlos. Ochenta y cuatro fueron detenidos ahí mismo, y en el curso de las veinticuatro horas siguientes, otros veintiséis se les agregaron en la penitenciaría. Sólo uno de los ciento diez diputados detenidos era del Partido Católico. Era un diputado de Chiapas, quien siendo amigo personal de Belisario Domínguez, se había expresado en términos muy duros contra el gobierno por el asesinato de su paisano.[54]

DE LA DEFENSA DEL PUERTO DE TAMPICO A LA INVASIÓN DEL PUERTO DE VERACRUZ

EN ENERO DE 1914, Wilson levantó el embargo de armas y municiones, y a partir de ese momento los carrancistas compraron todos los fusiles y el parque deseado. Se avivó el fuego de la guerra civil, pero las llamaradas no alcanzaban las proporciones suficientes para derrocar a Huerta. Pasaron los meses de febrero y marzo y Huerta continuaba en la presidencia de México. Una escuadra de acorazados estadounidenses amenazaba al puerto de Tampico y otra flota tenía en jaque la ciudad de Veracruz. Como

[54] Michael C. Meyer, *Huerta*, p. 165, Friedrich Katz, *op. cit.*, t. I, p. 146 y *De cómo vino Huerta y cómo se fue*, pp. 376-385. Los cinco puntos a los que aludió Moheno eran los siguientes: la designación de una comisión de tres miembros para determinar las circunstancias exactas de la desaparición de Domínguez; la formación de una comisión senatorial similar; la formulación de recomendaciones para aclarar el asesinato; la exigencia al Ejecutivo de que estaba obligado a respetar las vidas y los derechos de los funcionarios civiles, y la advertencia de que si el incidente se repetía, el Congreso se trasladaría a otro sitio, en donde sus garantías fueran respetadas.

Huerta tenía cerradas las puertas del mercado bélico de Estados Unidos, fijó sus miras en Alemania. El gobierno alemán no tenía motivo para oponerse a la operación comercial, y la casa Krupp le vendió fusiles, ametralladoras, cañones, y los embarcó en el trasatlántico Ypiranga que se acercó a aguas veracruzanas en abril de 1914. Wilson advirtió que Huerta iba a fortalecer su ejército con aquel cargamento bélico y para impedir su desembarco, cocinó el incidente de la bandera en Tampico.[55]

¿De qué incidente se trata? La mañana del 9 de abril de 1914, el capitán Ralph T. Earle, del buque "Dolphin", anclado en la bahía, ordenó al alférez Charles Copp que se internara en territorio mexicano, en un bote ballenero hasta un almacén, para comprar gasolina. El almacén estaba ubicado a unos cien metros del puente de Iturbide por el cual los constitucionalistas habían intentado penetrar dos veces a la ciudad. Los marines llegaron hasta el almacén sin problema alguno, pero al estar cargando el combustible, se les acercó un pequeño destacamento de soldados mexicanos. Después de detenerlos, se les condujo al cuartel del coronel Ramón H. Hinojosa, en donde les llamaron la atención por estar en una zona prohibida sin contar con permiso especial. A continuación, se les dejó en libertad, y se les permitió cargar la gasolina y regresar a su barco.

Sin saber que los marines habían sido liberados, el contralmirante Henry T. Mayo ordenó al capitán Earle y al cónsul Clarence Miller, dirigirse al cuartel general de Morelos Zaragoza, para presentar una firme protesta. El general Morelos Zaragoza no supo del incidente, sino hasta que llegaron los estadounidenses, e inmediatamente se disculpó. Atribuyó el hecho a la estupidez del coronel Hinojosa y prometió castigarlo ordenando de inmediato su arresto. El cónsul Miller y el capitán Earle quedaron satisfechos con la explicación y se retiraron, pero el contralmirante Mayo calculó que podría sacar ventajas adicionales del suceso, e inventó que el ballenero utilizado por los marines navegaba con bandera estadounidense, lo que a su juicio era suficiente para exigir un desagravio formal.

[55]Nemesio García Naranjo, *Memorias*, t. VII, pp. 364-366 y Michael C. Meyer, *Huerta*, pp. 220-212.

Sin comunicar sus planes al gobierno de Washington o al almirante Frank F. Fletcher, quien estaba en Veracruz, presentó sus exigencias al comandante mexicano que incluían: el desagravio formal a la bandera; que el desagravio fuera encabezado por el general Morelos Zaragoza y los miembros de su Estado Mayor; la seguridad de que el coronel Hinojosa sería castigado con sumo rigor; y, lo más importante, el izamiento de la bandera estadounidense en un lugar estratégico de la playa y el disparo de 21 cañonazos de salva, para rendirle honores. Todas estas demandas debían cumplirse en un plazo de 24 horas. La reacción del general Morelos Zaragoza fue de estupor, y le informó a Mayo que no tenía atribuciones para cumplir con tales exigencias. Que primero debía comunicárselas a su gobierno y recibir instrucciones. Asimismo, le recordó al contralmirante que ya había ordenado el castigo de Hinojosa. Morelos Zaragoza envió las demandas americanas a sus superiores en la capital de la república.

En la ciudad de México, los sucesos ocasionaron suma consternación agravados por el hecho de que Huerta recibía informes contradictorios. Mayo afirmaba que el ballenero llevaba la bandera de los Estados Unidos, mientras que Morelos Hinojosa lo negaba en forma categórica. Hubo demoras al descifrar los mensajes y más al transmitirlos a la Secretaría de Guerra y a la de Relaciones Exteriores. La cosa se agravó debido a que el plazo de 24 horas otorgado por Mayo casi estaba vencido.[56] Después de conferenciar con su gabinete y algunos congresistas, el presidente Wilson acordó tomar una medida drástica contra los mexicanos que en forma terca se resistían a cumplir con sus exigencias. En

[56] El firme creyente del respeto y de la legalidad, Wilson era todo un espécimen. Pasó de la rectoría de la Universidad de Princeton, a la gubernatura de Nueva Jersey y luego a la Presidencia de Estados Unidos. Ya en esta posición, trató con el mismo rasero no sólo a Huerta sino a los gobiernos de otros países que osaban pensar distinto a él. Ocupó militarmente la república de Haití, confirmó la intervención yanqui en Santo Domingo, le exigió tratados onerosos a Nicaragua y El Salvador y se abrogó el derecho de revisar, esto es, de hacer las elecciones en Cuba. Su torcida legalidad lo orilló a cometer otro atentado contra México: bombardear e invadir el puerto de Veracruz. Véase a Nemesio García Naranjo, *Memorias*, t. VII, pp. 259-261. Asimismo véase a Michael C. Meyer, *Huerta*, pp. 215-218 y Friedrich Katz, *op. cit.*, t. I, pp. 226-229.

la tarde del 14 de abril ordenó a la flota del Atlántico que se adentrara en los puertos de Tampico y Veracruz. La invasión al puerto de Veracruz tuvo lugar el 21 de abril de 1914. Gustavo Maass, comandante de las fuerzas federales, hizo frente a las fuerzas estadounidenses, pero su situación se tornó desesperada, ya que parte de sus fuerzas habían sido enviadas a Tampico para reforzar las de Morelos Zaragoza. El general Maass, se replegó en Tejería para tomar medidas preventivas que impidieran el avance de los estadounidenses hacia la ciudad de México, lo cual finalmente no ocurrió. Con sus fuerzas diezmadas, Huerta no estaba en condiciones de repeler la invasión estadounidense, ni tampoco de derrotar a los constitucionalistas.[57]

Las conferencias de Niagara Falls

Huerta aceptó los buenos oficios ofrecidos por los gobiernos de Argentina, Brasil y Chile para resolver el conflicto con los Estados Unidos a causa de la invasión al puerto de Veracruz. Inmediatamente se hizo necesario nombrar a los delegados que representaran a México en las conferencias de Niagara Falls. El secretario de Hacienda, Adolfo de la Lama, le propuso a Huerta una comisión integrada por Emilio Rabasa, Agustín Rodríguez y Luis Elguero.[58] Ninguno de los tres era amigo de Huerta. La opinión pública recibió el acuerdo presidencial con aplausos ya que los tres abogados se caracterizaban por su inteligencia, sabiduría y honorabilidad. Sin embargo, las citadas conferencias de nada sirvieron. A Wilson se le olvidó discutir que su bandera había sido ultrajada en Tampico, que había que desagraviarla con 21 cañonazos, y que sus marines habían sido reprendidos por el coronel Hinojosa. Lo único que le interesaba era que Huerta dejara la Presidencia. Los delegados de los Estados Unidos insinuaron la conveniencia de

[57] Michael C. Meyer, *Huerta*, p. 222 y Friedrich Katz, *op. cit.*, t. I, p. 228.

[58] Antimaco Sax, *op. cit.*, p. 64, Michael C. Meyer, *Huerta*, p. 229, Friedrich Katz, *op. cit.*, t. I, pp. 231-232 y Nemesio García Naranjo, *Memorias*, t. VII, p. 368.

que Huerta se retirara de la Presidencia de la República y entregaron una lista de las personas que a su juicio podían substituirlo, en el entendido de que cualquiera de ellas recibiría el beneplácito de la Casa Blanca. La nómina contemplaba a Fernando Iglesias Calderón, Manuel Vázquez Tagle, Eulalio Gutiérrez, Eliseo Arredondo, Francisco S. Carbajal y otros.

Por su parte, los delegados mexicanos expresaron que el puerto de Veracruz estaba invadido, y para contener el alud de exigencias estadounidenses, manifestaron que enviarían la lista de los "presidenciables" a Huerta, con el fin de que se resolviera lo que considerara pertinente. Huerta recibió el documento y contestó a sus delegados que estaba dispuesto a designar a Francisco S. Carbajal como secretario de Relaciones Exteriores, a fin de que lo sustituyera en la Presidencia de la República. Al enterarse de ello, Emilio Rabasa manifestó a sus compañeros de delegación, que iba a comunicar a los representantes estadounidenses, la decisión de Huerta de retirarse del mando, pero Agustín Rodríguez le aconsejó que no lo hiciera, sin antes asegurarse de que las tropas de Funston se retiraran de Veracruz, y Carbajal recibiera el beneplácito del gobierno estadounidense. Emilio Rabasa respondió que resultaba inútil poner estas condiciones, ya que los estadounidenses se habían enterado de la decisión de Huerta. Como se infiere, los resultados de sus gestiones fueron adversos, y los delegados nunca se dieron cuenta de ello, porque cuando regresaron a México, Huerta ya había renunciado.[59] Como era de preverse, Emilio Rabasa, Agustín Rodríguez y Luis Elguero fueron considerados como engranajes del gobierno huertista, y el primero tuvo que exiliarse en Estados Unidos.

UN ATENTADO CONTRA HUERTA

A FINALES de mayo de 1914, Victoriano Huerta iba en automóvil rumbo a su casa de campo en Popotla, y estuvo a punto de ser asesinado. Tres individuos parapetados en una zanja que quedaba

[59] Nemesio García Naranjo, *Memorias*, t. VII, pp. 313-317.

al lado de la calzada, dispararon sus rifles contra el Presidente. Ninguno de los tiros hizo blanco y el automóvil continuó su marcha como si nada hubiera sucedido, pero detrás del vehículo del general Huerta, iba el del general Ignacio A. Bravo, comandante militar de la ciudad de México. Acompañado por un ayudante, descendió a la zanja, y como los asaltantes habían agotado todos sus proyectiles, no pudieron defenderse y se entregaron sin hacer resistencia. El general Bravo giró su vista en torno de aquel lugar, buscando un sitio apropiado para fusilarlos y lo primero que se presentó a sus ojos, fue la Escuela Nacional de Agricultura. En la puerta de entrada había un centinela armado con un rifle Mausser, lo que le hizo suponer que se trataba de un plantel militarizado. Sin hacer averiguaciones, penetró en la escuela y llamó al director, ordenándole que formara a todos los alumnos porque iba a ordenar unos fusilamientos. El director le informó que aquello no era un cuartel sino un centro de enseñanza, pero Bravo replicó que no estaba acostumbrado a que sus órdenes se discutieran, y que desde el momento en que las personas empuñaban rifles y vestían el traje militar, no debían asustarse de las ejecuciones. Unos minutos más tarde un piquete de gendarmes del ejército disparaban sobre los tres desdichados que atentaron contra la vida de Huerta.[60] Como la Escuela Nacional de Agricultura dependía de la Secretaría de Agricultura, Eduardo Tamariz consideró que se había violado su esfera de actividades y el 29 de mayo renunció.

La huida de Victoriano Huerta

A partir de la invasión al puerto de Veracruz, el ambiente en la ciudad de México se tornó extremadamente tenso. Victoriano Huerta quedó obligado a combatir en dos frentes: por un lado contra los constitucionalistas y por el otro, contra los invasores estadounidenses. Huerta y sus aliados civiles y militares se percataron que la única salvación del régimen radicaba en lograr el apoyo del pueblo en general, y quizás de parte de sus enemigos. Como esto

[60] Nemesio García Naranjo, *Memorias*, t. VII, pp. 308-309.

último se intentó y no cuajó, la alarma cundió puesto que día con día las tropas carrancistas avanzaban hacia el centro del país. En estas condiciones, la unidad del ejército se empezó a resquebrar y no pocos militares dieron muestras de desmoralización. De cualquier forma, hasta donde se sabe, no existió militar alguno de alto rango que conspirara e intentara derrocarlo. Mientras tanto, continuaban huyendo al puerto de Veracruz multitud de personas incluyendo varios ex colaboradores de Huerta. Hubo días en que salieron de la ciudad de México trenes repletos de políticos, intelectuales, hacendados, sacerdotes, personajes del medio artístico y teatral. En el puerto, los hoteles resultaron insuficientes para alojar a tantas personas, los víveres se encarecieron, los restaurantes y cafés siempre estaban llenos, lo mismo que las calles y parques. Todas las mañanas, las compañías marítimas tenían frente a sus oficinas a numerosas personas que buscaban el ansiado boleto para emigrar a Estados Unidos, Cuba o Europa. Como era natural, aparecieron gestores que ofrecían sus servicios para tramitar la salida y se movían todo tipo de influencias.[61]

Al inicio de la segunda semana de julio, Huerta consideró que su régimen había llegado a su fin, e inició los preparativos para salir del país. Sabía que si tardaba más tiempo, los carrancistas lo podrían atrapar y fusilar en la propia ciudad de México. Como primera medida, dictó las órdenes pertinentes para trasladar a su esposa y a las de sus principales colaboradores a Puerto México, para embarcarlas con destino a cualquier parte del mundo. Desde las primeras horas del 14 de julio, se registró un gran movimiento en la estación del Ferrocarril Mexicano. Sucede que, a pedido urgente del gobierno, varios carros se preparaban para evacuar de la ciudad de México a las familias de los altos funcionarios. A las siete y media de la noche quedaron listos tres carros de pasajeros y cuatro de carga, los cuales fueron trasladados a las cercanías de la Villa de Guadalupe. A los pocos minutos llegaron hasta allí en poderosos automóviles, las familias de los generales Victoriano Huerta,

[61] Leonardo Pasquel, *La Revolución mexicana en el estado de Veracruz*, t. II, México, INEHRM, 1972, pp. 154 y 155.

Aureliano Blanquet, Luis Fuentes, Alberto Quiroz, Hernández, Paredes, y del coronel Carlos Águila, entre otros. Al filo de la media noche, los furgones partieron rumbo a Puerto México, a donde llegaron al día siguiente por la mañana, precedidos por un convoy militar con 400 elementos de tropa. En la retaguardia llegaron dos trenes más con 900 soldados. Inmediatamente las mujeres abordaron el vapor inglés Bristol protegidos por una doble valla de tropas federales. Los varones permanecieron en tierra, en el entendido de que abordarían el Bristol si estallaba algún disturbio en su contra en Puerto México.[62]

A medio día del 15 de julio, Victoriano Huerta comisionó al jefe de su Estado Mayor, general Ramón Corona, para que gestionara la dimisión de todos los secretarios de Estado, excepto de Francisco S. Carbajal, titular de Relaciones Exteriores. Tan pronto fueron informados, todos redactaron sus renuncias y las dependencias quedaron al mando de los subsecretarios. Así, presentaron su renuncia Aureliano Blanquet a la Secretaría de Guerra, Ignacio Alcocer a la de Gobernación, Nemesio García Naranjo a la de Instrucción Pública, Arturo Alvaradejo a Comunicaciones y Obras Públicas, Enrique Gorostieta a la de Justicia, Salomé Botello a la de Fomento, y Carlos Rincón Gallardo a la de Agricultura y Colonización.[63]

Una vez que presentó su renuncia a las seis de la tarde, Huerta y varios de sus ex colaboradores abordaron varios automóviles y se enfilaron a la estación de Los Reyes, del Ferrocarril Interoceánico, distante 18 kilómetros del centro de la capital de la república. Enterados de su fuga, algunos vecinos de las calles cercanas a San Lázaro, salieron a sus balcones para observar el paso de los automóviles. En Los Reyes los fugitivos abordaron un convoy especial el cual iba precedido por un tren explorador con tropas del 29o. Regimiento, partiendo a las diez de la noche rumbo a la estación de Irolo. Aquí abandonaron el convoy del Ferrocarril Interoceánico y abordaron otro del Mexicano. En plena madrugada partió el

[62] *El Imparcial*, 16 y 17 de julio de 1914 y *El País*, 16 de julio de 1914.
[63] *Loc. cit.*

tren que llevaba, además de Victoriano Huerta, a los generales Aureliano Blanquet, Liborio Fuentes, Eugenio Paredes, Víctor Manuel Corral y Juan Vanegas, a los coroneles Arturo Alvaradejo, José Delgado, José Posada Ortiz y Gabriel Huerta, y a otros de menor graduación.[64]

Para acompañarlos y brindarles mayor seguridad, cinco convoyes con tropas al mando del general Gonzalo Luque se les incorporaron cerca de la estación de Apizaco.[65] Durante el resto de la noche pasaron por la estación Esperanza, en Puebla, y luego se enfilaron a Orizaba. Pero aún no llegaba el tren presidencial a Orizaba, cuando corrió el rumor de que en realidad Huerta y Blanquet viajaban rumbo a Puebla, con la mira de internarse en las montañas de Oaxaca para iniciar un movimiento armado contra sus enemigos. También se dijo que Huerta había mandado a Oaxaca gran parte del material de guerra recién traído por el buque Ypiranga para distribuirlo entre los indios de la sierra. Pero todo ello era falso.[66] La huida resultó exitosa a pesar de que en el trayecto de la ciudad de México a Puerto México, existía el riesgo de un atentado contra los viajeros.

Los planes de Victoriano Huerta eran dirigirse a Jamaica. Zarparon el 20 de julio de Puerto México en el crucero alemán "Dresden", y cuatro días más tarde atracaron en Kingston. En este lugar contrataron el "Patia", un vapor de la United Fruit Company, para hacer la travesía hasta Europa. El viaje de 10 días a Bristol transcurrió sin incidentes y, después de recorrer Londres, la familia se trasladó a España, lugar en donde habían decidido radicar. Desembarcaron en Santander y luego se mudaron a Barcelona.[67] Mientras tanto, en México, muchos de los miembros de sus múltiples gabinetes, altos jefes del ejército federal, la cúpula de la Iglesia católica, diputados, senadores, y fervientes simpatizantes de su causa, continuaban en franca huida hacia La Habana, los Estados

[64] *El Imparcial*, 17 de julio de 1914.
[65] *El País*, 21 de julio de 1914.
[66] *El País*, 16 y 21 de julio de 1914 y *El Imparcial*, 17 de julio de 1914.
[67] Michael C. Meyer, *Huerta*, pp. 235-236, 240-254 y Federico Gamboa, *Mi diario VI (1912-1919)*, México, Conaculta, 1995, p. 147.

Unidos o Europa. Nadie quería exponerse a que Carranza ajustara cuentas contra ellos.

Uno de los barcos clave en la huida de políticos vinculados a Huerta, fue el vapor español "Buenos Aires". El 25 de julio estaba anclado en el puerto de Veracruz y entre sus pasajeros figuraba José María Lozano quien ocupó la cartera de Comunicaciones y Obras Públicas. Por cierto, que aquí despotricó contra muchos de los políticos que ante la huida de Huerta, dieron el "chaquetazo" y asumieron una postura de "héroes", y de partidarios de la revolución, cuando meses antes habían hecho antesala en las secretarías de Estado pidiendo favores. Citó al ingeniero Pablo Salinas y Delgado, quien para borrar su pasado, le dio por afirmar que ciertamente aparecía en una nómina gubernamental, pero que ello se debía a que mediante un salario, Huerta trató de comprar su adhesión.[68] También viajaba Nemesio García Naranjo, quien a su vez fue el titular de la cartera de Instrucción Pública y Bellas Artes; el ex secretario de Gobernación, Ignacio Alcocer; el general Juan Hernández, quien fue gobernador de Puebla y consuegro de Victoriano Huerta, junto con su familia; Víctor Huerta y su familia; el general Emilio Campa; el general Guillermo Rubio Navarrete, quien dijo que iba comisionado por el presidente Francisco S. Carbajal, para adquirir armamento de guerra. Juan Hernández se mostró muy extrovertido y expresó que lamentaba la decisión del presidente Francisco Carbajal, de despedir a los altos mandos del ejército, ya que al verse sin empleo, se sumarían a cualquier movimiento revolucionario o contrarrevolucionario.[69] Por su parte, Ignacio Alcocer aseguró que no vislumbraba un rápido restablecimiento de la paz en México. Calificó a los constitucionalistas de anarquistas, ambiciosos, tercos e ignorantes. Para concluir, dudaba de la capacidad de Francisco S. Carbajal para estabilizar el país.[70] En el mismo barco viajaban Ricardo Gómez Robelo quien fue procurador general de la República, y los perio-

[68] La noticia apareció originalmente en *El Dictamen*, del 27 de julio de 1914 y se reprodujo en *El Imparcial*, el 30 del mismo mes y año.

[69] *El Diario de la Marina*, 26 de julio de 1914.

[70] *Idem*.

distas Luis del Toro, director del periódico *El Independiente*, Nicolás Bencochea, redactor de *El Imparcial*, el obispo de San Luis Potosí, Ignacio Montes de Oca, quien dijo ir a Europa para curarse de una afección de la vista, más 14 sacerdotes procedentes de Zacatecas. Parte de estos últimos iban en tránsito y otros con la idea de permanecer en La Habana.[71] También viajaban nueve generales: unos afirmaban que de comisión por parte del nuevo presidente Francisco S. Carbajal, sin aclarar el lugar de destino, y otros se dirigían a Estados Unidos.

Pero así como un gran número de personas huían del país, otros se resistieron a hacerlo. Alberto García Granados, quien por tales días fue acusado de ser partícipe en el asesinato de Madero y Pino Suárez, expresó que no saldría de México. Que esperaría la entrada de la revolución a la ciudad de México ya que sus dirigentes habían prometido hacer justicia. Agregó que en caso de que la revolución se abocara a llevar a cabo venganzas y atropellos, estaba dispuesto a afrontarlos. Pero eso sí, no abandonaría el país.[72] Finalmente, no huyó pero se escondió cuando se percató de que Carranza estaba dispuesto a ajustar cuentas.

[71] *El Diario de la Marina*, 31 de julio de 1914 y *El País* de la misma fecha. El "Buenos Aires" levó anclas y el 30 de julio llegó a La Habana, en donde la prensa lo esperaba puesto que quería indagar cuántos y quiénes eran los personajes que llegaban a sus costas. Los periodistas descubrieron al citado Víctor Huerta y a su esposa. Al tratar de entrevistarlo, éste se negó así como a que lo retrataran. Sólo manifestó que llevaba intenciones de trasladarse a Nueva York y de ahí a España para reunirse con su padre. Por su aspecto físico y modestia, la prensa aseguraba que no representaba ser el hijo del ex hombre fuerte de México. También llegó José María Lozano, quien hizo ver a quienes lo entrevistaron, que había renunciado al puesto dos meses antes de la caída de Huerta, lo cual era falso ya que dejó el puesto a mediados de julio. Su plan era trasladarse a Nueva York y luego a Europa. Pero como se ha adelantado, en el mismo vapor viajaba Nemesio García Naranjo e Ignacio Alcocer. Como éste era el único que pensaba permanecer en La Habana, de inmediato se hospedó en el Hotel El Telégrafo. Al tratar de ser interrogado por la prensa habanera dijo sentirse bastante fatigado por el viaje, que necesitaba descansar y luego haría declaraciones sobre la situación de su país. La prensa cubana expresó que en este barco viajaba un buen número de militares con el nombre cambiado y otros que decían ser comerciantes, mostrando un enorme misterio. Agregaba que en su mayor parte los militares abordaron el "Buenos Aires" en Puerto México y que se trataba de parte de la comitiva que acompañó a este puerto al propio Huerta.

[72] *El País*, 6 de agosto de 1914.

Para la primera semana de agosto, Francisco Bulnes estaba en el puerto de Veracruz. Al ser ubicado por la prensa e inquirirle el motivo de su presencia, expresó que había dejado la ciudad de México porque tanto él como su familia, temían a la conducta indisciplinada de las tropas revolucionarias; que no había robado ni asesinado a persona alguna, y que tampoco estaba interesado en solicitar puesto público alguno al nuevo gobierno. Señaló que en caso de sentirse inseguro, saldría del país. Por cierto que dijo ser viejo amigo de Carranza, pero que no le tenía confianza, y recordó una vieja frase de Taine que dice: "El carnicero arrogante de hoy, es siempre la res abatida al día siguiente." Por esta ley de la historia, Bulnes vaticinó que don Venustiano no tardaría en ser res. Cuando se le preguntó cuál sería el desenlace de la situación que se vivía en México, Bulnes dijo que detestable y que se trataba de la continuación de una comedia trágica de cinco actos. El primero había sido la revolución porfirista, el segundo la revolución maderista, el tercero la revolución huertista, el cuarto y por cierto más sangriento, la revolución carrancista, y el quinto, una dictadura o la intervención extranjera.[73]

La fuga de Francisco Carbajal

En realidad, Francisco S. Carbajal no pudo ejercer el poder en forma plena ya que a escasos 27 días de ocupar la silla presidencial, los constitucionalistas se acercaron peligrosamente a la capital de la república. Pero lo más grave, es que con el paso de los días, empezó a quedarse solo. Imitando a su antecesor, consideró que lo más prudente también era abandonar el país. El 12 de agosto de 1914 se reunió con los integrantes de su gabinete para discutir la forma de disolver los poderes, el ejército federal y entregar la ciudad de México a los constitucionalistas. De acuerdo con el testimonio de Eduardo Iturbide, un Carbajal sumamente consternado y temeroso, manifestó que para afrontar una situación como la que se vivía, se requería tener al frente de la Presidencia de la República a un mili-

[73] *El Imparcial*, 11 de agosto de 1914.

tar, más que a un civil, y propuso que el general José Refugio Velasco se hiciera cargo de ella. Para apoyar su tesis, expresó que se trataba de un militar valiente y pundonoroso, que sin duda salvaría al ejército y conseguiría garantías para la población.[74] El general Velasco, nervioso y exaltado, dijo que había aceptado la cartera de Guerra porque el presidente Carbajal le había asegurado la existencia de un arreglo con Carranza, gracias a los buenos oficios del Departamento de Estado estadounidense, el cual implicaba el tránsito pacífico del poder. Como al parecer no había tal arreglo, cundió el descontrol y entonces alguien planteó: ¿Qué hacer? No faltaron quienes propusieron refugiarse en bloque en Veracruz, dejando la ciudad de México en manos del Ayuntamiento.[75] Serenados los ánimos, acordaron que el secretario de Guerra, José Refugio Velasco, el subsecretario de Gobernación, José María Luján, y el gobernador del Distrito Federal, Eduardo Iturbide, entregaran la ciudad de México a los constitucionalistas.

Disolver el ejército federal no era una medida fácil de aplicar, ya que había un número elevado de generales, cuya reacción era impredecible. Se consideró el riesgo de un golpe de estado al darse cuenta los generales más ambiciosos que el titular del ejecutivo los abandonaba, y que tampoco había poder legislativo ni judicial. También se discutió entre los miembros del gabinete quién debía ser la persona que firmara la orden de disolución del ejército. Pero no sólo eso, sino también, si existían los fundamentos legales para dictar semejante medida. Concluida la reunión, todos se abocaron a preparar sus maletas y huir a Veracruz. En el ínterin, Carbajal decidió que José Refugio Velasco disolviera el ejército. Una de las personas que le transmitió la decisión presidencial fue Federico Gamboa. Al momento en que le fue comunicada, José Refugio Velasco puso fuertes objeciones y exigió un documento escrito y firmado por el propio presidente.[76] Cubiertas las formali-

[74] Eduardo Iturbide, *op. cit.*, p. 125.
[75] *Loc. cit.*
[76] Federico Gamboa, *Mi diario*, t. VI, pp. 154-156.

dades del caso, este general ordenó concentrar a los efectivos militares en el Distrito Federal y en otras plazas de la república, sin encontrar mayores problemas.

Apenas disolvió los poderes, el mismo 12 de agosto por la noche, Carbajal se dirigió al puerto de Veracruz llegando al día siguiente por la tarde. Fue recibido por el general Funston quien le dio la bienvenida y le puso a su disposición un automóvil para su uso durante el tiempo que permaneciera en el puerto. En principio se especuló que Carbajal abordaría el vapor María Cristina el 17 de agosto, rumbo a Europa, pero finalmente no fue así.[77] A fin de cuenta el ex presidente se dirigió a Galveston. En esos días llegaron al citado puerto los arzobispos Francisco Orozco y Jiménez y Francisco Plancarte, además de los obispos Emeterio Valverde, Francisco Uranga, Ignacio Valdespino y Miguel de la Mora,[78] y Eduardo Tamariz, miembro connotado del Partido Católico, que ocupó la secretaría de Agricultura durante el huertismo.[79]

El Primer Jefe en la capital de la república

Álvaro Obregón llegó a la capital de la república el 15 de agosto, con lo cual se consumaba el triunfo del constitucionalismo. Cinco días más tarde hizo su entrada Venustiano Carranza, apoyado por su ejército constitucionalista. El Primer Jefe había barrido literalmente los cimientos del viejo régimen. En forma súbita, la ciudad de México se vio invadida por un ejército triunfador y arrogante. Pero algo raro sucedió en esta ciudad. Gran parte del personal político vinculado al viejo régimen había huido al extranjero. Se habían expatriado muchos intelectuales, la cúpula de la Iglesia católica, los altos mandos del ejército federal, numerosos comerciantes, hacendados, industriales, entre otros. El Primer Jefe tuvo que montar una nueva administración con los elementos que tenía a su alcance, los cuales no eran muchos, ni los más preparados o

[77] *El País*, 14 de agosto de 1914 y *El Imparcial*, 13 y 15 de agosto de 1914. Los pormenores de la fuga están narrados en Federico Gamboa, *Mi diario*, t. VI, pp. 153-159.

[78] *El Imparcial*, 13 de agosto de 1914.

[79] *El Imparcial*, 14 de agosto de 1914.

capaces. Ciertamente que algunos miembros de la XXVI Legislatura federal no habían huido, aprovechando que en 1913 se opusieron a Huerta en varias ocasiones, desencadenando la clausura del Congreso de la Unión, lo cual les daba cierto margen de maniobra para argumentar supuestas simpatías por Carranza. El Primer Jefe también utilizó a los intelectuales de pequeña y mediana monta que dieron el chaquetazo, convirtiéndose en estrellas del firmamento intelectual, ante el vacío producido por el destierro de los cuadros más brillantes y de talento. Lo mismo sucedió con algunos miembros del extinto ejército federal, que se incrustaron en las filas villistas y carrancistas. Pero quienes no claudicaron fueron los miembros del episcopado mexicano.

Para la segunda quincena de septiembre arreciaron los rumores de que los estadounidenses estaban a punto de evacuar el puerto de Veracruz y que los carrancistas se harían cargo de su administración. Por este motivo, y al darse cuenta de que Carranza tenía intenciones de enjuiciar a los colaboradores de Huerta, cundió el pánico y una gran cantidad de personas se amotinó en las oficinas navieras pidiendo desesperadamente un boleto para abordar cualquier barco. Algunos solicitaron ayuda a Fletcher y a Funston asegurando que de permanecer aquí, con toda seguridad serían fusilados por los revolucionarios. Sólo que el gobierno estadounidense expresó que ello no era su obligación.[80] En este contexto, un buen número de refugiados en Veracruz hicieron el análisis de la situación, de sus culpas, del costo tanto político como económico del destierro, y concluyeron que lo mejor era regresar a la ciudad de México. Así, no fue raro que desde la segunda semana de septiembre, muchos "fugitivos", que unas semanas antes abandonaran la ciudad de México, ahora regresaran, con la novedad de que nada les pasó. Y regresaron a la ciudad de México quejándose de que en Veracruz no había los suficientes artículos de primera necesidad y que los disponibles costaban entre cuatro y cinco veces más de lo normal.[81]

[80] *El Radical*, 11 y 17 de septiembre de 1914.
[81] *El Radical*, 12 de septiembre de 1914.

De acuerdo con las versiones oficiales, el 24 de septiembre zarpó del puerto de Veracruz el vapor "México" de bandera nacional, con alrededor de 700 refugiados políticos rumbo a la ciudad de Galveston, y lo mismo hizo el vapor "Morro Castle", llevando consigo 300 mexicanos cuyo destino inmediato era La Habana.[82] Pero la apoteosis tuvo lugar al día siguiente. Sucede que para el 25 de septiembre estaba programada la salida del "City of Tampico", un barco ganadero con cupo para 34 pasajeros. Como los fugitivos se amotinaron, los funcionarios de la compañía naviera tuvieron que ceder con la resultante de que el barco salió de Veracruz repleto, con más de ciento cuarenta pasajeros rumbo a Texas. En la lista figuraban cuatro ex secretarios de Estado: Federico Gamboa, Enrique Gorostieta, Carlos Rincón Gallardo y Eduardo Tamariz, y un subsecretario, Rubén Valenti. Asimismo figuraban tres ex gobernadores: Eduardo A. Cauz, Juvencio Robles y Teodoro Dehesa, quien viajaba junto con su hermano Francisco. Entre los militares, además de los ex gobernadores que tenían el grado de general, estaban también los generales Alberto T. Rasgado, Gaudencio de la Llave; un obispo: Ignacio Valdespino; el actor cómico Leopoldo Beristáin; el ex diputado Ángel Rivera Caloca; el ex diputado y ex director de *El País*, José Elguero, el ex senador Francisco Bulnes, el ex administrador de la aduana de Veracruz, Mariano Azcárraga, entre otros de una lista que publicó *El demócrata* y que sólo incluye 115 personas. Pero existen versiones fidedignas de que otros prominentes huertistas partieron en el mismo barco. Uno de ellos fue Juan José Tablada quien sólo pudo conseguir un lugar como sobrecargo.[83] El 27 de septiembre salió el "City of Mexico", de la Wolphin Line, con 194 refugiados rumbo a las costas texanas.[84]

No obstante el panorama desolador y la evidente sangría de cuadros altamente capacitados que sufría el país, Carranza se endu-

[82] *El Radical*, 24 de septiembre de 1914 y *El Diario de la Marina*, 30 de septiembre de 1914.

[83] *El Demócrata*, 28 de septiembre de 1914 y Federico Gamboa, *Mi diario*, t. VI, pp. 182-184.

[84] Federico Gamboa, *Mi diario*, t. VI, p. 190.

reció, con la resultante de que los políticos, militares, empresarios y sacerdotes que aún no habían abandonado el país, lo hicieron. En los primeros días de octubre de 1914, *El Pueblo* publicó una noticia que dejó helados a los habitantes de la capital de la república. Se expresaba que había comenzado a instruírseles proceso a todos los ex ministros de Huerta. Para convencer a la población de que no se estaba jugando, inmediatamente, un Tribunal Superior Militar inició un proceso contra todos los ex secretarios de Estado de Huerta cuya lista ascendía a 24 personas, y que eran los siguientes: Francisco León de Barra, Querido Moheno, José López Portillo y Rojas, Francisco S. Carbajal y Federico Gamboa, que desempeñaron la cartera de Relaciones Exteriores; Manuel Mondragón y Aureliano Blanquet, de Guerra y Marina; Alberto Robles Gil, Manuel Garza Aldape y Leopoldo Rebollar, de Fomento, Colonización e Industria; David F. de la Fuente, José María Lozano y Arturo Alvaradejo, de Comunicaciones y Obras Públicas; Jorge Vera Estañol, Eduardo Tamariz y Nemesio García Naranjo, de Instrucción Pública y Bellas Artes; Rodolfo Reyes y Enrique Gorostieta, de Justicia; Toribio Esquivel Obregón y Adolfo de la Lama, de Hacienda y Crédito Público, Salomé Botello de Comercio e Industria; Carlos Rincón Gallardo, de Agricultura y Aureliano Urrutia y Manuel Garza Aldape de Gobernación.[85]

Las acusaciones presentadas en su contra eran por *presuntas responsabilidades de carácter civil o penal cometidas durante su gestión.* Curiosamente, la noticia no señalaba que la causa fuera haber colaborado en el gobierno de Huerta ni tampoco haber participado en la muerte de Madero. El primer acusado resultó ser Alberto García Granados, ex secretario de Gobernación. La Secretaría de Hacienda lo acusó por malversación de fondos, específicamente utilizar en forma indebida la partida llamada "Gastos secretos de Gobernación". La acusación fue turnada al tribunal Superior Militar cuyos titulares expresaron que se gestionaría por los conductos debidos la extradición del ex ministro, pues se ase-

[85] *El Pueblo*, 3 de octubre de 1914.

guraba, había abandonado el territorio nacional al aproximarse a la capital las primeras avanzadas del ejército constitucionalista.[86] Pero a estas alturas era imposible cumplir con tales aprehensiones ya que en su mayor parte, el personal político huertista de altos vuelos había huido del país. Habían salido desde los primeros días de mayo, sobre todo por el puerto de Veracruz, Puerto México y, en menor medida por las fronteras norte y sur.

A propósito del éxodo, la prensa cubana afirmaba que a partir de septiembre de 1914 había cambiado la fisonomía de la colonia mexicana en Cuba, que antes estaba conformada por maderistas y carrancistas y ahora por partidarios de Huerta, preferentemente ex federales, y gran cantidad de sacerdotes, temerosos del anticlericalismo de Carranza. En uno de sus encabezados afirmaba que antes se conspiraba en La Habana contra Huerta, y ahora contra Carranza. Agregaba que en 1913 y principios de 1914 los maderistas y carrancistas tenían como bandera de lucha la restauración del orden legítimo, la libertad y el rechazo al gobierno de Huerta, erigido en la traición y en la sangre de Madero y Pino Suárez. Ahora, en los corrillos y en los cafés se murmuraba que los huertistas no contaban con la simpatía del pueblo cubano y que la Junta Revolucionaria de La Habana, que habían fundado, en la que además figuraban personas con togas y sotanas, perseguían un fin imposible de alcanzar: la recuperación del poder político.[87]

Jesús Flores Magón, refugiado en La Habana, hizo público que parte de los hombres de mayor significación política y de la banca mexicana, como los científicos, porfiristas, felicistas, reyistas, huertistas, habían pisado suelo cubano con la mira de radicarse aquí, pero que otros habían seguido su camino a Estados Unidos para internarse a México y sumarse a las filas de Francisco Villa o de cualquier otro grupo contrarrevolucionario. Citó que recién habían dejado la isla Enrique C. Creel, Marcelo Caraveo, Francisco del Toro, Juan Vanegas y otros jefes militares, rumbo a Estados Unidos. Pero que en La Habana habían permanecido ex secretarios de Estado,

[86] *Loc. cit.*
[87] *Heraldo de Cuba*, 12 de septiembre de 1914.

ex diputados, ex senadores y empresarios españoles que salieron de México a causa de la llegada de Carranza a la capital de la república. Entre los empresarios españoles estaba Feliciano Cobián, dueño de vastas propiedades algodoneras en Coahuila, Santiago Arrechederra, dueño de El Centro Mercantil, y también el comerciante Francisco Llamosa, entre otros. En cuanto a los políticos, estaban Gonzalo Enrile, consejero de Pascual Orozco; los diputados Ángel Rivero Caloca, Francisco Pascual García, Muzquiz Blanco; y una gran cantidad de jefes y oficiales del disuelto ejército federal, como el general Camacho. También vivían aquí Rafael Reyes Spíndola, fundador de *El Imparcial*; los arzobispos de México y de Yucatán, sacerdotes, monjas, el ex secretario de Gobernación Ignacio Alcocer, Manuel Calero, entre otros.[88] Con el paso de los días, algunos de ellos se fueron a los Estados Unidos o a Europa, pero otros llegaron en su reemplazo.

[88] *Heraldo de Cuba*, 7 de octubre de 1914.

Capítulo III

El episcopado mexicano

Manuel Ceballos Ramírez ha estudiado en forma brillante el llamado catolicismo social, el impacto de la encíclica *Rerum Novarum* promulgada en 1891 por el Papa León XIII, asimismo los congresos católicos, las semanas sociales, hasta culminar con la fundación en 1911 del Partido Católico Nacional.[89] Eduardo J. Correa, en un libro escrito en 1914 y dado a la luz hasta 1939, hizo una autocrítica y señaló los errores y aciertos de un partido del cual fue uno de sus artífices: el Partido Católico Nacional.[90] Por su parte, José Gutiérrez Casillas publicó en 1984 una *Historia de la iglesia en México*, y en sus capítulos x y xi, aborda la situación de la iglesia católica mexicana durante el porfiriato y la Revolución de 1910. Sus datos sobre las personas que encabezaron en estos años tanto los arzobispados como los obispados resultan valiosos para reconstruir la cúpula de la Iglesia católica mexicana.[91] En un libro escrito por el reverendo Francis Clement Kelley, bastante sugestivo y provocativo, como lo es el de *México. El país de los altares ensangrentados*, se lanza un ataque violento sobre Carranza y sus subalternos a los cuales se culpa de consumar la destrucción de las imágenes religiosas, hacer añicos el mobiliario y objetos religiosos, violar monjas, deportar a los sacerdotes e inclusive enviarlos al paredón y a las cárceles.[92] Lo mismo hizo

[89] Manuel Ceballos Ramírez, *El catolicismo social: un tercero en discordia*, México, El Colegio de México, 1991.

[90] Eduardo J. Correa, título citado.

[91] José Gutiérrez Casillas, S.J., *Historia de la Iglesia en México*, México, Porrúa, 1984.

[92] Francis Clement Kelley, *México, el país de los altares ensangrentados*, México, Polis, 1939.

en otros de sus libros intitulado *Book of red and yellow.*[93] Por su parte, Regis Plachet, en su obra *El robo de los bienes de la iglesia ruina de los pueblos* (1939), ataca en forma violenta al canónigo Antonio de J. Paredes, señalándolo de haber sido impuesto por Carranza en el sitial que le pertenecía al arzobispo Mora y del Río, quien entre paréntesis, se encontraba exiliado.[94] En fechas recientes Roberto Blancarte ha publicado dos libros, uno de los cuales versa sobre la historia de la iglesia católica en México, pero no toca el periodo.[95]

En tales obras se aborda el papel del episcopado mexicano durante el porfiriato, en los inicios de la revolución maderista, el huertismo y la fase posrevolucionaria, pero el carrancismo brilla por su ausencia, excepto las menciones sobre los citados destrozos cometidos por los jefes revolucionarios sobre las iglesias, los conventos y el asesinato de un número desconocido de curas y sus expulsiones del territorio nacional. En cuanto a la suerte de la cúpula de la Iglesia católica, su destierro y retorno al país, existe un vacío que aquí se tratará de subsanar.

¿Pero qué es lo que se entiende por episcopado? Bajo esta denominación se hace referencia al conjunto de arzobispos y obispos. Los primeros eran la máxima autoridad en regiones completas del país; los segundos, una autoridad intermedia y por consiguiente dependían de los arzobispos y en tercer lugar, figuran los curas o sacerdotes de las parroquias diseminadas por todo el país. Para la segunda década del siglo XX, la jerarquía de la Iglesia católica estaba fincada en ocho arzobispados, 22 obispados y un vicariato, el de Baja California. La estructura de la Iglesia se completaba con 4,461 sacerdotes, cantidad de la cual un tercera parte estaba concentrada en tres entidades: 569 en Jalisco, 457 en

[93] Citado en la obra anterior, página 220.

[94] Regis Planchet, *El robo de los bienes de la iglesia ruina de los pueblos*, México, Polis, 1939. En el tomo V de su *Historia de la iglesia en México*, México, Porrúa, 1992, pp. 407-420, el padre Mariano Cuevas, apenas le dedica 14 páginas al porfiriato y no toca la Revolución mexicana. Jorge Adame Goddard, en su libro *El pensamiento político y social de los católicos mexicanos 1867-1914*, México, UNAM, 1981, no toca el periodo aquí analizado.

[95] Roberto Blancarte, *Historia de la Iglesia católica en México*, México, FCE, 1993.

Michoacán y 431 en el Distrito Federal. Otros aspectos importantes consisten en que en México había 29 seminarios para formar a los curas que atendían a una vasta población de la cual el 99.2 por ciento era católica.[96] Como se verá más adelante, los arzobispados más importantes eran aquéllos en donde justamente había más sacerdotes y posiblemente un mayor número de seminarios.

Los orígenes y la formación profesional

De los ocho arzobispos, siete estudiaron en Roma, en colegios del más alto nivel, en los que se preparaban para ejercer posiciones de mando en la Iglesia católica. Gregorio Eulogio Gillow, quien ocupaba el arzobispado de Oaxaca, era el más viejo del grupo. Se trata del hijo de un rico joyero y terrateniente inglés, y de la marquesa de la Selva Nevada de México. En 1862 inició sus estudios de Teología en la Universidad Gregoriana y en forma simultánea en la Academia Eclesiástica de Nobles, en donde se preparaban para obispos y cardenales.[97] Caso semejante sucedió con otros seis arzobispos los cuales estudiaron en forma paralela en la Universidad Gregoriana y en el Colegio Pío Latinoamericano. Se trata de Martín Tritschler y Córdoba, arzobispo de Yucatán, hijo del alemán Martín Tritschler, nacionalizado mexicano, y de Rosa María Córdoba. Nació en San Andrés Chalchicomula, Puebla, en mayo de 1868 y se trasladó a Roma en 1883 para hacer sus estudios.[98] José

[96] Moisés González Navarro, *Estadísticas sociales del porfiriato 1877-1910*, México, Dirección General de Estadística, 1956, pp. 13 y 19.

[97] Manuel Esparza, *Gillow durante el porfiriato y la revolución en Oaxaca, 1887-1922*, Oaxaca, Secretaría de Administración del Gobierno del Estado de Oaxaca, 1985, p. XXV; Manuel Esparza, "Eulogio Gillow un obispo terrateniente que se opuso a la revolución", en Carlos Martínez Assad (coord.), *Estadistas, caciques y caudillos*, México, Instituto de Investigaciones Sociales-UNAM, 1988, pp. 154-155 y Miguel Ángel Peral, *Diccionario de historia, biografía y geografía del estado de Puebla*, México, PAC, 1972, pp. 177-178.

[98] *Revista Mexicana*, núm. 70, 7 de enero de 1917, sin página, Hernán Menéndez Rodríguez, *Iglesia y poder. Proyectos sociales, alianzas políticas y económicas en Yucatán (1857-1917)*, México, Regiones, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1995, pp. 226-228 y Porfirio Valdés, *Excmo. Monseñor Guillermo Tritschler y Córdoba*, México, Curia del Arzobispado de México, 1964, pp. 13-16. De entre sus siete hermanos, Guillermo y Alfonso, también estudiaron en el Colegio Pío Latinoamericano. En cuanto a Guillermo,

Mora y del Río, arzobispo de México, que nació en Pajacuarán, Michoacán, en febrero de 1854, e inició sus estudios en Roma en 1876;[99] Ramón Ibarra y González, arzobispo de Puebla, que nació en Olinalá, Guerrero, en octubre de 1853, e ingresó al Colegio Pío Latinoamericano en 1877;[100] Francisco Orozco y Jiménez, arzobispo de Guadalajara, que vio la luz en noviembre de 1864, en Zamora, Michoacán, e inició sus estudios en Roma, en 1876; Francisco Plancarte y Navarrete, arzobispo de Linares, nativo también de Zamora, Michoacán, con fecha de nacimiento del 21 de octubre de 1856, que inició sus estudios en Roma en 1870, y Leopoldo Ruiz y Flores, arzobispo de Michoacán, que nació en Amealco, Estado de México, en noviembre de 1865, y en 1881 se trasladó a Roma para estudiar en el Colegio Pío Latinoamericano y en la Universidad Gregoriana. Algunos de ellos coincidieron en las citadas instituciones, cursando distintos grados.[101] Su estancia perduró alrededor de cinco años y después de ello, regresaron a México. Del único que no se sabe si estudió en Roma, es Francisco Mendoza y Herrera, arzobispo de Durango. Ellos formaban la cúpula del episcopado mexicano y sobre ellos centraremos nuestra atención.

Martín Tritschler y Eulogio Gillow eran de "buena cuna", con apellidos de alcurnia y, por añadidura, descendientes de extranjeros. En cuanto al segundo, por sus venas corría sangre azul. Gillow tiene fama, no del todo cierta, de haber sido un arzobispo mundano, ferviente asistente a las ferias agrícolas y ganaderas internacionales, preocupado más en ocasiones por sus negocios, que

---

llegó a ser obispo de San Luis Potosí y arzobispo de Monterrey, mientras que Alfonso, renunció a la carrera eclesiástica, dedicándose a la arquitectura. Una de sus hermanas, Rosa María, fue Superiora de la Casa de Caridad de San Felipe, en Guadalajara. También véase a Miguel Ángel Peral, *op. cit.*, p. 352.

[99] *El Fígaro*, núm. 52, La Habana, 27 de diciembre de 1914, p. 621.

[100] Octaviano Márquez, *Monseñor Ibarra. Biografía del Excmo. señor doctor y maestro D. Ramón Ibarra y González*, México, Jus, 1962, pp. 29, 33 y 37.

[101] Sobre Francisco Orozco y Jiménez, existe el excelente trabajo de Vicente Camberos Vizcaíno, *Francisco el Grande. Monseñor Francisco Orozco y Jiménez*, t. I, México, Jus, 1966, p. 234, y en relación con Plancarte y Leopoldo Ruiz, consultar a Octaviano Márquez, *op. cit.*, pp. 35-36. Entre los obispos, estudiaron en el Colegio Pío Latinoamericano y en la Universidad Gregoriana, José Othón Núñez y Atenógenes Silva. Véase a Jorge Adame Goddard, *op. cit.*, p. 185.

MIEMBROS DEL EPISCOPADO QUE ESTUDIARON EN EL COLEGIO PÍO LATINOAMERICANO

Nombre	*Lugar de nacimiento*	*Sede*	*Año de ingreso al colegio*
Arzobispos			
Martín Tritschler y Córdova	San Andrés Chalchicomula, Puebla	Yucatán	1883
Francisco Plancarte y Navarrete	Zamora, Michoacán	Linares	1870
Leopoldo Ruiz y Flores	Amealco, Estado de México	Morelia	1881
Francisco Orozco y Jiménez	Zamora, Michoacán	Guadalajara	1876
José Mora y del Río	Pajacuarán, Michoacán	México	1876
Ramón Ibarra y González	Olinalá, Guerrero	Puebla	1877
Obispos			
Rafael Amador y Hernández	Chila, Puebla	Huajuapan	1885
Ignacio Montes de Oca y Obregón	Guanajuato, Guanajuato	San Luis Potosí	1860
Juan de Jesús Herrera y Piña	Zamora, Michoacán	Tulancingo	1876
José Othón Núñez y Zárate	Oaxaca, Oaxaca	Zamora	1890
Manuel Fulcheri y Pietrasanta	Distrito Federal	Cuernavaca	1896
Juan Navarrete y Guerrero	Oaxaca, Oaxaca	Sonora	1904

Fuente: Formado con datos de Emeterio Valverde Téllez, *Bio Bibliografía eclesiástica mexicana 1821-1943*, México, Jus, 1949, t. I y II.

Nota: Se excluye a Eulogio Gregorio Gillow, quien estudió en la Academia Eclesiástica de Nobles en Roma y en la Universidad Gregoriana.

por sus feligreses. Al moverse como pez en el agua tanto en el mundo eclesiástico como en el civil y diplomático, durante años fue la persona clave para comunicarse con el Vaticano e incluso estaba destinado a ser el primer Cardenal, no sólo de México, sino de América Latina.[102] Amigo personal de Porfirio Díaz, en 1883 Gillow fue elegido para oficiar la misa y casarlo, en segundas nupcias, con Carmelita Romero Rubio, en lugar de Pelagio Antonio Labastida, el arzobispo México, como era de esperarse. Heredero de haciendas en Puebla, Estado de México, a más de adquirir propiedades en Valle Nacional, Gillow era un firme defensor de la propiedad privada, razones más que suficientes para estar del lado del viejo

[102] Manuel Esparza, "Eulogio Gillow, un obispo terrateniente que se opuso a la revolución", en *op. cit.*, pp. 155-156.

régimen. A la postre, se caracterizó por ser un enemigo acérrimo del socialismo y de la Revolución. Al estallar ésta, aliado a Próspero Cahuantzi, formó cuerpos paramilitares para proteger las haciendas de la región de Puebla y Tlaxcala. Con el ascenso de Huerta al poder, Gillow casó a su hijo con la hija del gobernador de Puebla, el general Juan A. Hernández, señal de que continuaba siendo una de las personas bien vistas en el mundo oficial.[103]

Martín Tritschler, llegó a Yucatán en julio de 1900 en calidad de obispo, dependiendo de su paisano, el también poblano Gillow, quien dirigía el arzobispado de Oaxaca. Desde el inicio, resultó ser una persona ambiciosa e hizo todo lo necesario para independizarse y transformar en 1906 su obispado en arzobispado.[104]

Nuevas ideas en el seno de la Iglesia católica

A partir de la encíclica *Rerum Novarum*, promulgada en 1891 por el Papa León XIII, la iglesia modificó su postura frente a la población y puso especial atención a la problemática social. Su plan era combatir las corrientes socialistas y comunistas en boga, que habían puesto sus ojos en la población trabajadora, prometiéndoles no sólo un mundo distinto, sino mejor y más placentero. Pero también combatía al capitalismo liberal que ejercía una descarnada explotación entre la clase trabajadora. Para el Papa, la Iglesia estaba en condiciones de proponer una tercera vía, más justa y humana, de índole marcadamente social, que a la postre se conoció como la democracia cristiana. Atendiendo a las directrices de la encíclica *Rerum Novarum*, en México se celebraron congresos católicos en Puebla (1903), Morelia (1904), Guadalajara (1906), y Oaxaca (1909); más tres congresos agrícolas (Tulancingo, 1904

[103] En relación con sus fincas en Valle Nacional, véase a Manuel Esparza, *Gillow durante el porfiriato y la revolución*, p. 103; sobre sus nexos con Próspero Cahuantzi, las páginas 104-105; en cuanto al matrimonio de Díaz con Carmen Romero Rubio, la página XXVI, y en relación con el matrimonio de los hijos de Huerta y de Juan A. Hernández, véase a Manuel Esparza, "Eulogio Gillow un obispo terrateniente que se opuso a la revolución", p. 156.

[104] Hernán Menéndez Rodríguez, *op. cit.*, pp. 156 y 323-324.

y 1905 y Zamora, 1906), y una semana social en 1908. Entre otras cosas, allí se discutieron cuestiones tales como la educación religiosa, la necesidad de fomentar la prensa católica, la higiene entre la población, el combate al alcoholismo, los medios para combatir el concubinato y el adulterio, la moralización de la servidumbre urbana y rural, el peonaje por deudas, el respeto a la propiedad privada, la creación de las cajas *Raiffeisen*, la sindicalización de los trabajadores católicos, entre otras cuestiones. Se trataba de la incursión de la Iglesia católica en el terreno social, tal como ya lo hacían los protestantes en la zona textil de Puebla y Tlaxcala, y otros grupos opositores al régimen entre los que destacan los magonistas. Involucrados en su labor social, algunos miembros del episcopado mexicano llegaron a simpatizar con la fundación del Partido Católico Nacional en 1911.

Hasta cierto punto, a principios del siglo XX la iglesia hizo esfuerzos por contribuir a resolver los graves problemas económicos y sociales que aquejaban al grueso de la población. Ya no era más una Iglesia preocupada exclusivamente por problemas místicos o espirituales, sino también por el bienestar material de los trabajadores. Si todo lo expuesto es verdadero, al estallido de la Revolución, algunas de sus banderas coincidían con las que agitaban algunos rebeldes. Pero las cosas no resultaron así del todo. Con Madero no hubo mayor complicación ni con Huerta, pero con Carranza estalló una confrontación abierta. Ya en pleno enfrentamiento, quien ejercía el poder utilizaba el argumento de las armas y la disputa terminó por ser desigual.

En vísperas de la caída de Madero

A MEDIADOS de enero de 1913 se celebró en Zamora, Michoacán, una reunión de trabajadores conocida como la Dieta de Obreros Mexicanos, convocada por el obispo José Othón Núñez, con la asistencia de tres arzobispos: José Mora y del Río, Eulogio Gillow, Leopoldo Ruiz, y tres obispos: Emeterio Valverde, José Othón Núñez Zárate, José María Echeverría y Aguirre, más Francisco Orozco y Jiménez, en su doble carácter, de obispo de Chiapas y

arzobispo de Guadalajara. Para estas fechas, en todo el país era público el descontento contra Madero y la franca labor de sedición entre algunos núcleos civiles y militares. Como varios miembros del Partido Católico participaban en el campo de la política, y figuraban como diputados federales y locales, los asistentes a la Dieta consideraron prudente fijar sus posiciones.

En principio, felicitaban al Partido Católico Nacional, por defender los principios católicos. En segundo lugar, señalaban que el Partido Católico Nacional, debía declararse partidario del sistema de gobierno encabezado por Madero. Aceptaban que si bien los católicos, tenían derecho a proponer determinados cambios, ellos no debían romper el orden vigente. Asimismo, enfatizaban que el papel del Partido Católico Nacional era el de reclamar el cumplimiento de la Constitución, sin pretender reivindicaciones, que exasperaran los ánimos de los opositores del gobierno. Los prelados recomendaban a los diputados federales del Partido Católico Nacional, que siguiendo el ejemplo de sus hermanos de Jalisco, promovieran leyes para elevar el nivel de vida de la clase obrera y proletaria, y mejorar la administración de la justicia. Pasando a otro punto, los prelados denunciaron que en tales días habían llegado a sus oídos, versiones de que algunos agitadores estaban envenenando la mente de muchas personas para convencerlas de sumarse a algunos movimientos sediciosos y rebeldes. Ante ello, los prelados fueron muy claros. Expresaron que prohibían cualquier rebelión contra las autoridades constituidas.[105]

VICTORIANO HUERTA EN EL PODER

SEIS SEMANAS después de su ascenso al poder, Victoriano Huerta se presentó al Congreso de la Unión para informar sobre su obra de gobierno, entregando a la mesa directiva un voluminoso documento para que fuese leído por uno de los secretarios. A continuación, pronunció unas frases que causaron estupor. "Señores dipu-

[105] El documento aparece reproducido en varias obras. Entre ellas el libro de Eduardo J. Correa, *op. cit.*, pp. 136-137, en forma parcial en el de Vicente Camberos Vizcaíno,

tados y senadores, estamos delante de México, delante del mundo, y lo que más cuenta, delante de Dios." Desde 1859, en que presidía los destinos del país Benito Juárez, los funcionarios públicos habían borrado el nombre del Todopoderoso de los documentos oficiales, y ahora, Huerta lo resucitaba pasando por encima de los principios laicos. Los congresistas católicos se pusieron de pie y aplaudieron con gran entusiasmo, secundados por el público de las galerías.[106] Bajo este entendido, algunos miembros del episcopado pensaron que tenían vía libre para llevar a cabo toda clase de manifestaciones religiosas.

A finales de 1913, el episcopado mexicano concibió la idea de proclamar pública y solemnemente "la realeza de Cristo, Dios y Señor de los hombres". El Papa Pío X dio su anuencia y se determinó verificar la consagración el 6 de enero de 1914. La ceremonia se llevó a cabo en forma discreta en todo el país, aunque en la catedral de la ciudad de México, algunos los feligreses lanzaron vivas a Huerta, siendo acallados por el arzobispo Mora y del Río. Estimulados por los resultados del acto, el arzobispo Francisco Orozco y Jiménez, acordó llevar a cabo una manifestación en Guadalajara, que llamó cívico social, en honor del "monarca eterno", e hizo las gestiones correspondientes ante el gobernador José López Portillo y Rojas. El gobernador se opuso a que se realizara el acto ya que sospechaba, con fundada razón, que lo querían utilizar para romper lanzas contra las Leyes de Reforma. Orozco y Jiménez no dio marcha atrás y fijó el 11 de enero, como la fecha para celebrar la magna manifestación. A las cuatro de la tarde del día señalado, cuando ya había una nutrida concurrencia de católicos, el arzobispo les comunicó que el acto no se llevaría a cabo. La razón: el gobernador se negaba a autorizarla argumentando que los manifestantes portaban insignias religiosas, lo que contravenía las Leyes de Reforma. Pero en el fondo, Orozco y Jiménez no estaba dispuesto a cancelar el acto, y concluyendo que no podía

---

op. cit., pp. 245-246 y en Alfonso Taracena, *La verdadera Revolución mexicana (1912-1914)*, México, Porrúa, 1991, pp. 156-158. [En lo sucesivo *LVRM* junto con el periodo.]

[106]Nemesio García Naranjo, *Memorias*, t. VII, pp. 357-358.

disolver a los concurrentes, presionó al gobernador. Agobiado por la presión, López Portillo solicitó el auxilio del procurador de Justicia, y de dos personas más, para sostenerse en la negativa.

Rotas las pláticas, Orozco y Jiménez dispuso que los niños y las mujeres fueran al frente, los hombres a la retaguardia, e inició la manifestación. En resumidas cuentas, el arzobispo se impuso al gobernador López Portillo. El arzobispo de Guadalajara iba acompañado del arzobispo de Durango, del obispo de Sinaloa, del cabildo en pleno, y de numerosos sacerdotes. Todos retaron abiertamente al gobierno de la entidad y violaron las Leyes de Reforma. Ya enardecidos, los manifestantes entonaron cánticos, alabanzas y vítores al sagrado Corazón de Jesús y a la Virgen de Guadalupe. La policía nada pudo hacer.

Esa misma noche, el gobernador López Portillo hizo la consignación del caso ante los tribunales, acusando a Orozco y Jiménez de rebeldía y soliviantador de multitudes. Pero la prensa católica no se quedó quieta y arremetió contra el gobernador. El semanario *El Guerrillero*, en el número 47, del 18 de enero, publicó una "carta abierta a Victoriano Huerta", en la cual repetía el reto al gobierno. Expresaba que efectivamente las huestes católicas habían contestado en forma enérgica a la policía y los jacobinos que intentaron detenerlos. Pero luego decía que merecía el título de cobarde y de poco hombre, quien permitiera que se insultara a "su Padre, a su Rey, a su Dios". Más adelante, aceptaba que durante la manifestación, hubo damas "que se lanzaron como leonas a callar" a los que insultaron "al divino Jesucristo". En otro de sus números, el semanario enfatizaba: "Católicos perseguidos, católicos encarcelados, damas católicas ofendidas: sonreíd en medio de la tribulación."[107]

Como el escándalo creció, José López Portillo tuvo que dejar la gubernatura y Huerta puso en su lugar a un hombre dispuesto a hacerse respetar. Pero la acusación contra Orozco y Jiménez siguió

[107] Vicente Camberos Vizcaíno, *op. cit.*, t. I, pp. 246-252. Nemesio García Naranjo opina que no hubo permiso para celebrar la manifestación. Véase el tomo VII de su *Memorias*, pp. 357-359.

su marcha. Se giró una orden de aprehensión y el 19 de mayo, el arzobispo partió hacia la capital de la república, para conjurar las acusaciones relativas a la violación de las Leyes de Reforma. Al llegar a la ciudad de México, se encontró con que los prelados del norte del país, una zona invadida casi totalmente por la Revolución, estaban viviendo aquí, por razones de seguridad. También se enteró de que otros prelados, se habían ido al extranjero.[108]

Como primer paso, se acercó a Francisco Elguero y a Perfecto Méndez Padilla, miembros del Partido Católico, a quienes les pidió ayuda para entrevistarse directamente con Huerta. Éstos le señalaron que las personas indicadas para gestionar la cita eran Nemesio García Naranjo y Eduardo Tamariz. Como Tamariz estaba fuera de la ciudad, García Naranjo planteó la petición a Huerta. Huerta contestó que prefería que fuera Tamariz quien solicitara oficialmente la entrevista. Pero en confianza, le dijo algo más: que le iba a poner un alto al arzobispo. Textualmente, le dijo:

> Le voy a besar el anillo pastoral, pero después del beso, lo voy a regañar en forma enérgica. Una cosa es que sea el pastor de un rebaño de ovejas y otra muy distinta ha sido su complicidad con los lobos que se dedicaron a morder a un católico. López Portillo dejará de ser el gobernador, pero no para complacer a los revoltosos, sino todo lo contrario, porque no se atrevió a imponerles su autoridad con el rigor debido. Además, necesito advertirle que si estalla un nuevo desorden, el gobernador sustituto no arrojará las fuerzas de la Policía Montada contra los buscabullas, sino que irá directamente al Arzobispado para hacer responsable al doctor Orozco Jiménez de todo lo que pueda suceder.[109]

Al día siguiente, llegó a la ciudad de México Eduardo Tamariz y gestionó la ansiada entrevista con Huerta. Al entrar el arzobispo a las oficinas presidenciales, Huerta hizo una genuflexión y

[108] Vicente Camberos Vizcaíno, *op. cit.*, t. I, pp. 260-261.
[109] Nemesio García Naranjo, *Memorias*, t. VII, pp. 360-361.

le besó el anillo pastoral. Lo llamó arzobispo e ilustrísimo señor, confesó que era católico y jalisciense. Hablaron de todo, de las Leyes de Reforma, de los desórdenes, del uso de la fuerza pública, de los lobos, de los pastores, y después de una serie de advertencias que presagiaban un rompimiento, Huerta le dijo al arzobispo que podía regresar a su arquidiócesis, seguro de que las nuevas autoridades no lo molestarían. Al momento de la despedida, su tono fue amable, dobló la rodilla, y repitió el beso sobre el anillo pastoral.[110] Según el biógrafo de Orozco y Jiménez, a partir de entonces, sería Huerta quien buscaría al arzobispo en su propia casa en la ciudad de México.[111]

Por esas fechas, ganaba fuerza la idea de que el arzobispo de México, José Mora y del Río, y Huerta, tenían gran entendimiento. Que metido en graves problemas, el ejecutivo federal, le había solicitado un préstamo. Al parece, lo del préstamo fue cierto. Pero la Iglesia adujo que no fue una solicitud sino una exigencia fulminante e imperiosa, bajo el amago de entregar la ciudad de México al saqueo de las fuerzas constitucionalistas. Presionado por esa amenaza, y después de consultarlo con el resto del episcopado, Mora y del Río entregó cincuenta mil pesos.[112] Con tales actos, el episcopado selló su suerte. Venustiano Carranza, Álvaro Obregón, Francisco Villa y Pablo González, avanzaban del norte al centro del país, enarbolando banderas anticlericales.

La salida del país

Por constituir la columna vertebral de la Iglesia católica, y supuestamente haber apoyado y facilitado "vastos recursos" a Huerta, para el primer semestre de 1914 el panorama se tornó ensombrecedor para el episcopado, al grado de que la mayor parte de sus miembros, tomaron sus precauciones y huyeron del país, en los mismos barcos que el grueso de los políticos, intelectuales y altos mandos del

[110] *Ibidem*, pp. 361-364.
[111] Vicente Camberos Vizcaíno, *op. cit.*, t. I, pp. 262-265.
[112] *Ibidem*, pp. 261-262.

ejército. Con ningún obstáculo se toparon en Veracruz u otros puertos para dirigirse tanto a La Habana como a Estados Unidos. La mayoría de los obispos, salieron por el puerto de Veracruz. Al llegar a este puerto, ocupado por los estadounidenses, tuvieron que esperar el arribo de los barcos, disputarse un lugar y la consiguiente fecha de salida. En el ínterin se toparon con la hostilidad de algunas personas que los atacaron por su supuesta filiación huertista.[113]

A principios de mayo de 1914 se esparcieron los rumores de que nadie sabía en dónde estaba José Mora y del Río, el arzobispo de México. Algunos afirmaban que había salido de visita a las ciudades de Querétaro, Toluca, Puebla, Aguascalientes, Ciudad Juárez; pero otros, hablaban de que simple y llanamente había dejado el país. La verdad de las cosas es que el lunes 11 de mayo, a primera hora, Mora y del Río, acompañado de Vicente Salazar, dejó su residencia y se dirigió a la estación del ferrocarril mexicano rumbo al puerto de Veracruz, en donde tres días después tomó el vapor *Espagne*, rumbo a Europa. Este barco tocó Nueva York, el puerto francés de Havre y el de Génova, en Italia, en donde desembarcó para encaminarse a Roma, la Ciudad Eterna.

¿Cuál era el motivo de su viaje? Al parecer, según las prácticas del Derecho Canónico, cada cinco años los prelados rendían un informe verbal al Papa sobre la marcha de su respectiva diócesis. Como el plazo había vencido, era urgente que el arzobispo de México se trasladara a Roma, como efectivamente sucedió. Después de rendir su informe, se esperaba que Mora y del Río regresara a México.[114] Sólo que transcurrieron junio y julio, y Mora y del Río no regresó. Es más, se empezó a especular que ya no volvería a México, en virtud de que el Papa le había confiado una delicada encomienda que ejercería en una de las capitales europeas. Ello implicaba nombrar un nuevo arzobispo.[115] En el ínterin, quedó al frente de la mitra el canónigo Samuel Argüelles.

[113] *El Demócrata*, 28 de septiembre de 1914 y Federico Gamboa, en *Mi diario*, t. VI, pp. 183-184 y 186, habla de más de 140 personas.

[114] *El Imparcial*, 15 de mayo de 1914.

[115] *El Radical*, 24 de julio de 1914.

Como con el paso de los días el panorama se tornaba ensombrecedor, el 16 de julio tres arzobispos y cinco obispos reunidos en la ciudad de México, lanzaron una carta pastoral buscando contener la ira de los carrancistas. Se trata de los arzobispos: Ramón Ibarra y González, de Puebla; Francisco Plancarte y Navarrete, de Linares; y Francisco Orozco y Jiménez, de Guadalajara. Entre los obispos figuraban: Nicolás Pérez Gavilán, de Chihuahua, Ignacio Valdespino y Díaz de Aguascalientes, Francisco Uranga y Sainz de Sinaloa, Emeterio Valverde y Téllez de León y Miguel M. de la Mora, de Zacatecas.

En la citada carta pastoral expresaban que desde tiempo atrás, la Iglesia había tenido cuidado en mostrar respeto y sumisión a las autoridades. ¿Por qué razón? Porque para la Iglesia, cualquier persona que encarnara a la autoridad constituida, era el legítimo gobernante. Recordaron que esta postura no era nueva: ante el grave rumor surgido en enero de 1913, de que se tramaba un complot para derribar a Madero, los prelados reunidos en la gran Dieta de obreros católicos de Zamora, dirigieron una carta colectiva a los dirigentes del Partido Católico, sugiriéndoles que se abstuvieran de participar en rebelión alguna contra las autoridades legítimas, porque simple y sencillamente era un acto ilícito. En segundo lugar, rechazaron que el episcopado mexicano y, algún clérigo en particular, hubieran contribuido con suma alguna para favorecer a algunos de los grupos armados que se batían a lo largo y ancho del país. Esto último, porque carecían de recursos, y los que tenían, apenas bastaban para resolver las necesidades más apremiantes de las diócesis.[116] En tercer lugar, aseguraron que ningún miembro del clero estaba levantado en armas y que tampoco eran abastecedores de armamento para la reacción. Para concluir, aseguraban que los carrancistas utilizaban tales banderas en forma marrullera para justificar sus tropelías, vejar a innumerables sacerdotes y monjas, profanar templos y cometer toda suerte de sacrilegios.

[116] *El Imparcial*, 29 de julio de 1914.

Como en tales momentos ocurría el relevo presidencial, la carta pastoral cayó en el vacío y el episcopado tomó las medidas que el caso ameritaba. En los primeros días de agosto, circuló la absurda historia de que al llegar a la capital de la república, los constitucionalistas pasarían a cuchillo o arrestarían a los sacerdotes, motivando suma alarma entre el clero metropolitano que, de inmediato, tomó medidas de seguridad extremas. Los sacerdotes extranjeros, más prácticos y previsores, optaron por abandonar el país. En la primera semana de agosto salieron dos trenes rumbo a Veracruz. Uno cargado con un gran número de sacerdotes españoles y franceses, y el otro, con medio centenar de sacerdotes dominicos y maristas, extranjeros y mexicanos.

El 5 de agosto de 1914, Francisco Orozco y Jiménez, en compañía de otros prelados y clérigos, religiosos y monjas, abordaron el ferrocarril mexicano y partieron al puerto de Veracruz.[117] Casi a mediados de agosto se hizo público que otra parte del episcopado estaba en el puerto de Veracruz con la mira de embarcarse al destierro. Se trataba de Francisco Plancarte y del citado Francisco Orozco y Jiménez, a más de los obispos, Emeterio Valverde, Francisco Uranga, Ignacio Valdespino y Miguel de la Mora.[118] Quiere decir, que salían del país varios de los firmantes de la carta pastoral. Francisco Plancarte y Miguel de la Mora partieron con destino a San Antonio, Texas, y Orozco y Jiménez a La Habana.[119]

Desde los primeros días de julio, se difundieron noticias alarmantes relativas a la salud del arzobispo Ramón Ibarra y González. Se afirmaba que el prelado había dejado la ciudad de Puebla, buscando atención médica, pero no se especificaba en qué país. Lo que sí se sabía, era que desde tiempo atrás padecía diabetes y una fuerte infección en un pie y otra en un oído. En los meses siguientes, nadie supo dar noticias sobre el lugar en que estaba: si era algún país europeo o bien una ciudad mexicana. Tampoco si estaba siendo atendido por médicos, o simplemente se encontraba escon-

[117] Vicente Camberos Vizcaíno, *op. cit.*, t. I, pp. 268 y 271.
[118] *El Imparcial*, 13 de agosto de 1914.
[119] Vicente Camberos Vizcaíno, *op. cit.*, t. I, p. 272.

dido o refugiado.[120] De Nicolás Pérez Gavilán, por el momento, no se sabe lo que sucedió con él.

Sobre la salida del país del arzobispo de Guadalajara, Francisco Orozco y Jiménez, se tejió toda una historia truculenta. El periódico oficialista *El Liberal*, aseguró que el obispo había salido de México disfrazado, a bordo de un trasatlántico, con un boleto de tercera clase, haciéndose pasar por un ciudadano español que se dirigía a su patria. Lo notable del obispo, del cual en principio no se publicó su nombre, es que llevaba consigo un baúl lleno de oro de cuño mexicano, robado a unas monjas.[121] Una semana más tarde el diario aportó otros elementos sobre el misterioso obispo. Señala que, en realidad, se trataba del arzobispo de Guadalajara, Francisco Orozco y Jiménez, al cual en principio no pudo identificar porque se cambió el nombre. De cualquier forma, aporta otros pormenores de su salida del país. Orozco y Jiménez abordó el vapor "María Cristina" en el puerto de Veracruz, llevando consigo una gran caja de libros y documentos. Para ocultar su identidad, se hizo llamar Francisco María Rojas y, a juicio de los viajeros y periodistas, tenía el porte de una persona culta, amable y simpática. Lo que se vuelve a reafirmar, es que llevaba consigo una respetable fortuna, constituida por la dote de tres jóvenes estadounidenses, de elevada condición social, recluidas en un convento de Guadalajara. Para sacar el caudal de México, hizo construir un doble fondo al baúl y lo llenó con monedas de 20 pesos americanos y billetes. Su viaje por mar transcurrió sin novedad y llegó a La Habana. Lo que les llamaba la atención a los viajeros, fue que, no obstante viajar en tercera clase, vistiera como todo un dandy portando alhajas.

Al desembarcar en la isla caribeña el 19 de agosto, se dirigió al Colegio de Belén. Como por tales días había una epidemia de viruela, los padres del convento de Belén consideraron necesario desinfectar el baúl. La ropa fue sacada y, en un movimiento brusco del baúl, cedió el doble fondo desbordándose las monedas de

[120] Octaviano Márquez, *op. cit.*, p. 170 y *El Imparcial*, 10 de julio de 1914.
[121] *El Liberal*, 23 de agosto de 1914.

oro y los billetes. Descubierta la identidad del personaje, la prensa especulaba que era probable que Orozco y Jiménez permaneciera en La Habana, para observar el curso de la Revolución.[122]

Pero un diario editado en Guadalajara fue más sarcástico y dijo que Orozco y Jiménez llegó a La Habana, vestido con traje de charro, acompañado de prófugos políticos. Otros comentarios resultaron ser más hirientes. Por ejemplo, se llegó a decir que Orozco y Jiménez iba acompañado de tres hermosas muchachas vestidas con trajes típicos mexicanos. Las jóvenes mujeres, ex monjitas de un convento de Guadalajara, viajaban porque amaban entrañablemente a su pastor.[123]

Para Eulogio Gregorio Gillow, arzobispo de Oaxaca, prominente hacendado, tanto en Puebla como en Oaxaca, ferviente defensor de la propiedad privada y enemigo del socialismo, el estallido de la Revolución constituyó todo un desastre. Una prueba de su rechazo a la insurrección lo constituyó el hecho de que, en 1911, tenía a su servicio una partida militar en su hacienda Chiautla ubicada en San Martín Texmelucan, Puebla. Cada vez que salía a recorrer, tanto su castillo como los lagos artificiales, una escolta armada caminaba a su lado. A fin de cuenta, salió del país el 29 de agosto de 1914, rumbo a Los Ángeles, California. No se sabe cuál fue la ruta que siguió, pero en todo caso se trataba de una persona de edad avanzada pues tenía ya 73 años.[124]

Al iniciarse el año 1914, las noticias que llegaban a Yucatán sobre la Revolución y el avance de las tropas constitucionalistas se tornaron alarmantes. En este contexto, el arzobispo Martín Tritschler y Córdoba, promovió una serie de actos religiosos para predisponer a la población católica en contra de los constitucionalistas. Pero Carranza llegó a la capital de la república e inmediatamente envió a Yucatán a Salvador Alvarado, uno de sus procónsules preferidos para extender la Revolución. El arzobispo Martín Tritschler no lo esperó, ni tampoco resolvió una demanda laboral en su contra inter-

[122] *El Liberal*, 1o. de septiembre de 1914.
[123] Vicente Camberos Vizcaíno, *op. cit.*, t. I, pp. 275-276.
[124] Manuel Esparza, *op. cit.*, pp. 105 y 148.

puesta por los trabajadores de la *Revista de Mérida*, una publicación que recién había adquirido, quienes exigían su liquidación, y el 24 de agosto de 1914 emprendió el camino al exilio, acompañado del obispo Mejía y de tres presbíteros más. Su destino: la cercana isla de Cuba.[125] Instalado en La Habana, Tritschler protestó en forma sistemática por la conducta anticlerical de Salvador Alvarado. En más de una ocasión le manifestó a Carranza que desde su arribó a la península de Yucatán, Salvador Alvarado cometía innumerables atropellos contra los miembros del clero y de su bienes.[126] Pero como era de suponerse, sus protestas se apilaron en el escritorio del Primer Jefe y quedaron sin respuesta. Para complicar las cosas, Alvarado impulsó una fuerte campaña desfanatizadora.[127]

Leopoldo Ruiz, arzobispo de Michoacán, también abandonó el país y se estableció en Chicago, en donde escribió una *Historia de la Nueva España*. En el mismo sitio se exilió el arzobispo de Linares, Francisco Plancarte quien, por su parte, escribió una *Historia antigua de México*.[128]

En cuanto al arzobispo de Durango, monseñor Francisco Mendoza y Herrera, su suerte fue de lo más disímbola. A mediados de 1913, la ciudad de Durango fue sitiada por las tropas de Tomás Urbina, quien apenas tomó su control, se abocó a atrapar a los miembros de las fuerzas del orden conocida como la Defensa Social, para fusilarlas. Como el terror cundió entre los habitantes, el arzobispo se entrevistó con Urbina para pedirle clemencia y que no asesinara a los miembros de la citada Defensa. De cualquier forma, las tropas revolucionarias saquearon las casas de las familias acomodadas, el comercio y la catedral. Al año siguiente, Mendoza y Herrera fue aprehendido y llevado a penitenciaría en donde fue recluido por unos días, y al ser puesto en libertad, se le exigió abandonar, tanto la ciudad como el país. En vista de ello se

[125] Hernán Menéndez Rodríguez, *op. cit.*, p. 357.
[126] *Ibidem*, pp. 384-385.
[127] *Ibidem*, p. 391.
[128] Antimaco Sax, *op. cit.*, p. 14.

dirigió a Los Ángeles, California, en donde permaneció los siguientes cinco años.[129]

En síntesis: tanto los arzobispos como los obispos se dirigieron a San Antonio, Texas, Chicago, Los Ángeles, Nueva York y, en menor medida, a La Habana. En cuanto a sus recursos para subsistir, la propaganda carrancista hablaba de ellos como auténticos potentados que además de dedicarse al ocio en el exilio, se pasaban el tiempo tramando la contrarrevolución. Sin negar que algunos de ellos mostraron simpatías hacia determinados planes o grupos contrarrevolucionarios, en su mayor parte se abocaron al ejercicio de una importante labor social. Sucede que al poco tiempo, un número elevado de exiliados quedaron sumidos en la miseria al grado de que los prelados y, algunas damas, montaron una cruzada para recabar fondos y con ellos aliviar sus penas. Los miembros del episcopado que supuestamente cargaron con maletas repletas de joyas, oro y dinero, parecen ser más el producto de la fantasía que de la realidad. En cuanto a los sacerdotes que permanecieron en el país, su suerte fue incierta. En ocasiones, y dependiendo de la zona y del jefe carrancista, pagaron cara su falta de previsión y fueron víctimas de la maledicencia. Lo mismo sucedió con las monjas que sufrieron en carne propia la ira y los desmanes de los triunfadores. En cuanto a las iglesias, hubo saqueo, destrucción de imágenes, robo de mobiliario y la habilitación de las iglesias como cuarteles y escuelas. No fue raro que la madera de los púlpitos se utilizara como combustible y la misma suerte corrieron los libros religiosos. En este contexto, es probable que algunos curas hayan considerado prudente retornar a la vida civil, o bien tomar las armas para sumarse a alguno de los bandos en pugna.

Se tiene la certeza que nueve obispos se expatriaron. De ellos, ocho se exiliaron en Estados Unidos: José Juan Herrera y Piña, Ignacio Valdespino, Miguel M. De la Mora, Maximino Ruiz y Flores, Francisco Uranga y Sáenz, Juan María Navarrete, Emeterio

[129] José Ignacio Gallegos G., *La historia de la iglesia en Durango*, México, Jus, 1969, pp. 281-282. José Gutiérrez Casillas asegura que el arzobispo estuvo preso en Zamora y en Morelia y que fue maltratado. Véase su obra citada, p. 414.

EL EPISCOPADO MEXICANO

Arzobispos	*Periodo en el cargo*	*Lugar del destierro*
I. México: José Mora y del Río	1908-1928	La Habana, Cuba
II. Michoacán: Leopoldo Ruiz y Flores	1911-1937	Chicago, Estados Unidos
III. Guadalajara: Francisco Orozco y Jiménez	1912-1936	Europa y Estado Unidos
IV. Oaxaca: Eulogio Gillow y Zavalza*	1887-1922	Estados Unidos
V. Durango: Francisco Mendoza y Herrera	1909-1923	Estados Unidos
VI. Puebla: Ramón Ibarra y González*	1902-1917	Permaneció en México
VII. Linares: Francisco Plancarte	1911-1920	Estados Unidos
VIII. Yucatán: Martín Tritschler y Córdova*	1900-1942	La Habana, Cuba
Obispos dependientes del arzobispado de México		
1. Cuernavaca: Manuel Fulcheri	1912-1922	
2. Chilapa: Francisco Campos Ángeles	1907-1923	
3. Tulancingo: José Juan Herrera y Piña	1907-1921	Estados Unidos
4. Veracruz: Joaquín Arcadio Pagaza	1895-1918	
Obispos dependientes del arzobispado de Michoacán		
5. León: Emeterio Valverde Téllez	1909-1948	Estados Unidos
6. Querétaro: Manuel Rivera Muñoz	1908-1914	
7. Zamora: José Othón Núñez y Zárate	1909-1922	
Obispos dependientes del arzobispado de Guadalajara		
8. Aguascalientes: Ignacio Valdespino	1913-1928	Estados Unidos
9. Colima. Amador Velasco y Peña	1903-1949	
10. Tepic: Andrés Segura y Domínguez	1906-1918	
11. Zacatecas: Miguel M. de la Mora	1911-1922	Estados Unidos
Obispos dependientes del arzobispado de Oaxaca		
12. Chiapas: Maximino Ruiz y Flores	1913-1920	Estados Unidos y Guatemala
13. Tehuantepec: Ignacio Placencia y Moreira	1907-1922	
Obispos dependientes del arzobispado de Durango		
14. Chihuahua: Nicolás Pérez Gavilán	1902-1919	
15. Sinaloa: Francisco Uranga Sáenz	1903-1919	Estados Unidos
16. Sonora: Ignacio Valdespino y Díaz	1902-1913	Estados Unidos
Juan María Navarrete	1919 en adelante	
Obispos deependientes del arzobispado de Linares		
17. Saltillo: Jesús María Echeverría y Aguirre	1904-1955	Estados Unidos
18. San Luis Potosí: Ignacio Montes de Oca y Obregón	1884-1921	España

19. Tamaulipas: José de Jesús Guzmán Sánchez	1909-1914
Obispos dependientes del arzobispado de Puebla	
20. Huajuapan de León: Rafael Amador Hernández	1903-1923
Obispos dependientes del arzobispado de Yucatán	
21. Campeche: Vicente Castellanos y Núñez	1912-1921
22. Tabasco: Antonio Hernández y Rodríguez	1912-1922
Vicariato de Baja California	

Fuente: Tabla formada con datos de José Gutiérrez Casillas, S.J., *Historia de la iglesia en México*, México, Porrúa, 1984, pp. 346-351, *El Universal*, 23 de noviembre de 1919, Federico Gamboa, *Mi diario VI (1912-1919)*, México, Consejo Nacional par a la Cultura y las Artes, 1995 y Antimaco Sax, *Los mexicanos en el destierro*, San Antonio, Texas, 1916. Los datos se cotejaron con el libro de Emeterio Valverde Téllez, *Bio Bibliografía eclesiástica mexicana*, México, Jus, 1949, t. I y II.

*En 1887 Eulogio Gillow fue preconizado obispo y en 1891 arzobispo.

En 1902 Ramón Ibarra y González fue preconizado obispo y en 1903 arzobispo.

En 1900 Martín Tritschler fue preconizado obispo y en 1906 arzobispo.

Valverde Téllez y Jesús María Echeverría y Aguirre. El noveno, Ignacio Montes de Oca, se refugió en España. Dos fallecieron en vísperas de la llegada de Carranza a la ciudad de México y las diócesis permanecieron vacantes hasta el año de 1919, en que se designaron a sus sucesores. Otros seis permanecieron en México, y nada se sabe sobre los cinco restantes.

Los que fallecieron en vísperas del triunfo de los constitucionalistas fueron el obispo de Querétaro, Manuel Rivera y Muñoz, quien murió en mayo de 1914.[130] El otro, fue José de Jesús Guzmán y Sánchez Obispo de Tamaulipas, cuyo deceso se registró en enero de 1914.[131]

El 15 de abril de 1914, José Juan de Herrera y Piña, obispo de Tulancingo, decidió viajar a Roma para visitar a su Santidad, el Papa Benedicto XV. De Roma emprendió una peregrinación a Tierra Santa junto con un grupo de feligreses mexicanos. Después

[130]Emeterio Valverde Téllez, *Bio Bibliografía eclesiástica mexicana (1821-1943)*, México, Jus, 1949, t. I, p. 142 y t. II, p. 265. El obispo fue sustituido por Francisco Banegas Galván, pero hasta el año de 1919.

[131]Emeterio Valverde Téllez, *op. cit.*, t. I, p. 382 y t. II, p. 205. El sustituto de este obispo fue designado hasta 1919.

de visitar algunos países de Europa y Asia, decidió regresar al nuevo mundo, pero al llegar a La Habana recibió noticias desalentadoras sobre el curso anticlerical de la Revolución mexicana. Sus informantes le describieron un México sumido en la desolación y en la catástrofe, en el que campeaba la persecución religiosa. Pero lo más grave: no podía entrar a su patria. Por tales razones, y al igual que otros miembros del episcopado, tuvo que permanecer en el exilio.[132]

Ignacio Montes de Oca y Obregón salió para Europa en julio de 1914; permaneció algunos días en la Ciudad Eterna, pero al estallar la primera guerra mundial se dirigió a España, en donde pasó largas temporadas en los palacios de sus amigos nobles. En octubre de 1913, Francisco Uranga y Sáenz, obispo de Sinaloa, salió de su diócesis, y se refugió en Guadalajara en donde permaneció hasta marzo de 1914. Luego se dirigió a la ciudad de México, donde suscribió la carta pastoral colectiva del 16 de julio de ese año. En agosto salió con otros prelados al destierro a Estados Unidos.[133] En 1914, Juan Navarrete y Guerrero era vicario general en Aguascalientes. De cualquier forma, abandonó la diócesis pasando por Torreón y luego se dirigió a Estados Unidos. Permaneció unos meses en Galveston como encargado de la colonia mexicana y, por orden de monseñor Valdespino, pasó a Chicago en calidad de secretario de monseñor Kelly, presidente de la *Catholic Church Extension Society*. Más tarde, impartió las cátedras de Sagrada Escritura, Elocuencia Sagrada y Sociología, en el seminario de Castroville.[134]

Entre la media docena de obispos que permanecieron en México figura Joaquín Arcadio Pagaza, obispo de Veracruz. Para prevenirse de un desaguisado, el obispo se escondió entre montes y barrancas, hasta que fue capturado y llevado preso a Veracruz. Allí Venustiano Carranza se mostró muy condescendiente y le dio

[132] Emeterio Valverde Téllez, *Bio Bibliografía eclesiástica mexicana*, México, Jus, 1949, t. I, pp. 388-389 y el t. II, p. 289.

[133] *Ibidem*, t. II, p. 350.

[134] Emeterio Valverde Téllez, t. II, p. 170.

un salvoconducto para volver a Jalapa, pero el general Agustín Millán, lo desterró del estado de Veracruz. Se refugió entonces en la capital de la república, donde permaneció casi dos meses hasta que Carranza movió las influencias que le permitieron regresar nuevamente a Jalapa.[135] Durante cuatro años soportó la política anticlerical carrancista, hasta su muerte, ocurrida en Jalapa en septiembre de 1918. La prensa resaltó que, a diferencia del resto de los prelados, Pagaza jamás se mezcló en asuntos políticos ni manipuló a sus fieles para que atacaran al gobierno de Carranza.[136]

Andrés Segura y Domínguez, obispo de Tepic, también permaneció en México. En 1914, mediante los más fútiles pretextos, Álvaro Obregón dispuso que fuera encerrado en la penitenciaría de Tepic, donde fue recluido hasta mediados de noviembre. A partir de entonces, lo liberó con la condición de que se presentara diariamente a la Jefatura de Operaciones Militares. Por tales días, la zona fue invadida por una epidemia de paludismo que contagió al obispo, y de la cual jamás sanó. Reticente a abandonar a su grey, fue convencido por los médicos para que se trasladara a Guadalajara en busca de mejor clima. De cualquier forma, su salud se deterioró, y murió el 13 de agosto de 1918.[137]

Con motivo de la postura anticlerical del constitucionalismo, Nicolás Pérez Gavilán y Echeverría, obispo de Chihuahua, se refugió en la capital de la República, en donde como se vio, firmó la carta pastoral de julio de 1914. No se expatrió y pasó los años postreros de su vida muy enfermo y paralítico. Falleció el 3 de diciembre de 1919 en su sede episcopal, a la edad de 63 años.[138]

Ignacio Placencia y Moreira, obispo de Tehuantepec, salió de su diócesis el 3 de mayo de 1914, para atender una invitación que le hizo un ex discípulo, cura de una de las parroquias foráneas de Guadalajara. En este lugar le sorprendió la entrada de los revoluciona-

[135] *Ibidem*, p. 215.

[136] *Excélsior*, 10 y 12 de septiembre de 1918 y *El Universal*, 12 de septiembre de 1918. Federico Gamboa, *Mi diario*, t. VI, pp. 556-557.

[137] Emeterio Valverde Téllez, *op. cit.*, t. II, pp. 300-301.

[138] *Ibidem*, p. 225.

rios y se refugió en la capital del estado. Al ser invadida también la ciudad por las tropas carrancistas, y sabiendo que eran aprehendidos y encarcelados muchos sacerdotes, se retiró a Zapopan. Al regresar a Guadalajara, fue capturado por los soldados quienes lo enviaron a la prisión durante seis días. No se sabe qué pasó en los años siguientes, ya que regresó a su diócesis hasta febrero de 1919.[139] En una ocasión, José Othón Núñez y Zárate, obispo de Zamora, fue encarado por un jefe rebelde quien le exigió determinada cantidad de dinero. Como no la tenía, entre 1916 y 1917, tuvo que abandonar su diócesis y refugiarse en diversos ranchos de la sierra oaxaqueña. En el primer semestre de 1918 apareció en Guadalajara, desde donde expidió diversas medidas para atender a su diócesis, y luego se radicó en la ciudad de México. Fue hasta enero de 1920 que regresó a Zamora.[140]

Al finalizar el año de 1912, Manuel Fulcheri y Pietrasanta, obispo de Cuernavaca, asumió el gobierno de la diócesis de Cuernavaca. Le tocó ver la destrucción de la obra de sus predecesores, y no pudo desarrollar sus propios proyectos debido a los estragos provocados por la Revolución zapatista y después por el anticlericalismo de Carranza. Tuvo que ausentarse de su diócesis, a la que volvió hasta febrero de 1919.[141] No se sabe cuál fue la suerte de los cinco obispos faltantes: Francisco Campos Ángeles, Vicente Castellanos y Núñez, José Amador Velasco y Peña, Rafael Amador Hernández, y Antonio Hernández y Rodríguez.

La llegada de Carranza a la capital de la república

A MEDIADOS de agosto de 1914, Carranza y sus tropas llegaron a la capital de la república y de inmediato se registraron cambios en el arzobispado de la ciudad de México. Carranza sabía muy bien que desde tres meses antes, Mora y del Río estaba en Europa, y que

[139] *Ibidem*, p. 231.
[140] *Ibidem*, p. 177.
[141] *Ibidem*, t. I, p. 311.

había dejado al vicario Samuel Argüelles como encargado de la arquidiócesis. Como una muestra de la animadversión que le guardaba, Carranza promovió la sustitución de Argüelles y en su lugar se impuso al canónigo Antonio de J. Paredes. Esto ocurrió el 20 de agosto de 1914, el mismo día en que Carranza se instaló en el Palacio Nacional. A partir de entonces, cuando tuvo necesidad de tratar asuntos de la Iglesia católica, lo hizo con una persona de su agrado y no con la designada por Mora y del Río. Naturalmente, todo esto se supo, nada se ocultó. Con el paso de los días, otros datos salieron a la luz pública, entre ellos, que la persona que instrumentó tal cambio había sido el gobernador del Distrito, Alfredo Robles Domínguez, quien junto con el inspector general de Policía, le dieron posesión del cargo.[142] Así, Antonio de J. Paredes asumió el puesto, con cierta reticencia de la población católica. Los periodistas no tardaron en interrogarlo para conocer la verdad, pero Paredes se limitó a dar respuestas ambiguas. Lo que sí dejó en claro, era que sobre todas las diferencias, estaba decidido a predicar entre los feligreses el respeto a las autoridades carrancistas y a orar por la urgente pacificación del país.

En forma paralela, ocurrió otro suceso que provocó mayor confusión en el seno de la iglesia católica mexicana. A finales de agosto de 1914, falleció el Papa Pío X, y al iniciarse septiembre, se designó uno nuevo: Benedicto XV.[143] Apenas asumió el pontificado, se empezó a rumorar en México que el nuevo Papa no estaba del todo contento con que el episcopado hubiera tomado el camino del exilio. También, que debido a ello, Roma no pudo comunicar oficialmente el deceso del Sumo Pontífice. La razón: no había un arzobispo u obispo mexicano a quien transmitirle la noticia. En realidad había varios, pero ninguno se atrevió a sacar abiertamente la cara por temor a que Carranza los atrapara, fusilara o desterrara. Para complicar las cosas, Roma no dio visos de reconocer a Antonio de J. Paredes como vicario general de la Mitra capitalina que, se decía,

[142] *El Liberal*, 19 de agosto de 1914 y *El País*, 20 de agosto de 1914.
[143] *El País*, 21 de agosto de 1914.

impuso Carranza, e incluso se hablaba de un posible cisma.[144] Pero no obstante el apoyo de Carranza, Antonio de J. Paredes no se libró de que en febrero de 1915, Obregón lo encarcelara por no aportarle medio millón de pesos destinados a mitigar el hambre de los sectores populares de la ciudad de México.

Mientras tanto, José Mora y del Río dejó Roma y en España abordó el buque Alfonso XIII, con el propósito de llegar a suelo mexicano. A mediados de septiembre llegó a La Habana, en donde desembarcó. Aquí, había un mensaje para él, y al leerlo, meditó y consideró que lo más prudente era permanecer en la isla. A fin de cuenta hizo lo correcto, puesto que el 23 de septiembre *El Heraldo de Cuba* publicó un cablegrama procedente de la ciudad de México, en el que Carranza le hacía graves acusaciones. No sólo lo señalaba con índice de fuego como uno de los más firmes apoyos de Victoriano Huerta, sino de haberle aportado dinero en abundancia, sin contar con una propaganda tenaz ejercida desde el púlpito. Pero en particular, señaló un suceso: durante una ceremonia celebrada en la Catedral, se cometió la osadía de lanzarle vivas a Huerta. José Mora y del Río no dudó en rechazar la acusación publicada en la prensa cubana. No sólo negó que hubiera sido un baluarte Huerta, sino que le hubiera aportado dinero, y mucho menos realizado propaganda en su favor. Aceptó que si bien en la ceremonia verificada el 11 de enero de 1914, en homenaje al Sagrado Corazón de Jesús, alguien lanzó un viva al general Huerta, la persona fue inmediatamente sometida al orden. Ello explicaba que su decisión de quedarse en La Habana resultó acertada, para no exponerse a una posible represalia en la ciudad de México.[145]

Para entonces, la prensa cubana estaba sumamente interesada en lo que sucedía en México. Algunos diarios lamentaban que México hubiera quedado sumido en la guerra civil, la cual había tomado un matiz antirreligioso expresado en la profanación de templos, la persecución y el destierro de sus ministros. Pruebas de

[144] *El Liberal*, 3 de septiembre de 1914.
[145] *El Heraldo de Cuba*, 27 de septiembre de 1914.

ello sobraban: innumerables sacerdotes y civiles llegaban a Cuba demandando hospitalidad. El 12 de octubre de 1914, con motivo de la celebración del XIX Aniversario de la Coronación de la Virgen de Guadalupe, se reunieron en la iglesia de Nuestra Señora de la Merced innumerables sacerdotes para orar por la paz en México. La iglesia, con cupo para 5,000 personas, resultó insuficiente para albergar al doble de feligreses. La ceremonia estuvo presidida por un prelado cubano, secundado por los arzobispos de México y de Yucatán allí desterrados: José Mora y del Río y Martín Tritschler. Además, figuraban Ignacio González, Carlos J. Mejía y Lagunes, Obispo de Cina de Galacia, Samuel Arguelles, vicario general de México, Manuel Reinoso, vicario capitular de Querétaro, Francisco García Fernández, vicario general de Campeche, Francisco Banegas, gobernador eclesiástico de Veracruz, además del secretario de la Mitra de Puebla. En el sermón se habló sobre el amor a la patria y lo cruel del destierro.[146]

¿POR QUÉ SALIÓ EXILIADO EL EPISCOPADO?

ANTES DE continuar, habría que dejar en claro varias cuestiones. Carranza y sus subalternos aseguraban que el episcopado mexicano no sólo apoyó políticamente a Huerta, sino que le aportó fondos cuantiosos. Según José C. Valadés, Huerta le solicitó al clero capitalino un millón de pesos y éste "algo le dio". Detalla que tan pronto como el secretario de Hacienda le comunicó tal petición al arzobispo José Mora y del Río, éste se negó y pidió la intervención del presidente del Partido Católico, sólo que Huerta reiteró que la Iglesia debía entregarle los fondos que tuviera a la mano, sin excusas ni pretextos. No se conocen documentos que permitan conocer la suma exacta entregada por el clero, pero al decir de Valadés, el dinero se agotó en los últimos días de enero de 1914.[147] El suceso llegó

[146] El *Diario de la Marina*, 12 de octubre de 1914.

[147] Se dice que para seguir sosteniendo los gastos de guerra, Huerta le impuso al clero un préstamo de un millón de pesos. Tan pronto como el secretario de Hacienda se lo comunicó a la arquidiócesis, Mora y del Río pidió la intervención del presidente del Par-

a oídos de los constitucionalistas, quienes meses más tarde lo explotaron como prueba fehaciente del apoyo de la Iglesia a Huerta. Pero no todo quedó ahí: a la postre, innumerables historiadores tomaron al pie de la letra tal versión y contribuyeron a forjar la leyenda negra sobre la Iglesia católica. Para robustecer la fobia carrancista, se agregaron otros ingredientes. Uno de ellos indica que el clero se levantó en armas contra los constitucionalistas y que convirtió a las iglesias en auténticos depósitos de armas. Todo esto sin descartar que algunos sacerdotes también tomaron las armas y dirigieron los combates en las filas de la reacción, razón por la cual resultaron castigados.

Pero hubo otro dato que contribuyó a labrar una imagen adversa de la Iglesia católica. Ocurre que en 1912 diversos militantes del Partido Católico figuraron como diputados en el Congreso de la Unión, y al año siguiente algunos fueron llamados por Huerta para integrarse a su gabinete. Al ser disuelto el Congreso de la Unión en octubre de 1913, Huerta formó una nueva versión de la misma legislatura e incluyó a una parte de los anteriores diputados, y a otros militantes del Partido Católico. Algunos aceptaron la encomienda, no tanto porque simpatizaran con Huerta, sino porque ansiaban el retorno de la paz en el país. Naturalmente hubo quienes si simpatizaban con Huerta. Pero ya fuera una u otra la razón, lo cierto es que al caer Huerta, todos cargaron por igual con el estigma de haber sido huertistas.[148]

Por si ello no fuera suficiente, casi de inmediato Carranza hizo circular sus puntos de vista en el exterior. Sus agentes y propagandistas repitieron que la Iglesia había jugado un papel con-

---

tido Católico, pero el general se negó a escuchar las disculpas y reiteró que la Iglesia debía entregarle los fondos que tuviera a la mano, sin excusas ni pretextos. José C. Valadés, *Historia general de la Revolución mexicana. La violencia como sistema*, t. 3, México, Sep-Gernika, 1985, pp. 235-236.

[148] Véase el *Diario de los Debates de la Cámara de Senadores*, 18 de noviembre de 1913, pp. 2-15, y el número del 19 de noviembre, p. 2. Asimismo consultar el *Diario de los Debates de la Cámara de Diputados*, 18 de noviembre de 1913, pp. 1-8 y de la misma fuente, la edición del 24 de noviembre de 1913, p. 11. De hecho la afirmación de Jean Meyer en su "prólogo", al libro de Eduardo J. Correa, *op. cit.*, p. 13, va en el mismo sentido.

trarrevolucionario y que había que castigarla. La resultante inmediata fue que se produjo un fuerte impacto entre los altos círculos del gobierno y el Vaticano. Al parecer, León X y luego su sucesor, Benedicto XV, comulgaban con esta versión, la cual iba en detrimento de la cúpula de la Iglesia católica mexicana. Para concluir, el Papa jamás estuvo de acuerdo en que el episcopado hubiera abandonado el país y por consiguiente a su feligresía. En vista de lo expuesto, en los meses siguientes, el Papa utilizó diversos medios para reunir información y formarse una idea cabal de Carranza, sobre si tenía razón o no en su postura, así como del verdadero grado de inocencia o culpabilidad de los altos cuadros de la Iglesia católica mexicana. En un segundo momento, buscó apaciguar los ánimos de los arzobispos más combativos, que entre paréntesis, los había señalados abiertamente de haber sido cómplices de Huerta. Pero como por el momento el conflicto estaba al rojo vivo, el Papa consideró necesario esperar unos años y, cuando lo consideró prudente, utilizó los servicios de un emisario para negociar con Carranza la reconciliación con la Iglesia.

En forma sorprendente, Jean Meyer, asegura que en 1913, Leopoldo Ruiz y Flores, arzobispo de Michoacán, condenó el golpe de Estado consumado por Félix Díaz, Manuel Mondragón, Cecilio Ocón, Bernardo Reyes, Huerta y otros.[149] Una condena que pudo haber reivindicado al episcopado mexicano ante los ojos de los constitucionalistas. La afirmación resulta sorprendente ya que Leopoldo Ruiz, junto con Francisco Orozco y Jiménez, y el obispo Miguel de la Mora, formaban la línea dura del episcopado, el ala opositora que estaba dispuesta a luchar contra Carranza, aún a costa de perder la vida. Y esto no eran simples bravatas. En los años siguientes defendieron sus puntos de vista por medio de pastorales, protestas y rechazando diversas medidas dictadas por Carranza, hasta concluir con su retorno a suelo mexicano, sin pedir autorización o permiso alguno.

[149] Jean Meyer, "Prólogo", al libro de Eduardo J. Correa, *op. cit.*, p. 15.

Ahora bien, ¿Qué habría pasado si Carranza atrapa a un arzobispo o a un obispo? ¿Lo habría fusilado o simplemente desterrado? A nuestro juicio, lo más probable es que lo hubiera desterrado. Fusilar a un prelado resultaba una medida atroz que le habría significado a Carranza echarse encima no sólo al Vaticano, sino a la Iglesia estadounidense e inglesa, que eran sumamente poderosas, amén de las de otras latitudes, sin descartar a la población católica mexicana. Las cosas eran distintas con los sacerdotes de las ciudades pequeñas y medianas, de los pueblos, villas y rancherías. No pocos de ellos fueron asesinados y en el mejor de los casos, expulsados de sus zonas.

CAPÍTULO IV

El ejército federal

PARA una corriente teórica de las ciencias sociales, que hasta hace unos años estuvo en boga en el medio académico, se deben cumplir dos premisas para poder hablar de revolución. Una de ellas es la extinción del Estado burgués y, la otra, de su brazo armado, que tiene expresión en el ejército.[150] Al margen de que se esté o no de acuerdo con esta postura, durante el siglo XX, en México se registró efectivamente tanto la extinción del viejo estado porfirista, como la disolución del ejército mexicano. Esto sucedió en agosto de 1914 al extinguirse el gobierno de Francisco Carbajal y arribar el constitucionalismo al poder. Esta situación, que parece no tener mucha importancia, en realidad resultó ser trascendental en la historia política militar mexicana. El ejército federal fue arrollado literalmente por las huestes armadas a cargo de Álvaro Obregón, Pablo González y Francisco Villa. A primera vista, resulta toda una afrenta que un ejército profesional, armado por el estado, haya sido derrotado en toda la línea por huestes armadas sobre la marcha, sin mayor preparación técnica y profesional. Al frente del viejo ejército federal estaban hombres entrenados en el Colegio Militar, con un armamento hasta cierto punto modernizado.

Las posibles explicaciones de la debacle del ejército federal a manos de los ejércitos revolucionarios, tienen que ver con su propia naturaleza. En primer lugar, sus altos mandos, aparentemente bien preparados, estaban envejecidos y corrompidos. En segundo

[150] Lenin, "El Estado y la revolución", en *Obras escogidas*, t. 2, Moscú, Progreso, s/f, p. 316.

lugar, se habla de que el abultamiento del número de efectivos militares y de los costos del armamento, les redituaban altos ingresos. Se trataba de todo un *modus vivendi*. Por otro lado, la base del ejército estaba integrada por personas carentes de vocación para las armas, reclutadas en forma arbitraria y cohersitiva mediante la leva. En estas condiciones, resultó lastimoso su papel durante la etapa armada al enfrentarse a hombres con gran empuje y valor, que de paso se cobraban viejos agravios, además de disfrutar de libertad para el saqueo y la rapiña.

Robert Martin Alexius habla de que el ejército porfirista llegó a contar nominalmente con cerca de 39,000 efectivos, aunque advierte que la cifra real oscilaba entre los 14,000 y los 18,000. Los soldados faltantes eran ficticios ya que sólo existían en el papel y los salarios engrosaban los bolsillos de los altos mandos del ejército.[151] Durante la etapa más álgida de la revolución, se calcula que el tamaño del ejército creció entre cinco y seis veces. Según datos de Michael C. Meyer, en un periodo de tres meses, de junio a septiembre de 1913, el número de generales pasó de 128 a 182, y el de otros oficiales de alta graduación, de 888 a 1081.[152] Hacia el mes de octubre de 1913, el Presidente autorizó elevar el ejército a 150,000 hombres, tres meses después, la cifra alcanzó los 200,000. Otros autores hablan del cuarto de millón de efectivos, pero en realidad jamás se alcanzó semejante cifra,[153] en parte porque resultó impresionante observar que tan pronto como eran reclutados, miles y miles de efectivos desertaban. Para contrarrestar esta tendencia, Huerta utilizó todos los medios imaginables a su alcance. Se intentaron aumentos en los salarios y cumplir con el viejo sistema de cuotas que señalaba que cada estado debía aportar un cierto número de personas para nutrir al ejército federal. Cualquiera que

[151] Robert Martin Alexius, "El ejército y la política en el México porfirista", en Lief Adleson *et al.*, *Sabores y sinsabores de la Revolución mexicana*, SEP-Universidad de Guadalajara, Comecso, s/f, p. 55. Para una visión general sobre este tema, consultar a Jorge Alberto Lozoya, *Ejército mexicano*, México, El Colegio de México, 1984.

[152] Michael C. Meyer, *Huerta*, p. 111.

[153] *Ibidem*, p. 109.

sea la verdad, lo cierto es que en plena revolución, el ejército resultó ser un tigre de papel, una fuerza frágil, víctima de cualquier jefe revolucionario.

EJÉRCITO MEXICANO (AÑOS SELECCIONADOS)

Años	*Total*	*Oficiales*	*Tropa*
1876	37,468	4,177	33,291
1893	–	–	22,000
1895	24,489	3,544	20,945
1896	30,112	5,564	24,548
1899	30,885	3,484	27,401
1901	34,000	–	–
1902	29,966	3,408	26,558
1906	28,588	3,060	25,528
1910	36,700	–	–
1913	80,000	–	–
1914	250,000	–	–
1918	133,510	–	–
1921	82,779	14,459	68,320
1930	63,007	9,549	53,458
1931	55,260	9,024	46,236

Fuente: *Memorias de la Secretaría de Guerra y Marina*, 1877, 1889, 1893, 1896, 1902, 1906, 1930 y 1931 y Mateo Podán, *Porfirio Díaz, debe y haber*, México, Botas, 1944, 220. Para 1913 y 1914, Lawrence Taylor, *La gran aventura en México*, México, Conaculta, 1993, pp. 65 y 66. Para 1918, *Excélsior*, 22 de mayo de 1918 y para 1921, Martha B. Loyo, *Joaquín Amaro y el proceso de institucionalización del ejército. 1917-1931*, tesis de doctorado en Historia, México, Instituto de Investigaciones Históricas-UNAM, 1998, p. 120.

Por su cercanía con Huerta, a la renuncia de éste a la Presidencia de la República, un buen número de militares de alta graduación huyó del país, utilizando pretextos baladíes. No les interesaba colaborar con Francisco S. Carbajal, ni tampoco esperar la llegada de Carranza a la capital de la república. Pero antes de su renuncia, Huerta firmó sendas comisiones para que sus más allegados viajaran a Europa a ejercer cargos que a todas luces eran fantasmas, y que en realidad encubrían un pretexto para seguir en las nóminas gubernamentales. Por ejemplo, Agustín Bretón viajaba comisionado a Europa, como jefe del estado mayor de Aureliano Blanquet,

Benjamín Camarena, ex inspector general de Policía y ex director de la penitenciaría del Distrito Federal, viajaba a Londres comisionado por la Secretaría de Guerra y Marina, para estudiar lo relativo a la crianza de la caballería. El teniente coronel Jorge Huerta, hijo del ex presidente, iba comisionado por la misma Secretaría de Guerra, para estudiar en España la estructura organizativa del ejército. El coronel Carlos Águila, hermano político del general Huerta, iba comisionado para estudiar en el viejo mundo la cría de caballos, y el general Alberto Quiroz, inspector general de Policía, el sistema de organización de la policía militar. Los generales Javier de Moure y Liborio Fuentes, este último, oficial mayor de la Secretaría de Guerra y Marina, llevaban comisiones calificadas de carácter reservado a Europa. Como se puede ver, las comisiones eran confusas y en realidad encubrían la urgencia de abandonar el país con un salario asegurado para sobrevivir.

Otros huían sin disponer de tales comisiones fantasmas. El caso típico es el del general Juan A. Hernández, gobernador de Puebla, quien abandonó su puesto para unirse a otros fugitivos en Puerto México.[154] Lo mismo sucedió con los generales Ramón Corona, ex gobernador del Distrito Federal, y Francisco Romero, ex gobernador de San Luis Potosí. Se dijo que el primero iba a Europa y el segundo a Sudamérica.[155] Por las mismas fechas proliferaron los rumores más escalofriantes, entre ellos el de que el gobernador de Oaxaca, licenciado Miguel Bolaños Cacho, había sido pasado por las armas. La noticia resultó falsa, pero de cualquier forma, el ex gobernador se dirigió a Puerto Ángel para expatriarse en Europa.[156] El general Carlos García Hidalgo, que por algún tiempo fue gobernador de Aguascalientes, renunció al cargo y salió del país.[157] En los días siguientes, otros generales adictos a Huerta abandonaban sus puestos. El general Luis Emeterio Torres, que por largos años gobernó Sonora, solicitó su retiro

[154] *El Imparcial*, 17 y 21 de julio de 1914 y *El País*, 18 de julio de 1914.
[155] *El Imparcial*, 17 de julio de 1914. En *El País* también del 17 de julio de 1914, se dice que el general Francisco Romero, había sido el último gobernador huertista de Morelos.
[156] *El Imparcial*, 16 y 17 de julio de 1914 y *El País*, 19 de julio de 1914.
[157] *El País*, 18 y 26 de julio de 1914.

del ejército alegando tener más de cuarenta años de servicio,[158] el general Ignacio A. Bravo solicitó licencia a la Secretaría de Guerra con el objeto de trasladarse a Veracruz para, según dijo, restablecer su quebrantada salud, y lo mismo hizo el general Carlos Rincón Gallardo.[159] Pero el grueso del ejército federal esperó la llegada de Carranza a la capital de la república.

La disolución del ejército federal

Los Tratados de Teoloyucan, que marcaban la caída del viejo régimen y la instauración del nuevo, fueron firmados por los generales triunfantes Álvaro Obregón y Lucio Blanco y por el otro lado, por el general Gustavo Salas, Eduardo Iturbide y Othón Blanco.[160] En términos generales, la mecánica acordada fue la siguiente: la entrada de las fuerzas constitucionalistas a la ciudad de México se haría conforme se retiraban las federales, bajo la supervisión de los generales José Refugio Velasco y Álvaro Obregón. Se convino en distribuir las tropas federales en las poblaciones ubicadas a lo largo del ferrocarril de México a Puebla, en grupos no mayores de cinco mil hombres. Para prevenir una eventual rebelión, se les privaría de artillería de reserva y de municiones. Una vez verificado este paso, el nuevo gobierno enviaría a sus representantes para desarmarlos completamente. Asimismo, se acordó desarmar y disolver las guarniciones de Manzanillo, Córdoba, Jalapa y las jefaturas de armas de Chiapas, Tabasco, Campeche y Yucatán, en estos mismos lugares. Las tropas federales encargadas de guarnecer las poblaciones de San Ángel, Tlalpan, Xochimilco y demás, también serían desarmadas en estos mismos lugares, tan pronto como se presentaran las tropas constitucionalistas. Obregón prometió no hostilizar durante su retiro a las tropas federales y darles toda clase de garantías y ayuda pecuniaria para que los soldados regresaran a sus hogares. No se habló de someterlos a juicio

[158] *El Imparcial*, 30 de julio de 1914.
[159] *El Imparcial*, 4 de agosto de 1914.
[160] Eduardo Iturbide, *op. cit.*, pp. 140-142 y Alfonso Taracena, *LVRM (1912-1914)*, p. 398.

ni de castigarlos. Pero existe un punto que llama la atención: en los Tratados de Teoloyucan se asentó que los generales, jefes y oficiales del Ejército y de la Armada, quedaban a disposición del primer jefe de las fuerzas constitucionalistas.[161] En realidad, Carranza jamás estuvo dispuesto a cumplir con este punto.

El sábado 15 de agosto de 1914, el general José Refugio Velasco anunció que previa disolución de su gabinete, el licenciado Francisco S. Carbajal lo había investido con el mando supremo del ejército. En virtud de que se vivían momentos difíciles y cruciales, pidió a los miembros del ejército federal, disciplina, amor a la patria, y evitar toda clase de dificultades al nuevo gobierno. A continuación les hizo saber que bajo las nuevas circunstancias, su misión consistía en disolver el ejército del cual formaban parte. Los que por última vez conformaron los altos mandos del ejército federal fueron el general Francisco A. Salido, jefe del Estado Mayor de José Refugio Velasco; el general Luis Medina Barrón, titular de la primera división; el general Ignacio Morelos Zaragoza, jefe de la segunda división; el general Eduardo Ocaranza, jefe de la Tercera División; el general Miguel Gil, jefe de la Brigada de Infantería de reserva; el general Gustavo A. Salas, jefe de la Brigada de Caballería de reserva; el general Salvador Herrera y Cairo, jefe de Artillería; los generales Carlos Casillas y Ramón Gutiérrez, jefes de Ingenieros; general José Ortiz Monasterio, jefe de transportes, y el general Agustín Aguirre, jefe del servicio sanitario.[162]

Efectivamente, el general José Refugio Velasco, en su condición de jefe supremo de la plaza de la ciudad de México, se la entregó el 15 de agosto de 1914 al general Obregón. Por tales días, la guarnición federal en la ciudad de México ascendía a más de 33,000 hombres.[163] Justo con tantos hombres, José Refugio

[161] Eduardo Iturbide, *op.cit.*, pp. 132-142, Federico Gamboa, *Mi diario*, t. VI, p. 159, Álvaro Obregón, *Ocho mil kilómetros en campaña*, México, FCE, 1973, pp. 158-161 y Aarón Sáenz, *Los históricos tratados de Teoloyucan. Disolución del ejército federal y capitulación de la ciudad de México*, México, Patronato de la Historia de Sonora, 1964.

[162] *El Imparcial*, 15 de agosto de 1914.

[163] Álvaro Obregón, *op. cit.*, p. 165. Alfonso Taracena habla de 46,000 efectivos. Véase su obra *LVRM (1912-1914)*, p. 394.

Velasco pudo haber intentado rechazar a Obregón, pero él más que nadie, estaba consciente de que en su mayor parte, no eran gente de confiar ya que en la menor oportunidad, desertaban pelotones completos. Para sacar a tales fuerzas armadas de la ciudad de México, se habilitaron diversos furgones del ferrocarril interoceánico y se les trasladó a la ciudad de Puebla. Obregón comisionó al coronel Joaquín V. Cazarín, y a un pagador, para que les dieran desde cinco hasta diez pesos a cada uno de los soldados licenciados, más un pase gratuito para viajar por ferrocarril, hasta sus lugares de origen. Asimismo, Obregón comisionó, entre otros, a los capitanes Jesús M. Garza y Aarón Sáenz, integrantes de su Estado Mayor, para que recogieran todo el armamento, municiones y demás pertrechos en poder del ejército federal. Quedaba pendiente el desarme de las fuerzas federales que tenía a su mando el general Joaquín Téllez en Manzanillo.[164] En Puebla, fueron reconcentrados varios regimientos federales. Al momento de consumarse la disolución, los militares enarbolaron varias banderas militares y al mismo tiempo tocaron "Las Golondrinas". Muchos soldados lloraron frente a la melancólica y musical despedida.[165]

Pocos fueron los altos mandos del ejército que se opusieron al licenciamiento de sus tropas, y uno de ellos fue precisamente el general Joaquín Téllez, quien desobedeció las órdenes del general Velasco, se embarcó con sus fuerzas en Manzanillo para abandonarlas en Salina Cruz y luego seguir con los haberes de 5,000 hombres, tres secciones de ametralladoras sistema *Maxim* y algunos de hombres, rumbo a la América Central. Se sabe que el 19 de septiembre llegó a El Salvador a la espera del momento adecuado para encabezar un movimiento contrarrevolucionario.[166] Obregón afirma que los pertrechos de guerra los puso en poder del gobierno de El Salvador. Una postura similar asumieron los generales Gabriel F. Aguillón, Valente G. González y Francisco J. Rivero. Al momento que se les acercaron las fuerzas constitucionalistas con el fin de desar-

[164] Álvaro Obregón, *op. cit.*, p. 161.
[165] Federico Gamboa, *Mi diario*, t. VI, p. 399.
[166] *El Radical*, 19 de septiembre de 1914.

marlos, los citados generales se embarcaron en los puertos de Guaymas y de Salina Cruz, para dirigirse también a El Salvador, como efectivamente sucedió.[167] En Córdoba, Veracruz, sucedió algo insólito. Unos 9,000 soldados aclamaron al general Luis Medina Barrón como su jefe y hasta como "presidente de la República", pero tales ex abruptos cedieron rápidamente y Medina Barrón huyó a los Estados Unidos.[168] Benjamín Argumedo, Juan Andrew Almazán, Higinio Aguilar, Rafael Eguía Liz, Mariano Ruiz y otros de menor significación, tampoco aceptaron su licenciamiento y con cerca de 1,500 hombres, desertaron en Puebla, lanzándose a la rebelión contra el gobierno de Carranza, pero su lucha fue larga, sin resultados positivos.[169]

Cumplida su misión en la ciudad de México y de Puebla, José Refugio Velasco se dirigió al istmo de Tehuantepec para licenciar a cerca de 40,000 miembros del ejército federal. Después de esto, consideró que su vida corría peligro en México y se dirigió al puerto de Veracruz. Aquí compró un boleto y se embarcó en el Alfonso XIII rumbo a La Habana, en donde permaneció algunos días.[170] Mientras el barco partía rumbo a Santander, bajó a tierra para caminar por el Malecón. Justo el 20 de septiembre de 1914, la prensa cubana lo descubrió y al ser entrevistado expresó:

> Cualquier gobierno serio que rija los destinos de la nación mexicana, tiene que llamar al elemento realmente militar, a los profesionales del ejército, que sin inmiscuirse en la política nacional, defiendan siempre al gobierno, fórmenlo quienes lo formen. El gobierno que no proceda así, se derrumba. Por mí, lo sé decir. Siempre defendí al presidente y combatí la revolución, sin cuidarme de la persona que ocupara la primera magistratura ni de los que estuviesen en armas. Así, combatí a

[167] *El Radical*, 29 de septiembre · 1914.

[168] Antimaco Sax, *op. cit.*, p. 37.

[169] Álvaro Obregón, *op. cit.*, p. 181 y Alfonso Taracera, *LVRM (1912-1914)*, pp. 406-407.

[170] *Heraldo de Cuba*, 21 de septiembre de 1914; Antimaco Sax, *op. cit.*, pp. 43-46; Michael C. Meyer, *Huerta*, p. 239, Federico Gamboa, *Mi diario*, t. VI, pp. 154-158 y 311, Alfonso Taracena, *LVRM (1912-1914)*, p. 400 y *El Radical*, 21 de septiembre de 1914.

> Madero revolucionario y lo defendí después de Presidente, contra Félix Díaz. Y en 48 años, que llevo de servicio en el ejército, siempre he observado esta línea de conducta, defendiendo a Juárez, a Lerdo, al general Díaz y a todos los jefes de Estado.
> Mientras el gobierno de Huerta, no fue organizado legalmente, no lo reconocí. Los militares no pueden ni deben detenerse a considerar si tal o cual persona debe ser o no presidente. Después de proclamar el Congreso a cualquier ciudadano para presidir lo destinos de la nación, al ejército no compete más que defender y mantener al que solemnemente ha sido exaltado.[171]

En clara alusión a Carranza, dijo que no era pesimista, pero que no confiaba en las personas incapaces para gobernar.[172] José Refugio Velasco se alejó de la milicia radicándose en España y luego en Los Ángeles, California. Con el tiempo, varios de sus colegas, civiles y militares, le recriminaron que al dejar la silla presidencial Francisco S. Carbajal, y producirse un vacío de poder, no se hiciera de ella, basándose en que en México no había vicepresidente ni secretario de Estado en línea de sucesión. Por lo tanto, a juicio de sus críticos, este general cometió el delito de traición, ya que era el indicado para hacerse cargo de la Presidencia de la República, apoyado por el ejército. Pero ello no fue así.[173] De cualquier forma, la disolución del ejército federal fue una realidad. Se llevó a cabo en unos cuantos días, y ni ahora ni después, representó un problema serio para Carranza.

EL EXILIO MILITAR

TAL COMO se ha señalado, a mediados de 1914 abandonó el país la llamada "reacción mexicana", dispersándose en varios países.

[171] *Heraldo de Cuba*, 21 de septiembre de 1914 y *Revista Mexicana*, núm. 79, 11 de marzo de 1917.
[172] *Loc. cit.*
[173] Federico Gamboa, *Mi diario*, t. VI, p. 311.

Como la forma en que dejaron el país había sido humillante, no fue raro que entre sus integrantes más dolidos y resentidos, se incubaran ansias profundas de venganza. Apenas se instalaron en el extranjero, se reorganizaron con la mira de retornar al país para recuperar el poder político y sus propiedades que resultaron incautadas por el nuevo gobierno. Pero sus planes rápidamente quedaron al descubierto y fueron conocidos por Carranza. ¿Cómo es que esto ocurrió? Muy fácil: el viejo sistema de espionaje porfirista, puesto al servicio del maderismo y del huertismo, nunca fue desmantelado y quedó al servicio de Carranza. Tanto en San Antonio, Texas, como en El Paso, Los Ángeles, Nueva Orleans, Nueva York, La Habana, Guatemala, y Belice, las cónsules siguieron la pista de los que consideraban potenciales caudillos de una contrarrevolución, infiltraron espías, y tuvieron a la mano información veraz y oportuna para transmitirla al Primer Jefe.

Meyer habla de que en 1913 había 182 generales. Si sus cifras son exactas, sucede que para el segundo semestre de 1914, alrededor de un centenar, de los más importantes y de mayor trayectoria, estaban exiliados. El 63 por ciento huyó a los Estados Unidos, el 13 por ciento a Europa, el 8 por ciento a La Habana, y el resto a la América Central.[174] Su plan era quedar fuera del alcance de las garras de los constitucionalistas. ¿Por qué huyeron? Porque tenían un pasado porfirista, lo cual resultaba condenable. Pero ahora había un pecado mayor: estuvieron al servicio de Huerta, un gobierno al cual los carrancistas etiquetaban de usurpador y de ilegítimo. Para completar el cuadro, se les consideraba asesinos, corruptos, y de haberse apoderado de distintas sumas de recursos. Al igual que el viejo personal político porfirista, muchos de ellos estaban envejecidos y ya no resultaban útiles para el servicio de las armas.

[174] Para mediados de 1915, en El Salvador vivían los ex generales Mario Maass, Valente González, Gabriel Huerta, los capitanes Daniel Maass y otro de apellido Villaseñor, y los coroneles Barreda y Saavedra Gómez. Julio Falomir a Venustiano Carranza, San Salvador, 27 de abril de 1915, en el Centro de Estudios de Historia de México Condumex, Fondo XXI, carpeta 37.

Generales refugiados en La Habana

Cortés, Prisciliano
Maqueo Castellanos, Esteban
Maass, Joaquín
Ortiz Argumedo, Abel
Querol Gómez, Emilio
Rincón Gallardo, Carlos
Rubio Navarrete, Guillermo
Salas, Gustavo

Refugiados en Estados Unidos

Acosta, Luis
Aguilar, Jesús
Aguillón, Gabriel, F.
Alessio Robles, José
Álvarez, Francisco de P.
Ángeles, Felipe
Azueta, Adolfo M.
Blanquet, Aurelio
Bravo, Ignacio
Cabral, Juan G.
Calero, Vicente
Campa, Emilio
Casso López, Mariano
Cauz, Eduardo
Cervantes, Federico
Cubillas, Alberto
Cuéllar, Rómulo
Chao, Manuel
Delgado, José
Díaz, Félix
Díaz, Ruperto
García, Francisco
García Hernández Agustín
García Hidalgo, Carlos
González Garza, Jesús
Gordillo Escudero, Manuel
Gorostieta, Enrique
Hernández, Juan A.
Hinojosa, Ramón
Huerta, Victoriano
Landa, Manuel
Limón, Hernando
Medina, Juan N.
Meraz, Prócoro
Mercado, Salvador
Mondragón, Manuel
Montaño, Juan
Morelos Zaragoza, Ignacio
Orozco, Pascual
Quintana, Teodoro
Medina Barrón, Luis
Rascón, Eugenio
Rasgado, Alberto T.
Rivero, Enrique
Rivero, Santiago
Robles, José Isabel
Robles, Juvencio
Ruelas, Miguel
Ruiz, Mariano
Salazar, José Inés
Sánchez Aldana, Teófilo
Serratos, Alfredo
Toffe, Román
Toro, Francisco del
Torres, Luis Emeterio
Velasco, José Refugio
Velázquez, Manuel M.
Venegas, Juan
Villa y Frías, Miguel
Villarreal Jerónimo
Villarreal, Antonio I.

Refugiados en Europa

Águila, Carlos	Guasque, Manuel M.
Bretón, Agustín	Maass, Gustavo
Corona, Ramón	Maass, Joaquín
Corral, Víctor Manuel	Moure, Javier de
Díaz, Porfirio	Paredes, Eugenio
Fuentes, Liborio	Quiroz, Alberto
Fuentes, Luis	

Refugiados en América Central y del Sur

González, Valente	Rivero, Francisco G.
Herrera, Francisco	Romero, Francisco
Maass, Mario	Téllez, Joaquín

Sin precisar país de destino

Almada, José	García Peña, Samuel
Camacho	González, Vicente G.
Cazarín Guerra, Joaquín	Mendoza, Santiago
Escoto	Mier, Felipe
Carcía Cuéllar, Samuel	

De ninguna manera el Primer Jefe estuvo dispuesto a permitir que regresaran al país, ya que temía que levantaran ámpula o se aliaran a sus enemigos internos. Bajo estas condiciones no fue raro que se gestara entre las filas de los militares exiliados la contrarrevolución. El problema era encontrar un caudillo que los aglutinara política y militarmente. A pesar de tantos generales, los nombres de los calificados como capaces o indicados, eran contados. La lista se reducía a Victoriano Huerta, Félix Díaz, Aureliano Blanquet, Manuel Mondragón, Guillermo Rubio Navarrete, José Refugio Velasco, Luis Medina Barrón, el villista Felipe Ángeles, y el ex carrancista Antonio Villarreal, entre otros. El problema era que ellos aceptaran tal reto. El propio Nemesio García Naranjo estaba consciente de tal situación y en una ocasión le confió a Francisco León de la Barra, que descartando a Huerta, sólo quedaban Félix Díaz, el que si bien podía luchar heroicamente en México por su salvación, no inspiraba mayor confianza; Ignacio Bravo estaba muy viejo, Blanquet era valiente pero carecía de

carisma, Manuel Mondragón era muy capaz, pero tenía demasiados enemigos. A su juicio, los demás, carecían de relieve.[175]

Pero también es cierto, que un buen número de generales permanecieron en México y al poco tiempo se reincorporaron tanto al ejército carrancista como al que apuntalaba al gobierno emanado de la Convención de Aguascalientes. Naturalmente que ello provocó ciertas reticencias y fricciones al grado de que a fines de 1914, el presidente Eulalio Gutiérrez decretó la expulsión de los ex federales que ingresaron al Ejército Convencionista, pero la medida jamás se ejecutó, y el 4 de enero de 1915 se dieron de alta a otros 1500, encabezados por José Delgado, Gonzalo Luque, Ignacio Morelos Zaragoza y Arnoldo Casso López. Este último había combatido contra los zapatistas a sangre y fuego, y limpiado de constitucionalistas al estado de Coahuila. Sin embargo, Villa los consideró libres de culpa y dijo que podían prestar sus servicios en cualquier oficina o campo de batalla.[176] De cualquier forma, al consumarse la debacle del gobierno convencionista, muchos de tales ex federales tuvieron que dejar el país, como fue el caso de Ignacio Morelos Zaragoza.

Un ejemplo clásico de los viejos ex federales incorporados a las filas constitucionalistas, lo fue Martín Vicario, quien se lanzó a la revolución en las filas zapatistas para luego pasarse al ejército huertista, desde donde combatió a sus antiguos aliados zapatistas. Con motivo de la disolución del ejército federal, por un tiempo estuvo quieto, pero como la inactividad lo mataba, para el mes de abril de 1915, volvió a levantarse en armas. Previo análisis de la situación, consideró que lo más conveniente era sumarse al bando que despuntaba como el vencedor en la guerra civil, que era el carrancista y se unió a las fuerzas del general Julián Blanco que operaban en las cercanías de Chilpancingo. Carranza no puso objeción ya que el ex federal conocía perfectamente la topografía de Guerrero, y podría serle útil para pacificar completamente la zona.[177]

[175] Nemesio García Naranjo a Francisco León de la Barra, 19 de septiembre de 1917, en Centro de Estudios de Historia de México, Condumex, F. X-1, carpeta 9, legajo 736.

[176] Berta Ulloa, *Historia de la Revolución mexicana. Periodo 1914-1917*, núm. 4, México, El Colegio de México, 1979, p. 71.

[177] *El Radical*, 24 de abril de 1915.

Pero el general Pablo González también reclutó a un buen número de federales, los cuales en un principio provocaron irritación y descontento entre sus colegas constitucionalistas, quienes se referían a ellos en forma despectiva calificándolos de reaccionarios. Para reclutarlos de manera organizada, en agosto de 1915, el general Pablo González creó una oficina llamada depósito de generales, jefes y oficiales del ex ejército federal, integrada con los que supuestamente durante el último año transcurrido habían dejado de combatir al nuevo gobierno. La nueva dependencia, adscrita a la Secretaría de Guerra y Marina mostraba cierta dosis de comprensión y de generosidad. El único castigo que les impuso el nuevo gobierno consistió en pagarles el 50 por ciento del salario que devengaban los miembros del ejército revolucionario.[178]

Al inicio del mes de septiembre del mismo año, el propio Carranza aceptó los servicios de varios reconocidos ex federales para reforzar la plaza del Distrito Federal, argumentando que se habían presentado ante Pablo González para ofrecer sus servicios, ante el peligro de un conflicto armado con Estados Unidos. Apenas abrió sus puertas la nueva dependencia, se presentaron a inscribirse cerca de 600 generales, jefes y oficiales del extinto ejército federal.[179] Para la última semana de agosto la lista ascendió a cerca de 1,000 elementos. Entre ellos figuraban cuatro generales de división: Emiliano Lojero, Pedro Ojeda, Jesús R. Lalanne y Francisco de J. Troncoso; 18 generales de brigada, destacando Bernardo A. Z. Palafox, Luis G. Palacios, Abraham Aguirre, Pedro Troncoso, Gabriel Terres, Alberto Canseco, Julián Jaramillo, Rafael Dávila, Eduardo Camargo, Miguel Gil y Luis G. Gamboa, entre otros; 48 brigadieres; 369 jefes y 502 oficiales, dando un total de 941 elementos.[180]

Al finalizar la primera semana de septiembre, el total ascendía a más de 1 300 y su única obligación era pasar revista por las mañanas en el patio principal de la Secretaría de Guerra y Marina.[181] Esto no

[178] El acuerdo aparece reproducido en *El Mexicano*, 21 de agosto de 1914.
[179] *The Mexican Herald*, 24 de agosto de 1915.
[180] *The Mexican Herald*, 25 de agosto de 1915.
[181] *The Mexican Herald*, 6 y 7 de septiembre de 1915.

fue del agrado de Obregón quien protestó y le hizo ver a Carranza, que lo más prudente, era revocar el acuerdo. A su juicio no eran compatibles los servicios de esa gente con el ejército revolucionario, salvo para incorporarlos como soldados rasos, pues consideró que era una ingratitud subordinar un coronel constitucionalista, a un brigadier de extracción federal. Obregón agregaba que el acuerdo había causado mucho malestar entre los jefes carrancistas, que se trataba de personas arribistas y aduladores, mecanismos que utilizarían para dividir a los vencedores. Advirtió que de no derogar semejante acuerdo, el prestigio del general Pablo González se vería quebrantado. El manco de Celaya concluyó diciendo que los revolucionarios de verdad, no sentían más que desprecio hacia los ex federales, unos seres caracterizados por su perversidad.[182]

Como se ha visto, desde un principio, hubo voces que se opusieron a la disolución del ejército federal señalando como culpable de semejante aberración al propio José Refugio Velasco. No faltó quien lo acusara de doble traición: por haber entregado la ciudad de Torreón al enemigo y disolver el ejército federal. Además de que jamás se le perdonó que ante la huida de Francisco S. Carbajal, no hubiera asumido la Presidencia de la República.[183] Uno de ellos fue Félix Díaz, quien en septiembre de 1917, afirmó que el ejército federal, tan ultrajado, tan villanamente difamado y ofendido, estaba vivo, e hizo un llamado a sus miembros para que se reorganizaran e incorporaran a las filas del Ejército Reorganizador Nacional, el verdadero ejército del pueblo, para destruir juntos la Constitución carrancista y restaurar la llamada grandiosa Constitución de 1857.[184]

[182] Alfonso Taracena, *LVRM (1915-1917)*, p. 150.

[183] Santiago F. Rivero, en una carta a Froilán Puente, Oconsingo, Chiapas, 12 de mayo de 1917, califica de indigno a José Refugio Velasco por haber disuelto al ejército federal. Véase el AHSRE, S. 17, caja 11, expediente 268 y Federico Gamboa a José Refugio Velasco, La Habana, 5 de mayo de 1916, en el CEHM-Condumex, F. X-1, legajos 651 y 653. Federico Gamboa, *Mi diario*, t. VI, p. 311.

[184] Luis Liceaga, *op. cit*, p. 439.

Capítulo V

Los intelectuales

Los intelectuales forjados durante el porfiriato dieron brillo al mundo cultural y su influencia trascendió las fronteras del país. Como en otras partes del mundo, no fue un grupo independiente del estado, sino que creció y se fortaleció a su amparo.[185] Su impacto se extendió hasta el régimen de Francisco I. Madero y de Victoriano Huerta, e incluso a este último lo apoyaron, con lo cual sellaron su suerte. Por su número, talento e importancia, uno se siente tentado a afirmar que tales intelectuales formaban el núcleo clave de la inteligencia mexicana. Pero el haber apoyado no tanto a Díaz sino a Huerta, significó su desgracia y tuvieron que pagar los costos vía el exilio. Si esto es verdad, ocurre que lo más valioso de la inteligencia mexicana abandonó el país. Esta tesis resulta sumamente fuerte y contradice la versión oficial que expresa que los intelectuales revolucionarios fueron los más lúcidos y los más capaces para entender el México revolucionario. Sobre los intelectuales porfiristas, conversos al huertismo, se acuñaron muchas palabras para defenestrarlos y descalificarlos, pero una frase ha ganado fuerza y sintetiza todo el odio que se siente hacia ellos. Se trata de la "reacción mexicana".[186]

Su éxodo se inició a partir de la caída del propio Porfirio Díaz y se aceleró con el huertismo, culminando con un buen número de

[185] Véase entre otras obras a John Friedman, "Intelectuals in Developing Societies", en *Kylos*, 1960, pp. 513-544, Enrique Krauze, *Caudillos culturales en la Revolución mexicana*, México, Siglo XXI, 1976 y a Juan Gómez Quiñones, *Porfirio Díaz, los intelectuales y la revolución*, México, El Caballito, 1981.

[186] *Revista Mexicana*, núm. 122, 6 de enero de 1918 y el núm. 157, 8 de septiembre de 1918.

carrancistas y villistas desencantados. Entre los primeros, destacan algunos integrantes del grupo de los científicos. Uno de los más importantes, es sin duda José Ives Limantour, la cabeza de este grupo. El poderoso ex secretario de Hacienda, partió en tren hacia Nueva York una semana después que Porfirio Díaz abordó el vapor Ypiranga. Ahí tomó un barco con destino a París a donde llegó en junio de 1911, sin reconciliarse jamás con Díaz, debido a los rumores de que tuvo tratos con la familia Madero que contemplaban la renuncia del dictador y su permanencia en el nuevo gabinete.[187] Otro fue Joaquín Casasús, un cercano amigo de Porfirio Díaz, quien salió del país en la primavera de 1913, unos meses después de la decena trágica, sin poder regresar a México ya que murió en febrero de 1916 en la ciudad de Nueva York.[188] Pablo Macedo, otro de los miembros más prominentes del grupo, también abandonó el país. Durante 1912 vivía en París, pero en 1913 regresó a la ciudad de México, para defender los intereses de la Compañía Expendedora de Pulques, que se opuso al descanso dominical de los empleados del comercio. Al igual que sus compañeros de grupo, no formó parte de la administración de Huerta, pero al consumarse la debacle de este último, huyó del país debido a su fuerte identificación con Porfirio Díaz.[189]

Entre 1903 y 1910, Fernando Pimentel y Fagoaga, fue presidente municipal de la ciudad de México, y se le ha señalado como integrante del clan de los científicos. A la par del ejercicio de este alto puesto gubernamental, en 1909 formó parte del consejo de administración de la Compañía Expendedora de Pulques. No se sabe en qué fecha se exilió, pero sí que vivió en Madrid y Barcelona, ciudades en las que fundó varias compañías pavimentadoras de calles y una empresa de bienes raíces.[190]

[187] Carlos Tello, *El exilio. Un relato de familia*, México, Cal y Arena, 1993, pp. 36 y 388.

[188] *Ibidem*, pp. 90 y 157 y *Revista Mexicana*, núm. 26, 5 de marzo de 1916.

[189] Federico Gamboa, *Mi diario*, t. VI, p. 335 y *Enciclopedia de México*, t. VIII, José Rogelio Álvarez (ed.), México, E. de M./SEP, 1987, p. 4837.

[190] *Diccionario Porrúa de Historia, Biografía y Geografía de México*, México, t. 3, 1986, p. 2280.

Pero al consumarse la caída de Huerta y del ascenso de Carranza al poder, en México se registró quizás la sangría más espectacular de intelectuales de toda su historia. Abandonaron el país los intelectuales que apoyaron a Huerta hasta el delirio, y los que formaron parte de su administración por considerar que era un deber patriótico.

MANUEL CALERO

MANUEL CALERO no tomó parte en el cuartelazo de la Ciudadela ni en los enjuages de Huerta y Félix Díaz. Para cumplir con lo estipulado en el Pacto de la Embajada, en el verano de 1913 un grupo de liberales independientes apoyaron su candidatura a la Presidencia de la República en unión de Jesús Flores Magón. Como Huerta no tenía prisa en cumplir con lo pactado, su candidatura al igual que la de Félix Díaz, se desmoronó. Al parecer fue objeto de persecución por parte del secretario de Gobernación, Aureliano Urrutia, lo que lo obligó a salir de México y radicarse en Nueva York.[191] En 1915, Manuel Calero, osó dudar que numerosos intelectuales hubieran estado al servicio de Huerta, motivando la reacción de Nemesio García Naranjo. Todo indica que Manuel Calero fundó una organización contrarrevolucionaria, la Liga Nacionalista, la cual existía en 1916 e incluso invitó a Felipe Ángeles para que participara.[192] A la postre se distinguió en Estados Unidos, por ser uno de los opositores más lúcidos contra la Constitución de 1917, y al parecer escribió la crítica más acabada contra ella, la cual recibió un gran número de adhesiones de generales y de intelectuales desterrados, y se publicó originalmente en la *Revista Mexicana*.[193]

[191] Michael C. Meyer, *Huerta*, p. 167 y Antimaco Sax, *op. cit.*, p. 63.

[192] Citada por Odile Guilpain Peuliard, *Felipe Ángeles y los destinos de la Revolución mexicana*, México, FCE, 1991, p. 94.

[193] *Memorias* de Nemesio García Naranjo, t. VIII, pp. 175-184 y Luis Liceaga, *op. cit.*, pp. 421-426.

SALVADOR DÍAZ MIRÓN

OTRO INTELECTUAL de altos vuelos que ligó su suerte a Huerta, fue Salvador Díaz Mirón. Después del golpe de estado de 1913, Salvador Díaz Mirón se acercó al nuevo régimen para recuperar su curul en la Cámara de Diputados, que por razones de su desafuero, ocupaba su suplente, Adalberto A. Esteva. Por intervención de José María Lozano, Querido Moheno y Nemesio García Naranjo, amigos suyos y de Huerta, no sólo volvió al congreso, sino que le fue ofrecida la dirección de *El Imparcial*, que acababa de dejar Carlos Díaz Dufoo. El poeta aceptó y dirigió el diario desde septiembre de 1913 hasta el 15 de julio de 1914, en que presentó su renuncia. Durante este tiempo escribió los artículos editoriales en los que interpretó el sentir del régimen. En ellos se encuentran elogios desmedidos a Huerta y a sus ministros García Naranjo, Moheno, Lozano y Blanquet, violentos ataques contra quienes culpaban a Huerta de la desaparición del senador Belisario Domínguez, ataques contra Federico Gamboa y Félix Díaz, por haber aceptado sus respectivas candidaturas a la Presidencia de la República, e insultos a granel para Venustiano Carranza.

Pero lo que más se le ha criticado a Díaz Mirón fue la postura que asumió durante una vista de Huerta a las oficinas de *El Imparcial*. Para muchos, su sumisión y lambisconería, resultó de lo más bajo en su labor periodística. El propio poeta reseñó los momentos en que Huerta abandonó las oficinas del diario en los términos siguientes: "Cuando para retirarse, el culminante mandatario subió a su automóvil, una multitud atraída por un esplendor: la presencia del hombre insigne, aplaudió frenéticamente. El señor general Huerta dejó en la casa de nuestro diario un perfume de gloria."[194]

Al momento en que Lane Wilson, el presidente estadounidense, decidió contribuir a que Carranza derrocara a Huerta, le vendió

[194] *El Imparcial*, 10 de abril de 1914, citado por Antonio Castro Leal, *Díaz Mirón su vida y su obra*, México, Porrúa, 1970, pp. 40-41.

armas al Primer Jefe e invadió el puerto de Veracruz. En vista de ello, los constitucionalistas se armaron hasta los dientes y avanzaron hacia el centro de la República. Atacado por dos frentes, Victoriano Huerta abandonó la capital del país el 15 de julio a fin de embarcarse para España. Este mismo día está fechada la renuncia de Díaz Mirón a la dirección de *El Imparcial*. Por la forma violenta y áspera con que expresaba su credo político en el citado diario, se creó muchos enemigos y tal vez por eso temió ser atacado. Para evitarse algún lance desagradable, se rasuró el bigote, con lo que cambio su fisonomía. El poeta partió a Veracruz con su hijo Mario, al igual que José María Lozano, Nemesio García Naranjo y Ricardo Gómez Robelo. Todo parece indicar que viajó en el mismo tren que Huerta. Así lo hace suponer una anécdota de Nemesio García Naranjo, también ministro de Huerta, la cual está muy difundida.

La anécdota reza que la noche del 15 de julio de 1914, el ingeniero Arturo Alvaradejo organizó la salida por tren de varios altos funcionarios huertistas, entre los que incluyó al poeta. Salvador Díaz Mirón aceptó y desde el principio quiso pasar al carro especial destinado a Huerta. Alvaradejo le indicó que esperara ya que Huerta subiría al convoy en Cuautitlán, en Teoloyucan, o en cualquiera otra estación ferrocarrilera. Por eso no pudo ver al ex presidente aquella noche. Al día siguiente, cuando el convoy llegó a Córdoba, el gran lírico vio desde la ventana al general Huerta, que acompañado de su yerno, daba pasos en el andén de la estación. Bajó inmediatamente de su carro y se dirigió al general, con el objeto de saludarlo. Huerta se caló bien sus anteojos y le preguntó: ¿Quién es usted? Díaz Mirón se rió creyendo que Huerta le hablaba en broma, pero enseguida se desconcertó porque el ex presidente con semblante adusto, le repitió la pregunta y tuvo que contestar: "Soy Salvador Díaz Mirón y no creo que haya cambiado tanto mi fisonomía hasta el extremo de que usted no me pueda reconocer." "Eso no es cierto –le replicó en tono áspero el general Huerta– porque Díaz Mirón tiene bigotes de hombre." Después de

esta expresión tan dura, el ex presidente le dio la espalda en forma despectiva. El poeta se ocultó tras los demás sin decir palabra.[195]

Al llegar al puerto de Veracruz, los viajeros fueron citados por las autoridades yanquis. Cuando le tocó su turno, Díaz Mirón fue interrogado por el preboste de las fuerzas invasoras quien le preguntó cuánto tiempo iba a permanecer en el puerto. El poeta enfurecido contestó que cuanto tiempo le diera la gana puesto que estaba en su país y en su tierra natal. Después regresó al hotel en donde se hospedaba, custodiado por dos centinelas. Indignado por lo que consideraba una humillación, Díaz Mirón insultó una y otra vez a los soldados yanquis en inglés y en español. Su hijo, José María Lozano y Ricardo Gómez Robelo, temerosos de las consecuencias de sus desahogos, trataban de calmarlo. En vista de que la presencia de los marines le resultaba dolorosa y humillante, el poeta volvió a hablar bien de Victoriano Huerta, y lo presentó como el único gobernante mexicano, con los pantalones suficientes para desafiar el "poderío del arrogante coloso del norte". Díaz Mirón remarcó que Huerta, a diferencia de los abyectos gobernantes de Centro y Sudamérica, jamás "supeditó su gobierno al capricho de Washington". [196]

Díaz Mirón, Federico Gamboa, Francisco Bulnes y otros, fueron testigos de que, como por arte de magia, en el propio puerto de Veracruz, aumentaban los partidarios de la Revolución y de Carranza. También presenciaron la multiplicación de las manifestaciones hostiles a los ex funcionarios de Huerta que como ellos, llegaban al puerto para embarcarse al extranjero. Precisamente los integrantes de una de esas turbas se detuvo amenazadora ante el hotel donde se hospedaba Díaz Mirón. Éste apareció en el balcón y una vez acallada la rechifla y los insultos, les dijo: "A los vencidos no se les humilla: se les mata."

[195] Nemesio García Naranjo, *Memorias*, t. VII, pp. 338-339, Antonio Castro Leal, *op. cit.*, pp. 42-43 y Leonardo Pasquel, *op. cit.*, t. II, p. 97.

[196] Antonio Castro Leal, *op. cit.*, p. 44.

¿Por qué razón Díaz Mirón apoyó a Huerta? En realidad no se sabe. Cuando uno de sus amigos le hizo esta pregunta, respondió a bordo del vapor que lo llevaba a Europa, con una señal que significaba que había que comer y dar de comer a la familia. Lo cual resultaba cuestionable puesto que Díaz Mirón era una persona de recursos, con cierta fortuna, y por su temple y temperamento, no se rendía fácilmente por hambre. El poeta dejó el país en el vapor español Reina María Cristina rumbo a Europa, llevando un capital de mil quinientos dólares. Desembarcó en Santander, instalándose en una modesta pensión. No quiso adentrarse en la península, y cuando se le preguntaba cuál era la razón, contestaba: "para no retirarme más de mi patria". Y con esto quería decir que no estaba dispuesto a alejarse: "...ni un metro más." En este puerto vivió, poco más de un año. Conoció a Benito Pérez Galdós y a Enrique Menéndez Pelayo. En su *Diario*, Federico Gamboa expresa que Díaz Mirón llegó a La Habana el 2 de noviembre de 1915.[197] Lo que confirma que sólo estuvo en España poco más de un año.

JOSÉ ELGUERO

EL DIARIO *El País*, fundado por Trinidad Sánchez Santos, rivalizaba con *El Imparcial*, y en sus momentos de esplendor, llegó a tirar cien mil ejemplares. Durante varios años, José Elguero se convirtió en el brazo derecho de Sánchez Santos y a la muerte este último, asumió la dirección del diario, cuando tenía alrededor de 25 años. Por su postura, se ganó el odio de algunos sectores de la población y durante la decena trágica incendiaron las instalaciones del diario. Durante el huertismo, Huerta clausuró *El País*, por haber dado a la publicidad la noticia de que los revolucionarios habían tomado Torreón. Al acercarse los revolucionarios a la ciudad de México, José Elguero junto con varios periodistas, se disfrazaron y se dirigieron al puerto de Veracruz. Entre otras cosas, Elguero portaba un bigote postizo, el cual a medio camino ya no soportó y se lo

[197] Federico Gamboa, *Mi diario*, t. VI, p. 292 y Antonio Castro Leal, *op. cit.*, pp. 44-45.

arrancó tirándolo por la ventanilla del ferrocarril. Como otros muchos, permaneció en el puerto durante dos meses, observando la postura del Primer Jefe frente a ellos. Cuando se convencieron de que Carranza no les tenía la menor simpatía, arriaron banderas y se embarcaron rumbo a Estados Unidos. Elguero desembarcó en Galveston.[198]

TORIBIO ESQUIVEL OBREGÓN

A SU RENUNCIA a la secretaría de Hacienda y Crédito Público en julio de 1913, Esquivel Obregón volvió a su despacho particular. Sin embargo, por medio de la prensa se inició una campaña en su contra en la que se le tildaba de "traidor a la patria" por las cláusulas de un empréstito que el Banco de París y de los Países Bajos había otorgado a México. El 24 de noviembre de 1913, fue alertado de que su vida corría peligro y al día siguiente tomó el ferrocarril rumbo al puerto de Veracruz. Mientras hacía las gestiones para elegir la línea en la que se embarcaría al extranjero, en el tren nocturno procedente de la ciudad de México, llegó una persona a participarle que Huerta había dictado órdenes de aprehenderlo, y que lo mejor era que no diera su verdadero nombre ni en el hotel ni en el barco. En vista de tan negros augurios, casi inmediatamente abordó un vapor de la Trasatlántica Española, cuya ruta era La Habana y luego Nueva York.[199]

En esta última ciudad, se encontró con José Castellot y esposa. Como al parecer su conocimiento del idioma inglés era deficiente, buscó mejorarlo.[200] A mediados de diciembre visitó las universidades de Nueva York y de Columbia, interesándose en sus métodos de estudios, visitando sus edificios y asistiendo a algunas

[198] Joaquín García Pimentel, "III Elguero", en José Elguero, *Ayer, hoy y mañana*, México, Polis, 1941, pp. 21-22.

[199] Toribio Esquivel Obregón, *Mi labor en servicio de México*, México, Botas, 1934, pp. 157, 166, 169-171 y *Adorada Laurita. Epistolario familiar de Toribio Esquivel Obregón 1883-1946. Papeles de familia*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1996, pp. 169-171.

[200] *Adorada Lupita*, pp. 174 y 178.

clases confundido entre el alumnado. Así, pudo enterarse de que la Universidad de Columbia era una de las más respetadas en Estados Unidos, y de las más grandes y ricas del mundo.[201] Enterados de su estancia en esta ciudad, los directivos de la Universidad de Nueva York lo invitaron a dictar una serie de conferencias sobre la situación política en México, lo que le llenó de orgullo ya que consideró ser el primer mexicano en lograr tamaña distinción.[202] Para su sorpresa, muy pocos estadounidenses sabían qué cosa era México, y lo irritó un venezolano, renuente a hablar en español, cuando le expresó que lo más sano era que todos los pueblos de América Latina desaparecieran de la superficie de la tierra.[203]

En los primeros días de 1914, una asociación de abogados que moralizaba la profesión, lo invitó a pertenecer a sus filas.[204] Como su familia permaneció en la ciudad de México, no pudo trasladarse a España como eran sus deseos. Cruzar el océano sería alejarse más de ella y de la patria. Desde aquí pugnó porque el gobierno de Huerta y los representantes de la Revolución llegaran a un acuerdo sobre la base de la adopción inmediata de leyes para dividir las grandes propiedades, e introducir reformas electorales.[205] En 1915 formó parte de la mesa directiva de la Asamblea Pacificadora Mexicana formada en San Antonio, Texas, dirigida por Federico Gamboa. Como las gestiones de la citada Asamblea fracasaron, el grupo de exiliados, entre los cuales estaba Esquivel Obregón, se dispersó.

Posteriormente viajó a Washington, sin saberse cuál fue su ocupación. Federico Gamboa asegura que puso un bufete en Nueva York junto con Emilio Rabasa y que ganaron mucho dinero.[206] Como con el paso de los días se desilusionó de la política, la abandonó y se dedicó a la vida profesional y académica, dictando una cátedra en la Universidad de Columbia.[207] En 1918 apareció en

[201] *Ibidem*, pp. 178-179.
[202] *Ibidem*, p. 181.
[203] *Ibidem*, p. 185.
[204] *Ibidem*, p. 189.
[205] *Ibidem*, p. 195.
[206] Federico Gamboa, *Mi diario*, t. VI, p. 344.
[207] Michael C. Meyer, *Huerta*, p. 158, Antimaco Sax, *op. cit.*, pp. 53-54 y Carlos Tello Díaz, *op. cit.*, pp. 156-157.

España, a donde fue en su calidad de abogado, a arreglar la liquidación de la casa Bermejillo y Compañía. Aquí se entrevistó con Pablo Macedo, Rodolfo Reyes e Indalecio Sánchez Gavito, e incluso una tarde fue invitado a participar en el tiro del pichón junto con el Rey de España, Alfonso XIII, con quien conversó un rato.[208] Después de esto, regresó a los Estados Unidos.

Gabriel Fernández Somellera

En mayo de 1911 Gabriel Fernández Somellera participó en la fundación del Partido Católico Nacional y dirigió *La Nación*, su órgano oficial. Pero al momento que el diario asumió una postura independiente, Huerta se molestó y Fernández Somellera fue enviado a la prisión de San Juan de Ulúa. Mediante un amparo y la intervención de sus amigos y varios miembros del cuerpo diplomático, Fernández Somellera pudo abandonar la fortaleza veracruzana. Ya libre, logró la reaparición de *La Nación*, pero al poco tiempo quedó nuevamente atrapado en fuertes pugnas con el gobierno. En vista de ello, Fernández Somellera abordó un trasatlántico y se marchó a España en donde pidió asilo. Para difamarlo, los diarios al servicio del régimen, propalaron la versión de que había huido para no liquidar fuertes deudas y que sus acreedores gestionaban su extradición.[209]

Manuel Garza Aldape

Pero cuál fue la suerte de Manuel Garza Aldape, el instigador de la disolución del Congreso de la Unión en octubre de 1913. Su estancia en el gabinete no fue larga. En noviembre del mismo año, dos emisarios de Huerta le solicitaron su renuncia y le ordenaron abandonar el país. De Europa, en donde vivió algún tiempo, se trasladó a Estados Unidos, fijando su residencia en Portland, Maine.[210]

[208] *Adorada Lupita*, pp. 219 y 221.
[209] Eduardo J. Correa, *op. cit.*, pp. 178-179.
[210] Antimaco Sax, *op. cit.*, pp. 47-49 y Michael C. Meyer, *Huerta*, pp. 163 y 244.

José López Portillo y Rojas

A unos días de ocurrida la invasión al puerto de Veracruz, el diplomático alemán, Paul von Hintze, se acercó al escritor José López Portillo y Rojas, secretario de Relaciones Exteriores, para proponerle algo sumamente delicado: convencer a otros miembros del gabinete de que era necesario solicitarle a Huerta su renuncia. Apenas se transmitió esta propuesta a algunos secretarios, se produjo una fuerte desconfianza entre todos. Algunos no guardaron la discreción que el caso requería y se lo comunicaron al propio Huerta. Uno de los indiscretos fue José María Lozano, secretario de Comunicaciones, y como resultado de ello, cayó la cabeza de López Portillo. Al llegar por la tarde el 1o. de mayo de 1914 a sus oficinas en Relaciones Exteriores, López Portillo se topó con la presencia de los también secretarios Adolfo de la Lama, Ignacio Alcocer y el citado Lozano, quienes en nombre del presidente le pidieron la renuncia. Tal como estaban las cosas, existía el riesgo que Huerta enviara al paredón a su flamante secretario de Relaciones Exteriores, pero se abstuvo de hacerlo y se conformó con mandarlo al destierro.[211]

Miguel Othón de Mendizábal

Miguel Othón de Mendizábal, miembro de una familia acomodada, con ligas políticas con el régimen porfirista, se significó por ser un ferviente enemigo del *establishment*. Su padre fue el direc-

[211] *El Imparcial*, 2 y 3 de mayo de 1914 y Friedrich Katz, *La guerra secreta*, t. I, p. 283. Según Nemesio García Naranjo, quien fungía como secretario de Instrucción Pública, el secretario de Relaciones Exteriores citó a los miembros del gabinete a un consejo extraordinario en el Castillo de Chapultepec, para informarles de las diligencias de las tres repúblicas sudamericanas en las conferencias de Niágara Falls. A final de cuentas, no hubo consejo extraordinario y se retiró. Dos horas más tarde se enteró de la renuncia de López Portillo. Intrigado por este desenlace, al día siguiente se dirigió a la Secretaría de Comunicaciones para que Lozano lo informara con detalle. Lozano le dijo que López Portillo pretendía leer una carta en la que se sugería la renuncia de Huerta, para facilitar las negociaciones con la Casa Blanca. El Presidente había leído previamente aquella carta y había comentado: "Si el señor López Portillo cree que mi deber es retirarme, lo natural es que también considere que él debe salir del Ministerio de Relaciones." Consultar a Nemesio García Naranjo, *Memorias*, t. VII, pp. 306-307.

tor de la Casa de Moneda, lo que no le impidió convertirse en un revolucionario de armas tomar. Siendo empleado de la secretaría de Fomento, y consagrado a los trabajos de etnografía a las órdenes de Andrés Molina Enríquez, se opuso a la dictadura de Porfirio Díaz. No conforme con ello, también aborreció a Francisco I. Madero y se sumó al golpe de estado en su contra, encabezado por Manuel Mondragón, Félix Díaz, Bernardo Reyes y Victoriano Huerta.[212] Estuvo en la Ciudadela y fue testigo de los asesinatos de Gustavo Madero y Adolfo Bassó, y de la forma en que se tramaron los asesinatos de Francisco I. Madero y José María Pino Suárez. En una confesión que le hizo a Federico Gamboa, dejó entrever que presenció tales asesinatos desde el interior de un automóvil en compañía de una persona cuyo nombre y apellidos llevan las siglas CLO, el cual no es otro que Cecilio L. Ocón.

Al triunfo de la asonada militar, y el ascenso de Huerta al poder, Othón de Mendizábal pasó a segundo término, lo cual no fue obstáculo para apoyar al hombre fuerte del régimen en todos los terrenos. A cinco días de consumarse la invasión estadounidense al puerto de Veracruz, junto con Luis Rodríguez, Jorge Prieto Laurens, Ezequiel Ríos y José A. Inclán, Othón de Mendizábal se presentó cerca de Tejalpa, Morelos, en el campamento del general zapatista Antonio Barona para proponerle que se sumaran al gobierno de Huerta para combatir al invasor extranjero. Barona le pidió instrucciones a Zapata y la respuesta fue negativa. Temeroso de que los carrancistas lo identificaran y le aplicaran la ley juarista de 1862, se exilió. Entre 1914 y 1920 anduvo de la Ceca a la Meca entre las filas felicistas. Todo indica que inicialmente se refugió en Guatemala, y en marzo de 1918 apareció en La Habana, en donde le narró a Federico Gamboa sus aventuras y desventuras.[213]

[212]Michael C. Meyer, *Huerta*, p. 51 y Luis Liceaga, *op. cit.*, pp. 139, 145, 152, 164 y 227.

[213]Federico Gamboa, *Mi diario*, t. VI, p. 529, Alfonso Taracena, *LVRM (1912-1914)*, pp. 164, 198, 183-184 y 354. En 1967, Jesús Silva Herzog escribió un artículo en el que trata de limpiar su nombre. Véase, "Miguel Othón de Mendizábal", en la *Revista Mexicana de Sociología*, núm. 1, 1967, pp. 109-125.

EMILIO RABASA

EN 1914 EMILIO Rabasa llegó a los Estados Unidos como diplomático y al triunfo carrancista permaneció como refugiado.[214] Según Federico Gamboa, fue una de las personas que ganó mucho dinero en un bufete en Nueva York en sociedad con Eduardo Iturbide.[215]

RAFAEL REYES SPÍNDOLA

DESDE SU FUNDACIÓN, *El Imparcial* fue propiedad de Rafael Reyes Spíndola, aunque se dice que gracias a Porfirio Díaz y José Ives Limantour, recibía fondos gubernamentales. Otras versiones indican que en realidad se trataba del vocero oficial del gobierno. En 1912 Reyes Spíndola se retiró del periodismo y se fue a Europa siguiendo los pasos del general Díaz en el exilio. A la llegada de Huerta al poder, Reyes Spíndola regresó a México, pero con Carranza emigró otra vez, avecindándose primero en La Habana y luego Nueva Orleáns. En virtud de sus antecedentes políticos, el gobierno carrancista le incautó sus propiedades.[216]

AGUSTÍN RODRÍGUEZ

EN CUANTO al abogado Agustín Rodríguez, existe un misterio. El 8 de noviembre de 1914, la policía lo aprehendió por sus vínculos con Huerta. Por entonces, fungía como Rector de la Escuela Libre de Derecho. Como se recuerda, junto con Luis Elguero y Emilio Rabasa formó parte de la comisión nombrada por Huerta para negociar en Niágara Falls el incidente de Tampico y la invasión

[214] Antimaco Sax, *op. cit.*, p. 64 y Michael C. Meyer, *op. cit.*, p. 229.

[215] Federico Gamboa, *Mi diario*, t. VI, p. 344.

[216] Antimaco Sax, *op. cit.*, pp. 54-55 y Federico Gamboa, *Mi diario*, t. VI, p. 341. Sobre el destino de *El Imparcial*, durante la administración de Francisco S. Carbajal, lo dirigió Manuel Puga y Acal. A la llegada de los constitucionalistas al poder, Félix Palavicini fue designado director. A la postre, y después de varios cambios, *El Imparcial* se convirtió en *El Liberal* al servicio de nuevo gobierno. Véase a Blanca Aguilar Plata, "El Imparcial: su oficio y su negocio", en la *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, núm. 109, 1982, p. 100 y Ariel Rodríguez Kuri, "El discurso del miedo: El Imparcial y Francisco I. Madero", en *Historia Mexicana*, núm. 160, pp. 700 y 705.

del puerto de Veracruz. Una vez que aportó sus datos generales, quedó detenido en la Inspección General de Policía, a la espera de ser consignado ante las autoridades competentes para responder a diversos cargos que le fueron formulados.[217] Es probable que a su salida se haya exiliado.

JUAN JOSÉ TABLADA

COMO UN buen número de hijos de la clase media porfirista, de joven, Juan José Tablada, realizó sus estudios en el Colegio Militar y en una academia de pintura. Después de un viaje al Japón, allá por el año de 1900, se convirtió en el primer mexicano en emplear la forma poética del Hai-Kú. En la última década del siglo XIX se inició como periodista en *El Universal* y colaboró en varias revistas. Indignado por el curso que adquiría el movimiento maderista, en 1910 escribió la famosa obra teatral *Madero Chanteclair. Trágico comedia zoológica política de rigurosa actualidad*, destinada a atacar a con saña a Francisco I. Madero, pero no firmó la obra con su nombre, sino que utilizó un seudónimo, el de Girón de Pinabete Alcornoque y Astrágalo. De cualquier forma, todos supieron que Tablada había sido el autor de tal bodrio literario. Por supuesto, durante el maderismo, aumentó su rencor contra el Presidente, pero no sufrió represalia alguna. Ferviente partidario de Victoriano Huerta, entre 1912 y 1913 dirigió el *Diario Oficial de la Federación*, y entre 1913 y 1914, fue el jefe de redacción de *El Imparcial*. En octubre de 1913, Huerta le dio su anuencia para formar parte de la nueva XXVI legislatura. Entre sus "méritos" literarios, que luego contribuyeron a cavar su tumba, figura *La defensa social*, escrita en honor de Victoriano Huerta, en cuyos párrafos más ilustrativos dijo:

> En estos momentos en que la gratitud de un pueblo habla incesantemente de lealtad, de honor, de abnegación, de todas las supremas virtudes militares que rodean como ciudadela

[217] *El Liberal*, 8 de noviembre de 1914.

de inexpugnables muros a los sagrados intereses de la patria, hay que fijarse, para sacarla de la modestia en que voluntariamente se esconde, la venerable y gloriosa figura del señor general Victoriano Huerta.

Haciendo alusión a su campaña militar por el norte de la república, Tablada dijo:

Hoy que tras de su admirable campaña ha regresado el bravo divisionario a esta metrópoli, ceñido de laureles y aclamado por la gratitud patria, en su rostro austero y viril, que recuerda con sus enérgicas líneas el del Bartolomeo Colleone cincelado en bronce por el maestro de Miguel Ángel, no se refleja vanidad ni vanagloria, refléjese sólo la noble satisfacción del deber enérgicamente.

En otra parte de su apología, Tablada expresó:

...por su propio y admirable esfuerzo, el héroe ascendió hasta aquellos excelsos basaltos, pedestal de su prestigio por él mismo labrado a cañonazos; porque con él y en su propia diestra victoriosa, flameaba muy alto al viento del triunfo la bandera de la patria, toda la nación pudo verlo.[218]

Como la defensa que hizo de Huerta fue del domino público, al triunfo del constitucionalismo Tablada salió del país en el famoso vapor "City of Tampico" en calidad de sobrecargo, refugiándose en Estados Unidos.

[218] José Juan Tablada, *La defensa social. Historia de la campaña de la División del Norte*, México, Imprenta del Gobierno Federal, 1913, pp. 3-7, reproducido en Gastón García Cantú, *El pensamiento de la reacción mexicana. Tomo II (1860-1926)*, Lecturas Universitarias, núm. 33, México, UNAM, 1987, pp. 229-235.

LUIS DEL TORO

LUIS DEL TORO, director de *El Independiente*,[219] un periódico nacido, al igual que otros, al calor del porfiriato, se exilió en La Habana. Antimaco Sax aporta los nombres de otros intelectuales mexicanos que dirigieron y fundaron periódicos tanto en Estados Unidos como en La Habana.[220]

LUIS G. URBINA

SUERTE SEMEJANTE sufrió Luis G. Urbina, un cercano colaborador de Justo Sierra. Este intelectual no dejó asentado en escrito alguno su adhesión a Huerta, lo cual no lo exime de haber participado en el régimen. Se sabe que con el apoyo de este último, el ex diputado porfirista resultó nombrado en febrero de 1913 director de la Biblioteca Nacional.[221] El 18 de septiembre de 1914 fue aprehendido por la policía.[222] Aun cuando fue liberado y permaneció algunos meses en México, en marzo de 1915, Francisco J. Múgica, jefe de la aduana del puerto de Veracruz, ordenó nuevamente su detención, al igual que la del músico Manuel M. Ponce y de Pedro Valdés Fraga. Después de permanecer preso en la cárcel del propio puerto, y esclarecido el motivo de su detención, fue liberado. Después de ello, abordó el vapor "Morro Castle" con destino hacia La Habana, junto con Ponce y Valdés Fraga.[223] Salió desterrado a Cuba, "en busca de pan para los míos, que ya ladran", como él solía decir. Como varios de sus compañeros en el exilio, trabajó en la isla caribeña de "saltimbanqui literario" durante un año,[224] hasta que las penurias económicas consumaron el milagro de ablandarlo, transformarlo y convertirlo en carrancista.

[219] *El Diario de la Marina*, 31 de julio de 1914.

[220] Antimaco Sax, *op. cit.*, pp. 56-57 y A. Manero a Venustiano Carranza, La Habana, 10 de agosto de 1916, en el CEHM-Condumex, F. XXI, caja 90.

[221] *El País*, 28 de febrero de 1913.

[222] Alfonso Taracena, *LVRM (1912-1914)*, p. 33.

[223] *Ibidem*, (1915-1917) p. 50.

[224] Javier Garciadiego, *Rudos contra científicos*, Colegio de México-UNAM, 1996, p. 343 y *El País*, 28 de febrero de 1913.

VICTORIANO SALADO ÁLVAREZ

EN MARZO DE 1912, Victoriano Salado Álvarez fue nombrado ministro de México en Brasil, y cinco meses más tarde tomó posesión del cargo.[225] Como se ha citado en forma reiterada, en febrero de 1913 triunfó el cuartelazo de la Ciudadela y el nuevo secretario de Relaciones Exteriores, Francisco León de la Barra, lo nombró ministro en la República de Argentina.[226] Pero aquí tuvo un tropiezo: el beneplácito que normalmente otorgan los gobiernos, que es una cuestión de mero trámite, quedó en suspenso. El ministro de Relaciones de Argentina, dijo que consultaría con su Presidente y para el mes de junio, fue más claro. Le expresó que estaba obligado al igual que las cancillerías de Brasil, Chile y Estados Unidos, a obrar de común acuerdo.[227] El quid del asunto radicaba en que de otorgar el beneplácito, Argentina reconocía al gobierno de Victoriano Huerta, contrariando la voluntad de Washington. Calculada o no la jugada de León de la Barra, lo cierto es que no prosperó. Salado Álvarez era una persona conocida y apreciada en Buenos Aires, donde tres años antes había tratado con altas personalidades en ocasión de la IV Conferencia Panamericana. Ante ello, Salado Álvarez tuvo que permanecer en Brasil.[228] En agosto pidió tomar sus vacaciones en Europa y Federico Gamboa, ya secretario de Relaciones Exteriores, se las concedió. El ministro se fue a Europa fijando su residencia en Bruselas, en donde se contactó con Carlos Pereyra, que era el ministro en esta ciudad.

En enero de 1914, Querido Moheno le ordenó regresar inmediatamente a Brasil, pero Salado Álvarez tuvo complicaciones familiares y fue víctima de una fiebre tifoidea que lo obligó a pedir una prórroga para salir al país sudamericano. Ya restablecido de salud, José López Portillo, el nuevo secretario de Relaciones Exteriores, le ordenó embarcarse sin demora.[229] Para abril de 1914

[225] José Rojas Garcidueñas, "Don Victoriano Salado Álvarez como diplomático", *Historia Mexicana*, núm. 68, abril-junio de 1968, pp. 577-578.

[226] *Ibidem*, p. 579.

[227] *Ibidem*, p. 580.

[228] *Ibidem*, pp. 580-581.

[229] *Ibidem*, p. 581.

Salado Álvarez estaba nuevamente en Brasil, y a los dos meses y medio se topó con la novedad de que el gobierno, al cual representaba, había desaparecido. A partir de entonces, quedó a la deriva y a la espera de ser reemplazado por alguien proveniente del bando enemigo. Sin saber cuál sería su suerte, los problemas se le complicaron ya que su familia estaba en Europa, y acababa de estallar la primera guerra mundial. Confiando en que sería del agrado del gobierno de Carranza, envió un telegrama a la secretaría de Relaciones Exteriores, solicitando licencia para trasladarse a Europa a recoger a su familia.[230]

Efectivamente, se trasladó a Europa para recoger su familia, pero su vida diplomática había terminado. Se asentó en América Central y en noviembre de 1916 publicó un artículo en *El Informador* de Costa Rica, en donde atacaba ferozmente a Carranza y lo acusaba de entregar el país a Estados Unidos. Naturalmente que el espionaje carracista lo tenía en la mira y el encargado de Negocios en Costa Rica, José Ugarte, se convirtió en su delator. Salado Álvarez vivía en El Salvador, pero en febrero de 1917 estuvo unos días en Costa Rica. Trató de radicarse aquí, y obtuvo un empleo de profesor en el Colegio de Cartago, pero rápidamente lo perdió y tuvo que regresar a El Salvador, enfermo de paludismo, sin grandes recursos y con el ánimo muy decaído.[231]

Rafael de Zayas Enríquez

El veracruzano Rafael de Zayas Enríquez estudió filosofía y derecho romano en Alemania. Después de la caída del Imperio de Maximiliano, regresó a Veracruz, incursionando en el periodismo. Como asumió posturas críticas frente al gobierno local, tuvo que exiliarse en Perú. En este país continuó con su vocación contestataria, y en un determinado momento el gobierno peruano estuvo a punto de fusilarlo. En vísperas del arribo de Porfirio Díaz al poder, regresó a Veracruz. Para variar, continuó en el periodismo y en las filas de la oposición. Pero el tiempo moderó su carácter y se con-

[230] *Ibidem*, pp. 581-582.
[231] *Ibidem*, pp. 583-584.

virtió en un poderoso aliado del gobierno estatal y federal. Fue premiada su docilidad con cargos tales como el de jefe político en uno de los distritos de Veracruz, juez de distrito, diputado y cónsul general en San Francisco. Quiere decir, que recibió el mismo trato que otros intelectuales de la época. Al rebasar el medio siglo de vida, afloró su vocación por el espiritismo, y en 1905 participó junto con Francisco I. Madero y Alberto Leduc, en el *Congreso Nacional Espírita*. Por entonces, gozaba de las simpatías y del aprecio de Porfirio Díaz. Ante el malestar obrero en las fábricas textiles en 1906, su amigo Porfirio Díaz le pidió una investigación para indagar sus causas y ponerle remedio. Naturalmente que no estuvo de acuerdo con el maderismo, y como otros muchos intelectuales, participó activamente en el movimiento acaudillado por Félix Díaz, Manuel Mondragón, Bernardo Reyes y Victoriano Huerta para derrocarlo. Estuvo presente en la Ciudadela y fue testigo de los asesinatos de Madero y Pino Suárez.[232] Más tarde vinculó su suerte a Victoriano Huerta. La razón: anhelaba un gobierno fuerte, de mano dura, que impusiera el orden y la paz en toda la República. Al triunfo de Carranza, Rafael de Zayas Enríquez se radicó en Nueva York, en donde trabajó en varias casas editoriales que traducían obras inglesas al español,[233] pero en agosto de 1916 estaba en la ciudad de París.[234]

AURELIANO URRUTIA

HABIENDO RENUNCIADO en 1913, el cirujano Aureliano Urrutia postergó su salida del país. Cuando el panorama político se complicó, decidió abandonar el país en mayo de 1914, a ocho meses de haber dejado el gabinete. Viajó al puerto de Veracruz que estaba ocupado por las tropas estadounidenses, con intenciones de exiliarse en Alemania, siendo atacado por una multitud encabezada por el periodista Rivera de la Torre. La policía tuvo que intervenir para librarlo de la ira de los atacantes. Una vez que se tranquilizaron los áni-

[232] Luis Liceaga, *op cit.*, pp. 139 y 152.
[233] Leonardo Pasquel, "Prólogo", en Rafael de Zayas Enríquez, *Apuntes confidenciales al presidente Porfirio Díaz*, México, Citlaltepetl, 1967, p. XX.
[234] Federico Gamboa, *Mi diario*, t. VI, p. 398.

mos, el doctor Urrutia continuó con sus planes de marcharse al viejo mundo, pero los invasores se enteraron de quién se trataba, y lo tomaron preso.[235] Después se lo llevaron a la ciudad de San Antonio, Texas, en donde pudo ejercer con éxito su profesión de cirujano. Su fama se acrecentó al punto de convertirse en toda una celebridad médica.[236]

Pero a este grupo de intelectuales se podrían agregar los nombres de otros más. Un buen número de intelectuales, partidarios de Huerta, estuvieron vinculados a tareas administrativas y docentes en la Universidad Nacional de México. Por ejemplo, Ezequiel A. Chávez fue rector de la Universidad Nacional y en un determinado momento también lo fue el oftalmólogo Miguel Silva. A ellos se debe agregar Francisco Pascual García, que fue secretario de la misma.

Al nivel de directores de escuelas universitarias, aparecen Julián Carrillo que fue director del Conservatorio, Pablo Macedo y Pedro Lascuráin, de la Escuela de Jurisprudencia, Aureliano Urrutia, de la de Medicina y Luis G. Urbina, director de la Biblioteca Nacional. Media docena de intelectuales se desempeñaron como docentes

[235] *El Imparcial*, 20 de mayo de 1914. Entre junio y septiembre de 1913, Aureliano Urrutia, una eminencia en el campo de la medicina, fue secretario de Gobernación. Sobre don Aureliano se ha forjado una leyenda que oscila entre lo apologética y lo villano. Por ejemplo, se dice que por sugerencias de Porfirio Díaz, y con ayuda de Guillermo Kahlo, un fotógrafo alemán recién llegado a México, en 1910 filmó cuatro de sus operaciones, de las más notables de la época, para mostrar al mundo el avance de la ciencia médica mexicana. También se menciona que le salvó la vida al torero Rodolfo Gaona quien sufrió un grave percance en los ruedos, y que operó a Huerta de cataratas, sin anestesiarlo, amén de que solía dormirse sobre los cadáveres. A propósito de su estancia al frente de la Secretaría de Gobernación, se le han imputado entre otras cosas, la liquidación de los diputados Belisario Domínguez, Adolfo C. Gurrión y Serapio Rendón, entre otros, e incluso el *vox populi* llegó a decir que personalmente le cortó la lengua a Belisario Domínguez. Un análisis sereno de las fechas de tales asesinatos refleja que algunos ocurrieron cuando ya no era funcionario y que difícilmente los pudo haber ordenado. A su favor juega el hecho de que en el ejercicio de su papel de secretario, implantó el descanso dominical entre los trabajadores del comercio y cerró el Jockey Club de la ciudad de México que se había convertido en un desplumadero de incautos. Para una visión global sobre este personaje, véase a Stanley R. Ross, "Victoriano Huerta visto por su compadre", *Historia Mexicana*, núm. 46, octubre-diciembre de 1962, pp. 296-321.

[236] Antimaco Sax, *op cit.*, pp. 49-50, Michael C. Meyer, *Huerta*, p. 239, Javier Garciadiego, *op. cit.*, pp. 243-244 y Manuel Servín Massieu y Raúl Ruiz Escobedo, "Aureliano Urrutia. ¿Científico eminente o político asesino?", en María Luisa Rodríguez Sala y José Omar Moncada Maya, *La cultura científico tecnológica en México: nuevos materiales multidisciplinarios*, México, UNAM, 1995, pp. 139-155.

en la Escuela de Jurisprudencia: Francisco S. Carbajal, Miguel Díaz Lombardo, Roberto Esteva Ruiz, Pedro Lascuráin, Rodolfo Reyes y Jorge Vera Estañol. Nemesio García Naranjo, Carlos Pereyra, Francisco M. de Olaguibel y Luis G. Urbina, fueron profesores de la Escuela Preparatoria; e Ignacio Bravo Betancourt, Francisco de P. Cardona, Carlos Díaz Dufoo, Francisco León de la Barra, José María Lozano, Emilio Rabasa, Agustín Rodríguez y Jorge Vera Estañol, de la Escuela Libre de Derecho.

Si se suman los nombres de los intelectuales que prestaron sus servicios en la Escuela de Altos Estudios, el resultado es impresionante. Lo anterior confirma la tesis de que no sólo el personal político fue huertista, sino también gran parte de los intelectuales, particularmente los que estuvieron vinculados a la Universidad Nacional. Naturalmente que hubo quienes simpatizaron con Zapata, Villa y Carranza, pero en tales momentos eran los de menor renombre.

ANDRÉS MOLINA ENRÍQUEZ

PERO HUBO intelectuales que no se exiliaron y fueron tratados bien por Carranza. Uno de ellos fue Andrés Molina Enríquez, quien jamás negó su pasado huertista y en un libro aparecido en 1932, que lleva por título *La revolución agraria de México 1910-1920*,[237] hizo una de las mejores apologías sobre Victoriano Huerta. En este libro, el autor de los *Grandes problemas nacionales* sorprende por su fe y admiración hacia el general nativo de Colotlán, Jalisco. Dijo que a pesar de todo cuanto se ha escrito sobre el particular, de todos los gobiernos emanados de la Revolución, desde la caída de la dictadura de Porfirio Díaz, hasta la presidencia de Lázaro Cárdenas, y con la sola excepción de la breve presidencia de Eulalio Gutiérrez, el que menos sangre derramó fue Huerta. También afirma que por tratarse de un indio de raza pura, con su llegada a la presidencia de la República, prestó un gran servicio a la Revolución.

[237] Andrés Molina Enríquez, *La revolución agraria de México 1910-1920*, t. V, México, Coordinación de Humanidades-UNAM-Miguel Ángel Porrúa, 1986, pp. 141-142.

Además creó los ministerios de Agricultura y de Industria, impulsó el estudio de la economía nacional y nuestro territorio sobre bases científicas, puso especial atención a los asuntos del trabajo, pugnó porque los artículos de producción nacional llevaran la marca de "Hecho en México", estableció un impuesto que gravaba los grandes capitales, elevó los sueldos de los empleados con determinadas capacidades técnicas, y fundó el Instituto de Industrias Etnográficas la primera institución destinada a desarrollar y proteger las industrias indias.

Líneas más adelante agregó: este indio pudo haber consolidado su gobierno, de no haber tropezado con la hostilidad del presidente Wilson, quien le recriminó derivar su poder del cuartelazo. Pero Molina Enríquez expresa que a lo mejor la hostilidad de Wilson pudo deberse a que Huerta:

> era un *Presidente de color*. Y fue una desgracia que así haya sido, porque nadie como él parecía indicado para resolver *en verdad* las cuestiones agrarias, porque además de ser indio y de estar en condiciones de comprender a los suyos, ha sido el Presidente de la República que ha estado más libre del *complexo de inferioridad* para con los españoles y los criollos, y para con los demás extranjeros en general, que ha sido la maldición de toda nuestra historia de independientes.

La historia oficial jamás le ha reprochado a Molina Enríquez su filiación huertista. Por el contrario, se le considera uno de los precursores de la reforma agraria e inspirador del artículo 27 constitucional. Y lo mismo ha sucedido con Antonio Caso, quien con motivo de la invasión estadounidense al puerto de Veracruz agitó las masas para combatir a los invasores y, de alguna forma, se sobreentiende, apoyó a Huerta.[238]

[238] Javier Garciadiego, *op. cit.*, p. 228.

CAPÍTULO VI

El medio artístico y la tauromaquia

ASÍ COMO el personal político, los empresarios, los hacendados, las clases medias, los obreros, los campesinos y los estudiantes, tomaron partido en la Revolución mexicana, el medio artístico y teatral también lo hizo. Los empresarios, escritores, músicos, actores, vedetes, cómicos, no sólo apoyaron a uno de los bandos en pugna, sino que reflejaron en la temática de las obras los vaivenes de la revolución. A partir de 1911, favorecidos por la gran libertad de prensa, proliferaron las obras de tinte político en las que, dependiendo del curso de la guerra civil, atacaban o ensalzaban a los jefes revolucionarios. Durante el maderismo y el huertismo, esto se llevó a cabo en forma normal, pero al acelerarse el triunfo de Carranza, el pánico cundió, y por lo tanto se registró la huida tanto de los autores teatrales como de numerosos actores y músicos.

Durante estos años, el espectáculo se llevaba a cabo en diversos teatros, entre los cuales los más famosos eran el María Guerrero, el Apolo y el Principal. Entre los actores, sobresalía sin duda Leopoldo Beristáin, y entre los escritores, José Elizondo y José Rafael Rubio. Todos tenían trayectoria, un largo historial en el medio artístico y teatral, y no requerían pisar los terrenos de la política. Durante el porfiriato, resultó delicado meterse con la figura presidencial o llevar a cabo ataques contra su obra de gobierno. Pero al estallar la revolución maderista, la gente del medio artístico se sintió convulsionada y se dio cuenta de que tratar temas políticos, les resultaba rentable y generaba una enorme popularidad.

En plena revolución maderista, José Rafael Rubio conocido popularmente como Rejúpiter, escribió un monólogo titulado *Juan*

Soldado, que el cómico mexicano, Leopoldo Beristáin, recitaba en funciones extraordinarias en el Teatro María Guerrero, vestido de "pelón" porfirista. En la obra, las alusiones a los revolucionarios maderistas eran muy duras, calificándolos de asesinos. Asimismo escribió un cuento *El hombre doble*, que por su calidad, mereció elogios de Justo Sierra. Como el éxito embriagó a Rejúpiter, se sumó al elenco de panegiristas de Huerta, con la resultante de que al triunfo de Carranza, tuvo que exiliarse.[239]

En febrero de 1913 ocurrieron los sucesos políticos conocidos como el Cuartelazo de la Ciudadela o la Decena Trágica. Cuando la paz empezó a reinar en las calles de la ciudad de México, los teatros frívolos volvieron a reabrir sus puertas. En tales días, los hermanos y empresarios teatrales Eduardo y Pepín Pastor, le pidieron a José F. Elizondo, escribiera una obra que hiciera referencia a tales acontecimientos. Elizondo aceptó y escribió la que se llamó *El país de la metralla*, la cual se estrenó el 10 de mayo en el Teatro Lírico. La música fue escrita por el compositor aragonés Rafael Gascón.[240] La obra teatral, se convirtió en la obra clásica de la dictadura huertista. Durante las primeras representaciones, Elizondo puso en escena, al lado de Carranza y Maytorena, al jefe suriano Emiliano Zapata, disfrazado con el nombre supuesto de "Patata." A la cuarta o quinta representación, el personaje de "Patata" fue substituido por otro llamado "El Pueblo", con ligeras modificaciones en el diálogo.[241]

Se trataba de una revista que, desde el lado cómico, hacia alusión a los sucesos bélicos que la ciudad de México había padecido en febrero de 1913. Explotaba en forma festiva los sustos y jactancias ciudadanas de esos días. No tomaba partido alguno en sus escenas pues lo mismo criticaba a los maderistas que a los

[239] Armando de Maria y Campos, *El teatro de género chico en la Revolución mexicana*, Colección Cien de México, México, Conaculta, 1996, p. 81 y Nemesio García Naranjo, *Memorias*, t. VII, p. 111.

[240] *El Imparcial*, 10 de mayo de 1913, *El Disloque*, 12 y 19 de mayo de 1913, *Novedades. Revista literaria y de información*, 14 y 21 de mayo y 4 de junio de 1913, y Armando de Maria y Campos, *op. cit.*, p. 142.

[241] Armando de Maria y Campos, *op. cit.*, p. 139.

federales. Sin embargo, a los carrancistas les pareció que la obra era una sátira dirigida contra ellos y le empezaron a enviar anónimos a Elizondo, casi todos firmados por "un amigo que lo quiere" y en los que lo aconsejaban "pelar gallo", o en palabras llanas, salir del país.[242] Elizondo no hizo caso de aquello que consideraba bromas pesadas de sus colegas periodistas y gente del teatro. Pero un día se tropezó con un director de orquesta, cuyo apellido era Cabello, quien le dijo de buenas a primeras:

> Querido Elizondo: traigo un recadito para usted. Vengo del norte y la cosa está que arde. Allá me encontré al general X, a caballo, y golpeando con la mano en la cantina de la silla, sobre dos reatas de Chavindo, enrolladas me recomendó. "Ora que vaya usté pa´ México, dígales a esos del *País de la metralla*, que estas dos riatas son pa´ colgarlos del pórtico del Lírico en cuanto yo llegue a la capital.[243]

Alfonso Taracena afirma que la obra era una sátira cobarde destinada a burlarse de los funcionarios caídos y adular en forma nauseabunda a los triunfadores. Traducida a un lenguaje entendible, quiere decir que hacía escarnio de los maderistas y alababa a los huertistas. A los constitucionalistas los llamaba separatistas, a Carranza y José María Maytorena los calificaba de aliados de los yanquis, quienes gustosos los ayudaban a matar mexicanos a cambio de entregarles Sonora. Contra lo que asegura Armando de Maria y Campos, y la prensa de la época, Taracena asegura que durante las representaciones de la obra teatral, el pueblo los increpó calificándolos de mercachifles, traicioneros, "jijos de la intervención", y que les advirtió que nunca se les daría a los gringos ni un pedazo de la tierra mexicana, pues el que vende su nación, es merecedor de que cualquiera se la miente de un jalón.[244]

[242] Armando de Maria y Campos, *op. cit.*, pp. 142-143.
[243] *Loc. cit.*
[244] Alfonso Taracena, *LVRM (1912-1914)*, p. 234.

A pesar de que las amenazas provocaban escalofríos, José F. Elizondo no escarmentó. El 20 de septiembre de 1913, estrenó en el Teatro Principal, su divertida zarzuela *Las musas del país*, donde se cantaba la romanza *Ojos tapatíos* del compositor Fernando Méndez Velázquez. La obra venía a ser una versión mexicana de la revista española, *Las musas latinas*, la cual reunía a lo más característico de las costumbres y de la música de España, Francia e Italia. En *Las musas del país*, la obra se reducía a mostrar las costumbres y música de Xochimilco, Guadalajara y Yucatán. Una noche acudió el general Huerta, acompañado de su esposa, a presenciar la obra. Las crónicas de la época indican que en una escena, unos inditos de Xochimilco mencionaban las palabras "Tata" Huerta, y todo el público en masa tributó una gran ovación al Presidente. Hubo muchos vivas al general Huerta, quien sumamente emocionado, dio las gracias desde su platea, y al salir, recibió nuevas y marcadas muestras de simpatía. Algunos testimonios indican que se trató de las ovaciones más largas y atronadoras registradas en la historia del viejo Teatro Principal.[245]

Cuando se hizo claro, que el arribo de Carranza a la capital de la república era inminente, a Elizondo se le puso la carne de gallina y la mañana del 14 de agosto de 1914, se dirigió a la estación de Buenavista, justo cuando salían con destino a Veracruz varios trenes con las banderas de Francia y Alemania, para transportar al puerto a los conciudadanos de tales países radicados en México, que iban a incorporarse a los ejércitos de sus países, ya que había estallado la primera guerra mundial. Elizondo abordó uno de esos trenes, y semanas más tarde, recibió en el puerto cartas de sus familiares en las que le anunciaban que los estadounidenses iban a evacuar Veracruz, y que corría peligro, porque piquetes de soldados y tipos sospechosos ya lo habían buscado en su casa varias

[245] *El Imparcial*, 20 de septiembre de 1913, *El Disloque*, 22 de septiembre de 1913, *Novedades. Revista literaria y de información*, 24 de septiembre de 1913, Nemesio García Naranjo, *Memorias*, t. VII, p. 96 y Armando de Maria y Campos, *op. cit.*, pp. 145-146. Para variar, Alfonso Taracena la calificó de abyecta revista de los mexicanos José F. Elizondo, Xavier Navarro y el maestro Fernando Méndez Velázquez. Véase su obra *LVRM (1912-1914)*, p. 277.

veces. En vista de ello, se embarcó hacia La Habana en donde pasó cinco años desterrado, sin que el Primer Jefe lo dejara volver al país. Pero además de los carrancistas, los villistas y zapatistas, también lo buscaban para colgarlo. El maestro Rafael Gazcón, pasó meses escondido en México, y cuando salió a la calle, ya había perdido la razón y murió loco.[246]

En forma paralela, durante el mes de mayo de 1913, se estrenó en el teatro Mier y Terán de la ciudad de Oaxaca, otra obra de corte similar, llamada *Después de la revuelta*, en función de gala dedicada al gobernador del estado, con asistencia del jefe de la zona militar, numerosos jefes y oficiales. Las crónicas de la época expresaban que teniendo en cuenta las circunstacias por las que el país atravesaba, la obra reflejaba patriotismo y hermosas enseñanzas que todos los mexicanos estaban obligados a entender y asimilar. La obra se representó en la capital de la República, en Toluca, Tampico y León. Los actores partícipes de la obra fueron Rosita Arriaga, Gustavo de Lara, Paco Benavides, Ocampo, Melgar y Sánchez.[247]

Uno de los actores que participó en esta clase de obras durante el huertismo fue Leopoldo Beristáin, el célebre "Cuatezón". Beristáin no se conformó con participar en las obras teatrales que gustaban a la población y al régimen, sino que se hizo amigo tanto de Victoriano Huerta como de su hijo Jorge, y de los miembros del gabinete. Beristáin era una persona con gran trayectoria, impacto popular y no requería convertirse en bufón de Huerta. Tenía fama, era de buena familia, pero esa estúpida tradición secular de rendirle tributo al que tiene poder, lo perdió. Beristáin, un tipo de ojos verdes, a punto de cumplir los 40 años de edad, con porte de aristócrata, llegaba todas las noches con bombín y bastón al Teatro María Guerrero bautizado como María Tepaches, por la gran cantidad de tepacherías que había en esa calle, y se disfrazaba de indio ladino y mal hablado. En el Teatro Apolo le dio por cultivar el género procaz para agradar a Jorge Huerta. Ciertamente que

[246] Armando de Maria y Campos, *op. cit.*, pp. 127-128 y 142-143.
[247] *El Disloque*, 19 de mayo de 1913.

ello le redituó una popularidad mayor, pero se engolosinó y perdió el piso.

Desde las tablas, noche a noche alababa a su amigo Huerta y despotricaba contra Madero, Carranza y Zapata. En una obra llamada *Vía libre a Cuernavaca*, había una escena de la voladura de un tren y "Beris", como era popularmente conocido, la hacía de Emiliano Zapata.[248] No obstante ello, tenía grandes amigos entre los carrancistas como el general Francisco L. Urquizo. Cuando Huerta cayó, su amigo, el actor Manuel Sánchez de Lara, le facilitó ropas sacerdotales y se lo llevó a la ciudad de Veracruz, confundiéndolo con los integrantes de su compañía teatral que hacía una gira, para embarcarlo rumbo a La Habana.[249]

Pero no sólo los varones del medio artístico se dejaron seducir por Huerta, sino también las mujeres. Una de ellas fue Emilia Trujillo, *La Trujis*, una tiple cómica, que estaba en la flor de su juventud. La voz popular afirmaba que era la *Pompadour Tepache* del régimen, la *Dubarry de Petate*, todo porque un automóvil negro, manejado por un chofer uniformado y un ayudante de Huerta, se estacionaba todas las noches a las puertas del Teatro María Guerrero, y esperaba el fin de las tandas para recoger a la simpática y alegre tiple tapatía y conducirla al Café Colón. Era fama que en uno de los reservados, Victoriano Huerta la esperaba rodeado por oficiales de su Estado Mayor y funcionarios uniformados. Por cierto que la esposa de Huerta también se llamaba Emilia, pero se apellidaba Águila.[250]

Hubo otros personajes que, sin proponérselo, se vincularon a Huerta. Se trata del caso de Rafael Galindo, el primer cellista de México, y un profundo conocedor del arte musical. Ocurre que Miguel Lerdo de Tejada le sugirió a Huerta, que así como los batallones y regimientos del Ejército regular tenían sus bandas militares, el cuerpo de rurales también debía tener una orquesta típicamente mexicana. Aquella idea agradó al presidente y de

[248] Armando de Maria y Campos, *op. cit.*, p. 78.
[249] *Ibidem*, p. 77.
[250] *Ibidem*, p. 155.

inmediato le ordenó al secretario de Guerra que la convirtiera en realidad. Pero Lerdo de Tejada no ejecutó el plan, sino que convenció al maestro Rafael Galindo para que se encargara de la organización de aquella orquesta. Al final de cuentas, se integró un cuerpo musical de primera calidad. Galindo hizo un ordenamiento de *Los Aires Nacionales*, que es el único que merece llamarse *Rapsodia Mexicana*. Al inicio la música es vibrante y a continuación desciende en forma paulatina hasta llegar a *Las Mañanitas*. De allí en adelante sube de tono hasta terminar con *El Jarabe Tapatío*, la *Diana* y la primera frase del Himno Nacional. Cuando Huerta cumplió años, Miguel Lerdo de Tejada llevó la orquesta a cantarle *Las Mañanitas*. Luego incluyó en el programa la citada *Rapsodia* y Huerta preguntó que quién había hecho ese ordenamiento tan precioso de *Los Aires Nacionales*. Miguel le presentó al autor y Huerta le estrechó la mano mientras los fotógrafos tomaban una instantánea del cuadro. Aquel apretón de manos, la pagó el maestro Galindo con siete años de destierro.[251]

Llaman la atención dos músicos famosos hoy en día, y sobre los cuales se ignoraban sus simpatías huertistas, que provocaron su exilio. Se trata de Manuel M. Ponce y de Julián Carrillo, que fue el director del Conservatorio.[252] Ambos deambularon por La Habana y Estados Unidos.

Pero sucede que Rodolfo Gaona, el pilar de la tauromaquia, también quedó involucrado en los vaivenes de la política mexicana. Como el resto de las figuras importantes del medio artístico y teatral, había sido amigo de todos los presidentes de la República, desde Porfirio Díaz, Francisco I. Madero, hasta Victoriano Huerta. En noviembre de 1908, con motivo de una corrida especial, Lorenzo "Chato" Elizaga, amigo del torero, se le ocurrió decirle que invitara al mismo Porfirio Díaz. Para facilitar las cosas, el propio Elizaga se encargó de arreglar la entrevista. Llegado el día, el matador llegó con sus amigos a la calle de la Cade-

[251] Nemesio García Naranjo, *Memorias*, t. VIII, p. 116 y también el t. VII, p. 111.

[252] Sobre Manuel M. Ponce, véase a Federico Gamboa, *Mi diario*, t. VI, pp. 258, 262, 268, 279, 284 y 338, y a Luis Ángel Argüelles Espinosa, *op. cit.*, p. 93. En cuanto a Julián Carrillo, véase a Gamboa, *Mi diario*, t. VI, p. 250.

na, la casa de don Porfirio. El general los recibió en su despacho y los atendió con suma consideración. Gaona le hizo ver el motivo de la visita y Díaz aceptó encantado la invitación. En la plática, el presidente le dio consejos a Gaona, y entre otras cosas, le recomendó que cuidara su dinero y que no se dejara explotar por los vivillos que merodeaban en el medio taurino. En la tarde del festejo, se registró un lleno imponente en la plaza de toros, y Gaona brindó la muerte de su primer toro el presidente de la República, quien correspondió la deferencia obsequiándole una cartera de piel con adornos de oro, en cuyo interior iba un billete de banco de mil pesos, y una nota de puño y letra del general que decía: "Espero que nunca necesites cambiar este billete."[253]

Al culminar su campaña de 1911 en España, Francia y Portugal, vino la temporada de 1911 a 1912 en el coso de La Condesa. En enero de este último año, se celebró una magna corrida de toros a la cual asistió el presidente de la República, Francisco I. Madero. A la altura del tercer astado, el presidente Madero, impresionado por la maestría y el arte de Gaona, lo llamó a su palco para felicitarlo y dirigirle algunas frases amables. Después de ello, lo abrazó.[254]

Con Huerta hubo más cercanía en virtud de que este último era un ferviente aficionado a la fiesta brava. ¿Cómo se dio el acercamiento? En realidad es difícil de saberlo con precisión, pero existe una anécdota contada por el mismo Gaona. Según él, en una ocasión, el inspector general de Policía y amigo suyo, Francisco Chávez, le dijo que el presidente de la República quería conocerlo e invitarlo a comer. El matador se negó, pero tarde o temprano, el encuentro ocurrió. Francisco Chávez lo invitó a una comida en una finca de Tlalpan, y al llegar, Gaona se dio cuenta de que ahí estaban Victoriano Huerta, Aureliano Blanquet y el doctor Aureliano Urrutia, quien recientemente lo había curado de la cornada de un toro en la ciudad de Puebla. Estaba toda la plana

[253] Guillermo Ernesto Padilla, *El maestro de Gaona*, México, Compañía Editorial Impresora y Distribuidora, 1987, pp. 196, 198-199.

[254] *Ibidem*, pp. 239-241.

mayor. Huerta se mostró sumamente amable con el torero y terminaba la comida, llamó a un fotógrafo y le ordenó que imprimiera una placa del grupo. Se formaron Aureliano Urrutia, Aureliano Blanquet y Rodolfo Gaona. Al momento que el fotógrafo se aprestaba a apretar el botón, Huerta se puso detrás de ellos pronunciando estas palabras: "Son los tres matadores...y yo, el sobresaliente."[255]

A partir de entonces, se entabló una gran amistad y Huerta solía acudir a todas las corridas de Gaona. El 23 de noviembre de 1913, se efectuó una corrida en la plaza El Toreo, en la que reapareció el diestro leonés después de una gira por España. El matador brindó su primer toro a Victoriano Huerta, y éste le obsequió una rica joya. Después de la corrida, ambos se trasladaron en el automóvil presidencial a céntrico restaurante para brindar con champagne.[256] La prensa dio cuenta del suceso publicando las fotos del Califa de León, brindando con Huerta, rodeados de varios amigos y lambiscones. Para corresponder las atenciones de Huerta, el torero organizó una agasajo en la hacienda de Huipulco, propiedad de Pablo Macedo, a la que asistieron varios políticos del régimen. El diputado Luis de Toro, enalteció la labor del gobierno, el secretario de Comunicaciones, José María Lozano, hizo lo mismo, y después de ellos tomó la palabra Huerta, reafirmando su promesa de pacificar el país.[257]

Naturalmente que las noticias de la amistad de Huerta con Gaona corrieron como reguero de pólvora, la foto circuló por todos lados y llegó a las manos de Venustiano Carranza. En febrero de 1914, Gaona participó en una corrida a beneficio de un amigo suyo y después de ello partió para España. En mayo de 1915, llegaron noticias a España, en el sentido de que Carranza había prohibido las corridas de toros, y que lo mejor era que los matadores que pensaban torear en México, no se comprometieran ni firmaran nada. Pero

[255] Rodolfo Gaona, *Mis veinte años de torero: el libro íntimo de Rodolfo Gaona*, México, El Universal, 1924, pp. 253-255.

[256] *El Imparcial*, 12 y 13 de enero de 1914, *El Popular*, 16 de mayo de 1946 y Rodolfo Gaona, *op. cit.*, p. 133.

[257] *Loc. cit.*

hubo algo más: Gaona recibió un cable procedente de México, en el que le acusaba de enemigo político del Primer Jefe, a causa de su amistad con Victoriano Huerta y Aureliano Blanquet.[258]

Ello implicaba que debía permanecer los años siguientes en España. A juicio del torero, su huertismo le costó 40,000 pesos, la destrucción de una casa en la ciudad de México, aparte de lo que perdió con la prohibición de las corridas de toros.[259] En la madre Patria continuó su carrera de torero, alterando con Juan Belmonte y José Gómez "Joselito", e incluso aquí se casó con la actriz Carmen Ruiz Moragas, un matrimonio que fracasó a los tres meses.[260]

Por ser una figura menor de la tauromaquia, Luis L. León no tuvo oportunidad de codearse con Díaz, Madero ni Huerta. Pero con el paso de los meses se cortó la coleta y se enroló con los sonorenses en la revolución y, a la postre, hizo una exitosa carrera política. Lo mismo sucedió con Vicente Segura quien se sumó a las huestes de Lucio Blanco. Los demás toreros permanecieron quietos en la ciudad de México, sin correr peligro alguno. Ni Luis Freg, Juan Silveti, ni Merced Gómez, participaron en el movimiento revolucionario.[261]

[258] Guillermo Ernesto Padilla, *op. cit.*, pp. 276-277.
[259] *Ibidem*, p. 305.
[260] *Ibidem*, p. 303.
[261] *El Popular*, 16 de mayo de 1946.

Capítulo VII

La Asamblea Pacificadora Mexicana

Apenas se instalaron en los Estados Unidos, un grupo de mexicanos radicados en San Antonio, Texas, buscó organizarse para definir su postura frente a Carranza. A escasos tres meses de vivir en el destierro, Ismael Zúñiga y Eliseo Ruiz, se acercaron a diversas personalidades que habían jugado un papel relevante en el régimen huertista como Querido Moheno y Federico Gamboa, a quienes se les unieron Miguel Bolaños Cacho, Emilio Vázquez Gómez, los ex generales Juvencio Robles, Ignacio Bravo, A.T. Rasgado, Luis Medina Barrón, los ingenieros David de la Fuente, Enrique Gorostieta, entre otros, y decidieron fundar en enero de 1915 lo que se llamó La Asamblea Pacificadora Mexicana.[262] En su *Diario*, Federico Gamboa es demasiado parco sobre este asunto. En forma escueta habla sobre la génesis de la Asamblea Pacificadora, da a entender que a varios de sus promotores hacía años que no los veía, como es el caso de Miguel Bolaños Cacho, y de que eran vigilados por numerosos espías carrancistas. Una cuarentena de personas llevó a cabo la junta previa en los altos de El Presente, una hermandad de leñadores. Ahí se discutió, entre otras cosas, quién debía ser la persona que presidiera la inauguración, y desde un principio Gamboa se negó, debido a que no quería exponerse a que lo etiquetaran de clerical.[263]

Efectivamente, el sistema de espionaje carrancista funcionó a la perfección y detectó sin mayor problema los primeros intentos

[262] Nemesio García Naranjo, *Memorias*, t. VIII, p. 107, Antimaco Sax, *op.cit.*, p. 17 y *El Demócrata*, 6 de febrero de 1915.

[263] Federico Gamboa, *Mi diario*, t. VI, pp. 211-213.

de los exiliados mexicanos por organizarse. El 5 de febrero de 1915 comunicó al gobierno mexicano que numerosos "científicos" huertistas y felicistas, se estaban congregando en la ciudad de San Antonio, Texas, con el fin de montar una contrarrevolución. Entre los asistentes citaba a Federico Gamboa, Jesús Flores Magón, al general Luis Medina Barrón, José Elguero, y a otros que llamó descontinuados políticos, que cuando estuvieron en el poder, cometieron toda clase de abusos y excesos. Asimismo los espías informaban que al parecer había llegado a San Antonio, Félix Díaz, a quien llamaban el Sobrino del Tío. En la ciudad de México, *El Demócrata* afirmaba que eran demasiado conocidos estos políticos, y que sus planes estaban condenados al fracaso, ya que el pueblo los repudiaba y los odiaba.[264] El mismo día, el diario *Galveston Daily News* hizo algunos comentarios acerca de la cuestión política mexicana y reprodujo una entrevista con el cónsul carrancista en Texas, señor J.F. Lozano. Éste dijo que, depués de llevar a cabo sesudas investigaciones personales y analizar la información de sus agentes, estaba convencido de que en Estados Unidos se había iniciado una vasta contrarrevolución para elevar a la presidencia de la república a Federico Gamboa y poner a Félix Díaz a la cabeza del ejército mexicano. Afirmó que los conjurados se habían reunido en el Hotel Rice de Houston y que para financiar sus planes, contaban con varios millones de pesos.

El mismo diario entrevistó al autor de *Santa*, quien desmintió que estuviera mezclado en conjura alguna para derrocar al gobierno mexicano. Pero Gamboa aceptó que Félix Díaz había llegado a Galveston, y que incluso habían conversado, pero que los temas tratados eran triviales. Al ser inquirido sobre el motivo del viaje de Félix Díaz, Gamboa contestó que no tuvo la curiosidad de investigarlo. Gamboa reiteró que su carrera política había terminado en México, que quería vivir en paz, y que el rumor de que sería el candidato a la Presidencia de la República, apoyado por un nuevo partido, era una treta para lisonjearlo pero que jamás lo

[264] *El Demócrata*, 6 de febrero de 1915.

aceptaría. A juicio del diario carrancista *El Demócrata*, las declaraciones de Gamboa no eran sinceras. Y agregó que los ex federales y los curas, que tanto daño habían hecho a los mexicanos, sí buscaban recuperar el poder político en México. Finalmente el redactor del diario dudaba de la capacidad del que llamaba "Brigadier de la Espada Virgen", el "Sobrino del Tío", para jefaturar un movimiento armado. Recordó que cuando se levantó en armas en Veracruz, en lugar de demostrar ser un gran estratega, un tipo valiente frente a las tropas maderistas, se encerró en la sede del Palacio Municipal en donde fue hecho prisionero con todo su estado mayor.[265]

El 6 de febrero se fundó la Asamblea Pacificadora Mexicana bajo la presidencia de Federico Gamboa, quien hizo una rápida presentación y expuso los objetivos de la organización. Querido Moheno pronunció un discurso con tintes patrióticos que hizo llorar a los asistentes. Entre otras cosas, recordó que apenas habían cruzado la frontera del río Bravo los mexicanos sintieron nostalgia y la necesidad de reunirse, llorar sus penas y desahogarse. Alabó que fuera en San Antonio, una ciudad que medio siglo antes había sido mexicana, en donde los desterrados se reunieran y estrecharan las manos. Pero luego expresó, que en lugar de lamentos, había que trabajar por la patria y la concordia entre todos los mexicanos:

> Venimos a pedir en nombre de la ley que se nos deje retornar al patrio suelo, sin miedo a que se nos juzgue por un tribunal cualquiera, así lo presidieran Carranza o Villa, siempre que ese tribunal emane de la ley y tenga por norma única la ley. Y si un tribunal así resuelve que no tenemos el derecho de prosternarnos ante los mismos altares que nuestros padres... entonces no volveremos... (aplausos).
>
> Queremos ley, no una ley cualquiera, no ya la voluntad atrabilaria de un jefe militar, y que dentro de ella, tengamos el

[265] La noticia aparece reproducida y comentada en *El Demócrata*, del 6 de febrero de 1915.

> derecho de reconstruir nuestros hogares en el suelo donde duermen en último sueño nuestros abuelos. Se ha dicho, señores, que una tierra bravía recorrida por tribus sanguinarias que no reconocen ni ley ni honor, no es una patria. Y sin embargo, señores, (aquella sigue siéndolo todavía.) Ya lo veis: Aquí hay riquezas formidables, aquí hay todo lo que seduce, todo lo que halaga al corazón humano y, sin embargo, ninguno de nuestros corazones, ninguna de nuestras miradas está dirigida a las grandezas americanas; del otro lado del río no hay sino chozas de adobe y todos nuestros corazones se vuelven allá...[266]

Finalizó diciendo que a pesar de las desgracias, la patria no sería consumida por el incendio que la devoraba, y que los desterrados volverían a México, a estampar un beso en la frente de la madre patria, aunque fuera el último, el de la muerte, el de la despedida, al que todos tenían derecho.[267] Bolaños Cacho y el resto de los oradores, lanzaron sendos llamados a la pacificación del país y a la concordia entre las distintas facciones revolucionarias. Enterados de que en tales momentos Obregón recuperaba la ciudad de México, que por unos días estuvo en poder del gobierno de la Convención de Aguascalientes, los miembros de la Asamblea consideraron pertinente hacerle un llamado tanto a él como a sus adversarios para que depusieran las armas. El primer acuerdo tomado fue enviar sendos telegramas a Álvaro Obregón, Venustiano Carranza, Francisco Villa, Felipe Ángeles, Eulalio Gutiérrez, José M. Maytorena, Esteban Cantú y Emiliano Zapata, pidiéndoles el cese de la lucha fratricida.[268]

El telegrama, firmado por Federico Gamboa, hacía ver que un grupo de mexicanos, en pleno ejercicio de sus derechos civiles y políticos, confinados a la más injusta y cruel expatriación, se habían organizado con el fin de luchar por la pacificación de la república y poder volver a su patria. Agregaba que para lograr

[266]Querido Moheno, *Sobre el ara sangrienta*, México, Botas, 1922, pp. 264-266.
[267]*Ibidem*, p, 267.
[268]Federico Gamboa, *Mi diario*, t. VI, p. 215, Michael C. Meyer, *Huerta*, p. 244; Antimaco Sax, *op. cit.*, p. 17 y Alfonso Taracena, *LVRM (1915-1917)*, p. 31.

esta aspiración, resultaba vital que los jefes revolucionarios con mandos de tropa, cesaran en su lucha fratricida y depusieran las armas. En forma textual expresaba:

> Hagamos a un lado, con toda honradez y cada cual por su parte, los enconos y los odios; pongamos un término al derramamiento de sangre; echemos al olvido nuestros mutuos defectos, y emprendamos juntos la noble tarea de la reconstrucción nacional. Para que pueda existir el mañana, borremos el ayer: el ayer, somos ustedes y nosotros, todos más o menos culpables a consecuencia de las pasiones que nos dividen. El mañana, son nuestros hijos, todos inocentes y ajenos a los móviles que nos pusieron frente a frente, pero que han de ir a exigirnos en nuestro sepulcro estrecha cuenta de la herencia maldita que corramos el riesgo de dejarles. Ellos tienen el derecho a heredar una a patria honrada y grande; no les leguemos en cambio una tierra cubierta de osamentas y ruinas, bañada de sangre, empapada de llanto.[269]

Para concluir, ofrecía a los que llamaba "dueños temporales de la patria", extenderles la mano franca para lograr la reconciliación definitiva. Esto último se podía lograr si los jefes revolucionarios enviaban representantes a la Asamblea para discutir los términos de la reconciliación.

Sólo tres jefes revolucionarios le contestaron, aunque en forma bastante despectiva. Para Villa, la guerra fratricida que se vivía en México era culpa de los mexicanos perversos, antipatriotas, ambiciosos y explotadores de los más necesitados, y sólo terminaría con su castigo, y la exaltación de los humildes hambrientos de libertad, de justicia y de saber. Desde su punto de vista, el grupo de mexicanos ambiciosos y explotadores, estaba compuesto por todos los enemigos del pueblo. ¿Quiénes eran ellos? Los eternos detentadores de la libertad, los incondicionales de Porfirio Díaz y Victo-

[269] El texto completo aparece en Antimaco Sax, *op. cit.*, pp. 17-18 y en forma parcial en Alfonso Taracena, *LVRM (1915-1917)*, p. 31.

riano Huerta, los terratenientes, los científicos, que sólo utilizaron la ciencia para explotar a los hombres y apoyar a los tiranos, los partidarios del clero ambicioso y rapaz, los políticos especializados en explotar a los de abajo. A su juicio, a este grupo siniestro pertenecía Federico Gamboa, quien figuró en el gabinete del usurpador y asesino Huerta. Para concluir, el centauro del norte afirmaba que mientras que él estaba dedicado de tiempo completo a trabajar por el bienestar, la salud y la prosperidad del pueblo mexicano, el ambicioso Federico Gamboa perdía el tiempo en asambleas y conferencias.[270]

Obregón le contestó que los mexicanos como él, dispuestos a ofrecer su sangre a la república, depondrían las armas hasta que desaparecieran de suelo mexicano los execrables traidores y reaccionarios. Le sugería al autor de *Santa*, que en lugar de refugiarse en un país extranjero, volviera a México para empuñar un fusil en el bando que mejor le pareciera.[271] Si bien Felipe Ángeles lamentaba que numerosos mexicanos estuvieran expatriados, dijo que nadie los había expulsado del país. En tono burlón, expresó que el grupo de mexicanos aglutinados en la Asamblea Pacificadora Mexicana, no tenía la autoridad moral para predicar la pacificación de la república. Los llamó traidores y partícipes en el derrocamiento de Madero. Y si bien dijo estar dispuesto a estrechar la mano de los mexicanos, había una excepción: los que estaban manchados por el crimen.[272]

La respuesta de los jefes revolucionarios dejó en claro que por el momento era imposible la reconciliación. De cualquier forma, el 9 de febrero se reunieron los delegados en San Antonio, para revisar los estatutos y el programa de gobierno de la asamblea. En forma paralela, los carrancistas iniciaron una andanada de ataques a través del diario *La Raza* poniéndolos por los suelos. A causa de ello Gamboa se irritó y convocó a una junta que

[270] Antimaco Sax., *op. cit.*, pp. 18-19, Alfonso Taracena, *op. cit.*, pp. 32-33 y Federico Gamboa, *Mi diario*, t. VI, p. 215.

[271] Antimaco Sax, *op. cit.*, p. 19, Alfonso Taracena, *LVRM (1915-1917)*, p. 31, Federico Gamboa, *Mi diario*, t. VI, p. 215 y *El Demócrata*, 10 de febrero de 1915.

[272] Antimaco Sax, *op. cit.*, pp. 17-20 y *El Demócrata*, 10 de febrero de 1915.

duró más de dos horas, para definir qué hacer ante semejantes ataques. Al final de cuentas, Gamboa consideró que la Asamblea Pacificadora no tenía futuro, y que lo más sano era desvincularse de ella. Esquivel Obregón trató de convencerlo de que debían contestarle a Felipe Ángeles, pero Gamboa ya no quiso exponerse a que lo injuriaran.[273] En vista de ello, y a nombre de la Asamblea Pacificadora Mexicana, Toribio Esquivel Obregón le envió al presidente Woodrow Wilson una misiva en la cual denunciaba los excesos cometidos por las huestes carrancistas y villistas, a nombre de los desposeídos, y los comparó con las atrocidades cometidas durante la Revolución francesa. A nombre de los directivos de la Asamblea, negó las acusaciones que les hacían los constitucionalistas, particularmente de que eran reaccionarios, y recordó que ellos habían sido los pioneros en plantear un programa de reforma agraria y en establecer instituciones de crédito para los campesinos.[274] Eduardo Iturbide aceptó formar parte de la directiva de la Asamblea, pero a partir de la diatriba que les recetaron Obregón, Villa y Felipe Ángeles, se desmoralizó. En vista de lo cual según Antimaco Sax y Michael C. Meyer, los dirigentes de la Asamblea se dividieron. Unos se marginaron, mientras que otros insistieron en reunificar a todos los mexicanos expatriados con el fin de llevar a cabo una embestida militar que barriera y limpiara a México de las múltiples facciones revolucionarias.[275]

Pero el golpe mortal sobre la Asamblea Pacificadora Mexicana la dio el gobierno de los Estados Unidos. Sucede que el secretario de Estado, Mr. Bryan, ordenó la expulsión de Federico Gamboa, manifestándole que era persona no grata a la Casa Blanca. Gamboa tuvo que presentar su renuncia a la junta directiva y emigrar a La Habana. Su renuncia tuvo lugar el 6 de junio de 1915, en la cual hizo alusión justamente a su condición de persona no grata al gobierno de los Estados Unidos.[276]

[273] Federico Gamboa, *Mi diario*, t. VI, pp. 215-216.

[274] Michael C. Meyer, *Huerta*, p. 244 y Michael C. Meyer, *El rebelde del norte. Pascual Orozco y la revolución*, México, UNAM, 1984, p. 148.

[275] *El Demócrata*, 14 de mayo de 1915 y Michael C. Meyer, *Huerta*, p. 244 y Antimaco Sax, *op. cit.*, p. 17.

[276] El texto de la renuncia de Federico Gamboa aparece en Antimaco Sax, *op. cit.*, p. 20.

CAPÍTULO VIII

Victoriano Huerta y la contrarrevolución

EN MAYO de 1911, el gobierno le asignó a Victoriano Huerta la responsabilidad de salvaguardar la integridad física de Porfirio Díaz, desde la ciudad de México hasta el puerto de Veracruz. En el trayecto, una pequeña partida de rebeldes detuvo el tren en Tepeyahualco, y con una escolta armada, Huerta entró en combate logrando dispersarlos. Ya sin más incidentes, el tren llegó a Veracruz, en donde despidió al depuesto dictador con 21 cañonazos.[277] Tres años después, Huerta siguió sus pasos rumbo al destierro. Instalado en Barcelona, Huerta estaba muy cerca de París, el refugio dorado de Porfirio Díaz, pero nada hizo por visitarlo, seguramente porque sabía que ex dictador le guardaba sumo rencor por la jugarreta que le hizo a su sobrino Félix. Huerta vivía en un chalet, y a finales de diciembre de 1914, celebró la boda religiosa de su hija, en la cual oficiaron dos sacerdotes españoles que al parecer lo acompañaron desde México. En esa ocasión, el cónsul mexicano en Barcelona se quejó de que en la ceremonia se abusó del himno nacional.[278]

En el otro lado del océano, un buen número de mexicanos instalados en los Estados Unidos, se abocaron a montar la contrarrevolución. Como hombres acostumbrados al poder y a la riqueza, no soportaban haber sido echados del país. Les resultaba humillante que hombres rudos, y sin mayor preparación, se hubieran erigidos como los hombres fuertes de México, y en los factores decisivos del

[277] Michael C. Meyer, *Huerta*, p. 24 y Nemesio García Naranjo, *Memorias*, t. VII, p. 22.

[278] Carlos Illades, *México y España durante la Revolución mexicana*, México, Archivo Histórico Diplomático Mexicano núm. 21, 1985, pp. 116-117 y 124-125.

poder. En unos más que en otros se incubaron fuertes deseos de venganza. El problema era encontrar a un caudillo dispuesto a encabezar un movimiento armado, que arrastrara tras de sí un vasto contingente de hombres, hasta llegar a Palacio Nacional. Se entiende que debía ser un caudillo, que durante su desplazamiento de norte a sur del país, barriera con las tropas constitucionalistas y se ganara el apoyo de la población civil. Entre los exiliados en los Estados Unidos se barajaron varios nombres, y en forma unánime concluyeron que la persona indicada era Victoriano Huerta, quien estaba en España.

Todos coincidieron que Huerta, más que otra persona, era la indicada, ya que estaba sumamente dolido por la forma en que lo echaron de la silla presidencial, amén de la leyenda negra que le estaban construyendo los constitucionalistas. Las etiquetas de usurpador, asesino, alcohólico, golpista, marihuano, entre otras, campeaban en los labios de los constitucionalistas y se difundían por todos los confines del país y aún del extranjero. Por lo demás, habría otro elemento a su favor. Teniendo en cuenta su reciente paso por la Presidencia de la República, podía intentar reconstruir los altos mandos del ejército, y con ellos cruzar la frontera mexicana. Cuando menos éstos eran los planes, aunque faltaba que los generales desterrados comulgaran con ellos.

Una digresión: Pascual Orozco

Apenas renunció Huerta a la Presidencia de la República, Pascual Orozco se rebeló contra el presidente interino Francisco S. Carbajal, y naturalmente contra los constitucionalistas, secundado por Francisco Cárdenas y el general Emilio P. Campa.[279] El plan estratégico de la nueva rebelión dictaba que Cárdenas se trasladara con sus hombres a Michoacán, mientras que Orozco y Campa operarían en Guanajuato, Querétaro y Aguascalientes, camino hacia el norte, para reunirse con Roque González, otro de sus alia-

[279] Michael C. Meyer, *El rebelde del norte*, p. 142.

dos. Después de una serie de escaramuzas contra los constitucionalistas, Orozco decidió dirigirse hacia el norte para cruzar la frontera con los Estados Unidos.[280] Nuevas escaramuzas y deserciones redujeron su ejército al grado de que al llegar a Coahuila, contaba sólo con un puñado de seguidores. Pero además de Carranza, otros jefes revolucionarios le traían ganas a Orozco. Todos coincidían en que, si Pascual Orozco caía en manos de Villa, con seguridad sería fusilado. Para mediados de septiembre corrieron rumores de que Orozco ya se encontraba en Texas.[281] Francisco Cárdenas no tardó en desertar y refugiarse en Guatemala.

A fines de noviembre, otros generales orozquistas se trasladaron a El Paso, Texas. Se trató de Marcelo Caraveo, Francisco del Toro, Emilio Campa y José Inés Salazar.[282] Mientras que Campa y Salazar llevaban a cabo constantes incursiones de distracción en el norte de Chihuahua, Pascual Orozco se abocaba a preparar lo que soñaba sería un gran movimiento contrarrevolucionario. Estableció contacto con los exiliados más importantes refugiados en las diferentes ciudades de los Estados Unidos, y emprendió la difícil tarea de obtener armas y municiones en grandes cantidades. Hasta aquí, se suponía, que llegado el momento de empuñar las armas, él sería el comandante militar supremo y dirigiría personalmente a sus fuerzas.[283] Para finales de 1914 conferenció en Nueva York con varios simpatizantes de Victoriano Huerta, y se enteró de los deseos de éste por regresar al nuevo mundo.[284] A las pocas semanas, se enteró de que Enrique Creel navegaba en las aguas de Atlántico rumbo a Barcelona para tratar de convencer a Huerta de que volviera a México a recuperar el poder. En vista de ello, Orozco y sus correligionarios hicieron un compás de espera. A la llegada de Huerta a Nueva York, Pascual Orozco lo visitó a principios de mayo de 1915. En esta ocasión planearon actuar en forma conjunta, coordinarse, e hicieron los arreglos para invitar a todos sus

[280] Michael C. Meyer, *Huerta*, p. 85 y *El rebelde*, pp. 142-143.
[281] Michael C. Meyer, *El rebelde*, p. 143.
[282] *Ibidem*, p. 145.
[283] *Ibidem*, p. 146.
[284] *Ibidem*, p. 147.

compatriotas exiliados en los Estados Unidos interesados en el movimiento anticarrancista. Después de ello, Orozco regresó a El Paso para preparar la llegada de Huerta.

HUERTA CRUZA EL OCÉANO

PARA FORTUNA de los exiliados en Estados Unidos, Huerta había iniciado los planes para regresar a México. Desde finales de 1914 había hecho gestiones en la embajada británica en Madrid para que le permitieran trasladarse a Jamaica, poniendo como justificación lo duro del invierno español y el agradable clima de la isla.[285] Para su desgracia, su petición no fue atendida como deseaba. Mientras tanto, le llegaban regularmente las noticias sobre México. Por medio de ellas se enteró que sus verdugos se habían dividido en dos bandos: los convencionistas y los carrancistas, y que cada uno se arrogaba la legitimidad del poder político en México. Supo que, además de Carranza, Eulalio Gutiérrez había sido investido como Presidente de la República. Algunos mexicanos exiliados llegaron a Barcelona y le pidieron a Huerta que, teniendo en cuenta sus méritos militares, hiciera algo para remediar las caóticas condiciones que reinaban en suelo patrio. Huerta se sintió halagado pero estuvo consciente de que cualquier proyecto contrarrevolucionario, requería de amplio apoyo financiero y de una sólida organización militar. Ignorar estas condiciones básicas, resultaba temerario y suicida.

Pero al entrar el nuevo año las cosas pintaron mejor para las aspiraciones de Huerta. En febrero de 1915 recibió dos importantes visitas. El capitán Franz von Rintelen, llegó a Barcelona comisionado por la División de Inteligencia del Estado Mayor Alemán, para negociar un pacto con Huerta. En caso de aceptarse, Alemania también saldría ganando ya que obstruiría la entrada de Estados Unidos en la primera guerra mundial. Alemania buscaba en México un gobierno amistoso que le permitiera establecer aquí una magna base de operaciones militares cuya cobertura alcanzara el

[285] Michael C. Meyer, *Huerta*, p. 237.

hemisferio occidental. Esto provocaría que Wilson prestara mayor atención a los problemas suscitados en la frontera sur de su país. Alemania también esperaba que Estados Unidos destinara una parte importante de su armamento militar para apaciguar un gobierno mexicano hostil, en lugar de enviarlo a Europa para reforzar a los países aliados. Con estos proyectos, y a nombre del Káiser Guillermo II, von Rintelen ofreció a Huerta ayuda financiera, en caso de que planeara su regreso al poder. Huerta se interesó en el ofrecimiento, pero no quiso comprometerse de inmediato. De cualquier forma, antes de que von Rintelen dejara Barcelona, acordaron que seguirían en contacto.[286]

Unas semanas más tarde, Huerta recibió un segundo visitante con un proyecto semejante. Se trataba del personero de un amplio grupo de exiliados que desde Estados Unidos, planeaba iniciar un movimiento anticarrancista. Aquí, uno de los más interesados en el proyecto era Pascual Orozco, amigo y partidario de Huerta. El visitante en cuestión era Enrique C. Creel, ex gobernador de Chihuahua, y ex secretario de Relaciones Exteriores. Para convencerlo, Creel le hizo saber que el Primer Jefe había elaborado una larga lista con los nombres de las personas que se proponía juzgar conforme a la ley juarista de 1862. También le dijo que muchas de tales personas habían huido al extranjero, sobre todo a los Estados Unidos, para evitar ser pasados por las armas.[287] Creel informó a Huerta que confiaba en que la población mexiconorteamericana de Texas se les agregaría al movimiento.

Creel hizo ver a Huerta que su participación era esencial para repatriar a todos los mexicanos que lo habían ayudado durante su régimen. Huerta aceptó el plan y le informó a Creel de la visita de Franz von Rintelen y del interés de los alemanes. A fines de marzo de 1915 Huerta y Creel dejaron España en el vapor "Antonio López", de la Compañía Trasatlántica Española, junto con el general José Delgado y Abraham Ratner, un judío dedicado a los negocios de armas en Nueva York. Lejos de emprender un viaje sin aspavien-

[286] *Ibidem*, pp. 237-238.
[287] *Loc. cit.*

tos a Estados Unidos, Huerta y sus acompañantes lo dieron a conocer ampliamente por la prensa. A causa de ello, antes de que el vapor tocara puerto alguno, el cónsul general de los constitucionalistas en Washington, y el agente confidencial de Francisco Villa en la misma ciudad, protestaron y exigieron que no se dejara desembarcar a Huerta, ya que alentaría la actividad de los desterrados en los estados fronterizos. El arribo estaba anunciado para el 12 de abril de 1915. No obstante las protestas, Huerta y sus acompañantes desembarcaron.[288]

Al desembarcar en Nueva York y ser interrogado por los reporteros, Huerta declaró que su viaje era de negocios y de placer, y que se comprometía a no violar las leyes de neutralidad. Un periodista le preguntó si había tenido participación en el asesinato de Francisco I. Madero, y Huerta contestó negativamente. Otro corresponsal le preguntó si sabía quién o quiénes habían ordenado aquella tragedia. Huerta respondió afirmativamente, pero agregó que no podía revelar los nombres de los responsables. ¿Por qué, le dijeron los periodistas? Porque se trata de un secreto profesional. Ante el desconcierto de los reporteros, Huerta les dijo que así como los médicos y los abogados no podían revelar ciertas cosas, así también los hombres públicos, conocían algunos secretos, pero no los podían externar.[289]

Según el diario *The Mexican Herald*, apenas llegó a Nueva York, las autoridades estadounidenses le proporcionaron a Huerta una guardia de veinte agentes secretos para que lo acompañaran por teatros y cafés ya que se temía que algunos mexicanos lo asesinaran.[290] Al cabo de una semana, Huerta había desplegado una febril actividad. Por ejemplo, había sostenido conferencias con miembros de la embajada alemana y agentes alemanes secretos en Nueva York. Restableció contacto con von Rintelen, habló con el agregado naval alemán Karl Boy-De, y con el agregado

[288] Nemesio García Naranjo, *Memorias*, t. VIII, pp. 129-131, *The Mexican Herald*, 12 de mayo de 1915 y Michael C. Meyer, *Huerta*, p. 241.

[289] Nemesio García Naranjo, *Memorias*, t. VIII, p. 129, Michael C. Meyer, *Huerta*, p. 241 y *El Radical*, 21 de mayo de 1915.

[290] *The Mexican Herald*, 12 de mayo de 1915.

militar Franz von Papen. Por cierto, que estos últimos ya habían viajado a la frontera de México para entrevistarse con algunos dirigentes de los exiliados, y acelerar los preparativos para almacenar pertrechos y municiones. Huerta le comunicó a von Rintelen que los planes del Káiser alemán coincidían con las pretensiones de sus compatriotas en el destierro, y le solicitó armas y dinero. Para el mes de mayo los planes marchaban sobre ruedas. Los alemanes le habían depositado a Huerta 895,000 dólares en varias cuentas bancarias, tenían listos ocho millones de cartuchos, y prometieron que sus submarinos depositarían 10,000 rifles en las costas mexicanas.[291]

Si bien Creel le había asegurado a Victoriano Huerta que se contaba con el apoyo de un vasto número de exiliados en los Estados Unidos, éste tenía sus dudas. Algunos de ellos eran felicistas, a varios de sus amigos los había despedido del gabinete en forma poco elegante, y otros estaban desterrados por su postura anticarrancista. En más de una ocasión a Huerta le asaltó la duda de poder efectivamente formar un bloque militar sólido y poderoso, con elementos tan dispares. Para despejar dudas, el general Delgado, el judío Ratner y su yerno Luis Fuentes, invitaron a varios desterrados a Nueva York para conferenciar con Huerta. En forma casi inmediata, los generales Eduardo Cauz y Prisciliano Cortés, ex gobernadores militares de Veracruz y Yucatán, presentaron sus respetos.[292] Al poco tiempo se agregaron José Inés Salazar y Emilio P. Campa, dos lugartenientes de Pascual Orozco. En forma continua, otros exiliados viajaron a Nueva York llevando noticias sobre lo que ocurría en la frontera sur de los Estados Unidos y en La Habana. En cuanto llegaron a Europa noticias de los preparativos de Huerta, otros exiliados se apresuraron a apoyarlo. Aureliano Blanquet, Manuel Garza Aldape y David de la Fuente, dejaron Londres y cruzaron el océano para dirigirse a San Antonio y El Paso. En La Habana la euforia

[291] *The Mexican Herald*, edición en inglés, 4 de agosto de 1915, reproducido en *El Demócrata*, 4 de octubre de 1915, y Michael C. Meyer, *Huerta*, p. 242.

[292] Michael C. Meyer, *Huerta*, p. 243.

resultó incontenible y varios grupos se marcharon a El Paso, entre los que figuraban José María Lozano y otros personajes más.[293]

Huerta estuvo al tanto de la creación de la Asamblea Pacificadora Mexicana y de que algunos de sus dirigentes habían sido sus colaboradores. También supo que Félix Díaz vivía en Nueva Orleáns, y que entre los exiliados circulaban los rumores de que también planeaba su retorno a México. Para Huerta la gran incógnita era ¿con quién estaba la mayoría de los desterrados desperdigados en suelo estadounidense? ¿Con quién estaban los organizados en la Asamblea Pacificadora Mexicana? Con él o con Félix Díaz. Sus consejeros y los desterrados que llegaban a saludarlo a Nueva York le aseguraban que si se los pedía, estarían con él. Pero en realidad, los exiliados estaban divididos. Unos estaban con Félix Díaz, otros con Huerta, y otros más, con nadie. Entre ellos imperaba la división, el temor y la desconfianza. De paso, se especulaba que la Asamblea Pacificadora Mexicana había considerado ofrecer inicialmente su apoyo a Félix Díaz.[294] Esto porque la organización nació antes del arribo de Huerta a Estados Unidos, y se ignoraban cuáles eran sus planes. Lo que sí es cierto, es que en ningún momento se planteó una alianza entre Huerta y Félix Díaz, como la habida en febrero de 1913. Ambos estaban terriblemente resentidos por sus traiciones, juegos sucios y ambiciones.

Una mañana, el brigadier Luis Fuentes, yerno de Huerta, se presentó en el domicilio de García Naranjo, en San Antonio, Texas, y le entregó una carta en la cual Huerta le hacía saber que necesitaba hablar urgentemente con él en Nueva York. Para evitar una evasiva, Fuentes le dio el boleto del tren y el dinero suficiente para cubrir los gastos. En vista de ello, García Naranjo abordó el tren y se dirigió a Nueva York. En el trayecto recordó que días antes, el general Enrique Gorostieta le había confiado de la llegada de Huerta a Estados Unidos y de que con seguridad lo buscarían. La entrevista se efectuó en la oficina de Abraham Ratner, ubicada

[293] Federico Gamboa, *Mi diario*, t. VI, p. 259, Michael C. Meyer, *Huerta*, p. 243 y *El Demócrata*, 9 de mayo de 1915.

[294] Michael C. Meyer, *Huerta*, pp. 244-245.

en la zona de los grandes negocios de la metrópoli neoyorkina. Huerta se mostraba rejuvenecido y con magnífico semblante. Justo a Nemesio García Naranjo le confió su estrategia política y militar.[295]

Sin mayores formalidades, le comunicó a García Naranjo que a más tardar en dos semanas entraría en territorio mexicano, y que calculaba que antes de que terminara el mes de julio, restauraría su gobierno en la ciudad de Chihuahua. Enseguida le pidió que le organizara y diera fundamento legal a dicho gobierno. García Naranjo dijo que ello no era posible ya que Huerta había renunciado a la Presidencia de la República, y el Congreso aceptado su dimisión, razón por la cual no había forma de restaurarlo. Para concluir, le manifestó a Huerta que podía entrar a México como simple jefe revolucionario, pero jamás como presidente de la república. Huerta no estuvo de acuerdo con tales planteamientos e insistió en que su decisión ya estaba tomada, y que el 18 de junio iniciaría su movimiento armado para derrocar a Carranza.[296]

En plena discusión, entró a la oficina Ratner y García Naranjo repitió sus puntos de vista. Ratner le dio la razón a García Naranjo, pero indicó que para fines propagandísticos en Estados Unidos, era mejor que Huerta entrara a México en calidad de presidente de la república, ya que así podían obtener fácilmente recursos para financiar el movimiento. De no hacerlo así, el movimiento fracasaría. Ratner se comprometió a que una vez que Huerta instalara su gobierno en la ciudad de Chihuahua, los diarios de Nueva York le darían gran publicidad y el trato de Presidente. Para ablandarlo, le dijo que no era lo mismo buscar fondos para un nuevo rebelde, que para un gobierno constituido, que el sólo nombre de Presidente, le daría a Huerta mayor respetabilidad en México y en el extranjero, y serviría de freno a los abusos que a diario se cometían en el país.[297]

[295] Nemesio García Naranjo, *Memorias*, t. VIII, pp. 132-139.
[296] *Ibidem*, p. 133.
[297] *Ibidem*, p. 134.

A la hora de comer Huerta, Ratner y García Naranjo se dirigieron a un restaurante. Los dos últimos tomaron aperitivos, pero Huerta se abstuvo de tomar una gota de alcohol. Durante la comida, Huerta bebió agua mineral y les dijo que había dejado de ingerir bebidas destiladas, pero que de vez en cuando tomaba una copa de vino tinto. Para García Naranjo, ello indicaba que Huerta había decidido tomar las armas, con serenidad y reflexión, y no al calor de la excitación alcohólica. Ratner intervino en la plática aseverando que todas las personas invitadas a incorporarse al movimiento revolucionario habían respondido con entusiasmo. Pero García Naranjo no se adhirió al movimiento y se despidió de Huerta en buenos términos. De cualquier forma, Huerta le hizo saber que estaba a punto de salir rumbo a El Paso, para reunirse con los generales Ignacio A. Bravo y Pascual Orozco, José María Lozano y otros prominentes desterrados, y que si cambiaba de parecer, lo esperaría.[298]

Efectivamente Huerta puso en marcha su movimiento. Como desde semanas antes se dio cuenta que los agentes del Departamento de Justicia seguían sus pasos, hizo los arreglos necesarios para encontrarse con Pascual Orozco, en Newman, Nuevo México, un punto situado como a treinta kilómetros al norte de El Paso. El plan era cruzar juntos la frontera, en un lugar llamado Bosque Bonito, cerca de Sierra Blanca. El 24 de junio Huerta salió de Nueva York en un tren que aparentemente se dirigía al oeste, asegurando a los reporteros que planeaba visitar San Francisco. Casi al mismo tiempo, los desterrados mexicanos dispersos a lo largo de la frontera, se trasladaron a El Paso. En vista de ello, los espías carrancistas se pusieron nerviosos e instaron al Departamento de Estado para que tomara medidas eficaces contra Huerta y su séquito de correligionarios. El tren que conducía a Huerta arribó a la estación de Newman en la madrugada del domingo 27 de junio.[299] Pascual Orozco, su hombre clave, y Luis Fuentes, su yer-

[298] *Ibidem*, pp. 135-141.
[299] *Ibidem*, pp. 144-145. *The Mexican Herald*, 30 de junio de 1915.

no, lo recibieron con un coche preparado para llevarlo a toda velocidad a la frontera. Pero antes de abandonar la estación, los mexicanos fueron aprehendidos por funcionarios del Departamento de Justicia, apoyados por tropas federales.[300]

Huerta había cometido un grave error. Se preocupó demasiado por sus relaciones con el gobierno alemán y los desterrados mexicanos, y subestimó la postura de la Casa Blanca. Huerta calculó erróneamente que la guerra en Europa atraía toda la atención de Wilson y que él pasaría desapercibido. En realidad, desde el momento en que desembarcó en Nueva York, Wilson lo notificó a todos los funcionarios estadounidenses de la frontera. En vista de ello, un enjambre de agentes especiales seguía día con día sus movimientos. Y cuando se percataron de que Huerta viajaba a Texas, dieron los pasos necesarios para evitar que cruzara la frontera hacia México. El Procurador Federal del distrito de San Antonio, prometió al gobierno de Washington que recurriría a todos los medios legales para evitar que Huerta iniciara una revolución armada en México. Y agregó que si no reunía las suficientes pruebas, lo detendría argumentando violación a las leyes de neutralidad y amenazaría con deportarlo.[301]

Victoriano Huerta y Pascual Orozco fueron conducidos a El Paso, acusados formalmente de conspiración y violación de las leyes de neutralidad. La noticia circuló rápidamente y los exiliados congregados en El Paso, se acercaron amenazadoramente a la cárcel portando retratos de Huerta, y carteles en donde atacaban a Carranza. Como las autoridades temían que estallara la violencia, y los exiliados intentaran liberar a Huerta y Orozco, los prisioneros fueron trasladados a la prisión de Fort Bliss. Sus abogados consiguieron su libertad bajo fianza de 15,000 dólares para Huerta y 7,500 dólares para Orozco. Después de cubrir la fianza, los prisioneros fueron puestos en libertad, pero en vista de la proximidad de la frontera, quedaron bajo arresto domiciliario en El Paso.[302]

300 Nemesio García Naranjo, *Memorias*, t. VIII, pp. 143-145.
301 Michael C. Meyer, *Huerta*, pp. 246-247.
302 Nemesio García Naranjo, *Memorias*, t. VIII, p. 146.

Al iniciar el mes de julio de 1915, Huerta se enteró del fallecimiento de Porfirio Díaz en París, y de la suerte de quienes le habían sucedido en el poder. Pedro Lascuráin y Francisco S. Carbajal estaban exiliados, y Francisco Lagos Cházaro y Roque González Garza, no tardaron en seguir sus pasos. En México quedaba Carranza, al igual que Eulalio Gutiérrez. Sospechando que jamás podría cruzar la frontera e internarse en suelo mexicano, la noche del 3 de julio de 1915, Pascual Orozco saltó por una ventana posterior de su casa, evadió a los guardias y escapó del arresto domiciliario. Su plan era cruzar a nado el río Bravo e internarse en las serranías de Chihuahua que conocía palmo a palmo. Pero el plan presentaba graves dificultades pues su condición de prófugo se daría a conocer al público y, enterados de ello, los villistas lo recibirían a tiros en cuanto cruzara la línea fronteriza. De cualquier forma Orozco se arriesgó. La orden tajante de las autoridades estadounidenses, fue atraparlo a cualquier costo. Al mismo tiempo se canceló la fianza de Huerta y se le arrestó de nuevo. Como medida preventiva, la policía encarceló a cinco de sus correligionarios: José Ratner, Enrique Gorostieta, José Delgado, Eduardo Cauz e Ignacio Bravo.[303]

Enterado de los acontecimientos, Carranza se puso de plácemes. Quedó convencido de que el movimiento había abortado y que Pascual Orozco no significaba ningún peligro para su gobierno. Con Huerta en la prisión, no había otro caudillo capaz de garantizar el triunfo de la contrarrevolución. La confianza de Carranza fue mayor cuando observó que ni Mondragón ni Blanquet, José Refugio Velasco o Félix Díaz, tomaban la estafeta. Pero lo que más sorprendió a los mexicanos de ambos lados de la frontera, fue la rabia con que los estadounidenses persiguieron y asesinaron a Orozco. La zona occidental de Texas, tenía escasa población. Aunado al panorama desértico, la tarea de los rangers resultaba fácil. Les bastaba con revisar los pocos ranchos de la zona para encontrar la víctima buscada. La cacería se llevó a cabo con tanto encono

[303] *Ibidem*, pp. 146-147, Michael C. Meyer, *El rebelde*, pp. 157-158.

que desde un principio presagiaba una tragedia. Alguien lo denunció y los rangers calcularon su golpe fatídico. En un momento determinado, Orozco se dio cuenta de que estaba rodeado y acabó por aceptar su sacrificio en una choza. Sin riesgo alguno, en las primeras horas de la madrugada del 30 de agosto de 1915, un ejército de alguaciles, sheriff, rangers tejanos y tropas adicionales, distribuidos en ambos lados del cañón Green River, cayeron sobre el jacal cuando el general Pascual Orozco y sus cuatro fieles amigos estaban dormidos.[304] La muerte fue instantánea.

Enseguida sus flamantes ejecutores amarraron los cinco cadáveres con reatas, y los arrastraron a cabeza de silla por un agostadero lleno de nopales y de abrojos, hasta El Paso, para presentarlos a las autoridades con la calumnia de que los habían encontrado robando caballos.[305] Lo más reprobable es que el puritano y guardián de la legalidad, Woodrow Wilson, aceptó la versión. Al enterarse de la muerte de Orozco, Huerta cayó en una fuerte depresión. No sólo habían acribillado a tiros a cinco de sus compañeros, sino que su revuelta había llegado a su fin. Pero lo peor de ello, es que si los desterrados le habían pedido que encabezara una contrarrevolución, ahora los villistas y los carrancistas pretendían extraditarlo para juzgarlo y enviarlo al paredón. Por su parte, Estados Unidos amenazaba con enjuiciarlo por violar las leyes de neutralidad. Huerta estaba atrapado y literalmente liquidado. El 9 de julio las autoridades estadounidenses le fijaron una nueva fianza de 15,000 dólares, pero declinó depositarla y aceptó ser transferido a Fort Bliss. Con el paso de los días los desterrados concentrados en El Paso, desilusionados por el fracaso del movimiento, empezaron a dispersarse.

Mientras tanto, ¿qué es lo que sucedía en México? En el primer semestre de 1915 Carranza y sus subalternos se batían militarmente contra el bando de la Convención de Aguascalientes, cuyo

[304] Michael C. Meyer, *Huerta*, pp. 252-253 y del mismo autor, *El rebelde*, pp. 120, 140-141, 154-159. También véase la *Revista Mexicana*, núm. 1, 12 de septiembre y el núm. 11 del 21 de noviembre de 1915.

[305] Nemesio García Naranjo, *Memorias*, t. VIII, pp. 147-148.

caudillo principal era Francisco Villa. En estos meses, Obregón utilizó todo su genio militar para derrotar al Centauro del Norte, restarle peligrosidad y confinarlo a la condición de guerrillero. A mediados de 1915, Carranza y Obregón habían quedado libres de un eventual contraataque villista. Esto quiere decir que estaban listos para hacer frente a cualquier conato contrarrevolucionario. Antes de concluir, cabe preguntarse ¿realmente el gobierno de Estados Unidos y Carranza estaban dispuestos a permitir que el movimiento de Huerta prosperara? A nuestro juicio, ninguno de los dos gobiernos estuvo dispuesto a permitir que Huerta cruzara la frontera mexicana. Las razones han sido expuestas y se podría agregar otra más. Jamás permitirían que Huerta hiciera un llamado a los residuos del ejército federal y a las clases altas mexicanas, que finalmente seguían siendo porfiristas y huertistas. En concordancia con lo anterior, en octubre de 1915 Estados Unidos reconoció *de facto* al gobierno de Carranza.[306] Huerta, encarcelado en Fort Bliss, se enteró del reconocimiento. Ello le indicaba que en lo sucesivo, el gobierno de Estados Unidos trabajaría en forma conjunta con el mexicano para repeler cualquier peligro. Si nuestro razonamiento es correcto, desde mediados de 1915, la aventura de Huerta y Pascual Orozco estaba destinada al fracaso.

Como la salud de Huerta empeoró, el 5 de noviembre fue llevado a su casa y permaneció con su familia cerca de un mes. Como nuevamente prendieron los rumores de otra revuelta de los exiliados, las autoridades tejanas lo volvieron a encerrar en Fort Bliss. Aquí hubo necesidad de internarlo en el hospital militar, por una dolencia hepática aguda. Los cirujanos estadounidenses se sorprendieron cuando Huerta rechazó la anestesia y no obstante la tortura que sufría, se mantuvo inmóvil y quieto mientras el bisturí se abría paso en la víscera delicada.[307] Para él, esto no era nuevo. Al cabo de dos semanas Huerta apenas podía levantarse de su cama, y al agravarse, pidió morir en su casa. Las autoridades le concedieron sus deseos y dos semanas más tarde falleció. Se trata del 13 de

[306] Friedrich Katz, *La guerra secreta*, t. I, pp. 343 y 345.
[307] Nemesio García Naranjo, *Memorias*, t. VII, p. 347.

enero de 1916.[308] Sus partidarios guardaron silencio y se dispersaron en la Unión Americana temerosos de ser aprehendidos por su participación en la fallida contrarrevolución. Pero hubo alguien que desde las páginas de su revista, le rindió un emotivo homenaje: Nemesio García Naranjo.

Una gran apología

Durante este tiempo, la *Revista mexicana*, representaba el sentir de un vasto número de mexicanos desterrados en Estados Unidos, pero guardó un sorprendente silencio sobre la contrarrevolución montada por Victoriano Huerta. Pudiendo consignar en sus páginas los preparativos de la campaña, no lo hizo, a pesar de que Nemesio García Naranjo era uno de sus mejores amigos. ¿Por qué esta postura? Quizás no lo hizo para no dar lugar a que los estadounidenses lo acusaran de violar las leyes de neutralidad, y lo deportaran. Aunque también cabe la posibilidad que no quería alertar a Carranza. Pero cuando García Naranjo se enteró de que Huerta había fallecido, dejó traslucir un enorme dolor y estampó en el papel una frase trepidante. ¿Qué fue lo que dijo? Que acababa de "descender a la tumba, el hombre más extraordinario" que México había producido en los últimos años. Un hombre que vivió convencido, que bajo su férrea dirección, México debía liberarse del influjo estadounidense.[309] Con estas palabras que resonaron en los oídos de los carrancistas, García Naranjo definía la ideología, el carácter y la personalidad de Victoriano Huerta.

En otra parte de su oración fúnebre, expresó que cuando Estados Unidos intentó meter mano en los destinos de México, Huerta se opuso, no admitió transacciones envilecedoras, y se jugó el todo por el todo. García Naranjo aceptó que durante la invasión estadounidense al puerto de Veracruz en abril de 1914, Huerta hizo un mal cálculo de tipo político, al confiar en el patriotismo de los mexicanos. El Indio de Colotlán supuso que al ver la patria invadida, los

[308] Federico Gamboa, *Mi diario*, t. VI, p. 314.
[309] *Revista Mexicana*, núm. 19, 16 de enero de 1916.

mexicanos olvidarían sus rencillas para defender el suelo patrio. La cruda realidad fue que algunos mexicanos guardaron silencio y consideraron estúpidamente que la invasión no era contra la patria, sino contra Huerta. Sus nombres: los carrancistas, quienes enterados de la felonía del almirante Mayo, en lugar de actuar con patriotismo, aprovecharon las ventajas que les ofrecía el conflicto para fortalecer su causa y triunfar. El ultraje a Veracruz les cayó de perlas, lo tomaron con entusiasmo, para celebrarlo después en el Palacio Nacional.

A juicio de García Naranjo, Huerta dejó el poder en julio de 1914 convencido de que jamás podría vencer a Wilson, y que el país era víctima del pillaje y la anarquía. Al morir, hacía año y medio que había dejado de ser el presidente de México, ya no tenía ejército bajo su mando, ni disponía de mercedes para conquistar voluntades y casi todos sus amigos lo habían abandonado. Pero en el destierro español, su patriotismo resucitó y se convenció de que era su deber regresar al continente americano al lado de los suyos. Como Wilson no lo había olvidado, su policía lo vigiló, lo acosó, lo aprehendió cerca de la frontera mexicana en unión de Pascual Orozco, y lo encerró en un calabozo como vulgar delincuente. Extenuado, sin fuerzas físicas, con su salud deteriorada, aislado, postrado en su lecho de muerte, este indio siguió despertando el temor de todos los estadounidenses. La nación entera estaba inquieta porque Huerta hablaba, porque Huerta se movía, porque Huerta existía. El mundo estaba al tanto de su lucha, de sus aspiraciones, de sus ideales, y de su calidad de defensor del naciente nacionalismo mexicano. Por eso fue necesario recluirlo en una bartolina, someterlo a un proceso, sitiarlo por un ejército de carceleros y policías. Para desgracia de sus enemigos y detractores, del calabozo, Huerta salió para la eternidad. Junto con Orozco, murió en manos del enemigo y sus cadáveres quedaron tendidos en tierra estadounidense, víctimas del deseo de libertar a México.

García Naranjo advirtió que con su muerte, no se acababan los hombres del temple de Victoriano Huerta. Que aún quedaban suficientes mujeres mexicanas, que como Catalina Sforza, al contem-

plar desde la ciudadela de Rímini el sacrificio de sus hijos, se llevó las manos al vientre y les gritó con rabia a los ejecutores: "Ved de donde nacen otros." A su juicio, lo mismo podrían decir las mujeres mexicanas frente de los cadáveres de Huerta y Orozco: mi seno está listo para seguir procreando mártires y héroes.[310] Así se truncó el intento de Huerta por derrocar a Carranza. No sabemos cuál hubiera sido la reacción de Carranza, de Obregón y de Villa, con un Huerta en suelo mexicano apoyado por los desterrados, dispuesto a recuperar el poder. ¿Con qué caudillo se habría aliado? ¿Qué sectores de la sociedad se le habrían sumado?

[310] *Loc. cit.*

Capítulo IX

Guatemala y la contrarrevolución

Es un hecho claro que durante la revolución de 1910 hubo cientos de mexicanos que por diferencias políticas e ideológicas abandonaron el país. Ante ello, uno se siente tentado a preguntarse ¿hubo un movimiento contrarrevolucionario apoyado por un gobierno extranjero? En la literatura sobre la Revolución mexicana, que hoy en día es abundante, no existe un trabajo de investigación que arroje luz sobre ello. Michael C. Meyer ha señalado que en la primavera de 1915 los alemanes contactaron a Huerta en España y le prometieron apoyo financiero en caso de que le interesara recuperar el poder. El acercamiento convenía a los alemanes en vista de la inminente participación de Estados Unidos en la primera guerra mundial. De lograrse un acuerdo, Alemania podía lograr dos cosas. La primera, tener una base de operaciones en el hemisferio occidental, y en segundo lugar, obligar a Wilson a poner atención a los problemas que se suscitaran en su frontera con México. Pero este plan fracasó y al poco tiempo Huerta murió.[311]

Al margen de esto, hasta donde se sabe, el gobierno estadounidense no apoyó ni armó a grupo contrarrevolucionario alguno. Durante un quinquenio, los exiliados mexicanos transitaron por diversas partes del vecino país del norte, sin ser apoyados con armas ni dinero para internarse en México y recuperar el poder.[312]

[311] Michael C. Meyer, *Huerta*, p. 238; del mismo autor "Villa, Sommerfeld, Columbus y los alemanes", *Historia Mexicana*, núm. 112, pp. 558-559.

[312] Friedrich Katz habla de que en el otoño de 1917, con el apoyo de varias compañías estadounidenses, Eduardo Iturbide planeaba un golpe de Estado contra Carranza, pero

En relación a Cuba, con la excepción del papel jugado en México por Márquez Sterling en favor de Madero, su gobierno permaneció indiferente ante la contienda revolucionaria que se libraba en México. A la postre, en este país se exilió una gran cantidad de mexicanos, pero no se sabe qué los haya armado para emprender la contrarrevolución.[313]

Pero ¿qué pasó con Guatemala? Hasta hoy en día, nadie ha estudiado el papel jugado por Guatemala frente a México durante la década revolucionaria. A primera vista, al igual que Cuba, Guatemala no tenía intereses económicos de importancia en México que lo empujaran a hacerse presente, aunque sí viejos agravios y una añeja disputa territorial. Además, ambos países comparten una importante línea fronteriza que se eleva a 962 kilómetros, casi la tercera parte de la existente con Estados Unidos. A mediados de 1914, con el avance de las tropas constitucionalistas del norte al sur de la república, un número desconocido de mexicanos se desplazaron hacia el sur y cruzaron esta frontera.

De acuerdo con innumerables indicios, a la caída de Porfirio Díaz, el gobierno de Guatemala encabezado por Manuel Estrada Cabrera no se limitó a observar la llegada de civiles y militares mexicanos a su país, sino que fue más allá. Mostró fuerte interés en cobrar viejos agravios y recuperar Chiapas, un territorio que tanto él como sus compatriotas consideraban suyo. Brindó asilo y apoyó política y militarmente a los mexicanos de todos los bandos y colores que llegaron a su patria, a la espera de luego pasarles la factura. Naturalmente que esto no era fácil. Estrada Cabrera sabía que tenía que actuar con inteligencia para plantear la naturaleza de sus planes. Si actuaba en forma brusca, se toparía con la natural resistencia y negativa de los mexicanos quienes difícil-

---

finalmente nada se concretó. Véase su libro, *La guerra secreta en México. 2 Europa, Estados Unidos y la Revolución mexicana*, México Era, 1982, pp. 166-167, 200-01 y 273. Por su parte, Eduardo Iturbide en su libro autobiográfico, *op. cit.*, nada dice sobre el citado complot.

[313] Manuel Márquez Sterling, *Los últimos días del presidente Madero*, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1985; Federico Gamboa, *Mi diario*, t. VI, y Luis Ángel Argüelles Espinosa, *op. cit.*, pp 92-93.

mente aceptarían recibir apoyo económico y militar a cambio de la devolución de Chiapas. Ningún jefe aceptaría pasar a la historia como un traidor o mutilador de parte del territorio mexicano. De eso estaba seguro Estrada Cabrera.

A partir de 1912 Estrada Cabrera lanzó una ofensiva para cumplir con sus planes, contemplando el envío de emisarios a México para tratar el asunto directamente ante Madero. En estas gestiones, el poeta Santos Chocano fue la persona clave. Al año siguiente, apoyó a toda clase de mexicanos que llegaban a su país para resarcirse de las fatigas propias de la guerra, adquirir armas y pertrechos. Naturalmente que Estrada Cabrera se entrevistó con algunos dirigentes de los grupos contrarrevolucionarios, pero jamás firmó un tratado o acuerdo formal. Todo quedó a nivel de "palabra de honor" y de "pacto entre caballeros". Estrada Cabrera se percató de que no le convenía firmar un pacto con los grupos contrarrevolucionarios ya que podía ser acusado por el gobierno mexicano en turno de entrometerse en su política interna, y eventualmente sufrir represalias.

Una larga historia de agravios

Pero ¿cuáles son los orígenes de los agravios entre México y Guatemala? El 19 de octubre de 1821, Agustín de Iturbide invitó a Guatemala a formar parte del nuevo Imperio. Su llamado fue exitoso y el 5 de enero de 1822 Guatemala se unió a México. En virtud de ello, el Imperio llegó a contar con Texas, Nuevo México, las Californias y la antigua Capitanía de Guatemala, que comprendía la totalidad de las provincias de Centroamérica. Pero el derrumbe del fugaz Imperio de Iturbide, ocurrido en marzo de 1823, terminó con la unión de Guatemala con México. ¿Qué sucedió con Chiapas? Con el citado derrumbe del Imperio, Chiapas recuperó su independencia. A continuación, sus dirigentes formaron una Junta Suprema Provisional para discutir su futuro que contemplaba dos alternativas: su incorporación a México o bien a Guatemala. Sometida la propuesta a votación, el 14 de septiembre

de 1824 se declaró que Chiapas pasaba formar parte nuevamente de México.[314] Pero Guatemala no aceptó el resultado y acusó a los mexicanos de manipular el proceso. Y la cuestión no era para menos: se trataba de una superficie de 70,524 kilómetros cuadrados que colocaba a Chiapas en el lugar número 12 entre los estados con mayor superficie,[315] además de que era uno de los más ricos de la federación por su variedad de sus productos agrícolas y forestales.[316]

Otro factor que lastimó los sentimientos, particularmente de los viejos grupos conservadores guatemaltecos, fue el hecho de que en la segunda mitad del siglo XIX, se verificó la revolución liberal en Guatemala y, según Mario Monteforté Toledo, ella fue posible gracias a que uno de sus inspiradores lo fue el mexicano Benito Juárez.[317] Tarde o temprano México y Guatemala se sentaron a la mesa de discusiones para resolver de una vez por todas el problema de Chiapas. Esto sucedió el 27 de septiembre de 1882, y el 19 de mayo de 1894, ya con Porfirio Díaz en la Presidencia de la República, para firmar sendos tratados que fijaron los límites definitivos entre ambos países.[318]

[314] Edmundo O´Gorman, *Historia de las divisiones territoriales de México*, México, Porrúa, Sepan Cuantos, núm. 45, pp. 40-41 y 59.

[315] J. Figueroa Doménech, *Guía general descriptiva de la república mexicana*, t. 2, México, Ramón de S.N. Araluce, 1899, p. 87.

[316] De acuerdo con las estadísticas de J. Figueroa Doménech, al tener en cuenta las distintas entidades federativas, en 1895 Chiapas ocupaba la posición número 16 por el valor de su producción agrícola. En este rubro se incluían la producción de arroz, maíz, trigo, papa, panocha, mieles, hule, pulque, mezcal, tabaco, henequén, café algodón, añil, cacahuate, entre otros productos. Consultar el tomo 1 de su obra citada, páginas 373-381.

[317] Mario Monteforte Toledo, *Guatemala. Monografía sociológica*, México, Instituto de Investigaciones Sociales-UNAM, 1965, p. 654. En la frontera sur, las disputas territoriales no sólo se suscitaron entre Guatemala y México, sino también entre Guatemala y la Gran Bretaña por la posesión de Belice. En este caso, desde la época colonial nunca se fijaron con claridad cuáles eran los límites precisos entre Yucatán y Guatemala, con la resultante de que los ingleses se apoderaron de una franja territorial que a la postre se convirtió en Belice. Durante todo el siglo XIX y gran parte del XX, Guatemala defendió con denuedo el territorio mientras que México jugó el papel de espectador, expresando que se reservaba sus derechos de pelear la parte de Belice que le pertenecía.

[318] Edmundo O´Gorman, *op. cit.*, pp. 257-261 y María Emilia Paz Salinas, *Belize. El despertar de una nación*, México, Siglo XXI, 1979, pp. 111 y 116. Basta agregar que México también regularizó sus límites con Belice al firmarse con Gran Bretaña un tratado el 8 de julio de 1893.

Por tales razones, en Guatemala se engendró un fuerte resentimiento contra México, similar al que en éste país se guarda frente a Estados Unidos por la pérdida de más de la mitad del territorio. Pero Chiapas no fue un botín de guerra, lo que sí sucedió con Texas, Nuevo México y la Alta California. Entre México y Estados Unidos hubo una guerra, la consiguiente invasión, y al firmarse los tratados de paz hubo negociaciones y la fijación de nuevas fronteras. Lo mismo sucedió con la guerra del Pacífico mediante la cual en la década de 1870 Chile le arrebató a Perú y Bolivia sus zonas productoras de nitrato; otro caso fue la segregación de una parte de Colombia en 1903 para crear Panamá, y en fechas recientes la ampliación del territorio israelí mediante la ocupación de determinadas zonas de los países árabes. Estas cuestiones no se borran fácilmente, perduran en la mente de la población de ambos lados de la frontera y salen a flote ante el menor pretexto. En suma, son el mejor combustible para que la población de las zonas fronterizas viva en tensión permanente, se agreda y acuse mutuamente de robar o anexar parte de su territorio.

MANUEL ESTRADA CABRERA

POR LO QUE toca a la rivalidad entre México y Guatemala, ésta cedió aparentemente en 1899, al momento en que Manuel Estrada Cabrera ascendió a la Presidencia de la República. Sucede que se trataba de un ferviente admirador de Porfirio Díaz, que incluso no tardó en imitar sus pasos y los de otros colegas latinoamericanos, perpetuándose en el poder. El estallido de la Revolución mexicana en 1910 y la consecuente caída de su amigo Porfirio Díaz, ejerció el milagro de resucitar en la mente de Estrada Cabrera el viejo anhelo de recuperar Chiapas. Este anhelo, moderado en un principio, con el paso de los días se transformó en obsesión. Pero lo notable, y que aquí interesa analizar, es que Estrada Cabrera utilizó todos los medios a su alcance para recuperar Chiapas, aliándose con todos los enemigos de los presidentes mexicanos ofreciéndoles apoyo político y militar. Por otro lado, los mexicanos refugiados en

Guatemala, sabiendo de las intenciones de Estrada Cabrera, entraron en el juego y por lo tanto fueron sus cómplices. Entre estos últimos figuraron carrancistas, villistas, huertistas y felicistas. Todos ellos formaron parte de una trama de provocaciones y de chantajes entre México y Guatemala. Como se puede ver, se trata de una parte olvidada de la Revolución mexicana, de una historia en la que muchos de sus participantes salen mal parados.

LOS PRIMEROS INTENTOS POR RECUPERAR CHIAPAS

APENAS ocurrió el derrocamiento de Díaz en mayo de 1911 y el ascenso de Madero al poder, Estrada Cabrera utilizó los servicios del escritor y poeta peruano José Santos Chocano, acostumbrado a venderse al mejor postor, siempre y cuando hubiera dinero y viajes de por medio. Estrada Cabrera le confió a Santos Chocano una difícil y delicada misión confidencial la cual debía realizar en México cerca de Madero. ¿De qué se trataba semejante misión? Luis Alberto Sánchez se refiere a la misteriosa misión, pero en lugar de señalar su naturaleza, de precisar de qué se trataba, se limita a hacer una larga historia de los agravios entre ambas naciones derivadas de la anexión de Chiapas a México. Friedrich Katz es más directo y asegura que la misión de Santos Chocano consistía en sondear a Madero sobre la posibilidad de negociar la devolución de Chiapas y otros territorios. Pero Katz agrega que apenas se enteró de ello, Madero se negó a discutir el tema, lo que no impidió que se entablara entre ellos una gran amistad y que Santos Chocano se quedara a vivir en México.[319]

A pesar de su fracaso, Estrada Cabrera no cedió en sus viejas aspiraciones territoriales. Al enterarse del derrocamiento y asesinato de Madero en febrero de 1913, reconoció al gobierno de Huerta.[320]

[319] Luis Alberto Sánchez, *Aladino o la vida y obra de José Santos Chocano*, México, Libro Mex Editores, 1960, p. 268 y Friedrich Katz, *Pancho Villa*, t. 1, México, Era, 1998, p. 327.

[320] Federico Gamboa, *op. cit.*, t. VI, p. 95 y Michael C. Meyer, *op. cit.*, p. 124.

Pero lo curioso del caso, fue que jamás pudo llevarse bien con este último, razón por la cual optó por apoyar a los carrancistas que llegaban a su terruño. Pero ¿qué pasó con Santos Chocano? Como se ha advertido, el poeta había llegado a México para cumplir su delicada misión ante Madero y al fracasar, pronto se hizo su ferviente admirador y amigo. Vivió de cerca el cuartelazo encabezado por Félix Díaz, Bernardo Reyes, Manuel Mondragón, Gregorio Ruiz, Cecilio Ocón, Victoriano Huerta y otros, y en los días siguientes, junto con otros extranjeros se involucró en la política mexicana, en particular se mezcló con los propagandistas de la Casa del Obrero Mundial. El 25 de mayo del mismo año, la citada Casa llevó a cabo un mitin en la Alameda Central, frente al hemiciclo a Juárez, en donde varios oradores entre los que figuraba Santos Chocano, lanzaron duros ataques contra Huerta y Aureliano Blanquet. Los llamaron "asesinos" y a los policías que los vigilaban, los calificaron de espías.[321]

Al día siguiente, la represión hizo su aparición. Gran cantidad de trabajadores fueron aprehendidos y a los extranjeros se les aplicó el artículo 33 constitucional que disponía su inmediata expulsión del país. Entre estos últimos estaban Santos Chocano, Eloy Armenta, Pedro Junco y José Colado. Santos Chocano fue aprehendido en el hotel Sánz y conducido a la Inspección General de Policía, en donde quedó detenido para llevarlo después a la estación del ferrocarril mexicano con dirección a Veracruz, con la orden de embarcarlo rumbo a Europa. El poeta peruano se defendió diciendo que se trataba de un error puesto que no asistió al citado mitin. Dijo que desde días antes se había ausentado de la capital de la república, porque sus amigos lo invitaron a un fin de semana en la hacienda Zotoluca.[322]

No obstante las gestiones de sus amigos, el 2 de junio de 1913 Santos Chocano fue embarcado en el valor alemán "Corcovado". Al partir hizo pública una carta en la que declaraba que se iba de México sin el menor resentimiento, que jamás había participado

[321] *El Imparcial*, 27 de mayo de 1913 y *El País*, 27 y 28 de mayo de 1913.
[322] *Loc. cit.*

en la política ni mezclado en los mítines sindicalistas de tinte socialista.[323] La orden presidencial dictaba llevarlo a Santander, España, y sólo allí dejarlo libre. Pero Huerta no contaba con que el poeta no tenía intenciones de cruzar el océano. Cuando el barco tocó el puerto de La Habana, hicieron acto de presencia sus innumerables amigos y admiradores, cuestión que aprovechó el poeta para mover sus influencias y lograr su libertad.[324]

ESTRADA CABRERA Y SU APOYO A LOS CARRANCISTAS

EN DICIEMBRE de 1913 empezaron a llegar anónimos tanto al cónsul mexicano en Guatemala como al propio Victoriano Huerta, procedentes de una persona que vivía en Honduras, denunciando que Estrada Cabrera estaba ayudando a los constitucionalistas. Por ser anónima, la noticia fue tomada con las reservas del caso, y no se le dio mayor atención.[325] Pero estos rumores tenían mucho de verdad. A Estrada Cabrera se le había acrecentado su obsesión por Chiapas y por ende por México. Pensaba en México durante las 24 horas y sus pláticas, sueños y pesadillas, tenían por escenario este país. A punto de enloquecer, se enteró de que Ricardo Carrascosa, un general nativo de Comitán, Chiapas, había llegado a refugiarse a Guatemala.[326] De inmediato sus ojos brillaron de júbilo y lo mandó a llamar. Pero Estrada Cabrera jamás se preocupó por investigar la clase de persona que era Carrascosa, si tenía algún laurel militar en su haber, si se trataba de la persona

[323] *El Imparcial*, 31 de mayo y 3 de junio de 1913 y *El País*, 1o. de junio de 1913.

[324] Friedrich Katz, *Pancho Villa*, t. I, p. 326.

[325] Luis Pérez Verdía al secretario de Relaciones Exteriores, Guatemala, 6 de febrero de 1914, en el Archivo Histórico de la Secretaría de Relaciones Exteriores, L-E-787 (12). En adelante nos referiremos a este archivo como AHSRE.

[326] La historia de Ricardo Carrascosa está narrada en el libro de Rafael Arévalo Martínez, *¡Ecce Pericles!*, San José, Costa Rica, Editorial Universitaria Centroamericana, 1971, pp. 317-325; en el de Luis Alberto Sánchez, *op. cit.*, pp. 321-322, en el de Friedrich Katz, sobre *Villa*, t. 1, pp. 327 y 514-515, nota 101, y en el de Octavio Gordillo y Ortiz, *La revolución en el estado de Chiapas*, México, INEHRM, 1986, p. 88. Este último autor lo llama entusiasta carrancista.

indicada, a la cual valía la pena apoyar. Se tiene la convicción de que actuó en forma visceral, guiado por su postura antihuertista, y los resultados no se hicieron esperar. Carrascosa carecía del don de mando, desconocía el arte de la guerra y no tenía la capacidad para imponer una rigurosa disciplina militar entre sus subordinados. De cualquier forma, le dijo:

> General, [...] los azares de la guerra, que es una mera partida de dados, le han sido desfavorables; pero aquí estoy yo que quiero ser su amigo y me propongo ayudarlo. He tomado numerosos informes sobre usted y sé que es valiente, decidido y de voluntad inquebrantable; hombres así me complacen; su causa me parece justa; le voy a proporcionar armas, soldados y frontera libre para que siga guerreando contra Huerta y en pro de Carranza.[327]

Por otro lado, resulta difícil saber si Carrascosa era demasiado ingenuo, o si se prestó en forma consciente a las ambiciones de Estrada Cabrera. Lo cierto es que aceptó el ofrecimiento inclusive se lo comunicó al Primer Jefe. Cuatro meses después, Carrascosa estaba en Puerto Barrios al frente de un ejército conformado por mexicanos y guatemaltecos, pertrechos de guerra y dinero suficiente, para cruzar la frontera e invadir Chiapas. Sólo que durante ocho meses de campaña, sus éxitos fueron nulos. Sus hombres jamás toleraron el clima, la mala alimentación, la escasa paga y empezaron a desertar con el armamento que tenían en sus manos. En estas condiciones, el "pequeño ejército" carrancista invasor del sur de la república, se desinfló. Jamás pudo controlar Chiapas, y lo peor del caso vino, cuando el gobernador huertista, Bernardo A.Z. Palafox, lo destrozó. Su revés trascendió las fronteras y llegó a los oídos de Estrada Cabrera, quien llamó con urgencia a Carrascosa a Guatemala, y en lugar de recriminarle su torpeza

[327] Rafael Arévalo Martínez, *op. cit.*, p. 318 y Luis Alberto Sánchez, *op. cit.*, pp. 283-284 y 321-322.

militar, le volvió a ofrecer apoyo económico y militar. Al tenerlo de frente, le dijo:

> ¡Hola general! ¿Cómo le va? ¿Le faltan recursos? Estoy dispuesto a ayudarlo hoy más que nunca: a usted en lo personal le voy a donar una rica hacienda, una casa y 20,000 dólares; como revolucionario le facilitaré soldados y pertrechos; pero tiene que aceptar un proyecto mío. Con los territorios de Chiapas, Soconusco, Lacantún y parte del Petén, vamos a formar una nueva república, al sur de México. Tengo listo el nombre; se llamará la República Sudoriental; usted, jefe vencedor, con los recursos que yo le proporcionaré será su primer presidente y se declarará separado de la federación.[328]

Para concluir, le aseguró que Estados Unidos estaba dispuesto a reconocer de inmediato a la nueva república y a su gobierno. Carrascosa se deslumbró ya que le pareció fantástica la idea de convertirse en presidente de una nueva república, pero luego recapacitó y dijo que esto sería una deslealtad y traición a México, y que en caso de caer en las garras del ejército huertista lo ahorcarían. Como Estrada Cabrera no estaba de humor para escuchar negativas se levantó de su sillón y dijo en voz alta: "Estados Unidos no lo permitirá", y le señaló una pila de documentos en los que supuestamente el Tío Sam aprobaba el plan. Carrascosa se negó a revisarlos, le salió lo nacionalista y contestó que ante todo era un carrancista, un revolucionario, un mexicano leal a su patria, y que jamás participaría en un movimiento separatista. Después de un intercambio de palabras altisonantes entre ambos, Carrascosa expresó que para evitar mayores problemas, abandonaría Guatemala.

Pero antes de que partiera, Estrada Cabrera comisionó a un mexicano identificado con las siglas F.G., para que hiciera un último intento de convencerlo. El misterioso F.G., le dijo: "Si usted

[328] Rafael Arévalo Martínez, *op. cit.*, p. 319 y Luis Alberto Sánchez, *op. cit.*, pp. 321-322.

quiere, yo sería el jefe civil del nuevo Estado. Usted ocuparía el puesto que deseara."[329] Pero tampoco este ofrecimiento lo convenció. En vista del fracaso del tal F.G., Estrada Cabrera utilizó otra vez a su vieja carta, Santos Chocano, quien por tales días estaba en Guatemala. Efectivamente, el poeta se presentó en el domicilio de Carrascosa y con engaños lo llevó a la sede de una dependencia oficial. Al entrar a una oficina le señaló varios cajones. Uno de ellos estaba abierto y para impresionarlo, le dijo: "mire lo que contiene". Se trataba de numerosos fajos de billetes del Banco Nacional de México, por valor de cinco millones de pesos. Ricardo Carrascosa no se dejó impresionar y volvió a negarse.[330]

Como todos estos planes se habían vuelto del dominio público, en febrero de 1914, el embajador Pérez Verdía le reclamó a Estrada Cabrera sus tratos con Ricardo Carrascosa. Como era de suponerse, el presidente de Guatemala los negó e hizo gala de su neutralidad en los asuntos mexicanos. Pérez Verdía no le creyó y transmitió sus puntos de vista al gobierno mexicano, denunciando que Guatemala estaba convertida en un centro de agitación revolucionaria.[331] Hizo ver que en Guatemala operaban con extrema libertad Manuel Castilla Brito, Alfredo Cámara Vales y otros jefes carrancistas, quienes iban y regresaban de Nueva Orleáns, celebraban juntas, adquirían armas, monturas, tiendas de campaña y otros pertrechos. Señaló sus domicilios y los establecimientos en donde adquirían las armas, sin que el gobierno guatemalteco les llamara la atención. En vista de las circunstancias, el cónsul mexicano recomendó a Huerta y a los gobernadores de Tabasco, Chiapas y Campeche, que estuvieran atentos a la labor de estos jefes contrarrevolucionarios.[332]

[329] Rafael Arévalo Martínez, *op. cit.*, p. 320. Luis Alberto Sánchez, *op. cit.*, pp. 321-322, dijo que pudo tratarse de Federico Gamboa, un ex secretario de Estado mexicano, lo cual es falso puesto que por tales años este personaje ocupaba un alto puesto en el gabinete huertista y era enemigo de Estrada Cabrera.

[330] Rafael Arévalo Martínez, *op. cit.*, pp. 320-323 y Luis Alberto Sánchez, *op. cit.*, pp. 321-322.

[331] Luis Pérez Verdía al secretario de Relaciones Exteriores, Guatemala, 6 de febrero de 1914, en el Archivo Histórico de la Secretaría de Relaciones Exteriores, L-E-787(12) y el expediente L-E-787(15).

[332] *Loc. cit.*

Por lo pronto, Luis Pérez Verdía puso en estrecha vigilancia al hiperactivo Ricardo Carrascosa, quien seguramente estaba en contacto con toda clase de jefes carrancistas que en ese país teníau su base de operaciones. En eso se estaba, cuando en forma súbita se apareció Carrascosa en la embajada mexicana en Guatemala. Los miembros del cuerpo diplomático quedaron estupefactos. No entendían por qué un jefe carrancista acudía a la legación mexicana como si nada anormal hubiera sucedido. Pero su asombro no tuvo límites cuando el visitante les ofreció información acerca de sus tratos con Estrada Cabrera y de otros partidarios de Carranza. Dijo estar dispuesto a proporcionar los nombres de los conspiradores mexicanos y de los lugares donde ocultaban las armas, a cambio de cuatro mil dólares, la garantía de que le respetaran su vida y le dieran un empleo para sobrevivir.[333]

Pero a Pérez Verdía le intrigaba la actitud de Carrascosa de ofrecerles información que de alguna forma todos conocían. Al indagar entre sus contactos cuál era el fondo del asunto, pudo enterarse de que detrás de todo esto, había un siniestro plan montado por Estrada Cabrera para asesinar a Huerta. Supo que el presidente guatemalteco había contratado a varios gatilleros profesionales, pero que requería de información detallada sobre sus movimientos y actividades en la ciudad de México. Esta información era clave ya que de ella dependía el éxito de los planes para llevar a cabo el asesinato. El 4 de abril de 1914, Pérez Verdía envió un telegrama urgente a la Secretaría de Relaciones Exteriores en el que hacía saber que por diversos informes confidenciales, Estrada Cabrera tramaba asesinar a Victoriano Huerta, en complicidad con Ricardo Carrascosa.[334]

[333]Los funcionarios de la embajada analizaron la situación y algunos consideraron conveniente ministrarle los 4,000 dólares, a condición de que la información fuera verídica. Para garantizarle su vida, planearon darle un empleo en la propia embajada. José María Luján al secretario de Estado y del Despacho de Relaciones Exteriores, México, 7 de abril de 1914, en el AHSRE, L-E-787(16) y G. Fernández McGregor, oficial mayor, al secretario de Gobernación, México, 14 de abril de 1914, en el AHSRE, L-E-787(16).

[334]Luis Pérez Verdía al secretario de Relaciones Exteriores, Guatemala, 4 de abril de 1914, en el AHSRE, L-E-787(16).

Estrada Cabrera se dio cuenta de que los diplomáticos mexicanos no eran tan ingenuos como suponía, y que no le habían creído a Carrascosa. Lo peor de todo fue que habían descubierto la naturaleza de sus planes. Pero en lugar de retroceder y esperar un mejor momento, los aceleró. ¿Qué fue lo que hizo? Reunió a sus consejeros y a Carrascosa, para montar un plan sumamente audaz. Acordaron simular el encarcelamiento del mexicano y luego facilitarle su huida. Una vez consumado esto último, Carrascosa debía dirigirse a la embajada mexicana solicitando asilo, con el argumento de que su vida corría peligro. Para asegurarse de que cumpliría el plan al pie de la letra, un guatemalteco lo acompañaría en su fuga. De tener éxito la fuga, y ya en el interior de la embajada, Carrascosa debía recabar la información que requería Estrada Cabrera, para transmitírsela a los matones que asesinarían a Huerta. Efectivamente, esta parte del plan se cumplió sin problema. Ricardo Carrascosa "escapó", con todo y su "vigilante", y se refugió en la legación mexicana. En ausencia del embajador Luis Pérez Verdía lo atendió Alfonso Rosensweig Díaz, el primer secretario. Al abrir la puerta de la legación, el secretario le dijo que debido a su filiación carrancista lo recibía pero bajo la condición de prisionero.[335] Carrascosa no puso la menor objeción y se introdujo en el edificio.

A los pocos días, el embajador Pérez Verdía volvió a sus oficinas en la embajada mexicana, topándose con la novedad de que el jefe carrancista Ricardo Carrascosa estaba asilado. Al interrogarlo, el singular huésped le contó una historia con ribetes fantásticos. Le dijo que se había fugado de una prisión secreta, perfectamente custodiada, ubicada en el mismo edificio de la Presidencia de la República, porque lo querían asesinar. Pero lo que le sorprendía a Pérez Verdía, era que en su fuga Carrascosa se hubiera llevado al jefe de la prisión guatemalteca y a la familia de éste.[336]

[335] Rafael Arévalo Martínez, *op. cit.*, p. 32.

[336] Luis Pérez Verdía al secretario de Relaciones Exteriores, Guatemala, 14 de abril de 1914, en el AHSRE, L-E-787 (16).

El 19 de abril de 1914 un mexicano que dijo llamarse M. Ogaña, se dirigió a José López Portillo, secretario de Relaciones Exteriores, para confirmar que Ricardo Carrascosa era un títere de Estrada Cabrera y un mentiroso consumado que con argumentos y engaños se había metido en la legación mexicana, fingiendo una supuesta persecución, para recabar información sobre lo que sucedía en la ciudad de México. Para Ogaña se trataba de una treta. ¿Por qué decía esto? Porque nadie se podía fugar tan fácilmente de la prisión "secreta" de Estrada Cabrera, perfectamente custodiada. Además de que le resultaba extraño que se hubiera llevado al carcelero con su familia. Finalmente hizo ver que los guatemaltecos jamás traicionaban a su patria, ni participaban en actos que lesionaran su soberanía.[337]

Lo cierto es, que a pesar de la controversia y de la desconfianza hacia su persona, Carrascosa permanecía en la embajada mexicana. A los pocos días, el jefe carrancista se enteró de la invasión estadounidense al puerto de Veracruz ocurrida el 21 del mismo mes. Es probable que este suceso haya producido el milagro de cambiarlo, de generarle un complejo de culpa, pues se arrepintió y no siguió adelante con el plan trazado por Estrada Cabrera. ¿Qué fue lo que hizo? Dejó de enviarle la información que requería. Y en segundo lugar, para ganarse la confianza de los diplomáticos mexicanos, reveló que el plan para asesinar a Huerta estaba en marcha: cuatro anarquistas, el artillero estadounidense Conrad Gabess, el jamaiquino L.S. Oto, el estadounidense Y. Demmisser, y otro más del cual no aportó su nombre, habían salido de Guatemala rumbo a la ciudad de México para asesinar a Huerta y a Aureliano Blanquet. Para concluir, afirmó que en la conjura estaba también involucrado el villista Flavio Guillén.[338] Al enterarse de su arrepentimiento, Estrada Cabrera se enfureció y ordenó sitiar la embajada mexicana. Para presionar a Carrascosa y a los miembros del cuerpo diplomáti-

[337] M. Ogaña al secretario de Relaciones Exteriores, Huehuetenango, Guatemala, Vía Tapachula, 19 de abril de 1914, en el AHRE, L-E-787(16).

[338] Luis Pérez Verdía al secretario de Relaciones Exteriores, Guatemala, 14 de abril de 1914, en el AHSRE, L-E-787 (16).

co, por las noches los autos policiacos enfocaban sus reflectores hacia las puertas y ventanas de la embajada.[339] En forma paralela, las autoridades guatemaltecas le exigían a Pérez Verdía la entrega del jefe de la prisión para juzgarlo. Pero también exigían la entrega de Carrascosa, aludiendo serios compromisos contraídos, los cuales no había cumplido. En una comunicación al gobierno mexicano, el embajador se preguntaba ¿qué hago? Decía que con estricto apego a derecho, debía entregarlos, pero estaba seguro que de hacerlo, los asesinarían.[340] Esta forma de presión y las consiguientes amenazas duraron semanas.

El 15 de agosto de 1914, justo el día en que los constitucionalistas ocuparon la capital de la república, falleció Luis Pérez Verdía, después de ingerir algunos alimentos en la nevería "El Buen Gusto". Con o sin razón, la *vox populi* dijo que Estrada Cabrera lo había mandado envenenar. Al sacar su cadáver de la legación, un policía abrió la tapa del féretro para verificar si efectivamente se trataba del cuerpo del diplomático o un ardid de Carrascosa para huir.[341] Apenas se enteró Ricardo Carrascosa del ascenso de Carranza al poder, utilizó el telégrafo para narrarle a su manera su odisea. Carranza no sólo le creyó, sino que envió a un emisario especial para negociar su salida de Guatemala. Como el mandatario guatemalteco se negaba, el emisario del Primer Jefe amenazó con enviar un numeroso ejército para rescatar a su partidario, lo que implicaba invadir su país. Días después, y gracias a los buenos oficios de Piedra Martell, embajador de Cuba, Carrascosa pudo salir de Guatemala rodeado por el cuerpo diplomático. Ya en Chiapas se sumó al ejército carrancista, a las órdenes de Jesús Agustín Castro,[342] y nadie se acordó de sus tratos con Estrada Cabrera, ni de sus aventuras en el vecino país del sur.

[339]Rafael Arévalo Martínez, *op. cit.*, pp. 323-324 y Luis Alberto Sánchez, *op. cit.*, pp. 321-322.

[340]Luis Pérez Verdía al secretario de Relaciones Exteriores, Guatemala, 14 de abril de 1914, en el AHSRE, L-E-787(16).

[341]Rafael Arévalo Martínez, *op. cit.*, p. 324.

[342]*Ibidem*, pp. 324-325 y Luis Alberto Sánchez, *op. cit.*, pp. 321-322.

La era de Carranza y los mismos problemas con Estrada Cabrera

Con el ascenso de Carranza al poder, el presidente guatemalteco confiaba en llevarse bien con él y eventualmente cobrar favores y recuperar Chiapas. Pero Carranza, un viejo lobo de mar, curtido en las lides de la política porfirista, montó un plan maestro para quitárselo de encima. Para ello utilizó un arma poderosa: propagó rumores falsos. Así, a mediados de 1915 la prensa constitucionalista empezó a difundir que Manuel Estrada Cabrera apoyaba a diversos grupos contrarrevolucionarios que operaban en Chiapas y Yucatán. Los voceros del gobierno de Guatemala se apresuraron a desmentir tales rumores apelando a lo que llamaban Don de Gentes, al principio juarista de "El respeto al derecho ajeno es la Paz" y a la obligación de guardar una estricta imparcialidad en los asuntos internos de otros gobiernos.[343]

Pero además de Estrada Cabrera, a Carranza le preocupaba otro serio enemigo. Se trataba de Victoriano Huerta, quien había puesto en marcha un plan para recuperar el poder. Efectivamente, el 12 de abril de 1915 Victoriano Huerta había llegado a Nueva York procedente de España, dispuesto a cruzar la frontera mexicana para recuperar la Presidencia de la República. Carranza estuvo informado de cada uno de sus movimientos. Supo que el 24 de junio Huerta salió de Nueva York a bordo de un tren hacia Newman, Nuevo México, para reunirse con Pascual Orozco, y que cuando allí bajó del tren, funcionarios del Departamento de Justicia estadounidense, apoyados por tropas federales, los aprehendieron y encarcelaron en El Paso, acusándolos de conspiración y violación a las leyes de neutralidad.

Justo en este momento, Carranza decidió matar dos pájaros de un tiro. En forma simultánea decidió romper con Estrada Cabrera y mandarle un mensaje a Huerta. Un mensaje que reflejaba que estaba enterado de sus planes, y de que jamás lo dejaría entrar

[343] Casimiro D. Rubio a Ramón P. de Negri, San Francisco, California, 8 de junio de 1915, en el AHSRE, L-E-841 (3).

a México. Para lograrlo, siguió una estrategia singular. El 26 de junio de 1915, *El Pueblo*, diario que utilizaba como vocero de su gobierno, dio a conocer en su primera página, con letras grandes, la sorprendente noticia de que Victoriano Huerta y Manuel Estrada Cabrera se estaban preparando para establecer sendas tiranías tanto en México como en Guatemala.[344] La noticia no tenía sentido puesto que ambos habían sido enemigos, y de inmediato provocó suspicacias sobre su veracidad. De cualquier forma logró su objetivo consistente en el repudio generalizado de la población tanto, en México como en Guatemala, a semejante pretensión. En síntesis: lo que Carranza buscaba era estigmatizar públicamente a Huerta, hacer gala de un acendrado nacionalismo y ganarse el apoyo de la población mexicana. Pero también buscaba el apoyo y la simpatía de los revolucionarios guatemaltecos que trataban de derrocar a Estrada Cabrera con las armas en la mano. Después del encabezado aparecían cuatro cartas misteriosas en las que estaban involucrados Estrada Cabrera, Huerta y Jorge Vera Estañol.

En la primera de ellas, fechada el 5 de febrero de 1915, dirigida a Victoriano Huerta cuando aún vivía en España, Manuel Estrada Cabrera le aseguraba que por medio de su red de agentes secretos, estaba bien informado de lo que sucedía en México; en segundo lugar, le manifestaba que en su calidad de presidente ponía a su disposición toda clase de apoyo para que regresara a México, recuperara el poder y lo pacificara. Pero luego viene un párrafo enigmático: que esperaba que al restablecer el orden en México, Huerta cumpliera con las promesas que le hizo en las postrimerías de su administración. Promesas que involucraban a Chiapas y Tabasco y sobre las cuales, afirmaba, no habría oposición entre la población de tales entidades. ¿De qué promesas se trata? Nada se sabe.

La segunda carta, firmada también por Estrada Cabrera, estaba dirigida al ex secretario de Instrucción Pública en el gabinete de

[344] La noticia tiene por título "Victoriano Huerta y Manuel Estrada Cabrera aspiran a establecer la tiranía en Guatemala y México", *El Pueblo*, 26 de junio de 1915. La misma noticia se reprodujo en *El Regenerador*, 4 de julio de 1915.

Huerta, Jorge Vera Estañol, radicado en Los Ángeles, California. En ella reiteraba que estaba dispuesto a apoyarlo en todo lo que tuviera a su alcance, para lograr la tranquilidad en México. Líneas más adelante le indicaba que estaba enterado de que numerosos "mexicanos en el destierro a causa de la Revolución", estaban organizando un movimiento que tenía "por mira restaurar en el país de usted un gobierno fuerte, al estilo del mío, o del señor general Porfirio Díaz". Enseguida agregaba que si tal movimiento adquiría vida y cuajaba, podían contar con el apoyo moral y material de Guatemala. Pero naturalmente recuerda que el apoyo implicaba cierta reciprocidad que tenía que ver con los estados fronterizos de Chiapas y Tabasco. ¿A qué tipo de reciprocidad se refería? No se sabe.

La tercera carta, fechada el 12 de abril de 1915, la firmaba Victoriano Huerta y estaba dirigida a su compatriota Jorge Vera Estañol. Además de comunicarle su llegada a Nueva York, le expresaba que desde tiempo atrás mantenía "activa correspondencia con el presidente de Guatemala", quien estaba dispuesto a ayudarlos en sus planes de recuperar el poder en México. Una cuarta carta, fechada el 10 de mayo, la dirigía Vera Estañol a Huerta, exponiéndole que era necesario meditar sobre el apoyo que les brindaba Estrada Cabrera. Le advertía que para evitar que Estrada Cabrera se arrepintiera y los dejara embarcados, había que formalizar tales acuerdos.

Esta noticia publicada en *El Pueblo*, tuvo todos los tintes de ser lo que se llama un periodicazo. Prueba de ello fue que ni la prensa mexicana ni la guatemalteca se ocuparon de ella. De haber sido ciertos los planes dictatoriales de Estrada Cabrera y de Huerta, habrían provocado algunos comentarios de la prensa de ambos países. Ni la una ni la otra cosa sucedió. Pero ello no quiere decir que Estrada Cabrera no se hubiera enterado de tal noticia. Se enteró, le produjo suma irritación y procedió a desquitarse a su manera. Aprehendió y recluyó en las bóvedas del ex convento de San Francisco al canciller de la legación mexicana, de nombre

Carlos María Trejo, al grado que el cuerpo diplomático acreditado en Guatemala tuvo que reunirse para proteger a la citada legación pues temían que la policía la asaltara y saqueara. La misma suerte corrió Alfonso León de Garay, quien pasados ocho meses de encierro, pudo pedir auxilio al gobierno mexicano a través de un miembro del cuerpo diplomático belga. A tales personas se agregan los nombres de un abogado de apellido Salas, de Francisco Santos, Arnulfo Zurita, Gonzálo Barrera, sin contar a un anciano mexicano de unos sesenta años, sentenciado a diez años de prisión por decir que "Carranza era hombre de verdad y no como Estrada Cabrera que no valía una ch..." Su nombre: Amado Ojeda. Sobre el motivo de la detención de Alfonso León de Garay y del tal Salas, recluidos en la penitenciaría, se dijo que el día en que ambos fueron aprehendidos les preguntaron que si eran carrancistas. Al contestar afirmativamente, el auditor de Guerra les dijo que entonces eran bandoleros, y agregó: "El bandolero Carranza es enemigo del señor Estrada Cabrera, luego [ustedes] son enemigos del señor Estrada Cabrera, que es el representante de la patria." Y con este singular razonamiento fueron enviados a prisión.[345]

No obstante que Estrada Cabrera tenía encima los ojos del cuerpo diplomático, dispuso que los diarios locales tapizaran sus páginas con injurias soeces contra Carranza y lo empezó a acusar de apoyar a sus enemigos políticos en la propia Guatemala y de financiar algunas revueltas. Efectivamente, Estrada Cabrera no contaba con el apoyo generalizado de sus gobernados, y afrontaba una serie de revueltas internas, en gran parte dirigidas por exiliados guatemaltecos radicados en México. De ahí que no fuera raro que Estrada Cabrera acusara a Carranza de exportarle "su revolución".[346] Todo esto contribuyó a que entre 1915 y 1916 las relaciones entre ambos países fueran sumamente tensas.

[345] *Loc. cit.*
[346] Antonio García de León, *Resistencia y utopía*, t. 2, México, Era, 1989, p. 68.

Los felicistas, su alianza con Estrada Cabrera

En vista de que el ajedrez político había cambiado, ahora Manuel Estrada Cabrera decidió proteger a los huertistas, felicistas y villistas que llegaban a su territorio. Villa tenía varios emisarios en Guatemala, destacando Flavio Guillén y Alfredo Cristerna,[347] pero jamás fueron numerosos, ni tampoco estaban en capacidad de emprender acciones armadas desde Guatemala para derrocar a Carranza. En cambio, los felicistas sí eran más numerosos y ansiaban derrocar al Primer Jefe. Bajo esta perspectiva, en el mes de febrero de 1916 Félix Díaz dejó su exilio en Estados Unidos y penetró en territorio mexicano, soñando con la formación de un ejército de 40,000 hombres que se le incorporarían espontáneamente en suelo mexicano, más los efectivos reclutados por sus hombres de confianza en Estados Unidos, Cuba y aun en Guatemala.[348] Los reclutados en los dos primeros países serían transportados por el golfo de México y concentrados en Guatemala. Félix Díaz cruzó la frontera mexicana, avanzó hacia el centro de la república, y se enfiló hacia el sur a la espera de reunirse a finales del año con sus numerosos correligionarios.

Atento a los vaivenes de la política mexicana, el presidente del vecino país del sur se dio cuenta de lo que traía entre manos Félix Díaz. Durante meses, su sistema de espionaje le reportó la llegada a su país de varios contingentes de felicistas, munidos de algunos recursos y armamento, que al pisar tierra firme divulgaban sin el menor rubor el objetivo de su misión. Propagaron a los cuatro vientos que esperaban la llegada de Félix Díaz a Oaxaca y a Chiapas, para cruzar la frontera y unírsele. Estrada Cabrera no los hostilizó, ni les hizo ver que estaban violando las leyes de neutralidad, ni abusando de la hospitalidad que su país les brindaba.[349] Como sus relaciones con el Primer Jefe estaban en franco deterioro, calculó

[347] Antonio García de León, *op. cit.*, p. 69.

[348] Editoriales de *El Pueblo*, 19 de abril de 1919.

[349] Luis Liceaga afirma que Estrada Cabrera simpatizaba con el movimiento de Félix Díaz. Como este último lo sabía, en más de una ocasión señaló que era vital "granjearse la

que podía sacar algún provecho si los apoyaba. Si los expulsaba de su país, se quedaba sin carta alguna que jugar en sus aspiraciones territoriales. Pero lo que sobre todas las cosas ansiaba, era que Félix Díaz se contactara directamente con él, cuestión que nunca sucedió. Por su parte, Félix Díaz conocía las debilidades y las pretensiones de Estrada Cabrera. Estuvo al tanto de las gestiones que realizó ante Madero para recuperar Chiapas, su apoyo a los carrancistas en 1913 y principios de 1914, y naturalmente su ruptura con el Primer Jefe. Félix Díaz se cuidó de contactarse directamente con Estrada Cabrera, por el temor de que sus correligionarios exiliados en Estados Unidos lo acusaran de tener tratos con un gobierno extranjero para negociar la mutilación del territorio mexicano.

Para consolidar su movimiento, Félix Díaz dictó la orden a su cuartel general en Nueva York de reclutar al mayor número posible de partidarios en Estados Unidos y en La Habana. Su llamado fue puesto en práctica y durante unos cinco meses fueron trasladados varios contingentes hacia Guatemala para nutrir las filas felicistas. En el traslado de los felicistas a Guatemala hubo entre cuatro y cinco personajes importantes: Cecilio Ocón, Javier Larrea, los generales Ramón H. Hinojosa, Luis Medina Barrón y otros de menor renombre. Como se sabe, Cecilio Ocón fue uno de los promotores iniciales del derrocamiento de Madero. Ligó su suerte a Félix Díaz y cuando este último huyó del país rumbo a La Habana y luego a Estados Unidos, lo siguió.[350] Ya en este país, se distinguió por participar en toda clase de movimientos contrarrevolucionarios, razón por la cual solía viajar a Canadá, Los Ángeles, San Antonio, Nueva Orleáns y La Habana, entre otros lugares, para

simpatía y confianza del Presidente Estrada Cabrera". Otra prueba de ello, fue que Félix Díaz comisionó al general Luis Medina Barrón para que se entrevistara con Estrada Cabrera y buscara su apoyo político y militar. Esta reunión se llevó a cabo el 9 de mayo de 1916. Ello preocupó a Carranza quien envió a los maderistas Ramón Fernández Arteaga y al capitán Hopkins, con el fin de convencer al presidente guatemalteco de que el felicismo carecía de apoyo popular en México y que estaba destinado al fracaso. Véase a Luis Liceaga, *Félix Díaz*, México, Jus, 1958, pp. 468-469 y Roberto Gayon a Guillermo Rosas Jr., Guatemala, 8 de mayo de 1916, en el CEHM-Condumex, F. CDXXI, carpeta 1, legajo 103.

[350] Luis Liceaga, *op. cit.*, pp. 322, 327 y 336.

entrevistarse con los exiliados de todos los bandos y colores políticos. Cecilio Ocón inició una serie de movimientos que no escaparon a la atención de las autoridades tanto estadounidenses como mexicanas, y se entrevistó con prominentes desterrados como Manuel Mondragón, Luis Emeterio Torres, José M. Maytorena y otros.[351]

Pasaron casi dos meses y al iniciarse julio, llegó a La Habana Cecilio Ocón, procedente de Nueva York. Al arribar a la isla caribeña, el cónsul general de México en La Habana, de nombre Antonio Hernández Ferrer, vigiló cada uno de sus movimientos, así como los de Javier Larrea, su acompañante. Así pudo enterarse que estos connotados felicistas estaban comprando armas y parque, y frecuentaban regularmente el consulado de Guatemala. En tono un tanto retador, Cecilio Ocón hizo circular el rumor de que estaba próximo a salir hacia Guatemala para encabezar la contrarrevolución desde la frontera sur, y luego encaminarse a la ciudad de México para derrocar a Carranza.[352] Durante su estancia en La Habana, Cecilio Ocón se hospedó en el hotel El Telégrafo, mientras que Javier Larrea lo hizo en una casa particular ubicada en el pueblo de Marianao, un lugar relativamente cercano. Para escapar a los ojos de los espías carrancistas, los felicistas se reunían a altas horas de la noche, sin darse cuenta de que el cónsul mexicano les había infiltrado a uno de los suyos en el grupo para enterarse de todos los pormenores del plan.

Pero Cecilio Ocón no salió rumbo a Guatemala, sino que envió al general Ramón H. Hinojosa. ¿Quién era este general? Se trata del jefe del destacamento de soldados mexicanos que el 9 de abril de 1914 detuvo a los marines estadounidenses que desembarcaron en zona prohibida en Tampico, por no contar con el pase especial, y que a la postre desembocó en la invasión estadounidense al puerto de Veracruz. Después de la caída de Huerta, este militar se refugió en Estados Unidos, pero fue expulsado. A mediados de

351 C.E.A. González, a Denegri, México, 4 de febrero de 1916, en el AHSRE, L-E-727(5).

352 Antonio Hernández Ferrer al secretario de Relaciones Exteriores, La Habana, 3 de julio, 8 de julio y 12 de julio de 1916, en el AHSRE, L-E-843(1).

julio de 1916, Ramón H. Hinojosa salió de La Habana rumbo a la ciudad de Santiago de Cuba, ubicada en uno de los extremos de la isla, acompañado de otro general llamado Antonio Escoto y de un tal Prócoro Meraz, con la orden de abordar el vapor "Tivives", propiedad de la United Fruit Company, con destino a Guatemala. También llevaba instrucciones de que al llegar a Puerto Barrios, Guatemala, eligieran el mejor lugar para internarse en suelo mexicano.

Pero ¿efectivamente este embarque de felicistas en Cuba tenía el apoyo de Estrada Cabrera? El cónsul mexicano en La Habana afirmó que antes de salir rumbo a su destino, el cónsul de Guatemala les expidió los pasaportes respectivos al grupo felicista comandado por Ramón H. Hinojosa, sabiendo perfectamente bien que se trataba de rebeldes anticarrancistas.[353] En virtud de ello, el cónsul mexicano se reunió con su colega guatemalteco para pedirle explicaciones. Durante la entrevista, el guatemalteco le aseguró que todo era mentira y que jamás les dio pasaporte alguno a los expedicionarios. Para inspirarle mayor confianza, aseguró que había dirigido un cable a su gobierno denunciando el viaje de Hinojosa y sus socios, exigiendo que fueran detenidos en Puerto Barrios. También le mostró la copia de un oficio dirigido a Estrada Cabrera en el que narraba que Javier Larrea y Cecilio Ocón presumían ser amigos suyos, y que estaban reclutando gente en La Habana para formar un vasto movimiento contrarrevolucionario. Para concluir, y como prueba de la sinceridad de sus palabras, el funcionario guatemalteco invitó al mexicano para que lo acompañara a las oficinas del correo y se cerciorara del envío del citado oficio.[354]

El 22 de agosto de 1916 continuaba el reclutamiento de felicistas en la ciudad de Santiago de Cuba. A causa de ello, el cónsul Hernández Ferrer comisionó al vicecónsul Rendón Quijano para que se trasladara a la citada ciudad e hiciera las averiguaciones per-

[353] Antonio Hernández Ferrer al secretario de Relaciones Exteriores, La Habana, 17 de julio de 1916, en el AHSRE, L-E-842(3).

[354] *Ibidem*, 19 de julio de 1916, en el AHSRE, L-E-843(1).

tinentes. El vicecónsul se enteró de que los mexicanos se esforzaban en hacer propaganda en favor de su movimiento, sin ningún éxito, debido a que ahí había pocos compatriotas, y los cubanos no mostraban mayor interés en un movimiento que les era ajeno. Por boca de algunos pasajeros llegados de Guatemala, el vicecónsul supo que Estrada Cabrera le había dado a Luis Medina Barrón, 100 rifles y 3,000 cartuchos, y a otros jefes anticarrancistas, pequeñas cantidades de armas y parque, así como medios de transporte para que cruzaran la frontera y se internaran en Chiapas. Pero también supo que la mayor parte del ejército de Estrada Cabrera estaba armado con fusiles Remington antiguos de un solo cartucho, los cuales incluso no eran suficientes para aplacar una fuerte disidencia interna. Finalmente, se enteró de que en la mente de Estrada Cabrera seguía viva la obsesión de recuperar Chiapas, para lo cual ahora buscaba el apoyo de Honduras y El Salvador.

El grupo capitaneado por Hinojosa penetró en Guatemala, pero a final de cuentas se desintegró y jamás se supo de su suerte. A estas alturas, el gobierno de Carranza había tomado sus precauciones y ordenado a sus cónsules en Belice y otros países centroamericanos, que estuvieran atentos a toda clase de movimientos contrarrevolucionarios. En Belice, el cónsul carrancista tenía vigilada una Junta Revolucionaria Felicista, similar a otras surgidas en Guatemala y Honduras. Estos grupos contrarrevolucionarios proyectaban apoderarse de Yucatán, Tabasco, Chiapas e incluso Campeche. No se sabe cuántas personas formaban este movimiento, pero sí que tenían algunos depósitos de armas y parque en Puerto Livingston, Guatemala y Honduras.[355]

¿Una revolución exportada?

Habiendo llegado al conocimiento de los expatriados guatemaltecos, residentes unos en México y otros en diferentes países de

[355] Carlos Félix Díaz, cónsul en Belice, al secretario de Relaciones Exteriores, Payo Obispo, 18 de julio de 1916, en el AHSRE, L-E-801(24).

América Latina, que su gobierno apoyaba con armas y dinero a los contrarrevolucionarios mexicanos, consideraron que había llegado el momento de impulsar la revolución en su propio país. Para ello se acercaron a algunos jefes constitucionalistas acantonados en Chiapas, solicitando que les impartieran entrenamiento y ayuda militar. Una vez obtenido lo anterior, se dirigieron a Guatemala para tratar de derrocar a Estrada Cabrera. Para el mes de agosto de 1916, varios grupos armados operaban en la frontera por el rumbo de Nenton, Motocintla y Soconusco. Estos grupos eran comandados por jefes guatemaltecos, pero en sus filas había tanto mexicanos como guatemaltecos.[356]

Al tener conocimiento de ello, Estrada Cabrera se alarmó y movilizó alrededor de 20,000 hombres para repeler a sus enemigos e impedir su derrocamiento. La primera población que intentaron tomar los revolucionarios guatemaltecos fue la de Nenton, cercana a la línea divisoria, pero fueron repelidos. Quince días más tarde, los rebeldes atacaron el pueblo de Trapichillo, en donde en principio las acciones fueron equilibradas, pero al día siguiente resultaron derrotados. El pagador del grupo, de apellido Rodil, fue capturado por las tropas de Estrada Cabrera y durante los interrogatorios confirmó que efectivamente los carrancistas los habían entrenado, brindado armas y dinero, para llevar a cabo la revolución en Guatemala. Estrada Cabrera se indignó y dispuso que el citado pagador fuera pasado por las armas. Otro grupo revolucionario, considerado como el mejor organizado y comandado por los principales jefes guatemaltecos, operaba en el Soconusco, pero sólo llevó a cabo pequeñas incursiones en las haciendas ganaderas cercanas a la línea divisoria.[357]

Estrada Cabrera se puso en contacto con su aliado, el mexicano Tirso Castañón, y le pidió que liquidara a los revolucionarios guatemaltecos que encontrara a su paso en Chiapas. Castañón los persiguió e hizo un buen número de prisioneros, pero en lugar de ejecutarlos o enviarlos a Guatemala, los sumó a su ejército. Ya

[356] Memorándum, "La revolución en Chiapas. 1916", en el AHSRE, 17-9-101.
[357] *Loc. cit.*

con un ejército poderoso, que se estima en unos 800 a 1,000 hombres, tomó la ciudad de Comitán, cometiendo muchos destrozos. A partir de entonces, el fortalecido Castañón procedió a amenazar con tomar otras ciudades chiapanecas de importancia.[358] En este contexto, el gobernador Blas Corral recibió órdenes terminantes de Carranza de liquidar la rebelión de los mapaches en Chiapas y de todo grupo opositor que aquí brotara, pero contestó, con razón, que ello era imposible mientras el gobierno de Guatemala apoyara a los rebeldes y les diera asilo. De paso, denunció que el presidente guatemalteco le había proporcionado a algunos mapaches 250 rifles y 140,000 granadas. Lo que sí pudo hacer Blas Corral en represalia, fue entregar armas y dinero a los revolucionarios guatemaltecos que operaban cerca de Huehuetenango, y que trataban de derrocar a Estrada Cabrera.[359]

La llegada de Félix Díaz

Cuatro meses después, concretamente en noviembre de 1916, Luis Medina Barrón, Eugenio Rascón, Gaudencio de la Llave y otros jefes más, llegaron a Guatemala procedentes de Estados Unidos. Su plan era esperar la llegada de Félix Díaz a Chiapas para unírsele. En este contexto interesa determinar ¿Dónde estaba Félix Díaz? En noviembre de 1916 llegó derrotado a Chiapas, con un centenar de hombres, sin armas y a pie. El sobrino del dictador confiaba en que a diferencia de Oaxaca, en donde le fue muy mal, Chiapas sería tierra fértil para su movimiento, pero nada de esto ocurrió.[360] Félix Díaz se reunió con los chiapanecos Fernando Ruiz y Alberto Pineda, invitándolos a sumarse a su revolución. El primero lo recibió con cordialidad y le dio ayuda material, pero rechazó cualquier alianza, argumentando que sólo peleaba en defensa de su estado natal. Si bien aceptó que su enemigo era Carran-

[358] *Loc. cit.*

[359] Thomas Louis Benjamin, *El camino a Leviatán*, México, Conaculta, 1990, pp. 183-184.

[360] *Ibidem*, p. 184; Luis Liceaga, *op. cit.*, pp. 389-395 y Antonio García de León, *op. cit.*, p. 77.

za, y que sus esfuerzos estaban orientados a combatirlo, los planes de separar a Chiapas de México, promovidos por Estrada Cabrera, no le interesaban y sí le repugnaban.[361]

Aquí cabe preguntarse ¿qué pasó con Estrada Cabrera? Siguió adelante con su plan de apoyar a Félix Díaz y a su movimiento contrarrevolucionario. La respuesta es sorprendentemente negativa. Ocurre que para el segundo semestre de 1916, el presidente de Guatemala se convenció de que apoyar a los enemigos de Carranza, a ningún lado le conducía. Por lo demás, en octubre de 1915 se enteró que el gobierno de Carranza había sido reconocido *de facto* por Estados Unidos. Pero hubo otro dato que también consideró. Analizó la campaña militar de Félix Díaz por Oaxaca y concluyó que sólo registró fracasos. Que Félix Díaz era un pésimo militar, un pésimo estratega y que, como años atrás sucedió con Carrascosa, carecía de los *tamaños* suficientes para derrocar a Carranza. Ante ello, Estrada Cabrera tomó una decisión drástica. Cortó de cuajo sus nexos con los felicistas y evitó tratar con ellos. Asimismo optó por ocuparse de los problemas de su propio país, entre ellos, aplastar a sus enemigos que trataban de derrocarlo.

¿Qué pasó con Medina Barrón, uno de los baluartes del felicismo en Guatemala? La respuesta también es sorprendente: Medina Barrón estaba tras las rejas. Sucede que se le ocurrió presionar a Estrada Cabrera para que cumpliera sus "compromisos", y el guatemalteco lo encarceló. A otros políticos felicistas los dejó transitar unos días más en Guatemala, pero la advertencia era clara. Cualquier recriminación sería utilizada como pretexto para encarcelarlos.[362] Para terminar de arruinar el cuadro, los grupos de felicistas que habían llegado procedentes de Estados Unidos y de La Habana, no aparecieron por ningún lado. Y es que tan pronto como recibieron dinero y armas, desertaron y se escondieron tan-

[361] Thomas Louis Benjamin, *op. cit.*, pp. 184-185 y Antonio García de León, *op. cit.*, pp. 78-79.

[362] Alfonso M. Siller al secretario de Relaciones Exteriores, México, 8 de febrero de 1917, en el AHSRE, S.18.C.1, exp. 63, y la *Revista Mexicana*, núm. 73, 28 de enero de 1917. Alfonso Taracena, en *LVRM (1916 a 1918)*, p. 47, dice que la aprehensión se llevó a cabo porque Medina Barrón violó las leyes de neutralidad.

to en Guatemala como en México. En síntesis: Félix Díaz no recibió el apoyo militar de Medina Barrón, ni de los grupos de exiliados que viajaron desde Estados Unidos y Cuba al vecino país centroamericano. Indignado por ello, culpó a Medina Barrón del fracaso de su campaña, del mal manejo de los recursos y dictó la orden de substituirlo por el general Eugenio Rascón.[363] Pero el fracaso era una realidad. El mal estaba hecho.

Después de observar el comportamiento de Estrada Cabrera, Félix Díaz se reunió con algunos de sus correligionarios y, después de un somero análisis de la situación, sin hombres y sin futuro, decidió dirigirse a Veracruz para continuar la contrarrevolución.[364] En su libro, Luis Liceaga trata de limpiar la imagen tanto de Félix Díaz como de sus correligionarios y dolido, evita vincularlos con Estrada Cabrera. Afirma que la junta revolucionaria de Nueva York se percató de que era imposible allegarle elementos de guerra a Félix Díaz por el Golfo de México, debido a que Carranza había redoblado la vigilancia de las costas. En virtud de ello, la junta decidió acercarle los recursos por la frontera con Guatemala. Aquí Medina Barrón, en su calidad de representante del movimiento en Guatemala, le entregaría armas, recursos y contingentes armados. Pero como se sabe, ello no ocurrió y el resultado fue un estrepitoso fracaso.[365]

Una vez que Félix Díaz abandonó Chiapas, un gran número de mexicanos regresaron a Estados Unidos y a La Habana. El propio Cecilio Ocón apareció el 26 de enero de 1917 al lado de Aureliano Blanquet, Eugenio Rascón, Leandro Alcolea, Ramón Díaz, Pedro del Villar y otros prominentes felicistas en una reunión verificada en el Hotel Cecil de Nueva York para hacer un balance de la campaña de Félix Díaz en suelo mexicano. Al mismo tiempo, Carranza reforzó la vigilancia en el sur de la república, estrechó la vigilancia en las zonas deshabitadas de Oaxaca y Guerrero, y

[363] Antonio García de León, *op. cit.*, p. 79 y Luis Liceaga, *op. cit.*, p. 396.
[364] Thomas Louis Benjamin, *op. cit.*, p. 185 y Luis Liceaga, *op. cit.*, p. 396.
[365] Luis Liceaga, *op. cit.*, pp. 395-396.

controló la introducción de armas y parque. Por su parte, los cónsules de México en Belice y Guatemala, informaron una y otra vez al gobierno mexicano sobre los cargamentos de armas que pasaban por Puerto Barrios. Algunas versiones, indicaban que tales armas estaban destinadas al ejército de Guatemala que era amagado en la zona del Petén por los enemigos de Estrada Cabrera, encabezadas por José Preves, Trinidad Flores y otros.[366]

El plan de Carranza para nulificar a Estrada Cabrera

A finales de 1917 Carranza puso en marcha un plan para nulificar definitivamente a Estrada Cabrera. Buscó un aliado fuerte en la propia Centroamérica que resultó ser el gobierno de El Salvador. Este país se había caracterizado tradicionalmente por ser el enemigo más fuerte de Guatemala y sus gobernantes estaban ansiosos por aliarse a México. Por cierto que aquí estaba exiliado un general del extinto ejército federal que en 1914 se llevó parte del armamento que tenía encomendado. Se trataba de dos millones de cartuchos que el gobierno mexicano temía utilizara el día menos pensado.[367] Carranza envió a Alberto Salinas con el fin de recuperarlo y de paso comprar otros dos millones de cartuchos que tenía en sus bodegas el ejército salvadoreño. El plan de Carranza se completó al entablar pláticas con el doctor José Leyva, llegando al siguiente acuerdo: Carranza mantendría tropas mexicanas en Chiapas listas para atacar a Guatemala, si Estrada Cabrera atacaba a El Salvador.[368]

[366]Carlos Félix Díaz al secretario de Relaciones Exteriores, Belice, H.B., 9 de noviembre de 1916, en el AHSRE, L-E-801(23).

[367]Luis Liceaga, *op. cit.*, p. 426. Un informe consular del 31 de marzo de 1917 expresa que Luis Medina Barrón estaba en arreglos con el gobierno de El Salvador para recoger una cierta cantidad de armas y municiones que desde hacía algún tiempo había dejado en calidad de depósito, pero que requería pagar aproximadamente 14,000 dólares. ¿Se trataba del armamento destinado originalmente a Félix Díaz? En caso de ser cierto, no se entiende por qué estaba guardado en El Salvador. Véase la nota de Ramón Díaz a Félix Díaz, New Orleans, 31 de marzo de 1917, en el AHSRE, L-E-837/legajo 12.

[368]Douglas W. Richmond, *La lucha nacionalista*, pp. 293-294.

Como colofón diremos que, con el paso del tiempo, Estrada Cabrera se convenció de que recuperar Chiapas era una aventura en extremo peligrosa. También se percató de que Carranza se consolidaba y que los exiliados mexicanos no eran suficientes para derrocarlo, a más de que él mismo afrontaba problemas con varios grupos de disidentes. Asimismo se dio cuenta de que tanto en Guatemala como en Costa Rica, Honduras y El Salvador, había mexicanos, civiles y militares, que no estaban interesados en sumarse a esta clase de aventuras, sino en regresar a México. En vista de las circunstancias, desde 1917 Estrada Cabrera redujo su patrocinio a los exiliados felicistas y villistas, cedió en sus ánimos xenofóbicos contra los mexicanos y se olvidó un tanto de Chiapas. A cambio de ello, esperaba que Carranza dejara de proteger a los guatemaltecos que desde México trataban de derrocarlo. Ambos países aceptaron entablar negociaciones, un tanto secretas, para poner fin a las agresiones, sin llegarse a un acuerdo definitivo.[369] La resultante es que tanto México como Guatemala siguieron inmiscuyéndose en los asuntos internos del otro. Finalmente, el conflicto entre México y Guatemala terminó en 1920 con el derrocamiento de Estrada Cabrera y el asesinato de Carranza. Ya no hubo más intentos de Guatemala para recuperar Chiapas.

[369] *Loc. cit.*

Capítulo X

Carranza y el ajuste de cuentas

Existe una pregunta que es necesario plantearse: ¿Carranza y sus subalternos tenían realmente ansias de sangre y de venganza contra los civiles y militares vinculados al huertismo? Como en el caso de la Revolución rusa y la española, la mexicana no refleja un número elevado de víctimas. También es cierto que no todos los personeros vinculados a Huerta y a Félix Díaz, huyeron del país. Muchos de ellos, de fama y renombre como Andrés Molina Enríquez, permanecieron en México y nadie los molestó. Es probable que en el caso mexicano, las víctimas potenciales hayan huido a tiempo, escapando de una muerte segura. La otra es que en realidad Carranza no era tan sanguinario, y escogió a sus víctimas en forma selectiva. Pero de que hubo amenazas para ajustar cuentas, las hubo. José C. Valadés habla de que a partir de su ascenso al poder, Carranza y sus subalternos ordenaron fusilar a personas que no tuvieron cargo alguno o de relevancia en el gabinete de Huerta. Cita a Antonio Caballero y Roberto Montaño Llave, fusilados en Hermosillo, acusados de concurrir a un banquete para festejar la caída de Madero, y la ejecución en Mazatlán, de Francisco de Sevilla, dispuesta por el general José María R. Cabanillas. De Sevilla, un viejo hombre de negocios apolítico fue ejecutado por enviar un telegrama de condolencia a la familia de José Riveroll, oficial caído muerto en el Palacio Nacional cuando se arrestó a Madero en febrero de 1913. Estas ejecuciones alarmaron a las personas que de una u otra forma estaban ligadas al huertismo o al felicismo.[370]

[370] José C. Valadés, *Historia general de la Revolución mexicana*, t. 5, México, Gernika, 1985, pp. 68 y 70.

El fusilamiento de Alberto García Granados

Pero en octubre de 1915 ocurrió un suceso que llamó la atención de propios y extraños: el fusilamiento de Alberto García Granados, un personaje que entre febrero y abril de 1913, fue secretario de Gobernación. ¿Por qué se llevó a cabo el fusilamiento de un ex alto funcionario, indefenso y anciano? ¿Qué argumentos se utilizaron para montar un juicio muy severo contra un civil y fusilarlo? A nuestro parecer, existen varias hipótesis las cuales serán expuestas. En principio, se debe recordar que Carranza puso en vigor una vieja ley promulgada por Juárez en 1862 para juzgar a Victoriano Huerta, a sus cómplices, a los promotores y responsables de las asonadas militares operadas en la capital de la república en febrero de 1913, así como a todos aquellos de que de manera oficial o particular lo hubieran reconocido o ayudado.[371]

Carranza resucitó la citada ley cuando recién iniciaba su llamado movimiento constitucionalista y nadie le puso la menor atención. Pero un año más tarde, cuando asumió el poder, gran parte del personal político huertista se acordó de su existencia y abandonó el país. Por si quedaban dudas, en octubre de 1914 Carranza dictó una orden para juzgar a cada uno de los secretarios de Estado de Huerta, citándolos uno a uno por su nombre, los cuales por cierto habían huido, con excepción de Alberto García Granados y Alberto Robles Gil. En principio, todos supusieron que García Granados había abandonado el país e incluso entre los círculos gubernamentales se hizo público que se tramitaría su extradición, aunque se ignoraba en qué país se había refugiado,[372] pero nada se dijo de Robles Gil.

La realidad de las cosas es que García Granados no había huido, sino que a la llegada a Carranza a la ciudad de México se escondió en casa de sus familiares, y sólo salía a la calle por las noches, disfrazado, para que nadie lo reconociera. Su plan le fun-

[371] Primera jefatura del Ejército Constitucionalista, *Decretos*, s.p.i., p. 16.
[372] *El Radical*, 26 de septiembre de 1914 y *El Pueblo*, 3 de octubre de 1914.

cionó tan bien que ni sus propios vecinos y amigos se dieron cuenta de que seguía viviendo en la ciudad de México. Cuando los espías y agentes del gobierno se acercaban a su domicilio inquiriendo sobre su destino, la respuesta invariable de sus familiares, era que no sabían en dónde estaba.[373] Así, transcurrió un año hasta que por un descuido o exceso de confianza salió a la calle, fue reconocido por la policía, aprehendido y enjuiciado.

Lo que llama la atención es que el fusilamiento de García Granados esté ausente en una buena parte de la literatura sobre la Revolución mexicana. De una docena de obras consultadas, sólo se menciona en la mitad. Se trata de las obras de Michael C. Meyer,[374] Alan Knight,[375] Federico Gamboa,[376] Vera Estañol, Alfonso Taracena y de José C. Valadés. Los tres primeros abordan su fusilamiento en forma sucinta, como una nota curiosa y sin mucha importancia, y sólo los tres últimos aportan mayores datos. En el resto de las obras el tema brilla por su ausencia, y nos referimos a los libros de Hans Werner Tobler,[377] Charles C. Cumberland,[378] Friedrich Katz,[379] en la *Historia general de México* del Colmex[380] y en la de Douglas Richmond.[381] Como se ve, sólo en las obras publicadas por personas que fueron contemporáneas o testigos del suceso trágico, se reporta con cierto detalle el fusilamiento de García Granados, pero los historiadores recientes lo toman como un dato aislado entre muchos.

Como se puede ver, la vieja ley juarista que condenaba con la pena de muerte a los conspiradores y a quienes habían ayudado y

[373] *El Demócrata*, 7 de octubre de 1915.

[374] Michael C. Meyer, *Huerta*, pp. 238-239, nota 10.

[375] Alan Knight, *The Mexican Revolution*, vol. 2, Cambridge University Press, 1986, pp. 443-444.

[376] Federico Gamboa, *Mi diario*, t. VI, pp. 284-286, 288 y 290.

[377] Hans Werner Tobler, *La Revolución mexicana. Transformación social y cambio político 1876-1940*, México, Alianza Editorial, 1994.

[378] Charles C. Cumberland, *La Revolución mexicana. Los años constitucionalistas*, México, FCE, 1983.

[379] Friedrich Katz, *La guerra secreta*, t. 1 y 2, y lo mismo sucede en su libro sobre *Pancho Villa*, publicado en 1998 por la editorial Era en dos volúmenes.

[380] Berta Ulloa, "La lucha armada (1911-1920)", en *Historia general de México*, t. 2, México, El Colegio de México, 1981, pp. 1073-1182.

[381] Douglas W. Richmond, *La lucha nacionalista.*

reconocido de manera oficial a Huerta, sumaba centenares. De aplicarse al pie de la letra resultaba necesario condenar a gran parte de los diputados y senadores que habiendo sido electos durante el maderismo, continuaron en funciones durante el huertismo, a los miembros del poder judicial, a innumerables intelectuales, todo esto sin considerar a la mayor parte de las clases dominantes. Pero la decisión de Carranza de ajustar cuentas contra sus enemigos no fue pareja. A los empresarios textiles los trató en forma condescendiente y amable, no así a los banqueros. A muchos hacendados los trató con dureza, no así a los comerciantes de la capital de la república. Con los grupos petroleros y mineros extranjeros tuvo una actitud errática y, si bien les fijó mayores impuestos, no los tocó.

Pero también ocurrió que muchos de sus enemigos, especialmente incrustados entre el personal político incubado desde el porfirismo, el maderismo y el huertismo, al darse cuenta del peligro que corrían, sufrieron una "asombrosa metamorfosis" y en forma súbita predicaban un sospechoso carrancismo. Esto último se puede notar entre varios diputados de la XXVI Legislatura que no sólo aprobaron el ascenso de Huerta al poder, sino que continuaron ocupando su curul en la Cámara de Diputados y de Senadores hasta octubre de 1913. Al ser renovada esta Legislatura, unos quedaron fuera del candelero político, pero otros continuaron como parte del poder legislativo. Su repentina postura revolucionaria resultaba sospechosa y poco convincente.

García Granados era una persona preparada que desde finales del siglo XIX se había destacado por su oposición a la dictadura porfirista. Debido a sus simpatías hacia los revolucionarios, hacia la democracia y Madero, figuró como secretario de Gobernación en el gabinete de Francisco León de la Barra.[382] Al poco tiempo quedó envuelto en innumerables intrigas y se apartó de la vida pública. Como se trataba de un hombre de prestigio, en febrero de 1913 Huerta le ofreció la cartera de Gobernación que García Granados ocupó

[382] Charles C. Cumberland, *Madero y la revolución*, pp. 178 y 210 y Berta Ulloa, *op. cit.*, 1976, pp. 1086-1087.

durante dos meses,[383] para luego apartarse de la cosa pública y regresar definitivamente a la vida privada.

La gran interrogante es, ¿por qué no huyó García Granados? En la primera semana de agosto de 1914, *El Radical* y otros diarios simpatizantes de la triunfante revolución, empezaron a azuzar al pueblo contra las personas que participaron en el gobierno de Huerta. De hecho, en su mayor parte habían huido al extranjero, con la excepción de algunos que si bien formaron parte del engranaje administrativo de Huerta, consideraron que había sido por patriotismo. Bajo esta óptica, no creyeron necesario emigrar al extranjero. Uno de ellos fue Alberto García Granados, quien por tales días fue atacado duramente en la prensa, atribuyéndole una grave responsabilidad en la muerte de Madero y Pino Suárez. Al ser entrevistado por *El País*, consideró que sus culpas no habían sido tan graves que ameritaran huir, además de que carecía de sentido responder a acusaciones de mala fe. Aclaró que en diversas ocasiones ya había hecho rectificaciones, pero que sus palabras se tergiversaban y se les daba otro sentido. Debido a ello, señaló que esperaría la acción de la justicia, la cual depuraría los hechos y fijaría las responsabilidades que cada uno tuviera.[384]

El reportero le hizo ver a García Granados que *El Radical* afirmaba que él sabía quiénes habían sido los culpables del asesinato de Madero y Pino Suárez. El entrevistado respondió que ello era falso y, que como muchos otros, sólo tenía en su mente una idea de lo ocurrido, pero que carecía de los datos suficientes para comprobarla. Agregó que dar a la publicidad su personal hipótesis sobre los asesinatos, además de peligrosa, resultaba poco ética puesto que corría el riesgo de involucrar a personas inocentes. García Granados señaló que estaba interesado en que se aclararan los asesinatos para limpiar su nombre, y que ya había conminado a

[383] Michael C. Meyer, *Huerta*, p. 73; Jorge Vera Estañol, *Historia de la Revolución mexicana*, México, Porrúa, 1976, pp. 277, 287, 324 y 328, Berta Ulloa, *op. cit.*, p. 1104, Charles C. Cumberland, *La Revolución mexicana*, pp. 25-27 y *De cómo vino Huerta*, pp. 217-218.

[384] *El País*, 6 de agosto de 1914. La noticia en *El Radical* apareció el 31 de julio de 1914.

sus detractores a que lo acusaran ante los tribunales. Justo aquí aportaría los datos que tenía en sus manos para que la verdad saliera a la luz pública. Se le preguntó si era cierto que, como se especulaba en el medio periodístico, planeaba abandonar el país, a lo que contestó que era falso. Que como toda persona inocente esperaría en su domicilio la llegada de la revolución, ateniéndose a las promesas hechas por Carranza de respetar las leyes y hacer justicia. Pero incluso, señaló que si ello no era así y la revolución ponía en práctica un programa de venganzas, como tanto predicaban muchos de sus partidarios, afrontaría las consecuencias. Repitió una vez más que no huiría del país, y que tanto los hombres de buena fe como los jueces o verdugos, lo encontrarían en su casa.[385] Efectivamente, a diferencia de casi todos sus colegas en el gabinete huertista, García Granados permaneció en México. El grueso del personal político huertista jamás confió en que Carranza respetaría las leyes y abandonó el país.

La reaparición de algunos huertistas

A PESAR de la vigencia de la vieja ley juarista que los amenazaba con enviarlos al paredón, el 24 de agosto de 1915 se presentó en las oficinas del preboste del Cuerpo de Ejército de Oriente, el ex secretario de Relaciones Exteriores, José López Portillo y Rojas, solicitando acogerse a una ley de amnistía decretada por el general Pablo González.[386] Para sorpresa de muchos, López Portillo resultó amnistiado, y por lo tanto no fue enjuiciado. Otro caso más fue el de Francisco M. de Olaguibel, uno de los integrantes del famoso Cuadrilátero, fuertemente identificado con Huerta, quien a mediados de septiembre se presentó ante las autoridades.[387] De acuerdo con Michael C. Meyer, el ex diputado huertista fue encarcelado

[385] *El País*, 6 de agosto de 1914.

[386] *The Mexican Herald*, 25 de agosto de 1915 y Alfonso Taracena, *LVRM (1915-1917)*, p. 145.

[387] *The Mexican Herald*, 18 de septiembre de 1915 y Alfonso Taracena, *LVRM (1915-1917)*, p. 155.

y después de permanecer más de un año tras las rejas, fue deportado a Cuba.[388] Federico Gamboa narra que apenas llegó a La Habana, lo visitó y lamentó su destierro, puesto que Olaguibel estaba retirado de la política y vivía de sus ingresos como consultor de una compañía petrolera.[389]

Lo insólito vendría más tarde. Sucede que diez días después de que le perdonaron la vida a Francisco M. Olaguibel, el ingeniero Alberto García Granados fue capturado en su domicilio de la colonia Juárez, de la ciudad de México, por la policía especial del Cuartel General del Cuerpo de Ejército del Noreste. El 28 de septiembre la prensa carrancista hablaba en tono jactancioso de la captura de Alberto García Granados, ex secretario de Gobernación, del que calificaba "régimen oprobioso del pretoriano Huerta", quien tenía muchas culpas, las cuales había llegado la hora de pagar ante los tribunales. Por lo pronto fue internado en la cárcel de Belén y desde un principio se auguró que sería enviado al paredón.[390] Al ingeniero agrónomo, viudo, originario de Durango, con 67 años de edad, se le acusaba del delito de rebelión y de acuñar la frase de que la bala que matara a Madero salvaría a la república.[391] Por cierto que el difusor de tal afirmación, falsa o verdadera, fue Querido Moheno, quien estuvo exiliado en Estados Unidos y luego en La Habana.

Cómo es que García Granados fue capturado. Es probable que la amnistía otorgada a López Portillo y a Francisco M. Olaguibel, le haya inspirado confianza y empezó a salir a la calle sin las debidas precauciones. Pero también pudo haber ocurrido que sospechando que García Granados no había huido del país, Pablo González le haya lanzado un garlito, consistente en amnistiar en forma deliberada a López Portillo y a Olaguibel. A continuación mandó a la policía a vigilar su casa con la resultante de que efec-

[388] Michael C. Meyer, *Huerta*, pp. 238-239.

[389] Federico Gamboa, *Mi diario*, t. VI, p. 409.

[390] *El Demócrata*, 4 de octubre de 1915 y Alfonso Taracena, *LVRM (1915-1917)*, p. 158.

[391] *The Mexican Herald*, 29 y 30 de septiembre de 1915, 1o. de octubre de 1915, Alfonso Taracena, *LVRM (1912-1914)*, p. 209 y *LVRM (1915-1917)*, p. 158.

tivamente lo atraparon. El general Pablo González dispuso que fuera trasladado a la cárcel de Belén y puesto a disposición de las autoridades militares. Inmediatamente, el licenciado Manuel Castro de la Fuente procedió a juzgarlo conforme a la citada Ley de Juárez.[392] Su aprehensión causó consternación tanto en México como en el extranjero, ya que no se entendía el porqué no se le amnistiaba como a López Portillo. Tampoco se entendía el porqué iba a ser sometido a un juicio militar.

A juicio de José C. Valadéz, Pablo González ansiaba erigirse en el vengador de Madero, ya que fusilando a "reaccionarios" o "huertistas", pensaba alcanzar una gloria similar a la de Benito Juárez, quien fusiló al archiduque Maximiliano. Pero también hubo otro motivo: ansiaba ganar prestigio y dejar atrás su condición de segundón entre las filas de los generales constitucionalistas.[393] Por ello dispuso que García Granados fuera sometido a consejo de guerra, no obstante que en realidad el acusado no había cometido delito alguno. Prueba de ello, es que durante el juicio sus acusadores no presentaron pruebas convincentes sobre su responsabilidad en la traición de Huerta, en la alteración del orden constitucional, ni en el crimen cometido en las personas Madero y Pino Suárez. A pesar de esto el juez tercero de instrucción militar, juzgó al ingeniero agrónomo Alberto García Granados por el delito de rebelión.[394]

Al serle tomada su declaración, García Granados expresó que al estallar la rebelión de febrero de 1913, mientras hacía un viaje a Cuernavaca, Francisco I. Madero dejó como comandante militar de la plaza al general Victoriano Huerta. En el ínterin, Huerta le confió que el plan era derrocar a Madero, y para ocupar su lugar le ofreció la presidencia interina de la república. Que Huerta le ofreció el puesto, porque tenía la convicción de que García Granados sería aceptado por los distintos grupos revolucionarios del norte y también por Félix Díaz. Sin mayores preámbulos, García Grana-

[392] *The Mexican Herald*, 4 de octubre de 1915, *El Demócrata*, 4 de octubre de 1915 y Alfonso Taracena, *LVRM (1915 a 1917)*, p. 158 .

[393] José C. Valadés, *op. cit.*, t. 5, p. 194.

[394] *Loc. cit.*

dos afirmó que rechazó el cargo que le ofrecían.[395] Lo que aceptó fue la encomienda de Huerta de acudir a la Ciudadela para tratar diversas cuestiones con Félix Díaz. De cualquier forma, estos planes no prosperaron y finalmente Madero regresó a la capital de la república con mayores refuerzos para sostenerse en el poder.

Tan pronto como triunfó el cuartelazo de la Ciudadela, Félix Díaz y Huerta formaron el gabinete, y acordaron que García Granados ocupara la Secretaría de Gobernación, cargo que desempeñó por escasos dos meses, ya que renunció el 24 de abril. Ya en el puesto, afirmó que se enteró que querían desaparecer a Madero y a Pino Suárez, a lo que se opuso, argumentando que sería una medida contraproducente puesto que sus partidarios los proclamarían mártires, y continuaría la guerra civil. En virtud de ello, propuso que Madero y Pino Suárez fueran sometidos a un proceso, e incluso formuló el proyecto. Para proteger las vidas de ambos, García Granados planteó que quedaran detenidos durante algunos meses y puestos bajo la jurisdicción de su secretaría. Al enterarse de que se habían consumado los asesinatos, se disgustó grandemente, por lo que hizo gestiones para que se hiciera una averiguación minuciosa y se castigara a los responsables, la cual no se llevó a cabo. Negó en cambio haber asistido a un supuesto consejo de ministros para tratar el asesinato de Madero. García Granados expresó que jamás hubo tal consejo, y que si lo hubo, no fue invitado. Días después de presentada su renuncia, se retiró de la política nacional.[396] A partir de entonces permaneció en su casa, y al triunfo de Carranza, se escondió saliendo sólo de noche, hasta que fue aprehendido y conducido a la cárcel. Después de rendir su declaración, García Granados negó haber formulado la frase que le atribuyó Querido Moheno, sobre la bala que matara a Madero...[397]

[395] Jorge Vera Estañol, *op. cit.*, p. 272n., *The Mexican Herald*, 7 y 8 de octubre de 1915 y Alfonso Taracena, *LVRM (1915-1917)*, p. 160.

[396] *El Demócrata*, 5, 7, 8 y 17 de octubre de 1915, *De cómo vino Huerta y cómo se fue*, El Caballito, México, 1975, p. 190-194 y Jorge Vera Estañol, *op. cit.*, pp. 272 y 309.

[397] *The Mexican Herald*, 4, 7 y 8 de octubre de 1915, *El Demócrata*, 7 de octubre de 1915 y Alfonso Taracena, *LVRM (1915-1917)*, pp. 160-161.

Su abogado, Francisco Serralde, solicitó al juez tercero de Instrucción Militar, que se declarara incompetente para juzgarlo porque García Granados se había separado de la Secretaría de Gobernación, veinte días antes de que Carranza declarara vigente la Ley de Juárez. Adujo que el acusado renunció el 24 de abril y que Carranza resucitó la ley juarista el 14 de mayo de 1913. Para reafirmar su tesis, citó que el Primer Jefe había asentado que dicha ley entraba en vigor a partir de la fecha de "la publicación de este decreto". Cuando ello sucedió, García Granados había dado por concluida su participación en la vida pública.[398] Para fortalecer su defensa, expresó que García Granados era mayor de 60 años, y solicitó que se interrogara a varios testigos que con seguridad abonarían su conducta. El consejo de guerra dio inicio a las tres y media de la tarde del 6 de octubre en el salón de jurados de la cárcel de Belén, bajo la presidencia del coronel Vidal Garza Pérez. Desde la mañana, la sala estaba llena y a punto de reventar. Uno de los testigos afirmó que tuvo conocimiento de que García Granados acudió varias veces a la embajada estadounidense, hecho que negó el acusado. Antonio Rivera G., abogó con tanto calor por el acusado que las autoridades militares ordenaron detenerlo inmediatamente. Aquiles Elorduy se mostró sumamente moderado en sus juicios, pero aceptó que junto con el acusado formó parte de una Defensa Social partidaria del orozquismo. Otros testigos se limitaron a abonar la conducta del reo, presentándolo como hombre honrado y afecto al imperio de la ley.[399] Al intervenir García Granados, dijo que si bien aceptó la cartera de Gobernación en el gobierno de Huerta, ello no significaba que hubiera estado del todo de acuerdo con su política. Para concluir, expresó que su gestión no superó los dos meses ya que rápidamente entró en discrepancias con Huerta y renunció.[400]

[398] *Loc. cit.*

[399] Alfonso Taracena, *LVRM (1915-1917)*, pp. 160-161 y Jorge Vera Estañol, *op. cit.*, pp. 308-309.

[400] Jorge Vera Estañol, *op. cit.*, p. 309 y *De cómo vino Huerta y cómo se fue*, pp. 191-194.

El agente del Ministerio Público, Méndez Alarcón, pidió dos años de cárcel para García Granados.[401] Al escuchar tales palabras, García Granados sufrió un desmayo. Luego de impartírsele los auxilios médicos, los miembros del consejo de guerra pasaron al salón de deliberaciones, en donde permanecieron hasta después de la media noche. A las cero horas treinta minutos del 7 de octubre reaparecieron en la sala de sesiones. Con voz pausada leyeron el veredicto que condenaba a García Granados a sufrir la pena de muerte. Se asentó que el acusado era culpable del delito de rebelión encabezado por Huerta en contra del gobierno legítimo de la Revolución, que ello sucedió cuando Huerta figuraba como comandante militar de esta plaza. Se agregó que la citada rebelión triunfó, desconoció a Madero e impuso en su lugar a Huerta como presidente de la república, sin haberse llevado a cabo elecciones. Pero hubo más cargos contra García Granados. Se dijo que cuando Madero salió para Cuernavaca en busca de refuerzos para proteger a la ciudad de México, se convirtió en intermediario entre Huerta y Félix Díaz, aparte de que solicitó que se procesara a Madero y a Pino Suárez. Todo ello era la prueba irrefutable de que se rebeló contra Madero y Pino Suárez. Para remachar, los miembros del consejo de guerra señalaron que no estaba a discusión la fecha de la entrada en vigor de la ley del 25 de enero de 1862, y que con motivo de la Revolución, los amparos estaban suspendidos. Quiere decir, que García Granados no podía ampararse. Al escuchar esta sentencia, García Granados sufrió un infarto y cayó al suelo. Una vez que recuperó el conocimiento, los agentes lo introdujeron en su celda.[402]

Inmediatamente su abogado pidió al general Pablo González la revocación del fallo, señalando que la pena era sumamente drástica en comparación con la del agente del Ministerio Público, quien sólo pidió dos años de cárcel. Pidió el indulto o la conmuta-

[401] *The Mexican Herald*, 9 de octubre de 1915, *El Demócrata*, 7, 8 y 9 de octubre de 1915, Jorge Vera Estañol, *op. cit.*, p. 309 y Alfonso Taracena, *LVRM (1915-1917)*, p. 161.
[402] *Ibidem*, pp. 308-309 y Alfonso Taracena, *LVRM (1915-1917)*, pp. 162-163.

ción de la pena, pero el general Pablo González se mantuvo firme en la sentencia de la pena de muerte. Vistas así las cosas, se pidió clemencia al propio Venustiano Carranza, sin resultado alguno. Como último recurso, el abogado pidió cita al general Pablo González quien lo recibió de pie en su despacho, haciéndole ver que ya tenía todo preparado para que García Granados fuera fusilado. Y advirtió que si el reo estaba enfermó y no se podía mantener de pie, mandaría que lo amarraran a un poste para poder fusilarlo. Terminó diciendo que la historia juzgaría si había procedido en forma correcta o no.[403]

Toda la noche García Granados estuvo acompañado de sus familiares y amigos. A su hijo Rafael le confió que el único responsable del asesinato de Madero y de Pino Suárez, había sido Victoriano Huerta. Antes de partir al patíbulo, García Granados escribió unas líneas que dio al ahora también preso, Antonio Rivera G., que decía: "Muero sin rencores, rogando a Dios que mi sangre sea la última que se derrame en esta horrible lucha de hermanos con hermanos; y hago un llamamiento a todos los mexicanos, a fin de que, olvidando pasiones políticas, aúnen todos sus esfuerzos y sus voluntades en bien de la patria." Ya en el patíbulo, el ingeniero García Granados se colocó en el paredón y en forma inesperada una mujer del pueblo gritó: "¡Que caigan los traidores!" Al recibir la descarga, el ingeniero García Granados abrió desmesuradamente los ojos girando sobre los talones y azotó contra el pavimento. Como los médicos notaron que su corazón latía, un sargento le dio el tiro de gracia. Justo a las 11:18 horas del 8 de octubre de 1915, el ingeniero Alberto García Granados fue pasado por las armas en la Escuela de Tiro de la ciudad de México.[404] En forma simultánea, una turba enloquecida apareció frente a la casa del abogado defensor de García Granados, lanzando gritos de "mueras a la reacción" y "vivas a la Revolución, y al general

[403] *The Mexican Herald*, 8 y 9 de octubre de 1915 y Alfonso Taracena, *LVRM (1915-1917)*, p. 163.
[404] *The Mexican Herald*, 8 y 9 de octubre de 1915 y José C. Valadés, *op. cit.*, pp. 192-195.

Pablo González". Como nadie le puso un alto, la turba lapidó la casa del abogado.[405]

En vista de las circunstancias, Alberto Robles Gil, secretario de Fomento en el primer gabinete de Huerta, recluido en su escondite en la ciudad de México, se estremeció y por nada del mundo salió a la calle.[406] Lo mismo hizo el arzobispo de Puebla, Ramón Ibarra y González, con la resultante de que murió en su escondite en la misma ciudad de México.[407] Ambos prefirieron las penumbras y los muros de las casas como cárcel, que perder la vida en el paredón.

La noticia sobre la aprehensión de García Granados, traspasó las fronteras y llegó a La Habana. Irabien Rosado, uno de los mexicanos aquí exiliados consiguió que el presidente de Cuba, Mario García Menocal, solicitara por telégrafo al propio Carranza que lo indultara y desterrara a Cuba, sin resultado alguno. De inmediato aparecieron en la prensa norteamericana declaraciones de los agentes villistas y zapatistas, en las que juraban que de haber dado con el escondite de García Granados, igualmente lo habrían fusilado.[408] Pero sucede que hubo otros peces gordos a su alcance y no los fusilaron. Al enterarse de ello, los exiliados en Estados Unidos también quedaron fuertemente impactados. Uno de ellos fue A. Bulnes Tavares, quien le recriminó a Carranza tal fusilamiento. Le señaló que semejante proceder con un inocente, no le iba a acarrear sino enemigos. Fusilar a una persona que cometió el desatino de formar parte del gabinete de Huerta, pero que nada tuvo que ver con la muerte de Madero, como quedó comprobado durante el juicio, era una aberración. De paso le recordó a Carranza, que el país llamado México, no era de su propiedad, sino de todos los mexicanos, aun de los mismos desterrados. Que años atrás, él mismo

[405] Alfonso Taracena, *LVRM (1915-1917)*, pp. 163-164. Del mismo autor, véase *Historia ilustrada de la Revolución mexicana. De Porfirio Díaz a Miguel de la Madrid*, t. 2, México, Ediciones Pedagógicas, 1988, pp. 301-303 y José C. Valadés, *op. cit.*, p. 194.

[406] Jorge Vera Estañol, *op. cit.*, p. 311, nota 2.

[407] Octaviano Márquez y Toriz, *op. cit.*, pp. 171, 177 y 184, *El Demócrata*, 2 de febrero de 1917 y *El Pueblo*, 2 de febrero de 1917.

[408] Federico Gamboa, *Mi diario*, t. VI, pp. 284-286.

había formado parte del Congreso de la Unión, del engranaje porfirista, y que no se extrañara si en el futuro alguien se lo recordaba. De los consejos de guerra formados al calor de las pasiones, expresó que no eran más que simples patrañas para fusilar inocentes. Sobre esto, le recordó el viejo adagio que reza: "con la vara que midas, serás medido". Para rematar, le advirtió que las cosas podrían cambiar en el futuro, y sus ahora "amigos" sonorenses, se podrían cansar de él y enviarlo al paredón, o deportarlo a La Habana, a donde tendría el gusto de enviarle sus más cordiales saludos.[409]

En la *Revista Mexicana*, Nemesio García Naranjo expresó que para llevar a cabo venganzas y crímenes políticos, Carranza no utilizaba almas evangélicas, sino rufianes de la más baja categoría. Puso en conocimiento de sus lectores, especialmente de sus paisanos neoleoneses, que resultaba vergonzoso que Vidal Garza Pérez, en su calidad de presidente del consejo de guerra, se hubiera prestado para ser el instrumento ejecutor de un asesinato vil y alevoso. Agregó que como estaban las cosas, Carranza siempre tendría a su alcance muchos "Vidales". El citado Garza Pérez, también era su paisano.[410]

Queda en duda si fue verdad la frase que Querido Moheno le atribuyó a García Granados, consistente en que la bala que matara a Madero significaría la salvación de la patria. A estas alturas, Huerta estaba encerrado en la prisión de Forth Bliss en Estados Unidos y seguramente la noticia lo estremeció. Tanto él como sus correligionarios embarcados en una peligrosa aventura contrarrevolucionaria, tomaron conciencia de lo que también les podría ocurrir. El mensaje de Carranza estaba claro: si cruzaban la frontera, podrían ser capturados y pasados por las armas. Sobre esto no había engaño. En forma paralela, Carranza fortaleció su gobierno al ser reconocido *de facto* por Estados Unidos en octu-

[409] A. Bulnes Tavares a Venustiano Carranza, Nueva York, 15 de octubre de 1915, en Condumex, Carranza, F. XXI, carpeta 55, legajo 6195.

[410] *Revista Mexicana*, núm. 7, 24 de octubre de 1915 y el núm. 88, 13 de mayo de 1917.

bre de 1915.[411] A partir de entonces, para los expatriados su suerte estaba sellada.

EL ATAQUE DE VILLA A COLUMBUS

INDIGNADO por el reconocimiento *de facto* de Carranza, y posiblemente incitado por los alemanes, en la madrugada del 9 de marzo de 1916, Villa llevó a cabo el ataque a Columbus, Nuevo México. Atacó a la guarnición por sorpresa y aterrorizó a la ciudad durante cuatro horas, alegando que Carranza quería convertir a México en un protectorado de Estados Unidos. De inmediato se desencadenó la reacción estadounidense mediante lo que se conoce como la expedición punitiva. Sin pedir permiso a Carranza, una columna armada estadounidense penetró en suelo patrio, arguyendo que tenía la aprobación del embajador de México. Carranza aceptó la expedición punitiva, ajustándose a los convenios firmados en la década de los 1880, que permitían a las fuerzas armadas de ambos países perseguir bandidos a través de la frontera. Carranza sólo pudo exigir que fuera un pequeño destacamento el que persiguiera a Villa, ya que de lo contrario, advirtió que consideraría la expedición de Pershing como una invasión. Por las dudas, Carranza se preparó para la guerra ordenando a sus generales que hicieran fuego si las fuerzas de Estados Unidos avanzaban hacia el centro del país. Hubo manifestaciones populares en varias partes del país, la gente pidió armas para combatir a los invasores, y los gobernadores norteños confiaban en contar con un apoyo generalizado de la ciudadanía si la lucha se complicaba.

Las noticias sobre la expedición punitiva llegaron a los oídos de los desterrados, quienes al igual que muchos de sus compatriotas, temían otra invasión norteamericana como la de abril de 1914. Precisamente en esta fecha, por un llamado de atención a los marines que sin permiso pisaron suelo patrio para comprar gaso-

[411] W. Dirk Raat, *Los revoltosos. Rebeldes mexicanos en los Estados Unidos 1903-1923*, México, FCE, 1988, p. 241, Berta Ulloa, *op. cit.*, p. 1154 y Michael C. Meyer, *Huerta*, p. 253.

lina, el gobierno de Wilson presentó todo un catálogo de exigencias humillantes, que al no cumplirse, provocaron la invasión al puerto de Veracruz. Ahora, Wilson podría reclamar cosas mayores a Carranza. Pero no fue así. Le dio un trato mejor que a Victoriano Huerta. De cualquier forma, los desterrados se alarmaron, y tanto civiles como militares, se presentaron en los consulados de Estados Unidos y de La Habana solicitando autorización para entrar a México y participar en la defensa de la patria.

Pero Carranza los trataría con desdén y arrogancia. Por medio de *El Demócrata*, lanzó el anatema de *traidores* a los exiliados, extensivo a sus hijos. ¿Por qué esto? Porque a juicio de Carranza y de sus cerebros, Estados Unidos y México estaban al borde de una guerra, no por culpa del ataque de Villa a Columbus, sino de los desterrados. En forma textual, les espetaron:

> ¿Pensáis venir al lado de los invasores extranjeros a restaurar los tiempos del nefasto Imperio. Pensáis gobernar, bajo el yugo extranjero, a un pueblo como el mexicano, celoso de su soberanía? [Luego les dijeron que] en México, todos estaban enterados de que trataban de someter a la patria a la tutela del extranjero.

Para rematar los acusaron de asesinos, de desleales, de expertos en hacer piruetas, de mancilladores de la bandera mexicana, de conspiradores en tierra extraña, y de traición a la patria. Para culminar con su catálogo de acusaciones, les manifestaron que todos los mexicanos esperaban que volvieran a suelo patrio para colgarlos y sumar sus nombres a los de Márquez, Miramón y Mejía.[412]

Quince días más tarde, y a nombre de los exiliados, Manuel Bonilla le contestó a Carranza a través de la *Revista Mexicana*, que en su catilinaria no había acusaciones concretas, sino simples sofismas e ideas sueltas, producto de un cerebro desequilibrado. Lo

[412] *El Demócrata*, 13 de mayo de 1916. Una feroz andanada de ataques contra los exiliados apareció en *El Pueblo*, los días 19, 27 y 30 de marzo de 1916 y el 8, 16, 18, 20 y 23 de mayo del mismo año.

llamó anciano prevaricador, que manipulado por sus corifeos, había enloquecido. Rechazó que los exiliados fueran traidores y, que como mexicanos, jamás fomentarían asaltos ni matanzas para provocar un conflicto internacional. Señaló que ellos no tenían culpa en lo acontecido en la frontera estadounidense, ni habían solicitado al gobierno estadounidense el envío de tropas a México. Bonilla le recordó al que llamó anciano de Coahuila, que no era con injurias lanzadas contra los exiliados, ni agitando un patriotismo ramplón y de tamborazo, que debía explicarse al pueblo mexicano lo que estaba pasando en la frontera. Que había sido su ex discípulo y aliado, Francisco Villa, quien había empuñado la tea incendiaria para provocar un conflicto armado entre Estados Unidos y México. Y como era de suponerse, rechazó el embuste de que fueran traidores.[413]

A pesar de semejantes disparates y ofensas, los exiliados no se portaron como los carrancistas durante la invasión al puerto de Veracruz en 1914. Ofrecieron su vida y su sangre para repeler al agresor. A fines de marzo de 1916, Nemesio García Naranjo, Manuel Garza Aldape, Ricardo Gómez Robelo, y otros refugiados en San Antonio, Texas, se presentaron ante el cónsul carrancista Teódulo Beltrán, ofreciendo sus servicios para luchar por la patria. Beltrán, al igual que su colega el cónsul de La Habana, contestó que telegrafiaría a su gobierno. Los generales del extinto ejército federal, José Alessio Robles y Vicente Calero, solicitaron permiso a los jefes carrancistas de las guarniciones de Piedras Negras y Nuevo Laredo, para cruzar la línea divisoria y defender a su patria en caso de que estallara una guerra internacional.[414]

En La Habana no faltaron personas que acudieron al cónsul para hacerle saber su disposición de regresar a México y contribuir a la defensa de la patria. Ignacio Bravo Betancourt se reunió con varios de sus compatriotas, incluido el cónsul carrancista, y les propuso lanzar una protesta contra lo que llamaba la invasión estadounidense. En junio de 1916 el diario *La Nación* publicó en su

[413] *Revista Mexicana*, núm. 38, 28 de mayo de 1916.
[414] Antimaco Sax, *op. cit.*, pp. 10-11.

primera plana la noticia de que "todos los mexicanos", de "cualquier filiación política", podían regresar a suelo mexicano, asegurando que se había dictado una amnistía completa. Muchos exiliados salieron a las calles de La Habana, imbuidos de sumo patriotismo, y con ardientes deseos de morir en defensa de la patria. Federico Gamboa, junto con José y Francisco de Velasco, se encaminaron a la sede del consulado carrancista. Antonio Hernández Ferrer los recibió en su despacho, en donde había otros mexicanos. Para enfriarles los ánimos les manifestó que no había tal amnistía, y que *La Nación* no había dicho la verdad. Que en virtud del elevado número de expatriados que ansiaba regresar a su patria, estaba a la espera de una respuesta categórica de su gobierno, respecto a si todos los aquí residentes, podían regresar a México. De cualquier forma les adelantó que estaba organizando una expedición, en un barco especial, en la que iría entre otros, el general Guillermo Rubio Navarrete. Como Gamboa estaba consciente de que no servía para las lides militares, confesó que no iba ofrecer sus servicios, sino a informarse de la pretendida amnistía, y en caso de que fuera cierta, cerciorarse de que estaba en la lista para volver a México inmediatamente. Para salir al paso, el cónsul le dijo que en cuanto recibiera información se la comunicaría. Horas más tarde, Gamboa se reunió con Querido Moheno y ambos comentaron que sería una temeridad volver a México. Que lo mejor era permanecer en La Habana, aun cuando los carrancistas los tacharan de traidores. Finalmente les asaltó una duda: ¿Qué pasaría si regresaban a México y los fusilaban? Ya muertos, ¿quien los defendería?[415] Al margen de ello, en abril y luego en junio de 1916, Querido Moheno se dirigió al cónsul de México en La Habana, Antonio Hernández Ferrer, haciéndole ver su disposición para regresar a México y luchar contra el ejército invasor. Como en otros casos, no hubo respuesta.[416]

[415] Federico Gamboa, t. VI, pp. 376-377.

[416] Querido Moheno al cónsul Antonio Hernández Ferrer, La Habana, 29 y 30 de marzo, y 15 de abril de 1916, en el AHSRE, L-E-798.

A finales de junio de 1916, un grupo de villistas exiliados en Estados Unidos, encabezados por Martín Luis Guzmán, Francisco Escudero, José María Maytorena, Miguel Díaz Lombardo y Enrique C. Llorente, también ofrecieron sus servicios a Carranza, en caso de que estallara la guerra con Estados Unidos. La respuesta oficial, bastante socarrona por cierto, fue que en México nadie impedía que los mexicanos combatieran en defensa de su nación.[417] En algunos casos, los cónsules les indicaron a los desterrados que era necesario firmar una carta en la que abjuraran de sus errores durante el huertismo, pidieran perdón a Carranza, y le juraran fidelidad. En otros casos, simplemente la respuesta jamás llegó. Pero en general, se les advirtió, que si osaban entrar a México sin el permiso oficial, seguirían los pasos de Alberto García Granados. En realidad Carranza jugó con dos escenarios: estuvo dispuesto a aceptar su apoyo, sólo en el caso de estallara una guerra con Estados Unidos, pero cuando se convenció de que los estadounidenses no avanzarían hacia el centro de la república, se empezó a burlar de ellos. La prensa carrancista empezó a tildarlos de traidores, dando a entender que apoyaban la expedición punitiva.[418]

El fusilamiento de Santiago Ramírez

Pero hubo un expatriado mexicano que cruzó la frontera del río Bravo, sin tomar en cuenta la táctica marrullera de Carranza, y su suerte fue adversa. Poco se sabe sobre quién fue Santiago Ramírez, y los datos no parecen ser del todo confiables. En 1915 había sido gobernador villista de Coahuila, la tierra misma del Primer Jefe. Se sabe que en mayo de este año fue echado de Saltillo por las fuerzas de los generales Rafael Cepeda, Luis Gutiérrez y Adolfo de la Huerta, entre otros. Para desprestigiar su imagen, se dijo que cuando fue gobernador, solía dedicarse a cazar pájaros desde uno de los balcones del palacio de gobierno, y a uno que otro humano, como fue el caso de Elizardo Gutiérrez, presidente municipal

[417] *El Demócrata*, 29 de junio de 1916, y Alfonso Taracena, *LVRM (1915-1917)*, p. 256.
[418] Federico Gamboa, *Mi diario*, t. VI, p. 366.

de Múzquiz. Cierto o no, entre otras cosas, Ramírez se ufanaba de ser general. Durante su mandato tuvo el acierto de erigir el monumento a Manuel Acuña, en la plaza que lleva su nombre en la ciudad capital.[419] Como otros muchos miembros de la Soberana Convención de Aguascalientes, al triunfo de Carranza, tuvo que abandonar la patria. Exiliado en Estados Unidos se enteró del ataque de Villa a Columbus, de la reacción estadounidense, y de que Carranza había dictado una ley de amnistía para los mexicanos que acudieran a defender a la patria. Como otros tantos exiliados, consideró que su deber era cruzar la frontera para contribuir a la citada defensa. A mediados de 1916 llegó a México, e ingenuamente se presentó ante el general Jacinto B. Treviño. ¿Pero qué fue lo que sucedió con este mexicano? Jacinto B. Treviño lo aprehendió y remitió a Saltillo, para que lo juzgaran por traición a la patria. Santiago Ramírez fue sometido a consejo de guerra y sentenciado a muerte.[420] De nada valieron las leyes de amnistía, ni las promesas, ni los peligros nacionales. La sociedad de Chihuahua se estremeció horrorizada ante la actitud de Carranza, frente a un patriota que acudió a su llamado. Hubo gente que pidió clemencia al gobernador de Coahuila, a Obregón y al propio Carranza, pero de nada valieron tales súplicas. Ramírez había entrado a México presto a luchar por la patria, pero cayó en un vulgar garlito que le costó la vida.

Para conducirlo al cadalso, sus carceleros quisieron subirlo a un carruaje, pero Ramírez prefirió ir a pie. Llamó a la puerta de la oficina del jefe de las armas para despedirse y le dio su último adiós. Su madre salió a su encuentro, y él con una gran ternura y serenidad le dijo: "Vuélvete madre, y no tengas cuidado, que puedes estar segura de que sabré morir como un hombre." Su último deseo consistió en pedir que le permitieran dar las órdenes de su ejecución al pelotón de fusilamiento, lo cual le fue concedido.[421]

[419] Alfonso Taracena, *LVRM (1915-1917)*, p. 89.

[420] *El Demócrata*, 16 y 22 de julio de 1916, *El Nacional*, 17 de julio de 1916 y Alfonso Taracena, *LVRM (1915-1917)*, p. 261.

[421] *El Demócrata*, 22 de julio de 1916 y la *Revista Mexicana*, núm. 56, 1o. de octubre de 1916.

Lo que Carranza hizo con un mexicano indefenso que cruzó la frontera para apoyarlo en su labor de echar fuera del país a los estadounidenses, no lo hizo con los integrantes de la expedición punitiva que habían invadido suelo patrio. Para los desterrados, el mensaje era claro: la vida de Alberto García Granados no había sido suficiente. El Primer Jefe estaba decidido a fusilar, uno por uno, a sus enemigos mexicanos, jamás a los extranjeros. Con estos últimos dialogaba y se portaba civilizado.

CAPÍTULO XI

Los partícipes o involucrados en el asesinato de Madero

UNA REVISIÓN detallada de la literatura y de los testimonios de las personas vinculadas al golpe de estado contra Madero y de alguna forma a su asesinato, reflejan tres cosas en común. Un afán por desvincularse de Victoriano Huerta, ignorar quién o quiénes fueron los asesinos intelectuales de los asesinatos de Madero y Pino Suárez, y reiterar que nada tuvieron que ver en ello. Pero sucede que más de uno formó parte del grupo original que promovió el golpe de estado contra Madero, y también tenían razones para asesinarlo.[422] Sus nombres: Cecilio Ocón y Manuel Mondragón. No se menciona al general Gregorio Ruiz ya que fue asesinado durante el asalto al Palacio Nacional. A sus nombres se debe agregar Félix Díaz y Bernardo Reyes. Tan no estaban de acuerdo con Madero, que se levantaron en armas y aceptaron sumarse al movimiento golpista montado en La Habana. De no haber muerto durante el asalto al Palacio Nacional, Bernardo Reyes hubiera sido investido como presidente de la república. A continuación, para limpiarse el camino de enemigos, habría deportado a Madero, o bien lo habría mandado a asesinar. Como murió en forma inesperada, quedó Félix Díaz en calidad de máximo caudillo o adalid. Su biógrafo oficial se esmera en presentar a Félix Díaz

[422] Luis Liceaga menciona a Miguel Ohtón de Mendizábal como uno de los conspiradores originales del golpe de estado contra Madero. Véase su libro, *Félix Díaz*, pp. 139 y 145. Su nombre se siguió mencionando en los momentos culminantes de la Decena Trágica. Consultar el libro de Michael C. Meyer, *Huerta*, p. 51. Justo por ello, salió del país rumbo al destierro, como lo confirma Jesús Silva Herzog, quien lo conoció y fue su amigo. Véase "Miguel Othón de Mendizabal", en *op. cit.*, p. 110.

como una blanca paloma, y en afirmar que la noche del asesinato estuvo recluido en sus habitaciones, enfermo, y completamente ignorante de lo que se tramaba. La verdad es que estuvo involucrado y tenía suficientes razones para asesinarlo o mandarlo asesinar. La primera de ellas, Madero había echado a su tío de la silla presidencial, y la segunda, durante su levantamiento en armas, había sido derrotado y recluido en la penitenciaría. Pero las cosas no terminan ahí. En vísperas del asesinato de Madero, otros familiares de Porfirio Díaz y de su esposa, Carmen Romero Rubio, aparecieron como arrendatarios o contratantes de los automóviles utilizados para reclutar y transportar a los asesinos materiales de Madero. Sus nombres: Ignacio de la Torre y Mier, el yerno de Porfirio Díaz, y la familia Fernández Castellot, emparentados con Carmelita Rubio, a más de Alberto Murphy, cuñado de Cecilio Ocón.

Manuel Mondragón, uno de los más interesados en derribar a Madero de la silla presidencial, no ha sido mencionado como posible asesino intelectual. Se le presenta como una persona que jamás aspiró a la presidencia de la república. Al mismo nivel de sospechas aparece Rodolfo Reyes, hijo del general Bernardo Reyes. Tan estuvo involucrado en le Decena Trágica que redactó el Pacto de la Embajada, y en ese preciso momento, se hizo de la Secretaría de Justicia en el primer gabinete de Huerta. Razones para ser uno de los autores intelectuales del asesinato de Madero existen. La más importante, el asesinato de su padre durante el asalto al Palacio Nacional. Pero existe otro personaje que ha escapado a los ojos de los analistas. Se trata del civil Cecilio Ocón. Su rencor contra Madero fue tanto, que participó en el complot original montado en La Habana, y asimismo se le ha involucrado en el asesinato de Gustavo Madero, y en el supuesto asalto del convoy que transportaba a Madero y Pino Suárez cuando se dirigía a la penitenciaría, que desembocó en su asesinato.

Pero los que definitivamente han cargado con todas las culpas han sido Victoriano Huerta y Aureliano Blanquet. Aunque también se debe considerar que al momento en que se consumaron los asesinatos, el "hombre fuerte" era Félix Díaz. Huerta era su

testaferro a quien le dejó encargada la presidencia de la república, para luego ocuparla por la vía electoral. Lo mismo puede decirse de Aureliano Blanquet. De los miembros del primer gabinete de Huerta, con excepción de Rodolfo Reyes, no hubo otro con marcado interés para asesinar a Madero. Alberto García Granados, quien a la postre fue señalado como uno de los culpables, e incluso fusilado por órdenes del general Pablo González, a nuestro juicio, nada tuvo que ver. Pero la lista se podría alargar con otras personas que odiaban a Madero y lo atacaban a mansalva en la prensa, en los corrillos y en las obras de teatro. Sobre lo que no hay objeción, es que Francisco Cárdenas y Rafael Pimienta fueron los asesinos materiales. Aunque a lo mejor, Madero y Pino Suárez fueron asesinados en Palacio Nacional, y lo del asalto en los alrededores de la penitenciaría, fue un *show* perfectamente orquestado.

FÉLIX DÍAZ

EN DICIEMBRE de 1911 el general Bernardo Reyes se levantó en armas contra el régimen Madero. Lo que llamó la atención fue que no lo siguiera el ejército federal en masa. Reyes había sido secretario de Guerra, tenía un prestigio militar indiscutible, sabía mandar, y todo indicaba que no había caudillo mejor que él. ¿Por qué el ejército federal no acompañó a su antiguo jefe? No se sabe. Diez meses después, concretamente en octubre de 1912, se levantó en armas en Veracruz el general Félix Díaz, sobrino del ex dictador. No obstante que sus panegiristas, entre ellos Luis Liceaga, le atribuyen gran capacidad político militar y vocación patriótica,[423] la revuelta se debió más a su oportunismo, que a razones ideológicas sólidas. El plan felicista vituperaba con vaguedades al régimen maderista, e invocaba el apoyo de las fuerzas armadas. Díaz esperaba ganar el apoyo del comodoro Manuel Azueta, comandante de las fuerzas navales en Veracruz, así como del general

[423] Luis Liceaga, *op. cit.*, p. 64.

José M. Hernández, jefe de la prisión de San Juan de Ulúa, pero ni uno ni el otro lo secundaron. Al enterarse de su levantamiento, Madero envió una columna a Veracruz al mando del general Joaquín Beltrán. Durante una semana, los periódicos capitalinos anunciaron sin recato que Beltrán iba a desertar con sus 3,000 hombres armados, lo cual finalmente no se cumplió. El 25 de octubre atacó el puerto, al cual encontró escasamente defendido, y después de varias horas de combate liquidó a Félix Díaz y a su rebelión. Enseguida, lo capturó, le formó consejo marcial, y como lo hallaron culpable lo sentenciaron a la pena de muerte. Pero el golpista tuvo un ángel guardián. El presidente de la Suprema Corte, Francisco S. Carbajal, suspendió la sentencia y Félix Díaz fue llevado a la capital de la república y encarcelado.[424] Aquí también estaba recluido Bernardo Reyes.

La noticia sobre la captura de Félix Díaz se esparció por todo el mundo y llegó a París. A finales de 1912, Ernesto Pugibet estaba de viaje por Europa y le tocó presenciar el momento en que el representante de *The Associated Press*, en París, le transmitía a Porfirio Díaz la noticia de que su sobrino había fracasado en su intentona revolucionaria, y que estaba en calidad de prisionero. Cuando se le pidió que dijera algo sobre su sobrino, el anciano ex presidente respondió: "Quiero al vencido como si fuera mi hijo, pero como soy ajeno a su aventura revolucionaria, nada tengo que declarar."[425] Ante ello, el periodista se inclinó respetuosamente y se despidió. Ya en la intimidad, Porfirio Díaz le confesó en forma conmovedora a su amigo y visitante, Ernesto Pugibet, que en todo momento se forjó la ilusión de que Félix triunfara. Pero como conocía los vaivenes de toda revolución y la no tan brillante capacidad de Félix, no se engañaba. Finalmente confesó que llevaba una semana de estar temiendo recibir la fatal noticia de su fusilamiento.[426]

[424] Luis Liceaga, *op. cit.*, pp. 63-73, 86-121 y 129 y Michael C. Meyer, *Huerta*, pp. 49-50.

[425] Nemesio García Naranjo, *Memorias*, t. VII, p. 348.

[426] *Ibidem*, p. 349.

Como se ha visto, a final de cuentas, Félix corrió con suerte y no fue fusilado. En febrero de 1913 apareció en su vida otra persona que lo alentó a resucitar su plan de derrocar a Madero. Se trata del general Manuel Mondragón, quien lo sacó de la cárcel para que participara en el asalto a Palacio Nacional. Participó en todos los enjuages de la llamada Decena Trágica, y quedó manchado por la sangre del asesinato de Madero y Pino Suárez.[427] Participó y tuvo tantas o más razones que Huerta, Mondragón, Cecilio Ocón, y otros, para asesinarlos. A continuación, Félix tuvo un grave e infantil error. Durante la firma del Pacto de la Ciudadela, aceptó que Huerta ocupara la silla presidencial, mientras que él quedaba libre para iniciar su campaña. Cándidamente confió en que Huerta le serviría de comodín para luego ocupar el sitial que había pertenecido a la familia por más de tres décadas, y que consideraba merecía con creces.

Tanta era la algarabía en las filas felicistas, que en marzo de 1913, Alfonso Teja Zabre hizo un encendido elogio de la resistencia heroica de los felicistas en la Ciudadela durante la Decena Trágica.[428] Pero finalmente Huerta resultó mucha pieza y casi de inmediato le comió el mandado al sobrino de Porfirio Díaz. El gabinete designado por Félix Díaz para controlar y maniatar a Huerta, de nada sirvió, y uno a uno, los secretarios fueron despedidos, enviados a su casa o al destierro. Su campaña presidencial se inició, hizo mucho ruido, pero a los pocos días declinó y quedó en ridículo.[429] Mientras esto sucedía, un viejo ex diputado juchiteco, Victoriano Fuentes, tuvo una visión realista de lo que estaba pasando, y en una ocasión le confesó a Nemesio García Naranjo, que era obvio que Huerta se había comido a Félix Díaz. Expresó que realmente "Félix no era gallo para lidiar" con un indio, como Huerta, "lleno de mañas".[430] Su predicción se cumplió fielmente y en

[427] Luis Liceaga, *op. cit.*, pp. 152-171, 173-181, 183-212, 213-245, 249-265.

[428] Nemesio García Naranjo, *Memorias*, t. VII, p. 352.

[429] Al mismo tiempo, se desataban las ambiciones entre sus aliados en busca de la vicepresidencia, figurando cuando menos tres prospectos de grandes espolones: Manuel Mondragón, Rodolfo Reyes y Francisco León de la Barra. A final de cuentas, el agraciado resultó ser León de la Barra. Nemesio García Naranjo, *Memorias*, t. VII, p. 53.

[430] Nemesio García Naranjo, *Memorias*, t. VI, p. 26.

las semanas siguientes Félix fue enviado al exterior en una misión diplomática.[431] Cuando esto se hizo público, a nadie le quedó duda que la causa felicista estaba perdida.

Félix Díaz viajó al exterior, pero en el trayecto a Japón recibió órdenes y contraórdenes, sin llegar a su destino. Finalmente arribó a París, en donde se entrevistó con su tío, y naturalmente le narró sus desgracias. En eso estaba, cuando sus partidarios en México, presionaron a Huerta para que le permitiera regresar a Félix Díaz y participar en las elecciones presidenciales de octubre de 1913. De mala gana Huerta dio su anuencia, pero apenas llegó al puerto de Veracruz se desencadenó una feroz persecución para asesinarlo, al grado de que salió nuevamente del país con su séquito de aduladores que incluía a Cecilio Ocón, José Bonales Sandoval, y otros más, exiliándose en La Habana, en donde sufrió un atentado.[432] En febrero de 1914 dejó la isla y se instaló en Nueva Orleáns.[433]

Instalado en Nueva Orleáns, Félix Díaz acrecentó su odio feroz a Huerta quien le coartó sus aspiraciones de sentarse en la silla presidencial. Resulta difícil de saber si pasó por su mente la idea de formar un movimiento armado para entrar a México y derrocar a su ex aliado. Al parecer no existió. Lo que sí es indudable, fue que se enteró de los problemas de Huerta suscitados en abril de 1914 en el puerto de Tampico que desembocaron en la invasión americana al puerto de Veracruz. Asimismo tuvo noticias del fortalecimiento de la causa constitucionalista, de la renuncia de Huerta a la presidencia, y de su huida espectacular rumbo al exilio. Más tarde supo que otro presidente más había sido derribado y huido en forma no menos espectacular. Se trataba de Francisco S. Carbajal. En el segundo semestre de 1914, observó la llegada a Estados Unidos de oleadas de mexicanos de factura huertista y también felicista, quienes salían de México a causa de que Carranza, el nuevo hombre fuerte, se mostraba sumamente hostil hacia todos ellos.

[431] Luis Liceaga, *op. cit.*, pp. 302-307.
[432] *Ibidem*, pp. 313-323 y 325-331.
[433] *Ibidem*, p. 335.

Tanto los integrantes de un grupo como de otro dejaban el país, porque temían que si permanecían en México, Carranza los podía fusilar.

Para Félix Díaz, era claro que Carranza los culpaba a todos por igual de haber usurpado el poder político en México, de haber violentado la Constitución de 1857, de portar una ideología reaccionaria, y del asesinato de Madero. Para el Primer Jefe no había distingos ni sutilezas. Todos eran candidatos a ser enviados al paredón. A su llegada a Estados Unidos, Félix Díaz estuvo acompañado por un reducido número de partidarios, pero a mediados de 1914, su número aumentó. A estas alturas, estaba en condiciones de formar un amplio movimiento en Estados Unidos para intentar derrocar ya no a Huerta, sino a Carranza. En parte, su idea ganó fuerza cuando se enteró que Huerta estaba en España y que había sido visitado por los alemanes quienes le plantearon los mismos objetivos. También que Enrique C. Creel viajó a España para tratar con Huerta la recuperación del poder político en México. No tardó en enterarse que los alemanes y Creel habían tenido éxito, y que en abril de 1915 Huerta se desplazaba a Estados Unidos. Es indudable que se sintió lastimado ya que a él no lo visitaron ni Enrique C. Creel ni los alemanes. Como tardó en hacer del conocimiento público sus intenciones, parte de su gente se vinculó a la naciente Asamblea Pacificadora Mexicana, con sede en San Antonio, Texas, y otros más se inclinaron por Huerta.[434]

Durante los primeros meses de 1915, Félix Díaz sabía muy bien que no era la figura clave del destierro, y se conformó con permanecer distante e indiferente. Hasta donde se sabe, en ningún momento buscó a Huerta ni tampoco este último trató de atraérselo para fortalecer su causa. Había demasiado resentimiento entre ambos para que una alianza fructificara. Y posiblemente en caso de que alguno hubiera tomado la iniciativa, los resultados habrían sido negativos. Para el segundo semestre de 1915, Félix Díaz se enteró de que había sido puesto en marcha el movimiento acau-

[434] Michael C. Meyer, *Huerta*, p. 245.

dillado por Huerta. Pero cuando se enteró de su aprehensión en Newman, Nuevo México, consideró que había llegado el momento de entrar al relevo. Calculó que ahora tendría el apoyo no sólo de sus viejos partidarios, sino también de los huertistas, quienes estaban a punto de perder a su caudillo. Huerta estaba tras las rejas en Fort Bliss, con su salud deteriorada, convencido de que jamás saldría de la prisión para cumplir con su misión. Cuando Díaz se enteró de que Huerta estaba próximo a la muerte, aceleró sus planes para entrar a México.

Lo que llama la atención fue que Félix Díaz no reclutara su ejército en Estados Unidos, sino que decidiera partir a México acompañado de unas cuantas personas. Huerta esperaba formar su ejército con los desterrados desperdigados en varias ciudades del sur de Estados Unidos, más los mexicanos que lo esperaban al sur del Río Bravo. Félix Díaz razonaba en forma distinta. Su ejército lo formaría en México, en su trayecto hacia Oaxaca, con los miles y miles de partidarios que soñaban, ansiaban su llegada. Así, el 18 de febrero de 1916, Félix Díaz, disfrazado de lobo de mar, con la barba crecida y una pipa, acompañado por Luis Acosta y los capitanes Estuardo Cuesta, que simulaba ser el dueño de la goleta, y Antonio Eguía en calidad de marinero, dejó Nueva Orleáns, y se dirigió a suelo mexicano para llevar a cabo la contrarrevolución.[435] Dejó los asuntos políticos en manos de Pedro del Villar, un abogado de confianza, Cecilio Ocón, Javier Larrea y Enrique Fernández Castellot, entre otros. El documento político básico que inspiraba su movimiento es la llamada Acta de Tierra Colorada, fechada el 23 de febrero de 1916.[436]

Hechos a la mar, al mediodía del 24 de febrero, llegaron a Barlovento, en la costa veracruzana, en donde unos emisarios oaxa-

[435] Sobre la campaña de Félix Díaz en suelo mexicano, la información más importante se encuentra tanto en el Archivo Histórico de la Secretaría de Relaciones Exteriores, como en el archivo que lleva su propio nombre y que se encuentra en el CEHM-Condumex. En el primero vale la pena consultar los expedientes L-E-835; la letra L-E-810; la letra L-E-843 y las mismas siglas L-E-798; la letra S. 16, caja 17, expediente 11, y la S. 17, caja 8, expediente 112. En el segundo caso, se trata prácticamente de todo el archivo. Como fuente secundaria básica, se tiene a Luis Liceaga, *op. cit.*, p. 364.

[436] Luis Liceaga, *op. cit.*, pp. 396-404.

queños le explicaron que la columna ofrecida para recibirlo no pudo llegar debido al cerco impuesto por los carrancistas en la zona.[437] De paso, le indicaron que para evitar ser atrapado, era necesario cambiar los planes. Acordaron que Félix Díaz abordara nuevamente la goleta y se dirigiera más hacia el sur, mientras que ellos irían por tierra al mismo lugar, para luego reunirse y entrar en forma conjunta a Oaxaca, por el rumbo de Tehuantepec. Al poco tiempo, los carrancistas arribaron al lugar en que los oaxaqueños habían conferenciado con Félix Díaz, siguieron las huellas y estrecharon el cerco. Mientras tanto, la goleta empezó a hacer agua, y Félix Díaz dispuso no alejarse mucho de la playa para salvarse en caso de naufragio. Para su desgracia, cuando reparaban el desperfecto, se desató un ciclón que rompió el timón, dejando al garete la frágil embarcación.[438]

Al inicio del mes de marzo, *El Pueblo* publicó declaraciones del subsecretario de Guerra, general Ignacio L. Pesqueira, negando que Félix Díaz hubiera entrado al país. En tono petulante, expresó que Félix Díaz no había entrado ni entraría jamás a la república. Que la noticia era sólo un delirio de los reaccionarios que utilizaban toda clase de medios para conseguir sus criminales fines.[439] Pero lo cierto es que, después de naufragar y perder el armamento, Félix Díaz y sus acompañantes habían entrado a México. En un sitio llamado *Huerta de Caracol*, ubicado en las playas tamaulipecas, Félix Díaz se disfrazó de marinero y decidió que en lo sucesivo se llamaría Francisco Sánchez, recomendando a sus compañeros que manejaran la tesis de que eran contrabandistas, que a causa del mal tiempo, acababan de naufragar. Asimismo, los instruyó para que en caso de emergencia, dijeran que su campo de operaciones abarcaba las costas de Estados Unidos y Cuba. Muertos de hambre, caminaron dos días, alimentándose de raíces, hasta llegar al *Rancho del Salado*, cerca de Matamoros. Ya en el

[437] *Ibidem*, p. 365, *Revista Mexicana*, núm. 26, 5 de marzo de 1916 y Alfonso Taracena, *LVRM (1915-1917)*, pp. 211-212.

[438] Luis Liceaga, *op. cit.*, pp. 366-367 y Alfonso Taracena, *LVRM (1915-1917)*, p. 212.

[439] *El Pueblo*, 2 de marzo de 1916.

rancho, se enteraron de que el cacique del pueblo era un ferviente carrancista, quien al considerarlos sospechosos, dio aviso a las autoridades. A las pocas horas llegaron varios celadores del resguardo de Matamoros, quienes los interrogaron, y tanto Díaz como sus compañeros repitieron como loros lo acordado. Enseguida, el jefe de una escolta militar declaró a Félix Díaz y a sus acompañantes, prisioneros de guerra. Se les condujo a Matamoros donde fueron sometidos a otro interrogatorio, sin que las autoridades sospecharan que tenían frente a ellos a uno de los derrocadores de Madero.[440]

Tras una semana de estancia en Matamoros, el general Ricaut ordenó que los prisioneros fueran llevados a Monterrey para consignarlos a las autoridades militares. En esta ciudad fueron internados en la penitenciaría. Al tener conocimiento de su captura, los generales Marciano González y Jacinto Treviño, penetraron una noche a la celda de Félix Díaz, enfocando su rostro con una linterna, sin lograr identificarlo. Pero Jacinto Treviño conocía muy bien a Félix Díaz, ya que había sido su condiscípulo en el Colegio Militar. El 26 de abril, el gobernador de Nuevo León, Pablo A. de la Garza, ordenó que los prisioneros fueran sometidos a consejo de guerra, el cual se llevó a cabo en el cuartel general del jefe de Operaciones Militares, Manuel García Vigil. Durante los interrogatorios, Félix Díaz sostuvo llamarse Francisco Sánchez, ser vecino de Nueva Orleáns y vivir de la pesca, ser un neófito de la política, y no saber nada de las actividades de los exiliados mexicanos en Estados Unidos. Al inquirírsele si conocía a Félix Díaz, contestó que sí. Que en una ocasión, en la ciudad de México, vio pasar a un tipo muy garboso y que un amigo suyo le informó que se trataba del sobrino de don Porfirio. Al final del juicio, el agente del Ministerio Público pidió la pena de muerte, mientras que los integrantes del consejo, se inclinaron por su libertad absoluta, criterio que prevaleció.[441] Al ser puesto en libertad, Félix Díaz solicitó

[440] Luis Liceaga, *op. cit.*, pp. 368, 370-371 y Alfonso Taracena, *LVRM (1915-1917)*, p. 215.

[441] Luis Liceaga, *op. cit.*, pp. 374-375 y Alfonso Taracena, *LVRM (1915-1917)*, p. 232.

un salvoconducto a las autoridades, con el fin de moverse por el rumbo que deseara, lo cual le fue concedido.

Resulta sospechoso que no hubieran identificado a Félix Díaz. García Vigil, su propio paisano, lo vio, habló varias veces con él, y no lo reconoció. Lo mismo sucedió con los miembros del consejo de guerra y las autoridades militares de Tamaulipas y Nuevo León. Por su parentesco con Porfirio Díaz, su fallida revuelta en Veracruz en 1912, su participación en la Decena Trágica, su frustrada campaña presidencial, sus pugnas con Victoriano Huerta y su destierro, era un hombre público y de todos conocido. Su fisonomía personal era pública como la de Victoriano Huerta, Manuel Mondragón, Aureliano Blanquet, Alberto García Granados, Aureliano Urrutia, Federico Gamboa, entre otros muchos. Su foto había sido reproducida en los diarios y revistas de México. Frente a ello, uno se pregunta: ¿realmente ni las autoridades ni los periodistas fueron capaces de reconocerlo? El sistema de espionaje carrancista, que lo tuvo perfectamente vigilado en Cuba y en Estados Unidos, que registró día con día sus movimientos, de repente pudo olvidar su cara y su fisonomía. Todo esto resultaba muy raro.

¿Qué habría pasado si Huerta penetra al territorio nacional? ¿Las autoridades mexicanas tampoco lo habrían reconocido? ¿Qué es lo que habría pasado con Felipe Ángeles, Manuel Mondragón y Aureliano Blanquet? ¿Es que el sistema de espionaje carrancista montado en el exterior, era más eficiente que el existente en México? Tras su liberación en Nuevo León, y como en las películas de aventuras, Félix Díaz se dirigió a la ciudad de México con la idea de llegar hasta Oaxaca, donde supuestamente lo esperaban sus partidarios.[442] Como todos los años, el 5 de mayo se celebraba el aniversario de la Batalla de Puebla, cuando los mexicanos derrotaron a los franceses, y Félix Díaz junto con Luis Liceaga, presenciaron el desfile militar en una de las esquinas del Palacio Nacional, sin ser tampoco reconocido.[443] Siete días más tarde, por

[442] Luis Liceaga, *op. cit.*, pp. 364-375.
[443] *Ibidem*, p. 377 y Alfonso Taracena, *LVRM (1915-1917)*, p. 235.

la mañana, salió de la ciudad de México, junto con Mariano Martínez, hijo del ex gobernador de Puebla, Mucio P. Martínez, y el coronel carrancista Santiago Oropeza, en un coche tirado por dos mulas rumbo a la Villa de Guadalupe, San Juan Teotihuacán, la hacienda de Hueyapan, y luego la de Ometusco.[444] Mientras tanto, el gobierno se enteró de su permanencia en la capital de la república, y destacó a numerosos policías para que investigaran en dónde estaba. Como ya había huido, se detuvo a varias familias para interrogarlas. Al mismo tiempo el gobierno federal ordenó el arresto de quienes formaron el consejo de guerra en Monterrey, y dispuso trasladarlos a la metrópoli. La causa: su nula capacidad para identificar a uno de los derrocadores de Madero.[445]

Como los detenidos en la ciudad de México no aportaron mayores informes, los fugitivos transitaron sin problemas por varias haciendas de Tlaxcala y Puebla. Al enterarse de que por estos lares operaba Juan Andrew Almazán, Félix Díaz lo contactó y juntos acordaron dirigirse a Oaxaca, confiados en que los esperaban con los brazos abiertos el gobernador soberanista José Inés Dávila y Guillermo Meixueiro. Al llegar en la primera semana de julio a suelo oaxaqueño, engrosaron sus filas con el ex federal Higinio Aguilar.[446] Pero Félix Díaz, seguía siendo víctima de una gran miopía política, al insistir que en cuestión de días, levantaría un ejército de 40,000 hombres para derrocar a Carranza.[447] Lo que sí cosechó fueron derrotas. Hubo lugares en donde sus paisanos le negaron alimentos y naturalmente apoyo para su causa. Después de tantos sinsabores, en la primera semana de agosto de 1916, Félix Díaz entró triunfal a Tlaxiaco y, por medio de bandos y manifiestos, fue reconocido como jefe supremo del movimiento.[448] Aquí se reunió con el gobernador "soberanista" José Inés Dávila y juntos planearon atacar la capital del estado. Llegado el día y la

[444] Luis Liceaga, *op. cit.*, p. 379 y Alfonso Taracena, *LVRM (1915-1917)*, p. 238.

[445] *Loc. cit.*

[446] Luis Liceaga, *op. cit.*, pp. 381-382 y Alfonso Taracena, *LVRM (1915-1917)*, p. 259.

[447] "Informe de la campaña felicista", México, 19 de abril de 1919, en el CEHM-Condumex, F. XXI, carpeta 142.

[448] Luis Liceaga, *op. cit.*, pp. 382-383 y Alfonso Taracena, *LVRM (1915-1917)*, p. 270.

hora llevaron a cabo el ataque por diversos frentes, pero los carrancistas los rechazaron sin problema alguno.[449] Para variar, a la hora decisiva, tanto Félix Díaz como Juan Andrew Almazán, huyeron.

Convencido de que jamás tomaría la ciudad de Oaxaca, Félix Díaz reconcentró a sus fuerzas en el rancho de Cuajimoloya y ahí les informó que había decidido internarse en el istmo de Tehuantepec. Los soberanistas no pusieron objeción y le dieron el adiós. A mediados de agosto, con sus fuerzas diezmadas, Díaz y Almazán transitaron por el istmo de Tehuantepec.[450] Mientras tanto, desde Estados Unidos, Cecilio Ocón le seguía enviando recursos y el abogado Pedro del Villar, cumplía con la labor administrativa. El general Luis Medina Barrón, quien dirigía el periódico *El Presente*, decidió convertirse en uno de sus brazos armados. Junto con Cecilio Ocón viajó a Cuba y luego a Guatemala, para reclutar partidarios dispuestos a tomar las armas en aras del felicismo. Precisamente, Luis Medina Barrón, gestionó ante el presidente de Guatemala, Manuel Estrada Cabrera, el permiso para usar su territorio como base para concentrar las fuerzas contarrevolucionarias reclutadas en Estados Unidos y en La Habana.[451] Otros generales, exiliados en Estados Unidos y en el viejo mundo, como Aureliano Blanquet, Rubio Navarrete y Manuel Mondragón, se limitaron a observar el curso de los acontecimientos.

Acosados por todos lados, Félix Díaz y Juan Andrew Almazán se convencieron de que para escapar con vida, era necesario abandonar el istmo de Tehuantepec e internarse en la selva virgen limítrofe entre Oaxaca y Chiapas, con la intención de llegar a la frontera con Guatemala. Para los levantados en armas, la travesía significaba toparse con bosques, animales salvajes, alimañas, árboles silvestres y pastos abundantes. Los dos jefes y su columna, emprendieron la caminata, provistos de la alimentación necesaria, a la zaga de unos guías nativos. La primera jornada fue de

[449] *Loc. cit.*

[450] Luis Liceaga, *op. cit.*, p. 385 y Alfonso Taracena, *LVRM (1915-1917)*, p. 273.

[451] Luis Liceaga, *op. cit.*, 1958, pp. 468-469 y Roberto Gayon a Guillermo Rosas Jr., Guatemala, 8 de mayo de 1916, en el CEHM-Condumex, FCDXXII, carpeta 1, legajo 103.

cerca de 35 kilómetros que se cubrió sin novedad, en un camino cubierto por una vegetación exuberante; la segunda, de 25 a 30 kilómetros, notándose con gran desagrado que habían desertado la mitad de los guías. A la tercera jornada, sumamente dura por la maleza áspera y salientes rocas, el resto de los nativos habían desaparecido. La expedición resultó dramática ya que hubo necesidad de doblegar la maleza. Perdidos frente a caudalosos ríos, entre tupidas arboledas que les impedía ver el sol, soldados y caballos murieron por igual de cansancio. Para alivianar el trayecto fue preciso abandonar armamento y provisiones. En el trayecto falleció infartado, José Navarrete, hermano del obispo de Sonora, desterrado en Estados Unidos. Uno a uno fueron sacrificados los caballos para saciar el hambre y más tarde devoraron raíces y hierbas. La humedad y el paludismo hicieron estragos entre los expedicionarios. De los 3,000 hombres con los que Félix Díaz salió de Oaxaca, sólo le quedó un centenar.[452]

Finalmente, el 2 de noviembre, Félix Díaz apareció errando en Chiapas, derrotado y casi muerto de hambre.[453] La mayor parte de su columna había sido derrotada por la selva. Ya en Chiapas, Félix Díaz buscó el apoyo de los principales jefes rebeldes, quienes le indicaron que en su lucha contra Carranza se bastaban a sí mismos y que lo mejor era que siguiera su camino. Naturalmente que esto lastimaba su orgullo, pero se convenció en definitiva que tampoco era imprescindible para los chiapanecos. Félix Díaz descansó unos días para luego buscar nuevos horizontes en Veracruz. A estas alturas, era obvio que los miles y miles de adeptos que soñó encontrar a su paso para formar un ejército de 40,000 hombres, jamás aparecerían.

Otra gran desilusión, fue que muchos de sus partidarios reclutados en Estados Unidos y en La Habana, y transportados a Guatemala, tan pronto como recibieron armas y dinero, le jugaron sucio y desertaron. El colmo de las desgracias fue que Luis Medina

[452] Luis Liceaga, *op. cit.*, pp. 389-394 y Alfonso Taracena, *LVRM (1915-1917)*, pp. 284-285

[453] Alfonso Taracena, *LVRM (1915-1917)*, p. 300.

Barrón hizo mal uso de los recursos que le pusieron en sus manos, práctica que imitó Juan Andrew Almazán.[454] De cualquier forma, resulta sorprendente que durante su travesía, que se extendió desde el noreste del país, el altiplano, hasta la frontera con Guatemala, escapara de las garras de Carranza.

A partir de 1917, Félix Díaz firmó innumerables manifiestos, recibió armas, recursos y refuerzos por el golfo de México y Guatemala, se contactó con diversos jefes anticarrancistas, nombró gobernadores en varios estados, los cuales resultaron una ficción, otorgó grados militares a granel entre quienes consideraba sus partidarios, dividió el país en zonas militares, designó a sus representantes en La Habana, España y en varias ciudades estadounidenses, y se sintió con los méritos suficientes para ser reconocido como fuerza beligerante por el gobierno de Estados Unidos.[455] De sus manifiestos, se enteraron los exiliados en Estados Unidos, La Habana y España. Pero nada trascendental sucedió y todo parece indicar que en los años siguientes, Carranza y él jugarían al gato y al ratón. Carranza se convenció de que el arrastre de Félix Díaz entre los mexicanos era un mito, y dejó que transitara por una vasta zona que comprendía parte de Veracruz, Oaxaca, Puebla y Chiapas. Dejó que se convirtiera en uno más de tantos caudillos o jefes anticarrancistas, que caracterizaron al México de tales años. Dejó que sobreviviera sin pena ni gloria como Inés Chávez García, Félix Ireta, Jesús Cíntora, Luis y Eulalio Gutiérrez, Francisco Coss, Saturnino Cedillo y sus hermanos y Manuel Peláez, entre otros.[456]

A pesar de ello, en mayo de 1918, un abogado llamado Belisario Becerra, se dio el lujo de afirmar en Estados Unidos, ante un auditorio compuesto por empresarios, que las fuerzas felicistas dominaban la mitad del territorio nacional. Que el sobrino de Porfirio Díaz controlaba los estados de Morelos, Guerrero, Tlaxcala, México, Puebla, Hidalgo, Guanajuato, Michoacán, Jalisco, San Luis

[454] *Revista Mexicana*, núm. 168, 24 de noviembre de 1918 y Luis Liceaga, *op. cit.*, pp. 396 y 407.

[455] *Revista Mexicana*, núm. 178, 2 de febrero de 1919 y el núm. 180 del 16 de febrero de 1919.

[456] Berta Ulloa, "La lucha armada (1911-1920)", en *op. cit.*, t. 2, pp. 1167-1168.

Potosí, Zacatecas, Durango, y las zonas más ricas de Veracruz, Oaxaca, Tabasco y Chiapas.[457] Como a su juicio el triunfo felicista estaba a la vuelta de la esquina, les manifestó que a cambio de una contribución de cinco mil dólares, podían recuperar sus propiedades en México.

Manuel Mondragón

Como se sabe, en febrero de 1913 Mondragón fue nombrado secretario de Guerra, cartera en la que duró cuatro meses ya que renunció en junio del mismo año. Su prestigio resultó maltrecho ya que fue acusado de exigir sobornos para adjudicar los contratos de compra de armamento militar. Asimismo, sus compañeros de gabinete le achacaron las continuas derrotas del ejército federal frente a las fuerzas constitucionalistas. Al decir de Antimaco Sax, su renuncia a la secretaría de Guerra se atribuyó a un artículo aparecido en *El País*, que describía la toma de Zacatecas por parte de los constitucionalistas. Al día siguiente, en pleno consejo de Ministros, el secretario de Hacienda, Toribio Esquivel Obregón, dio lectura al citado artículo que incriminaba a Mondragón en la derrota del ejército federal, siendo secundado en su postura por el secretario de Instrucción Pública, Jorge Vera Estañol. Huerta dejó que las críticas arreciaran y a Mondragón no le quedó más que renunciar.[458]

Ya fuera del gabinete, Huerta promovió el rumor de que Mondragón preparaba un complot para derrocarlo, lo que sirvió de pretexto para expulsarlo del país. Salió por ferrocarril rumbo a Veracruz, custodiado por una escolta de cincuenta hombres al mando del coronel Calderón de la Barca. Mientras esperaba el barco que lo llevaría al exilio, redactó una larga carta mordaz dirigida a

[457] Informe rendido al consulado de Nueva York, 13 de mayo de 1918, en el CEHM-Condumex, Carpeta 122, la *Revista Mexicana*, 112, 28 de octubre de 1917, y el núm. 166, 10 de noviembre de 1918.

[458] Antimaco Sax, *op. cit.*, pp. 51-52. El artículo lleva por título "En el consejo de ministros se criticaron las operaciones militares", *El País*, 11 de junio de 1913. Véase también a Rodolfo Reyes, *De mi vida*, t. II, Madrid, 1930, p. 66.

Félix Díaz en la que le recriminaba que permitiera su destierro sin mover un dedo. Resulta interesante que su cólera no estuviera dirigida contra Huerta, a quien consideraba que nada le debía, sino contra Díaz. Oficialmente Mondragón iba a Bélgica como representante de México ante el Congreso de Gante.[459] Mondragón se embarcó rumbo a Europa fijando su residencia primero en París y luego en Barcelona.[460] Más tarde se trasladó a Estados Unidos. A su lado iba su hermosa hija Carmen Mondragón y su yerno Manuel Rodríguez Lozano.

En el destierro, los intelectuales se ganaron el pan de cada día escribiendo artículos en los diarios y revistas. La cúpula de la Iglesia católica, tuvo el apoyo de sus hermanas en Estados Unidos y Cuba. No fue así para los militares, salvo que ejercieran ocupaciones no calificadas. Para Manuel Mondragón, la desesperación lo orilló a tratar de vender algunos de sus inventos técnico militares en Estados Unidos. Sucede que durante el porfiriato hizo algunas modificaciones a determinadas armas, e inventó el cierre de los cañones Saint Chaumond, que por tal razón llevaban su nombre.[461] Su invento lo vendió al gobierno mexicano en 1905. Se especulaba que al triunfo de Madero, el derecho de patente del mencionado cierre le fue devuelto a Mondragón. Atrapado por problemas económicos, trató de venderlo al gobierno cubano sin resultado alguno. En vista de su fracaso, en mayo de 1918 hizo gestiones para venderlo al gobierno estadounidense. El sistema de espionaje carrancista tanto en La Habana como en Estados Unidos reportó tal hecho al gobierno mexicano, quien se escandalizó ya que dudaba que Mondragón, siguiera detentando la propiedad sobre la patente del citado cierre del cañón.[462]

[459] Nemesio García Naranjo confiesa que en realidad él escribió la carta. Para defenderse argumenta que Mondragón jamás protestó, lo que le daba entender que estuvo de acuerdo con su contenido. Véase el tomo VI de sus *Memorias*, pp. 68, 71-74, Eduardo J. Correa, *op. cit.*, pp. 141-144 y Luis Liceaga, *op. cit.*, pp. 300-301.

[460] Antimaco Sax, *op. cit.*, pp. 51-52, Michael C. Meyer, *op. cit.*, pp. 113n y la 240 y Eduardo J. Correa, *op. cit.*, pp. 141-144.

[461] *Revista Mexicana*, núm. 76, 18 de febrero de 1917.

[462] *El Universal*, 27 de mayo de 1918.

Pero el odio que el gobierno carrancista le tenía a Manuel Mondragón, lo hizo extensivo a sus hijos. En marzo de 1919, dos hijos varones residentes en Estados Unidos, querían volver a México. La prensa empezó a especular sobre el papel que habían jugado tales jóvenes durante la Decena Trágica y la fantasía afloró. Entre otras cosas, señaló que habían ayudado a su padre en el golpe de estado contra Madero, que se mezclaron entre la chusma que celebró el triunfo de los sublevados, que encabezaron a la multitud para aclamar y lanzar vítores a Félix Díaz y a Victoriano Huerta. Luego agregó otra cosa que resultó peligrosa: que cuando la chusma se dirigió a la morada del presidente Madero, en la esquina de Berlín y Dinamarca, los jóvenes Mondragón rociaron con petróleo los muros de la casa y le prendieron fuego. La prensa remarcó que después de ello, la multitud celebró con palmas y júbilo la vocación piromaniaca de los Mondragón y la destrucción del hogar del apóstol de la democracia. *El Universal* decía que si bien esto no se había olvidado, tampoco era motivo para negarle a los Mondragón el derecho a regresar a su patria.[463]

En mayo de 1919, Manuel Mondragón era vigilado por el sistema de espionaje carrancista ya que sospechaban que pretendía internarse furtivamente a México por la zona de Texas.[464] Como otros generales, su nombre aparecía mezclado en infinidad de intrigas y de conspiraciones, pero no tuvo valor para cruzar la frontera y encabezar un movimiento armado en México. A diferencia de otros integrantes del extinto ejército federal, tampoco se sumó al Plan de Agua Prieta, que amnistió a muchos de ellos y jamás regresó a México.

RODOLFO REYES

EN UNA agria discusión verificada en la Cámara de Diputados, Querido Moheno le echó en cara a Rodolfo Reyes que hubiera asisti-

[463] *El Universal*, 5 de marzo de 1919.

[464] Bernardino Mena Brito al secretario de Relaciones Exteriores, Texas, 1o. y 5 de mayo de 1919, en el AHSRE, L-E839, legajo 9.

do a la embajada de Estados Unidos a negociar quién debía sentarse en la silla presidencial en lugar de Madero. Justo, porque asistió, y eran de todos conocidas sus dotes de abogado, escribió con su puño y letra el Pacto de la Ciudadela. Moheno remató diciéndole que como resultante de aquel pacto, pescó una cartera, la de Justicia en el primer gabinete de Huerta. Pero Moheno fue más sanguinario con Rodolfo Reyes y le preguntó ante el resto de los legisladores, que si en verdad era un hombre honesto y honrado, ¿en dónde estuvo cuando desaparecieron algunos hombres y representantes del pueblo como el diputado Pastelín?[465]

Efectivamente Rodofo Reyes había sido uno de los más entusiastas partidarios del felicismo, y durante el asalto al Palacio Nacional en febrero de 1913, vio morir a su padre, el general Bernardo Reyes. Rodolfo redactó el Pacto de la Ciudadela y figuró como secretario de Justicia de Huerta, con quien rápidamente tuvo fuertes desacuerdos. Al dejar el gabinete en septiembre de 1913, Reyes recuperó su curul en la Cámara de Diputados y se sumó a la oposición. Tal como se ha adelantado, al ser disueltas las cámaras, fue internado en la penitenciaría, y se le puso en libertad, a condición de salir del país.[466] Por cierto que la orden del destierro fue firmada por Huerta durante una corrida de toros, a petición de uno de sus acompañantes, Ignacio Reyes, pariente de Rodolfo. La única condición era que no se exiliara en Estados Unidos y que, a su paso por La Habana, no se entrevistara con Félix Díaz. Vigilado por dos agentes de la policía secreta, se hizo acompañar de su hijo Bernardo de once años rumbo al destierro. Uno de los agentes se quedó en Veracruz y el otro lo acompañó hasta La Habana.[467] En marzo de 1914, el vapor La Navarre lo dejó en el puerto francés de Saint Nazaire. Su hermano, Alfonso, lo esperaba para ayudarlo a instalarse en París. Su gran preocupación era que su esposa y sus otros dos hijos lo alcanzaran, y que el destierro durara poco tiem-

[465] Nemesio García Naranjo, *Memorias*, t. VII, pp. 156-157.

[466] Antimaco Sax, *op. cit.*, pp. 46-47, Michael C. Meyer, *op. cit.*, 164 y 240 y Rodolfo Reyes, *op. cit.*, pp. 31-33.

[467] Rodolfo Reyes, *op. cit.*, pp. 251-254.

po. A final de cuentas, lo primero no fue problema y a los pocos días llegaron al puerto del Havre.[468] Lo segundo duró más de lo previsto. Como el verano estaba a la vuelta de la esquina se trasladó a *Villers sur Mer*, en donde tuvo oportunidad de saludar a Ives Limantour, un hombre refinado, con quien había tenido algunas diferencias políticas. Para Rodolfo Reyes, por su gran capacidad financiera, Limantour merecía una estatua en el Paseo de la Reforma, pero como político era un desastre, y lo culpó de haber desatado el torbellino revolucionario.[469]

En París visitó a Francisco León de la Barra, con quien cambió impresiones sobre Huerta. Se entrevistó en el Hotel Astoria con Porfirio Díaz al cual encontró muy agotado. Al verlo, el "caudillo" lo abrazó diciéndole "¡Pobre Bernardo¡" Rodolfo le aseguró que su padre murió como él quería. "Una mañana, a caballo, y de un tiro en la cabeza, aunque sólo le faltó que hubiera sido frente a un enemigo extranjero".[470] Por tales días estalló la primera guerra mundial, y su hermano Alfonso Reyes, decidió emigrar a España. En vista de ello, Rodolfo también marchó a España, en un tren militar, y sometido como toda la población al más estricto racionamiento.[471] Mientras tanto, en México, los revolucionarios le incautaban lo que llamaba escaso y honradísimo patrimonio.

Tras dos días de viaje, llegó con su familia a España y se hospedó en una pensión en San Sebastián. Rodolfo asegura que para el mes de agosto de 1914 se habían instalado aquí muchas familias mexicanas. Al iniciarse 1915, buscó la forma de ganarse la vida, y lo primero que obtuvo fue un contrato para dictar una conferencia en el Teatro Principal.[472] Durante el verano, participó en un concurso de tiro de pichón, en donde tuvo oportunidad de conversar con el rey Alfonso XIII. El rey le expresó que conoció a su padre y que incluso le obsequió un abrigo, el cual por cierto usa-

[468] Rodolfo Reyes, *De mi vida III. La Bi revolución española*, México, Jus, 1948, pp. 17-19.
[469] *Ibidem*, pp. 19 y 22n.
[470] *Ibidem*, pp. 20 y 21n.
[471] *Ibidem*, pp. 22-23.
[472] *Ibidem*, pp. 25-27.

ba el día que en que cayó muerto. A partir de entonces, hablaron en varias ocasiones, durante las cuales el rey mostraba una sorprendente germanofilia.[473]

Desde tiempo atrás, Francisco A. Chapa, farmacéutico y político local de San Antonio, Texas, lo había invitado para que se trasladara a Estados Unidos. Inicialmente no se radicó aquí por una prohibición expresa de Huerta. Como ahora este último había dejado de ser el hombre fuerte de México, decidió aceptar su invitación. Dejó a su esposa con tres hijos, y otro más esperando, y se embarcó a Nueva York. Llegó a San Antonio, Texas, donde Chapa le tenía arreglado un negocio en sociedad con unos abogados locales. Aquí trabajó unos cuantos meses.[474] Como le surgió un negocio en Europa, regresó en julio de 1915 al viejo continente. Salió de Estados Unidos vía Nueva York, ayudado por Miguel Cárdenas, ex gobernador de Coahuila. Llegó a San Sebastián, a los cinco días del nacimiento de su cuarto hijo. Rodolfo Reyes se puso feliz y a partir de entonces pregonó entre sus amigos, que ahora era el padre de un español, lo cual lo unía a la Madre Patria.[475] En San Sebastián vivían los ex ministros Adolfo de la Lama y Manuel Mondragón. Rodolfo define al primero, como una persona muy inteligente, de nobles sentimientos, y al segundo, como simpático, pero vencido por sus dolencias. En una plática, De la Lama reconocía los errores de su amigo Huerta, y maldecía su conducta hacia Félix Díaz.[476] Mondragón siempre porfirista, difícilmente aceptaba que México cambiara su estructura económica, política y social, aun en el caso de que se hubieran mantenido en el poder los mismos que encabezaron el golpe de estado contra Madero.

Pero en sus *Memorias*, Rodolfo Reyes finge no saber quiénes fueron los asesinos intelectuales de Madero y Pino Suárez, y asegura que no obstante su cercanía con Mondragón en el destierro,

[473] *Ibidem*, pp. 28-29.
[474] *Ibidem*, pp. 29-31.
[475] *Ibidem*, pp. 31-32.
[476] *Ibidem*, p. 33.

éste jamás se lo dijo. En otra parte de sus *Memorias*, deduce que durante la Decena Trágica, los civiles fueron víctimas de una "militarada" y deja entrever que Huerta fue el culpable. Textualmente expresa:

> Huerta condujo y dirigió con un maquiavelismo sorprendente, ya que suprimió a los que eran obstáculo a su posible legalidad y creó uno insuperable para que el felicismo siguiera un camino sin tachas éticas, porque dio base a sospechas que pudieron en aquellas horas resultar tan lógicas como ante la historia, son hoy absolutamente vacuas.[477]

Su retórica barroca, difícil de descifrar, le sirve de cortina de humo para evadir su responsabilidad.

A comienzos de 1916 Rodolfo Reyes viajó nuevamente a Estados Unidos para cumplir encargos de una empresa mercantil. En Nueva York se entrevistó con Félix Díaz, lo cual provocó celos entre quienes ahora lo rodeaban ya que temían ser desplazados. Los partidarios de Félix empezaron a intrigar para apartarlo, y en vista de ello, al concluir sus trabajos, Rodolfo volvió a San Sebastián.[478] En octubre de 1916 trasladó su residencia a Madrid. Dos años más tarde, se topó con los hijos de Ángel Maiz, dueños de la antigua firma "Maiz Hermanos", de su natal Monterrey, con los que tenía gran amistad. Por medio de sus contactos y relaciones, se estableció en Bilbao, justo cuando la primera guerra mundial generó un notable desarrollo industrial y financiero. Aquí se abocó al ejercicio de actividades industriales y comerciales.[479] Pero Rodolfo ya no habló más de los mexicanos que aquí vivían exiliados ni de la política mexicana, guardó estricto silencio. De cualquier forma, siguió fiel a Félix Díaz, escribiendo artículos que publicaba en los diarios de Europa y de Estados Unidos.

[477] *Ibidem*, p. 34.
[478] *Ibidem*, p. 35.
[479] *Ibidem*, pp. 45-47, Moisés González Navarro, *Los extranjeros en México y los mexicanos en el extranjero 1821-1970*, vol. III, México, El Colegio de México, 1994, pp. 379-381 y la *Revista Mexicana*, núm. 29, 26 de marzo de 1916.

Pero en México, sus enemigos políticos no lo olvidarían y lo mezclarían en incursiones armadas ficticias. Con motivo de la entrada al país en 1919 de Aureliano Blanquet, presto a reforzar la campaña de Félix Díaz, la prensa empezó a especular que Rodolfo Reyes también estaba a punto de llegar a suelo patrio para unírsele. Se aseguraba que se había embarcado en Europa en el vapor español Alfonso XIII, y que en La Habana la policía evitó que bajara a tierra, para impedir que se comunicara con los ahí expatriados. Asimismo se dijo que continuó a bordo del vapor, y el capitán del puerto de Veracruz se aprestaba a capturarlo. A final de cuentas, la policía mexicana registró minuciosamente el Alfonso XIII, sin encontrar al famoso viajero. A causa de ello, todos se preguntaban: en dónde había desembarcado Rodolfo Reyes. Nadie pudo dar respuesta, aunque se aseguraba que cuando el vapor salió de La Habana, Rodolfo Reyes estaba a bordo.[480] Diez días más tarde, la prensa mexicana salió con que Rodolfo Reyes seguía en Europa y que tenía planeado trasladarse a México y sumarse a la campaña de Félix Díaz. Otras noticias indicaban que al enterarse del fracaso y muerte de Aureliano Blanquet, los planes de Rodolfo se vinieron por tierra.[481] Total que todo era confusión.

Un pez grande: Cecilio Ocón

Como se recordará, Cecilio Ocón fue uno de los conspiradores originales de octubre de 1912 en La Habana, junto con Manuel Mondragón y Gregorio Ruiz. Durante la Decena Trágica, algunas de las reuniones de los conspiradores se llevaron a cabo en el hotel Majestic, que había rentado, ubicado al lado del zócalo capitalino y la actual calle de Madero.[482] No obstante su condición de civil, pudo moverse entre los militares golpistas sin problema alguno, y ejercer una influencia decisiva durante la Decena Trágica. Tanto la prensa como a *vox populi* lo señaló reiteradamente como

[480] *El Universal*, 19 de abril de 1919.

[481] *El Universal*, 30 de abril de 1919.

[482] El diario *Gil Blas*, del 12 de mayo de 1913, publica una semblanza apologética de Cecilio Ocón. Asimismo véase a Luis Liceaga, *op. cit.*, 1958, p. 136.

uno de los artífices no sólo del golpe de estado contra de Madero, sino del asesinato de Gustavo Madero. Luis Liceaga, el panegirista de Félix Díaz, exime tanto a éste como a Cecilio Ocón de toda participación en los asesinatos, lo cual resulta explicable.[483]

Pero el testimonio de Manuel Márquez Sterling, resulta bastante comprometedor para Cecilio Ocón. Expresa que durante la Decena Trágica, Gustavo Madero y el intendente Adolfo Bassó, fueron conducidos en automóvil del ministerio de Guerra, a la Ciudadela. A su llegada proliferaron las burlas e injurias. Asegura que un individuo llamado Cecilio Ocón, interrogó a los reos. Gustavo rechazó las imputaciones que le hacían e invocó su fuero de diputado. Pero después de condenarlo, junto con Adolfo Bassó, al cadalso, Ocón abofeteó brutalmente a Gustavo. "Así respetamos nosotros tu fuero," le dijo. Intervino Félix Díaz y los presos fueron llevados a otro departamento de la Ciudadela. La soldadesca, envalentonada, los persiguió en forma frenética y rugiente, unos befando a Gustavo, y otros descargándole sus puños hasta exasperarlo. Gustavo intentó quitarse de encima a los que más lo humillaban, sin mayores resultados. Entonces, un desertor del batallón 29 de apellido Melgarejo, pinchó con su espada el único ojo hábil de Gustavo, produciéndole en el acto la ceguera. El infame espectáculo les resultó divertido. Gustavo con el rostro bañado en sangre, anduvo a tientas, tropezando en forma vacilante, mientras el feroz auditorio le acompañaba a carcajadas. Cecilio Ocón dispuso entonces el cuadro para fusilarlo. Gustavo, concentrando todas sus energías, se quitó de encima a Ocón. Éste, rabioso, logró sujetarlo por la solapa de la levita y se entabló un jaloneo. En determinado momento, más de veinte fusiles descargaron sus balas sobre el mártir agonizante, que en tierra, lanzaba el postrer suspiro. "No se trata del último suspiro", exclamó Bassó. "Aún que-

[483]En cuanto al asesinato de Gustavo Madero, Liceaga asegura que este día Félix Díaz estuvo enfermo y Manuel Mondragón, dormido. Véase su libro citado, p. 212. Sobre el asesinato de Francisco I. Madero y Pino Suárez, expresa que Félix Díaz se enteró la noche del 22 de febrero, lo que le produjo una manifiesta indignación. Para limpiar su nombre, agrega que a partir de entonces, odió a Huerta. Tales aseveraciones aparecen en el mismo libro de Liceaga en las páginas 239 y 300.

dan muchos valientes a nuestras espaldas que sabrán castigar estas infamias." Ocón se volvió al intendente con la mirada turbia y el andar inseguro, señalándolo con un dedo, y dijo a sus compinches: "Ahora, a ése".[484]

Alfonso Taracena, aporta una versión similar. Asegura que Gustavo Madero fue conducido en un automóvil por el general Joaquín Maass y Luis Fuentes a la Ciudadela, y lo entregaron al general Manuel Mondragón. En seguida, entre empellones, injurias y golpes, una turba de energúmenos llevaron a Gustavo a las afueras de la fortaleza. Cecilio Ocón, el que días antes mendigaba a Gustavo y a Sánchez Azcona, le permitieran realizar algunos negocios turbios, le colocó su pistola en el pecho para amedrentarlo. A continuación, se redoblaron las blasfemias y los puntapiés sobre el indefenso prisionero, hasta llevarlo al lugar en donde está la estatua de Morelos. Sangrante y con las ropas desgarradas, experimentó el dolor supremo, cuando un salvaje le arrancó de un marrazaso el único ojo sano. Gustavo se cubrió el rostro con las manos y emitió unos lamentos desgarradores. A pesar de su indefensión, aquellos demonios le gritaban que era un cobarde y un llorón, mientras le clavaban sus puñales y espadas en el abdomen. Adolescentes de la escuela de aspirantes le arrojaron tierra cuando lo vieron avanzar tambaleante y completamente ciego. Manuel Mondragón y Félix Díaz observaban complacientes el linchamiento de aquel hombre, ya desangrado, agotado y sucio de lodo y sangre. Un sujeto le hizo un disparo en el rostro y enseguida le dieron lo que se llama el tiro de gracia. El siniestro Cecilio Ocón se acercó con una linterna, le extrajo el ojo de vidrio, llenó la cuenca vacía con estiércol mezclado con el aceite de la lámpara, y le prendió fuego. Después de apoderarse de una cartera y un fistol de la corbata, desnudaron el cadáver, lo mutilaron, y lo dejaron tirado hasta el amanecer.[485]

El escritor Carlos Tello señala a Cecilio Ocón como el asesino de Gustavo Madero, razón por la que lo llama el "Chacal de

[484] Manuel Márquez Sterling, *op. cit.*, pp. 466-468.
[485] Alfonso Taracena, *Francisco I. Madero*, México, Porrúa, 1985, p. 157.

la Ciudadela".[486] Un adjetivo lanzado no contra Victoriano Huerta, sino contra Ocón. Pero ésta es sólo una parte de la historia. La otra, es que también se le señala como uno de los hombres que participó en los preparativos del asesinato de Francisco I. Madero. Se sabe que en la tarde del 22 de febrero de 1913, Cecilio Ocón consiguió un automóvil sedán Protos, propiedad de Alberto Morphy. Ocón le ordenó al chofer dirigirse al Palacio Nacional, en donde estaba otro de marca Peerless. Ya en Palacio Nacional, Ocón habló con el mayor Francisco Cárdenas y con Aureliano Blanquet. Luego fue a la Secretaría de Guerra y a la residencia de Félix Díaz. De regreso a Palacio Nacional, Ocón subió a la oficina de Blanquet para indicarle que los planes estaban en marcha. Blanquet telefoneó al coronel Luis Ballesteros, director de la Penitenciaría para indicarle que los reos estaban en camino.[487] Como se sabe, en el trayecto Francisco I. Madero y Pino Suárez fueron asesinados. Existen testimonios de que Ocón fue el encargado de simular el ataque, para luego atribuírselo a los "maderistas". También se dice que no cumplió con el encargo ya que llegó tarde. De cualquier forma, Cecilio Ocón se empapó las manos de sangre.[488]

En abril de 1913, Huerta pospuso las elecciones presidenciales, causando la indignación de los felicistas. En represalia, éstos tramaron asesinarlo. El testimonio proviene de Luis Liceaga, un personaje fuertemente comprometido con ellos. Narra que en una junta celebrada en la academia metropolitana, en la que participaron los generales Manuel Mondragón y Guillermo Rubio Navarrete, el mayor Agustín del Río, y los civiles Fernando Pimentel y Fagoaga, Fernández Castellot y Cecilio Ocón, acordaron asesinar a Huerta por considerar que se trataba de un acto de prioridad nacional. Con este fin sortearon quién debía ejecutar tan patriótica

[486] Carlos Tello, *op. cit.*, p. 150.

[487] Pedro González Blanco, *De Porfirio Díaz a Carranza*, Madrid, Ateneo de Madrid, 1916, pp. 104-107, Michael C. Meyer, *Huerta*, pp. 79-81 y 83, Manuel Márquez Sterling, *op. cit.*, pp. 574-575 y Gonzalo N. Santos, *Memorias*, México, Grijalbo, 1986, pp. 707 y 828-831.

[488] Manuel Márquez Sterling, *op. cit.*, pp. 574-575, Pedro González Blanco, *op. cit.*, pp. 104-107 y Gonzalo N. Santos, *op. cit.*, pp. 828-831.

tarea. Hecho el sorteo, resultó ser el general Mondragón el señalado para llevar a cabo el asesinato, pero pasaron los días y no lo realizó. Poco después, Rubio Navarrete se ofreció a ejecutar la tarea, pero fracasó. En vista de ello, volvieron a reunirse el general Mondragón, Cecilio Ocón y Félix Díaz, en la residencia de este último, y ahí Mondragón le dijo a Félix: "General, la actitud de Huerta es ya insoportable, y no hay más solución que matarlo". Sin esperar a que terminara de hablar, Cecilio Ocón intervino y dijo: "Yo lo mato." "Sólo esperamos el asentimiento de usted."[489] Como Luis Liceaga se esmera en presentar a Félix Díaz como un ángel de la paz, asegura que se negó y no dio su consentimiento.

Consciente de su papel jugado en el golpe de estado contra Madero, y en el asesinato de su hermano Gustavo, a finales de 1913 Cecilio Ocón abandonó el país junto con Félix Díaz. Para su desgracia, los carrancistas lo incluyeron en la lista de los peces gordos a los cuales había que atrapar y enviar al paredón. A finales de 1914, Cecilio Ocón apareció en San Antonio, Texas, mezclándose con los mexicanos que aquí llegaban desterrados, predominantemente huertistas. No obstante que todos sabían de sus nexos con Félix Díaz, lo dejaron que rondara en torno a ellos. Todos sabían que no tenía talla de caudillo ni de dirigente, y que solía operar escudándose en otras personas. Para sorpresa de los exiliados, Ocón empezó a jactarse de estar montando un movimiento contrarrevolucionario, en el cual participaba Federico Gamboa.[490] Su movimiento naturalmente era ficticio. En los meses siguientes utilizó sus dotes de espía para informar a Félix Díaz de lo que tramaban los exiliados en San Antonio, Texas, y se acercó al grupo promotor de la Asamblea Pacificadora Mexicana, sin jugar un papel relevante.[491]

En forma gradual, su complicidad en los asesinatos de Madero, de su hermano Gustavo y de Pino Suárez, salieron a la luz pública. Para acallar a sus detractores, en enero de 1916 Ocón en

[489] Luis Liceaga, *op. cit.*, pp. 298-299.
[490] Federico Gamboa, *Mi diario*, t. VI, p. 205.
[491] *Ibidem*, pp. 224-225.

vió una protesta por telégrafo al general Pablo González, la cual asegura también se reprodujo en el *New York Herald*,[492] negando tales acusaciones, pero no se atrevió a volver a la ciudad de México. A finales de febrero de 1916, Luis Cabrera viajó a Estados Unidos, llevando la documentación necesaria para tramitar ante el gobierno estadounidense la extradición de Félix Díaz, Aureliano Blanquet y de Cecilio Ocón.[493] El primero de ellos, había vuelto a suelo mexicano y nada logró con los dos últimos. Pero en 1917, Ocón tuvo un sobresalto. Ocurre que apareció en La Habana el libro del diplomático cubano Manuel Márquez Sterling, *Los últimos días del presidente Madero. Mi gestión diplomática en México*, que lo incriminaba fuertemente en los sucesos de la Decena Trágica. El diplomático lo señalaba como uno de los artífices del golpe de estado de 1913, de la muerte de Gustavo Madero y del intendente Adolfo Bassó. Al enterarse del contenido del libro y de las evidencias aportadas, Ocón se indignó y protestó por escrito. Le envió a Márquez Sterling una carta en la que lo etiquetaba de mentiroso y calumniador. Decía que en los días del libertinaje y de la anarquía en México, al calor de las pasiones políticas, algunos cobardes utilizaron su nombre y lo mezclaron en los asesinatos de Francisco y de Gustavo Madero, pero que ello era falso, ya que nada tuvo que ver.

Cecilio Ocón agregaba que aprovechándose de que era miembro del cuerpo diplomático cubano, Márquez Sterling le imputaba repugnantes calumnias, las que naturalmente no aceptaba. Para limpiar su nombre, lo desafiaba a que en el perentorio plazo de quince días, presentara las suficientes pruebas de sus afirmaciones, ya que de lo contrario, iría ante los tribunales para ejercitar sus derechos, reivindicar su honra y castigar a sus detractores. Para demostrar que estaba decidido a todo, publicó la referida carta en la *Revista Mexicana,* dijo haber enviado una copia a Márquez Sterling por correo a La Habana, y otra más por medio de un en-

[492]Citado en la *Revista Mexicana*, núm. 162, 13 de octubre de 1918.
[493]Luis Liceaga, *op. cit.*, p. 361.

viado especial.[494] Pero Cecilio Ocón no cumplió con sus amenazas de llevar a Márquez Sterling a los tribunales.

Cecilio Ocón se dedicó a los negocios, y en una ocasión viajó a la ciudad de México. *El Nacional*, dirigido por Raúl Noriega, publicó un retrato suyo calificándolo de honorable industrial.[495] Durante la segunda guerra mundial, hizo otro viaje a la ciudad de México para visitar a su amigo Maximino Ávila Camacho, que era el titular de la secretaría de Comunicaciones. Por azares del destino, Gonzalo N. Santos lo vio en la citada secretaría, describiéndolo como una persona de mediana estatura, muy blanco, de ojos azules muy saltones. Ocurre que Ocón era dueño de una patente para producir gasolina con alto octanaje. Por recomendación de unos amigos mexicanos y americanos, Ocón había ido a ofrecerle la patente a su amigo Maximino.[496]

IGNACIO DE LA TORRE Y MIER

A FINALES de 1915 fue aprehendido Ignacio de la Torre y Mier, yerno de Porfirio Díaz, en su hacienda San Nicolás Peralta, por orden de las autoridades del Estado de México. A continuación, fue llevado al cuartel general del Ejército Libertador del Sur, acusado de varios delitos: despojo de terrenos en agravio de los campesinos en Morelos, sostenedor del régimen de Victoriano Huerta, y organizador de cuerpos paramilitares para combatir a los revolucionarios del sur. Presintiendo que su aprehensión lo podría

[494] Según los editores, la carta se extravió en la redacción de la *Revista Mexicana*, y se publicó en forma extemporánea en el núm. 162, del 13 de octubre de 1918. El cónsul mexicano en La Habana, Antonio Hernández Ferrer, mantuvo una estrecha vigilancia sobre los viajes que Cecilio Ocón hizo a la isla en julio de 1916, en busca de apoyo para la campaña de Félix Díaz en territorio mexicano. Véase los expedientes del AHSRE bajo la clasificación L-E-842 y 843. Para sus viajes a Canadá, véase el expediente L-E-727. A su vez, los exiliados atacaron rudamente a Márquez Sterling, aduciendo que se había hecho famoso a costa de su supuesta protección a Madero antes de su asesinato. Los ataques aparecen en la *Revista Mexicana*, núm. 63, 19 de noviembre de 1916.

[495] Alfonso Taracena, *Francisco I. Madero*, p. 173n.

[496] Gonzalo N. Santos, *op. cit.*, pp. 829 y 831.

conducir al paredón, arguyó que desde hacia ocho años estaba alejado de la política, y que se dedicaba a cultivar su hacienda en el Estado de México, ya que la de Tenextepango, del estado de Morelos, la había abandonado. Negó haber sido amigo de Huerta al cual, afirmaba, sólo había visto una ocasión en su vida. De inmediato fue recluido en el penal de Lecumberri.[497] En ningún momento sus aprehensores mencionaron el préstamo del automóvil a Francisco Cárdenas, para transportar a los asesinos de Madero y Pino Suárez, objeto para el cual es difícil aceptar que no hubiera estado enterado.

Entre 1915 y 1916 sufrió toda una odisea. Ignacio de la Torre vivía en una celda cuyo único mueble era un camastro de huacales, en el Palacio de Cortés, en Cuernavaca. Prisionero de Zapata, recibió la noticia de las expropiaciones de sus tierras. Ello sucedió con San Carlos Borromeo, en Yautepec; Santiago Tenextepango, en Cuautla; y San Nicolás Peralta, en Lerma, entre otras. Los repartos fueron llevados a cabo por Manuel Palafox. En una ocasión, agobiado por sus dolencias, salió con sus custodios en una mula rumbo a la ciudad de Cuautla. A finales de 1917, cuando los carrancistas tomaron la ciudad, aprovechó la confusión de sus guardianes para huir en tumulto con el resto de los reos. Un amigo le prestó un caballo para dirigirse a Puebla, en donde se disfrazó, para expatriarse en Estados Unidos. Su esposa, Amada Díaz, se enteró de su fuga y odisea por medio de la correspondencia. No se volvieron a ver.[498] Al llegar a la ciudad de Nueva York, Ignacio de la Torre se internó en el sanatorio Stern. Sus males de hemorroides se habían agravado durante el cautiverio a que fue sometido por los zapatistas. En vista de la gravedad, los médicos optaron por operar de inmediato las venas del esfínter. La operación fue un fracaso e Ignacio de la Torre falleció la tarde del 2 de abril de 1918. La fecha no deja de ser simbólica pues se trataba del aniversario

[497] *The Mexican Herald*, 30 de abril de 1915, 2, 17 y 31 de mayo de 1915 y *El Radical*, 29 de abril de 1915.

[498] Carlos Tello Díaz, *op. cit.*, pp. 214-215.

de la victoria de Porfirio Díaz en la ciudad de Puebla en 1867.[499] Dejó sola y sin hijos a Amada Díaz.

La familia Fernández Castellot

Todo indica que por sus vínculos con Carmelita, la familia Fernández Castellot sufrió la pena del destierro. No se pudo verificar si uno de ellos, Francisco, casado con Lolita Rubio, huyó. Pero su hemano, Enrique, sí huyó, y a la postre formó parte del clan felicista que operaba en Estados Unidos, lo mismo que Luis, de los mismos apellidos.[500]

En el exilio no volvió a conjuntarse el grupo original que participó en el derrocamiento y asesinato de Madero y Pino Suárez. Huerta y Félix Díaz quedaron muy resentidos, al grado de que jamás se buscaron. Cuando el primero murió, tanto Mondragón como Rodolfo Reyes y Cecilio Ocón se acercaron a Félix Díaz, sin jugarse el todo por el todo como durante los días de la Decena Trágica. El único que olvidó viejos resquemores y volvió a jugársela con las armas en la mano fue Aureliano Blanquet, como veremos más adelante.

[499] *Excélsior*, 3 de abril de 1918 y Federico Gamboa, *Mi diario*, t. VI, p. 531.

[500] Carlos Tello Díaz, *op. cit.*, pp. 32, 43, 133, 136, 153 y 394, Federico Gamboa, *Mi diario*, t. VI, pp. 192 y 351 y Michael C. Meyer, *Huerta*, p. 239.

Capítulo XII

La situación en el destierro

Hasta este momento, se ha señalado que un buen número de políticos, intelectuales, militares, miembros del clero abandonaron el país, sin menospreciar a los hacendados, comerciantes, entre otros. Quienes estaban preparados para las actividades productivas, el destierro no les resultó pesado, pero los militares quedaban metidos en un brete. Tradicionalmente eran asalariados del Estado mexicano y al quedar desvinculados de él, el desconcierto fue completo. Con los intelectuales, las cosas, si bien fueron difíciles, hubo solución. El periodismo, las universidades, y actividades afines, les permitieron subsistir. Para el clero, las cosas se facilitaron pues recibieron el apoyo de sus homólogos cubanos y estadounidenses. Por la temática de sus obras, los integrantes del medio artístico y teatral no se adaptaron, pero de cualquier forma sobrevivieron. Con tales antecedentes, resulta necesario indagar a grandes rasgos cómo vivieron y cuáles fueron los mecanismos de subsistencia de los mexicanos en el destierro.

Los ex presidentes de la república

Al dejar Huerta el poder, el ex presidente de la república y gobernador con licencia del Estado de México, Francisco León de la Barra, desempeñaba una misión diplomática en Francia. Enterado de lo que sucedía en México, renunció a sus cargos y ahí permaneció en calidad de exiliado.[501] A su llegada a Estados Unidos, el

[501] *El Imparcial*, 8 y 29 de julio de 1914.

ex presidente de la república, Francisco S. Carbajal, convivió con varios exiliados huertistas y felicistas que pululaban en torno a la Asamblea Pacificadora Mexicana. La prensa cubana y otras fuentes también lo ubicarían en La Habana.[502] Francisco Lagos Cházaro tomó posesión de la presidencia de la república el 10 de junio de 1915, apoyado por el bando de la Convención de Aguascalientes, cuando estaba a punto de extinguirse. De cualquier forma, hizo frente a sus responsabilidades. Perseguido por los carrancistas, sufrió una odisea desde Toluca hasta Torreón, con 15,000 soldados hambrientos y faltos de parque para defenderse de los embates carrancistas. Muchos de ellos enloquecieron de hambre y sed en el camino, sin encontrar el menor auxilio. Agotada y consumida la columna en Durango, Lagos Cházaro salió con unos cuantos hombres para Jalisco, haciendo el recorrido por la sierra y montes deshabitados para no ser descubierto. Se ocultó en Guadalajara y a los pocos días se embarcó en Manzanillo con dirección a Guatemala. De ahí siguió su peregrinación para algunos países centroamericanos hasta que al fin se instaló en la Ceiba, Honduras. Aquí fue bien tratado y ejerció su profesión de abogado y de periodista. Publicó sus artículos en el semanario *Atlántida* y llegó a fundar una revista con el nombre de *Germinal*, la cual murió por inanición, no obstante que contaba entre sus colaboradores a las mejores plumas de América Central. Para Lagos Cházaro, en América Central sus habitantes sabían más del Japón que de México.

Es probable que en 1916 haya viajado a La Habana, ya que aquí fue objeto de especial vigilancia por parte tanto del gobierno cubano como del mexicano.[503] El cónsul Antonio Hernández Ferrer comunicó al gobierno mexicano que en abril de 1916, Lagos Cházaro había llegado a La Habana y que participaba en reuniones aparentemente secretas con varios exiliados. Pero también delató que Lagos Cházaro había participado en un fuerte escándalo en una

[502] Michael C. Meyer, *Huerta*, p. 233, Antimaco Sax, *op. cit.*, pp. 65-67, Leonardo Pasquel, *op. cit.*, t. II, México, INEHRM, 1972, p. 97, y Michael C. Meyer, *El rebelde del norte*, p. 144.

[503] Federico Gamboa, *Mi diario*, t. VI, p, 357.

borrachera en la casa de huéspedes ubicada en O´Reilly número 9, durante la cual sacó a relucir su pistola. Como sus compañeros de francachela no querían que el escándalo trascendiera, guardaron silencio. Después de ello, regresó a Honduras.[504]

A causa de que el presidente convencionista Eulalio Gutiérrez se fugó en enero de 1915 de la ciudad de México, junto con sus adeptos y una parte de las tropas rumbo a San Luis Potosí, Roque González Garza resultó designado presidente provisional de la república. Una vez destrozado el villismo, su sostén principal, González Garza, se refugió en Estados Unidos.[505] En la segunda quincena de junio de 1916, llegó a La Habana procedente de Nueva York. Sobra decir que inmediatamente fue sometido a una estrecha vigilancia por el cónsul Antonio Hernández Ferrer. Pero aquí no la tuvo todas consigo. Para los exiliados, en su mayor parte huertistas, no les resultaba del todo agradable por su filiación villista. Las cosas llegaron al grado de que en diciembre de 1916 tuvo un grave altercado con Guillermo Rubio Navarrete y se pactó un duelo. Por un lado estaba un general del extinto ejército federal, y por otro un revolucionario villista. De inmediato, las simpatías quedaron del lado de Rubio Navarrete.[506] A final de cuentas, el duelo no se verificó y es probable que a causa de tales desavenencias, Roque González Garza haya decidido regresar a Estados Unidos, en donde contrajo nupcias en septiembre de 1918.[507]

LOS INTELECTUALES HUERTISTAS

CONSCIENTE de que casi todos los intelectuales mexicanos de valía habían simpatizado con Huerta, razón por la cual estaban desterrados en Estados Unidos, Cuba, Francia, España, Guatemala y El Salvador, Carranza se interesó en atraerse a varios de ellos, en particular a los consagrados, pero la mayoría le mostró su desdén,

[504] Antonio Hernández Ferrer al director general de Consulados, La Habana, 26 de abril y 21 de junio de 1916, en el AHSRE, L-E-843 (1) 1916.

[505] Antimaco Sax, *op. cit.*, p. 73 y Federico Gamboa, *Mi diario*, t. VI, p. 212.

[506] Federico Gamboa, *Mi diario*, t. VI, p. 428.

[507] *Revista Mexicana*, núm.159, 22 de septiembre de 1918.

y siguió firme en sus convicciones, reacia a su gobierno y al proceso revolucionario, como lo fueron los casos de Francisco Bulnes, Salvador Díaz Mirón, Federico Gamboa, Nemesio García Naranjo, Enrique González Martínez, Carlos Pereyra y Victoriano Salado Álvarez.[508] Los que pusieron oídos atentos a sus llamados fueron contados.

En su *Diario*, Federico Gamboa habla de que para 1916, la mayoría de los exiliados en España estaban desesperados por la falta de dinero y la imposibilidad de utilizar su patrimonio en México, si es que lo tenían, el cual estaba incautado por los jefes constitucionalistas. Los califica de náufragos. Fernando Duret estaba neurasténico; Pablo Macedo, había caído en una fuerte depresión y casi no salía a la calle; Gumersindo Enríquez, vivía con estrecheses monetarias. Carlos Pereira, sobrevivía gracias a que su esposa puso una casa de asistencia, pero como los ingresos no eran suficientes, se preparaba para trasladarse a la Argentina a cumplir un contrato con un periódico. Por su parte, Victoriano Salado Álvarez, estaba sin trabajo, razón por la que decidió emigrar a El Salvador. En julio de 1916 este escritor pasó por La Habana rumbo a El Salvador, junto con su familia. Visitó a Federico Gamboa a quien le confesó que en realidad prefería quedarse en La Habana en vez de refugiarse en El Salvador. Efectivamente, hizo gestiones para permanecer en Cuba, pero no fructificaron y tuvo que trasladarse al vecino país centroamericano. Al año siguiente, solicitó la amnistía e hizo gestiones intermitentes para poder regresar a México.[509]

En Estados Unidos la situación fue similar. El gobierno de este país ejercía una estrecha vigilancia sobre los exiliados con la mira de deportarlos o enviarlos a prisión por violar las leyes de

[508] Javier Garciadiego, *op. cit.*, p. 343 y la *Revista Mexicana*, núm. 18 del 9 de enero de 1916, el 21 del 30 de enero de 1916, el 22 del 6 de febrero de 1916, el 26 del 5 de marzo de 1916, el 29 del 26 de marzo de 1916, el 39 del 4 de junio de 1916, el 52 del 3 de septiembre de 1916 y el 53 del 10 de septiembre de 1916.

[509] Entre otras, las peticiones de Victoriano Salado Álvarez para volver a México están fechadas el 19 de septiembre de 1917 desde San José, Costa Rica. Véase el AHSRE, L-E-839 (3). Asimismo, información similar se encuentra en Federico Gamboa, *Mi diario*, t. VI, pp. 335, 381-383 y 399, Javier Garciadiego, *op. cit.*, p. 405 y Berta Ulloa, *Revolución mexicana 1910-1920*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1985, p. 405.

neutralidad. Esto, aunado a la vigilancia que ejercía Carranza mediante su sistema de espionaje, permitía tener un control casi total. Tanto en La Habana como en Estados Unidos, la vida les resultó difícil a los exiliados. Salvo contadas excepciones, no hicieron fortuna ni tuvieron empleos bien remunerados. Entre los pocos a quienes les fue bien, figuran Eduardo N. Iturbide y Emilio Rabasa. El primero se dedicó al negocio de la compra de cianuro y maíz que enviaba a México, y el segundo puso un despacho de abogados en Nueva York. Al parecer tuvieron tanto éxito en sus negocios que para 1916 habían ganado mucho dinero.[510]

Federico García y Alva puso en Los Ángeles, California, la llamada Agencia México en la Expatriación, para tratar de resolver los problemas económicos que agobiaban a muchos desterrados. Operando como promotor, hizo un llamado a sus amigos en el exilio, expertos en los campos de las ciencias y de las artes, para que se sumaran a su empresa. ¿Qué es lo que pretendía García y Alva? Ofrecer sus servicios a quien los necesitara. El controvertido promotor estaba seguro de que entre sus compatriotas había expertos en redactar los estatutos de toda clase de sociedades mercantiles, en escribir y publicar leyendas, cuentos, novelas, e ilustrar historietas para anuncios y almanaques. A los editores y libreros les ofrecía desde el folleto más sencillo hasta la obra más seria, a las compañías teatrales y empresas cinematográficas, los argumentos desde cómicos hasta dramáticos, además de atender toda clase de asuntos en el campo de la abogacía, medicina, ingeniería, arte, política, economía, literatura, sociología, milicia, marina, aviación, e incluso oraciones fúnebres.

Pero esto no era todo: la citada empresa fungía como agencia de colocaciones de tipo artístico, comercial y turístico. En el primer caso, ofrecía artistas, músicos, cantantes, pintores, dibujantes y toda clase de personal requerido. En el aspecto comercial ofrecía a los hombres de negocios mexicanos, hacerles sus compras en Estados Unidos y remitírselas a México por correo o vía express. Para

[510] Federico Gamboa, *Mi diario*, t. VI, pp. 344 y 502.

ganarse la confianza de sus clientes, ofrecía también investigar los precios más ventajosos en las mejores casas comerciales de Estados Unidos. Finalmente ofrecía guías a los mexicanos que viajaran de turistas a Estados Unidos, para conocer las mejores ciudades.[511]

Nemesio García Naranjo, exiliado en San Antonio, Texas, con sus ahorros se hizo de una imprenta en la que editaba la *Revista Mexicana*, la cual se constituyó en un excelente canal a través del cual se pulsaba el sentir de los mexicanos en el exilio. En sus páginas colaboraron Emilio Rabasa, Victoriano Salado Álvarez, Querido Moheno, Francisco Elguero, Rafael Martínez Carrillo, David de la Cerna, Manuel Calero, Ricardo R. Guzmán, Esteban Maqueo Castellanos, José Juan Tablada, José Rafael Rubio conocido como Rejúpiter, y Perfecto Yrabien, entre otros. Cuando los soldados estadounidenses invadieron suelo mexicano en persecución de Villa, García Naranjo fue uno de los periodistas que protestaron a través de su revista por el ultraje a la soberanía mexicana.[512]

Ezequiel A. Chávez, uno de los fundadores de la Universidad Nacional en 1910, junto con Justo Sierra, llegó a ser el rector de esta institución durante el huertismo. En 1916, ya con Carranza en el poder, fue cesado como profesor de ética en la Universidad Nacional, y a partir de este incidente, asumió una postura inexplicable. Sucede que a partir de este año, y hasta finales de 1917, se autoexilió en Estados Unidos. Por más que lo intentó, Ezequiel Chávez no pudo obtener una plaza de profesor en la Universidad de Columbia, a pesar de que tradujo al español un libro de su rector, Nicholas Murry Butler. Tampoco tuvo éxito en la Universidad de Harvard, a pesar de los buenos oficios de sus amigos, viéndose obligado a trabajar de manera independiente. Entre otras cosas, escribió una *Historia de América Latina* para la editorial MacMillan. Como Carranza nada tenía contra él, por gestiones de Luis Cabrera y Alberto J. Pani, el gobierno mexicano le otorgó una ayuda mensual

[511] *Revista Mexicana*, núm. 176, 19 de enero de 1919. Federico García y Alva fundó en San Antonio, Texas, el diario *El Imparcial*.

[512] Antimaco Sax, *op. cit.*, pp. 58-59, Michael C. Meyer, *Huerta*, pp. 239 y 245 y Federico Gamboa, *Mi diario*, t. VI, pp. 452 y 511.

con la condición de que estudiara la educación impartida a los indios y a los negros en Estados Unidos, así como la educación de índole industrial y comercial.[513]

Aureliano Urrutia pudo ejercer su profesión de médico en San Antonio, Texas, con gran éxito. En 1915, Federico Gamboa, José María Luján y otras dos personas, lo visitaron. Estaba instalado en una casa modesta, a la espera de que sus hijos y su esposa delicada de salud, se le unieran. Lo que sí notaron sus visitantes, fue que no se arrepentía de su pasado y que se mostraba altanero frente al porvenir. Ya casi de noche, en la penumbra, les expresó que guardaba cierto resentimiento contra su compadre Victoriano Huerta, pero que así como durante su paso por la Secretaría de Gobernación, fue solidario en todos sus actos, ahora caído, en desgracia, desterrado y maldecido, estaba con él, y asumía todas las responsabilidades que ello le acarreara.[514] Pero la suerte de Urrutia cambiaría rápidamente. A finales de 1918, ya vivía en un palacete indoespañol ubicado en el bosque de Blakenridge, signo innegable de que el hábil cirujano de Xochimilco había triunfado en tierra extraña.[515]

En México, los carrancistas le atribuían haber cometido innumerables crímenes en su paso por la Secretaría de Gobernación, y le negaban todo mérito en el campo de la medicina. Sus partidarios, que también los tenía, citaban que Urrutia había sido uno de los pioneros en la aplicación de la anestesia raquidiana, que había llevado a cabo operaciones de aneurismas, de tumores del tamaño de un feto, la extirpación de la matriz sin utilizar pinzas de ligaduras,

[513] Javier Garciadiego, *op. cit.*, pp. 25-26 y 392n y Federico Gamboa, *Mi diario*, t. VI, p. 347.

[514] Federico Gamboa, *Mi diario*, t. VI, p. 564.

[515] *Ibidem*, p. 563. En una entrevista que le hizo el diario *La Prensa*, editado en Nueva York, le preguntaron si no se arrepentía de haber colaborado con Huerta. Contestó que no. Que ni él ni muchos otros se arrepentían. Para el reportero Porfirio Hernández, Urrutia carecía de moral y era un hombre obsesionado en ganar, ganar siempre que hubiera sangre de por medio. *El Universal*, 11 de febrero de 1919. El libro *Doctor Aureliano Urrutia, su gestión científica, su acción política*, publicado en San Antonio, Texas, Artes Gráficas, 1946, contiene documentación relativa a su vida profesional en México como en el exilio.

correcciones de huesos y articulaciones, operaciones de cadera, de intestino, uréter, del riñón, del colon, entre otras, ante el asombro de los propios médicos estadounidenses.[516] También se dijo que era muy inclinado a filmar sus operaciones para mostrar al mundo sus habilidades médicas, y que en una ocasión operó al torero Gaona, después de sufrir una grave cornada. Sus detractores decían que Aureliano Urrutia era un farsante, que tenía un séquito de aduladores encargados de predicar sus supuestos triunfos quirúrgicos, y que en Estados Unidos casi nadie lo conocía. En una palabra: que los logros de Urrutia eran un mito. Por qué esto último. En primer lugar, porque no ejercía en el corazón de Estados Unidos, ni disputaba la supremacía a los cirujanos más eminentes del vecino país del norte. Afirmaban que Urrutia se había establecido en Texas, un lugar en donde sólo había facultativos mediocres. Para abollarle aún más su prestigio, expresaban que su clientela estaba formada por mexicanos, con la particularidad de que eran desterrados.

La animadversión de las autoridades cubanas y la misma población hacia los exiliados mexicanos fue creciente. Márquez Sterling fundó en 1916 el diario *La Nación*, y si bien dio empleo a algunos de ellos, su nombre les recordaba su calidad de protector de Madero. La xenofobia llegó al grado de que las autoridades cubanas veían moros con tranchetes por todas partes, y en febrero de 1917, recluyeron a cuatro mexicanos en el fuerte de San Severino, acusándolos falsamente de complicidad en el fallido asesinato de Mario García Menocal, el presidente de la Cuba.[517]

Salvador Díaz Mirón fue bien recibido en La Habana, y según Castro Leal, el presidente García Menocal le puso a su disposición una pensión de trescientos dólares mensuales que el poeta declinó. Nicolás Rivero, director de *El Diario de la Marina*, le ofreció el puesto de redactor, pero tampoco aceptó ya que no quería escribir sobre política mexicana en un diario extranjero. Para ganarse la vida, Díaz Mirón se dedicó a dar clases de francés, historia universal y literatura en la Academia Newton, que dirigía Tomás Sego-

[516] *Revista Mexicana*, núm. 18, 9 de enero de 1916.
[517] Federico Gamboa. *Mi diario*, t. VI, p. 445.

viano. Con su sueldo de profesor, y lo que ganaba su hijo Mario, como empleado en una institución bancaria, vivió con su familia los años del destierro.[518] En forma gradual, aceptó que las cosas en México habían cambiado. En una ocasión, Díaz Mirón les dijo a sus camaradas en el destierro: "Se equivocan los que creen que Carranza no será estable en el poder. La revolución es un movimiento eminentemente popular que durará mucho tiempo todavía."[519] Lo que no implicaba que Díaz Mirón hubiera claudicado o se hubiera vendido.

Después de realizar algunos trabajos al frente de la Asamblea Pacificadora Mexicana, el secretario de Estado, W.J. Bryan le notificó a Federico Gamboa que no era persona grata, y que debía abandonar los Estados Unidos. Como no tenía los recursos suficientes para embarcarse a Europa, como eran sus deseos, se refugió en La Habana. Aquí dirigió la revista semanal *La Reforma Social.* A la par de la dirección de esta revista, entre 1915 y 1918, este intelectual y viejo miembro del servicio diplomático porfirista, sobrevivió como escribiente en el Banco Internacional de Cuba y en la Unión Industrial y Comercial.[520] Una de las cosas que más lo hirieron tanto a él como a otros connotados intelectuales mexicanos, fueron las dificultades para tener un empleo estable, un ingreso razonable, las intrigas y la pobreza. En 1919, su esposa María Sagaseta se enfermó gravemente, al grado de que fue confesada por el arzobispo de Yucatán, Martín Tritschler. Al quebrantarse día con día su salud, María Sagaseta tuvo que regresar a México en abril de 1919. Al año siguiente murió. En el ínterin, el gobierno carrancista le hizo saber a Gamboa que si pedía autorización, con seguridad lo dejarían regresar al país. A Gamboa le pareció humillante suplicar el indulto cuando tenía la certeza de que de nada lo podían acusar.

[518] Antonio Castro Leal, *op. cit.*, 1970, pp. 45-46 y Luis Ángel Argüelles Espinosa, *op. cit.*, pp. 123-124.

[519] Antonio Castro Leal, *op. cit.*, p. 45.

[520] Federico Gamboa, *Mi diario*, t. VI, pp. 177, 183-184, 591 y 625, Antimaco Sax, *op. cit.*, p. 54 y *El Demócrata*, 28 de septiembre de 1914. También puede consultarse el *Diario de Federico Gamboa (1892-1939)*, Selección, prólogo y notas de José Emilio Pacheco, México, Siglo XXI, 1977, p. 223.

A mediados de 1914, Querido Moheno llegó a La Habana en el vapor "Espagne", hospedándose en el Hotel El Telégrafo sólo el tiempo necesario para continuar su viaje a Nueva York. Tres meses después, concretamente en la tarde del 30 de octubre, regresó a La Habana. Como era de suponerse, los periodistas le preguntaron los motivos de su viaje a Cuba, y cuál era su opinión sobre la situación política mexicana. Moheno atacó a Carranza, y dijo que sólo volvería a México cuando se restablecieran el orden y la legalidad. Como no sabía a qué dedicarse, dijo que trataría de ponerse en contacto con los intelectuales cubanos, y de manera especial con el rector de la Universidad de La Habana, para impartir un curso sobre Derecho Constitucional Mexicano Comparado, lo cual logró y le produjo grandes satisfacciones.[521] Según Antimaco Sax, Querido Moheno intentó radicarse en Guatemala, pero desistió al percatarse de la hostilidad del presidente Manuel Estrada Cabrera.[522] A la postre, en La Habana, el ex secretario de Relaciones Exteriores y de Fomento, Querido Moheno, se ganó la vida escribiendo artículos para *El Diario de la Marina*, en cuyas páginas siguió defendiendo a Huerta, culpando de su caída al gobierno de Washington. También publicó varios artículos en la famosa *Revista Mexicana*.[523]

En una ocasión sus paisanos chiapanecos le preguntaron si debían deponer las armas y trabajar en paz al amparo del gobierno carrancista. Moheno les contestó que ciertamente sería lo único honrado, lo único patriótico, pero hasta que México tuviera un gobierno basado en la justicia. Por el momento ello era imposible ya que México era gobernado por badulaques y delincuentes, a pesar de que Venustiano Carranza había ofrecido que la "horda" que comandaba se transformaría en gobierno. A juicio de Moheno era difícil que los rufianes y los criminales curtidos en el pillaje y el asesinato, se transformaran en hombres de honor y respetaran el derecho ajeno. Prueba de ello era que en México, por todas partes se

[521] *Revista Mexicana*, núm. 134, 31 de marzo de 1918.

[522] *Diario de la Marina*, 11, 12 y 13 de julio de 1914, Antimaco Sax, *op. cit.*, pp. 57-58 y la *Revista Mexicana*, núm. 22, 6 de febrero 1916.

[523] Antimaco Sax, *op. cit.*, p. 58.

veía sangre, ruinas, desolación e iniquidad. Su amargura le llevó a afirmar que en tales momentos, "los mejores hijos de México" estaban "en el destierro".[524] Hombre de carácter, y en extremo locuaz, terminó muy lastimado por su papel jugado en la política mexicana, lo cual se puede apreciar en varios de sus libros publicados tanto en el destierro como a su regreso México.

Crítico feroz de varios héroes nacionales, Francisco Bulnes se refugió en La Habana junto con su esposa e hijo. Al igual que Federico Gamboa, aquí envejeció y los achaques y las enfermedades lo hicieron su víctima. En mayo de 1917 vivía en una casa modesta, sin energía eléctrica, de aspecto más campestre que urbano, junto con su esposa, María Teresa Yrigoyen de la Vega, con la que procreó un hijo y una hija. María Teresa, jamás abandonó a su esposo e hijo en el exilio. Su hija, en México, le pedía que los dejara por un tiempo y volviera a la patria por una temporada, pero jamás aceptó. Una noche le pidió a su esposo que le indicara en el horizonte, dónde quedaba México. A partir de entonces, noche a noche, se despedía de su hija y de sus nietos. A través de la distancia les decía: "hasta mañana";[525] el 11 de junio de 1917 falleció. Francisco Bulnes junto con su hijo, completamente solos, soportaron el paroxismo tanto del dolor como del destierro. A partir de este momento, Bulnes envejeció, al grado de que para mayo de 1919 ya no podía afeitarse con su propia mano. Gamboa diría que Bulnes cayó a un grado tal de pobreza, que terminó por acostumbrarse a la comida vegetariana, no tanto por razones médicas, sino porque era la más barata. Luego se refería a este hombre como un ser "superior", que en México vivía como un sibarita y comía en su casa a lo "Lúculo", pero en La Habana ocupaba un cuarto amueblado, modesto, y frecuentaba comederos de la peor ralea. Todo por el destierro. Pero eso no fue todo: a finales del mismo año, Bulnes fue despedido del *Diario de la Marina*, en donde escribía, acusado de ser espía del gobierno alemán.[526] Vivió pobre, ansiando regresar a México para morir.

[524] *Revista Mexicana*, núm. 115, 18 de noviembre de 1917. Parte del texto aparece en Alfonso Taracena, *LVRM (1915-1917)*, pp. 412-413.

[525] Federico Gamboa, *Mi diario*, t. VI, pp. 474-475.

[526] *Revista Mexicana*, núm. 122, 6 de enero de 1918, *El Diario de la Marina*, 6 de noviembre de 1917 y Federico Gamboa, *Mi diario*, t. VI, p. 504.

El 10 de septiembre de 1914, Francisco M. Olaguibel, uno de los miembros del famoso Cuadrilátero, y ex subsecretario de Relaciones Exteriores, fue aprehendido en la ciudad de México por la Policía Reservada, y enviado a la penitenciaría.[527] A los pocos días fue liberado, y al año siguiente pidió acogerse a una amnistía para poder vivir en santa paz. Para variar, fue nuevamente encerrado y después de permanecer un año tras las rejas, fue deportado a Cuba.[528] En octubre de 1916 llegó a La Habana en donde escribió un articulo profético llamado "Salve al destierro", el cual le leyó a Federico Gamboa. Ahí expresó que en México nadie esperaba nada de los expatriados, de los reaccionarios, a quienes apenas se les mencionaba. El olvido los había envuelto a todos, y cuando alguien hablaba de ellos, era en pretérito perfecto, como algo que fue, y que nunca más volvería a ser, como algo muerto o concluido definitivamente.[529] En su artículo dividió a los exiliados en tres grupos: los renegados, los ilusos y los serenos. Tuvo un empleo en la Unión Hispanoamericana de Seguros, en el cual no duró mucho tiempo.[530] Su salud rápidamente se quebrantó, al grado de que en abril de 1917 y en marzo de 1919 fue hospitalizado. Cuando sus amigos lo visitaban, su única platica giraba en torno a cuándo volverían a México. Ante su pavor de morir en La Habana, víctima de una soledad atroz y del desempleo, en forma reiterada hizo gestiones para volver a México.[531]

Para algunos, el destierro les supo a hiel y prefirieron morir. El caso típico fue el de Rubén Valenti. Después de deambular sin brújula por Estados Unidos, el ex subsecretario de Instrucción Pública, viajó a Guatemala en compañía de Nemesio García Naranjo. Al no vislumbrar perspectivas halagadoras ni futuro, este último decidió regresar a Estados Unidos para reunirse con su esposa. A los

[527] *El Liberal*, 11 de septiembre de 1914 y Alfonso Taracena, *LVRM (1912-1914)*, p. 415.

[528] *Revista Mexicana*, núm. 65, 12 de noviembre de 1916.

[529] Federico Gamboa, *Mi diario*, t. VI, pp. 424-425.

[530] *Ibidem*, pp. 522, 540-541, 546, 550, 580, 584, 588, 592, 595.

[531] Michael C. Meyer, *Huerta*, pp. 160n, 238n y Federico Gamboa, *Mi diario*, t. VI, pp. 411, 457, 459, 498, 522 y 616.

pocos días de haberse quedado sólo, Rubén Valenti no soportó la amargura ni la soledad, subió a un edificio, y se arrojó desde un balcón del tercer piso. El golpe brutal de la caída le ocasionó una muerte instantánea. Con el dinero que llevaba en su cartera y la venta de su reloj, se cubrieron los gastos de sus funerales.[532]

Los intelectuales del Partido Católico

JUSTO POR su apoyo real o ficticio a Victoriano Huerta, varios miembros prominentes del Partido Católico vivían expatriados. José López Portillo vivió en Estados Unidos, pero al cabo de quince meses, volvió al país acogiéndose a una ley de amnistía, con la resultante de que fue perdonado. Los demás tuvieron que esperar un lustro para pisar nuevamente tierra mexicana. El ex secretario de Agricultura, Eduardo Tamariz vivió en San Antonio, Texas, junto con su familia, la cual se destacó por su labor humanitaria para ayudar a sus compatriotas más necesitados.[533] Eduardo J. Correa también se exilió en Estados Unidos, pero poco se sabe sobre sus actividades en este país. Gabriel Fernández Somellera, que dirigió el periódico *La Nación*, convivía en España con intelectuales de la talla de Martín Luis Guzmán, los hermanos Rodolfo y Alfonso Reyes, Carlos Pereyra y Victoriano Salado Álvarez.

En La Habana vivía Ignacio Peón, quien fue presidente del Partido Católico en Mérida. Todo indica que se trataba de una persona de recursos, ya que en una ocasión, junto con otro yucateco, estuvieron dispuestos a pagarle a Federico Gamboa lo que pidiera, a cambio de escribir un folleto de medio centenar o más de páginas sobre el México de Porfirio Díaz. La empresa no fructificó y a mediados de 1916 falleció en la propia Habana.[534]

A la llegada de Carranza al poder, el diario de filiación católica, *El País*, fue suprimido y su director, José Elguero, tuvo que exiliar-

[532] Nemesio García Naranjo, *Memorias*, t. VIII, pp. 107-111 y *Revista Mexicana*, núm. 26, 5 de marzo de 1916.

[533] Federico Gamboa, *Mi diario*, t. VI, pp. 183 y 217.

[534] *Ibidem*, t. VI, pp. 297, 317 y 387.

se. En octubre de 1914 y buena parte de 1916, vivió en Estados Unidos. En los primeros meses del destierro, vivió en un hotel muy modesto llamado "Beach", en Galveston, jurando que jamás saldría de este país. Luego se trasladó a San Antonio, Texas, en donde dirigió *El Presente*, un diario antirrevolucionario. Para su desgracia, su situación económica se agravó y a finales de 1916 apareció por suelo cubano, en compañía de su padre, buscando empleo, topándose con que el dueño del *Heraldo de Cuba* le indicó que ya no quería más mexicanos.[535] De cualquier forma logró acomodarse y trabajó en el Banco Internacional, como jefe del Departamento de Crédito.[536]

Francisco Elguero, otro de los que huyó en el *City of Tampico* en septiembre de 1914, permaneció poco más de dos años en San Antonio, Texas.[537] En los primeros días de noviembre de 1916 llegó a La Habana en busca de nuevos horizontes, instalándose en el barrio El Vedado. Entre sus planes figuraba sacar una revista católica, *La América Española*, para lo cual solicitó la colaboración de los intelectuales aquí exiliados. Su primer número apareció en febrero de 1917. Por cierto que cuando la llevó a una librería para su venta a consignación, los empleados le dijeron en son de broma, que *La América Española* ya no existía. Pero la existencia de su revista sería fugaz ya que en octubre del mismo año fue clausurada. Sin orden escrita ni cosa que valiera legalmente, con lujo de fuerza y escasa urbanidad, varios agentes uniformados se presentaron en su domicilio, seguidos de la plebe del rumbo, a incautar por "orden superior", íntegra la colección de su revista *La América Española*, incluso la que estaba en los talleres. A partir de entonces, de noche y de día, un vigilante lo seguía tenazmente a corta distancia. Para los primeros días de 1919 se había enfermado de diabetes.[538]

[535] *Revista Mexicana*, núm. 21, 3 de enero de 1916, Michael C. Meyer, *Huerta*, pp. 147 y 239 y Federico Gamboa, *Mi diario*, t. VI, pp. 228, 344, 417 y 418.

[536] Joaquín García Pimentel, "III Elguero", en José Elguero, *Ayer, hoy y mañana*, Polis, México, 1941, p. 22.

[537] Federico Gamboa, *Mi diario*, t. VI, pp. 184, 192, 344.

[538] *Ibidem*, t. VI, pp. 415, 419, 437, 439, 444, 461, 493, 500-501 y 568.

Francisco Pascual García, ligado a las tareas educativas en la Universidad Nacional de México, fue secretario de la misma. Durante el huertismo ingresó a la política, y siendo diputado federal, el 15 de julio de 1914 pronunció un discurso en el que rechazó la renuncia de Huerta a la presidencia de la república. No aceptaba que Huerta huyera del país, dejando abandonados a sus colaboradores y a la población. A final de cuentas su postura no prosperó. A la llegada de Carranza a la ciudad de México tuvo que exiliarse primero en La Habana y luego en El Paso, Texas, en donde vivió en pésimas condiciones económicas.[539]

¿QUIÉN ERA QUIÉN ENTRE LOS INTELECTUALES?

EN EL destierro, a Manuel Calero y Jesús Flores Magón les dio por afirmar que los intelectuales mexicanos no habían servido en la administración de Victoriano Huerta, sin sospechar que habría diversas personas dispuestas a refutarle sus aseveraciones. Una de ellas fue Nemesio García Naranjo, en un artículo que lleva por título "La intelectualidad mexicana después de febrero de 1913", publicado en la *Revista Mexicana*. Nemesio García Naranjo se propuso demostrar en forma sistemática que, a partir de febrero de 1913, momento en que se consumó el derrocamiento de Madero, cuando menos setenta de los más famosos intelectuales mexicanos apoyaron a Huerta. Pruebas no le faltaban. Enumera a trece *literatos,* entre los que figuran Salvador Díaz Mirón, Federico Gamboa, Amado Nervo, Luis G. Urbina, Francisco A. de Icaza, Balbino Dávalos, Enrique González Martínez, José López Portillo y Rojas, Victoriano Salado Álvarez, Efrén Rebolledo, Manuel Puga y Acal, José Juan Tablada y Rafael López. Una decena de *jurisconsultos* del tamaño de Jorge Vera Estañol, Agustín Rodríguez, Emilio Rabasa, Julio García, Antonio Ramos Pedrueza, Victoriano Pimentel, Francisco Elguero, Francisco Carvajal, Miguel S. Macedo y Agustín Garza Galindo. Siete *tribunos elocuentes*: Francisco Bulnes,

[539] Eduardo J. Correa, *op. cit.*, p. 213 y Antimaco Sax, *op. cit.*, p. 49.

Francisco Olaguibel, Querido Moheno, Toribio Esquivel Obregón, Rodolfo Reyes, José María Lozano y Rubén Valente. Media docena de *historiadores de reputación internacional*: Genaro García, Luis González Obregón, Luis Pérez Verdía, Jesús Galindo y Villa, Carlos Pereyra y Vicente de P. Andrade. Otra media docena de *eminencias en el campo de la medicina y de la cirugía*: José Terres, Aureliano Urrutia, Manuel Toussaint, Julián Villarreal, Ulises Valdés y Fernando Zárraga. Media docena de *prestigiados educadores*: Ezequiel A. Chávez, Miguel F. Martínez, Antonio Caso, Alfonso Pruneda, Guillermo Sherwell y Leopoldo Kiel. Media docena de luminarias *en el campo de las artes plásticas*: Alfredo Ramos Martínez, Germán Gedovius, Saturnino Herrán, Arnulfo Domínguez, Fidencio Nava y Enrique Guerra. Seis *músicos* de la talla de Julián Carrillo, Carlos J. Meneses, Manuel M. Ponce, Pedro Valdés Fraga, Carlos del Castillo y el padre Velázquez. Cuatro *matemáticos renombrados*: Ramón Ibarrola, José Aguilera, Manuel Marroquín y Santiago Villarelo. Todo ello sin contar al *naturalista* Alfonso Herrera, el *geógrafo* Miguel Schultz y un *humanista*, el maestro Rivas.

A juicio de Nemesio García Naranjo, era de todos conocido que las personas citadas formaron parte de la administración de Victoriano Huerta, y afirmar lo contrario, como pretendían Calero y Flores Magón, resultaba ser una postura absurda, indigna y nada honorable. Para concluir, les advertía que se trataba de los intelectuales más brillantes, y que si alguien suprimía algunos nombres, o todos, borraba de un sólo plumazo a la intelectualidad mexicana.[540] Justo, por su estrecha vinculación con Huerta, la mayoría de estos intelectuales estaban exiliados.

Pero Nemesio García Naranjo no sólo buscaba demostrar que los intelectuales mexicanos más brillantes sirvieron a Huerta, sino que al lado de Carranza se quedaron los de segundo nivel. ¿Qué fue lo que hizo para demostrarlo? Por medio de su *Revista Mexicana* hizo una encuesta entre sus lectores, a los que pidió los nombres

[540] *Revista Mexicana*, núm. 2, 19 de septiembre de 1915.

de los intelectuales más importantes en los distintos campos de las ciencias y de las artes.[541] Sobra decir que su llamado tuvo respuesta y en octubre de 1916 publicó sus resultados en un artículo que lleva por título "Los veinte ciudadanos más eminentes de México".

En cuanto al *magistrado o ex magistrado más honorable*, Julio García recibió 34 votos, Rafael Rebollar le siguió en orden de importancia con 29, y en tercer lugar, Francisco Carbajal con 23, todo esto de un total de 105 respuestas.

Al considerar al *maestro más abnegado*, no hubo un personaje que lograra la mayoría indiscutible, pero de cualquier forma sobresalió el Ingeniero Miguel F. Martínez con 47 votos, seguido por Ezequiel A. Chávez y Serafín Peña con 42 y 23 votos respectivamente.

En cuanto al *diplomático más sutil*, según los lectores de la *Revista Mexicana*, Federico Gamboa recibió 114 votos, Francisco León de la Barra obtuvo 72, Balbino Dávalos 11 y Carlos Pereyra 5.

Al considerar al *poeta más inspirado de México*, Salvador Díaz Mirón obtuvo una mayoría abrumadora. Recibió 175 votos y Luis G. Urbina y Amado Nervo le siguieron, aunque en conjunto apenas lograron 50 votos.

Para *el artista más original*, tampoco nadie obtuvo la mayoría, aunque Manuel M. Ponce se llevó la delantera, seguido de cerca por Julián Carrillo y Alfredo Ramos Martínez. Ponce tuvo 43 votos, Julián Carrillo 40 y Ramos Martínez 38. Como se ve, las diferencias entre uno y otro eran de escasos tres votos.

Tampoco hubo un claro ganador en el rubro del *orador más elocuente de México*. Basta leer la siguiente relación: Francisco Bulnes, 43 votos; Querido Moheno, 37; José María Lozano, 34; Rodolfo Reyes, 29; Francisco M. Olaguibel, 26; Salvador Díaz Mirón, 23 y Jesús Urueta, 7.

Al referirse al *periodista más firme y convincente*, el propio Nemesio García Naranjo acaparó el mayor número de simpatías,

[541] *Revista Mexicana*, núm. 59, 22 de octubre de 1916. El mismo tema se aborda en el núm. 53 del 10 de septiembre de 1916 de la citada revista.

seguido por Rafael Reyes Spíndola y muy lejos de ellos, el doctor Flores, Carlos Díaz Dufoo y José Elguero.

La pregunta sobre el *político más sagaz* no fue del agrado de los lectores y casi todos eludieron dar una respuesta. Hubo alguien que dijo: "Todos son Bonillas". A pesar de ello, se recibieron 59 votos, de los cuales 22 favorecieron a Emilio Rabasa, 14 a Teodoro Dehesa, 9 a Manuel Calero y 5 al doctor Vázquez Gómez. Los demás votos se repartieron entre algunos ex ministros y ex gobernadores.

El tema del *general más pundoroso* dividió las opiniones en torno a dos personas, los generales Ignacio A. Bravo y Félix Díaz. El primero obtuvo 83 votos y el segundo 79.

Como el *sacerdote más puro* resultó ganador el arzobispo primado de México, José Mora y del Río.

Para el público, el *financiero más hábil de todo México* resultó ser José Ives Limantour quien obtuvo 173 votos; Esquivel Obregón recibió 7 votos; Pablo Macedo 14 y Francisco de P. Cardona 3.

El *historiador más verídico* fue motivo de controversias, pero Genaro García obtuvo 27 votos, Luis González Obregón 23, Carlos Pereyra 19 y Francisco Bulnes 14.

Las preguntas relativas al *capitalista más emprendedor y al industrial más progresista*, no atrajeron la atención de los lectores.

El *gobernante o ex gobernante de México más recto*, según la mayoría de las personas que votaron, fue el ex presidente Francisco León de la Barra, quien recibió 153 votos, Emilio Pimentel, ex gobernador de Oaxaca y Salomé Botello, ex gobernador de Nuevo León, también fueron mencionados.

Los resultados sobre el *funcionario o ex funcionario más honrado de México* tampoco fueron claros: Félix Díaz, en su calidad de ex Inspector General de Policía obtuvo 43 votos; Enrique Gorostieta, ex ministro de Justicia, 39; Leandro Fernández, ex ministro de Comunicaciones, 14 votos, y Jorge Vera Estañol, ex ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes, 9.

Llama la atención que en los resultados de la encuesta no figuraran Antonio Caso ni Andrés Molina Enríquez, que también apo-

yaron a Huerta, pero que permanecieron en México sin que Carranza los molestara. Tampoco aparece mencionado el doctor Aureliano Urrutia, considerado como una eminencia en el campo de la medicina.

¿Pero efectivamente se trataba de intelectuales de valía? En el último gabinete de Porfirio Díaz, Jorge Vera Estañol tuvo a su cargo la secretaría de Instrucción Pública, en donde presentó la gran idea de fundar escuelas llamadas rudimentarias con el fin de enseñar a leer y escribir a la población, además de impartir algunas nociones de aritmética, gramática e historia, a los adultos que no se habían preparado en su niñez. Como a los cuantos días se desplomó el porfirismo, el proyecto fue abandonado. Derribado Madero, en 1913 Jorge Vera Estañol, en su calidad de secretario de Instrucción Pública, resucitó el proyecto, y consiguió que el congreso aprobara el presupuesto necesario para iniciar la tarea. Sin embargo el autor de aquel esfuerzo educativo, renunció a su puesto a las pocas semanas.[542]

En su paso por la cámara de diputados, en septiembre de 1913, Querido Moheno presentó un proyecto de nacionalización de la industria petrolera. Allí mismo hizo una fervorosa exhortación en favor de la emancipación económica de México. Para sorpresa de muchos, se trataba de una de las primeras propuestas nacionalistas escuchadas durante la revolución mexicana. Moheno arguyó que en pleno siglo XX, no era novedoso que un gobierno tomara medidas para proteger sus recursos y citó como ejemplos la nacionalización de los ferrocarriles en Alemania y Francia, la nacionalización de la industria de la sal y el tabaco en Francia, y la nacionalización de las minas de carbón en Inglaterra. Lamentaba que una gran proporción de la riqueza petrolera mexicana saliera del país, sin dejar beneficio para la población, y declaró que ya era tiempo de contrarrestar semejante tendencia. El plan de Moheno indicaba que la nacionalización podía ser aplicada contra los intereses de Estados Unidos, pero no contra los británicos. Para mostrar que el proyecto

[542] Nemesio García Naranjo, *Memorias*, t. VII, pp. 32 y 179.

de nacionalización gozaba del apoyo presidencial y no era una fanfarronada, Huerta hizo algunos cambios en el gabinete. A dos días de que Querido Moheno pronunciara su discurso en la cámara, Huerta lo nombró secretario de Relaciones Exteriores. Así, Estados Unidos y la Gran Bretaña quedaban obligados a tratar directamente con el vocero más firme, enterado e interesado del proyecto.[543]

Enterados del plan, el almirante Paul von Hintze, le hizo saber a Nemesio García Naranjo que en Alemania se había leído con profundo interés la iniciativa presentada por Moheno al congreso. Que se habían estudiado los pros y los contras, para concluir que mediante otra fórmula, se podrían cosechar los mismos beneficios, sin quitarles sus propiedades a las compañías inglesas y estadounidenses. Para Alemania, una medida tan radical como la propuesta por Moheno, provocaría la protesta de los expropiados y plantearía el delicado problema de las indemnizaciones. Hintze le dijo a García Naranjo, que los técnicos alemanes en finanzas e industria, eran de la opinión que la fórmula correcta para dominar la industria petrolera, era nacionalizar los transportes. Los alemanes sugerían al gobierno mexicano organizar una compañía de transportes, semejante a la de los Ferrocarriles Nacionales, aportando el 51 por ciento de las acciones, y colocando en el mercado de Berlín el 49 por ciento restante.[544] Así, tanto los ingleses como los estadounidenses quedarían obligados a utilizar los transportes controlados por el gobierno mexicano. A final de cuentas, ni uno ni otro plan se llevó a cabo.

En febrero de 1914, Eduardo Tamariz se convirtió en el primer secretario de Agricultura de México. La familia Tamariz estaba integrada por importantes terratenientes y Eduardo, abogado de talento, llevaba el estigma de político católico y conservador. Poco después de asumir el cargo sorprendió a muchos al presentar una iniciativa de ley, la más avanzada de cuantas se habían presentado hasta entonces en la cámara de diputados, en materia agraria.

[543] Michael C. Meyer, *Huerta*, pp. 190-191, *El Independiente*, 29 y 30 de septiembre de 1913 y Alfonso Taracena, *LVRM (1912-1914)*, p. 284.
[544] Nemesio García Naranjo, *Memorias*, t. VII, pp. 239-241, 244, 247, 250-251.

Tamariz consideraba que previo análisis de la Constitución de 1857, el gobierno no tenía facultades para expropiar las grandes propiedades. Su fórmula consistía en implantar un método que presionara a los hacendados para deshacerse de parte de sus tierras, pero sin extralimitar la autoridad del gobierno. Encontró la solución en las disposiciones fiscales de la Constitución. En base a ello, exhortó al congreso para que incrementara sensiblemente los impuestos sobre las grandes propiedades. Al aumentar los impuestos, la tierra perdería parte de su valor para fines especulativos, y los hacendados considerarían la venta de parte de ella. Como corolario, proponía reducir o eliminar los impuestos a las pequeñas propiedades. Resulta significativo que el gobierno de Huerta no se opusiera a la fragmentación de las grandes propiedades.[545]

LA POSTURA DEL CARRANCISMO ANTE LOS INTELECTUALES DESTERRADOS

EL PENÚLTIMO día de octubre de 1915, Pascual Ortiz Rubio se erigió en el vocero de los intelectuales carrancistas y publicó un largo artículo en *El Demócrata* con un título novedoso "Tribuna roja. De trabajador a trabajador. Los 69 sabios de Don Nemesio", para refutar las tesis de Nemesio García Naranjo.[546] Y efectivamente lo hizo en forma peculiar: partió de la tesis de que tradicionalmente los intelectuales mexicanos son lambiscones, convenencieros y serviles ante quien detenta el poder político. Para confirmar su aseveración, hizo un análisis retrospectivo a partir del porfiriato. Afirmaba que Porfirio Díaz se atrajo a los hombres inteligentes mediante dádivas y concesiones, y a los reticentes e indomables, los persiguió hasta la muerte. Las personas inteligentes y cooptadas, dieron origen al llamado "grupo científico", que rápidamente se enriqueció y corrompió. Como hombres todopoderosos, hicieron todo, hasta el robo, utilizando el método de la ciencia. Pero su reinado tuvo un

[545] Michael C. Meyer, *Huerta*, pp. 186 y 239, Antimaco Sax, *op. cit.*, p. 60 y Federico Gamboa, *Mi diario*, t. VI, pp. 183 y 217.

[546] *El Demócrata*, 28 de octubre de 1915.

trágico fin. Al triunfo de la revolución, los científicos más prominentes y execrables, escaparon del país y se refugiaron en el extranjero. Los de segundo nivel, se quedaron en México, para ocupar los lugares vacíos, y enraizar de nuevo, al igual que sus ancestros. Sin pérdida de tiempo, aliados a Huerta, Félix Díaz, Manuel Mondragón y otros, enfocaron su ira contra quienes derribaron a Porfirio Díaz y prepararon la tragedia de febrero de 1913. Todo esto para beneplácito de los científicos expatriados.

Después de participar en el asesinato del presidente y del vicepresidente de la república, este pequeño núcleo de intelectuales con vocación de asesinos y buitres, se arrojaron sobre las arcas del tesoro nacional. ¿Por qué tanta rapacidad? Porque durante el porfiriato habían sido segundones y no pudieron saciar sus ansias de rapiña. Los intelectuales de primera línea, como Limantour y Pablo Macedo, les habían puesto ciertas barreras o cortapisas. A partir del cuartelazo, tuvieron el camino quedó despejado y a su alcance las arcas nacionales, ante la indiferencia del "ebrio consuetudinario". Pero Ortiz Rubio les hizo otro cargo: los acusó de que 1863, sus progenitores alentaron al gobierno francés para que invadiera México, y en 1914, estos famélicos buitres alentaron al gobierno de Estados Unidos para repetir la historia. A juicio de Ortiz Rubio, a la llegada victoriosa de Álvaro Obregón a las puertas de la Gran Tenochtitlán, los "científicos" segundones huyeron en estampida al extranjero.

En otra parte de su perorata, Ortiz Rubio quiso ser irónico afirmando: "¡Pobre país, de quince millones de habitantes, cuya intelectualidad, en el siglo XX, gravita en tan sólo ¡¡¡sesenta y ocho cerebros!!! Sesenta y nueve, con el de don Nemesio García Naranjo!". Pero su ironía estaba sesgada ya que Nemesio García Naranjo jamás dijo que durante el porfiriato, México había producido únicamente sesenta y ocho intelectuales. Habló de los intelectuales mexicanos, y dijo que de entre los más importantes, alrededor de sesenta y ocho, habían servido a Huerta. Y nada más. También dijo que era difícil ignorarlos ya que se corría el riesgo de borrar de un plumazo la intelectualidad mexicana.

Resulta indudable, que en los planteles de educación superior, prohijados durante el porfiriato, se produjo una pléyade de intelectuales, a muchos de los cuales, García Naranjo no mencionó. Y no los mencionó porque sólo le interesaba destacar a los más importantes, que para bien o para mal, vincularon su suerte a Victoriano Huerta. Ortiz Rubio pudo haber aportado una lista de los intelectuales carrancistas, sin mácula de cientificismo ni de corrupción, capaces de llenar el vacío producido por los intelectuales exiliados. Pero no lo hizo. ¿Por qué? Porque a lo mejor eran de segundo nivel.[547]

PARTIDARIOS DEL GOBIERNO DE LA CONVENCIÓN O DE FRANCISCO VILLA

EN FORMA inesperada, a finales de 1914, los intelectuales desterrados engrosaron sus filas con sus homólogos que habían militado en el bando de la Convención de Aguascalientes, e incluso con algunos desertores del carrancismo como el Dr. Atl. En algunos casos se trataba de intelectuales de altos vuelos, similares a los de factura huertista o felicista, aunque García Naranjo no hizo alusión a ellos en sus artículos publicados en la *Revista Mexicana*, por las naturales diferencias ideológicas.

Entre los casos más relevantes destaca Martín Luis Guzmán, quien durante el maderismo trabajó como bibliotecario en la Escuela Nacional de Altos Estudios, además de participar activamente en la política. Una vez que Madero fue asesinado, Guzmán se dirigió al norte del país para incorporarse a las fuerzas revolucionarias. Sin ser de las simpatías de Carranza, estuvo en el Estado Mayor de Álvaro Obregón y de Francisco Villa. A la renuncia de Huerta y al desencadenarse la lucha fratricida entre los jefes revolucionarios, Guzmán optó por el bando de Francisco Villa. En 1915, al ser derrotado el centauro del norte, se expatrió. En 1915 vivió en España y en Francia. En estos años publicó parte de sus obras

[547] En la *Revista Mexicana*, núm. 129, 24 de febrero de 1918, los intelectuales desterrados se siguieron comparando con los carrancistas. Como era de suponerse, los resultados les eran favorables.

como *La querella de México* y escribió en revistas y periódicos. Cuando Federico de Onís dejó de escribir su columna de crítica cinematográfica en la revista *España*, Martín Luis Guzmán y Alfonso Reyes la continuaron al alimón bajo el seudónimo de "Fósforo". Por cierto que en *El Fígaro* de Cuba, publicó un ensayo no muy conocido llamado "Diego Rivera y el cubismo". Henríquez Ureña lo convenció de trasladarse a Estados Unidos, e incluso le consiguió trabajo en la Universidad de Minnesota, pero Guzmán prefirió Nueva York, donde juzgó que tenía mayores probabilidades de desarrollarse como escritor. Además de dirigir *El Gráfico* y *La Revista Universal*, escribió ensayos políticos sobre México y Estados Unidos.[548]

Otro de los figurones, es sin duda José Vasconcelos, quien a finales de 1914, fungió como secretario de Educación en el gabinete de Eulalio Gutiérrez, designado presidente de la república por la Soberana Convención de Aguascalientes. Distanciado de Francisco Villa, a principios de 1915, Eulalio Gutiérrez huyó de la ciudad de México con sus adeptos y parte de las tropas rumbo a San Luis Potosí. Al agudizarse la lucha entre carrancistas y convencionistas Vasconcelos se exilió en Estados Unidos en donde permaneció por un lustro, hasta las vísperas del estallido de la rebelión de Agua Prieta, en que Obregón lo convenció de regresar a México. A la postre, colaboró con Obregón en sus planes políticos y educativos.[549]

El profesor de jurisprudencia en la Universidad Nacional, Miguel Díaz Lombardo, fue secretario de Relaciones Exteriores y de Justicia, en uno de los gobiernos emanados de la Convención de Aguascalientes, apuntalado por Francisco Villa. Con la debacle de la División del Norte, se refugió en Estados Unidos. Al poco tiempo, el gobierno estadounidense declaró oficialmente que Villa era un bandido, y vigiló muy de cerca a sus correligionarios, difun-

[548] Bruce-Novoa, "Estudio introductorio", en Martín Luis Guzmán, *La sombra del caudillo*, México, UNAM, 1987, pp. XVI-XVIII.

[549] Mauricio Magdaleno, *Hombres e ideas de la Revolución mexicana*, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1980, p. 182.

diendo que Díaz Lombardo se dedicaba a la vagancia. Esgrimiendo esta arma, lo encarcelaron y luego lo expulsaron del estado de Texas, razón por la que emigró a California. Después de esto, deambuló en Nueva Orleáns, en compañía de los también villistas Medinaveytia, Banda, Ramón Prida y otros más.[550]

Manuel Bonilla se refugió en El Paso, Texas. Aquí, el dos veces secretario de Estado, puso una tienda de abarrotes, y personalmente atendía a sus clientes que le compraban bacalao seco, cigarros mexicanos, botes de aceitunas y otras menudencias. Como en El Paso, los huertistas se contaban por millares y odiaban a los villistas, no faltó quien pusiera en la fachada de su tienda un rótulo que decía: "La última bonillada". Después de esta ofensa, Bonilla cerró su comercio y buscó nuevos horizontes en Nueva York. Aquí trabajó con el llamado "grupo legalista".[551] Pero hubo un villista que se exilió en La Habana. Se trata del doctor Miguel Silva, muy cercano al centauro del norte, que cayó gravemente enfermo en agosto de 1916. Manuel Márquez Sterling le solicitó a Carranza permiso para que el galeno pudiera morir en México, pero la respuesta fue negativa. Como su salud se agravó, murió el 20 de agosto, después de recibir los santos sacramentos. En la necrología, Márquez Sterling lo llamó "el hombre más puro de México".[552]

Ernesto Madero, fue secretario de Hacienda tanto de Francisco León de la Barra como de su sobrino Francisco I. Madero.[553] Durante su gestión, decretó un impuesto de 10 centavos de dólar por cada tonelada de petróleo, lo que al parecer causó la aversión del embajador estadounidense Henry Lane Wilson. Como resultado del golpe de estado en febrero de 1913, y de la muerte de Fran-

[550]Información sobre Medinaveytia, Banda y otros villistas, véase el informe consular fechado en enero de 1916 en el Paso, Texas, en el AHSRE, L-E- 810 y el del 18 de septiembre de 1916, L-E-799, Antimaco Sax, *op. cit.*, p. 72, Federico Gamboa, *Mi diario*, t. VI, p. 315, Odile Guilpain Peuliard, *op. cit.*, p. 93 y la *Revista Mexicana*, núm. 53, 10 de septiembre de 1916.

[551]*Revista Mexicana*, núm. 53, 10 de septiembre de 1916 y Antimaco Sax, *op. cit.*, p. 72.

[552]Federico Gamboa, *Mi diario*, t. VI, pp. 391, 395-396.

[553]Para esta parte se han utilizado la ponencia de María José García Gómez, "El exilio costoso: actividades políticas y financieras de la familia Madero en los Estados Unidos, 1913-1923", presentada en la X Reunión de historiadores mexicanos y estadounidenses, celebrada en Forth Worth-Dallas, Texas, 22 de noviembre de 1999.

cisco y de Gustavo, se encontró contra la espada y la pared, aprisionado por Félix Díaz y Victoriano Huerta. A instancias del embajador de Cuba, Manuel Márquez Sterling, el 28 de febrero de 1913 se trasladó a La Habana en el crucero "Cuba", con gran parte del clan familiar. Al mismo tiempo se dirigieron a La Habana los maderistas Adrián Aguirre Benavides, Victor Moya y Serapio Rendón, para organizar un Comité Revolucionario que reconquistara el poder político en México.

Algunos miembros de la familia Madero permanecieron escasos diez días en La Habana, no así Ernesto, quien estuvo unas semanas más planeando una rebelión contra Victoriano Huerta. En abril prosiguió su viaje a Nueva York, en donde decidió radicar. En junio, el cónsul huertista descubrió un envío de armas en el puerto de Nueva Orleáns con destino al puerto de Tampico, para ser recogidas por los simpatizantes de extinto presidente Madero. Se especula que las enviaba Ernesto y que el destinatario era Francisco Villa. Enterado de ello, Carranza buscó que Ernesto y la familia Madero en conjunto, financiaran su lucha contra Victoriano Huerta. Como sus gestiones no prosperaron, las relaciones entre ambos se tornaron tirantes. En Nueva York, Ernesto Madero fundó una empresa, la *Madero Brothers*, abocada a la distribución de productos químicos. Después de ello, se embarcó en julio de 1913 rumbo a Francia, recorrió Europa, y a principios de 1914 regresó a Nueva York. Todo hace suponer que durante estos meses, Ernesto continuó mezclado en la política y que participó en las labores de derrocamiento de Victoriano Huerta.

A la caída de Huerta y de su salida del país, Ernesto Madero no regresó a México. ¿Por qué continuó exiliado? La razón radica en que siguió apostando por el bando de Francisco Villa, y decidió volver a México cuando éste triunfara. En vista de ello, Carranza reforzó sus chantajes y presiones contra la familia Madero. Todo indica que a pesar de los fracasos militares del centauro del norte en 1915, Ernesto siguió aportando recursos a la causa villista a través de su empresa Madero Brothers. Enterado de todo esto,

Carranza le pidió dinero prestado supuestamente para consolidar su gobierno. Adrián Aguirre le respondió que por el momento Ernesto carecía de liquidez, pero que estaba por cerrar una operación comercial, y tan pronto como pudiera, algo le proporcionaría. En forma paralela, Carranza recibió una nota de su cónsul de San Antonio, Texas, en la que le comunicaba que Ernesto estaba desencantado de la labor militar de Villa y que buscaba suprimirlo y poner en su lugar a Felipe Ángeles.

A causa de los continuos fracasos militares de la División del Norte, Raúl Madero trató de convencer a Villa de que entrara en pláticas de paz con Carranza y Obregón, ya que era inútil seguir combatiendo. Villa vio en esto una sugerencia para rendirse y se negó. A consecuencia de ello, Raúl se separó de la llamada División del Norte. En 1916, Ernesto Madero se trasladó a San Antonio, Texas, cuando su fortuna se había deteriorado gravemente, y solicitó a Carranza la amnistía para regresar a México, sin conseguirla. En 1918, la viuda de Gustavo A. Madero, Carolina Villarreal, pidió audiencia a Carranza, acompañada de su hija, del mismo nombre. Ambas le pidieron a Carranza que cesara la persecución contra la familia Madero y que les permitiera regresar del exilio. Carranza respondió negativamente y las despidió. En vista de ello, la familia continuó en el exilio. Para 1922, los problemas económicos eran tales, que Enrique Madero Olivares se vio en trance de suspender sus estudios en la Universidad de Yale, ya que su padre, Ernesto estaba en bancarrota. Manuel Madero le prestó el dinero necesario para concluir sus estudios. En 1923, el clima político cambió y Emilio Madero González, hermano del asesinado presidente consiguió la autorización de Obregón para que Ernesto Madero volviera a México.

Casi al finalizar el mes de diciembre de 1915, Luz Corral, esposa de Francisco Villa, salió de Puerto Orleáns, junto con una veintena de personas rumbo a La Habana con el propósito de radicarse allí. Como era de suponerse, su inminente llegada fue tomada muy en cuenta por el cónsul carrancista, quien dispuso su estrecha

vigilancia e interceptó todos los mensajes cablegráficos dirigidos al cónsul villista en La Habana, llamado Agustín Patrón Correa.[554]

Efectivamente, en la primera semana de enero de 1916, llegó a La Habana la familia de Francisco Villa, alojándose en el hotel Gran América. En unión de la familia llegó un tal Vicente R. Pimentel, cura de Chihuahua, quien casó a Francisco Villa con Luz Corral, un matrimonio improcedente puesto que ya estaba casado con Juana Torres, quien radicaba en El Paso, Texas. Como pago por sus servicios, Villa le confirió a Pimentel el cargo de "obispo". Otros recién llegados eran Manuel González, quien decía ser el secretario particular de Hipólito Villa, el mayor Enrique Calderón, miembro del Estado Mayor de Villa, y Urbino Medinaveytia, que se hacía pasar como inspector de ferrocarriles. La estancia de los recién llegados en el hotel Gran América fue transitoria y sus integrantes se dispersaron para vivir en otros lugares.[555]

El "obispo" Pimentel se abocó a investigar la forma de introducir a Cuba ganado vacuno ya que planeaba dedicarse a la agricultura y a la ganadería. Mientras tanto, seguían llegando más villistas a La Habana, como fue el caso de Antonio y Regino Corral, hermanos de Luz Corral. Los informes consulares los describían como hombres de campo, sin cultura, y que apenas sabían hablar. Buscando tener información sobre los planes de la familia de Villa, el cónsul les infiltró a uno de sus agentes como criado. Al percatarse que desde su llegada, la familia alquilaba un automóvil marca Ford, el cual era manejado por una persona que había sido policía, el cónsul lo contrató como espía para que le informara de todos los movimientos del clan.[556]

Hipólito Villa estaba en Nueva Orleáns, a la espera de instrucciones para viajar también a La Habana. Efectivamente, en la últi-

[554] Antonio Hernández Ferrer a la Secretaría de Relaciones Exteriores, La Habana, 26 de diciembre de 1915, en el AHSRE, L-E839(4).

[555] Antonio Hernández Ferrer al director general de Consulados, La Habana, 6 de enero de 1916, en el AHSRE, L-E839(4), Antonio Hernández Ferrer, al subdirector de Consulados, La Habana, 17 de enero de 1916, en el AHSRE, L-E789(11).

[556] Antonio Hernández Ferrer a Alfredo Breceda, oficial mayor de la Secretaría de Gobernación, La Habana, 21 de enero de 1916, en el AHSRE, L-E727(5) y Antonio Hernández Ferrer a Alfredo Breceda, La Habana, 26 de enero de 1916, en el AHSRE, L-E839(4).

ma semana de enero de 1916 llegó a La Habana, alojándose en una casa marcada con el número 210, de la calle de San Miguel. La casa tenía dos niveles. En la planta baja se instaló Hipólito, mientras que en la parte alta vivía la esposa de su hermano Francisco, acompañada de sus hijos. Hipólito se mostraba sumamente optimista sobre la causa acaudillada por su hermano, asegurando que disponían de más de 15,000 hombres, y que pronto tomarían Torreón. También aseguró que estaban en pláticas para aliarse con Emiliano Zapata. Hipólito Villa llevaba el propósito de trabajar activamente entre el gran número de exiliados en La Habana. Instaló una oficina en su misma casa, con un *bureau*, una máquina de escribir, y todos los artículos de escritorio. Y como sucedió antes, el cónsul carrancista le infiltró a otro de los suyos: nada menos que a un agente secreto en calidad de escribiente.[557]

Pero algunos integrantes de la avanzada villista se mostraron pesimistas sobre el futuro de la causa, y a la primera oportunidad desaparecieron. Este fue el caso de Urbino Medinaveytia. Sucede que apenas instaló a su familia, se embarcó rumbo a Florida, sin avisar a sus correligionarios. Al ser interrogada su esposa, dijo que el viaje de Urbino obedecía a asuntos de negocios y que sólo esperaba instrucciones para embarcarse también rumbo a Estados Unidos. Efectivamente, a los pocos días, la familia de Medinaveytia se embarcó en forma precipitada rumbo a Estados Unidos abandonando a sus partidarios.[558]

Desde un principio, Hipólito Villa provocó animadversión entre ciertos exiliados como Federico Gamboa, Francisco Bulnes, Francisco Elguero. Cuando Gamboa se refiere a Hipólito Villa en su *Diario*, lo hace con marcado desprecio. Narra que a petición del ministro yanqui en Cuba, *Mr.* González, Hipólito fue reducido a prisión, acusado de arrancar tornillos y alcayatas en un ferrocarril de Texas, y luego solicitó su extradición. Por su parte, el propio

[557] Antonio Hernández Ferrer al director general de Consulados, La Habana, 31 de enero de 1916, en el AHSRE, L-E-808(1).

[558] Antonio Hernández Ferrer al oficial mayor de la Secretaría de Gobernación, La Habana, 26 de enero de 1916, en el AHSRE, L-E839(4).

Hipólito no tardó en meterse en problemas con la justicia cubana. Un mes después de estar en prisión, Villa se anotó una victoria sobre lo que Gamboa llama "comitre negrótico", a quien derribó y propinó descomunal pateadura. Como las gestiones de extradición no prosperaron, en abril de 1916, Hipólito Villa fue puesto en libertad siendo aclamado a su salida de la cárcel.[559] Después de esta amarga experiencia, y el hecho de que en La Habana los simpatizantes de Villa eran contados, el grupo se desintegró y abandonó la isla rumbo a Estados Unidos.

El general Manuel Chao, de filiación villista, salió 23 de noviembre de 1915 del puerto de Nueva York rumbo a Barcelona en busca de nuevos horizontes en el viejo mundo.[560] Dejó tras de sí a Felipe Ángeles y a otros villistas. Más tarde apareció en América Central, predicando la libertad tanto de Costa Rica como de Argentina.[561]

LOS INTELECTUALES HUERTISTAS QUE ESCUCHARON EL CANTO DE LAS SIRENAS

DE ENTRE los intelectuales mencionados por Nemesio García Naranjo, hubo varios que no aguantaron las penurias del destierro y prestaron oídos a los llamados de Carranza que buscaba atraérselos. Resultaron dúctiles al canto de las sirenas y aceptaron los ofrecimientos de un gobierno que estaba lejos de ser el suyo. Uno de ellos fue Amado Nervo, quien desde 1906 formó parte del cuerpo diplomático. El poeta, quien gozaba de gran fama a nivel continental, fungía como ministro en Madrid, y durante la invasión estadounidense al puerto de Veracruz le calegrafió a Huerta para ofrecerse como voluntario, aun a costa de perder la vida, para echar de suelo patrio a los estadounidense. Al triunfo de los constitucio-

[559] Federico Gamboa, *Mi diario*, t. VI, pp. 330 y 338; Antonio Hernández Ferrer al director general de Consulados, La Habana, 10 de abril de 1916, en el AHSRE, L-E843(1) y *El Pueblo*, 9, 11, 13, 15, 17, 21, 23, 24 de febrero de 1916.

[560] *El Demócrata*, 24 de noviembre de 1915.

[561] Moisés González Navarro, *Los extranjeros en México y los mexicanos en el extranjero 1821-1970*, t. III, México, El Colegio de México, 1994, p. 383.

nalistas pasó al ostracismo. Después de un largo letargo de cuatro años, Carranza olvidó su pasado y lo llamó para reincorporarlo al servicio exterior. Rápidamente volvió de Madrid y en julio de 1918 se le designó ministro en Uruguay y en Argentina. Nervo se trasladó a la América del Sur para cumplir con su encargo.[562]

A Juan José Tablada el destierro también le resultó muy duro, y en determinado momento puso punto final a una vida de estrecheses económicas en la ciudad de Nueva York, pasando a convertirse en panegirista del llamado Varón de Cuatro Ciénegas. En 1918, Carranza fingió no conocer su pasado, sus escritos contra Madero, su condición de diputado federal huertista, y lo designó primer secretario del Servicio Exterior en Venezuela. En vista de ello, en diciembre de 1918 pasó por La Habana resistiéndose a visitar a los intelectuales allí refugiados, pero se las arregló para propalar el rumor de que iba a Quito como miembro del cuerpo diplomático. En tono triunfalista, les filtró la noticia de que la legación del Ecuador, era "la más alta misión diplomática que México sostenía en el exterior", lo cual era una balandronada.[563]

Al final de cuentas, no fue Ecuador, sino Venezuela, a donde se dirigió Tablada. En este último país, su labor consistió en organizar dos conferencias semanales en casas particulares. Las charlas de Tablada, ante un público numeroso, giraban sobre el arte y la arquitectura mexicanos con un enfoque nacionalista. Además de ello, solía comparar a Carranza con Simón Bolívar, predicaba la unidad latinoamericana y la determinación de México de proteger su riqueza de las ambiciones de los extranjeros. Estando de por medio sendos banquetes, Tablada atrajo la atención de los ministros del gobierno venezolano, educadores, artistas, intelectuales, directores de los periódicos, y sus puntos de vista se reprodujeron en la prensa, con comentarios favorables. Para entonces, a Tablada le gustaba vestirse con prendas orientales y hacer gala de su gusto por

[562] Javier Garciadiego, *op. cit.*, p. 343, la *Revista Mexicana*, San Antonio Texas, núm. 13, 5 de diciembre de 1915, el núm. 195, 2 de junio de 1919, *Excélsior*, 3 de julio de 1918 y *El Universal*, 2 de julio de 1918.

[563] Federico Gamboa, *Mi diario*, t. VI, p. 562.

el arte japonés.[564] Esto duró hasta 1920 en que renunció a la diplomacia para abrir una librería en Nueva York, especializada en difundir el arte mexicano.

En junio de 1915, Luis G. Urbina frecuentaba a Federico Gamboa y a otros intelectuales refugiados en La Habana. En principio se mostraba huraño y deprimido, pero en forma súbita le dio por hablar bien de Carranza, buscando naturalmente que el Primer Jefe se enterara de ello.[565] Efectivamente, sus puntos de vista traspasaron las aguas del Golfo de México y fueron escuchados. En mayo de 1916 se despidió de sus correligionarios, embarcándose hacia Nueva York y luego a España.[566] Al poco tiempo trabajaba en la representación diplomática mexicana en España, gracias a las influencias de Isidro Fabela.

En los primeros días de enero de 1918, el vapor Alfonso XIII, procedente de España, hizo escala en La Habana, y entre sus pasajeros figuraba Luis G. Urbina. En la isla se bajó del vapor para presumirles a sus antiguos camaradas de exilio, su notable sensibilidad hacia todo lo "español". Pero lo que más indignó a los exiliados, fue que afirmara que su vida sólo tenía sentido viviendo en España. Luego destacó su interés por formar parte permanentemente del cuerpo diplomático. Pero advertía que si Carranza no le cumplía sus anhelados sueños, de todas formas volvería a su amada España. A Luis G. Urbina ya no le interesaba hablar de política puesto que irremediablemente salía a colación el nombre de Carranza, su protector, quien le costeaba sus viajes. Presumió de sus libros y culpó a la primera guerra mundial de no haber podido conocer Europa.[567]

Según Federico Gamboa, además de haberse vuelto muy vanidoso y lisonjero, Luis G. Urbina había adquirido la manía de imitar a Justo Sierra en sus modales, en el tono semidoctoral de sus discursos, en la forma de echarse para atrás en el respaldo del sillón, en

[564] Douglas W. Richmond, *La lucha nacionalista*, p. 291.
[565] Federico Gamboa, *Mi diario*, t. VI, pp. 257, 267. 291 y 333.
[566] *Ibidem*, pp. 348, 365 y 423.
[567] *Ibidem*, pp. 517-518.

los amplios y lentos ademanes de los brazos.[568] Así se les presentaba a los exiliados mexicanos el nuevo partidario de Carranza, quien a cambio de viajes, confort y buena comida, se había doblegado y olvidado su pasado huertista.

¿QUIÉNES FUERON LOS INTELECTUALES QUE SE QUEDARON CON CARRANZA?

PARA SABER si García Naranjo tenía razón en cuanto a que la crema y nata de la intelectualidad había servido a Huerta, habría que preguntarse ¿quién de entre los grandes intelectuales se quedó con Carranza? A juicio de Javier Garciadiego, intelectuales menores como Ciro B. Ceballos, Marcelino Dávalos, Rafael Nieto, Antonio Manero, y no tan menores como Luis Cabrera, entre otros.[569] A tales nombres se podrían agregar Alberto J. Pani, Gerzayn Ugarte, Pastor Rouaix, Félix B. Palavicini, Andrés Molina Enríquez y Francisco J. Múgica. Todos ellos han sido ampliamente reconocidos y considerado como los cerebros de la Revolución mexicana y de la Constitución Política de 1917.

La pregunta obligada es si estos intelectuales revolucionarios fueron efectivamente más brillantes que los desterrados, etiquetados de reaccionarios y huertistas. ¿Quién tuvo más laureles académicos en su haber? Es difícil dar una respuesta definitiva. Lo que sí es cierto, es que en la literatura tradicional sobre la Revolución mexicana, a los intelectuales vinculados a Porfirio Díaz, a Victoriano Huerta y a Félix Díaz, se les atribuye una mentalidad petrificada y obsoleta. Se ignora que al entrar al siglo XX, muchos de ellos estaban firmemente convencidos de que era necesaria la renovación del sistema político, la fragmentación de la gran propiedad rural, la expedición de una moderna legislación social, el impulso a la educación indígena, el combate al alcoholismo, la protección a los menores de edad en las fábricas, el sufragio universal, el salario mínimo, entre otras cosas. Lo mismo sucedió con el "catolicismo

[568] *Ibidem*, p. 520.
[569] Javier Garciadiego, *op. cit.*, p. 343.

social" impulsado por el Papa León XIII en su encíclica *Rerum Novarum*, y las prédicas de los protestantes. Muchas de sus ideas aparecieron en las proclamas de los jefes revolucionarios, ignorando a quienes las acuñaron originalmente, o a quien correspondía su paternidad.

LOS RENEGADOS DEL CARRANCISMO

PERO NO sólo fue desterrado el personal político porfirista, felicista, huertista y convencionista, sino que al triunfo de Carranza, las escisiones no se hicieron esperar y varios de sus partidarios, descontentos con el curso de la revolución, cruzaron la frontera rumbo a Estados Unidos. Entre los más famosos destacan el general Antonio Villarreal y el doctor Atl. Las razones son de lo más disímbolas. Villarreal, un viejo magonista, premiado por Madero con un puesto diplomático en el consulado mexicano en Barcelona, volvió a México después de la Decena Trágica.[570] En julio de 1913 se sumó a las fuerzas constitucionalistas al mando de su primo hermano, Pablo González. Gracias a las influencias de este último, en abril de 1914 fue designado gobernador y comandante militar de Nuevo León.[571] Por consiguiente, ante la caída de Huerta, fue uno de los que saborearon las mieles del triunfo. Pero su filiación carrancista tuvo un grave traspiés derivado de la misión que le encomendó la Convención de Aguascalientes. Ni más ni menos, que junto con Álvaro Obregón y Eduardo Hay, transmitirle a Carranza que el nuevo presidente de la república era Eulalio Gutiérrez, y que él estaba cesado en su calidad de Primer Jefe. El cumplimiento de la misión tuvo lugar en Córdoba, Veracruz, y Carranza los trató muy mal.[572]

Después de ello, Antonio Villarreal se embarcó en el puerto de Veracruz, rumbo al de Tampico, para luego dirigirse por tren a Monterrey, y hacerse cargo nuevamente de la gubernatura. Pero esto

[570] Informe confidencial del cónsul E. Soriano Bravo sobre Antonio I. Villarreal, San Antonio, Texas, 17 de abril y 13 de octubre de 1916, en el AHSRE, L-E-801 y Gloria Sánchez Azcona, *El general Antonio I. Villarreal*, México, INEHRM, 1980, pp. 41-43.

[571] *Ibidem*, p. 52.

[572] *Ibidem*, p. 64.

fue ya sólo por poco tiempo. En marzo de 1915 tuvo una batalla contra los villistas, la cual perdió, y anunció a Carranza su decisión de marcharse fuera del país. Como era previsible, el Primer Jefe no tuvo interés en retenerlo y Villarreal salió por tren a Brownsville, Texas.[573] Aquí permaneció por espacio de cuatro años. En San Antonio, Texas, frecuentaba a José Vasconcelos, quien también estaba expatriado. Así las cosas, a fines de 1919, Villarreal y Vasconcelos se reunieron en San Diego, California, para discutir las inminentes elecciones presidenciales en México. Analizaron el perfil de los candidatos y decidieron participar en favor de Álvaro Obregón. Curiosamente, dos o tres meses antes de que iniciara en firme su campaña, el propio Obregón los visitó sellando una alianza. En los primeros meses de 1920, la rebelión de los sonorenses contra Carranza cundió, y Villarreal retornó a México y se sumó a ella, quedando como jefe de una vasta zona que comprendía Coahuila, Nuevo León y Tamaulipas.[574]

En 1914, Gerardo Murillo, el doctor Atl, regresó de Europa y jugó un papel clave entre los obreros al organizar a los batallones rojos que se sumaron al constitucionalismo. En agosto de este año se hizo cargo de la Academia de Bellas Artes. Pero al consolidarse Carranza en el poder, también rompió con él y se exilió. En su caso, la ruptura adquirió perfiles trágico cómicos. Sucede que ansiaba ser diputado y en abril de 1917 se discutió su expediente en la Cámara de Diputados. Para su sorpresa, el dictamen le fue adverso. Indignado por ello, Gerardo Murillo difundió que durante las elecciones, todos los votos habían sido para él, y que sus contrincantes no habían obtenido ni uno. En su defensa, uno de sus rivales, Rafael Martínez, "Rip-Rip", alegó que por Gerardo Murillo votaron individuos que habían muerto dos días antes de la elección.[575]

En los días siguientes, el ya diputado Rafael Martínez, inició una labor de demolición de la figura del doctor Atl. Dijo que había recogido en una imprenta de la calle 2 de abril, los originales de varios artículos del doctor Atl, destinados a un periódico que esta-

[573] *Ibidem*, p. 65.
[574] *Ibidem*, pp. 69-71.
[575] *El Pueblo*, 25 de abril de 1917 y Alfonso Taracena, *LVRM (1915-1917)*, p. 357.

ba por salir. En uno pedía que Carranza fuera arrojado del poder y enviado al extranjero. En otro, incitaba a los militares a que encabezaran la cruzada contra el Primer Jefe. En otro artículo más, Atl condenaba al Congreso Constituyente, y calificaba a Carranza de vulgar tirano, ansioso de reinar sobre los cadáveres de sus compatriotas. Rafael Martínez afirmada tener las copias de tales artículos.[576] Finalmente, en agosto de 1917, el doctor Atl apareció exiliado en Estados Unidos. Entre sus planes figuraba viajar a Baja California Norte para proponerle al gobernador Esteban Cantú, que acaudillara un movimiento contra Carranza. En son de burla, sus detractores decían que Gerardo Murillo no era doctor en ninguna ciencia, ni era revolucionario, ni socialista, ni digno de llamarse mexicano.[577]

En este mismo mes, Juan Gurza fue aprehendido en Los Ángeles, California, y la policía le quitó unas cartas en las que el doctor le ordenaba montar una vasta campaña propagandística contra Carranza, y varios manifiestos dirigidos a los mexicanos residentes en esta zona.[578] Ya en el destierro, el doctor Atl difundió otras causas de su ruptura con Carranza, que lindan en el terreno de la fantasía. Por ejemplo, el doctor Atl dijo, entre otras cosas, que en febrero de 1917, movilizó a los obreros de la ciudad de México, para derrocar a Carranza, lo cual fracasó por un incidente fortuito. Sucede que en el plan jugaba un papel clave un general Carpio, que era el inspector de policía. Todo iba bien, pero al verse sitiado, Carranza mandó precisamente al general Carpio, para que apaleara a los obreros y a la menor provocación les hiciera fuego. Para su desgracia, tampoco fue secundado por las tropas que dijo tenía acantonadas en Querétaro y en siete estados más. Así, se truncó el "cuartelazo" del doctor Atl. Acto continuo, el gobierno descubrió el complot y dictó la orden de aprehenderlo, razón por la cual se escondió. Al final de cuentas, el general Pérez Treviño lo sacó de

[576] *Ibidem*, p. 361.

[577] *Ibidem*. p. 396, *Revista Mexicana*, núm. 106, 16 de septiembre de 1917, Juan B. Vega, a Ernesto Garza Pérez, subsecretario de Estado del Exterior, E. del Despacho, 6 de octubre de 1917, en el AHSRE, L-E842/legajo 6, y *El Universal*, 8 de enero de 1918.

[578] Ricardo Cuevas a J.M. Carpio, cónsul de México en Los Ángeles, California, 20 de agosto de 1917, en el AHSRE, L-E842/legajo 6.

una casa ubicada en el Paseo de la Reforma, y lo puso en la frontera con Estados Unidos.[579]

Pero luego dio otra versión sobre su ruptura con Carranza. Expresó que en una ocasión le presentó a Carranza un documento en el que le sugería la necesidad de que México le declarara la guerra a Alemania. Al meditar sobre los fundamentos de tal sugerencia, el Primer Jefe le pidió a Atl que le leyera en voz alta tres veces el documento, y que al final de cuentas le expresó: "Efectivamente doctor, esto sería bueno; pero en otro tiempo, por ahora ya no hay lugar, ya estamos comprometidos con Alemania y no hay remedio." No obstante la negativa, Atl le insistió a Carranza que por el bien de la nación entera, rompiera su compromiso con el káiser.[580] En virtud de ello, Atl prefirió salir del país.

Al finalizar el año de 1917, Juan Gurza, quien se decía secretario particular del famoso pintor, en unión de su jefe, publicaron un artículo en un diario de Los Ángeles llamado *The Examiner*, de marcada filiación antimexicana. Lo que buscaban era convencer a la opinión pública de que Carranza apoyaba a Alemania contra de los países aliados en la primera guerra mundial. En otra parte de su artículo pronosticaban el derrumbe de Carranza, dándole como máximo seis meses más de vida en el poder. Después de esto, según el doctor Atl, a México sólo le quedaban dos alternativas: la anarquía, peor que la que existía en Rusia, o la intervención de Estados Unidos, para restablecer la libertad y el orden.[581]

Para abril de 1918, Gerardo Murillo continuaba con sus ataques a Carranza. A estas alturas se había asociado con Eduardo Ruiz, propietario de una revista llamada *La Gaceta de los Estados Unidos*.[582] Por cierto que de todos estos menesteres, estaba enterrado el cónsul carrancista en Los Ángeles, quien decía que a pesar de ello

[579]"Informe" de Heriberto Villarino, Los Ángeles, California, mayo 31 de 1918, en el AHSRE, L-E842/legajo 6.

[580]"Informe" de Heriberto Villarino, Los Ángeles, California, 31 de mayo de 1918, en el AHSRE, L-E842/legajo 6.

[581]"Informe" de Ricardo Cuevas, Los Ángeles, California, 11 de diciembre de 1917, en el AHSRE, L-E842/legajo 6.

[582]"Informe" de Ricardo Cuevas, Los Ángeles, California, 1o. de abril de 1918, en el AHSRE, L-E-842/legajo 6.

el Dr. Atl y sus socios, lo visitaban en sus oficinas en busca de noticias. Luego el doctor Atl organizó una sociedad llamada *American Art Association*, de la que decía ser el presidente.[583] Como de alguna forma la labor desarrollada por el doctor Atl era preocupante, el cónsul carrancista le envió a un espía disfrazado de periodista para que lo entrevistara. El último día de mayo se llevó a cabo la entrevista y el espía, de nombre Heriberto Villarino, le lanzó la siguiente pregunta al doctor: ¿Qué me dice usted de México, doctor? Su respuesta fue: "Todo marcha completamente bien: Carranza es un corruptor, y más que un corruptor, un asesino de la patria, pero todo esto va a durar muy poco, y por el bien de México y por la humanidad, se impone que trabajemos de manera firme y enérgica para que el gobierno de Estados Unidos se convenza de que Carranza es el obstáculo para el triunfo de la guerra en favor de los aliados". A continuación, Gerardo Murillo se jactó de tener contactos al más alto nivel con el gobierno estadounidense, entre ellos con Robert Lansing. Para concluir, volvió a acusar a Carranza de germanófilo, de agente del Káiser alemán, y de haber convertido a México en un nido de espías alemanes.[584]

Pero el destierro le significó al Dr. Atl, postración y penurias económicas. A mediados del año siguiente, víctima de la miseria, no tenía dinero ni para pagar la renta del hotel y los dueños amenazaron con embargarle sus prendas personales para cobrarse. Sus amigos se compadecieron y en más de una ocasión le pagaron las deudas.[585] Los huertistas y felicistas, sus enemigos jurados, lo veían con desconfianza, temor y lástima. Para su desgracia, por sus ideas comunistas, las autoridades americanas tampoco lo querían tener aquí, y amenazaban con expulsarlo a la Unión Soviética, en donde afirmaban, se sentiría más a gusto.[586]

[583] "Informe" de Ricardo Cuevas, Los Ángeles, Caliornia, 10 de mayo de 1918, en el AHSRE, L-E842/legajo 6.

[584] "Informe" de Heriberto Villarino, Los Ángeles, California, 31 de mayo de 1918, en el AHSRE, L-E842/legajo 6.

[585] Emilio Salinas a Cándido Aguilar, Los Ángeles, California, 6 de junio de 1918, en el AHSRE, L-E842/legajo 6; y Juan B. Vega a Manuel Aguirre Berlanga, 3 de julio de 1918, en el AHSRE, L-E842/legajo 6.

[586] Cablegrama dirigido a la Secretaría de Relaciones Exteriores, 1o. de febrero de 1920, en el AHSRE, L-E835(4).

EL ZAPATISTA OCTAVIO PAZ

EN MARZO de 1914, Nemesio García Naranjo y Liborio Fuentes visitaron en su casa a Irineo Paz, y le plantearon que en vista del auge del zapatismo, las acometidas de Villa y la presión del gobierno estadounidense, resultaba urgente que apoyara al gobierno de Huerta por medio de su diario *La Patria*. Irineo Paz aceptó y a partir del día siguiente, atacó duramente al movimiento zapatista, anunciando inclusive falsamente la muerte del caudillo suriano. Al triunfo del constitucionalismo, Pablo González mandó a colocar una bomba en la imprenta de la familia, con la resultante de que la destruyó. Pero el joven diplomático Octavio Paz, hijo del director de *La Patria*, pensaba distinto, y decidió abandonar el hogar para sumarse al odiado zapatismo en calidad de secretario del propio Emiliano Zapata. En abril de 1916 fue nombrado embajador en Estados Unidos.[587]

En mayo de 1918 se desplazaba entre las ciudades de San Francisco y Los Ángeles, California, fungiendo como representante de Emiliano Zapata, y por consiguiente estaba clasificado como enemigo del gobierno de Carranza. El cónsul Ricardo Cuevas siguió sus pasos y comunicó a sus superiores que Paz tenía por hábito entrevistarse con los individuos de extracción villista y huertista que se encontraba a su paso. Por cierto que una de las personas con quien se entrevistó en Los Ángeles, fue Ricardo Gómez Robelo, quien fungió como procurador general de la república. Para tener una idea más cercana de lo que tramaba este agente zapatista, el Departamento de Justicia estadounidense urdió comisionar una mujer atractiva y lista para que, conociendo sus debilidades amorosas, se enredara con Paz, y le extrajera toda la información posible.[588] En noviembre de 1918 firmó un manifiesto en donde se predicaba la unión de los desterrados, exceptuando los felicistas, para entrar en arreglos con el

[587] Fernando Vizcaíno, *Biografía política de Octavio Paz o la razón ardiente*, Algazara, Málaga, 1993, pp. 26 y 45.

[588] Ricardo Cuevas a Emilio Salinas, Los Ángeles, California, 10 de mayo de 1918, en el AHSRE, L-E842/legajo 6.

gobierno de Carranza.[589] Un año más tarde, los agentes confidenciales carrancistas, informaron que Antonio I. Villarreal, Octavio Paz, Salvador Palencia y otros expatriados en Los Ángeles, estaban en contacto con Felipe Ángeles, y trabajaban activamente para provocar un conflicto internacional.[590] Para abril de 1920, justo cuando cobró vida el Plan de Agua Prieta, Octavio Paz seguía conspirando en Los Ángeles, California.[591]

UN AMIGO DE LA FAMILIA DE HUERTA

PERO HUBO un caso que por entonces llamó la atención. Ocurre que el eminente dentista José María Soriano, fue compañero de infancia de Emilia Águila, que luego contrajo matrimonio con Victoriano Huerta. En vista de esta amistad, la esposa de Huerta acudía al consultorio de Soriano para corregir la dentadura de sus hijos, sin que jamás le quisieran pasar la cuenta. Pasaron los años y Huerta llegó a la presidencia de la república. Recordando las atenciones desinteresadas, doña Emilia le pidió a su marido que recompensara al distinguido profesionista. Huerta se lo planteó al secretario de Hacienda, y Enrique Gorostieta le consiguió el puesto de consejero en uno de los bancos más importantes del país, pero el favorecido dio las gracias ya que nada sabía de cuestiones financieras o bancarias. Entonces Huerta le pidió a José María Lozano, que nombrase a Soriano director de la Escuela Nacional de Odontología, pero el agraciado tampoco aceptó el puesto. En esto vino la disolución de la XXVI legislatura y Soriano apareció en la lista de los diputados. Aquí ya no pudo negarse porque se trataba de un puesto de elección popular y éste no era renunciable.

[589] Denegri a Cándido Aguilar, San Francisco, California, 25 de noviembre de 1918, en el AHSRE, S.17.C.18, expediente 45.

[590] "Informe del Servicio Consular Mexicano", Los Ángeles, California, 20 y 26 de enero de 1919, en el AHSRE, L-E804, Legajos 2 y 9; y *El Demócrata*, 6 de octubre de 1919.

[591] Sin firma, al general Francisco L. Urquizo, subsecretario de Guerra y Marina, México, 7 de abril de 1920, en el AHSRE, S.17.C.17, expediente 283.

En los primeros días de julio de 1914, doña Emilia Águila le extendió un poder a su viejo amigo para que administrara dos casas modestas cuyo valor en conjunto no llegaba a los 50,000 pesos. El notario vio en aquel acto un indicio de que Huerta iba a abandonar el país y se lo dijo a sus amigos. Éstos se encargaron de divulgar la noticia y se armó el escándalo. Uno contó que Soriano era el administrador de dos casas, otro dijo que Soriano era el apoderado general, un tercero lo presentó como depositario de los millones de Huerta, unos millones que no existían, en vista de que Huerta no tenía entre sus defectos acumular dinero. En la agonía del gobierno de Carbajal, se presentó en el consultorio de Soriano un revolucionario de talante amenazador, para decirle que la revolución le perdonaría todos sus crímenes si entregaba la fortuna caudalosa de Huerta. El dentista no tenía un centavo que entregar, salió del país, y purgó sus delitos con siete años de destierro.[592]

Los ex gobernadores

Olegario Molina y Teodoro Dehesa no estuvieron al servicio de Victoriano Huerta sino de Porfirio Díaz. Al estallar la revolución, Olegario Molina, quien adquirió su fortuna con base en la explotación del henequén, se retiró de la política planeando pasar el resto de sus días en la ciudad de Mérida. Meses después perdió a su mujer, Dolores Figueroa, y acompañado de su médico, Rafael Betancourt, salió de Yucatán para visitar el viejo continente. De regreso, pasó por La Habana, en donde lo recibió Avelino Montes, uno de sus yernos, quien le describió la situación del país, el carácter de la revolución, y lo convenció de permanecer en La Habana. Su otro yerno, Rogelio Suárez, permaneció en Yucatán, amparado por el consulado de su natal España. Olegario Molina aceptó quedarse en La Habana y unió su suerte a la de otros exiliados.[593]

Olegario Molina vivía en la calle 12 del Vedado, un barrio selecto de La Habana. La casa era grande, blanca y fresca, como

[592] Nemesio García Naranjo, *Memorias*, t. VIII, pp. 114-116.
[593] Carlos Tello, *op. cit.*, pp. 251-253 y 295.

tantas otras de la zona. Sus corredores amplios y limpios, dejaban circular la brisa del Caribe por los salones. Ahí, con las piernas cubiertas por una frazada, anciano y deprimido, vivía Olegario Molina. Tenía por aquel entonces ochenta y un años. Junto con Enrique C. Creel e Ives Limantour, formaban la triada de sobrevivientes del último gabinete de Porfirio Díaz. Con el paso de los años, Olegario había cambiado mucho. Tenía la cara larga y curtida, y su bigote, ahora cerrado por una barba de candado. Para tomar el sol, usaba un gorro de seda que le cubría parte de la cabeza. Uno de sus ojos, el izquierdo, estaba bastante cerrado, perdido al parecer en un accidente que tuvo de niño, que su nana quiso curar con unas hierbas que resultaron maléficas. Todas las tardes, hasta las siete de la noche, jugaba ajedrez con alguno de sus yernos. En la terraza de su casa, rodeada de un barandal que daba al jardín, con ayuda de sus hijas organizaba unas tertulias siempre concurridas por los mexicanos que vivían en Cuba. Fueron una multitud de hombres que concurría: Francisco Bulnes, Federico Gamboa, Ignacio Torres Adalid, Teodoro Dehesa, Salvador Díaz Mirón.[594]

En septiembre de 1914, Teodoro Dehesa consideró que si permanecía en México, su vida corría peligro y decidió dejar el país. Al enterarse de que Federico Gamboa estaba en el puerto de Veracruz, lo buscó en tres ocasiones para intercambiar punto de vista, y decidió embarcarse también en el *City of Tampico* que, de un cupo para 34 pasajeros, vendió boletos para más de 140.[595] Una vez que llegó a Estados Unidos, se dirigió a Nueva York. En septiembre de 1915 apareció con su familia en La Habana y ya no se movió. El gobierno de Carranza le incautó todos sus bienes y los de sus hijos, y desde el destierro entabló una lucha feroz por recuperarlos.[596] Al igual que Olegario Molina, se instaló en El Vedado.

[594] Carlos Tello, *op. cit.*, pp. 252-253.

[595] Federico Gamboa, *Mi diario*, t. VI, p. 181.

[596] Teodoro Dehesa al cónsul Antonio Hernández Ferrer, La Habana, 24 de septiembre de 1916, en *Documentos políticos*, t. I, Fondo Reservado de la UNAM, documento 43, *El Radical*, 21 de septiembre de 1914, Federcio Gamboa, *Mi diario*, t. VI, p. 282 y *Diccionario Histórico y Biográfico de la Revolución Mexicana*, t. VII, México, INEHRM, 1992, p. 415. Contra lo que pudiera suponerse, el libro de Abel R. Pérez, *Teodoro A. Dehesa. Gobernante veracruzano*, México, Talleres Stylo, 1950, es francamente malo.

Como se ha adelantado, Gumersindo Enríquez se refugió en Barcelona, en donde al poco tiempo los problemas monetarios lo agobiaban.[597] Aquí soportó con suma amargura el destierro, lo cual doblegó su vida y su salud. Como se ha señalado, José López Portillo y Rojas se refugió poco más de un año en Estados Unidos, y en agosto de 1915 decidió volver a México.[598] Sin mayores preámbulos se presentó ante las autoridades carrancistas solicitando acogerse a una reciente ley de amnistía. Lo notable es que Carranza nada le hizo.

Se tiene la certeza de que 38 gobernadores se exiliaron: 25 militares y 13 civiles. A nivel de entidades, el panorama es el siguiente: cinco gobernadores de Yucatán; tres de Veracruz y el mismo número para el Estado de México; dos de cada una de las siguientes entidades: Coahuila, Morelos, Aguascalientes, Michoacán, Distrito Federal, Zacatecas y Sonora. Entre los generales, destacan Eduardo A. Cauz, de Veracruz; Prisciliano Cortés, Eugenio Rascón y Abel Ortiz Argumedo, de Yucatán. Sobre este último, la literatura cubana decía que había llegado con dos millones 750,000 pesos en efectivo.[599] También se exiliaron los generales Juan A. Hernández y Joaquín Maass, gobernadores de Puebla; José Refugio Velasco, del Estado de México; Miguel Ahumada quien fue gobernador de Chihuahua y Jalisco; Juvencio Robles, de Morelos; Ignacio Morelos Zaragoza, de Tamaulipas; Carlos García Hidalgo, de Aguascalientes; Salvador Mercado, de Chihuahua; Rómulo Cuéllar, de Guanajuato; Jesús González Garza, de Michoacán.[600] En su mayor parte, deambularon en las ciudades estadounidenses ubicadas cerca del río Bravo, involucrándose en diversos movimientos anticarrancistas y eventualmente en Cuba.

[597] Federico Gamboa, *Mi diario*, t. VI, p. 335.
[598] *Ibidem*, p. 279.
[599] León Primelles, *Crónica cubana (1915-1918)*, La Habana, 1955, p. 124 y Luis Ángel Argüelles Espinosa, *op. cit.*, p. 119.
[600] Sobre Rómulo Cuellar, véase la *Revista Mexicana*, núm. 39, 4 de junio de 1916.

Gobernadores militares	*Entidades*
Gral. Eduardo A. Cauz	Veracruz
Gral. Prisciliano Cortés	Yucatán
Gral. Eugenio Rascón	Yucatán
Gral. Joaquín Maass	Coahuila y Puebla
Gral. Juan A. Hernández	Colima y Puebla
Gral. Juvencio Robles	Morelos
Gral. José Refugio Velasco	Estado de México
Gral. Salvador Mercado	Chihuahua
Gral. Carlos García Hidalgo	Aguascalientes
Gral. Ignacio Morelos Zaragoza	Tamaulipas
Gral. Rómulo Cuéllar	Guanajuato
Gral. Jesús González Garza	Michoacán
Gral. Miguel Ruelas	Aguascalientes
Gral. Francisco Romero	San Luis Potosí
Gral. Ramón Corona	Distrito Federal
Gral. Samuel García Cuéllar	Distrito Federal
Gral. José Delgado	Zacatecas
Gral. Alberto T. Rasgado	Sinaloa
Gral. Luis Medina Barrón	Zacatecas
Gral. Joaquín Téllez	Sonora
Gral. Manuel Castilla Brito	Campeche
Gral. Agustín Bretón	Morelos
Cornel. Miguel Ahumana	Chihuahua y Jalisco
Cornel. Abel Ortiz Argumedo	Yucatán
Cornel. Francisco García	Sonora

Gobernadores civiles	*Entidad*
Teodoro Dehesa	Veracruz
León Aillaud	Veracruz
Eleuterio Ávila	Yucatán
Olegario Molina	Yucatán
Gumersindo Enríquez, Licenciado	Estado de México
Miguel Cárdenas	Coahuila
Ignacio Alcocer, doctor	Coahuila
Salomé Botello	Nuevo León
Francisco León de la Barra	Estado de México
José López Portillo y Rojas, licenciado	Jalisco
Miguel Bolaños Cacho, licenciado	Oaxaca
Ramón M. Rosales	Hidalgo
Miguel Silva	Michoacán

Fuente: Formado con datos de la *Colección de efemérides publicadas en el Calendario del más antiguo Galván*, México, Antigua Librería de Murguía, 1950, Federico Gamboa, *Mi diario VI (1912-1919)*, Memorias mexicanas, México, Conaculta, 1995, Luis Liceaga, *Félix Díaz*, México, Jus, 1958, Antimaco Sax, *Los mexicanos en el destierro*, San Antonio, Texas, 1916 y Berta Ulloa, *Revolución mexicana 1910-1920*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1985, entre otras fuentes.

Existe el caso de un ex gobernador que regresó a suelo patrio a defender sus ideales. Se trata de Juan A. Hernández, consuegro de Victoriano Huerta. Al finalizar el año 1915, formaba parte de un grupo armado que operaba en Esperanza, Puebla, y en un enfrentamiento con la columna del general Natalio Espinosa, perteneciente a las tropas del general Pablo González, resultó muerto. Todo indica que figuraba entre las huestes de Higinio Aguilar. Al igual que sucedería años más tarde con Aureliano Blanquet, Natalio Espinosa dispuso cortarle la cabeza y mandársela a Pablo González. El encargado de cumplir tan tétrica misión fue el teniente coronel Teófilo Gómez. Para justificar su obra, el general carrancista afirmaba que con Juan A. Hernández, había caído uno de los enemigos más encarnizados de la patria, y que con la caída de más cabezas, como ésta, México alcanzaría la paz y la grandeza a que tenía derecho, como todas las naciones cultas.[601]

Lo que llama la atención, es que este ex gobernador hubiera aparecido en México luchando contra Carranza. Su consuegro estaba encarcelado en Fort Bliss, viendo como se le consumía la vida, sin poder cumplir con su sueño de penetrar a México y recuperar la presidencia de la república. Esto permite suponer, que a pesar de que la partida estaba perdida, Juan A. Hernández entró a suelo mexicano a jugarse su última carta, con la resultante de que perdió la vida.

Al margen de los ex gobernadores, existe el caso de un ex senador. Se trata de Ignacio Torres Adalid, conocido como el rey del pulque, quien se hospedó en el hotel Campoamor, ubicado en Cojímar, alejado del bullicio de La Habana. Viudo, con casi ochenta años de edad, una cojera desde niño, razón por la cual usaba muletas, se entretenía jugando ajedrez con Ignacio Bravo Betancourt. Sus peores enemigos eran la edad y la soledad. Para bien o para mal, su destierro no duró mucho puesto que una tarde se resbaló, cayó al suelo, le vino una pulmonía y falleció. A diferencia de Olegario Molina, no pudo ver la debacle de la industria pulquera ni el reparto de sus haciendas. Tampoco la puesta en marcha de una Fun-

[601] *El Demócrata*, 1o. de diciembre de 1915.

dación Ignacio Torres Adalid, con base en su cuantiosa fortuna, ni la rapacidad de sus empleados, que se la acabaron en tres décadas.[602]

El medio artístico y teatral

Al músico Julián Carrillo, la suerte lo acompañó en Estados Unidos,[603] no así a su colega Manuel M. Ponce. En septiembre de 1915, durante la celebración de las fiestas patrias, este último tocó en La Habana el himno nacional con el piano.[604] Al año siguiente se fue a Nueva York, en donde tuvo un sonado fracaso en el Aeolian Hall. Ponce había llegado a la ciudad de los rascacielos con mil y un sacrificios, y los resultados fueron adversos. Para Federico Gamboa, mal hizo Ponce en cambiar La Habana por Nueva York, y peor lo hizo el *The New York Herald* al apuñalarlo impunemente.[605]

J. Rafael Rubio, mejor conocido como Rejúpiter, llegó en los primeros días de diciembre de 1916 a San Antonio, Texas, para curarse del intenso frío de Nueva York. Pero ya era tarde. El frío del destierro lo había matado y sólo llegó a las cercanías de la patria para morir. Dejó una viuda y cuatro huérfanos. Cuando Huerta dejó el país, Rubio tuvo que salir, sin haber sido villista, ni carrancista, ni redentor de su país. Pregonaba que había salido de México con

[602] Javier Torres Rivas, *Memorándum sobre cargos y negocios*, mecanografiado. Las represalias también afectaron a quienes habían integrado el Congreso de la Unión. De alrededor de 50 senadores propietarios, y un número semejante de suplentes, 19 se exiliaron, destacando cinco que formaron parte del gabinete de Huerta en calidad de secretarios. Se trata de Ignacio Alcocer, Querido Moheno, Aureliano Urrutia, Enrique Gorostieta y Francisco S. Carbajal. Entre los 14 restantes figuran Eduardo N. Iturbide y José María Luján, que formaron parte del gabinete de Francisco S. Carbajal. Cinco miembros más que ostentaban el grado de generales. Sus nombres: Guillermo Rubio Navarrete, Samuel García Cuéllar, Manuel Azueta, Miguel Ruelas y Carlos García, el cual fue gobernador militar de Aguascalientes. De los restantes destacan el ingeniero Francisco Bulnes, Ignacio Torres Adalid, conocido como el "Rey del Pulque", Antonio Morfín Vargas, Carlos Herrera, Javier Algara, Alfonso Mariscal y Piña y Tomas MacManus. De alrededor de 430 diputados divididos entre propietarios y suplentes, casi medio centenar se desterraron (37 propietarios y 12 suplentes). Esto indica que la gran mayoría de los integrantes del Poder Legislativo permaneció en México, aunque seguramente preocupados por la famosa lista de Carranza y los temores de ser sometidos a juicio y enviados al paredón.

[603] Federico Gamboa, *Mi diario*, t. VI, p. 250.

[604] *Ibidem*, p. 279.

[605] *Ibidem*, p. 338.

un boleto de tercera clase, nada más porque no había de cuarta.[606] La misma suerte corrió Fernando Méndez Velázquez, autor de la música de *Las musas del país*. Desterrado en La Habana, trabajaba como primer maestro de orquesta en el Teatro Martí. En la primera semana de marzo de 1916, durante una de las funciones de la obra española *Barrio Latino*, fue víctima de una hemoptisis que lo obligó a abandonar el atril y al día siguiente falleció.[607]

Leopoldo Beristáin fue otro de los que huyó en septiembre de 1914 en el famoso "City of Tampico", rumbo a Galveston. No permaneció mucho tiempo en Estados Unidos y se trasladó a La Habana. Aquí fue recibido con cariño y hospitalidad por parte de los cubanos, y se reunió con otros escritores y autores teatrales mexicanos como Pepe Elizondo, Juan Manuel Gallegos y Luis Barreiro. Pero Beristáin perdió la confianza en sí mismo, se volvió un tipo triste y cobarde en grado extremo. No pudo superar la gran nostalgia que sentía por su patria, y de paso su estilo de trabajo y caracterizaciones no interesaron a los cubanos. Caso distinto fue el de José Elizondo quien sí triunfó en La Habana. A comienzos de 1917 estrenó en el Teatro Martí la obra *Confetti* y la revista *1916*, con música de Joaquín Valverde.[608] Un año más tarde, su revista *The Land of Joy*, era representada en Nueva York, lo cual le generaba un ingreso de ocho dólares diarios, y de 16 cuando había función de matinée.[609]

Emilia Trujillo, "La Trujis", la amiga de Victoriano Huerta, no se exilió, pero tampoco siguió en el candelero teatral. ¿Quién era ella? Emilia Trujillo fue la primera gran tiple mexicana que dio vida a personajes muy mexicanos. Era esbelta, bonita, de belleza típicamente mexicana; cantaba con una voz agradable y actuando derrochaba gracia y picardía; ella le dio realce a las chinas poblanas, a las "peladitas", a las inditas, y su personaje de la "borrachita", en la revista *México Nuevo*, la primera obra política que se estrenó en el teatro, dio por resultado que metieran a la cárcel a los autores,

606 *Revista Mexicana*, núm. 71, 14 de enero de 1917.
607 Federico Gamboa, *Mi diario*, t. VI, p. 328.
608 *Ibidem*, p. 434.
609 *Ibidem*, p. 520.

Ortega y Fernández Benedicto. A través de los tiempos, sus personajes han servido de modelo para que otras artistas cimentaran su fama y su fortuna, con más suerte que Emilia. La Trujillo murió joven, pobre y olvidada en 1917, durante los años de inquietud revolucionaria.[610]

El espionaje carrancista

En este contexto, entre 1915 y 1919, el sistema de espionaje carrancista en La Habana y en Estados Unidos recabó información para enterarse de lo que hacían los exiliados y, en caso necesario, difamarlos. En los primeros días de 1916 llegó a La Habana Gonzalo García Travesí, en franca labor policiaca, que no pasó desapercibida entre los exiliados. En forma petulante difundió entre los exiliados que viajaba autorizado por el gobierno mexicano para decidir quiénes podían regresar a México, con sus respectivos pasaportes, y quienes no. De inmediato hizo circular la lista de los "excluidos" figurando José María Lozano, Teodoro Dehesa, Salvador Díaz Mirón, Alfredo Barreiro y Federico Gamboa. En los días siguientes, en lugar de cinco, la lista de los exceptuados se incrementó a doce. Después propaló que no existía lista alguna, y que todos podían regresar.[611] Pero no fue el único espía carrancista. En México, la prensa carrancista informó que un tal Domingo Barrios Gómez, o Barrios Díaz, había viajado en febrero de 1917 a La Habana y concurrido al café Europa frecuentado por los exiliados. En su informe, reproducido en *Acción Mundial*, pintó un cuadro denigrante sobre los mexicanos, etiquetándolos de parásitos, vagabundos, borrachos, agiotistas y fanfarrones. Refiere que entrevistó al actor Luis Barreiro, exiliado por sus simpatías a Huerta, quien le narró la vida y milagros de varios exiliados. Sobre el general Joaquín Maass, dijo que se dedicaba a traficar con las alhajas que sustrajo durante una comisión gubernamental en Saltillo. Asimismo, que

[610] Armando de Maria y Campos, *op. cit.*, p. 64.
[611] Federico Gamboa, *Mi diario*, t. VI, pp. 312-313.

Maass tenía un equipo de matones profesionales, los que por una módica paga asesinaban a cualquier persona tanto en Europa como en la isla.

Sobre José María Lozano, los juicios fueron lapidarios. Domingo Barrios Gómez expresó que se trataba de un borrachín que la policía había encarcelado en reiteradas ocasiones por escandalizar en la vía pública. Agregó que este personaje se había gastado todo su capital en Europa, razón por la cual ahora vivía de las migajas que le arrojaban sus compatriotas. En relación con el general Rubio Navarrete, aseguró que se dedicaba a la política y que su máxima aspiración era volver a vestirse de general, naturalmente anticarrancista.[612]

El reportaje no resulta del todo creíble, ya que Luis Barreiro, al igual que su padre, Alfredo, eran exiliados que difícilmente triunfaron. Para ellos, al igual que para el actor Leopoldo Beristáin, el exilio les significó amarguras y fracasos. Por la naturaleza de los personajes que solían representar en el medio artístico en México, en La Habana sólo despertaron curiosidad y casi no tuvieron contratos. En una palabra: no triunfaron. En la revista *Acción Mundial*, el gobierno carrancista alentó la publicación de reportajes de la misma naturaleza en donde se hacía escarnio de los intelectuales mexicanos, muchos de ellos con los años encima, con serios problemas de salud, que no tenían más aspiración que volver a su patria para morir, como efectivamente sucedió.[613]

[612] La publicación no se encuentra en la Hemeroteca Nacional de la UNAM, pero es citada por Federico Gamboa, en *Mi diario*, t. VI, pp. 387 y 388.

[613] *Acción Mundial*, 13 de julio de 1916. Los ataques también aparecieron en *El Pueblo*, 24 de febrero de 1917.

CAPÍTULO XIII

El episcopado: del destierro a sus intentos por volver

AL IGUAL que los civiles y militares, los integrantes del episcopado mexicano, sacerdotes y monjas, se dispersaron en Estados Unidos, Cuba, y en menor medida en España y Guatemala. Medina Ascencio calcula que alrededor de 300 personas vinculadas con el clero dejaron el país.[614] Con la excepción de dos arzobispos, la mayoría de sus colegas tuvo marcado interés en viajar a Estados Unidos, ya que la Iglesia católica estadounidense les tendió su mano en forma espontánea y desinteresada. Maximino Ruiz y Flores, obispo de Chiapas, llegó a Estados Unidos con la barba crecida, pantalón de dril, saco de lona y sombrero jipi, al igual que los arzobispos de Guadalajara, Oaxaca y Monterrey, además de los obispos de Sinaloa, Aguascalientes, Zamora, Zacatecas, Saltillo, Tulancingo, Campeche y Chiapas.[615] Ya en Estados Unidos, los sacerdotes que hablaban algo de inglés trabajaron de meseros en los restaurantes y otros de mozos de hoteles. En Cuba se exiliaron los arzobispos de México y de Yucatán, José Mora y del Río y Martín Tritschler, respectivamente, algunos sacerdotes y mojas. En su mayor parte residieron en el convento de la Merced, al amparo del clero cubano. Inicialmente, el obispo de Tulancingo, José Juan Herrera y Piña, vivió en La Habana, pero nunca estuvo contento, ya que el clima de la isla le resultó extremoso y, en cambio, el de Estados Unidos le era más tolerable.[616]

[614] Luis Medina Ascencio, S.J., *Historia del seminario de Montezuma. Sus precedentes, fundación y consolidación 1910-1953*, México, Jus, 1962, pp. 42-43.

[615] Luis Medina Ascencio, S.J., *op. cit.*, p. 43.

[616] Aureliano Tapia Méndez, *José Juan de Jesús Herrera y Piña. VI obispo de Tulancingo y V arzobispo de Monterrey*, México, Libros de México, 1976.

EL APOYO DE LA IGLESIA ESTADOUNIDENSE

ANTE EL CRECIENTE número de clérigos desterrados, el padre Enrique A. Constantineau, buscó la forma de ayudarlos. El primero que escuchó su llamado fue John W. Shaw, arzobispo de San Antonio, Texas. Al no darse abasto para atender a tantos mexicanos, hicieron gestiones ante la *Catholic Church Extension Society of Chicago*, para que los apoyara. Precisamente uno de los fines de esta organización, era la de ayudar a los miembros del clero, mediante colectas realizadas por toda la nación estadounidense. Constantineau y Shaw argumentaron que eran innumerables los mexicanos carentes de habitación y de dinero, que vivían en condiciones precarias, trabajando en las actividades peor remuneradas. Como no obtuvieron respuesta inmediata, el padre Constantineau acudió personalmente a Chicago, para describir en viva voz las urgentes necesidades de los mexicanos.[617]

Al enterarse de ello, el arzobispo de Chicago, monseñor James Edward Quigley, se puso en contacto con monseñor Francis Clement Kelley, fundador y presidente de la *Extension Society*, y con el padre Edward F. Hoban. En conjunto analizaron la situación, y como resultado de ello, se trasladaron a San Antonio, llevando 25,000 dólares, para atender las necesidades más apremiantes de los mexicanos expatriados. Francis Clement Kelley, director del *Extension Magazine*, un cuarentón, con gafas sin aros, corpulento, de palabra fácil, y más fácil comprensión, de mirar sereno, pulcra elegancia, pronto a sonreír, fumador de cigarros egipcios se esforzó por impartir ayuda por igual a los clérigos, seglares y militares exiliados. Gracias a su iniciativa, se distribuyó comida a los más necesitados, y se les buscó alojamiento.[618]

Con el objeto de reunir fondos adicionales, monseñor Kelley hizo un llamado urgente a todos los socios de la *Extension*, y casi de inmediato recibieron importantes donativos de varias ciudades

[617] Luis Medina Ascencio S.J., *op. cit.*, pp. 43-44 y Aureliano Tapia Méndez, *op. cit*, p. 90.

[618] Federico Gamboa, *Mi diario*, t. VI, pp. 201-202.

estadounidenses. Al enterarse de que en Cuba había otros miembros del clero mexicano exiliados, acordaron viajar a la isla para llevárselos a Texas. Se dirigieron a Nueva Orleáns para tomar ahí el barco que los llevara a Cuba. En esta ciudad hablaron con monseñor Blenk, el obispo de aquella ciudad, quien escuchó a monseñor Kelley sobre los motivos del viaje. Kelley le habló de las urgentes necesidades de los mexicanos, y de su obligación de ayudarlos. Fue tan convincente su exposición, que el obispo de Nueva Orleáns decidió acompañarlos y se embarcaron hacia La Habana.[619]

Al llegar, se entrevistaron con los arzobispos José Mora y del Río y Martín Tritschler, y el obispo José Juan de Jesús Herrera y Piña. A este último, los recién llegados le parecieron "ángeles bajados del cielo", y más cuando le dijeron: "Venimos por usted. Nada le costará el viaje. Ya le dejamos preparada su habitación en San Antonio, y allá podrá vivir con toda tranquilidad, sin preocuparse cómo pasará el día de hoy, ni el de mañana." Para Herrera y Piña se trataba de una excelente oportunidad para vivir mejor, además de que el clima de La Habana lo estaba perjudicando.[620]

El seminario de Castroville

Herrera y Piña y otros desterrados aceptaron la ayuda que les ofreció Kelley y compañía, y el 9 de noviembre de 1914 se embarcaron rumbo a Nueva Orleáns, a donde llegaron al día siguiente. Herrera y Piña continuó hacia Chicago, sede de la *Catholic Church Extension Society*, con el fin de informar a sus dirigentes y a los obispos estadounidenses, sobre la situación que se vivía en México. Como portavoz del episcopado mexicano, les propuso la urgencia de fundar un seminario para estudiantes mexicanos en los mismos Estados Unidos. Después de escuchar su informe, los

[619] Una prueba de la simpatía de monseñor Kelley por México y su episcopado, radica en que escribió un libro llamado *México, país de los altares ensangrentados*, citado por Luis Medina Ascencio S.J., *op. cit.*, p. 45 y Aureliano Tapia Méndez, *op. cit.*, pp. 91-92.

[620] Luis Medina Ascencio S.J., *op. cit.*, p. 45 y Aureliano Tapia Méndez, *op. cit.*, p. 92.

obispos estadounidenses acogieron con beneplácito su idea y lo comisionaron para que pusiera en marcha el proyecto. Monseñor Kelley declaró que la *Extension* estaba dispuesta a aportar los fondos y recomendó que se instalará en alguno de los estados fronterizos, preferentemente Texas.[621]

El 1 de diciembre de 1914, Herrera y Piña estaba en San Antonio, Texas, acompañado de monseñor Kelley y del padre Constantineau, en busca del edificio. Monseñor Kelley localizó una casa en la región South Heights, que había sido de la *Garden Academy*, y junto con la madre Florence, Superiora General de la Congregación de la Divina Providencia, se abocaron a conseguirla. En el ínterin, el padre Constantineau consideró que el edificio más adecuado era uno ubicado en el poblado de *Castroville*, a unos 60 kilómetros de San Antonio y, que por su tamaño, calculaba que podría albergar a un centenar de estudiantes. La propiedad comprendía una manzana y pertenecía a la Congregación de la Divina Providencia. El padre Constantineau habló del asunto con la madre Florence, quien pidió unos días para analizar la petición. Después de consultarlo con su consejo directivo, acordaron transferirla, en renta o en propiedad, para el proyecto de los mexicanos. Como el edificio estaba ocupado por las religiosas de la Divina Providencia, hubo necesidad de mudarlas a otro edifico. Monseñor Shaw, representando a la *Society Extension*, firmó el contrato el 26 de enero de 1915 con la madre superiora. Se entregaba la propiedad para instalar el seminario mexicano, sin compromiso de pago alguno, pero con la obligación de darle mantenimiento. El convenio era por un año, con opción a otro más. A final de cuentas, el convenio se modificó, ya que el seminario funcionó por espacio de tres años.[622]

Los obispos mexicanos exiliados en Estados Unidos, nombraron a monseñor Herrera y Piña rector de lo que se llamó Seminario de San Felipe Neri. El flamante rector formó la planta docente con

[621] Luis Medina Ascencio S.J., *op. cit.*, pp. 46-47 y Aureliano Tapia Méndez, *op. cit.*, pp. 93-94.

[622] Luis Medina Ascencio S.J., *op. cit.*, pp. 47-48 y Aureliano Tapia Méndez, *op. cit.*, pp. 95-96.

los obispos y sacerdotes que se encontraban en el destierro. De inmediato se puso en contacto con los obispos y sacerdotes que permanecieron en México, y los conminó a que enviaran estudiantes para el seminario.[623] Herrera y Piña estuvo al frente del seminario un año: inició su periodo en enero de 1915, y lo dejó a comienzos de 1916. Después de ello, se fue a vivir a San Antonio, Texas. Le sucedieron en el cargo el obispo de Chiapas, Maximino Ruiz y Flores, el canónigo Manuel Reynoso y el presbítero Rafael León. Entre los profesores hubo tres obispos: Ruiz y Flores, Herrera y Piña, y no fue posible precisar el nombre del tercero.[624]

El nombre de Seminario de San Felipe Neri se lo pusieron los mismos directores de la *Extension Society*, con la anuencia de los prelados mexicanos. De los 16 alumnos fundadores, la diócesis de Tulancingo envió a seis, tres la de Zacatecas y los siete restantes procedentes de otros lugares. En el transcurso de los tres años, el seminario tuvo un total de 108 alumnos. Un análisis detenido de los datos refleja que la mayoría provino de cinco lugares: Zacatecas envió en total 36 alumnos, que significan alrededor de la tercera parte; Tulancingo 16, Guadalajara 13, Querétaro 13 y Yucatán 10. Otras ocho ciudades también enviaron seminaristas mexicanos a *Castroville*, pero su número fue inferior. Saltillo y Zamora sobresalen con seis cada uno, Monterrey aportó tres, y lugares como Campeche, León, Durango y Chiapas enviaron solamente uno. No se registran alumnos poblanos, oaxaqueños, veracruzanos ni de la ciudad de México. Entre las materias impartidas figuraban dogma, moral, derecho canónico, sagrada escritura, historia de la Iglesia, liturgia, pedagogía catequística, oratoria sagrada, canto gregoriano, ascética, sociología e inglés. Para abril de 1917 se habían ordenado 32 sacerdotes.[625] Cabe señalar que el seminario de *Castroville* era visitado frecuentemente por los prelados mexicanos desterrados.

[623] Luis Medina Ascencio, S.J., *op. cit.*, p. 49 y Aureliano Tapia Méndez, *op. cit.*, pp. 96-98.

[624] Luis Medina Ascencio S.J., *op. cit.*, pp. 49, 209-210 y Aureliano Tapia Méndez, *op. cit.*, p. 102.

[625] Luis Medina Ascencio S.J., *op. cit.*, pp. 50, 211-214 y Aureliano Tapia Méndez, *op. cit.*, p. 98.

Aquí vivieron por algún tiempo el cura Fernández, de Zamora, Ignacio Valdespino, obispo de Aguascalientes y Miguel de la Mora, obispo de Zacatecas.

Puede decirse que el *ángel tutelar* del seminario fue monseñor Kelley. Con sus frecuentes llamadas a través de su publicación mensual *Extension*, logró reunir casi 76,500 dólares, que para aquellos tiempos era una cantidad considerable.[626] Pero el 31 de marzo de 1918, la *Revista católica* difundió la siguiente noticia:

> Lamentamos que obra tan benemérita esté por extinguirse, no estando aún la nación vecina en circunstancias de sostener sus seminarios en todas las diócesis. La *Extension*, sin embargo, no abandonará a los que no han terminado su carrera, sino que ha prometido enviarlos a los seminarios estadounidenses, si así lo quieren sus respectivos prelados.[627]

Efectivamente, el seminario de *Castroville* estaba en franca crisis. Una solución para los seminaristas resultó ser volver a México. Aquí no estaban del todo bien las cosas, pero para 1918 la persecución religiosa estaba cediendo en algunas diócesis. A consecuencia de ello, los obispos ya no enviaron nuevos alumnos a *Castroville*. Pero también hubo otras razones: en varios momentos, las autoridades estadounidenses trataron de enrolar en el ejército a los seminaristas mexicanos, ya que se estaba en plena primera guerra mundial. Esto alarmó a los obispos mexicanos, quienes de inmediato repatriaron a sus seminaristas.[628]

Otra prueba de la crisis del seminario fue que se había quedado con 15 alumnos, y en tales circunstancias Kelley anunció que la razón del ser de esta institución se había extinguido. El cierre oficial del seminario ocurrió el 13 de junio de 1918. Testigo de ello fue una monja, quien observó la entrega del edificio, de los muebles, loza, ropa, cubiertos, todo inventariado.[629] Para tales fechas, algu-

[626] Luis Medina Ascencio S.J., *op. cit*, pp. 56-57
[627] *Ibidem*, p. 61
[628] *Ibidem*, pp. 61-62 y Aureliano Tapia Méndez, *op. cit.*, p. 102.
[629] Luis Medina Ascencio S.J., *op. cit.*, p. 62 y Aureliano Tapia Méndez, *op. cit.*, p. 102.

nos obispos y arzobispos ya estaban regresando a México, y el resto lo haría en 1919.

El retorno de varios prelados

Tal como se ha advertido, desde mediados de 1914, la mayor parte de los arzobispos y varios obispos estaba en el destierro. Durante unos dos años, ni ellos ni los civiles o militares etiquetados de huertistas o felicistas se atrevieron a regresar al país por temor a sufrir el mismo destino del ex secretario de Gobernación, Alberto García Granados, quien permaneció oculto en México, hasta octubre de 1915 cuando salió a la calle, fue identificado, atrapado y fusilado. A distancia fueron testigos de la escisión de las fuerzas revolucionarias que tenían, por un lado a los carrancistas y por el otro a los villistas y zapatistas. Fue hasta mediados de 1916, una vez que Carranza se consolidó, que varios de ellos consideraron que había llegado la hora de regresar a México. Había dos formas: solicitar a Carranza la autorización, exponiéndose a una negativa, o simplemente ignorarlo y entrar en forma clandestina a suelo mexicano. A pesar de los riesgos que ello implicaba, esta última fue la fórmula adoptada. Cuatro fueron los miembros del episcopado que decidieron entrar a México sin pedirle permiso a Carranza: dos obispos y dos arzobispos. Entre los primeros figura José Juan de Herrera y Piña, y Miguel de la Mora, y entre los segundos, Francisco Orozco y Jiménez, y José Mora y del Río.

Miguel de la Mora

Desde mediados de 1914, Miguel de la Mora, obispo de Zacatecas, vivía en el destierro en Estados Unidos, moviéndose entre San Antonio, San Luis Missouri, Chicago y Corpus Christi. Armado de valor, y sin temor a las represalias, en los primeros días de julio de 1916 regresó a México, y durante seis meses ejerció su ministerio en las parroquias de su diócesis sin que el gobierno lo molestara, aunque es posible que lo tuvieran vigilado. Todo transcurrió sin mayores problemas hasta que el 4 de enero de 1917 fue

aprehendido, junto con el secretario del arzobispo de Jalisco, acusados de rebelión. El obispo fue llamado al cuartel militar, donde los jefes le exigieron entre 2,000 o 3,000 pesos para cubrir los haberes de la tropa. Como no los tenía, el obispo fue objeto de graves insultos, y acto continuo el militar de mayor jerarquía lo declaró preso. Pero esto no fue más que el inicio de una serie de atropellos: Miguel de la Mora fue sacado del cuartel y conducido entre dos filas de soldados a un lugar llamado Mesquitic, y encerrado en un cuarto, en donde yacía una prostituta.

Al día siguiente, el prelado fue trasladado al pueblo de Colotlán, y dos días después al de Villanueva, siempre entre dos filas de soldados. Finalmente, el 17 de enero, entre el redoble de tambores y toque de clarines, monseñor de la Mora fue conducido a la ciudad de Zacatecas, en medio de una gran consternación de la población. Aquí fue alojado en una bartolina, utilizada como antesala para los presos políticos destinados al paredón, ubicada en el palacio de gobierno. A continuación, y basados en la ley juarista que castigaba a los trastornadores del orden público, se le montó un consejo de guerra extraordinario. La acusación: hacer propaganda contraria a la causa carrancista.

El 20 de enero, monseñor de la Mora fue llevado ante el gobernador Enrique Estrada, quien le comunicó los resultados del consejo de guerra. Sucede que el tribunal militar lo había juzgado y condenado a la pena de muerte. No obstante ello, el general Enrique Estrada le hizo ver al obispo que estaba en condiciones de conmutar la pena por la deportación a Estados Unidos. El prelado argumentó que desde su regreso al país, había predicado el respeto a las autoridades, y exigió pruebas de que hacía propaganda contra el gobierno carrancista. El gobernador se indignó y calificó de traidores y sediciosos a los obispos mexicanos expatriados. A final de cuentas, le expresó que fuera o no culpable lo iba a desterrar, y que le daba unos cuantos días para que se despidiera de su familia en Aguascalientes. En vista de ello, Miguel de la Mora regresó desterrado a San Antonio, Texas.[630]

[630] *Revista Mexicana*, núm. 76, 18 de febrero de 1917 y núm. 133, 24 de marzo de 1918 y Alfonso Taracena, *LVRM (1915-1917)*, pp. 322 y 324.

Francisco Orozco y Jiménez

Tal como se ha advertido, en agosto de 1914, Francisco Orozco y Jiménez salió del país a bordo del vapor "María Cristina". Después de una breve estancia en la isla, en los primeros días de septiembre apareció en la península ibérica, en donde se reunió con Gabriel Fernández Somellera, quien había sido presidente del Partido Católico Nacional. Como se recuerda, este periodista fue desterrado durante el régimen de Huerta.[631] A final de este mes, llegó a Roma para entrevistarse con el recién designado Papa Benedicto XV, quien había sido su compañero de estudios en la Universidad Gregoriana. El Papa se mostró sumamente reservado, seguramente a causa de los informes contradictorios que había recibido sobre el papel del episcopado durante el huertismo. Según algunos de los informes recibidos, la revolución no perseguía a la Iglesia, sino castigaba a los prelados por entrometerse en la política. Por otro lado, a su Santidad le extrañaba que hubiera salido del país la mayor parte del episcopado, dejando abandonada a su grey. Para fortuna de Orozco y Jiménez, fue escuchado por el Papa, apoyándose en los informes rendidos desde Estados Unidos por monseñor Clement Kelley, presidente de la *Catholic Extension Society*.[632]

Al mes siguiente Orozco y Jiménez estaba en Francia, nada menos que en el famoso balneario de Biarritz, lugar de recreo preferido por las familias más exigentes. Aquí vacacionaba el general Porfirio Díaz, viejo y achacoso, con el mal de gota y una acentuada pérdida del oído, junto con su esposa Carmelita. Se hospedó en el Hotel Bristol, distante tres calles de la mansión de don Porfirio, por lo cual le fue fácil visitarlo con relativa frecuencia. A ambos les gustaba hablar sobre la situación política mexicana, y en una ocasión, el ex presidente llegó a decir que Carranza, senador y gobernador durante su mandato, era un ranchero testarudo y barbón, que de tenerlo a su alcance, le *daría de palos*

[631] Vicente Camberos Vizcaíno, *op. cit.*, t. I, pp. 271-277.
[632] *Ibidem*, pp. 277 y 283-284.

en la cabeza. De Francisco Villa, dijo que lo colgaría de un árbol sin titubear. Pero sobre todo, Porfirio Díaz le manifestó al arzobispo, que su deseo era morir en México.[633] En abril de 1915, Orozco y Jiménez viajó a España, entrevistándose con el rey Alfonso XIII, quien le ofreció asilo en España por el tiempo que juzgara necesario.[634] Concluida su visita en España, regresó a Francia, en donde se entrevistó con Francisco León de la Barra, y luego salió con destino a Roma.[635] En enero de 1916 estaba en Roma. Después de meditar las cosas, decidió partir hacia Estados Unidos, y una vez ahí, buscar la forma de penetrar a suelo mexicano. Se despidió del Papa, quien le recomendó prudencia y esperar a que el panorama político en México se aclarara, le dio su bendición, y Orozco y Jiménez partió al continente americano.[636]

En mayo de 1916, y después de casi dos años de vivir en Europa, Orozco y Jiménez se embarcó en un vapor de la Trasatlántica Española hacia Nueva York, a donde llegó en junio.[637] De acuerdo con las indicaciones pontificias, en Chicago se puso en contacto con Leopoldo Ruiz y Flores, Francisco Plancarte y Navarrete, y Francisco Banegas.[638] También se entrevistó con monseñor Kelley, convertido en protector del episcopado mexicano. Juntos analizaron la situación política mexicana, con resultados desalentadores, concluyendo que no era recomendable regresar a México. Orozco y Jiménez les expresó que de todas formas, cruzaría la frontera mexicana. Los intentos por disuadirlo resultaron estériles. En los primeros días de noviembre del mismo año, el arzobispo de Guadalajara se enfiló rumbo a San Antonio, Texas, un lugar cercano a la frontera.[639] Aquí se topó con la novedad de que José Mora y del Río había llegado procedente de La Habana y que estaba en contacto con cinco o seis prelados mexi-

[633] *Ibidem*, pp. 293-295.
[634] *Ibidem*, pp. 295-298.
[635] *Ibidem*, p. 301.
[636] *Ibidem*, pp. 313-315.
[637] *Ibidem*, pp. 315-316.
[638] *Ibidem*, p. 322.
[639] *Ibidem*, p. 323.

canos más, que aquí vivían. Además de conversar con todos ellos y de ponerlos al tanto de sus planes, Orozco y Jiménez gestionó su pasaporte, el cual obtuvo sin mayor problema utilizando un seudónimo.

Un día, y poco antes de cruzar la frontera mexicana, Mora y del Río lo invitó al igual que a otros prelados, a una junta en el colegio de Brock Riche del Verbo Encarnado. Además de los arzobispos Mora y del Río, Orozco y Jiménez, Plancarte y Navarrete, asistieron los obispos, Herrera y Piña, Uranga, Valdespino, y dos más. Al tomar la palabra, el arzobispo Primado de México les expresó: "Yo quisiera que nos pusiéramos de acuerdo para poder entrar a México." Dicho lo anterior, se hizo una pausa para auscultar el sentir de los presentes. Ninguno de los asistentes objetó la propuesta, excepto Orozco y Jiménez quien al tomar la palabra, les dijo que cuando un obispo tenía en claro su deber y sus obligaciones, no necesitaba comunicarlo, ni pedir permiso a nadie. Su postura resultó bastante ríspida y a fin de cuentas, ninguno de los otros asistentes a la reunión se atrevió a cruzar la frontera mexicana. Orozco y Jiménez tenía la aprobación del Papa, y sabía que desde días antes, el obispo de Zacatecas, Miguel de la Mora, había regresado a México, subrepticiamente, para cumplir con su deber.[640] Mora y del Río era partidario de atravesarla en grupo, pero como ello no fue posible, consideró que lo más prudente era regresar a La Habana a la espera de mejores tiempos. El resto de los prelados opinó lo mismo y permanecieron a la expectativa.

De inmediato, Orozco y Jiménez se dirigió a Laredo y no tuvo ningún problema para penetrar en suelo mexicano. El 13 de noviembre de 1916, y después de casi dos años de destierro en Europa, y otro medio año en Estados Unidos, Orozco y Jiménez estaba en Saltillo y una semana más tarde en Totatiche, Jalisco. Su arribo se consumaba cuatro meses después del de Miguel de la Mora. Enterado de ello, el gobierno federal emprendió una feroz persecución.[641] Así transcurrió el final del año con un Orozco y Jiménez

[640] *Ibidem*, pp. 323-325.
[641] *Ibidem*, pp. 329 y 333.

refugiándose en los pueblos y rancherías para escapar de la persecución gubernamental. Con barba crecida y ropas de civil, en ocasiones ni los propios campesinos sabían de quién se trataba, ni a quién le daban posada. El arzobispo se puso en contacto con algunos sacerdotes de su arquidiócesis, quienes de inmediato lo protegieron de una posible emboscada. En este transitar duro y difícil, en los primeros días de enero de 1917, Orozco y Jiménez se enteró de que el obispo Miguel de la Mora había sido aprehendido en Monte Escobedo, Zacatecas. Su captura le preocupó y optó por alejarse de Jalisco e internarse en Nayarit, justo en el momento en que el gobierno lo acusaba de traidor a la patria.[642]

A casi medio año de haber sido expedida la Constitución de 1917, el arzobispo hizo escuchar su voz. ¿Por qué lo hacía? Porque decía que a todos constaba que la nueva Constitución Política, si bien reconocía determinados derechos al pueblo mexicano, en muchos aspectos subyugaba, oprimía y despreciaba a la Iglesia católica.[643] Luego les planteaba a sus fieles: ¿Por qué soportar un orden de cosas que los obligaba a renunciar a la verdadera libertad de conciencia? A las autoridades carrancistas les advirtió que en su calidad de alto dignatario de la Iglesia católica, era su obligación protestar contra la nueva Constitución, como ya lo había hecho gran parte del episcopado mexicano el 24 de febrero en Estados Unidos, sin que lo moviera espíritu alguno conspirativo o de sedición.

Pero no obstante que a juicio de Orozco y Jiménez, su protesta no tenía como fin excitar a la población para que desconociera ni al gobierno ni a las leyes, el gobernador de Jalisco, Manuel Diéguez, la consideró subversiva y dispuso capturarlo. Asimismo ordenó que se hiciera un listado de las iglesias en donde los curas dieran lectura a la citada carta pastoral. Para el 24 de junio de 1917, se contabilizaron ocho iglesias en donde los sacerdotes habían leído la carta, y de inmediato Diéguez dispuso que los

[642] *El Demócrata*, 8 de mayo de 1918.

[643] *Revista Mexicana*, núm. 101, 12 de agosto de 1917, Alfonso Taracena, *LVRM (1915-1917)*, pp. 368-370 y Vicente Camberos Vizcaíno, *op. cit.*, t. I, p. 346.

hechos fueran consignados ante el Juez de Distrito de Guadalajara, para que se les abriera un proceso por sedición. Como resultado de ello, se aprehendieron los sacerdotes señalados y se catearon tanto sus casas como las iglesias.[644] Al enterarse de tales medidas, el pueblo católico de Guadalajara organizó una manifestación de protesta en la que participaron varones, mujeres y niños, y la policía tuvo que utilizar macanas y pistolas para disolverla. Asimismo la policía destruyó los cartelones y las mantas que portaban los manifestantes. A los detenidos se les impuso una multa de 200 pesos por cabeza o en su defecto, 15 días de arresto.

Para la primera semana de mayo de 1918, Orozco y Jiménez andaba a salto de mata, prácticamente solo y mal alimentado, pero el gobierno insistía que se trataba de un sujeto peligroso, que además de estar levantado en armas, a la gente promovía la sublevación de las acordadas de los pueblos y amenazaba con entrar a la ciudad de Tequila. Sin embargo, para los observadores con sentido común, la declaración gubernamental era exagerada ya que Orozco y Jiménez carecía de un ejército y de armas, además de que no resultaba fácil entrar a la citada población.[645]

Para el mes de mayo de 1918, la prensa publicó que otros obispos habían regresado al país, y que ya se encontraban en sus respectivas diócesis, ocultos o a la vista del público. Como no deseaban una confrontación con el gobierno federal, todos estaban gestionando la amnistía, jurando no inmiscuirse en cuestiones ajenas a su ministerio. El mismo Francisco Orozco y Jiménez utilizó los servicios de dos diputados jaliscienses para gestionarla, ante Manuel Aguirre Berlanga, secretario de Gobernación, prometiendo respetar la Constitución. Sólo que el titular de la Secretaría de Gobernación le respondió que esta clase de gestiones debían ser hechas personalmente y no por intermediarios.[646]

El gobernador Manuel M. Diéguez reforzó los medios para capturar al arzobispo acusándolo de propagandista, sedicioso y de

[644] Alfonso Taracena, *LVRM (1915-1917)*, p. 375 y Vicente Camberos Vizcaíno, *op. cit.*, t. I, pp. 347-348.
[645] *El Demócrata*, 8 de mayo de 1918.
[646] *El Demócrata*, 27 de mayo de 1918.

enemigo jurado de la Revolución. Pero mientras los diputados jalisciences llevaban a cabo sus gestiones de amnistía, el teniente coronel Leopoldo Ortiz lo capturó el 5 de julio de 1918 en San Juan de los Lagos, causando enorme conmoción.[647] Después de su aprehensión, y previa consulta con el presidente de la república, las autoridades de Jalisco determinaron expulsarlo del país. Su exilio sería Estados Unidos, lugar en donde ya había estado. El argumento utilizado para expulsarlo consistía en que después de radicar en Estados Unidos, penetró en suelo mexicano dedicándose a atacar al régimen, e incitar al pueblo para levantarse en armas. En principio se pensó deportarlo por el puerto de Manzanillo, convenientemente escoltado, con destino a San Francisco, California. Mientras se cumplían los trámites, vecinos y damas jalisciences, enviaron memoriales a Carranza pidiendo la gracia para Francisco Orozco y Jiménez. A fin de cuenta, Orozco y Jiménez no fue deportado por el puerto de Manzanillo, sino por el de Tampico. El general César López de Lara lo condujo de una ciudad a otra, fuertemente escoltado, alojándolo en cuarteles militares.[648] La intención era deportarlo a Estados Unidos en el primer vapor que zarpara de Tampico. Finalmente, el 25 de julio de 1918, Orozco y Jiménez cruzó la frontera y se internó en Estados Unidos. Un representante del gobernador de Texas lo esperaba allende el Bravo, con la orden de conducirlo al lugar que deseara.[649]

José Juan de Jesús Herrera y Piña

Estando en San Antonio, Herrera y Piña buscó volver a México, razón por la que el 27 de septiembre de 1916 le escribió a Carranza, pidiéndole un salvoconducto y garantías para regresar a su patria. Se le contestó de manera no oficial, que para febrero del año siguiente,

[647] Vicente Camberos Vizcaíno, *op. cit.*, t. I, pp. 406-407, *El Demócrata*, 8 de julio de 1918 y la *Revista Mexicana*, núm. 149, 14 de julio de 1918.

[648] Vicente Camberos Vizcaíno, *op. cit.*, t. I, p. 409, *Excélsior*, 9 de julio de 1918, *El Demócrata*, 9, 10, 13, 15 y 17 de julio de 1918 y *Excélsior*, 13, 17 y 24 de julio de 1918.

[649] Vicente Camberos Vizcaíno, *op. cit.*, t. I, p. 427.

una vez pasadas las elecciones presidenciales, se le daría un pasaporte. Mientras tanto, Herrera y Piña se enteró de que el gobierno había afectado varias propiedades del obispado, lo que lo indujo a protestar. Le escribió al Primer Jefe manifestando que había sido informado del despojo de todos sus bienes, inclusive de su residencia episcopal, y que además su vida misma corría peligro si llegaba a Tulancingo.[650] Al parecer, Carranza no se molestó en leer su carta ni en contestarle.[651] Desesperado, Herrera y Piña discutió con Francisco Orozco y Jiménez y Miguel de la Mora, la forma de entrar a suelo mexicano. Los tres regresaron a México en forma incógnita, cada uno por su lado.

Herrera y Piña, igual que el resto de los miembros del episcopado mexicano, estaba acusado de haber colaborado con el gobierno de Huerta, y su nombre aparecía en la lista de las personas que no podían volver. En varias ocasiones afirmó que volvería a México, cruzando a nado el Río Bravo si fuera necesario. Herrera y Piña no esperó que se celebraran las elecciones presidenciales en México sino que, a principios de 1917, penetró en suelo mexicano. Como era de esperarse, las autoridades de Piedras Negras lo descubrieron y lo aprehendieron. Lo acusaron de ser un "vulgar delincuente", y lo amenazaron con someterlo a un consejo de guerra. Enterada de ello, su familia acudió al secretario de Gobernación, Aguirre Berlanga, para conseguir su libertad. Los abogados contratados por la familia, lograron ablandar a Aguirre Berlanga, y después de pagar una fuerte multa, Herrera y Piña recibió autorización para permanecer en el país, concretamente en la ciudad de México. Desde aquí dictó órdenes para reconstruir su diócesis de Tulancingo, devastada por los grupos anticlericales. Los edificios del obispado, del seminario y del colegio Guadalupano, habían sido ocupados por las tropas carrancistas, destruyendo archivos, bibliotecas, mobiliario y cuadros decorativos.[652]

[650] Aureliano Tapia Méndez, *op. cit.*, pp. 89-90 y 105.
[651] *Ibidem*, p. 105.
[652] *Ibidem*, pp. 107-108, *Excélsior*, 1o. y 15 de junio de 1918, y 8 de julio de 1918.

Tarde o temprano, todo esto se supo en el convento de la Merced, en La Habana. El arzobispo de Yucatán, Martín Tritschler, el obispo de Cina, y otros clérigos comentaban las noticias, algunas falsas y otras verdaderas, sobre el regreso de varios prelados a México. Por ejemplo, se enteraron de que Leopoldo Ruiz y Flores, había cruzado la frontera mexicana y que estaba en camino a Michoacán, la sede de su arquidiócesis, lo cual resultó falso. También que Orozco y Jiménez, el arzobispo de Guadalajara, había hecho lo mismo. Asimismo, que el obispo de Tulancingo había llegado a suelo mexicano, y que lo único que le sucedió fue que no lo dejaron entrar a su diócesis. En vista de las circunstancias, Tritschler se desesperó ya que también quería regresar a su arquidiócesis. Pero en su caso había varios inconvenientes. Yucatán no ofrecía las ventajas de otros estados de la república para ocultarse o salir del país. Había que entrar por el puerto de Progreso, que era el único en servicio. En caso de entrar a la península, y ser descubierto por el gobierno, Tritschler no podía utilizar el expediente de ocultarse. ¿A dónde ir en un estado liso y árido como la palma de la mano?[653]

Maximino Ruiz

Al abandonar el país, Maximino Ruiz, obispo de Chiapas, se radicó en San Antonio, Texas. Después de ello, se trasladó a Guatemala para estar más cerca de su grey. Pero aquí su suerte no fue placentera. Sucede que en una ocasión, fue expulsado por órdenes directas el presidente de aquel país, Manuel Estrada Cabrera, quien argumentó que los jesuitas no eran de su simpatía, orden a la que pertenecía el obispo. A pesar de esta hostilidad manifiesta, el obispo regresó a Guatemala. Al enterarse de su retorno, Estrada Cabrera repitió la medida, y el 12 de enero de 1917, Maximino Ruiz se presentó en la legación mexicana para manifestar vivos deseos de regresar a Tuxtla Gutiérrez. Durante las conversaciones, el obispo hizo declaraciones de franca simpatía hacia el gobierno

[653] Federico Gamboa, *Mi diario*, t. VI, p. 544.

de Carranza, y prometió que si le permitían regresar a Chiapas, con todo género de seguridades y garantías, trabajaría para lograr el restablecimiento de la paz en la entidad, y consolidar el sistema de cosas creado por la revolución. Para convencer a las autoridades carrancistas de su sinceridad, el obispo dijo que era partidario de mantener la soberanía e integridad territorial del país, lo que dejaba en claro que no apoyaba las posturas secesionistas de Estrada Cabrera y de algunos rebeldes.[654]

El fallecimiento de Ibarra y González

Tal como se ha adelantado, en 1914 Ramón Ibarra y González salió de Puebla y se trasladó a la ciudad de México. Aquí se escondió en el convento de las religiosas de la Cruz. Como las nuevas autoridades dudaban que el arzobispo hubiera dejado el país, intensificaron su búsqueda y éste tuvo que cambiar de refugio, ocultándose en la sede de las religiosas de la Visitación. Aquí permaneció hasta el 13 de noviembre de 1916, fecha en que se trasladó a la casa de Concepción Cabrera de Armida, sierva de Dios. En los primeros días de 1917 la prensa dio cuenta de que el gobierno tenía ubicado el refugio de Ramón Ibarra y González, pero que estaba agonizando en una casa de la colonia Santa María de la Rivera, en la ciudad de México. De paso, dijo que durante dos años y medio, ni los propios católicos poblanos supieron del paradero de su arzobispo. Unos tenían informes de que había abandonado el país, otros afirmaban haber viajado a Europa y haberlo visto en Italia, Francia, España, e incluso hablado con él. En realidad, estas versiones eran falsas y tenían como objetivo despistar a las autoridades carrancistas. Finalmente, la diabetes se le agravó, le apareció gangrena, y el 1 de febrero de 1917, falleció. En sus últimos días de vida, el gobierno permaneció indiferente y no mostró visos de querer capturarlo.[655]

[654] Bermúdez de Castro a Cándido Aguilar, secretario de Relaciones Exteriores, Guatemala, 27 de diciembre de 1916, 12 de enero de 1917, y 29 de enero de 1917, en el Archivo Histórico de la Secretaría de Relaciones Exteriores, 11-7-11.

[655] Octaviano Márquez, *op. cit.*, 1962, pp. 171, 177 y 184, *El Demócrata*, 2 de febrero de 1917 y *El Pueblo*, 2 de febrero de 1917.

El retorno de José Mora y del Río

Tal como se ha visto, desde que Antonio de J. Paredes asumió la Vicaría General de México, se produjo cierta desconfianza hacia su persona. Algunos aseguraban que había sido impuesto por las autoridades carrancistas, que era un simple comparsa, y que a causa de ello nadie le hacía caso ni lo tomaban en serio. El 31 de mayo de 1917, *El Universal* publicó una entrevista con el vicario capitular de la catedral de México, que hasta cierto punto confirmaba tales aseveraciones. Por ejemplo, el reportero le preguntó a Antonio de J. Paredes cuándo regresarían los obispos que abandonaron el país al triunfo de la Revolución. "No lo sé", contestó el vicario. Párrafos más adelante, expresó algo sorprendente: Que en ningún momento hubo motivo o razón especial para que los prelados se marcharan. Finalmente, para quitarse de encima a los reporteros, les dijo que era el gobierno quien podía informarles cuándo podían regresar, e insistió en que no hubo ley o disposición alguna que los hubiera obligado a abandonar el país.[656]

Por su parte, los editores de la *Revista Mexicana*, y más tarde Regis Planchet, lanzaron la tremenda acusación de que efectivamente Paredes era un simple comparsa de Carranza. En agosto de 1918 los editores de la citada revista decían no entender, el porqué, después de seis meses de estar en la capital de la república, Mora y del Río no recuperaba la arquidiócesis, y el canónigo Paredes seguía usurpando su puesto. De paso exigió que Paredes explicara la razón por la que apoyaba la política carrancista y la persecución de la iglesia.[657] Planchet fue más explícito y señaló que Paredes le debía el puesto a Carranza, y que como toda persona agradecida, mezquina y oportunista, hacía todo lo que el presidente le ordenaba.[658]

[656] *El Universal*, 31 de mayo de 1917 y Gastón García Cantú, *El pensamiento de la reacción mexicana*. t. II (1860-1926), Lecturas Universitarias, núm. 33, México, UNAM, 1987, p. 278.

[657] *Revista Mexicana*, núm. 155, 25 de agosto de 1918.

[658] Regis Planchet, *op. cit.*, pp. 383-387.

Efectivamente, en marzo de 1918 José Mora y del Río había regresado a México, debido en parte a que la Santa Sede le hizo un extrañamiento por el abandono de su arquidiócesis.[659] Según Federico Gamboa, su retorno se verificó en forma clandestina, en unión de otros prelados y dos sacerdotes, sin pasaporte, licencia ni cosa que valiera, a pie y disfrazados, cruzando la frontera mexicana por Laredo.[660] Pero el retorno de Mora y del Río estuvo envuelto en una nube de misterio. A mediados de mayo de 1918, los propios miembros del clero filtraron la noticia, pero el prelado no dio la cara al público. Los periodistas acudieron a la residencia del canónigo Antonio J. Paredes para confirmar lo que en principio eran simples rumores, pero éste no aceptó ni negó la versión. Los reporteros se dirigieron entonces a la casa del arzobispo, en donde el cuidador les dijo que no lo había visto, pero que desde días antes había notado extraños movimientos en el despacho contiguo. Que a eso del medio día, diariamente acudían varias personas bien vestidas, platicando casi en secreto, y cuidándose de que nadie las viera juntas.[661]

Por su parte, el inspector general de policía pudo averiguar que antes de entrar a México, Mora y del Río estuvo en San Antonio, Texas, hospedado en el hotel *México*, en donde fue visitado por Nemesio García Naranjo, Querido Moheno y Francisco Pascual García. Estos últimos le manifestaron al prelado que al llegar a México, gestionara ante Carranza su retorno al país, prometiendo no mezclarse en política, sino dedicarse a sus negocios personales. José María Lozano le hizo llegar una carta a Mora y del Río, en cuyo contenido le suplicaba a Carranza le permitiera volver al país. Después de la entrevista, Francisco Pascual García se fue a Laredo, Moheno a Nueva York y García Naranjo permaneció en San Antonio.[662]

[659] Federico Gamboa, *Mi diario*, t. VI, pp. 532 y 544 y *El Universal*, 5 de enero de 1918.

[660] Federico Gamboa, *Mi diario*, t. VI, p. 532.

[661] *El Demócrata*, 17, 18 y 22 de mayo de 1918.

[662] *El Demócrata*, 29 de mayo de 1918.

Con tales datos, el inspector general de policía puso a funcionar su sistema de espionaje, y pudo enterarse de los pormenores del viaje de Mora del Río. Supo que estuvo durante 15 días en Querétaro acompañado Jesús María Echeverría, obispo de Saltillo, y que luego se enfiló hacia la ciudad de México. A su labor detectivesca se agregó un diario capitalino, quien para la segunda quincena de mayo formó un equipo de investigadores para recabar más datos. En conjunto descubrieron que después de permanecer varios días en la capital de la república, Mora y del Río se trasladó a la vecina ciudad de Toluca. Como no tenía la autorización del gobierno para retornar al país, el prelado utilizaba todas las tretas a su alcance para eludir a los agentes policiacos y a los periodistas. El inspector general de policía envió a tres agentes a Toluca, y se puso en contacto por la vía telegráfica con el general Millán, gobernador del Estado de México, para detenerlo. Los agentes capitalinos llegaron a Toluca, pero se toparon con el mutismo de la población, ya que nadie quiso rebelar el escondite del prelado. Después de una ardua búsqueda, localizaron el lugar en que se ocultaba, pero el prelado había desaparecido, y todo indicaba que había retornado a la capital.

Los agentes regresaron a la ciudad de México y después de varias indagaciones se enteraron de que estaba oculto en un convento de monjas en Tacubaya. En el citado convento, varias monjas dijeron que días antes, un señor de elegante traje negro, con peluca rubia y barba teñida, acompañado de dos personas más, había estado muy de mañana y orado en la capilla. Sólo que decían no saber de quién se trataba. Pero llama la atención, que no obstante la fuerte persecución, el día 20 de mayo, Mora y del Río ofició misa en la propia Basílica de Guadalupe, habló con varios sacerdotes, y concluida la ceremonia, abordó un automóvil y desapareció. Sobre su destino, nadie lo supo, aunque corrieron rumores de que se escondió en una casa de la colonia San Rafael, y que asistía a la iglesia de San Juan de Dios. También se supo que una noche se reunió con varias personalidades en el palacio arzobispal. Después de esto, acompañado de dos personas, Mora y del Río desapareció por las calles.

Lo cierto es que, Mora y del Río, se reunía con Antonio de J. Paredes y otras personalidades para intercambiar impresiones y buscar la forma de acercarse al presidente de la república. El objetivo: que le permitieran permanecer en México y recuperar su sitial. Pero cuantas veces fue interrogado sobre el particular, Antonio de J. Paredes negó los hechos en forma rotunda. Por lo demás, en los círculos gubernamentales seguía imperando la idea de que Mora y del Río era un acérrimo anticarrancista. Para el inspector general de policía, había pruebas suficientes de que Mora y del Río seguía mezclado en política, que estaba vinculado con una proclama antigobiernista aparecida por tales días en las calles de la ciudad de México, además de tener fuertes nexos con Aureliano Blanquet.[663]

Cierto o no, Mora y del Río andaba a salto de mata y por precaución, no dormía dos noches seguidas en una misma casa, salvo una ocasión en una residencia en la calle de Puente de Alvarado. A causa de un descuido, estuvo a punto de ser atrapado, escapando por una salida secreta que desembocaba en una fábrica. Pero sus perseguidores no perdían la esperanza de atraparlo, y seguían sus pasos de día y de noche, enterados de sus disfraces, y del nombre de sus acompañantes. Uno de ellos, era Rosendo San Juan, quien lo venía acompañando desde Estados Unidos. El segundo era Francisco Arriaga, un prominente católico de nacionalidad española. También, por precaución, Mora y del Río utilizaba un coche distinto diariamente, al cual le quitaban las placas para que no fuera identificado.[664]

[663] *El Demócrata*, 24 de mayo de 1918.
[664] *El Demócrata*, 2 de febrero de 1919.

CAPÍTULO XIV

El rechazo a la Constitución Política de 1917

AL TOMAR posesión de la gubernatura de Coahuila, Carranza juró guardar y hacer guardar la Constitución de 1857. Al levantarse en armas en febrero de 1913, aseguró que su única misión era restablecer el imperio de la Constitución de 1857, y calificó tanto a su movimiento como a su ejército, de "constitucionalista". El 19 de febrero de 1913, envió al congreso local un decreto en el que desconocía al general Victoriano Huerta en su carácter de titular del Poder Ejecutivo de la república, y declaraba nulos todos los actos y disposiciones que dictara. En segundo lugar, solicitaba facultades extraordinarias en todos los ramos de la administración pública, y el permiso para armar a sus fuerzas con las cuales normalizaría el orden constitucional de la república.[665] Cinco semanas más tarde, o sea el 26 de marzo de 1913, un grupo de jefes y oficiales firmó en la Villa de Guadalupe el famoso plan de ese nombre, que confirmaba el decreto del congreso de Coahuila, y le encargaba a Carranza la organización del Ejército Constitucionalista, del cual sería el Primer Jefe, mientras durase la campaña militar. Además, lo autorizó para desempeñar interinamente el Poder Ejecutivo a partir del día que ocupase la ciudad de México. Por último, en el artículo VI del referido plan, le impuso la obligación de que al consolidarse la paz en el país, convocara a elecciones para entregar el poder al ciudadano designado por el pueblo.[666]

[665] Nemesio García Naranjo, *Memorias*, t. VIII, p. 165, José C. Valadés, *Historia general*, t. 3, p. 19 y Alfonso Taracena, *LVRM (1912-1914)*, p. 179.

[666] Nemesio García Naranjo, *Memorias*, t. VIII, p. 166, José C. Valadés, *op. cit.*, p. 47 y Alfonso Taracena, *LVRM (1912-1914)*, p. 205.

Una vez instalado en el poder, Carranza se olvidó de sus juramentos y promovió la expedición de una nueva Constitución. Para los exiliados, con ello Carranza cayó en la ilegalidad, ya que el artículo 128 de la Constitución de 1857 condenaba a todo gobierno organizado al margen de ella, y declaraba reos de alta traición a los que lo conformaran. Éste era el parecer de José Alessio Robles, Carlos García Hidalgo, Aureliano Blanquet, Ignacio Morelos Zaragoza, Luis Emeterio Torres, y de los coroneles Francisco de P. Álvarez y Eduardo Fernández Guerra, entre otros.[667] A partir de lo expuesto, calificaron a Carranza de vulgar caudillejo, como otros tantos que brotaban por tales años en América Latina, que apenas triunfaban mediante asonadas militares, buscaban pasar a la historia como inspiradores de nuevas constituciones. Todos por igual justificaban la redacción de nuevas constituciones, aduciendo que las anteriores eran obsoletas y, lo más grave, coartaban las libertades y las verdaderas aspiraciones del pueblo.[668]

¿Pero se trataba de una nueva constitución o bien de una actualización de la de 1857? A juicio de los exiliados, se trató de una simple actualización. Prueba de ello fue que muchos de los artículos quedaron intactos. Algunos de los llamados nuevos, en realidad actualizaban cuestiones de índole social, económica y política, que ya habían sido puestas en práctica. Los realmente diferentes fueron dos: el 27 y el 123. El primero modificaba de cuajo el viejo planteamiento liberal basado en el reconocimiento de la propiedad privada. Este artículo asentaba, que la propiedad del suelo y subsuelo, pertenecía originariamente a la nación. El artículo 123, recogía diversas medidas de índole social, algunas de las cuales habían sido puestas en práctica desde el maderismo, pregonadas tanto por los anarquistas, el Partido Liberal Mexicano, la iglesia vía la encíclica *Rerum Novarum*, y ahora retomadas por algunos de los subalternos de Carranza. El artículo 3o. reafirmaba el carácter de la educación laica, y el 130 ponía cortapisas a la Igle-

[667] El documento aparece en la *Revista Mexicana*, 18 de marzo de 1917, y en el libro de Luis Liceaga, *op. cit.*, pp. 421-426.

[668] La protesta aparece en la *Revista Mexicana*, núm. 80, 18 de marzo de 1917, en Nemesio García Naranjo, *Memorias*, t. VIII, pp. 176-184 y en Luis Liceaga, *op. cit.*, pp. 421-426.

sia. Le desconocía su personalidad jurídica y lo que poco que le había dejado la Constitución de 1857.

Esta Constitución, formulada al amparo de Carranza, vio la luz en febrero de 1917. La de 1857 quedó convertida en un objeto de museo, y difícilmente se acepta que tengan algo en común. La de 1917 ha sido presentada como el producto más genuino de la Revolución mexicana. Tanto la alaban sus panegiristas, que aseguran que contiene artículos que son pioneros en materia social a nivel mundial. En realidad, sus puntos de vista son exagerados, ya que por tales años, en distintas partes del orbe se discutía la necesidad de crear partidos políticos, implantar el sufragio universal directo, formar sindicatos de trabajadores, reglamentar las condiciones de trabajo en la industria, alfabetizar a la población, combatir las pestes y enfermedades, entre otras cuestiones. La misma inteligencia porfirista y maderista había discutido tales cuestiones. Además, sus panegiristas, ignoran que sus inspiradores originales fueron los comunistas, socialistas, anarquistas, utopistas, protestantes, católicos, liberales y aún conservadores, de todo el orbe. Desde mediados del siglo XIX, tales ideas se difundieron por todo el mundo, con la resultante de que arraigaron en varios países y en forma gradual, se incorporaron en sus constituciones.[669]

Los generales y civiles exiliados en La Habana no firmaron protesta alguna contra la Constitución de 1917, lo que no quiere decir que hayan estado de acuerdo. Federico Gamboa se limita a expresar que guardó el número 80 de la *Revista Mexicana* en donde venía reproducida la famosa protesta contra la Constitución.[670] La expedición de la nueva Constitución Política, también caló profundamente a los católicos. Para el clero, se trataba de otra embestida gubernamental contra la iglesia, al grado de borrarle algunas concesiones que le había dejado la de 1857. En virtud de ello, cinco arzobispos, siete obispos, y dos vicarios exiliados, se reu-

[669] *Revista Mexicana*, los siguientes números: el 124, 20 de enero de 1918, el 126 del 3 de febrero de 1918, el 175 del 12 de enero de 1919, el 180 del 16 de febrero de 1919, el 182 del 2 de marzo de 1919, el 184 del 16 de marzo de 1919, y el 185 del 23 de marzo de 1919.

[670] Federico Gamboa, *Mi diario*, t. VI, pp. 441 y 452.

nieron para redactar una protesta y una declaración conjunta. La protesta tiene como fecha el 24 de febrero de 1917, y como lugar, la Acordada. La firmaron los arzobispos José Mora y del Río, Leopoldo Ruiz, Martín Tritschler, Francisco Mendoza y Herrera y Francisco Plancarte. Faltaron Francisco Orozco y Jiménez, quien ya estaba en Guadalajara, y Eulogio Gillow. En cuanto a los obispos, figuraron Ignacio Valdespino, Francisco Uranga Sáenz, Jesús María Echeverría y Aguirre, Juan Herrera y Piña, Miguel de la Mora, Vicente Castellanos y Maximino Ruiz y Flores.

¿En qué consiste la protesta? En principio hicieron público que durante tres largos años no sólo habían sido víctimas de una intensa persecución religiosa, sino de haber padecido hambre, y los horrores de la peste y de la guerra. A pesar de esto, habían confiado en que la nueva Constitución les reconocería la libertad religiosa. Para los firmantes, la Constitución de Querétaro violaba gravemente los derechos más sagrados de la Iglesia, proclamaba principios contrarios a la verdad enseñada por Jesucristo, y arrancaba de cuajo los pocos derechos que les había dejado la Constitución de 1857. No estaban de acuerdo con los dictados del artículo 3o. que prohibía a las corporaciones religiosas y a sus ministros establecer o dirigir escuelas de instrucción primaria, con el 24 que prohibía el culto público, el 27 que prohibía a las asociaciones religiosas denominadas iglesias, adquirir, poseer o administrar bienes raíces, y el 130 que les desconocía personalidad jurídica. Finalmente, aprovecharon la oportunidad para rechazar por enésima ocasión, que los obispos y sacerdotes hubieran sido partícipes del derrocamiento de Madero, y menos cómplices del establecido en febrero de 1913, que las iglesias hubieran estado convertidas en depósitos de armas, y los sacerdotes y obispos levantados en armas, dirigiendo los combates en las filas de la reacción. Por último, reiteraron que ni ahora, ni antes, ni en lo sucesivo, pretendían apoderarse del gobierno de la república.[671] La protesta episcopal disgustó a Carranza ya que al

[671] *Revista Mexicana*, núm. 84, 15 de abril de 1917, Alfonso Taracena, *LVRM (1915-1917)*, pp. 338-339 y la "Protesta que hacen los prelados mexicanos que suscriben, con ocasión de la Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos publicada el día 5 de febrero de 1917", en Gastón García Cantú, *op. cit.*, pp. 281-291.

momento de su publicación, agitó el ambiente católico en su contra y fue muy difundida en suelo mexicano. Caso distinto ocurrió con los viejos liberales y militares, ya que su protesta tuvo menor difusión entre la población.[672]

Los artículos 27 y 123 de la nueva Constitución tenían un destinatario: se trataba de los grupos petroleros, mineros, y de los hacendados. Para todos ellos, los citados artículos se convertían en una espada de Damocles. El artículo 27 daba paso al fraccionamiento de las haciendas y ponía en jaque las propiedades de las compañías petroleras y mineras, forjadas en gran parte al amparo de la Constitución de 1857, que garantizaba la propiedad privada. El 123 reglamentaba las relaciones laborales.

Los empresarios industriales, los petroleros y mineros reaccionaron en forma violenta pero tardía, durante un Congreso de Industriales patrocinado por el propio gobierno. En noviembre y diciembre de 1917 arremetieron contra Carranza y los citados artículos de la nueva Constitución, en un tono que presagiaba una conjura para derrocarlo. Pero éste enmudeció y nada pasó. Todo se perdió en el vacío. Los hacendados no tuvieron foro para protestar y guardaron silencio. Hubo una reacción tardía orquestada por el Sindicato de Agricultores de Jalisco, pero sus lamentos se perdieron en el aire, además de que también eran muy tardíos, y el reparto agrario se iniciaba.[673]

Abogados como Vera Estañol, León de la Barra, Nemesio García Naranjo, Toribio Esquivel Obregón, Emilio Rabasa, quien utilizaba diversos seudónimos, escribieron sendos alegatos en los que ponían en tela de juicio el "legalismo" de Carranza, señalando que cometió el mismo pecado del cual acusaba a Huerta. Esto es, usurpar y forjar un gobierno ilegal. En determinados momentos, las protestas ganaron fuerza, pero fueron acalladas por los subalternos de Carranza, quienes los acusó de reaccionarios, usur-

[672] En un artículo intitulado "Las dos protestas", se hace un análisis comparativo de los contenidos de los documentos firmados por el episcopado y el de los civiles y militares. Véase la *Revista Mexicana*, núm. 154, 18 de agosto de 1918 y el núm. 107 del 23 de septiembre de 1917.

[673] Sindicato de Agricultores de Jalisco, *En defensa de la agricultura nacional*, Talleres Gráficos de Gallardo y Álvarez del Castillo, Guadalajara, 1921.

padores, traidores, renegados, y de otros calificativos más para descalificarlos. La fórmula fue eficaz y nadie analizó con seriedad la postura de los desterrados.

En forma imprevista, la nueva Constitución Política se convirtió en un arma que utilizarían los adversarios de Carranza para unificarse. Si antes, cada uno de sus enemigos luchaba enarbolando sus propias banderas, ahora tenían una bandera común. Porfiristas, huertistas, felicistas, villistas, zapatistas, y carrancistas renegados, que vivían tanto en México como en el exilio, se hermanaron. Félix Díaz aprovechó la ocasión y, el 3 de septiembre de 1917, lanzó un manifiesto que se conoció en la ciudad de México y en las zonas alejadas de su centro de operaciones, atacando duramente a los constituyentes y a la nueva Constitución. Entre otras cosas, dijo que los constituyentes eran hombres carentes de ilustración, de cultura y de conciencia social. En otra parte de su arenga, dijo que integraban una turba de analfabetos. No obstante tales atributos negativos, se habían atrevido a redactar una Constitución, la cual contemplaba toda suerte de libertades, el respeto al voto popular, el reparto de tierras, y encauzar a la república por la senda de la Ley, aunque la cruda realidad, era que actuaban como cavernícolas, coartando toda clase de libertades, incluidas las de palabra y pensamiento. A nivel político, se daban el lujo de burlarse del voto popular, imponiendo gobernadores a diestra y siniestra, como a todos constaba en San Luis Potosí, Veracruz, Coahuila, Campeche, Estado de México, y Sinaloa, entre otras entidades. En materia agraria, Félix Díaz aseguró que los hombres fuertes del nuevo régimen, habían iniciado el reparto de tierras, cuyos beneficiarios eran ellos mismos. Pero dijo otra cosa que causó escozor. Que el viejo ejército federal, no estaba disuelto, porque legalmente no existía decreto oficial alguno. Que lo que hubo fue un acuerdo entre Obregón y Eduardo N. Iturbide, pero que nadie lo sancionó. Felix Díaz remató diciendo que, por circunstancias especiales, el ejército federal estaba disperso, pero que en la primera oportunidad resucitaría y recuperaría el sitial que le correspondía.[674]

[674] Luis Liceaga, *op. cit.*, pp. 438-439.

Capítulo XV

Movimientos armados contrarrevolucionarios

En 1918 Emeterio de la Garza *Jr.,* escribió un artículo en el *New York Times*, buscando demostrar que Carranza se había limpiado el camino de enemigos y que sólo quedaban pequeñas gavillas de revoltosos, los cuales ningún problema significaban. Ilustró su artículo con un mapa en el que señalaba los campos de operaciones de los jefes anticarrancistas. En la parte noroeste del país, operaban dos personaje de altos vuelos: Esteban Cantú en Baja California y Francisco Villa en Chihuahua. Martín Caballero operaba al norte de Tamaulipas y Manuel Peláez, al sur de la misma entidad. Por el Golfo de México, operaban varios jefes anticarrancistas, especialmente en el rico estado de Veracruz. Por la costa del Pacífico, parte de Michoacán era asolado por las huestes de José García Chávez; en Guerrero, transitaban varios jefes zapatistas, además de los partidarios de Silvestre Mariscal. Emeterio de la Garza reconocía que Félix Díaz tenía importancia en Chiapas y Tabasco. Por otro lado, amplias zonas alejadas de las fronteras y de las costas, no estaban bajo el control absoluto de Carranza. En Durango había jefes opositores a Carranza, y en Puebla seguía dando problemas Higinio Aguilar. Curiosamente, aseguraba que Morelos estaba bajo el poder de Carranza.

Para los editores de la *Revista Mexicana*, la intención de Emeterio de la Garza era muy loable, pero dejaba entrever precisamente lo opuesto. Esto es, que Carranza estaba rodeado de numerosos enemigos que dominaban zonas completas del país. Por lo demás, el comentarista de la citada revista, agregó que a Emeterio de la Garza le faltó mencionar a Juan Andrew Almazán,

Ignacio Morelos Zaragoza, Miranda y Martínez, que operaban en Nuevo León; a Eulalio y Luis Gutiérrez en Coahuila; a Meixueiro y Dávila en Oaxaca; Luis G. Cabral, Julián Medina y Reyna en Sonora; Díaz, Moreno y González en Jalisco y Tepic; Cíntora, Guzmán, de la Peña y Altamirano en Michoacán y Guanajuato; los Cedillo y Carrera Torres en San Luis Potosí; y a Cirilo Arenas en Puebla, entre otros.[675]

Al margen de tales jefes anticarrancistas que operaban en distintas partes del país, lo cierto es que a partir de 1916, fueron reiteradas las incursiones armadas montadas en el exterior tendientes a derrocar a Carranza, siendo sus cabezas tanto militares como civiles, lo cual resulta explicable en virtud de que el número de exiliados era elevado. Su éxito fue relativo y en su mayor parte, tales movimientos fracasaron y se esfumaron. Tener una idea exacta sobre su número no es una tarea fácil ya que en muchas ocasiones, se confunden con la actividad de los grupos anticarrancistas que operaban en suelo mexicano, y que en determinados momentos, para tomar un respiro, cruzaban la frontera americana, y al poco tiempo volvían a la cargada. Con tales salvedades, se calcula que hubo alrededor de diecisiete movimientos armados, que ordenados cronológicamente son los siguientes: en 1915 Victoriano Huerta armó su movimiento en Estados Unidos, el cual terminó en tragedia; en 1916 se registraron tres movimientos o conatos de movimientos, encabezados por Pedro González, Félix Díaz y Prisciliano Cortés; en 1917 hubo uno, que tuvo como cabeza a Eduardo Iturbibe; en 1918, los exiliados estuvieron muy activos al registrarse media docena de incursiones armadas, que son las de Eduardo Martínez, Ignacio Morelos Zaragoza, Juan Cabral junto con Julián Medina, Espiridión Salinas, Santos Cavazos en unión de Alfredo Juárez, y finalmente la de Felipe Ángeles; y en 1919 hubo dos más, las cuales tuvieron como cabezas a Ignacio Bravo Betancourt y Aureliano Blanquet.

Las más importantes fueron sin duda la acaudillada por Victoriano Huerta y Pascual Orozco que resultó fallida y abortó en

[675] *Revista Mexicana*, núm. 153, 11 de agosto de 1918.

los propios Estados Unidos; la de Félix Díaz, nacida en Estados Unidos y que adquirió expresión en suelo mexicano; la de Aureliano Blanquet que si bien se armó en Estados Unidos, se afianzó en La Habana y tuvo un trágico desenlace en las costas veracruzanas, y la de Felipe Ángeles, que proveniente de Estados Unidos, no cuajó en suelo mexicano y terminó siendo fusilado. Sobre la incursión encabezada por Ignacio Bravo Betancourt, incubada en La Habana, existen dudas sobre su veracidad, así como la promovida por Eduardo Iturbide, en Estados Unidos, de la cual dan fe algunos historiadores, pero sobre la que no se logra detectar fácilmente en la prensa ni en los archivos mexicanos. Al margen de ello, hubo otros movimientos encabezados por civiles y militares con menor renombre, sobre los cuales no se sabe gran cosa, debido en parte a que la prensa mexicana los ignoró deliberadamente.

PRISCILIANO CORTÉS

A MEDIADOS de marzo de 1916, un grupo de exiliados se reunió en La Habana para montar un movimiento armado destinado a derrocar a Salvador Alvarado, el gobernador carrancista de Yucatán. Partiendo del supuesto de que el triunfo estaba asegurado, los conspiradores proyectaban extender el movimiento por todo el sureste, hasta conectarse con el de Félix Díaz, que según sus panegiristas, crecía como la espuma y abarcaba varios estados. Los desterrados irradiaban optimismo y pregonaban que por tales fechas Félix Díaz operaba triunfante en los límites de Puebla y Veracruz. Entre los conspiradores figuraban los llamados licenciados Irigoyen, Lara y Aznar. Como en otras latitudes, el problema era encontrar a una persona con las cualidades de caudillo que encabezara el movimiento. En La Habana residía el general Guillermo Rubio Navarrete, pero todo indica que la idea no le interesó. En estas condiciones, fijaron su mira en el general Prisciliano Cortés, quien había sido gobernador de Yucatán.[676]

[676] Antonio Hernández Ferrer al director general de Consulados, La Habana, 17 y 23 de marzo de 1916, en el AHSRE, L-E-798 (3).

La designación de Prisciliano Cortés no fue fácil. Al hacer un análisis detallado de sus potenciales virtudes "caudillescas", algunos de los conspiradores dudaron que fuera la persona idónea ya que no estaba en buenas condiciones físicas; era muy viejo, achacoso y delicado de salud. Quienes le encontraron tales defectos, y ante la negativa de Guillermo Rubio Navarrete, propusieron a un tal García, quien también conocía el territorio de Quintana Roo. ¿Pero qué sucedía con Prisciliano Cortés? Estaba en Estados Unidos, y a finales de abril llegó a La Habana. De acuerdo con el cónsul carrancista en la isla, a pesar de las objeciones en torno a su persona, el general era ansiosamente esperado por los exiliados.[677] Por desgracia, sus planes nunca se cumplieron debido a que el general fue víctima de los estragos del tiempo y murió el 6 de agosto de 1916.[678]

Santiago Rivero

A mediados de noviembre de 1916, el general Santiago R. Rivero, exiliado en Estados Unidos, se embarcó en Galveston con dos objetivos: hacerse cargo de la gubernatura de Tamaulipas, y cooperar con Manuel Peláez en la parte oriental de México. Sin mayores problemas, el referido general desembarcó en Soto la Marina, con 300 rifles y 300,000 cartuchos, con los cuales equipó todo un batallón, e inició importantes operaciones contra el carrancismo. La prensa mexicana no le dio importancia a su arribo y el movimiento tampoco prosperó.[679]

Pedro González

Casi en forma simultánea, se registró otra incursión armada montada en Estados Unidos, al frente de la cual apareció el licenciado

[677] Antonio Hernández Ferrer al director general de Consulados, La Habana, 1 y 24 de mayo de 1916, en el AHSRE, L-E-843 (1).

[678] Antonio Hernández Ferrer al secretario de Relaciones Exteriores, La Habana, 11 de agosto de 1916, en el AHSRE, L-E-843 (1) y Federico Gamboa, *Mi diario*, t. VI, p. 390.

[679] *Revista Mexicana*, núm. 63, 19 de noviembre de 1916.

Pedro González. Este jefe anticarrancista estudió en el Colegio Civil y la Escuela de Jurisprudencia de Nuevo León, ocupó puestos en el ramo judicial, y al triunfo de la revolución carrancista, estaba al frente del Juzgado de Distrito de Tamaulipas. Como otros tantos mexicanos, al vencer el Primer Jefe, se exilió en Estados Unidos. En diciembre de 1916 cruzó la línea fronteriza junto con sus lugartenientes: Alberto Hinojosa y Matías Rodríguez, al frente de una gavilla presto a derrocar a Carranza.[680] De inmediato, inició sus operaciones en los alrededores de Nuevo Laredo, Tamaulipas, enarbolando el estandarte de la Reconstrucción Nacional, y proclamando como caudillo supremo de la república a Félix Díaz. Su primer baño de sangre tuvo en el lugar en la zona conocida como la Jarita. Todo indica que se trató de un encuentro sangriento puesto que salieron varios médicos y ayudantes de la Cruz Roja de Nuevo Laredo, que no iban precisamente a atender a los contrarrevolucionarios. Con motivo de la penetración de este grupo armado, se interrumpió en forma momentánea el tráfico ferroviario entre Laredo y Monterrey, y el comercio se paralizó.[681]

EDUARDO N. ITURBIDE

EN ESTE frenesí, destaca la enigmática campaña de Eduardo N. Iturbide, apoyada por varias empresas estadounidenses, sobre la cual casi nada se sabe. En su propia biografía nada menciona. De cualquier forma, resulta importante indagar algo más sobre este personaje ya que fue gobernador del Distrito Federal durante la administración de Francisco S. Carbajal y entregó, tanto el poder como la ciudad de México, a los constitucionalistas. Fue el enlace entre el viejo y el nuevo régimen. A diferencia del resto del personal político de altos vuelos, Eduardo N. Iturbide no huyó, sino que permaneció en la ciudad de México. A principios de

[680] Nemesio García Naranjo, *Memorias*, t. VIII, p. 355.

[681] La entrada a México de Pedro González está narrada en un informe de Melquiades García a Cándido Aguilar, Laredo, Tamaulipas, 20 de febrero de 1917, en el AHSRE, L-E-802, y en la *Revista Mexicana*, núm. 69, 31 de diciembre de 1916.

noviembre de 1914, Carranza abandonó la ciudad de México con destino al puerto de Veracruz, olvidándose de juzgarlo, como había advertido. Como la ciudad empezó a ser víctima del saqueo y pillaje, Eduardo N. Iturbide fue requerido por algunos miembros del cuerpo diplomático para que, en virtud de su experiencia y prestigio, contribuyera a guardar el orden, mientras llegaban las tropas del gobierno de la Convención de Aguascalientes. Cuando Villa llegó a la ciudad de México su suerte cambió, y fue buscado por el centauro del norte para juzgarlo por diversos crímenes y delitos.[682] Al enterarse de tales pretensiones, Iturbide sintió que su vida peligraba y durante dos meses se escondió en las casas de extranjeros, amigos suyos.

Enterado de su persecución, el gobierno americano dio instrucciones a sus agentes, John R. Silliman, George Carothers y León Canova, para que lo salvaran y, de ser posible, lo llevaran a Estados Unidos. Sus ángeles guardianes le consiguieron un pasaporte ante el presidente Eulalio Gutiérrez y a mediados de diciembre de 1914, León Canova reservó un gabinete en el pullman, lo escondió y se convirtió en su celoso guardián y protector.[683] Al darse cuenta de que había huido, Villa dictó ordenes para atraparlo. En la madrugada del día siguiente, llegaron a Aguascalientes, topándose con que los villistas ya lo estaban buscando. Para su fortuna, el tren partió hacia Zacatecas sin que nadie tocara su puerta. Llegaron a Torreón, y el jefe de la Policía, convencido de que Iturbide viajaba en el tren, lo abordó para aprehenderlo. Canova lo negó y se opuso terminantemente a que revisara el gabinete. Como las cosas se pusieron tirantes, Canova y el jefe de la policía pactaron que el gabinete fuera vigilado permanentemente por una escolta armada hasta Chihuahua, y allí telegrafiarían a Villa para decidir qué hacer con Iturbide. Sin comunicárselo a su protector, a unos sesenta kilómetros de Chihuahua, Eduardo N. Iturbide saltó por una ventana del tren. Con ayuda de unos pastores,

[682] *Ibidem*, 148 y 151.
[683] Eduardo Iturbide, *op. cit.*, p. 152.

y luego de un general del ejército bóers de Transvaal, llamado Snyman, cruzó la frontera estadounidense.[684]

Ya en Estados Unidos, no tuvo problemas para reencontrarse con León Canova, quien lo llevó al Departamento de Estado para presentarlo ante William Jennings Bryan.[685] Al poco tiempo su familia dejó México y se le unió. Tan pronto como pudo, fue a *Georgetown University* a visitar a su tío, el profesor Agustín de Iturbide y Green, nieto del emperador Iturbide, heredero al trono de México, reconocido por Maximiliano. Durante el gobierno de Porfirio Díaz, este personaje hizo sus estudios en el Colegio Militar en México, y salió de allí para incorporarse al ejército regular con el grado de alférez. Pero hizo una mala jugada: sus amigos, con inclinaciones monárquicas, le indujeron a publicar unos documentos en la prensa, en los que atacaba al gobierno, lo cual le acarreó un proceso militar. La sentencia lo llevó a la prisión de Santiago Tlaltelolco, y al salir se expatrió para siempre. Como su fortuna estaba lejos de ser cuantiosa, rápidamente acabó con ella y terminó como profesor en la Universidad de Georgetown.[686]

Entre los cientos de exiliados mexicanos, Eduardo N. Iturbide fue quizás el único que se relacionó con lo más granado del cuerpo diplomático acreditado en Estados Unidos. Se hizo amigo de los embajadores de España, Alemania, Inglaterra, Argentina, Brasil y Chile. Se contactó con la crema y nata de la política estadounidense como William Jennings Bryan, Robert Lansing, Lindley Garrison, con el presidente Woodrow Wilson, y con quien luego fuera presidente de Estados Unidos, Franklin D. Roosevelt.[687] Asimismo se entrevistó con el cardenal Gibbons y discutió los asuntos mexicanos con numerosos diputados y senadores.

A la par de ello, estuvo vinculado con el grupo promotor de la Asamblea Pacificadora Mexicana, en San Antonio, Texas. Eduardo Iturbide solía hacerse acompañar del general bóer Snyman, el

[684] La fuga, con tintes peliculescos, está narrada por el mismo Eduardo Iturbide, en *op. cit.*, pp. 153-175.

[685] *Ibidem*, p. 179.

[686] *Ibidem*, p. 181.

[687] *Ibidem*, pp. 183-184.

cual en una ocasión, llegó a intercambiar opiniones con Federico Gamboa. Snyman le confió a Gamboa, que había ido a Washington para trabajar al lado de Iturbide, en un proyecto contrarrevolucionario que requería la unión de todos los mexicanos. En otras palabras: el apoyo de todos los expatriados. Como garantía, Iturbide contaba con la simpatía de la Casa Blanca, del cuerpo diplomático y de los personajes de la banca, la industria y el comercio.[688] El biógrafo oficial de Félix Díaz, habla con marcada envidia de este proyecto contrarrevolucionario. Dice que en determinados momentos, algunos mexicanos, sin gran capacidad, se sintieron con los *tamaños* suficientes para regir los destinos del país, aduciendo poseer grandes dotes de estadistas, y jactándose de supuestos derechos sobre los demás. Señala que uno de ellos fue Eduardo N. Iturbide, quien al principio se había mostrado franco y leal felicista y, de pronto, seducido por astutos políticos mexicanos, creyó tener estatura presidencial. En resumidas cuentas, se sintió el heredero del emperador Agustín de Iturbide.[689]

Según el propio Iturbide, gestionó ante las altas esferas estadounidenses, la desocupación del puerto de Veracruz y el reconocimiento del gobierno de Carranza, lo cual no calza con su postura de enemigo del Primer Jefe.[690] Logrado esto último, se trasladó a Nueva York en busca de empleo. Después de tantear el terreno, se dedicó a la compra mercancías baratas en los remates en los barrios judíos del *East Side*, que luego mandaba a México. Aquí, su primo Gabriel Iturbide, las revendía al por mayor, con importantes utilidades. Como se trataba de un hombre de negocios, también se dedicó a la compra de cianuro que enviaba a México, en donde era requerido en las minas para el beneficio de los minerales. Más tarde, incursionó en la compra de maíz, un producto altamente demandado en México ya que se habían perdido las cosechas.[691]

[688] Federico Gamboa, *Mi diario*, t. VI, pp. 228-229.
[689] Luis Liceaga, *op. cit.*, p. 350.
[690] Eduardo Iturbide, *op. cit.*, p. 186.
[691] *Ibidem*, pp. 187-188.

Pero no obstante que emprendió negocios, y le fue muy bien, Eduardo N. Iturbide no estuvo a gusto en el destierro. Pascual Ortiz Rubio, su amigo de la infancia, estaba a punto de convertirse en gobernador de Michoacán, y lo conminó para que regresara a México y se ocupara de sus negocios. Todo ello, sin descartar que posiblemente el mismo Carranza lo necesitaba ya que Iturbide tenía excelentes relaciones con los estadounidenses.[692] Sea cual fuere la verdad, lo cierto es que confiado en las promesas de Ortiz Rubio, Iturbide liquidó sus negocios en Nueva York, y se preparó para regresar a México. En agosto de 1917 pasó por La Habana. En la isla, los exiliados especulaban que tenía todo arreglado con Carranza para atreverse a volver a la patria, y se mencionaba precisamente la ayuda de su paisano y amigo, Pascual Ortiz Rubio. Para los editores de la *Revista Mexicana*, el regreso de Eduardo N. Iturbide a México, entrañaba algo así como su reconocimiento a Carranza.[693]

Ya en suelo patrio, Iturbide se trasladó a Michoacán, sufriendo una gran desilusión al encontrar sus ranchos en tan mal estado, que decidió abandonarlos. Casi inmediatamente se dirigió a la capital de la república para buscar en qué ocuparse. Al llegar aquí, los agentes de la policía lo apresaron y lo encerraron en la comisaría, junto con otras personas. La orden de Carranza era deportarlo junto con otros 16 mexicanos entre los que figuraba Samuel García Cuéllar y el ex general Jesús Aguilar. Los embarcaron en un furgón de ferrocarril rumbo a Laredo, acusándolos de indeseables.[694] Pero lo grave del caso, fue que el gobierno estadounidense se negaba a readmitirlos, salvo para recluirlos en un campamento militar.[695]

Ya en Estados Unidos, Eduardo N. Iturbide buscó en qué ocuparse nuevamente. Para su fortuna, un rico texano le ofreció la administración de una granja. Con los ingresos derivados de su

[692] Federico Gamboa, *Mi diario*, t. VI, p. 492.
[693] *Revista Mexicana*, núm. 104, 2 de septiembre de 1917.
[694] Eduardo Iturbide, *op. cit.*, p. 188.
[695] Federico Gamboa, *Mi diario*, t. VI, p. 502.

condición de administrador pudo vivir sin problemas, sin embargo, volvió a incursionar en el negocio de la compra de cianuro y maíz, y su envío a México.[696] Fue entonces cuando ocurrió algo que el propio Iturbide oculta en su biografía. Sucede que resucitaron sus proyectos tendientes a derrocar a Carranza. Friedrich Katz asegura que en otoño de 1917 corrieron fuertes rumores de que Eduardo N. Iturbide planeaba un golpe de estado contra Carranza, apoyado por varias empresas estadounidenses. Esto molestó a las autoridades británicas, quienes también deseaban participar en el proyecto. En diciembre de 1917, agentes estadounidenses interceptaron un documento transmitido por ciertas compañías estadounidenses, que también contemplaban el derrocamiento de Carranza. Y como se supone, la persona elegida para ocupar la silla presidencial era Eduardo N. Iturbide. A fin de cuenta, el proyecto fracasó debido a que el presidente Wilson se negó a apoyarlo.[697]

IGNACIO MORELOS ZARAGOZA

¿QUIÉN ERA Ignacio Morelos Zaragoza? Nació el 22 de agosto de 1853, en Monterrey, Nuevo León, hijo de José María Morelos y Genoveva Zaragoza, hermana del general Ignacio Zaragoza, vencedor de las tropas francesas el 5 de mayo de 1862, en la ciudad de Puebla. Estudió en el Colegio Civil de Monterrey y en la Escuela de Ingenieros, en la ciudad de México, graduándose de ingeniero civil. Después regresó a Nuevo León, para incorporarse como jefe del Estado Mayor del general Jerónimo Treviño. Desde este sitial, participó en las campañas contra los indios salvajes en Coahuila y Nuevo León, lo que a la postre le sirvió para ascender en la escala jerárquica del ejército. En 1885, al momento en que Bernardo Reyes asumió el mando de la entidad, el joven Ignacio Morelos Zaragoza, se puso a sus órdenes.

En 1903, Ignacio Morelos Zaragoza mostró aficiones periodísticas: dirigió *El Siglo Nuevo* y colaboró en varios diarios locales

[696] Eduardo Iturbide, *op. cit.*, p. 189.
[697] Friedrich Katz, *La guerra secreta*, t. 2, pp. 167, 200 y 273.

con textos en verso y en prosa, y fue autor de varios libros que llevan por título *La paz del hogar*, *Una excursión en ferrocarril*, *La cortada*, *La masonería en Nuevo León en el centenario de la Independencia*, y también escribió obras de teatro. Por lo tanto, se trataba de un militar intelectual. Como gran parte de las personas que querían hacer carrera política, formó parte de las logias masónicas.

Durante la gubernatura del general Bernardo Reyes, ocupó el cargo de Síndico Primero del Ayuntamiento de Monterrey (1891-1896), y a partir de 1899 y hasta 1911, fue el titular de la Inspección General de Policía. Justo en el ejercicio de este cargo, le tocó sabotear un mitin antirreeleccionista organizado por Francisco I. Madero.[698] Durante el maderismo defendió las instituciones vigentes y combatió a Pascual Orozco en Coahuila y Durango. Al caer Madero, continuó en el ejército, como el resto de los miembros de esta institución. Con Victoriano Huerta fue nombrado gobernador y comandante militar de Tamaulipas. En abril de 1914, sus subalternos aprehendieron a los marines en el puerto de Tampico que, sin el respectivo permiso, pisaron suelo mexicano para abastecerse de gasolina, provocando la indignación del almirante Mayo y a la postre la invasión del puerto de Veracruz. Al ocurrir esto último, Morelos Zaragoza quedó aislado en Tampico y sin la posibilidad de obtener apoyo de Huerta para continuar defendiendo sus posiciones. Para su desgracia, todo el norte de México había caído en manos de los constitucionalistas. En vista de ello, al frente de las tropas a su mando, evacuó la plaza haciendo la travesía por tierra hasta la ciudad de México.

Con el triunfo de Carranza, le tocó cumplir parte de lo asentado en los Tratados de Teoloyucan. Licenció personalmente una

[698] Una biografía publicada cuando falleció, altera este hecho y trata de pasarlo como un ferviente antirreeleccionista. Inventa que desde joven no toleró las reelecciones de Porfirio Díaz y pidió su retiro del ejército, no volviendo a ingresar a éste, sino hasta que se encumbró Francisco I. Madero en la silla presidencial. De ser cierta esta versión, ocurre que se alejó del ejército en 1888 pues se hablaba de la primera reelección de Porfirio Díaz y que sólo volvió a finales de 1911. De cualquier forma, sus panegiristas aceptan que ocupó diversos puestos públicos, entre ellos el de inspector general de policía de Monterrey, ramo que organizó en forma eficiente. Véase *Excélsior*, 20 de diciembre de 1927.

columna formada por 12,000 hombres en Apizaco, Tlaxcala, bajo la mirada del general Pablo González, que estaba de paso en este lugar. Después de ello, regresó a la ciudad de México. Para entonces, la mayor parte de los altos mandos del ejército federal habían huido del país, temerosos de que Carranza los llamara a cuentas y enviara al paredón. ¿Qué fue lo que hizo Ignacio Morelos Zaragoza? Estando en la capital de la república, empezó su viacrucis: en tres ocasiones fue sacado de su casa y reducido a prisión, sin que se le explicaran las razones de ello. Finalmente, logró su libertad gracias a la intervención de Pablo González y del propio Venustiano Carranza. Un cuarto intento por ser aprehendido y enviado a prisión lo evitó abandonando la ciudad de México e incorporándose a las tropas villistas. Por lo que se sabe, participó en las batallas de Celaya, en la que Obregón derrotó al centauro del norte, y en la que salvó a la artillería villista que estaba bajo su mando.

Ante la debacle villista, Ignacio Morelos Zaragoza se expatrió en Estados Unidos durante unos tres años. Aquí se reunió con muchos de sus compañeros de armas, y observó la consolidación de Carranza. Las intrigas, el resentimiento por haber sido arrojado de su patria, y las ansias por recuperar el poder, lo hicieron partícipe de un número desconocido de complots y de movimientos contrarrevolucionarios. Prácticamente, año con año, estuvo involucrado en la planeación de movimientos armados cuya mira era penetrar en suelo mexicano para derrocar a Carranza.

Un día, en el destierro, el general Ignacio Morelos Zaragoza les dijo a sus compatriotas: "Me voy a cumplir con el deber. Nuestras instituciones se encuentran subvertidas y la obligación de todo mexicano es coadyuvar al restablecimiento del orden constitucional interrumpido". En la noche del 24 de marzo de 1918, acompañado de su hijo Roberto y de diez hombres más, Morelos Zaragoza cruzó las aguas del río Bravo, a cuatro leguas de Laredo, Texas. Pisó lo que llamó el "santo suelo de la patria", y se encaminó a Santa Catarina, Nuevo León. Su misión era contribuir con Félix Díaz, Juan Andrew Almazán, Manuel Peláez y otros

jefes más, al derrocamiento de Carranza.[699] La prensa mexicana no hizo eco de su entrada a México quizás porque nadie se dio cuenta de ello, aunque también cabe la posibilidad de que Carranza mataba con su silencio a los que intentaban derrocarlo. Pero hubo un medio que hizo pública la aventura contrarrevolucionaria que emprendía Ignacio Morelos Zaragoza. Se trata de la *Revista Mexicana*, que en la primera semana de abril de 1918 difunde un manifiesto dirigido a los habitantes de Coahuila, Nuevo León y Tamaulipas. Entre otras cosas, Morelos Zaragoza se presentaba como parte del extinto ejército federal, un ejército que, aseguró, depuso las armas para evitar mayor derrame de sangre. Morelos Zaragoza propuso a los habitantes de los estados fronterizos, la restauración de México bajo la inspiración de la Constitución de 1857; a Félix Díaz como jefe del Ejército Reorganizador Nacional, y al general Manuel Peláez como jefe de la región sud-oriental de Tamaulipas y Veracruz. Agregó que en lo personal se incorporaría al citado Manuel Peláez, con todos los medios que tenía a su alcance. Señaló que en cada uno de los pueblos de Coahuila y Nuevo León ocupados por sus fuerzas, se constituiría un Ayuntamiento, se designarían los funcionarios judiciales encargados de hacer respetar la ley, restaurar los derechos y las garantías contempladas en la Constitución de 1857. Agregó que una vez que sus fuerzas tuvieran el control de la mayoría de las municipalidades de tales estados, se celebraría una Convención de Delegados, dos por cada ayuntamiento, para nombrar al gobernador provisional. A su vez, este último convocaría al pueblo para celebrar elecciones federales con el fin de elegir a los titulares de los poderes legislativo, ejecutivo y judicial. En una palabra, para restaurar el régimen constitucional, interrumpido desde que Venustiano Carranza se apropió de los poderes de la nación. En uno de sus apartados expresó que tan pronto como se reunieran las asam-

[699] "1918. Información reunida por Charles J. Jones", y el Informe político. Sediciosos", en el AHSRE, L-E837/legajo 12, la *Revista Mexicana*, núm. 173, 29 de diciembre de 1918. La historia de su entrada a México está narrada en *El Universal*, 29 de diciembre de 1918 y también en Alfonso Taracena, *LVRM (1918 a 1921)*, pp. 34 y 45.

bleas legislativas en cada Estado, dictarían determinadas reformas para "mejorar la condición de nuestro pueblo". Como se ve, su manifiesto era básicamente político y militar, y daba una importancia secundaria a la parte social.[700] El manifiesto de Ignacio Morelos Zaragoza no ocultaba que era un apéndice del movimiento de Félix Díaz, pero directamente subordinado a Manuel Peláez.

No obstante el vacío que le hizo la prensa en México, una semana más tarde, la *Revista Mexicana* volvió a referirse a Morelos Zaragoza. Alababa que a los 65 años, una edad en la que los ensueños se truncan y las energías desfallecen, cuando las aspiraciones se extinguen, la vida se pone triste y los cuerpos se encorvan buscando aproximarse a la madre tierra, el heroico general Ignacio Morelos Zaragoza aparecía venciendo todos estos obstáculos, convertido en un volcán en erupción, rompiendo la capa de hielo de la montaña.[701] Instalada su base de operaciones en la Sierra Madre, Morelos Zaragoza hizo un llamado a sus correligionarios tanto de Texas como del norte de México, para que se le sumaran, pero muy pocos respondieron. Algunos le respondieron en forma poco amigable, dándole a entender que nada querían saber de él. Ante esta situación, se puso en contacto con otros rebeldes que también luchaban en suelo mexicano contra Carranza. En las inmediaciones de Santa Catarina, Morelos Zaragoza se topó con Valentín Moreno, Nicolás Garza Leal, y Martín Caballero, formando un grupo de alrededor de 400 hombres, que lo reconocieron como su jefe. Después de merodear por el rumbo de Agualeguas, se fortificaron en el lugar llamado Puerto del Manzano. Como al cabo de un mes el movimiento de Morelos Zaragoza se tornó peligroso, el gobierno de Carranza decidió ponerle atención. La propia prensa hizo público que Morelos Zaragoza había cruzado la frontera, atribuyéndole haber traído a suelo mexicano una columna de cerca de trescientos hombres. El general Carlos Osuna, jefe de las operaciones militares en Nuevo León, dictó órdenes a sus

[700] *Revista Mexicana*, núm. 135, 7 de abril de 1918.

[701] *Revista Mexicana*, núm. 136, 14 de abril de 1918 y Nemesio García Naranjo, *Memorias*, t. VIII, pp. 357-360.

subalternos para que lo persiguieran sin descanso. Las fuerzas del coronel Ramírez Quintanilla localizaron a los que llamaban trastornadores del orden público en Puerto del Manzano y se aprestaron a combatirlo. En la última semana de abril, se entabló un tiroteo que duró cerca de cuatro horas. Como resultado de ello, las fuerzas de Morelos Zaragoza fueron batidas y los supervivientes huyeron rumbo a la sierra del Gringo.[702]

A mediados de mayo, Morelos Zaragoza se reunió con Juan Andrew Almazán, pero en lugar de ayudarse mutuamente, tuvieron fuertes desavenencias. Según Almazán, Morelos Zaragoza le quitó a sus huestes y las reorganizó bajo su peculiar punto de vista. Modificó el escalafón militar, anunció que en lo sucesivo él sería el jefe, negó que Almazán fuera general, lo acusó de ser espía de los carrancistas, y de que por su culpa no había recibido medio millón de pesos destinados al pago de su tropa. Pero le dijo algo peor: que era un tipo acostumbrado a venderse al mejor postor, y de tener tratos con personalidades tan encontradas como Zapata, Villa, Cedillo, Peláez y Caballero, lo cual era cierto.[703] Pero la versión de Morelos Zaragoza es distinta. Expresa que al poco tiempo de su llegada a México, se topó con Juan Andrew Almazán, el cual valiéndose de sus consabidas maquinaciones y engaños, usurpó el mando de su gente y se marchó con ella, dejándolo abandonado junto con Valentín Moreno y Martín Caballero.[704]

Después de la batalla sostenida a finales de abril contra las tropas gubernamentales, Morelos Zaragoza entró en una fase difícil y complicada. En los primeros días de junio, falleció el coronel Manuel Fernández Guerra, jefe de su Estado Mayor. Los editores de la *Revista Mexicana* le rindieron tributo expresando que se trataba de un hombre que prefirió morir en su patria, que disfrutar de la comodidad del destierro. Agregaba que su vida había sido ofrendada en aras de una "gran causa", y que su sangre vertida no

[702] *Excélsior*, 25 de abril, 18 y 22 de mayo de 1918 y *El Universal*, 29 de diciembre de 1918.

[703] Alfonso Taracena, *LVRM (1918 a 1921)*, pp. 34 y 37.

[704] *El Universal*, 29 de diciembre de 1918 y la *Revista Mexicana*, núm. 144, 9 de junio de 1918.

sería estéril.[705] Después de esto, Ignacio Morelos Zaragoza abandonó la serranía y se dirigió a Villa Santiago. El alcalde de esta localidad le proporcionó setenta pesos en calidad de donativo. De Villa Santiago se internó en el cerro de la Silla, en donde fue derrotado en dos ocasiones, escapando con 26 de sus hombres. Como sus recursos escaseaban, comisionó a una docena de personas para que los buscaran en Monterrey, pero jamás regresaron. Acompañado de su hijo Roberto, y de una media docena de personas que le quedaban, emprendió una huida desesperada para evitar ser atrapado por sus perseguidores.[706] Después de combatir durante nueve meses en suelo mexicano, la aventura de Morelos Zaragoza llegó a su fin.

El 15 de diciembre de 1918, Ignacio Morelos Zaragoza fue capturado en un combate sostenido contra las tropas gubernamentales en el rancho Las Amarillas. La avanzada del gobierno preguntó "quién vive", y como respuesta se escuchó el grito de "viva Félix Díaz". Al darse cuenta de que se trataba del enemigo, Ignacio Morelos Zaragoza y su gente huyeron en estampida cada uno por su lado, con la resultante de que el general cayó del caballo, quedando debajo de él. En ese momento llegó el capitán González, quien al verlo le dijo: "¡Ah!, viejito, ya la pagaste". A continuación se acercó el teniente Riojas, quien le disparó en dos ocasiones sin herirlo. Otro soldado se disponía a disparar su arma cuando el teniente Riojas lo detuvo diciéndole: "Espérate, creo que es... Morelos Zaragoza", a lo cual este último contestó en forma afirmativa.[707] De inmediato fue conducido ante el capitán José María Vargas, quien lo recibió con toda clase de consideraciones.

Al enterarse de ello, el general Alfredo Ricaut, jefe de las operaciones militares, libró órdenes para que Morelos Zaragoza fuera trasladado a Monterrey, pero señaló que si en el trayecto sus

[705] *Revista Mexicana*, núm. 144, 9 de junio de 1918.

[706] *El Universal*, 29 de diciembre de 1918.

[707] Su aprehensión y juicio están narrados en *El Universal*, 19, 24, 26, 27 y 29 de diciembre de 1918. Información similar aparece en *Excélsior* de los mismos días, en la *Revista Mexicana*, núm. 173, 29 de diciembre de 1918 y en Alfonso Taracena, *LVRM (1918-1921)*, p. 85.

correligionarios intentaban rescatarlo, lo fusilarían. La noticia sobre su captura causó gran expectación en Monterrey, en donde era ampliamente conocido por haber pasado aquí la mayor parte de su vida. La población recordaba que durante la administración de Bernardo Reyes, fue Inspector General de Policía, además de que su familia estaba emparentada con personas muy importantes. También se recordó que había sido el defensor del puerto de Tampico, cuando las fuerzas constitucionalistas al mando de Pablo González lo atacaron. Con motivo de su aprehensión, Carranza ordenó el ascenso del capitán primero José María Vargas al grado inmediato.[708]

El 18 de diciembre, centenares de personas se congregaron frente a las oficinas de la jefatura de operaciones militares en Monterrey, a la espera de la llegada del ex general Ignacio Morelos Zaragoza. Poco después de las nueve de la noche, llegó un destacamento de caballería custodiando al prisionero. Morelos Zaragoza vestía traje kaki, color obscuro, una gorra militar de modelo moscovita, y se cubría con una capa dragona color azul obscuro, bastante usada. Apenas llegó el prisionero, el general Alfredo Ricaut lo interrogó. Después de ello, Morelos Zaragoza fue remitido a la penitenciaría. Aquí se reunió con su hermano Miguel Morelos Zaragoza y su sobrino José, recluidos también por el delito de sedición. Lo que indica que parte de la familia estaba involucrada en la contrarrevolución.[709] No se sabe cuál fue el destino de Roberto, el hijo del recién aprehendido.

En los días siguientes, la prensa difundió que Morelos Zaragoza mostraba un semblante de desencanto y desilusión, que sus ropas estaban desgarradas, y que para evitar el frío se cubría con una vieja frazada, lo cual le daba el aspecto de un hombre común y corriente. Al enterarse de su captura, su familia, que vivía en la ciudad de México, salió inmediatamente para Monterrey para atenderlo. Algunas personas y amigos que lo visitaron en la peni-

[708] *El Universal*, 19 de diciembre de 1918, *Excélsior*, 19 de diciembre de 1918 y *El Demócrata*, 19 de diciembre de 1918.

[709] *Excélsior*, 20 de diciembre de 1918.

tenciaría, afirmaban que mostraba todos los indicios de un enajenado mental, y que en lugar de juzgarlo, debían enviarlo a un sanatorio para que lo trataran. Además de delirar, Morelos Zaragoza pedía a gritos una banda y unas charreteras de general de división. Otra prueba de su desequilibrio mental, fue que desconoció hasta a su propia esposa e hijos, que habían llegado de la ciudad de México.[710]

Al finalizar el mes de diciembre, Morelos Zaragoza rindió su declaración ante el juez de Instrucción Militar en Monterrey. Como resultado de ello, salió a la luz pública que varios regiomontanos estaban involucrados en su aventura contrarrevolucionaria. Por lo peligroso del caso, el juez sugirió trasladarlo a la ciudad de México. Pero antes de que fuera trasladado, sus correligionarios tramaron liberarlo de la prisión. Sólo que los promotores del plan no fueron lo suficientemente discretos y los pormenores llegaron a los oídos de la policía y del cuartel general. A causa de ello, fueron detenidos el mayor Fausto Garza, Isidro Sámano, Ramón Guevara, Antonio G. Treviño, Cesáreo G. Garza, Aurelio L. Treviño y José Maldonado. El general Ricaut anunció que había más implicados en el complot, los cuales prometió aprehender en los días siguientes.[711]

El 9 de enero de 1919, Morelos Zaragoza fue conducido a la ciudad de México a bordo de un carro especial del ferrocarril, acompañado de una escolta de treinta hombres. A las tres de la tarde del día siguiente, el tren llegó a la estación Colonia. Como de costumbre, en la estación había bastantes personas que diariamente acudían a recibir a sus familiares, llamándoles la atención la llegada del anciano militar. La escolta y el prisionero bajaron del tren, y emprendieron el viaje a pie hasta la Secretaría de Guerra y Marina, ubicada en el edificio de la calle de Moneda. Aquí, la expectación aumentó llenándose de curiosos todos los pasillos. El jefe de la escolta que custodiaba a Morelos Zaragoza, hizo la entrega de éste al general Juan José Ríos, Oficial Mayor, encargado

[710] *El Universal*, 24 y 26 de diciembre de 1918.
[711] *Excélsior*, 9 de enero de 1919.

del despacho de la Secretaría de Guerra y Marina. Pero este funcionario indicó que el reo fuera llevado ante el general Agustín Millán, el jefe de la Guarnición de la plaza, a fin de que lo consignara ante las autoridades correspondientes.

La expectación se repitió en el trayecto hacia la jefatura de la Guarnición de la plaza, ubicada en el viejo edifico de Santo Domingo. En cuanto la gente se dio cuenta de lo que sucedía, se unió a la escolta observando la figura del anciano, que no obstante su edad, daba muestras de suma energía. Pero sobre todo les llamó la atención su ropa. Morelos Zaragoza vestía saco y chaleco café obscuro, pantalón claro, sombrero gris y una pantufla roja en el pie izquierdo, que el anciano arrastraba trabajosamente, a consecuencias de una herida.

En realidad, el aspecto de Morelos Zaragoza era lamentable. Poco quedaba de la arrogante figura del defensor de Tampico, durante el gobierno de Huerta. Con el paso de los años, su recta figura había desaparecido, y sus ojos dejaban traslucir un hondo sufrimiento. Con la mano derecha, temblorosa, acariciaba sus ralas y blancas barbas. Al llegar a la jefatura de la guarnición de la plaza, Morelos Zaragoza platicó brevemente con algunos oficiales, quienes lo trataron bien, en atención a su edad. Enseguida le dieron algunos alimentos y después, lo condujeron a la prisión de Santiago Tlatelolco. A la salida, los mismos curiosos lo siguieron hasta la prisión de Santiago.[712]

Llama la atención que nadie volvió a hablar de que estaba loco o había perdido la razón. Ni la prensa ni las autoridades o familiares volvieron a tocar este asunto. Sus defensores tratarían de salvarlo del paredón solicitando un amparo contra actos de las autoridades militares. En principio, pidieron que fuera puesto a disposición de las autoridades federales, alegando que Morelos Zaragoza no tenía grado militar al momento de su detención.[713] Lo que siguió en los meses siguientes fue una auténtica confusión

[712] *Excélsior*, 10 y 11 de enero de 1919 y *El Universal*, 11 de enero de 1919.
[713] *El Universal*, 11, 12, 14, 17 y 30 de enero de 1919 y *Excélsior*, 12, 17, 22, 25 y 30 de enero de 1919.

en su proceso. Las autoridades del ramo militar, no tardaron en declararse incompetentes. Por tal motivo el caso fue turnado a las autoridades federales, pero éstas, a su vez, devolvieron la causa a la Guarnición de la plaza. Así, se llegó a la primera semana de agosto de 1919, en un ir y venir de un lado a otro. En el interin falleció su esposa, y Carranza le permitió salir de la prisión para asistir al sepelio. Años más tarde fue liberado, quedándose a vivir en la ciudad de México. No se supo qué pasó con su hijo Roberto, con el cual entró en 1918 a suelo mexicano, pero es probable que su suerte no haya sido adversa. Finalmente, Ignacio Morelos Zaragoza falleció el 19 de diciembre de 1927, a nueve años de su aprehensión, en forma repentina y natural, a la edad de 74 años.[714]

EDUARDO I. MARTÍNEZ

A MEDIADOS de 1918 se registró otro movimiento armado encabezado por un civil. Este último era el licenciado Eduardo I. Martínez, quien entró a México con una columna militar procedente de Estados Unidos. Tan pronto como se enteró de ello, el gobierno envió fuerzas suficientes para combatirlo. Pero en este caso sucedió algo insólito. Las fuerzas carrancistas enviadas a combatirlo, desertaron y se le sumaron, reconociendo la jefatura de Félix Díaz. Según noticias difundidas en Estados Unidos, el licenciado Martínez se desplazó sin ningún obstáculo en suelo mexicano, y llegó hasta la sierra para unirse a los generales Juan Andrew Almazán, Ignacio Morelos Zaragoza, Rodríguez y Miranda, con los que planeaba formar un bloque militar para acabar con el régimen de Venustiano Carranza. Un diario llamado *El Mañana* editado en McAllen, Texas, dio cuenta de que el licenciado Martínez operaba por el norte de Tamaulipas.[715]

[714] *Excélsior*, 20 de diciembre de 1927. Asimismo resulta interesante la carta de Elodia Morelos Zaragoza dirigida a Venustiano Carranza, el 27 de julio de 1919, pidiéndole la libertad de su padre, por problemas de salud, en el CEHM/Condumex, Fondo XXI, Carpeta 137, legajo 1576, documento 1.

[715] *Revista Mexicana*, núm. 144, 9 de junio de 1918.

SANTOS SOSA

PERO NO sólo había cruzado la frontera el grupo del licenciado Martínez, sino otros grupos anticarrancistas más. Tan pronto como las autoridades de ciudad Mier tuvieron conocimiento de la entrada de Santos Sosa, comisionaron al mayor Julián Sáenz Flores para combatirlo. Pero la suerte del grupo gubernamental también fue adversa. Primero cayeron en una emboscada, perdiendo varios caballos y armas. El mayor Sáenz trató de recomponer su columna, cuyos miembros habían quedado desperdigados, pero sólo reunió a unos cuantos y sin caballos. Para su sorpresa, el resto de sus hombres se unieron con los contrarrevolucionarios, al enterarse de que el mayor Santos Sosa, su antiguo jefe en ciudad Mier, era la cabeza. Este personaje, se había levantado en armas reconociendo a Félix Díaz. El ahora anticarrancista Santos Sosa, era muy querido por sus antiguos subalternos, y si no se le unieron todos los hombres que llevaba Sáenz Flores, fue debido a que no tenían suficientes caballos.[716]

JUAN G. CABRAL Y JULIÁN MEDINA

EN JULIO de 1918, otros dos militares desterrados, los generales Juan G. Cabral y Julián Medina, atravesaron la frontera norte del país y se internaron en territorio mexicano, por Sonora, para luchar por la restauración de la Constitución de 1857. Durante la Convención de Aguascalientes, Cabral obtuvo un buen número de votos para la candidatura a la presidencia de la república. Decepcionado por el curso de los acontecimientos, se exilió en Estados Unidos. El caso de Julián Medina, es singular. Se trataba de un ex subalterno de Álvaro Obregón. Por cierto que la Soberana Convención de Aguascalientes premió sus servicios designándolo gobernador de Jalisco. Descontento con la política carrancista, abandonó el país y se refugió en Estados Unidos. Ahora, ambos emprendían una aguda lucha contra Carranza.[717] Como su incur-

[716] *Loc. cit.*
[717] *Revista Mexicana*, núm. 151, 28 de julio de 1918.

sión armada no tuvo éxito, Juan Cabral volvió a refugiarse en Estados Unidos. Al persistir en sus planes contrarrevolucionarios, en marzo de 1919 fue arrestado en Tucson, Arizona, al ser sorprendido por las autoridades organizando una nueva expedición armada con el fin de cruzar la frontera para unirse a las filas de Francisco Villa. El tribunal que juzgó al ex general Cabral le impuso una condena de dos años de prisión y una multa de 10,000 dólares.[718]

Espiridión Salinas

Este antiguo soldado de las milicias irregulares de Nuevo León, en 1913 combatió a la revolución carrancista. A partir de la disolución del ejército federal, se dirigió a Estados Unidos, en donde esperó la primera oportunidad para volver a la patria. Cuando el licenciado Pedro González organizó su expedición armada, Espiridión Salinas se incorporó a ella y se batió valientemente en varios combates. Como premio a su bravura, el licenciado González lo ascendió a mayor en el mismo campo de batalla. Fracasada esta expedición, por falta de elementos, el mayor Salinas regresó a Estados Unidos en donde estuvo oculto durante más de un año, al cabo del cual, volvió a tomar las armas. En agosto de 1918 cruzó nuevamente el Río Bravo y enarboló la bandera reorganizadora felicista. Enterado de su perseverancia, Félix Díaz le envió, desde su cuartel general en Veracruz, su ascenso a teniente coronel.[719]

Alfredo I. Campos

El coronel Alfredo I. Campos figuraba como empleado federal en el gobierno de Carranza. Con motivo de un fraude en la aduana fronteriza de Nogales, Campos presentó su renuncia y se expatrió en Estados Unidos. En septiembre de 1918, un contingente compues-

[718] *El Universal*, 26 de marzo de 1919.
[719] *Revista Mexicana*, núm. 159, 22 de septiembre de 1918.

to de 60 hombres, en su mayor parte bien montados y equipados, al mando del coronel Alfredo I. Campos, atravesó la línea divisoria del norte de México, en un lugar inmediato a Sonorita, para internarse en el estado de Sonora, con el fin de incorporarse al Ejército Libertador que operaba en esta entidad a las órdenes de los generales Juan G. Cabral y Julián Medina.[720]

SANTOS CAVAZOS Y ALFREDO JUÁREZ

EN SEPTIEMBRE de 1918 operaba en México una columna expedicionaria al mando del Brigadier Santos Cavazos. No se sabe cuál fue su importancia, sus triunfos ni sus derrotas, pero se sospecha que al igual que otros, al poco tiempo se desmoronó. Pero al parecer uno de sus subalternos, el capitán primero Alfredo Juárez, corrió con más suerte, ya que operaba en Tamaulipas. Sobre sus antecedentes, se sabe que perteneció al extinto ejército federal hasta su disolución.[721]

FEDERICO PLATT

EN MARZO de 1919 fue capturado Federico Platt, en El Paso, Texas, con varios millares de proclamas fechadas en la población de San Lorenzo, en las que les expresaba a sus partidarios que ya era tiempo de derrocar a Carranza. Al igual que otros, no se trataba de un personaje de arrastre entre los exiliados. Su suerte no fue mucha ya que resultó atrapado y como correctivo se le impuso un año de prisión.[722]

FELIPE ÁNGELES

A FINALES de 1918, se registró otro movimiento contrarrevolucionario en el norte del país, que a primera vista era peligroso

[720] *Revista Mexicana*, núm. 159, 22 de septiembre de 1918.

[721] *Revista Mexicana,* núm. 159, 22 de septiembre de 1918, e "Informes sediciosos. octubre de 1917", en el AHSRE, L-E837/legajo 12.

[722] *El Universal*, 26 de marzo de 1919.

para el gobierno de Carranza. Se trata del movimiento dirigido por el general Felipe Ángeles, de extracción federal, y luego convertido al villismo. Al igual que el grueso de los militares etiquetados de federales, en octubre de 1915 Felipe Ángeles se refugió en Estados Unidos, en donde se topó con varios de sus viejos camaradas del Colegio Militar. Si bien durante el huertismo habían sido enemigos, las viejas rivalidades pasaron a segundo plano, y ahora los uniría su lucha común contra Carranza. En Estados Unidos, convivió con un buen número de villistas, felicistas, porfiristas, e incluso ex carrancistas como Antonio Villarreal. En el destierro observó el trágico fin de Huerta y de Pascual Orozco, se enteró de los resultados inciertos de la campaña de Félix Díaz, la muerte de Prisciliano Cortés y de la aventura de Ignacio Morelos Zaragoza. No obstante los negros augurios, Felipe Ángeles se sintió el caudillo adecuado para cumplir con el anhelado sueño de los innumerables desterrados, consistente en derrocar a Carranza y abrirles las puertas para su retorno.

Apoyado por Antonio Villarreal, Enrique Llorente, Federico González Garza, Enrique Santibáñez, Miguel Díaz Lombardo y otros villistas desterrados, en 1918 creó en la ciudad de Nueva York la Alianza Liberal Mexicana. En la primera semana de noviembre de ese año, la Alianza hizo públicas sus bases en las que se advertía que Ángeles regresaría a México para unificar a todas las facciones políticas.[723] Que recorrería el país de norte a sur predicando la concordia, y la urgencia de que los distintos jefes rebeldes depusieran las armas. Una propuesta nada original ya que se trataba de los mismos propósitos que animaron a Federico Gamboa, Ismael Zúñiga y Eliseo Ruiz, entre otros, al crear en 1915 la Asamblea Pacificadora Mexicana, lo cual les valió una tremenda reprimenda de Obregón, de Villa y, curiosamente del mismo Felipe Ángeles.[724]

[723] "La Alianza Liberal Mexicana. Bases fundamentales", en el AHSRE, L-E-804, legajo 9.

[724] Antimaco Sax, *op. cit.*, pp. 19-20.

Como a Felipe Ángeles se le había olvidado la Asamblea Pacificadora Mexicana, ahora se apropiaba de sus banderas y emergía como todo un revolucionario capaz de redimir al pueblo mexicano y defender los ideales de la revolución de 1910. Además de ello, lo curioso es que aparecía convertido en un líder obrerista, agrarista, partidario del sufragio universal, de la libertad de cultos, de la educación del pueblo, defensor de la independencia económica, de la soberanía nacional, pero rechazaba la Constitución de 1917.[725] Con semejante programa político, Ángeles estaba más cerca de Carranza, de Obregón, Pablo González, Francisco J. Múgica y de otros jefes revolucionarios, que de varios de sus colegas en el exilio. Pero hubo otro elemento que lo distanciaba de muchos expatriados en Estados Unidos. En los documentos programáticos se asentaba que para pertenecer a la Alianza Liberal, se requería ser mexicano, liberal, ajeno a la traición de Victoriano Huerta, a los asesinatos de Madero, Pino Suárez, y otros funcionarios públicos.[726] En diciembre de 1918 Felipe Ángeles se internó en territorio mexicano, acompañado de los coroneles Alfonso Gómez Morentín, José Jaurrieta y un guía, y se dirigió hacia Cuchillo Parado, Chihuahua, para reencontrarse con Villa. Federico Cervantes, su vocero en Estados Unidos, difundió un manifiesto en el que Ángeles afirmaba que "dadas las circunstancias, restaurar la Constitución de 1857 y romper la cadena opresora", era el único medio para restablecer la democracia en México. Al igual que ocurrió con Félix Díaz, muchos de su antiguos correligionarios se enteraron de su llegada, pero no se le sumaron.

A pesar de que su campaña transcurrió sin pena ni gloria, a finales de mayo de 1919, las fuerzas villistas proclamaron a Felipe Ángeles presidente provisional de México y al propio Villa, secretario de Guerra. Como Carranza temía su alianza con Villa,

[725] Además de las citadas bases sobre La Alianza Liberal Mexicana, véase los reportes y documentos del 2 de enero de 1919 firmado por Juan B. Rojo; del 10 de enero del mismo año por J. Flores Magón; del 9 al 12 de enero por Raúl V. Canales; del 12 de enero por el propio Felipe Ángeles; del 20 de enero firmado por Ramón Sánchez, en el AHSRE, L-E-804, legajo 2 y legajo 9 y L-E-837, legajo 8.

[726] Alfonso Taracena, *LVRM (1918-1921)*, p. 71.

dispuso una cacería para atraparlo. Después de un año de peregrinar, y de cierta actividad militar, Ángeles se internó en la sierra chihuahuense, en donde fue víctima de una delación. El 15 de noviembre de 1919 fue aprehendido, juzgado por un consejo de Guerra, y condenado a la pena capital, acusado del delito de rebelión.[727] Ángeles no pudo entender que Carranza se había consolidado y que los expatriados no tenían la menor oportunidad de derrocarlo. Los que podían heredar el poder, en forma violenta o pacífica, estaban adentro y no fuera del país.

Una vez que desapareció del mundo de los vivos, Ramón Puente afirmó que el culpable de la desafortunada incursión de Felipe Ángeles en suelo mexicano había sido Manuel Calero, quien lo empujó a volver a México para derrocar a Carranza. Otros afirmaron que el objeto de su entrada en suelo mexicano era para corregir los errores que a diario cometía Francisco Villa. Pero lo cierto fue que Ángeles vino armado y, por lo tanto, se trataba de una contrarrevolución.[728]

IGNACIO BRAVO BETANCOURT

EN MARZO de 1919, la prensa carrancista difundió algo que resultaba desconcertante. Había sido descubierto un complot en La Habana destinado a derrocar a Carranza. En principio, la prensa mexicana expresaba que la policía cubana buscaba al abogado Ignacio Bravo Betancourt. De acuerdo con los informes que supuestamente llegaron de La Habana, en los primeros días de marzo, el teniente Herminio Incháustegui, jefe de la Sección de Expertos de la Policía Nacional de Cuba, recibió un anónimo en el que le participaban que el mexicano Ignacio Bravo Betancourt, se había convertido en uno de los principales agitadores de los obreros cubanos. La noticia no es creíble por dos razones: la primera, porque ase-

[727] *Revista Mexicana*, núm. 180, 16 de febrero de 1919, *El Universal*, 20 de marzo de 1919, Odile Guilpain Peuliard, *op. cit.*, pp. 89-91, 96-100, Antimaco Sax, *op. cit.*, pp. 69-70 y Federico Gamboa, *Mi diario*, t. VI, pp. 556 y 575.

[728] Parte de esta discusión aparece en el libro de Odile Guilpain Peuliard, *op. cit.*, pp. 96-98.

guraba que Bravo Betancourt recién había llegado de México. La segunda, porque el abogado estaba allá desterrado desde 1914.

Con tales datos, el teniente Incháustegui llevó a cabo una minuciosa investigación para determinar si la denuncia era cierta. Acompañado de sus agentes, se presentó en la casa número 14 de la casa de huéspedes "Martínez House", en la esquina que forman las calles de Virtudes y Paseo de Martí. Una señora abrió la puerta y al poco tiempo apareció Bravo Betancourt, preguntando para qué lo necesitaban. El teniente Incháustegui le mostró la orden firmada por las autoridades para catear la casa. La prensa dijo que la policía habanera halló numerosos rifles *Winchester*, revólveres sistema *Colt*, cientos de balas, diez cajas de parque, innumerables uniformes militares, documentos comprometedores para varios políticos mexicanos residentes en México y en La Habana, y baúles llenos de proclamas incendiarias que atacaban a Carranza. Pero la policía cubana no halló evidencia de que Bravo Betancourt fuera uno de los agitadores de los obreros isleños. De cualquier forma, el mexicano fue detenido y presentado ante el juez de Instrucción. La policía continuó su investigación para detectar, qué otros mexicanos exiliados, estaban metidos en tales menesteres. En principio, la noticia causó grave expectación entre sus correligionarios ya que se temía que Bravo Betancourt fuera expulsado de suelo cubano. A final de cuenta, el mexicano no fue expulsado de la isla, y nadie habló más de la supuesta aventura contrarrevolucionaria.[729]

AURELIANO BLANQUET

FINALMENTE, hubo otro movimiento contrarrevolucionario gestado en Estados Unidos, encabezado por Aureliano Blanquet, cuando alcanzaba los 68 años de edad.[730] ¿Por qué este movimiento acau-

[729] *El Universal*, 27 de marzo de 1919.

[730] *Revista Mexicana*, núm. 186, 30 de marzo de 1919 y el núm. 188, del 13 de abril del mismo año y *El Universal*, 18 de abril de 1919.

dillado por una persona envejecida? La explicación radica en que, al igual que Victoriano Huerta y Félix Díaz, Blanquet estaba sumamente resentido. Le resultaba difícil olvidar que en octubre de 1913, había sido el compañero de fórmula de Huerta en las elecciones presidenciales. Ya sea que se acepten o no los resultados, lo cierto es que Blanquet llegó a sentirse vicepresidente de la república. Renunció en julio de 1914 tanto a la secretaría de Guerra como a la vicepresidencia, y salió del país con el orgullo lastimado. Pero la oportunidad para su posible desquite le llegó en 1919, demasiado tarde.

En ello tuvo que ver Félix Díaz, su viejo aliado en la Decena Trágica, quien llevaba más de tres años transitando con más pena que gloria por suelo mexicano. Félix Díaz pasó por alto que Blanquet fue cómplice de Huerta en su aniquilamiento político en 1913, y posiblemente en su destierro. En los primeros días de marzo de 1919, Félix Díaz engatuzó a Aureliano Blanquet con un nombramiento medio fantasmal, de su segundo a bordo en la jefatura del Ejército Reorganizador Nacional.[731] Ingenuidad, senilidad, o falta de memoria sobre viejas traiciones y rivalidades, lo cierto es que Blanquet se creyó los embustes felicistas y aceptó.[732] Olvidó que durante el tiempo en que ambos coincidieron en el destierro en Estados Unidos, jamás se tuvieron confianza.

En virtud de ello, Blanquet se trasladó a La Habana para organizar una expedición y reunirse con Félix Díaz en suelo mexicano. Junto con los generales Luis G. Acosta, Francisco de P. Álvarez, Juan Montaño, el teniente coronel Ismael Cortés, el mayor Guillermo Rosas Gutiérrez y dos civiles, siete personas en total, emprendieron el viaje. Partieron en la goleta "Clara", pero al acercarse a las costas mexicanas fueron avizorados por vigías del gobierno, razón por la cual maniobraron desembarcando finalmente cerca de la Villa Rica de Veracruz. Al pisar suelo mexica-

[731] "Informe a Candido Aguilar", el 8 de febrero de 1919, en el CEHM-Condumex, Fondo XXI, caja 110 y Luis Liceaga, *op. cit.*, p. 538.

[732] Editoriales de *El Pueblo*, México, 19 de abril de 1919, manuscritos de Venustiano Carranza, en el CEHM-Condumex, Fondo XXI, caja 110, carpeta 132.

no, Blanquet tomó un puñado de tierra y la besó. Después de conseguir algunos caballos, se dirigieron al lugar donde sabían que los esperaban los felicistas. El 23 de marzo de 1919, Félix Díaz se enteró del desembarco de Blanquet y fue a su encuentro, el que tuvo lugar en la finca "La Ciudadela". Después de intercambiar saludos y lanzar una proclama, Blanquet juró luchar junto a Díaz sin descanso, hasta derrocar a Carranza.

Naturalmente, las tropas gubernamentales estaban al tanto del desembarco de Blanquet y de su reunión con Félix Díaz, razón por la que emprendieron una feroz persecución. En los días siguientes, Blanquet se reunió con el general Pedro Gabay en su campamento. A estas alturas, el general carrancista Guadalupe Sánchez los tenía a su alcance, razón por la que Gabay y Blanquet dejaron el campamento en forma apresurada, y se dirigieron al lugar llamado Barrancas Cuatas. A mediados de abril, Blanquet y su correligionario cruzaron las barrancas y se enfilaban hacia la hacienda Boca del Monte pero, en forma súbita, Gabay decidió regresar para enfrentarse a los carrancistas. No obstante su avanzada edad y mala salud, Blanquet decidió sumarse a las pretensiones de Gabay de repeler al enemigo. En esto estaban cuando quedaron atrapados y sin forma de escapar. Gabay le indicó a Blanquet que para salvarse, había que cabalgar por el filo de los precipicios, y en caso necesario, arrojarse a la barranca. Blanquet intentó cruzar la barranca, pero su caballo resbaló y cayó al precipicio, falleciendo, así, en forma instantánea. A los pocos minutos llegó Guadalupe Sánchez quien, al ver el cuerpo, le cortó la cabeza y se la llevó a Veracruz en señal de triunfo. Al retirarse los carrancistas, Gabay regresó para recuperar el cuerpo mutilado de Blanquet y sepultarlo.[733] Su muerte tuvo lugar cinco días después de la de Emiliano Zapata.

[733]Luis Liceaga, *op. cit.*, pp. 538-552. Toda la odisea de Aureliano Blanquet aparece registraba en la *Revista Mexicana*, los números del 30 de marzo, 13 y 20 de abril, 4 y 27 de mayo de 1919 y *El Universal*, 21, 22 y 23 de abril de 1919. Sobre la muerte de Aureliano Blanquet y Emiliano Zapata, el informe del 22 de abril de 1919, en el AHSRE, L-E-804, legajo 5.

Qué pasó con el resto de los expedicionarios. Francisco Traslosheros fue capturado y ahorcado; el coronel Luis Amado, ante el peligro de ser atrapado, se suicidó; el general Francisco de P. Álvarez fue hecho prisionero y luego fusilado; Juan Montaño logró salvarse. No se sabe qué pasó con el coronel Ismael Cortés ni con el mayor Guillermo Rosas Gutiérrez.[734] Lo que sorprende es la eficacia con la cual el gobierno ejecutaba a Blanquet y la benignidad con la que trataba a Félix Díaz. En abril de 1919, la prensa difundió que en La Habana estaba Rodolfo Reyes, listo para embarcarse a México para sumarse a la campaña encabezada por Aureliano Blanquet. Que sólo esperaba noticias sobre su llegada a México, para seguirlo, planeando desembarcar cerca del Puerto de Alvarado. Sólo que este último había perdido la vida.[735]

[734] *Loc. cit.*
[735] *El Universal*, 30 de abril 1919.

Capítulo XVI

El retorno de los desterrados

Al momento de dejar el país, los mexicanos supusieron que su destierro sería temporal y que todo era cuestión de días. Personas como Eduardo N. Iturbide, Aureliano Urrutia y Toribio Esquivel Obregón salieron solos, dejando a sus familias en México. Otros, salieron del país con la familia completa. Para la mayoría de ellos, el destierro resultó una agonía amarga y difícil. José López Portillo no la soportó y al año regresó a México, afrontando el riesgo de su ejecución. Como se ha visto, se presentó ante las autoridades carrancistas, las cuales le perdonaron la vida y lo amnistiaron. Pero ante la ejecución de Alberto García Granados, otros se vieron obligados a soportar con amargura el destierro. Al momento de expedirse la nueva Constitución Política, era claro que Carranza se había consolidado en el poder, y que a los desterrados no les quedaba más que doblar las manos, aceptar que su causa estaba perdida, y que si querían regresar a México, debían aceptar que las cosas habían cambiado.

Entre 1914 y 1920, hubo personas dispuestas a volver a México, pero no a cualquier precio. Querían volver a su patria con la garantía de que su vida sería respetada, con dignidad, y sin tener que rebajarse ni pedir perdón. Para mediados de 1917, circuló en San Antonio, Texas, el rumor de que Salomé Botello, ex gobernador de Nuevo León, y ex secretario de Industria y Comercio, se había acogido a la amnistía otorgada por el gobierno a algunos huertistas, y que preparaba su regreso a México. Inmediatamente, Salomé Botello rectificó, y dijo que la noticia era falsa. Que la amnistía era una ofensa para una persona que, como él, ningún delito había come-

tido. De cualquier forma, enfatizó que tarde o temprano volvería a su patria. El arzobispo Mora y del Río expresó estar dispuesto a volver a México, pero con las debidas garantías a que tenía derecho todo ser humano; el obispo Ignacio Valdespino dijo no saber quién había difundido la versión de que el episcopado volvería a México perdonado por Carranza. Él, como lo habían expresado otros exiliados, afirmó que México era su patria, que eran mexicanos, y que tenían derecho a regresar. Pedir permiso, era perder su dignidad y su decoro personal. El obispo Miguel de la Mora, opinó que la amnistía era una medida destinada a perdonar a los delincuentes, lo cual no era propio de ellos. Lo que ellos pedían eran garantías, lo cual era una cosa distinta.[736]

Pero el tiempo dobló el orgullo de muchos mexicanos que inicialmente se resistían a pedir autorización a Carranza. Al despuntar el año de 1919, llegaron a las oficinas de la presidencia de la república, un número creciente de peticiones de mexicanos que vivían desterrados en Estados Unidos, Cuba, Guatemala y Europa, pidiendo autorización para volver. La mecánica se repetía en la secretaría de Relaciones Exteriores, en la de Gobernación y en los consulados. Al mismo tiempo, los familiares y amigos de los desterrados llevaban a cabo un peregrinar de una oficina a la otra, abogando por los suyos. En su mayor parte, afirmaban haber sido ajenos a los asesinatos de febrero de 1913, y que habían abandonado el país ante las versiones alarmistas que por entonces circularon, acerca de que la revolución castigaba a quienes no se le habían unido desde el principio.[737]

Pero el mayor esfuerzo en favor del retorno de los desterrados fue llevado a cabo por el senador Carlos B. Zetina. En septiembre de 1919 abogó por expedir una amplia amnistía para "todos aquellos

[736] H. Medina, subsecretario de Relaciones Exteriores, pide a los cónsules de los Estados Unidos, elaborar informes sobre los expatriados para determinar si se les permitía volver a México. Véase AHSRE, L-E-866.v.2 y la *Revista Mexicana*, núm. 94, 24 de junio de 1917.

[737] *Revista Mexicana*, núm. 49, 13 de agosto de 1916, el núm. 86, 22 de abril de 1917, el 159 del 22 de septiembre de 1918, el 183 del 9 de marzo de 1919, el 184 del 16 de marzo de 1919, el 190 del 27 de abril de 1919, el 207 del 24 de agosto de 1919, y el 213 del 5 de octubre de 1919. Asimismo, *El Universal*, 30 de julio de 1918 y 6 de enero de 1919.

hermanos" mexicanos que vivían en el destierro, y que no eran criminales. A su juicio, era urgente que regresaran para colaborar en el engrandecimiento de la patria. Pero había otra razón de fondo: todo mexicano honorable expatriado, con su sola existencia en calidad de paria, era un desprestigio para el gobierno mexicano. Acto seguido, presentó un proyecto de ley al Congreso de la Unión, pidiendo su inmediata aprobación.[738] Pero el problema era determinar a quiénes debía beneficiar tal ley, y a quiénes no. En los altos círculos del poder, ganaba fuerza la idea de dejar que regresaran aquellos mexicanos ajenos a la Decena Trágica y al asesinato de Madero y Pino Suárez. La lista podía fijarse en el centenar de personas, pero también aumentarse al millar. Al discutirse quiénes debían ser incluidos en la lista, las cosas se complicaron. Con los intelectuales no había mayor problema, ya que a los ojos de todo el mundo, quitándoles sus foros de expresión, eran inofensivos. Pero con los militares, las cosas eran distintas, y persistía cierto temor. Hubo quienes propusieron excluir de la ley de amnistía a quienes habían hecho labor de franca sedición en el extranjero.[739]

Luis Cabrera se opuso a expedir la citada ley, argumentando que los desterrados eran partidarios de la restauración de la Constitución de 1857 y del antiguo régimen.[740] Finalmente, las discusiones se alargaron y, por una u otra razón, jamás se dictó ley de amnistía alguna. Pero a pesar de las objeciones de Luis Cabrera y de otros políticos de su misma filiación, muchos desterrados ya estaban regresado a México. Las gestiones de amigos y familiares rindieron sus frutos. Uno a uno, los mexicanos desembarcaban en el puerto de Veracruz, o cruzaban la frontera del río Bravo y del Suchiate, para volver a la patria. La única restricción que se les impuso fue aceptar la nueva Constitución Política. En este contexto, un factor inesperado facilitó su retorno. El país había entrado en franca ebullición electoral, y algunos candidatos, en particular Álvaro

[738] *Revista Mexicana*, núm. 211, 21 de septiembre de 1919 y *El Universal*, 9 de septiembre de 1919.

[739] *El Universal*, 19 de febrero de 1919.

[740] *El Universal*, 10 y 11 de septiembre de 1919.

Obregón, no sólo buscaba apoyo interno, sino que había prestado atención a los desterrados e incluso se había contactado con algunos de ellos, como José Vasconcelos.[741] Al momento del derrocamiento de Carranza, Adolfo de la Huerta abrió definitivamente las puertas a casi todos los mexicanos.

LOS EX PRESIDENTES DE LA REPÚBLICA

MUERTO Carranza, en noviembre de 1920 el ex presidente de la república, Francisco Lagos Cházaro regresó a México gracias a la generosidad del presidente Adolfo de la Huerta. A mediados de noviembre fue ubicado en un tren que viajaba rumbo a Torreón. La prensa trató de entrevistarlo, pero el ex presidente se rehusó cortésmente. Presionado por los reporteros, dijo que se dirigía a la ciudad de México, en donde pensaba radicar. Luego de realizar determinadas gestiones, viajaría a Veracruz para indagar la suerte de sus propiedades. Pero contra lo que había dicho, no continuó su viaje, sino que se bajó del tren y se alojó en el hotel Saint Francis. En Torreón expresó que volvía del destierro, vía Nueva Orleáns y Laredo, y que había cruzado la frontera sin dificultad alguna. Su plan era dedicarse a su profesión abogado y emprender algún negocio que le proporcionara los medios necesarios para vivir.[742] Pero volvía a México, un tanto resentido puesto que algunos amigos le habían informado que su rancho en Veracruz, herencia de sus padres, había sido destruido por los partidarios de Carranza y de Cándido Aguilar. Al ser entrevistado, se hallaba junto con el general zapatista Alfredo Serratos, quien también acababa de regresar del destierro en Ohio, Estados Unidos.

En agosto de 1919, el presidente de la república francesa, M. Raymond Poincaré, le confirió la medalla de la Gratitud Pública, a Francisco León de la Barra, como reconocimiento a su calidad de

[741] El cónsul José María Arredondo al subsecretario de Relaciones Exteriores, Douglas, Arizona, 2 de abril de 1920, en el AHSRE, L-E-866 R. En este comunicado le hace ver que los obregonistas estaban invitando a los exiliados a unírseles en su lucha contra Carranza.

[742] *Excélsior*, 14 y 17 de noviembre de 1920, *El Universal*, y 14 y 17 de noviembre de 1920.

abogado consultor de los países aliados, durante las Conferencias de Paz en la primera guerra mundial, junto con otros prominentes jurisconsultos.[743] Reacio a los gobiernos emanados de la revolución, León de la Barra no quiso volver a México y permaneció en el destierro. Vivió de su profesión de abogado, en el suroeste de Francia. Era un hombre muy inteligente, según recuerda uno de sus amigos. Los franceses lo respetaban mucho. León de la Barra falleció a los 75 años, en un hospital de Biarritz. Varios de sus hijos habían muerto jóvenes y tuberculosos a lo largo del exilio.[744]

En octubre de 1917, circuló la noticia de que Carranza se oponía a que Pedro Lascuráin volviera a México.[745] Seis meses más tarde, se dijo que había dejado Estados Unidos y regresado al país, en un tren de pasajeros el cual pasó por San Luis Potosí rumbo a la capital de la república.[746] Pero la prensa solía dar esta clase de noticias, en ocasiones sin mayor fundamento, con fines de provocación. De cualquier forma, tarde o temprano, todos los ex presidentes de las república vivientes, incluidos, Francisco S. Carbajal y Roque González Garza, regresaron.[747] Los restos de Porfirio Díaz permanecerían en el cementerio de Montparnasse, en París, y los de Victoriano Huerta, en El Paso, Texas. Para finales de 1919, Eulalio Gutiérrez seguía levantado en armas, en una zona conocida como "Charcos de Risas", en Coahuila, apoyado por algunos de sus hombres. Justo cuando arengaba a su gente, fue observado por unos pastores quienes lo escucharon decir que atacarían San Pedro de las Colonias. De inmediato, los pastores acudieron ante las autoridades para delatarlo y el general Cesáreo Castro se dispuso a combatirlo.[748]

743 *Revista Mexicana*, núm. 207, 24 de agosto de 1919.
744 Carlos Tello Díaz, *op. cit.*, p. 395.
745 Federico Gamboa, *Mi diario*, t. VI, p. 501.
746 *El Universal*, 31 de marzo de 1919. Para noviembre de 1920 había vuelto a México y fue llamado por el juez sexto de Distrito Supernumerario para que declarara cuál había sido su participación en la decena trágica. Véase a Alfonso Taracena, *LVRM (1918-1921)*, pp. 294-295.
747 Sobre Roque González Garza, véase la *Revista Mexicana*, núm. 159, 22 de septiembre de 1918.
748 *El Universal*, 7 de noviembre de 1919. Otras referencias sobre sus actividades aparecen en la *Revista Mexicana*, núm. 5, 10 de octubre de 1915 y en *El Universal*, 1o. de febrero de 1919.

EL EPISCOPADO

DESDE ANTES de que se dictara la nueva Constitución Política, varios prelados regresaron a México sin la anuencia de Carranza. Se ha mencionado que ya estaban en México, ocultos o sujetos a vigilancia gubernamental, el obispo Maximino Ruiz, el obispo Herrera y Piña, y el arzobispo José Mora y del Río. Al obispo de Chiapas, Maximino Ruiz, se le permitió volver a su diócesis en enero de 1917. Al obispo de Tulancingo, Herrera y Piña, se le dio permiso para permanecer en México, con la condición de que no se acercara a su diócesis. En junio de 1918, violó este acuerdo y apareció en Pachuca. Al enterarse de ello, el gobernador le reiteró que no era una persona grata, y que abandonara de inmediato la entidad.[749] En noviembre de 1918 Carranza permitió el retorno del obispo de León, Emeterio Valverde y Téllez.[750] El obispo de Tehuantepec, Ignacio Placencia, regresó en marzo de 1919, causando inusitado regocijo entre la feligresía católica.[751] En julio de 1919, Ignacio Montes de Oca, radicado en España, solicitó permiso al gobierno para regresar a su diócesis en San Luis Potosí. Al tener respuesta positiva, Ipandro Acaico, seudónimo que utilizaba el prelado, anunció que dejaría la península ibérica rumbo a México, previa escala en Estados Unidos.[752]

LA MISIÓN BURKE

PERO EL retorno del episcopado se facilitó cuando el Papa Benedicto XV intervino ante el gobierno mexicano para resolver este problema que tanto le preocupaba. El día 20 de enero de 1919 llegó a México el cardenal E. A. Burke, procedente de Toronto, Canadá. Se trataba nada menos que del comisionado papal, quien se alojó en uno de los principales hoteles de la ciudad de México, registrán-

[749] *Excélsior*, 1o. y 15 de junio, y 8 de julio de 1918, la *Revista Mexicana*, núm. 150, 21 de julio de 1918 y *Excélsior*, 14 de febrero de 1919.

[750] Vicente Camberos Vizcaíno, *op. cit.*, t. I, p. 442.

[751] *El Universal*, 25 de marzo de 1919.

[752] *El Universal*, 26 de julio de 1919.

dose como un banquero inglés, lo que en principio impidió conocer más detalles de su misión. Días más tarde, se hizo público que traía la autorización del Papa Benedicto XV, y de la Iglesia católica inglesa, estadounidense y canadiense, para conocer la verdadera situación de la Iglesia católica en México. Como era previsible, se entrevistó en varias ocasiones con Carranza para comunicarle el motivo de su viaje, la preocupación papal sobre la Iglesia católica mexicana, los deseos de los prelados desterrados por volver a sus diócesis, y aclarar la situación de aquellos que habían regresado a México sin autorización oficial.[753]

Para monseñor Burke era vital desentrañar la verdadera naturaleza del conflicto entre la Iglesia y el gobierno mexicano, ya que en Estados Unidos y en otras partes del mundo, circulaban las consabidas dos versiones. Una que expresaba que en 1914 la Iglesia se entrometió en asuntos políticos, dejando de lado su sagrado ministerio. La otra, que al estallar la revolución, y sin razón aparente, el gobierno carrancista había desatado una desenfrenada persecución contra el clero y la religión misma. Al parecer, la primera versión era la comúnmente aceptada por el Vaticano y el gobierno estadounidense. En virtud de ello, resultaba crucial la visita de monseñor Burke a México, puesto que al concluirla, informaría tanto a los dignatarios de la Iglesia católica de Estados Unidos como de Inglaterra.[754] Pero lo más importante, haría un informe detallado al Papa de su misión.

En principio, Burke gestionó ante Carranza la amnistía para los arzobispos Martín Tritschler, Eulogio Gillow, Francisco Orozco y Jiménez, Francisco Plancarte y Navarrete, Francisco Mendoza y Herrera, Leopoldo Ruiz y Flores, y el obispo de San Luis Potosí, Ignacio Montes de Oca.[755] Otro de los puntos tratados consistió en solicitar autorización a Carranza para que los prelados que ya habían regresado, sin el permiso oficial, como Mora y del Río, no fueran molestados. Carranza escuchó a Burke y le expresó que los

[753] *El Universal*, 7 de febrero de 1919 y Vicente Camberos Vizcaíno, *op. cit.*, t. I, p. 443.
[754] *El Universal*, 8 de febrero de 1919.
[755] *El Demócrata*, 13 de febrero de 1919.

prelados mexicanos estaban en completa libertad de regresar al país, gozando de los mismos derechos y prerrogativas de cualquier ciudadano. Después de esto, Burke habló con José Mora y del Río para comunicarle el éxito de sus gestiones, e hizo lo mismo con los prelados que permanecían en Estados Unidos.[756]

Después de casi un mes de permanecer en México, monseñor Burke viajó al puerto de Veracruz, en un tren con dormitorio, acompañado de un banquero de El Paso, Texas, de nombre McCullough, una delegación de sacerdotes y algunas otras personas. Por orden de Carranza, el coronel Enrique Segura llevaba la encomienda de atenderlos. Antes de abordar el barco rumbo a Nueva York, Burke dijo que su misión había sido todo un éxito y que había logrado conciliar los intereses entre la Iglesia y las autoridades. En Chicago informaría a monseñor Kelley y a los miembros de la *Extension Society*, de los resultados de su gestión, y luego tomaría el barco rumbo a Roma para hacer lo mismo ante el Papa Benedicto XV.[757] Apenas arribó a Nueva York, Burke fue visitado por Orozco y Jiménez para conocer en detalle el resultado de sus gestiones. Burke le hizo ver que, independientemente de que hubiera razón o no, la Iglesia debía flexibilizar su postura ante Carranza, ya que de lo contrario no habría solución al conflicto. También le hizo ver que los arzobispos y obispos más duros e intransigentes, tenían que moderar sus puntos de vista. Al enterarse de ello, Orozco y Jiménez se indignó, y propaló que Burke era más carrancista que Carranza.[758]

En el ínterin, el Papa Benedicto XV le pidió directamente a José Mora y del Rió que reasumiera sus funciones eclesiásticas en la arquidiócesis de México.[759] José Mora y del Río dejó su escondite

[756] *El Demócrata*, 12 de febrero de 1919.

[757] *El Universal*, 15 de febrero de 1919. Como corolario de lo expuesto, en agosto de 1919, Robert H. Murray, un corresponsal del diario *The World*, editado en Nueva York, aseguró que monseñor Burke se había entrevistado en diversas ocasiones con Carranza, para arreglar en forma definitiva las diferencias entre la Iglesia y el gobierno mexicano. Al decir de monseñor Burke, Carranza accedió a que regresaran a su patria los obispos desterrados, siempre y cuando observaran ciertas normas. Por su parte, el gobierno mexicano aceptó suavizar algunas leyes que afectaban los derechos de las agrupaciones religiosas. Citado por Alfonso Taracena, *LVRM (1918-1921)*, p. 135.

[758] Vicente Camberos Vizcaíno, *op. cit.*, t. I, p. 447.

[759] *El Universal*, 31 de enero de 1919.

y reapareció públicamente el 5 de febrero de 1919. Su reaparición causó asombro entre los centenares de católicos que acudieron a la misa celebrada en la catedral de la ciudad de México, con motivo de las fiestas de San Felipe de Jesús. Terminada la misa, Mora y del Río dio la bendición papal y se retiró. Algunas personas trataron de hablar con él, pero se excusó y se retiró de la catedral. Inmediatamente se hizo del conocimiento público, que Antonio J. Paredes había dejado de ser el jefe de la iglesia mexicana.[760]

Durante el mes de marzo de 1919, monseñor Burke rindió su informe ante los funcionarios del gobierno estadounidense. En Washington expresó, que después de hablar en México con extremistas y moderados, quedó convencido de que Carranza debía seguir gobernando, ya que no existía otro partido o personaje que ofreciera las mismas garantías a la población. Después hizo un llamado a todos los amigos de México, a los amigos de la ley y del orden, para que se agruparan en torno a Carranza, ya que era la única persona capacitada para llevar a feliz término la obra patriótica de reconstruir el país. Finalmente, aseguró que Carranza arreglaría todo en México: la cuestión de las tierras, del petróleo, y de la Iglesia.[761] Pero sus simpatías hacia Carranza molestaron a los miembros del episcopado aún desterrados. Varios rechazaron lo que consideraban imprudentes declaraciones, y expresaron que volverían a México, cuando ellos lo decidieran y acordaran.[762]

EL RETORNO DE LOS PRELADOS

DE CUALQUIER forma, a partir de los convenios firmados por Burke, los arzobispos se dispusieron a regresar. Bajo este contexto el segundo arzobispo en regresar a México fue Francisco Mendoza y Herrera. El 10 de abril de 1919 la prensa hizo público su arribo a Durango, y que con este motivo reinaba gran júbilo entre la pobla-

[760] Berta Ulloa, "La lucha armada (1911-1920)", en *op. cit.*, pp. 1164-1165.

[761] *Revista Mexicana*, núm. 206, 17 de agosto de 1919 y *Excélsior*, 26 de febrero de 1919.

[762] *Revista Mexicana*, núm. 209, 7 de septiembre de 1919.

ción católica.[763] El tercer arzobispo en recuperar su arquidiócesis fue Martín Tritschler. Tal como se ha advertido, Martín Tritschler salió de Yucatán rumbo al exilio en La Habana en donde se encontró con el ex gobernador Olegario Molina. Desde septiembre de 1914 y hasta 1918, entabló una fuerte campaña contra Salvador Alvarado, debido a su postura anticlerical. La tensión entre ambos cedió en febrero de 1918, cuando el procónsul carrancista entregó el poder y abandonó la península. En los meses siguientes, las autoridades locales fueron más flexibles y autorizaron el regreso de los clérigos, incluyendo al propio arzobispo Tritschler quien lo hizo el 12 de mayo de 1919.[764] El cuarto arzobispo fue Francisco Plancarte y Navarrete, cuya sede era Linares. El 7 de mayo de 1919 abandonó Chicago, y a mediados de este mismo mes, después de un exilio de más de cinco años, llegó a Monterrey.[765]

Sólo quedaban en Estados Unidos Francisco Orozco y Jiménez, Leopoldo Ruiz y Flores, y Eulogio Gillow, que representaban la línea dura. El primero de ellos estaba acusado penalmente de sedición en Jalisco, el segundo no aceptaba las condiciones fijadas por Carranza, y el tercero, estaba profundamente dolido de la naturaleza de la Revolución mexicana. En virtud de ello pasarían tres meses para que los dos primeros aceptaran regresar. A finales de junio, Leopoldo Ruiz abandonó Chicago y se dirigió a San Antonio, Texas, en donde declaró a la prensa que estaba listo para pisar suelo mexicano y hacerse cargo de su arquidiócesis. Al igual que sus compañeros, aseguró que no se mezclaría en asuntos políticos, y que se dedicaría exclusivamente a sus labores ministeriales. En San Antonio, se reunió con Francisco Orozco y Jiménez, ambos tramitaron sus pasaportes y finalmente el 2 de agosto abordaron el tren, siendo despedidos por Kelley y Burke. No se sabe si Gillow fue contactado, o si puso objeciones para su regreso a México, pero en todo caso permaneció en Estados Unidos.

763 *El Universal*, 11 de abril de 1919.
764 Hernán Menéndez Rodríguez, *op. cit.*, pp. 397-398.
765 *El Demócrata*, 17 de mayo de 1919 y Vicente Camberos Vizcaíno, *op. cit.*, t. I, p. 452.

Al llegar a Monterrey los dos arzobispos se despidieron.[766] Ruiz y Flores permaneció aquí todavía más de un mes, supuestamente para arreglar asuntos personales, aunque en realidad se resistía a aceptar las restricciones fijadas por el gobierno.[767] Mientras tanto, en Michoacán se anunciaba su inminente regreso, atribuyéndolo a las gestiones de millares de católicos.[768] Finalmente, el 7 de septiembre de 1919, a bordo de un tren que pasó por Acámbaro, el arzobispo Ruiz entró triunfal a la ciudad de Morelia. Las calles fueron adornadas y el pueblo concurrió en masa a recibirlo a la estación del ferrocarril. Su arribo constituyó un verdadero acontecimiento entre una sociedad que profesaba la religión católica.

En lugar de dirigirse a Guadalajara, Francisco Orozco y Jiménez abordó el tren rumbo a la ciudad de México. A principios de octubre se supo que el juez de distrito, iba a dictar su fallo en el proceso que se le seguía por los delitos de "traición a la patria y rebelión". El propio gobierno federal recomendó a las autoridades jaliscienses, desistirse de tales acusaciones, y en contrapartida, el prelado prometió respetar la ley y la Constitución general de la república. En el ínterin, Orozco y Jiménez permaneció en la capital de la república, sin que el gobierno federal lo hostilizara. Superados los obstáculos legales, el 9 de octubre de 1919, Orozco y Jiménez abordó el tren en la estación de Buenavista con destino a la ciudad de Guadalajara. Viajaba sin temor alguno puesto que el juez de distrito había declarado la prescripción de la acción penal en su contra.[769] Sobra decir que la feligresía le preparaba una magna recepción. Casi en todo el trayecto, desde la ciudad de México hasta la capital tapatía, fue objeto de aclamaciones. Al llegar a Guadalajara, el entusiasmo era delirante al grado que Orozco y Jiménez difícilmente se podía abrir paso entre la muchedumbre que lo acompañó hasta la catedral en donde se celebró un *Te Deum*.[770]

[766] Vicente Camberos Vizcaíno, *op. cit.*, t. I, pp. 453 y 455.
[767] *Ibidem*, p. 456.
[768] *Excélsior*, 2 de julio de 1919.
[769] Vicente Camberos Vizcaíno, *op. cit.*, t. I, pp. 459 y 462, *El Demócrata*, 10 de octubre de 1919 y *Excélsior*, 15 de octubre de 1919.
[770] Vicente Camberos Vizcaíno, *op. cit.*, t. I, pp. 462-463 y 465 y *El Demócrata*, 9 de octubre de 1919.

Finalmente, el séptimo arzobispo en regresar a México fue Eulogio Gillow. Desde mediados se 1918 circularon informes de que residía en Los Ángeles, California, y eventualmente en Nueva York, sin mezclarse en política, y alejado de los exiliados tanto civiles como militares y religiosos, y que estaba haciendo gestiones para regresar a México.[771] La afirmación de que no se metía en política era cierta, ya que no firmó ningún documento o protesta contra el gobierno de Carranza, ni contra la Constitución, ni formó parte de las juntas revolucionarias creadas tanto en Estados Unidos como en La Habana. Pero también se difundió otro rumor: que Gillow substituiría a Mora y del Río al frente de la arquidiócesis de México. Esto tuvo como fundamento el hecho de que Gillow viajó a Roma para entrevistarse con el Papa Benedicto XV, y ahí discutieron los problemas que Mora y del Río tenía con Carranza para que le otorgara la amnistía.[772] Como se ha adelantado, finalmente Mora y del Río logró la autorización de Carranza para permanecer en el país y recuperar su arquidiócesis. Gillow permaneció en el exilio hasta 1921, cuando Álvaro Obregón ya era el presidente de la república. Para entonces el arzobispo tenía 80 años de edad, y al regresar a México, lo primero que hizo fue entrevistarse con Obregón. Un año después murió, en Ejutla, Oaxaca, predicando contra los males del socialismo.[773]

En 1920, el obispo Ignacio Montes de Oca y Obregón vivía en Roma, en calidad de residente de la Academia Eclesiástica de Nobles. Deseoso de regresar a la patria, salió para España y tomó

[771] *El Demócrata*, 9 de junio de 1918l.

[772] *El Demócrata*, 10 de junio de 1918 y *El Demócrata*, 11 de junio de 1918.

[773] Manuel Esparza, *Gillow durante el porfiriato y la revolución en Oaxaca*, pp. XXIX, 154, 185-186 y Manuel Esparza, "Eulogio Gillow un obispo terrateniente que se opuso a la revolución", en Carlos Martínez Assad (coord.), *op. cit.*, p. 156. Para septiembre de 1919 se resucitó un viejo proyecto: el de que México tuviera un cardenal. Ya en 1909, Roma escogió a Gillow para ser el primer cardenal no sólo de México, sino de América Latina, pero como Díaz no dio su anuencia, el proyecto se canceló. Ahora, una vez que la mayor parte de los arzobispos y obispos habían vuelto al país y reasumido sus funciones religiosas, se rumoraba que en el consistorio que se iba a celebrar en el Vaticano a finales del año, sería nombrado un cardenal mexicano. Se aseguraba que Mora y del Río y Gillow se preparaban para viajar a Roma, y que eran los candidatos más viables para recibir el capelo cardenalicio. A final de cuentas ni Mora del Río ni Gillow fueron investidos como cardenales.

un vapor en el puerto de Cádiz. Desembarcó en Nueva York el 12 de agosto de 1921, muy enfermo, y seis días más tarde falleció. Su cadáver fue embalsamado celebrándose las solemnes exequias de cuerpo presente en la catedral de San Patricio. Por unos días, sus restos mortales fueron depositados en el cementerio del Calvario de Brooklin, y luego se les condujo en tren especial a San Luis Potosí. Su cadáver fue puesto en un sarcófago que el mismo prelado mandó a construir ex profeso para ser sepultado.[774]

UNA CARTA PASTORAL CONTRA LA CONSTITUCIÓN DE 1917

DESDE mediados de noviembre de 1919, en plena campaña para las elecciones presidenciales, comenzó a circular el rumor de que los arzobispos y obispos mexicanos, harían del conocimiento público una pastoral para explicar su conducta, observada durante el destierro. Efectivamente, el 23 de noviembre, los ocho arzobispos, 18 obispos, más dos vicarios capitulares, hicieron pública la pastoral, pero no para explicar su conducta política reciente, ni la que seguirían en el futuro, sino para fijar su posición frente a la propiedad privada, la justicia social, el socialismo y el comunismo. Apoyándose en diversas encíclicas, reafirmaron varias cosas. Primero: que el Pontífice León XIII, autor de la *Rerum Novarum*, al plantear la "cuestión social", de ninguna manera aconsejaba subvertir el orden establecido. En segundo lugar, rechazaron el artículo 27 constitucional, por su índole confiscatoria, reafirmando su respeto irrestricto a la propiedad privada. Como se sabe, el citado artículo de la Constitución, dejaba en claro que tanto el suelo como el subsuelo, y todo lo que este último contenía, pertenecía originariamente a la Nación, lo que había dado lugar a que los grupos petroleros extranjeros hablaran de que Carranza había montado un sistema de gobierno comunista o socializante que desconocía la propiedad privada. Asimismo, los prelados mostraron su marcado rechazo al artículo 123.

[774] Emeterio Valverde Téllez, *op. cit.*, t. II, pp. 101-102.

Ciertamente que no cuestionaron cada uno de los incisos del citado artículo, pero sugirieron que había otras vías para mejorar la condición miserable de los obreros y campesinos. A su juicio, bastaba con que el rico practicara la caridad. Mediante esta fórmula simple, tanto el rico como el pobre, tendrían abiertas las puertas del paraíso y del reino de los cielos. Destacaron que no eran partidarios de la lucha de clases, ni de la formación de sindicatos, aumentos desmedidos de los salarios, o la reducción de la jornada de trabajo. Por sobre tales cuestiones, estaba la unión entre los patrones y los obreros, la armonía entre el capital y el trabajo, fórmulas únicas y verdaderas para lograr el bienestar de todos los mexicanos. Finalmente, hicieron un llamado a los trabajadores mexicanos para que cerraran filas contra las ideas bolcheviques, que a su juicio se extendían como una maldición por todo el mundo.

Llama la atención que tales críticas a algunas medidas de política económica y social del gobierno revolucionario, no las hicieran de manera frontal, sino disfrazadas, aprovechando la efervescencia provocada por la revolución rusa. Seguramente, el episcopado calculó tanto la forma como el momento para definirse políticamente. Estimaron que en caso de provocar una reacción gubernamental, podrían apelar a la encíclica *Rerum Novarum* que desde hacía casi tres décadas había atacado tanto al socialismo como al comunismo, asegurando que eran incapaces de resolver el complejo "problema social".[775] Detrás de la pastoral, también estaban las viejas ideas del arzobispo de Oaxaca, Eulogio Gillow, quien al estallido de la revolución se significó por ser un acérrimo enemigo del socialismo. Cabe señalar que en sus orígenes, la *Rerum Novarum* no sólo estaba contra el socialismo y el comunismo, sino también contra el liberalismo, al que calificaba de explotador y rapaz, pero en esta ocasión los arzobispos ignoraron a este último. En forma inteligente, la cúpula de la Iglesia católica no tocó los artículos 3o., 5o., 30 ni el 130, de la Constitución, que les imponía fuertes restricciones. Como la pastoral no rechazaba abiertamente la Constitución Política, no hubo respuesta y pasó desapercibida. Quienes sí se dieron por alu-

[775] *El Universal*, 23 de noviembre de 1919.

didos, fueron los trabajadores organizados, pero a final de cuentas nada pasó.

EL EJÉRCITO FEDERAL

EN UN libro publicado por Antimaco Sax en 1916, se registran ataques muy severos contra los altos mandos del ejército federal. A su juicio, después del licenciamiento del ejército, ningún general se rebeló contra el nuevo orden de cosas, criticaba que algunos se hubieran dedicado a descansar, otros a emprender negocios particulares, olvidando que un buen número de ellos, estaban reducidos a la pobreza. Como se ha visto, Antimaco Sax no tenía razón. Desde 1915 hubo varios intentos por recuperar el poder político en México, aunque a partir de la expedición de la nueva Constitución Política, sus posibilidades de éxito se vieron reducidas. A partir de entonces, un buen número de militares consideraron que si realmente deseaban regresar a México, no había otro camino más que pedir autorización a Carranza. Negarse a ello, significaba permanecer en el destierro y ahí morir, como efectivamente sucedió en varios casos. Pero pedir permiso y regresar a México no fue fácil. Estuvieron expuestos a las críticas y acusaciones por su pasado huertista, felicista, al ostracismo y al olvido. Nadie les reconoció su labor al servicio de las administraciones pasadas, y murieron sumamente amargados, al igual que muchos intelectuales.

En septiembre de 1918 un grupo de ex federales hizo gestiones para volver al país. Enviaron un memorial a Carranza en el cual afirmaban que su situación económica era desesperada, y que como miembros de extinto ejército federal, ninguna culpa tenían en lo sucedido en febrero de 1913. No se difundieron sus nombres, pero se afirmaba que se trataba de personas que alcanzaron relieve durante el gobierno de Huerta.[776] Un año más tarde, el general Benjamín Bouchez, alto funcionario de la Secretaría de Guerra, expresó que varios oficiales del extinto ejército federal habían vuelto y, lo

[776] *El Universal*, 23 de septiembre de 1918.

más sorprendente, habían sido readmitidos en el nuevo ejército mexicano. La justificación dada por el citado funcionario, fue que el gobierno consideró prudente reincorporar a todos aquéllos que habían prestado eminentes servicios a la nación, a condición de que su hoja de servicios no estuviera manchada con los sucesos del cuartelazo de la Ciudadela.[777]

En los altos círculos del poder, siempre hubo gran preocupación por el zapatismo. Como el caudillo suriano se negaba a someterse al gobierno, se consideró prudente montar un complot para atraparlo o asesinarlo. Se analizaron una serie de escenarios posibles, y en 1917, los subalternos de Carranza enfocaron sus miras hacia los desterrados. Se planeó entrar en tratos con uno de ellos y facilitarle su retorno, a cambio de ejecutar la delicada tarea que consistía en capturar o asesinar a Emiliano Zapata y, si era posible, también a Félix Díaz. En esto estuvieron de acuerdo Carranza y los altos mandos militares. Después de analizar a los candidatos potenciales, se eligió a uno, llamado Manuel Sosa Pavón. En el historial del llamado general Manuel Sosa Pavón, figuraba haber sido zapatista y luego felicista. Al momento que Félix Díaz abandonó el país, Sosa Pavón se dirigió a Chiapas y cruzó la frontera para internarse en Guatemala. Con el tiempo, deambuló por la región centroamericana, asentándose en El Salvador. Como el destierro le resultó pesado, siempre anheló regresar a México.

En 1917 se encontró con el general Emilio P. Campa, a quien le narró que su madre estaba enferma y que le urgía regresar a México. El general Campa lo puso en contacto con el cónsul mexicano en El Salvador, de nombre Jorge León, quien se ofreció a gestionarle la amnistía ante el gobierno de Carranza, e incluso reconocerle su grado militar. Le dio el dinero necesario para cubrir sus gastos de viaje, le aconsejó disfrazarse y utilizar el nombre de Manuel Parra, prometiéndole que Carranza lo recibiría personalmente, para encomendarle una "delicada misión". Inmediatamente tomó el barco "City of Para" rumbo a Manzanillo. De ahí, continuó por tren hacia la capital de la república, a donde llegó en vísperas de las fiestas

[777] *El Universal*, 12 de septiembre de 1919.

patrias. Se alojó en un hotel mientras que un capitán le arreglaba la entrevista con el presidente. A fin de cuenta, el coronel Alberto Salinas Carranza lo llevó ante Venustiano Carranza. Éste lo recibió de pie, y al notar que iba disfrazado, le ordenó que se quitara los anteojos para conocerlo bien. Sosa Pavón obedeció, y el presidente le dijo con voz pausada, que fuera al campo morelense, aparentando ser enemigo del gobierno, para que aprehendiera o acabara con Emiliano Zapata. Carranza le prometió que si cumplía con esta comisión, le reconocería su grado militar, el de los suyos, y lo recompensaría con creces.

Sosa Pavón bajó la cabeza, y tras una breve reflexión, expresó:

> Señor presidente: Yo me comprometí desde El Salvador a colaborar con su gobierno, a ponerme a sus órdenes, pero nunca se me habló de tal comisión". Agregó que: para salir del paso, podría fingir cumplir con tal misión, pero francamente, no la ejecutaría. Prefiero hablarle a usted con la ruda franqueza de un soldado y revolucionario. Al general Emiliano Zapata le debo mi personalidad militar, y, además, es mi amigo, por lo que yo le ruego me exima de esta comisión con la seguridad de que estoy absolutamente a las órdenes de usted, para desempeñar cualquier otra que usted me ordene.

Carranza no se molestó y repuso: "Bueno ¿podrá usted aceptar igual comisión con respecto a Félix Díaz?" Sosa Pavón contestó: "Sí señor presidente; para eso sí estoy a sus órdenes."

Carranza le tendió la mano y ordenó al coronel Alberto Salinas Carranza que lo llevara a la Secretaría de Guerra y Marina, para arreglar todos los detalles del asunto.

Pero Sosa Pavón le empezó a dar largas al asunto para no cumplir. Aunque lo más curioso, fue que se dio a querer. Por ejemplo, Salinas Carranza lo llevó de visita a la fábrica de armas y cartuchos de la Ciudadela; el gerente de fletes y pasajes del Ferrocarril del Sur, lo atendió a cuerpo de rey en sus viajes, y el coronel Paulino Fontes, gerente del Ferrocarril Mexicano, lo acompañó a

Veracruz.[778] Total, que durante algunos meses vivió a costa del erario, fingiendo cumplir con su misión. Al darse cuenta Carranza que Sosa Pavón era un vivales, dictó la orden de aprehenderlo. En febrero de 1918 varios agentes de policía lo capturaron justo cuando llegaba su domicilio, y lo condujeron a la Inspección General de Policía. De ahí, salió a la penitenciaría. Pero luego de estar un año encerrado, se fugó durante una diligencia y nadie supo cuál fue su paradero.

Otros militares volvieron porque estaban mal de salud. El caso típico es el de José Refugio Velasco. Al salir rumbo al destierro, este general se dirigió a Europa. Para enero de 1915, vivía en Los Ángeles, California, de donde ya no se movió. La *Revista Mexicana*, órgano de los expatriados en San Antonio, Texas, hizo saber en febrero de 1919, que el citado general había regresado a la ciudad de México, provocando múltiples comentarios entre los antiguos miembros del extinto ejército federal. Algunos críticos suspicaces dijeron que les sorprendían las facilidades que el gobierno de Carranza le había dado para su regreso, que les resultaba extraño que un Carranza tan radical y rencoroso con los antiguos federales, se hubiera ablandado con José Refugio Velasco.[779] Por supuesto, no faltaron quienes dijeron que le estaban pagando viejos favores que hizo a los constitucionalistas. Para rechazar tentaciones y conservar la unidad, los miembros del antiguo ejército federal expatriados reafirmaban que era su obligación guardar lealtad al Ejército Reorganizador, con Félix Díaz a la cabeza. ¿Por qué esto? Porque a la ahora del triunfo, el ejército felicista sería la base del futuro ejército nacional. En realidad, José Refugio Velasco regresó a México porque estaba sumamente delicado de salud. Prueba de ello, fue que a escaso un mes de su arribo a la ciudad de México, falleció. El 27 de marzo, en plena madrugada, dejó de existir. En el destierro le apareció un mal cerebral, y al enterarse, sus familiares gestionaron ante Carranza su retorno a México. Los médicos hicieron toda clase

[778] *Excélsior*, 13 y 14 de febrero de 1918, y *El Universal*, de las mismas fechas.
[779] *Revista Mexicana*, núm. 181, 23 de febrero de 1919.

de esfuerzos para salvarle la vida, pero finalmente fueron inútiles.[780]

Otro caso lo fue el del orozquista Emilio P. Campa, quien previa autorización del gobierno, en 1919 regresó a México. Llama la atención que el gobierno lo tratara muy bien e inmediatamente lo designara jefe de las Operaciones Militares en el estado de Veracruz. Pero estaba demasiado viejo y enfermo. En la primera semana de marzo de 1920, falleció. La jefatura de la guarnición de la plaza de la ciudad de México dispuso tributarle los honores correspondientes. Al mismo tiempo se trató de limpiar su imagen, expresando que se trataba de un ferviente revolucionario que se sumó al movimiento encabezado por el extinto presidente Francisco I. Madero, y que a la postre prestó importantes servicios a la Revolución.[781]

El general José Alessio Robles volvió del destierro, sólo para morir asesinado por el también general Jacinto B. Treviño, un prominente carrancista. La versión de los hechos resulta nebulosa. Tiempo atrás, ambos personajes habían tenido un fuerte altercado en el Café Colón, el cual terminó con la mediación de varios amigos de ambos generales. Días después, con motivo de ataques mutuos en la prensa, el general Alessio Robles le envió como padrinos suyos a los diputados Jesús Z. Moreno y Gustavo Padrés, para invitar al general Treviño a resolver el asunto por medio de un duelo. Jacinto B. Treviño, en aquel entonces, secretario de Comercio, rehusó el lance, ya que su estilo era otro.

En las últimas horas de la tarde del 9 de agosto de 1921, José Alessio Robles acudió a las oficinas de la Secretaría de Relaciones Exteriores, para tratar diversos asuntos, y una vez concluidos, abordó su automóvil y se enfiló por la Avenida Reforma y luego por Insurgentes, hacia el sur de la ciudad de México. Lo que ignoraba era que el general Jacinto B. Treviño había montado un comando armado para asesinarlo. En un automóvil Dodge Brothers, Jacinto B. Treviño, acompañado de un hermano, del capitán Adolfo López Malo, de su chofer Felipe González, y de un oficial de aviación de

[780] *Excélsior*, 9 y 26 de febrero de 1919 y *El Universal*, 28 de marzo de 1919.
[781] *El Universal*, 7 de marzo de 1920 y Alfonso Taracena, *LVRM (1918-1921)*, p. 182.

apellido O´Neill, lo siguieron calculando el momento exacto para cumplir con su cometido. Al aproximarse a la calle de Nápoles, Treviño y sus secuaces hicieron los primeros disparos para matar por la espalda a Alessio Robles. Como no lograron su cometido, Treviño ordenó a su chofer que acelerara, rebasara al Buick y se le pusiera por delante, para impedir que continuara avanzando. La maniobra fue tan brusca que el coche de Treviño se subió a la banqueta y tiró un árbol. Enseguida, Jacinto B. Treviño y dos de sus acompañantes, bajaron del automóvil e hicieron fuego sobre Alessio Robles. Ya muerto este último, Treviño abrió la puerta del automóvil, tomó la cara de Alessio Robles y le dio un par de bofetadas. Luego en tono triunfal dijo: "Ya matamos a éste." Acto continuo, para desorientar a la policía, Treviño le quitó la pistola a su víctima y le puso la suya.

Concluida su obra, Jacinto B. Treviño manifestó a los policías que acudieron al lugar de los hechos, que él había sido el victimario, y que sólo daría cuenta a sus superiores. Y efectivamente, sin dejar que lo aprehendieran, subió a su automóvil y junto con los miembros de su comando, se dirigió a la octava comisaría. Ahí, el general Treviño dio su versión personal de los hechos. Dijo que el general Alessio Robles publicó en *El Universal* una serie de opiniones que el carrancista consideraba injuriosas. Que como no le gustaba aceptar duelos, buscó el apoyo de varios amigos para que lo acompañaran a desquitarse. Cumplida esta parte del plan, se dio a la tarea de cazarlo por las principales calles de la ciudad de México. Dijo que al ubicarlo, lo encaró y le pidió se disculpara. En lugar de ello, recibió varios disparos a quemaropa, sin ser tocado. Acto continuo, sacó su pistola y liquidó a su enemigo, el cual quedó dentro de su automóvil. Nadie creyó su versión puesto que Jacinto B. Treviño iba acompañado de un comando armado, y siguió a su víctima desde el Paseo de la Reforma hasta el sur de la ciudad de México. El cuerpo de la víctima tenía ocho disparos.[782]

[782] La narración completa del asesinato aparece en *El Universal*, 9 de agosto de 1921 y *Excélsior*, 9 de agosto de 1921. La versión de Jacinto B. Treviño, aparece en sus *Memorias*, México, Orión, 1961, pp. 168-169. También se puede consultar en Alfonso Taracena, *LVRM (1918-1921)*, p. 357 y Federico Gamboa, *Mi diario*, t. VII, México, Conaculta, 1996, p. 32.

Con Félix Díaz, el Plan de Agua Prieta funcionó en forma inversa. Esto es, para volver al exilio. John W.F. Dulles expresa que cuando cayó Carranza, Félix Díaz estaba en el puerto de Veracruz. Apenas se enteró del lanzamiento del citado plan, solicitó una entrevista con el comandante del lugar, el general Guadalupe Sánchez, a quien le pidió que lo hiciera prisionero, para así terminar su carrera de rebelde. Pero impuso sus condiciones: pidió un millón doscientos ochenta mil dólares al gobierno, a cambio de deponer las armas y abandonar el país. ¿Por qué esta cantidad? Porque a su juicio, a ella ascendían las pérdidas sufridas en sus intereses y propiedades durante la revolución. Por instrucciones de Plutarco Elías Calles, Guadalupe Sánchez hizo los preparativos para montarle un consejo de guerra a este partícipe de la Decena Trágica. Cuando todo hacía suponer que el sobrino de don Porfirio iría al paredón, intervino el presidente Adolfo de la Huerta para detener el juicio y permitirle salir del país vivo y salvo, además de darle 10,000 dólares para sus gastos.[783] Luis Liceaga afirma que Félix Díaz no aceptó dinero alguno, pero que de cualquier forma salió desterrado.[784] Como años atrás, Félix Díaz se estableció en Nueva Orleáns, olvidándose para siempre de sus aspiraciones presidenciales. Sus aliados en la Decena Trágica morirían uno a uno, excepto Cecilio Ocón, con el cual se reunió varias veces en Estados Unidos. Regresó a México hasta abril de 1937, en pleno régimen cardenista. Murió en 1945, justo cuando concluyó la primera guerra mundial.[785]

Al fracasar en su misión en Guatemala, Félix Díaz destituyó a Luis Medina Barrón, lo que no impidió que continuara en sus filas. Como era un hombre de acción, en octubre de 1918 abandonó Estados Unidos para luchar en suelo mexicano contra Carranza, operando en el altiplano, sobre la vía del ferrocarril interoceánico, al frente de unos 400 hombres.[786] En noviembre de 1919, Félix Díaz lo designó jefe de la División del Centro que comprendía los estados de Zacatecas, Guanajuato, Aguascalientes, y jefe interino

[783] John W.F. Dulles, *Ayer en México*, México, FCE, 1985, p. 71.
[784] Luis Liceaga, *op. cit.*, p. 643 y Alfonso Taracena, *LVRM (1918-1921)*, pp. 276-277.
[785] Luis Liceaga, *op. cit.*, pp. 617, 625, 641, 643, 659, 869 y 875.
[786] *Ibidem*, pp. 465, 505, 509.

del Occidente que abarcaba Jalisco, Colima, Michoacán y el Territorio de Tepic.[787] Con motivo del Plan de Agua Prieta, fue el enlace entre Félix Díaz y Álvaro Obregón, para amnistiarse y deponer las armas.[788] En los años veinte, Medina Barrón figuraba como miembro del nuevo ejército revolucionario, junto con Juan Andrew Almazán. Fue de los pocos generales anticarrancistas que se reincorporaron al nuevo régimen.

El general Luis Emeterio Torres, con una larga carrera política desde los inicios del porfiriato, formando parte del triángulo político basado en Ramón Corral y Rafael Izabal, se exilió en Los Ángeles, mezclándose en diversas conspiraciones. Como no acumuló bienes materiales ni fortuna, para sobrevivir se desempeñó como inspector del ferrocarril de Atcheson Topeka y Santa Fe, hasta su muerte acaecida en 1935, a la edad de 91 años.[789]

Joaquín Cazarín Guerra, que de general del ejército federal se sumó al villista, a finales de 1916 apareció en La Habana, y se ignora cuál fue su destino. En principio, el general Gustavo Salas se radicó en Estados Unidos, pero a finales de 1915 se trasladó a La Habana, de donde ya no se movió. En abril de 1916 su salud de vio deteriorada y fue víctima de una aguda peritonitis. Al ex subsecretario de Guerra lo agobiaban los problemas económicos, acentuados por su debilidad física y una aguda melancolía. Finalmente, fue operado en el Sanatorio de Jesús del Monte, en La Habana. Para su fortuna, se recuperó de sus males y a finales de 1919 seguía viviendo en esa ciudad.[790]

Carlos García Hidalgo vivía en marzo de 1916 en La Habana, pero luego salió de allí sin saberse cuál fue su destino. Manuel M. Guasque apareció en 1915 en Estados Unidos y, al año siguiente, en La Habana. Manuel Landa vivió en Estados Unidos y en 1919 dirigía la Asociación Unionista Mexicana, una de tantas organi-

[787] *Ibidem*, p. 591.

[788] *Ibidem*, pp. 617-619.

[789] Francisco R. Almada, *La revolución en el estado de Sonora*, México, INEHRM, 1971, pp. 13-17 y 53.

[790] Federico Gamboa, *Mi diario*, t. VI, pp. 246, 296, 344-46, 348, 507 y 626.

zaciones anticarrancistas, cuya sede estaba en El Paso, Texas.[791] Joaquín Maass, vivía en 1917 en La Habana y al parecer tampoco se movió de esta ciudad durante el resto del carrancismo. Eugenio Rascón vivió en Estados Unidos, vinculado fuertemente al movimiento felicista. Por tales razones, fue común que viajara tanto a La Habana, como a Belice y Guatemala. Guillermo Rubio Navarrete se radicó en La Habana. En varias ocasiones viajó a Estados Unidos, pero finalmente regresó. Se convirtió en una de las cabezas del grupo de los exiliados en Cuba.

A varios miembros del extinto ejército federal, la muerte los sorprendió en el destierro y no pudieron volver a la patria. Sin considerar los nombres de los generales Porfirio Díaz, Victoriano Huerta y Pascual Orozco, cuando menos otros cuatro fallecieron, con la particularidad de haber sido gobernadores. Uno de ellos fue el general Rómulo Cuéllar, ex gobernador de Guanajuato, quien deambuló por varias ciudades estadounidenses, buscando sobreponerse a su edad, a sus males, a la soledad, pero finalmente la muerte lo venció, y en mayo de 1916 fue sepultado en Nueva Orleáns.[792] Tres meses más tarde siguió sus pasos el coronel Miguel Ahumada, que fue gobernador de Chihuahua y Jalisco.[793] En mayo de 1917, fallecieron en San Antonio, Texas, con un breve intervalo de tiempo, los generales Juvencio Robles y Manuel Gordillo Escudero.[794] Robles había salido de México en el "City of Tampico" y la historia lo registra como un personaje siniestro, culpable de la represión de los zapatistas.[795] En La Habana, hubo otro general que también perdió la vida. Se trata de Prisciliano Cortés, ex gobernador de Yucatán. En la primera semana de agosto de 1916, visitó a uno de sus hijos en su casa, se sintió mal, le sobrevino una arcada de sangre y se vació por la boca, hasta que expiró. ¿Aneurisma o hemoptisis?[796]

[791] Sobre la Asociación Unionista Mexicana, véase los informes de Carlos Contreras al secretario de Relaciones Exteriores fechados el 13, 26 y 27 de enero de 1919, en el AHSRE, L.-E804, legajo 2, y Federico Gamboa, *Mi diario*, t. VI, p. 575.

[792] *Revista Mexicana*, núm. 39, 4 de junio de 1916.

[793] *Revista Mexicana*, núm. 53, 10 de septiembre de 1916.

[794] Federico Gamboa, *Mi diario*, t. VI, p. 469.

[795] *Revista Mexicana*, núm. 91, 3 de junio de 1917.

[796] Federico Gamboa, *Mi diario*, t. VI, p. 390.

A ellos se podrían sumar personajes demasiado estigmatizados por la ideología de la Revolución mexicana, que jamás pudieron regresar del destierro. El 25 de junio de 1922, Manuel Mondragón, abatido por el declive de su causa y la desintegración de su familia, murió en la ciudad de San Sebastián, España, lejos de sus compatriotas.[797] Su hija, Carmen Mondragón, separada de su esposo Rodríguez Lozano, vivía un tórrido y escandaloso romance con el doctor Atl.

Francisco Cárdenas, uno de los asesinos materiales de Francisco I. Madero, jamás volvió a México. El gobierno de Carranza no pudo extraditarlo debido a que Manuel Estrada Cabrera se tornó en su enemigo. Si bien Cárdenas estuvo en prisión en Guatemala, salió de ella y vivió durante cinco años, participando en varios movimientos anticarrancistas junto con otros exiliados. Pero durante el derrocamiento de Estrada Cabrera, ocurrido en 1920, sucedió algo extraño. Se difundió que entre sus derrocadores, figuraba nada menos que Francisco Cárdenas.[798] En 1920, los sonorenses revivieron los trámites para extraditarlo, siendo arrestado, aprovechando que estaba metido en líos de faldas. Al otorgársele la libertad bajo fianza, Cárdenas trató de escapar a Costa Rica, pero el ejército guatemalteco lo capturó.[799] Cuando iba escoltado a Guatemala, sacó un revólver de entre sus ropas y se pegó un tiro en la cabeza.

La edad avanzada, las enfermedades, la sospecha de que las masas populares estaban con Carranza, Obregón, Villa, Zapata, Juan Andrew Almazán, Marcelo Caraveo, y Manuel Peláez, entre otros factores, les indicaba a los exiliados que resultaría suicida cuanto movimiento contrarrevolucionario se armara en el exterior. Para concluir, en estos años se empezó a hablar de que el ejército "federal", era una institución que sólo merecía desprecio. Es más, nadie quería ser asociado con los generales del extinto ejército federal ni con el Colegio Militar porfirista. En los libros de historia, sus autores indican que el nuevo ejército mexicano nada tiene que ver

[797] Carlos Tello Díaz, *op. cit.*, p. 282.
[798] Luis Alberto Sánchez, *op. cit.*, pp. 280-281.
[799] Michael C. Meyer, *Huerta*, p. 87n.

con el viejo ejército federal. Señalan que, el actual, es producto de la revolución encabezada por Carranza, Obregón, Pablo González, entre otros.[800] Sobre el ejército federal, se dice que traicionó las instituciones, olvidó cuáles eran sus obligaciones, vinculó su suerte a un usurpador y, que por eso, se extinguió en 1914.

Los intelectuales huertistas

El 17 de septiembre de 1919, *Excélsior* anunció el inminente retorno de Federico Gamboa a México. Su esposa, María Sagaseta de Gamboa, enferma, lo esperaba en la madre patria. Efectivamente, previa solicitud y autorización del secretario de Gobernación, Aguirre Berlanga, se le permitió volver a México. Antes de abordar el barco, fue invitado a comer por Francisco Bulnes, quien vivía en un modesto cuarto amueblado, enfermo y en medio de una soledad espantosa. Mientras comían comida vegetariana en una fonda de pordioseros, recordaron las épocas de abundancia, las desgracias y sufrimientos del exilio.[801] Al enterarse de la inminente partida de Gamboa, a José María Lozano, enfermo y deprimido, se le soltaron las lágrimas.[802] Con motivo de su partida, Francisco Olaguibel, José María Lozano, Esteban Maqueo Castellanos, Francisco Bulnes, Gonzalo Zúñiga, José Elguero, y otros, invitaron a comer a Gamboa, y al momento de despedirse, José María Lozano se alejó furtivamente del grupo, y a distancia, agitó un pañuelo indicativo del *adiós*, sin voltear la cara.[803] Su alto cuerpo desgarbado, estaba vencido por la emoción. El 11 de octubre llegó Federico Gamboa a

[800] Un caso ilustrativo es el libro de Daniel Gutiérrez Santos, *Historia militar de México 1876-1914*, México, Ateneo, 1955.

[801] Fernando Curiel, "Para leer a Bulnes", en Francisco Bulnes, *Las grandes mentiras de nuestra historia*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1991, p. 14. Federico Gamboa, "Señor director de *El Universal*, en Francisco Bulnes, *Los grandes problemas de México*, México, Secretaría de la Reforma Agraria, 1981, pp. VII-XV y Norma de los Ríos, "Introducción" del libro *Francisco Bulnes*, México, Senado de la República, LIII Legislatura, 1987, p. 24.

[802] Federico Gamboa, *op. cit.*, t. VI, p. 620.

[803] *Ibidem*, pp. 626 y 627.

Veracruz. *Excélsior* dijo que al pisar tierra mexicana, Gamboa "lloró", se inclinó y besó la arena, aunque él siempre lo negó.[804]

Ya en su hogar, lo que más le aterraba era que los funcionarios que tramitaron su retorno, lo obligaran a dar las gracias a Carranza. Cuando se le indicó que ello no era necesario, y que su retorno era sin condiciones, sintió un gran alivio y tranquilidad. Sobra decir que Gamboa jamás olvidó sus principios, pero en venganza, los gobiernos emanados de la revolución lo siguieron tratando mal. Todo esto, no obstante sus indudables méritos académicos y literarios. Prueba de ello, es que en 1923 ocupó la dirección de la Academia Mexicana de la Lengua. Durante la década de los veinte y de los treinta, vivió en una pobreza franciscana, fue cesado de una cátedra que dictaba en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional, y por sus antecedentes huertistas, durante varios años el gobierno le negó la pensión que le correspondía por sus años en el servicio diplomático. Sus únicas satisfacciones fueron las reediciones de su novela *Santa* y su respectiva filmación. A la postre, su talento fue reconocido por la Universidad Nacional quien, en 1935, le otorgó el doctorado *Honoris causa*. Murió en 1939, a los 74 años de edad, sólo y amargado.[805]

En noviembre de 1920 Toribio Esquivel Obregón hizo gestiones ante el presidente Adolfo de la Huerta para que le permitieran volver al país, sin éxito alguno. La razón: su nombre aparecía mezclado con los sangrientos sucesos de la Decena Trágica. Su petición coincidía con la salida del país de Félix Díaz, rumbo nuevamente al destierro. Adolfo de la Huerta le hizo ver que podía regresar al país para vindicarse ante la prensa y ante los tribunales. En un largo cablegrama, Esquivel Obregón expresó que sus manos no estaban manchadas de sangre, y que exigía al gobierno una exoneración legal para bien de las personas que, como él, estaban exiliados por viles calumnias, las cuales sólo envenenaban la atmósfera política y social, y los privaba de volver a México a disfrutar de sus bienes legítimamente adquiridos. Adolfo de la Huerta le contestó que a

[804] *Ibidem*, p. 633 y *El Universal*, 7 de octubre de 1919.
[805] Federico Gamboa, *Mi diario*, t. VII, p. 313.

ningún mexicano se le impedía volver al territorio nacional, y que los tribunales estaban abiertos para aclarar su papel en los acontecimientos de febrero de 1913.[806] Esquivel Obregón analizó detenidamente la respuesta de Adolfo de la Huerta y decidió no volver a México. Según su propio testimonio, pasó once años en el destierro, lo que hace suponer que volvió a México hasta 1925, dispuesto a afrontar el estigma de reaccionario y de huertista, pero al fin, estaba en su patria.[807]

El 23 de julio de 1919, Heriberto Jara llegó a La Habana en su calidad de embajador, y anunció que Salvador Díaz Mirón podía regresar a México. Se dijo que el poeta tenía 65 años a cuestas, que se trataba de una gloria nacional, y que era una vergüenza que estuviera desterrado. Díaz Mirón nunca quiso hacer gestiones directas para que le permitieran regresar a México, porque no se consideraba un delincuente. De cualquier forma, sus amigos las hicieron. En los días siguientes, llegó a la legación de México en La Habana un mensaje de Carranza que decía: "Esta Presidencia a mi cargo dispone que se permita el regreso al país al poeta Salvador Díaz Mirón y al mismo tiempo se le restituyan sus bienes". Efectivamente, el 13 de enero de 1920, el poeta arribó al puerto de Veracruz en el vapor María Cristina, siendo recibido en el muelle por sus familiares y un grupo de amigos, que lo acompañaron hasta su domicilio. A partir de entonces, vivió alejado de la política, del periodismo y también del mundo de las letras. En 1921, José Vasconcelos, secretario de Educación Pública, quiso traérselo a la capital y le ofreció algunas cátedras, pero el poeta las rehusó. El mismo año, en Congreso de la Unión dispuso concederle una pensión de trescientos pesos mensuales, que también declinó, argumentando que estaba en condiciones de ganarse la vida con su propio esfuerzo. El 12 de junio de 1928 falleció y, dos días después, el presidente de la república, Plutarco Elías Calles, firmó el decreto para darle sepultura en la Rotonda de los Hombres Ilustres.[808]

[806] *El Universal*, 6 de noviembre de 1920.
[807] Toribio Esquivel Obregón, *op. cit.*, p. 173.
[808] Antonio Castro Leal, *op. cit.*, p. 51 y *Excélsior*, 14 de enero de 1920.

Tan decaído vivió Victoriano Salado Álvarez en su destierro en El Salvador, que en febrero de 1917 viajó a Costa Rica para hacer gestiones ante el encargado de negocios de México, para que le permitieran regresar a su país, jurando dedicarse enteramente a su profesión, y alejarse del todo de la política, topándose con que el citado funcionario le hizo saber que debía esperar la expedición de una Ley de Amnistía.[809] Después de una serie de intentos fallidos por regresar a México, una convulsión de orden telúrico en El Salvador, apremió su salida, sólo para continuar su peregrinar hacia la ciudad de San Francisco, California, en donde por largos años plantó su tienda. Aún en 1922, se sospechaba que vivía en esta ciudad.[810]

El 5 de noviembre de 1920 ancló en el puerto de Veracruz el vapor español "Patricio" y, entre sus viajeros, llegó Querido Moheno, quien declaró estar emocionado de volver a su patria después de seis años de ausencia. Dijo que regresaba a su patria, a la cual nunca había olvidado. Hizo público que no le interesaba más la política, y que se dedicaría a su vida privada. Inmediatamente abordó el tren rumbo a Córdoba, en donde permaneció un día, y luego continuó hacia la capital de la república.[811] Francisco Bulnes, el iconoclasta por excelencia, que osó tumbar de su pedestal a varios de los grandes héroes nacionales, regresó a México y murió en 1924. Su nombre no figura entre los doctores *honoris causa* ni fue sepultado en la Rotonda de los Hombres Ilustres. Literalmente fue olvidado, lo que no quiere decir que haya sido menos importante que sus contemporáneos.

El 18 de julio de 1919 *Excélsior* hizo pública la noticia de que Gumersindo Enríquez, quien había sido gobernador del Estado de México, podía regresar a México, al igual que Federico Gamboa y

[809] José Ugarte a la Subsecretaría de Relaciones Exteriores, San José, Costa Rica, 19 de septiembre de 1917, en AHSRE, L-E-839(3).

[810] José Rojas Garcidueñas, "Don Victoriano Salado Álvarez como diplomático", en *op. cit.*, p. 585, Carlos González Peña, "Prólogo" a Victoriano Salado Álvarez, *Memorias*, Porrúa, México, 1985, p. XIX y José Emilio Pacheco, "Nota Preliminar", a las *Memorias* citadas, p. XIII.

[811] *Excélsior*, 5 de noviembre de 1920 y *El Universal*, 5 y 22 de octubre de 1920.

Salvador Díaz Mirón. Apenas se enteró de la noticia, Gumersindo Enríquez se trasladó de inmediato de Barcelona a La Habana, y bajó del vapor en esta última ciudad, únicamente para saludar a Federico Gamboa. Sus hijos le habían arreglado su regreso, justo cuando ya no podía más con el destierro. Triste y acabado, muy viejo y atemorizado, no quería ver a nadie. Angustiado, no durmió en tierra en La Habana, sino que apenas saludó a Gamboa, y subió al barco que, por cierto, tardó entre uno y dos días para zarpar. Su anhelo era regresar a su tierra y arrinconarse con los suyos. Federico Gamboa lo acompañó hasta la escalera del barco en donde lo observó arrastrando los pies, descorazonado, vencido por las penas y los años. Era el símbolo vivo de "muchos" desterrados. Gamboa decía que así se hallaban todos los exiliados: "sin esperanzas, sin energías físicas ni morales, vencidos, irremisiblemente vencidos".[812]

A casi medio siglo de haber dejado el país, Aureliano Urrutia sondeó la posibilidad de regresar a México, y lo hizo en forma singular. En 1956 planeó donar una substancial cantidad de dólares para erigir una Escuela de Artes y Oficios, en Xochimilco, su terruño natal. Con bombo y platillo, se formó la "Sociedad Médica Aureliano Urrutia", en el citado lugar. Después de esto, el aspirante a benefactor viajó de San Antonio, Texas, a la ciudad de México presto a cumplir con sus sueños. Pero Urrutia nunca llegó a la Venecia mexicana. Una voz amenazante le advirtió por teléfono al hotel en que se hospedaba: "Si se apersona en Xochimilco, lo matamos". El mensaje lo dejó helado y abandonó de inmediato el país. Murió en 1975, en el destierro.[813]

Con Obregón ya en el poder, José Elguero volvió a México. De repente, tuvo la ocurrencia de alabar a Obregón por haber dicho que no había general mexicano que resistiera un cañonazo de 50,000 pesos, y como lo dijo en letras de molde, el "manco de Celaya" montó en cólera, y Elguero tuvo que salir en estampida del país.[814]

[812]Federico Gamboa, *Mi diario*, t. VI, pp. 616-617.

[813]Manuel Servín Massieu y Raúl Ruiz Escobedo, "Aureliano Urrutia, ¿científico eminente o político asesino?", en María Luisa Rodríguez Sala y José Omar Moncada Maya, *op. cit.*, 1995, pp. 141 y 156.

[814]Joaquín García Pimentel, "III Elguero", en José Elguero, *Ayer, hoy y mañana*, México, Polis, 1941, p. 23.

La estancia de Amado Nervo en el cuerpo diplomático al servicio del gobierno de Carranza duró menos de un año, ya que falleció en mayo de 1919, en Montevideo.[815] Como se trataba de un poeta de altos vuelos en el mundo de las letras españolas, el gobierno dispuso embalsamar su cadáver y traerlo a México para rendirle los honores correspondientes. Medio año más tarde, su cadáver fue traído a las costas mexicanas en el crucero argentino "Nueve de Julio", escoltado por los cruceros Uruguay y Cuba. Miles y miles de habitantes de la ciudad de México acudieron a recibir el cadáver, en la estación ferroviaria de Buenavista, y se le depositó en una capilla ardiente en la Secretaría de Relaciones Exteriores. El pueblo desfiló y se calcula que no menos de 200,000 personas le rindieron los honores a este intelectual porfirista, colaborador de Victoriano Huerta, ahora reivindicado por Carranza. Su cadáver fue inhumado y, por disposición gubernamental, sepultado en la Rotonda de los Hombres Ilustres. La población hizo una valla que iba desde la sede de la Secretaría de Relaciones Exteriores, hasta el Panteón de Dolores. La ceremonia fue presidida por el secretario de Gobernación y los miembros del gabinete, excepto Luis Cabrera. Ante la fosa, Ezequiel A. Chávez, en representación de la Universidad Nacional, pronunció una emotiva oración fúnebre. Por cierto, que Chávez había vuelto del destierro.[816]

Nemesio García Naranjo regresó en 1923, de su refugio en San Antonio, Texas, y mantuvo su postura disidente contra el gobierno mexicano. En 1926, con motivo del conflicto cristero, entró en choque frontal contra Calles, lo que le costó salir nuevamente exiliado.[817] Al igual que en 1914, salió del país junto con la cúpula de la iglesia católica. Sin embargo, regresó a México en 1934. Al inicio de la década de los sesenta escribía en la revista *Siempre!* de la que fue cofundador, y murió en 1963, a los 80 años de edad.

[815] *Revista Mexicana*, núm. 8, 31 de octubre de 1915.

[816] *Revista Mexicana*, San Antonio Texas, núm. 13, 5 de diciembre de 1915 y el núm. 195, del 2 de junio de 1919, *El Universal*, 25 de mayo y 15 de noviembre de 1919, *Excélsior*, 25 de mayo de 1919 y Javier Garciadiego, *op. cit.*, p. 343.

[817] Nemesio García Naranjo, *Memorias*, t. IX.

Como se recordará, en agosto de 1914, José María Luján, junto con Eduardo N. Iturbide y José Refugio Velasco, entregaron la ciudad de México a los constitucionalistas. Para febrero de 1919, y previa autorización de Carranza, José María Luján, el ex subsecretario de Gobernación, dejó su destierro en La Habana y volvió a la ciudad de México.[818] En forma paralela, Eduardo N. Iturbide hizo lo mismo y personalmente le fue a dar las gracias a Carranza al Palacio Nacional. En su caso, el presidente se mostró muy cordial y le ofreció garantías y la ayuda necesaria para que reiniciara sus negocios. Por su parte, Iturbide prometió alejarse de la política.[819]

Al regresar a su patria, no dejó de existir cierta hostilidad hacia estos intelectuales. Sus detractores fueron los intelectuales del nuevo régimen, quienes se encargaron de envenenar la mente de las nuevas generaciones de mexicanos, agitando el estigma de que eran "reaccionarios" y "huertistas", y que no valían gran cosa. Lo deleznable es que, varios de ellos, también tenían un pasado huertista, como lo asienta Eduardo J. Correa en su libro sobre *El Partido Católico Nacional y sus directores*.[820]A mediados de la década de los veinte, un grupo de escritores se propuso rendirle un homenaje a Salvador Díaz Mirón; pero la sola idea, provocó furibundos ataques del poeta Manuel Maples Arce y de Germán List Arzubide. Éste último dirigió el 15 de diciembre de 1925, una *Carta abierta a los revolucionarios*, en la que advertía que si se llevaba a cabo el homenaje a Salvador Díaz Mirón, se consumaría un ataque contra la Revolución. La razón: se trataba de un colaborador de Victoriano Huerta. La carta de marras afirmaba que con este pretexto, un grupo de reaccionarios, refugiados en *Excélsior*, pretendían llamar la atención pública a favor de los "falsos intelectuales del pasado". List Arzubide advertía que las trampas de la reacción estaban cuidadosa-

[818]Federico Gamboa, *Mi diario*, t. VI, p. 578.

[819]Eduardo Iturbide, *op. cit.*, p. 189.

[820]Eduardo J. Correa, en *op. cit.*, menciona a Alfonso Teja Zabre, en la página 139, a José Juan Tablada en la 169, a Emeterio de la Garza Junior en la 185, a Antonio Mediz Bolio en la 213 y a Enrique C. Osornio en la 212. Por su parte, Alfonso Taracena enlista a Genaro Estrada, Genaro García y a José María Puig Cassauranc. Véase *LVRM (1912-1914)*, p. 201, 320 y 367 y *LVRM (1918-1921)*, p. 12.

mente preparadas, y que confundían hasta a los más lúcidos revolucionarios. Que casos como el de Díaz Mirón, un vulgar "versero" y asesino, eran bastante comunes en América Latina. Ejemplos: Santos Chocano, un ladrón y asesino, experto en adular tiranos, hasta deshonrar al Perú; Leopoldo Lugones, el panegirista de la espada y de la opresión, que también deshonró a la Argentina. Exactamente de la misma manera, había obrado en México, Salvador Díaz Mirón, el matón de Porfirio Díaz y luego, convertido en el fonógrafo de Victoriano Huerta.[821]

Al igual que Salvador Díaz Mirón, otros intelectuales mencionados por Nemesio García Naranjo, terminaron sepultados en la Rotonda de los Hombres Ilustres. Se trata de Julián Carrillo, Manuel M. Ponce, Amado Nervo, Antonio Caso, Enrique González Martínez, José Juan Tablada y Luis G. Urbina. En 1916, José López Portillo fue designado director de la Academia Mexicana de la Lengua. A su regreso, otros intelectuales también pasaron a formar parte de la citada Academia. Se trata de Salvador Díaz Mirón, Luis G. Urbina, Federico Gamboa, Victoriano Salado Álvarez, Ezequiel A Chávez y Nemesio García Naranjo. Junto a ellos figuraron Antonio de la Peña y Reyes, Enrique González Martínez, Antonio Caso, Carlos González Peña y Enrique Martínez Sobral.

A la postre, otras personas vinculadas a Victoriano Huerta figuraron como miembros y directores de la Academia Nacional de Medicina. Fueron de los doctores José Terres, Manuel Toussaint, Julián Villarreal y Ulises Valdés. Por su parte, el arzobispo Francisco Plancarte y Navarrete, el obispo Ignacio Montes de Oca, Jesús Galindo y Villa y Luis González Obregón, fueron miembros fundadores de la Academia Mexicana de Historia. En 1920, Francisco A. de Icaza obtuvo el doctorado *Honoris causa* en la Universidad

[821] Citado por Antonio Castro Leal, *op. cit.*, p. 49. Para List Arzubide, si bien Díaz Mirón no había recibido su castigo, era porque se había exiliado en La Habana. Pero ahora que estaba de regreso, era necesario ajustar cuentas. Y concluyó expresando: "Revolucionarios: la reacción espía y está al acecho de cualquier pretexto para herir a la Revolución, y nuestra indiferencia frente a la pantomima ridícula con que nos quieren endiosar a un cómplice de su vileza, puede ser peligrosa. Desenmascaremos su farsa y preparémonos para castigar su desverguenza."

Nacional; en 1933, Antonio Caso; en el año de 1951, Enrique González Martínez, y también en 1951, Manuel Toussaint. Sus nombres se sumaron a otras dos personas que habían sido galardonadas en 1910, durante la fundación de la Universidad Nacional. Se trata de Ezequiel A. Chávez y de José Ives Limantour. En 1946 Antonio Caso agregó a su curriculum la calidad de profesor emérito y Ezequiel A. Chávez, en 1941. Al margen de los personajes citados por Nemesio García Naranjo, José Vasconcelos obtuvo el doctorado *honoris causa* en 1951.[822]

Al finalizar el mes de enero de 1920, el famoso doctor Atl, muy conocido por su oficio de pintor y sus teorías socialistas, y quien desde hacia tres años se había refugiado en Estados Unidos, fue expulsado por considerársele un peligroso propagandista bolchevique. Al enterarse de la determinación de las autoridades estadounidenses, y considerando que no podía volver a México, porque había atacado rudamente a Carranza, Gerardo Murillo resolvió dirigirse a Rusia, en donde se especulaba que sería bien recibido, ya que en aquel país estaban en boga las doctrinas que él profesaba. En tono burlón, la prensa mexicana decía que el doctor Atl era portador de las mejores referencias y recomendaciones, y que en Rusia, país de los antiguos zares, lo recibirían con los brazos abiertos.[823]

El exilio de Octavio Paz en Estados Unidos, terminó justo con el triunfo del Plan de Agua Prieta. El sucesor de Zapata, Gildardo Magaña, entró en tratos con Obregón, y Octavio Paz, y otros zapatistas desterrados, regresaron al país. A los pocos meses varios de ellos llegaron como diputados al Congreso de la Unión, destacando Octavio Paz. A propuesta de los diputados agraristas Antonio Díaz Soto y Gama y Octavio Paz, el 4 de octubre de 1921, la Cámara aprobó de manera casi unánime, la desaparición del nombre de Agustín de Iturbide de los muros del recinto parlamentario, La prensa hizo público que mediante un acto, al más puro estilo jacobino,

[822] Universidad Nacional Autónoma de México, *Ceremonia de investidura de profesores e investigadores eméritos y de doctores honoris causa*, México, 1996, pp. 51-56. Curiosamente esta publicación omite el nombre de Federico Gamboa.

[823] *Excélsior*, 1o. de febrero de 1920 y Alfonso Taracena, *LVRM (1918-1921)*, p. 177.

el libertador de México dejó de ser héroe de la independencia. A las nueve de la noche del día 10 de octubre, los diputados habían salido del salón de sesiones y las luces aparecían apagadas. Sin embargo, quedaban en el recinto parlamentario algunos representantes del pueblo: Antonio Díaz Soto y Gama, Octavio Paz, Martín Barragán y otros. Como la obscuridad era densa, Soto y Gama llamó al electricista del edificio, José Refugio Hernández, y le ordenó que encendiera una rueda de foquillos del gran candil del salón. Su intención era arrancar las letras del nombre de Agustín de Iturbide. Octavio Paz llamó a un mozo, y lo envió a la cantina cercana, con el siguiente recado: "Isidro: le suplico me remita una botella de Martell cuatro letras y unas diez copitas que le serán devueltas. O. Paz".

La ingestión del cognac les dio valor y a las once de la noche, llamaron otra vez al electricista del edificio, José Refugio Hernández para que, con un desarmador, desprendiera las letras de oro. Arrancó una a una sin dificultad y pretendió ponerlas en manos de Martín Barragán, pero Soto y Gama se indignó, y determinó que las letras fueran arrojadas al suelo. Un eco metálico resonó en el recinto seguido del ruido que producían las patadas que daban los diputados. Las demás letras fueron cayendo al suelo, en tanto que Soto y Gama y Octavio Paz, vigilaban que no hubiera periodistas ocultos entre las sombras. Las copas de cognac circularon, y finalmente, junto con las letras, rodaron por el piso la botella y las copitas. Las letras fueron recogidas por el intendente Enrique Quintana, y los diputados le hicieron ver que quedaban bajo su estricto cuidado y responsabilidad. Y que si alguna de ellas desaparecía, ante la Ley y ante la Historia, Quintana sería el único responsable. Una vez consumada su obra, y consumida la botella de cognac, Soto y Gama, Paz, Barragán y otros, salieron a la calle para continuar festejando su hazaña.[824]

Para 1922, Ernesto Madero estaba literalmente en bancarrota. Gran parte de su fortuna la había gastado apoyando a Francisco

[824] *Excélsior*, 6, 8 y 11 de octubre de 1921 y Alfonso Taracena, *LVRM (1918-1921)*, p. 371.

Villa, lo que a la postre le provocó el odio de Carranza. En 1923, el clima político cambió, y Emilio Madero González, hermano de Francisco I. Madero, el presidente asesinado, consiguió la autorización de Álvaro Obregón para que Ernesto Madero volviera a México.[825] Al ser asesinado Carranza en 1920, Martín Luis Guzmán regresó a México para asumir la jefatura de la sección editorial *El Heraldo de México* y convertirse en secretario particular de su amigo Alberto J. Pani.[826] En homenaje al caudillo por el cual luchó durante la revolución, escribió *Las memorias de Pancho Villa*. Más tarde se consagró con una obra maestra, *La sombra del caudillo*, entre otras.

EL MEDIO ARTÍSTICO Y LA TAUROMAQUIA

AL DESPUNTAR el año de 1919, Manuel M. Ponce y Julián Carrillo habían vuelto a México, sin que Carranza ni la población los hostilizara. Precisamente por estas fechas, formaban parte de la comitiva que esperaba al violonchelista español Pablo Casals, el cual viajaba por ferrocarril desde Laredo, Texas, hasta la ciudad de México. Casals, venía a dar una serie de conciertos, y sus amigos mexicanos fungían como sus anfitriones. No se sabe en qué momento regresó a México el actor Luis Barreiro, pero en septiembre de 1918, promovieron para él una función a su beneficio en el teatro Virginia Fábregas, siendo calificado como un excelente director teatral.[827] Como otros elementos del medio artístico, empezó a trabajar sin mayores problemas. De cualquier forma, Barreiro tuvo oportunidad de participar en los inicios del cine mexicano. Quien también regresó a México, y al poco tiempo volvió a las andadas, fue el autor teatral José E. Elizondo. Como se recordará, en 1913 estrenó *El país de la metralla*, lo cual provocó el enojo de los carrancistas y su exilio en La Habana. Para 1920 estaba en México y junto

[825] María José García Gómez, "El exilio costoso: actividades políticas y financieras de la familia Madero en los Estados Unidos, 1913-1923", citada.

[826] Bruce-Novoa, "Estudio introductorio", en Martín Luis Guzmán, *op. cit.*, pp. XVI-XVIII.

[827] *El Universal*, 7 de septiembre de 1918.

con el compositor Eduardo Vigil y Robles, estrenó en el Teatro Principal una obra de tipo político llamada *19-20*, en cuya decoración aparecía la majestuosa catedral de Reims. Según Armando de María y Campos, en la obra figuraban segundas tiples y cada una llevaba sobre el pecho una letra grande con la que formaban el nombre de dicha catedral y en un momento indicado, giraban para quedar de espaldas al público, mostrando otras letras en las que se leía el nombre de Porfirio Díaz. La noche del estreno el público aplaudió a rabiar este truco de Elizondo.

Esta provocación se supo por todos lados, y en los días siguientes, Adolfo León Osorio, al frente de medio centenar de hombres, penetró al Teatro Principal, armando tremendo escándalo. Su objetivo era sabotear la obra que desde el día de su estreno, no había merecido más que aplausos. A una señal de León Osorio, sus comparsas empezaron a gritar mueras y a lanzar injurias contra Elizondo. Algunos diputados y senadores, presentes en la función, secundaron a los escandalosos. Pero una parte del público protestó enérgicamente por la actitud de los provocadores, y se inició una batalla campal. La policía resultó insuficiente para controlar a unos y a otros, y el zafarrancho se generalizó. Algunos de los rijosos profirieron frases subversivas contra las autoridades e incluso llamados a la rebelión. Fue entonces que la policía ordenó la suspensión de la obra. En forma casi inmediata, se presentó un piquete de soldados y aprehendieron a los más escandalosos remitiéndolos a la cuarta delegación de Policía.

En la Inspección General de Policía quedaron recluidos el maestro Vigil y Robles, autor de la música de la revista, el cómico Luis G. Barreiro, el director de escena, Eduardo Pastor, y se giró orden de captura contra José F. Elizondo que, gracias a un aviso oportuno, se ocultó y no fue detenido. Además de ello, el Teatro Principal fue clausurado. Interrogado Luis Cabrera sobre el particular, opinó que se trataba de un acto de rebelión, del deseo de algunos reaccionarios por restaurar cosas idas para siempre, y de desprestigiar a la revolución.[828] Leopoldo Beristáin también regresó a Méxi-

[828] *Excélsior*, 4 de enero de 1920, Armando de María y Campos, *op. cit.*, pp. 241-242 y Alfonso Taracena, *LVRM (1918-1921)*, pp. 174-175.

co. Trabajó en el Teatro Lírico, en El Principal, en el Colón y en el María Guerrero, realizó largas y brillantes temporadas, pero jamás volvió a ser el de antes. Poco a poco se fue apagando, se enfermó de diabetes, perdió bríos y se hundió en las sombras de lo que fue.[829]

Para Rodolfo Gaona, el destierro, primero le significó sendos triunfos, y luego, rotundos fracasos. En 1919 se consumó su fracaso más sonado en la madre patria, y buscó regresar a México. Para su fortuna, tuvo noticias de que Carranza había permitido nuevamente las corridas de toros. Efectivamente, en vísperas de su asesinato, Carranza derogó el decreto que por varios años privó a la afición mexicana de la fiesta brava. Para mayor suerte, Adolfo de la Huerta, brindó amplio apoyo al espectáculo taurino, y ofreció garantías a Rodolfo Gaona para que retornara a México.[830] Abordó el ferrocarril, junto con su esposa y un hijo que aquí había nacido. La ruta que siguió fue Francia, Nueva York, y en octubre de 1920, después de seis años de ausencia, Gaona retornaba a suelo patrio. Para su fortuna, durante su ausencia el público no lo había olvidado, y nadie le reprochó su amistad con Victoriano Huerta.

Los que se negaron a volver

Pero otros exiliados, francamente se negaron volver a México como fue el caso de Olegario Molina. Desde La Habana, en su residencia en la zona dorada de El Vedado, tuvo la oportunidad de observar el declive del negocio del henequén, el inicio del reparto agrario, la inminente catástrofe de la economía yucateca, hasta el 25 de abril de 1925 que falleció, a la edad de 82 años. Al igual que años antes había ocurrido con el rey del pulque, Ignacio Torres Adalid, sus restos fueron traídos a México para darles cristiana sepultura. Eran los tiempos en que gobernaba el país Plutarco Elías Calles, y las autoridades de Yucatán y el pueblo, no tuvieron inconveniente en rendirle tributo y toda clase de honores al ex go-

[829] Armando de Maria y Campos, *op. cit.*, pp. 76-79.
[830] Guillermo Ernesto Padilla, *op. cit.*, pp. 316 y 319, y Rodolfo Gaona, *op. cit.*, pp. 175, 183, 187 y 253-255.

bernador porfirista. A la par del recibimiento de sus restos, el alcalde de Mérida bautizó la calle 59, donde Olegario vivió, con su nombre. Semanas más tarde, y en cumplimiento de su testamento, su familia entregó a la Universidad del Estado su biblioteca, al gobierno local 200 000 pesos para obras de beneficencia, recursos para fundar una escuela de hombres y otra para mujeres, y un fondo económico suficiente para becar a hijos de familias pobres.[831]

En marzo de 1918 corrió el rumor de que José Yves Limantour había solicitado permiso a Carranza para volver a México, lo cual resultó falso.[832] Los grupos revolucionarios le tomaron una profunda aversión, asociando su nombre a toda clase de corruptelas en su paso por la Secretaría de Hacienda durante el porfiriato. Vivió casi un cuarto de siglo en París, hasta que murió en agosto de 1935.[833] Caso parecido es el de Pablo Macedo quien también murió desterrado, concretamente en 1918, en la ciudad de Madrid. A diferencia de los anteriores, Fernando Pimentel y Fagoaga, intelectual y empresario, pudo volver a la ciudad de México, y en 1924 reanudó sus actividades financieras y de bienes raíces.

TODO TERMINÓ

PARA LA mayor parte de los exiliados, este peregrinar terminó en 1920 con la rebelión de Agua Prieta. Los problemas económicos, de salud, la soledad, los empleos mal remunerados, que muchas veces no estaban a la altura de su talento y preparación, amén de la hostilidad de que eran víctimas, los indujo a anhelar el retorno a la madre patria. Desde 1918, y con profundo dolor le pidieron autorización a Carranza para regresar a México. En forma gradual, el gobierno les dio el visto bueno, y la prensa consignaba en sus páginas, el retorno de prominentes "reaccionarios" o "contrarrevolucionarios", estigma que ni con la muerte se quitarían. En México, su

[831] Carlos Tello Díaz, *op. cit.*, pp. 251-253 y 295.
[832] *El Universal*, 17, 18 de marzo y 1o. de septiembre de 1919.
[833] Carlos Tello Díaz, *op. cit.*, pp. 36 y 388.

fortuna se había esfumado, sus casas y propiedades estaban perdidas, y de sus viejos empleos, no quedaban más que los recuerdos. Pocos fueron los que recuperaron sus empleos y su vieja posición social. En su mayor parte tuvieron que bregar para ganarse la vida ejerciendo empleos de segundo nivel, tan mal remunerados como los del exilio. Por cierto que no pocos de quienes los acusaban de porfiristas y huertistas, también lo habían sido, pero ahora estaban en el poder, fingían amnesia y se esmeraban en borrar su pasado.

Es probable que durante el exilio, que en términos generales duró un lustro, algunos mexicanos se hayan llevado parte de su fortuna. Por desgracia no lo sabemos, pero pudo haber ocurrido en Cuba en donde las colonias mexicanas fueron importantes, asimismo en París, en donde se radicaron las personas más adineradas. También es probable que algunos de los hijos de los desterrados se hayan casado en el extranjero y jamás regresaran a México.

Epílogo

En abril de 1920 se consumaron las predicciones de Tavares Castro, quien en una ocasión le dijo a Carranza que se cuidara de los suyos, ya que podían cansarse de él, y enviarlo al paredón, o a La Habana, a donde le enviaría sus más cordiales saludos. Lo que ocurrió, fue que en abril de 1920 los sonorenses, sus viejos aliados, sintieron que había llegado el momento de heredar la silla presidencial. Como Carranza quiso ignorarlos, éstos se levantaron en armas, apoyados por el grueso del ejército, de los gobernadores, y gran parte del personal político. Al amparo del Plan de Agua Prieta se rebelaron y obligaron a su antiguo protector, a abandonar la ciudad de México. Carranza pensó, que como en 1914, podía sobreponerse en el puerto de Veracruz, y ganar por segunda vez la partida a sus rivales, pero en esta ocasión no fue así. En el trayecto fue asesinado por Rodolfo Herrero, que recién se había amnistiado, y curiosamente gozaba de las confianzas de los aguaprietistas.

Al triunfo del Plan de Agua Prieta, Adolfo de la Huerta subió a la presidencia de la república e impuso una política de conciliación. A partir de ahí, prácticamente todos los exiliados regresaron a México. Pero hubo un suceso que llama la atención: el sistema político y social había sufrido un vuelco espectacular. No era más el mundo al cual ellos habían contribuido a forjar, y en el cual se habían ganado gran prestigio. La nueva clase política tenía de su lado al ejército revolucionario, estaba dispuesta a utilizar la violencia para conservar el poder, y se había erigido en su enemiga jurada. Cuando los expatriados volvieron al país, sabían que no tenían cabi-

da en el nuevo sistema, y que las reglas eran distintas. Quienes más sufrieron los nuevos tiempos fueron los intelectuales. Fueron pocos los que se reincorporaron al nuevo régimen para prestar sus servicios. En parte, porque formaban parte del viejo núcleo liberal porfirista, tenían los años encima, problemas de salud, y no comulgaban del todo con la nueva ideología del régimen. Su pasado porfirista, felicista y huertista, les pesó como una lápida hasta el fin de sus días. En la década de los veinte, uno a uno morirían.

A diferencia de lo que se supone, a los militares no les resultó tan adverso el nuevo orden de cosas. Con la excepción de los directamente vinculados a la Decena Trágica, en forma gradual se reincorporaron al ejército revolucionario, y por ende, al *establishment*. Con algunos actores, escritores y compositores, y en general las personas dedicadas al espectáculo, las cosas tampoco fueron tan graves. Varios continuaron en el teatro, y con los años incursionaron en la naciente industria cinematográfica. El episcopado se reorganizó y se abocó a cumplir con su misión. Pero quizás fue el único grupo que no claudicó frente al nuevo gobierno y mantuvo su postura firme y crítica frente a la Constitución Política.

Los grupos que ahora detentaban el poder, forjaron una ideología fincada en tres pilares: un ataque frontal contra el viejo sistema político al que acusaban de conculcar los derechos políticos de los ciudadanos, de negarles el derecho al voto, y a la sindicalización. En el plano económico, culpaban al gobierno porfirista de entregar las riquezas básicas del país al capital extranjero; a los empresarios nacionales y extranjeros, por explotar sin límites a la clase obrera; y a los hacendados, no sólo por acaparar inmensas extensiones de tierra, sino también por montar un vasto sistema de tiendas de raya y pagarles a sus peones con vales. Al nivel social, por mantener a un pueblo analfabeto y sin los avances médicos y sanitarios elementales. La ideología era lo suficientemente atractiva para ganarse el apoyo del grueso de la población. Naturalmente que muchas de tales cuestiones de índole económica, política y social, habían sido contempladas, analizadas, discutidas y puestas en vigor por el go-

bierno porfirista, maderista y huertista. Y eso ocurría no sólo en México, sino en otras partes del mundo occidental.

En 1923 estalló la rebelión delahuertista, y al fracasar, gran parte de sus partícipes salieron al destierro. Como una década antes, se dirigieron a Estados Unidos, Cuba y Guatemala. Curiosamente, muchos de los exiliados formaban parte del nuevo personal político forjado al amparo de Carranza y del Plan de Agua Prieta. En esta ocasión, en gran parte fueron otros los militares, políticos e intelectuales expatriados. Pero en forma sorpresiva, en 1926 se sumó a ellos otra vez el clero, en defensa de sus principios, y en franco rechazo a diversos artículos de la Constitución Política. Para los arzobispos José Mora y del Río y Francisco Orozco y Jiménez, entre otros, significó su segundo destierro. Pero todo esto es otra historia.

APÉNDICE I

Un centenar de desterrados

BASADOS en lo que se reporta en fuentes disponibles en México, se ha logrado formar una lista que alcanza alrededor de 300 personas selectas que huyeron del país, desde la caída de Porfirio Díaz hasta el triunfo de Venustiano Carranza. Se trata de políticos, intelectuales, directores de periódicos, actores, escritores, directores teatrales, militares y miembros del clero católico. No se incluye a hacendados, comerciantes, industriales textiles y hombres de negocios en general, quienes también huyeron, debido a que merecen una investigación especial. Es obvio que se trata de un número reducido, pero téngase en cuenta que se trata de personas con alta formación técnica y profesional, quizás lo más granado que tenía el país en tales años. A continuación se reproducen los nombres de un centenar de exiliados, los más relevantes, y sobre los que se obtuvo mayor información. El resto aparece a lo largo de la investigación.

PORFIRISTAS NOTABLES

Guillermo Landa y Escandón

No se sabe en qué momento dejó el país el ex gobernador del Distrito Federal en tiempos de Díaz, Guillermo Landa y Escandón, pero en 1919 tenía 71 años y vivía en París, al lado de su esposa Sofía Osio.

Carmen Romero Rubio

Salió de México en 1911 junto con su esposo Porfirio Díaz y se estableció en París. En 1915 quedó viuda, pero decidió permanecer en esa ciudad por casi dos décadas más, puesto que regresó a México hasta 1934.

Francisco P. de Sentíes

Fue uno de los fundadores del Partido Democrático, y gestionó una entrevista entre Madero y Porfirio Díaz. Al triunfo del maderismo, rehusó ocupar un cargo público. Más tarde se exilió en San Antonio, Texas, en donde colaboró en los periódicos fundados por los mexicanos. En 1921 regresó a México, dedicándose a la agricultura en un rancho cerca de Texcoco.

MADERISTAS NOTABLES

Jesús Flores Magón

Jesús Flores Magón formó parte del gabinete de Madero en las carteras de Justicia y Relaciones y en 1913, junto con Manuel Calero, integró una de las fórmulas para participar en las elecciones presidenciales. En la primera semana de octubre de 1914 se dejó escuchar su voz en la prensa habanera, para corroborar lo que era del dominio público: que en La Habana estaban refugiados muchos de los hombres que en México eran conocidos como los "científicos", hombres allegados a Porfirio Díaz y que tuvieron gran injerencia en la política y en la banca mexicana.

Francisco Vázquez Gómez

Por su carácter y energía, los revolucionarios lo llamaban "el cerebro de la revolución". En 1910 fue candidato a la vicepresidencia al lado de Madero, apoyado por el Partido Antirreeleccionista. Secretario de Instrucción Pública en el gabinete de León de la Barra,

rompió con Madero y en 1913, después de la Decena Trágica se lanzó a la conquista de la silla presidencial apoyado por el Partido Antirreeleccionista, haciendo mancuerna con Luis Cabrera. En 1916 vivía en San Antonio, Texas, ejerciendo su profesión de doctor.

Emilio Vázquez Gómez

Partidario de Madero, fue secretario de Gobernación durante el interinato de Francisco León de la Barra. Su actuación fue criticada: se le acusó de simpatizar con Zapata e incluso de encabezar la oposición a Madero desde la misma secretaría. Apenas Madero asumió la presidencia de la república, el abogado Emilio Vázquez Gómez inició en Chihuahua un movimiento apoyado por algunos orozquistas alegando que, tanto él como su hermano, habían sido tratados de manera injusta en las elecciones presidenciales de 1911. Durante algún tiempo, Pascual Orozco y Vázquez Gómez actuaron en forma conjunta, pero en mayo de 1912 rompieron, por lo cual el segundo se expatrió en San Antonio, Texas. Se trataba del decano de los refugiados mexicanos en Estados Unidos.

Los científicos

Francisco Bulnes

Durante el porfiriato fue miembro del Congreso de la Unión, y en algunos casos es citado como integrante del grupo de los científicos. Se trata, quizás, del máximo intelectual iconoclasta de la época. Hoy en día, sorprende su obstinación por derribar de su pedestal a varios héroes patrios, por desmitificar a los grandes mitos de los siglos XIX y XX. Con el estallido de la Revolución mexicana quedó marginado en forma temporal de la política hasta que, a finales de 1913, fue rescatado por Huerta, ocupando nuevamente una curul en el Senado de la República. Al consumarse el triunfo constitucionalista, Bulnes salió al destierro junto con su familia en el famoso *City of Tampico*, primero a Nueva Orleáns y luego a La Habana, en donde vivió cinco años. Aquí perdió a su esposa María Teresa Irigoyen

y de la Vega. Regresó a México hasta 1920, una vez que Carranza desapareció de la escena política.

Joaquín Casasús

Uno de los integrantes del grupo de los científicos, amigo de Porfirio Díaz, salió del país en la primavera de 1913, unos meses después de la Decena Trágica, y murió el 25 de febrero de 1916, en la ciudad de Nueva York.

Enrique C. Creel

Fue un prominente miembro del grupo de los científicos y yerno del general Luis Terrazas. Entre 1907 y 1911 Creel tuvo varios puestos: gobernador del estado de Chihuahua, embajador de México en Washington, y secretario de Relaciones Exteriores. A causa de la revolución se exilió en Estados Unidos en donde inició su vocación de conspirador, apoyando en 1912 a Orozco contra Madero. Durante el huertismo regresó a México, y en septiembre de 1914 estaba en el puerto de Veracruz, con la intención de salir del país. Federico Gamboa afirma que lo vio aquí, acompañado de sus cuñados, y que mostraba el aspecto clásico de los vencidos: triste, humilde, arruinado, física, moral y al parecer, hasta monetariamente.

En 1915 fungía como vocero de los refugiados en San Antonio, Texas, y con este carácter viajó a España para hablar con Huerta y convencerlo de que regresara a México encabezando un vasto movimiento para derrocar a Carranza. Huerta accedió y, a fines de marzo, Huerta y Creel salieron juntos de España en el vapor *López* rumbo a Nueva York. En 1916 Creel vivía con su familia en Los Ángeles, California.

José Ives Limantour

La cabeza del grupo de los científicos y poderoso ex secretario de Hacienda, partió en tren hacia Nueva York una semana después

de que Porfirio Díaz salió con los suyos en el Ypiranga. Ahí tomó un barco con destino a París a donde llegó en junio se 1911. Vivió casi un cuarto de siglo en esa ciudad, pues murió el 26 de agosto de 1935.

Pablo Macedo

Se trata de uno de los miembros más prominentes del grupo de los científicos. En 1912 vivía en París, pero en 1913 apareció en la ciudad de México defendiendo los intereses de la Compañía Expendedora de Pulques, quien se opuso al descanso dominical de los empleados del comercio. En vísperas de la llegada de Carranza a la capital de la república, Pablo Macedo volvió a salir del país, probablemente debido a su fuerte identificación con Porfirio Díaz y Limantour. De cualquier forma, se sabe que murió en 1918 en Madrid.

Fernando Pimentel y Fagoaga

Pimentel y Fagoaga, señalado como uno de los hombres vinculados al clan de los científicos, entre 1903 y 1910 fue presidente municipal de la ciudad de México. En 1909 formó parte del consejo de administración de la Compañía Expendedora de Pulques. No se sabe en qué fecha se exilió, pero sí que vivió en España, fundando en Madrid y Barcelona compañías pavimentadoras de calles y una empresa de bienes raíces. Volvió en 1924 a la ciudad de México y de inmediato reanudó sus actividades financieras y de bienes raíces.

Ex presidentes de la república

Porfirio Díaz

Durante la noche del 25 de mayo de 1911, Porfirio Díaz junto con su familia, salió de la ciudad de México en un tren rumbo al puerto

de Veracruz en donde pasó cinco días al amparo de su amigo, el gobernador Teodoro Dehesa. El 31 de mayo abordó el *Ypiranga* rumbo al destierro. Tres días después, el barco fondeó en La Habana en donde una comisión acudió a invitarlo, en nombre del presidente de Cuba, José Miguel Gómez, a la boda de su hija en la catedral de La Habana. Después de asistir a este evento, tomó el barco que se enfiló rumbo a las costas francesas. En el puerto de Havre lo esperaban los mexicanos que formaban parte del cuerpo diplomático acreditado en Europa. Aquí, se dedicó a viajar a diversos países y murió el 2 de julio de 1915. Asistieron a sus funerales Francisco León de la Barra, Guillermo Landa y Escandón y las mismas personas que los recibieron en 1911: Miguel Béistegui, Sebastián Mier, José Vega Limón y Manuel Yturbe.

Francisco S. Carbajal

El 15 de julio de 1914, Francisco S. Carbajal fue designado presidente de la república, cargo en el cual duró menos de un mes. El 12 de agosto huyó rumbo al puerto de Veracruz, con el objeto de embarcarse hacia Estados Unidos. No se sabe el nombre del barco en que salió, pero primero se radicó en Nueva Orleáns y luego en Pax Christian, Louisiana. La prensa cubana y otras fuentes también lo ubicarían en La Habana.

Roque González Garza

A causa de la fuga en enero de 1915 del presidente convencionista Eulalio Gutiérrez, de la ciudad de México, junto con sus adeptos y una parte de las tropas rumbo a San Luis Potosí, Roque González Garza resultó designado presidente provisional de la república. Una vez destrozado el villismo, su sostén principal, González Garza se refugió en Estados Unidos y luego en La Habana.

Victoriano Huerta

Huerta dejó el poder el 15 de julio de 1914 y junto con Aureliano Blanquet se dirigió a Puerto México. Zarparon el 20 de julio de Puerto México en el crucero alemán *Dresden* y cuatro días más tarde atracaron en Kingston, Jamaica. En este lugar contrataron el *Patia*, un vapor de la United Fruit Company, para hacer la travesía hasta Europa. Después de recorrer Londres, la familia de Huerta se trasladó a España. Desembarcaron en Santander y luego se mudaron a Barcelona. En 1915 fue convencido por Enrique C. Creel y los alemanes para trasladarse a Estados Unidos, y desde ahí penetrar a suelo mexicano para derrocar a Carranza. En Estados Unidos contaba con el apoyo de Pascual Orozco. Al llegar a Newman, Nuevo México, Huerta y Orozco fueron aprehendidos y acusados de violar las leyes de neutralidad. A mediados de enero de 1916, falleció en El Paso, Texas.

Francisco Lagos Cházaro

Francisco Lagos Cházaro tomó posesión de la presidencia de la república el 10 de junio de 1915, cuando de hecho el bando convencionista estaba a punto de extinguirse. Perseguido por los carrancistas, se embarcó en Manzanillo con dirección a Guatemala para finalmente instalarse en Honduras. Es probable que en 1916 haya viajado a La Habana, puesto que era objeto de especial vigilancia por parte tanto del gobierno cubano como del mexicano. Después de ello regresó a Honduras.

Pedro Lascuráin

Fue secretario de Relaciones Exteriores de Madero, y a la renuncia de éste, asumió la presidencia de la república en febrero de 1913, cargo en el que sólo duró 56 minutos pues su primer acto fue nombrar a Victoriano Huerta secretario de Gobernación y el segundo y último, renunciar. Algunos le reprochan no haber evitado el

asesinato de Madero. Con el triunfo constitucionalista se exilió en Nueva York, en donde ese unió a los felicistas y huertistas.

Francisco León de la Barra

Presidente de la república entre mayo y noviembre de 1911, fue secretario de Relaciones Exteriores en el primer gabinete de Huerta. A causa del triunfo del constitucionalismo, León de la Barra se exilió en Londres y luego en París. En marzo de 1916 viajó a Nueva York y Madrid para entrevistarse con banqueros y empresarios que tenían intereses en México. Se especulaba que participaba en un movimiento contrarrevolucionario que, en caso de triunfar, prometía tratar generosamente a los capitalistas extranjeros y resarcirlos de los daños sufridos durante la lucha armada. En agosto de 1916 León de la Barra fungió como asesor en París de las potencias aliadas en sus asuntos financieros en México y aconsejó, tanto a los británicos como a franceses, que no reconocieran al régimen de Carranza.

Los miembros del Cuadrilátero

Jose María Lozano

El 30 de julio de 1914, llegó a La Habana el barco *Buenos Aires* llevando a bordo a José María Lozano, quien ocupó la cartera de Comunicaciones y Obras Públicas en el gobierno de Huerta. Por cierto que en La Habana, Querido Moheno lo incriminó en la desaparición de diversas personas, tarea iniciada por Aureliano Urrutia, a lo cual Lozano no quiso contestar. El plan de Lozano era trasladarse a Nueva York y de ahí a Europa. Antimaco Sax y Federico Gamboa lo ubican viviendo en La Habana.

Querido Moheno

Entre octubre de 1913 y febrero de 1914, Querido Moheno fungió como secretario de Relaciones Exteriores y entre febrero y julio

de este último año fue secretario de Fomento. El 10 de julio llegó al puerto de Veracruz junto con su familia para tomar el vapor *Espagne*. Aquí se expresó en términos muy duros contra el presidente estadounidense Wilson. Pero no obstante su belicosidad y postura antiyanqui, su intención era la de dirigirse hacia Estados Unidos. El buque *Espagne* llegó a La Habana el 14 de julio, y Moheno se hospedó en el hotel El Telégrafo sólo el tiempo necesario para continuar su viaje a Nueva York, por la vía de Cayo Hueso. Tres meses después, regresó a La Habana en el vapor estadounidense Cartago. Según Antimaco Sax, Querido Moheno intentó radicarse en Guatemala, pero desistió al percatarse de la hostilidad del presidente Manuel Estrada Cabrera. En La Habana, solía escribir artículos en *El Diario de la Marina*. En el destierro defendió a Huerta y culpó de su caída al gobierno de Washington, pero no se vinculó a él cuando preparaba la contrarrevolución. También escribió algunos libros y artículos en la famosa *Revista Mexicana*.

Nemesio García Naranjo

García Naranjo, quien ocupó la cartera de Instrucción Pública y Bellas Artes en el gabinete de Huerta, salió del país en el vapor *Buenos Aires* y llegó a La Habana el 30 de julio de 1914. De aquí se trasladó a Estados Unidos, y en San Antonio, Texas, adquirió un taller tipográfico para publicar semanalmente la *Revista Mexicana*, en donde domingo a domingo fustigaba a la revolución constitucionalista.

Francisco Olaguibel

Fue miembro del grupo de diputados conocido como "El cuadrilátero", constituido por Francisco M. Olaguibel, José María Lozano, Nemesio García Naranjo y Querido Moheno. En 1913 se opuso a Huerta, pero no se definió por el bando constitucionalista. A la llegada de Carranza al poder, Francisco Olaguíbel fue encarcela-

do y después de ello salió exiliado. Casi a finales de 1916, vivía en La Habana y frecuentaba a Federico Gamboa. Aquí, su salud se vio quebrantada y en dos ocasiones tuvo que ser hospitalizado. En agosto de 1919 decidió regresar a México ante su pavor de morirse en La Habana, en medio de una soledad atroz y el desempleo.

EL MEDIO ARTÍSTICO Y LA TAUROMAQUIA

Leopoldo Beristáin

Al momento en que cayó Victoriano Huerta, el actor Leopoldo Beristáin tuvo que abandonar el país. Su amigo, el actor Manuel Sánchez de Lara, le facilitó ropas sacerdotales y se lo llevó a la ciudad de Veracruz, confundiéndolo con los integrantes de su compañía teatral que hacía una gira, para embarcarlo rumbo a La Habana. Allá fue recibido con cariño y hospitalidad por parte de los cubanos, y se reunió con otros escritores y autores teatrales mexicanos como Pepe Elizondo, Juan Manuel Gallegos y Luis Barreiro. Pero Beristáin no pudo superar la gran nostalgia que sentía por su patria, y de paso, su estilo de trabajo y caracterizaciones no interesaron a los cubanos. Regresó a México, pero jamás volvió a ser el de antes.

Julián Carrillo

Ex director del Conservatorio, el músico Julián Carrillo tuvo cierto éxito en el exilio. Deambuló por La Habana y Estados Unidos. Al igual que Manuel, M. Ponce, para 1919 había vuelto a México.

José F. Elizondo

La mañana del 14 de agosto de 1914, el escritor teatral José F. Elizondo se dirigió a la estación de Buenavista, justo cuando salían con destino a Veracruz varios trenes con las banderas de Francia y Alemania. En vista de que su vida corría peligro, se embarcó hacia La Habana en donde pasó cinco años desterrado. A dife-

rencia de otros, José Elizondo triunfó en La Habana. Como botón de muestra, se tiene que a comienzos de 1917 estrenó en el Teatro Martí la obra *Confetti* y la revista *1916*, con música de Joaquín Valverde. Un año más tarde, su revista *The Land of Joy*, era representada en Nueva York.

Rafael Galindo

El maestro Rafael Galindo es autor de un ordenamiento de *Los Aires Nacionales*, que es el único que merece llamarse *Rapsodia Mexicana*. Cuando Huerta cumplió años, Miguel Lerdo de Tejada llevó una orquesta para cantarle *Las Mañanitas* e incluyó en el programa la citada *Rapsodia*. Huerta preguntó que quién había hecho ese ordenamiento tan precioso de *Los Aires Nacionales*. Miguel le presentó al autor y Huerta le estrechó la mano mientras los fotógrafos tomaban una instantánea del cuadro. Ese apretón de manos lo pagó el maestro Rafael Galindo con siete años de destierro.

Rodolfo Gaona

En febrero de 1914, Gaona participó en una corrida de toros a beneficio de un amigo suyo y después de ello partió para España. En mayo de 1915 le llegaron noticias a España, en el sentido de que Carranza había prohibido las corridas de toros, y que lo mejor era que los matadores que pensaban torear en México, no se comprometieran ni firmaran nada. Pero hubo algo más: Gaona recibió un cable procedente de México, en el que le acusaba de enemigo político del Primer Jefe, a causa de su amistad con Victoriano Huerta y Aureliano Blanquet. Ello lo condenó a permanecer los seis años siguientes en España. Regresó a México en octubre de 1920.

Fernando Méndez Velázquez

Fernando Méndez Velázquez, autor de la música de *Las musas del país*, vivía desterrado en La Habana y trabajaba como primer maes-

tro de orquesta en el Teatro Martí. En la primera semana de marzo de 1916, durante una de las funciones de la obra española *Barrio Latino*, fue víctima de una hemoptisis que lo obligó a abandonar el atril; al día siguiente falleció.

Manuel M. Ponce

A Manuel M. Ponce, la suerte no lo acompañó en el exilio. En septiembre de 1915, durante la celebración de las fiestas patrias, tocó en La Habana el himno nacional con el piano. Al año siguiente se fue a Nueva York, en donde tuvo un sonado fracaso en el Aeolian Hall. Para Federico Gamboa, mal hizo Ponce en cambiar La Habana por Nueva York, y peor lo hizo *The New York Herald*, al apuñalarlo impunemente. Al despuntar el año 1919 había vuelto a México, sin que Carranza ni la población lo hostilizara.

J. Rafael Rubio

José Rafael Rubio conocido popularmente como Rejúpiter, se sumó al elenco de panegiristas de Huerta con la resultante de que, al triunfo de Carranza, tuvo que exiliarse. En los primeros días de diciembre de 1916 llegó a San Antonio, Texas, para curarse del intenso frío de Nueva York. Pero ya era tarde. El destierro lo había matado y sólo llegó a las cercanías de la patria para morir. Dejó una viuda y cuatro huérfanos. Pregonaba que había salido de México con un boleto de tercera clase, nada más porque no había de cuarta.

Promotores del golpe de Estado contra Madero

Félix Díaz

El 17 de julio de 1913, Félix Díaz recibió el nombramiento de Huerta como embajador especial en Japón, para agradecerle al emperador la participación de su país en las fiestas del Centenario. Félix Díaz se dispuso a cumplir con su misión, pero nunca llegó al Japón. El

22 octubre regresó a México, días antes de verificarse las elecciones presidenciales, pero al parecer Huerta no estuvo contento con su retorno y, según Luis Liceaga, promovió su asesinato, razón por la que abandonó el país y se exilió en La Habana. En febrero de 1914 Félix Díaz abandonó La Habana a bordo del Morro Castle, y se instaló en Nueva York. En febrero de 1916 se internó en territorio mexicano para encabezar la contrarevolución. En 1920 fue amnistiado por los aguaprietistas y salió nuevamente del país.

Manuel Mondragón

En virtud del Pacto de la Ciudadela, en febrero de 1913 Manuel Mondragón fue nombrado secretario de Guerra, cartera en la que duró cuatro meses, ya que renunció en junio del mismo año. Ya fuera del gabinete, corrió el rumor de que Mondragón preparaba un complot para derrocar a Huerta, lo que sirvió de pretexto para expulsarlo del país. Mondragón se embarcó rumbo a Europa fijando su residencia primero en París y luego en Barcelona.

Cecilio Ocón

Se trata de uno de los promotores de la caída de Madero y de su asesinato. En octubre de 1913 se dirigió al puerto de Veracruz para recibir a Félix Díaz, quien regresaba de Europa buscando la presidencia de la República. Como Huerta no les dejó margen de maniobra, Cecilio Ocón se embarcó junto con Félix Díaz rumbo a La Habana. A finales de 1914 Cecilio Ocón vivía desterrado en San Antonio, Texas, pregonando que encabezaba una contrarrevolución, la cual contaba con la participación de figuras importantes como Federico Gamboa.

A principios de 1916 el gobierno mexicano emprendió una investigación para determinar tanto su paradero como el de Félix Díaz, Ignacio de la Torre, Alberto Murphy y Francisco Cárdenas, involucrados en el asesinato de Madero. A mediados de 1916 Ocón estaba en La Habana y junto con Javier Larrea y otros ex federales, preparaba una incursión armada en México. El sistema de vigilan-

cia carrancista dio cuenta de que Cecilio Ocón estaba en contacto con el presidente de Guatemala, Estrada Cabrera, y que incluso éste estaba dispuesto a proporcionarles armas. Se decía que detrás de este apoyo, estaba el interés del presidente de Guatemala de recuperar Chiapas.

DIRECTORES DE PERIÓDICOS

Salvador Díaz Mirón

El poeta Díaz Mirón renunció el 15 de julio de 1914 a la dirección de *El Imparcial*, uno de los principales diarios de la época, y abordó un tren que salió a la costa del Golfo. Ya en el puerto de Veracruz, Díaz Mirón se internó en la ciudad pero, para su desgracia, fue atrapado por las tropas estadounidenses a quienes les dio por insultar. No obstante le permitieron embarcarse rumbo a Santander, España, y al poco tiempo se trasladó a La Habana.

José Elguero

Durante el huertismo, *El País* era dirigido por José Elguero. El diario no estaba subsidiado y, salvo escasas excepciones, apoyó a Huerta. Desde octubre de 1914 y buena parte de 1916, José Elguero vivió en Estados Unidos, jurando que jamás saldría de ese país, a pesar de la expedición punitiva. A fines de 1916 apareció por suelo cubano.

Gabriel Fernández Somellera

El 3 de mayo de 1911, Fernández Somellera participó en la fundación del Partido Católico Nacional. Durante el huertismo dirigió el influyente diario *La Nación*. Después de tener fuertes pugnas con el gobierno, compró un boleto para abordar un trasatlántico y se marchó a España, en donde pidió asilo.

Rafael Reyes Spíndola

En 1912, Reyes Spíndola se fue a Europa siguiendo al general Porfirio Díaz en el exilio. A la llegada de Huerta al poder, regresó a México, pero estuvo alejado de la política, y con Carranza se vio obligado a emigrar otra vez, avecindándose primero en La Habana, y luego en Nueva Orleáns.

INTELECTUALES

Ignacio Bravo Betancourt

A mediados de 1914, el abogado Ignacio Bravo Betancourt salió de México y se exilió en La Habana. Junto con Ignacio Torres Adalid, se hospedaron en el hotel Campoamor. En 1919 fungía como cónsul y representante de Félix Díaz en La Habana. El gobierno mexicano lo denunció como el responsable de preparar una incursión armada, la cual no tuvo lugar.

Ezequiel A. Chávez

Durante 1916 y hasta finales de 1917, Ezequiel A. Chávez vivió en Estados Unidos, más por carecer de empleo que por razones políticas. Por gestiones de Luis Cabrera y Alberto J. Pani, el gobierno mexicano le otorgó una ayuda mensual con la condición de que estudiara la educación impartida a los indios y a los negros en Estados Unidos, así como la educación industrial y comercial.

Federico Gamboa

Federico Gamboa figuró como miembro del cuerpo diplomático de Díaz y, asimismo, fue un fugaz secretario de Relaciones Exteriores en el gabinete de Huerta. Fue también uno de los que huyeron de México en el *City of Tampico*, el famoso barco ganadero, junto con su esposa, instalándose en Galveston, Estados Unidos. Aquí, en unión de Ismael Zúñiga y otros, fundó la Asamblea Pacificadora Mexicana

que predicaba el retorno de la paz y el orden en México. Después de algunos trabajos infructuosos de la Asamblea, Gamboa salió de Estados Unidos porque el secretario de Estado, W.J. Bryan, le notificó que no era persona grata. En virtud de ello, se refugió en La Habana en donde dirigió la revista semanal *La Reforma Social*. Se sabe que a la par de la dirección de esta revista, entre 1915 y 1918 sobrevivió como escribiente en el Banco Internacional de Cuba y en la Unión Industrial y Comercial. Víctima de una gran amargura, el autor de *Santa* regresó a México en octubre de 1919.

Martín Luis Guzmán

Al renunciar Victoriano Huerta y desencadenarse la lucha fratricida entre los revolucionarios, Martín Luis Guzmán se sumó al bando de Francisco Villa, y en 1915 al ser derrotado el centauro del norte, se expatrió. En 1915 vivió en España y en Francia, en donde se reunió con otros mexicanos exiliados. Henríquez Ureña lo convenció de trasladarse a Estados Unidos e incluso le consiguió trabajo en la Universidad de Minnesota, sólo que Guzmán prefirió Nueva York. Al ser asesinado el presidente Carranza en 1920, Guzmán regresó a México para asumir la jefatura de la sección editorial *El Heraldo de México* y convertirse en secretario particular de su amigo Alberto J. Pani.

Gerardo Murillo

Al consumarse el ascenso de Carranza al poder, el pintor Gerardo Murillo, fue uno de sus aliados más importantes. En 1917 no pudo obtener una diputación federal, lo que causó su enojo y se exilió en Estados Unidos. En enero de 1920, el famoso doctor Atl, fue expulsado de Estados Unidos por considerársele un peligroso propagandista bolchevique. Al enterarse de la determinación de las autoridades estadounidenses, y considerando que no podía volver a México, porque había atacado a Carranza, Gerardo Murillo resolvió dirigirse a Rusia, en donde se especulaba que sería bien recibido, ya que en aquel país estaban en boga las doctrinas que él profesaba.

Amado Nervo

Al triunfo de los constitucionalistas, el diplomático Amado Nervo pasó al ostracismo, pero después de un letargo de cuatro años, Carranza olvidó su pasado y lo llamó para reincorporarlo al servicio exterior. Rápidamente volvió de Madrid a la ciudad de México, y en julio de 1918 se le designó ministro en Uruguay y en Argentina. Pero su estancia en el cuerpo diplomático al servicio del gobierno de Carranza duró menos de un año, ya que falleció en mayo de 1919 en Montevideo. Como se trataba de un poeta de altos vuelos en el mundo de las letras españolas, el gobierno dispuso embalsamar su cadáver y traerlo a México para rendirle los honores correspondientes.

Miguel Othón de Mendizábal

Miguel Othón de Mendízabal, miembro de una familia acomodada de raigambre porfirista, participó en el golpe de estado contra Francisco I. Madero. Durante la Decena Trágica fue testigo de los asesinatos de Gustavo Madero y Adolfo Bassó. En los días siguientes, su nombre pasó a segundo término, lo que no impidió que los carrancistas lo ubicaran y que a final de cuentas se exiliara en Guatemala y luego viajara a La Habana. Regresó a México una vez que Carranza fue asesinado. En la década de los treinta fungió como secretario del Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM.

Octavio Paz

En 1914, el joven diplomático Octavio Paz, hijo de Irineo Paz, el director de *La Patria*, se sumó al Ejército Libertador del Sur, en calidad de secretario de Emiliano Zapata, y dos años más tarde, fue nombrado embajador en Estados Unidos. Su exilio terminó justo con el triunfo del Plan de Agua Prieta. El sucesor de Zapata, Gildardo Magaña, entró en tratos con Obregón, y Octavio Paz y otros zapatistas desterrados, regresaron al país. A los pocos meses, varios

de ellos llegaron como diputados al Congreso de la Unión, destacando Octavio Paz.

Carlos Pereyra

Al enterarse de la caída de Victoriano Huerta, Carlos Pereyra, ministro del gobierno de México ante Bélgica, renunció. Se exilió en España, en donde convivió con Gabriel Fernández Somellera, Martín Luis Guzmán, los hermanos Rodolfo y Alfonso Reyes y Victoriano Salado Álvarez.

Rodolfo Reyes

En octubre de 1913, al ser disueltas las cámaras, Rodolfo Reyes fue internado en la penitenciaría y poco tiempo después puesto en libertad a condición de salir del país. Por cierto que la orden del destierro fue dada por Huerta durante una corrida de toros, a petición de uno de sus acompañantes, Ignacio Reyes, pariente de Rodolfo. Ya exiliado, Rodolfo Reyes siguió fiel a Félix Díaz e incluso redactó uno de sus manifiestos. Pronunció discursos y escribió artículos periodísticos en Europa y en Estados Unidos.

Victoriano Salado Álvarez

En 1916 vivía en el destierro en España y en julio de ese año pasó por La Habana, rumbo a El Salvador, junto con su familia. Visitó a Federico Gamboa a quien le confesó que prefería La Habana a tener que refugiarse en El Salvador. En agosto de 1917 hizo gestiones justamente desde El Salvador, tendientes a obtener la amnistía para regresar a México, sin resultados positivos.

José Juan Tablada

Autor del famoso *Chanteclair*, en 1913 dirigió el *Diario Oficial* y fue electo diputado federal en el congreso formado por Huerta. Al

triunfo constitucionalista salió del país en septiembre de 1914 en el vapor *City of Tampico*, en calidad de sobrecargo. No obstante ello, en 1918 Carranza lo nombró segundo secretario del servicio exterior en Colombia y Venezuela. Renunció a la diplomacia y en 1920 abrió en Nueva York una librería en donde difundió el arte mexicano.

Luis G. Urbina

El ex diputado porfirista Luis G. Urbina, resultó nombrado el 3 de abril de 1913 director de la Biblioteca Nacional. A mediados de junio de 1915, estaba desterrado en La Habana y era amigo de Federico Gamboa. En forma extraña le dio por hablar bien de Carranza buscando que el Primer Jefe se enterara de ello. En mayo de 1916 se embarcó hacia Nueva York y luego viajó a España. En enero de 1918 el vapor *Alfonso XIII* procedente de España, hizo escala en La Habana y entre sus pasajeros figuraba Luis G. Urbina, además de Sofía Romero Rubio, quienes iban camino a México. En esta ocasión, Luis G. Urbina le confesó a Federico Gamboa que la vida no tenía sentido si no se vivía en España, y mejor si se detentaba un cargo oficial. Sucede que Carranza ya le estaba financiando sus viajes y Urbina se esmeraba en adularlo.

José Vasconcelos

A finales de 1914 José Vasconcelos fungió como secretario de Educación en el gabinete de Eulalio Gutiérrez, designado presidente de la república por la Convención de Aguascalientes. A principios de 1915, Eulalio Gutiérrez huyó de la ciudad de México rumbo a San Luis Potosí con sus adeptos y parte de las tropas que le eran leales. Al agudizarse la lucha entre carrancistas y convencionistas, Vasconcelos escapó hacia Estados Unidos en donde permaneció por un lustro, hasta el estallido de la rebelión de Agua Prieta, cuando pudo regresar a México.

Rafael de Zayas Enríquez

Como otros muchos intelectuales, Rafael de Zayas Enríquez vinculó su suerte a Victoriano Huerta. La razón: anhelaba un gobierno fuerte, de mano dura, que impusiera el orden y la paz en toda la república. Al triunfo de Carranza se radicó en Nueva York, en donde trabajó en varias casas editoriales que traducían obras inglesas al español y, en agosto de 1916, estaba en la ciudad de París.

Personas que en 1914 entregaron la ciudad de México a los constitucionalistas

Eduardo N. Iturbide

En 1914, durante la presidencia de Francisco S. Carbajal, Eduardo N. Iturbide era gobernador del Distrito Federal. En virtud del cargo, en agosto de 1914 tuvo que negociar con Obregón los Tratados de Teoloyucan. A finales de ese año, salió rumbo a Estados Unidos. Junto con Emilio Rabasa puso un despacho de abogados. Sorpresivamente, en agosto de 1917 pasó por La Habana rumbo a México, pero al parecer su retorno tuvo complicaciones puesto que en octubre del mismo año, se hizo público que Estados Unidos se negaba a admitir a un grupo de 17 mexicanos deportados por Carranza, a cuya cabeza figuraban Eduardo N. Iturbide, Samuel García Cuéllar y el ex general Jesús Aguilar.

José María Luján

José María Luján fungió como titular de las secretarías de Relaciones Exteriores y de Gobernación en el interinato de Francisco S. Carbajal. En agosto de 1914 fue uno de los enlaces en la entrega de la ciudad de México a los constitucionalistas, razón más que suficiente para ser etiquetado de huertista y exiliarse en Estados Unidos. Se radicó en la ciudad de El Paso, Texas, en donde participó en diversos movimientos anticarrancistas.

José Refugio Velasco

En su calidad de secretario de Guerra, José Refugio Velasco fue el encargado de disolver el ejército federal. Algunos le han recriminado que al dejar la silla presidencial Francisco S. Carbajal, y producirse un vacío de poder, José Refugio Velasco no se hubiera hecho cargo de ella, basándose en que no había vicepresidente ni secretario de Estado alguno, en línea de sucesión. Cumplida su misión, se embarcó en el buque *Alfonso XIII* en Veracruz y permaneció algunos días en La Habana. Alejado de la milicia, se radicó en España y luego en Los Ángeles, California.

Ex gobernadores

Ignacio Alcocer

El 25 de julio de 1914 el vapor español *Buenos Aires* estaba anclado en el puerto de Veracruz, llevando a bordo al ex gobernador de Coahuila, quien figuró como el último ministro de Gobernación de Huerta, Ignacio Alcocer. El barco llegó a La Habana el 30 de julio. Como Ignacio Alcocer pensaba permanecer en esa ciudad, se hospedó en el hotel El Telégrafo.

Manuel Castilla Brito

En febrero de 1910, el general maderista Manuel Castilla Brito se convirtió en gobernador provisional de Campeche y, un año más tarde, en gobernador constitucional. Con motivo de la Decena Trágica, fue presionado por Huerta para que se definiera políticamente, y a mediados de 1913 hizo suyo el Plan de Guadalupe. A continuación se levantó en armas, pero al no lograr el apoyo de la población, se dirigió a Belice y luego a Nueva Orleáns en busca de refugio. En 1914 operaba en Guatemala al lado de varios jefes carrancistas que luchaban contra Victoriano Huerta. A fines de 1921 regresó a Campeche.

Teodoro Dehesa

Teodoro Dehesa, el último gobernador porfirista de Veracruz, enemigo de los científicos, no sólo se las arregló para mantenerse en el poder un mes después de la renuncia de Díaz, sino que continuó teniendo gran influencia en la política mexicana. Dehesa apoyó a Francisco I. Madero en virtud de que tenía relaciones estrechas con su familia, aunque también era amigo de Félix Díaz. Para mediados de 1912, Dehesa rompió con Madero e inició una fuerte campaña en su contra. Como las cosas se tornaron tirantes se exilió. Ese mismo año, era vigilado en La Habana por las autoridades mexicanas. Al regresar de su fugaz exilio en La Habana y en Nueva York, se enteró del alzamiento de Félix Díaz, pero no se le sumó. Teodoro Dehesa se exilió nuevamente en La Habana, en 1914, al igual que su hermano Francisco y su hijo.

Gumersindo Enríquez

El ex gobernador del Estado de México, Gumersindo Enríquez, se refugió en Barcelona, en donde al poco tiempo los problemas monetarios lo agobiaban. Aquí soportó con suma amargura el destierro. Volvió a México en agosto de 1919 vencido por la edad, la tristeza, el desencanto, y al poco tiempo murió.

Olegario Molina

Al estallar la revolución, Olegario Molina se retiró de la política, planeando pasar el resto de sus días en la ciudad de Mérida. Al perder a su esposa, y acompañado de su médico Rafael Betancourt, salió de Yucatán para visitar el viejo continente. De regreso pasó por La Habana, en donde lo recibió Avelino Montes, uno de sus yernos, quien le describió la situación del país a raíz de la revolución y lo convenció de permanecer allí. Olegario Molina aceptó quedarse en la isla y unió su suerte a la de otros exilados. El 25 de abril de 1925, a la edad de 82 años, Molina falleció en La Habana y sus restos fueron llevados a Mérida para sepultarlos.

Generales del ejército federal, constitucionalista y villista

José Alessio Robles

Al disolverse el ejército federal, el general José Alessio Robles salió al destierro. Con motivo del Plan de Agua Prieta, volvió a México, sólo para morir asesinado en agosto de 1921, por el también general Jacinto B. Treviño, un prominente carrancista.

Felipe Ángeles

Después de la ruptura entre Carranza y Villa, Ángeles permaneció en las filas de la División del Norte. A mediados de 1915, con la derrota de Villa en Celaya, en León y en Aguascalientes, y de graves fricciones con el centauro del norte, Ángeles salió del país eligiendo El Paso, Texas, como lugar de residencia. El 11 de diciembre de 1918 se internó clandestinamente en territorio mexicano, y se dirigió hacia Cuchillo Parado, Chihuahua, para reencontrarse con Villa. Después de un año de peregrinar y de cierta actividad militar, el 15 de noviembre de 1919 fue aprehendido. El 24 y 25 del mismo mes fue juzgado por un consejo de Guerra y condenado a la pena capital, acusado del delito de rebelión.

Aureliano Blanquet

Aureliano Blanquet secundó a Huerta en su renuncia al poder, y junto con su familia se embarcó en el vapor Dresden rumbo a Kingston, Jamaica. Después de esto, Blanquet tomó su propio camino y se radicó en Estados Unidos. De acuerdo con el Plan de Tierra Colorada, en los primeros días de marzo de 1919, Blanquet fue nombrado segundo en jefe del Ejército Reorganizador Nacional presidido por Félix Díaz. En virtud de ello, Blanquet se trasladó a La Habana para organizar una expedición y reunirse con Félix Díaz en suelo mexicano. Junto con siete personas partió en la goleta *Clara*. A mediados de abril, ya en suelo mexicano, Blanquet inten-

tó cruzar una barranca, pero su caballo resbaló y cayó al precipicio, falleciendo en forma instantánea.

Emilio P. Campa

El 25 de julio de 1914, se hallaba en el puerto de Veracruz el vapor *Buenos Aires*, en el cual huían varios miembros del gabinete de Huerta y también algunos militares entre los que figuraba el general Emilio P. Campa. El vapor llegó a La Habana a 30 de julio, y en los días siguientes, el general se trasladó a Estados Unidos. A fines de noviembre de 1914 Campa se hallaba en El Paso, Texas, junto con Orozco y otros correligionarios, montando la contrarrevolución.

Luis Medina Barrón

A la llegada de Carranza al poder, Luis Medina Barrón se exilió en Estados Unidos. En 1916 se convirtió en uno de los hombres más cercanos a Félix Díaz. Entre otras cosas, fue el contacto con Manuel Estrada Cabrera, para que les permitiera usar el suelo guatemalteco como base de operaciones del movimiento felicista. Como era un hombre de acción, en octubre de 1918 abandonó Estados Unidos para luchar en suelo mexicano contra Carranza, operando en el altiplano, sobre la vía del ferrocarril Interoceánico, al frente de unos 400 hombres.

Ignacio Morelos Zaragoza

En abril de 1914, el sobrino del general Ignacio Zaragoza afrontó el incidente del puerto de Tampico que, a la postre, desencadenó la invasión al puerto de Veracruz. A la caída de Huerta, permaneció en México. Después de participar en las filas villistas que luchaban contra los carrancistas, se expatrió en Estados Unidos. En marzo de 1918 volvió a México al frente de una incursión armada, la cual fracasó y le costó la cárcel.

Pascual Orozco

A la renuncia de Huerta, Pascual Orozco se rebeló contra el presidente interino Francisco S. Carbajal, y obviamente contra los constitucionalistas, secundado por Francisco Cárdenas y el general Emilio P. Campa. A principios de 1915 Orozco vivía en Estados Unidos, promoviendo la contrarrevolución. En mayo Orozco hizo un viaje a Nueva York para reunirse con Huerta y convocar a todos los exiliados que estuvieran interesados en participar en el derrocamiento de Carranza. El 24 de junio, los agentes del Departamento de Justicia y tropas federales, aprehendieron a Victoriano Huerta y a Pascual Orozco, en Newman, Nuevo México, acusándolos de violar las leyes de neutralidad de Estados Unidos. Después de una serie de vaivenes, el 3 de julio, Orozco escapó de su arresto domiciliario por una ventana. Tan pronto como las autoridades se dieron cuenta de su fuga, se desencadenó una feroz persecución. El 30 de agosto de 1915, Pascual Orozco y cuatro de sus compañeros fueron muertos a tiros en el Cañón del Río Verde, Condado de Culberson, Texas, por un grupo de alguaciles federales y policías rurales.

Juvencio Robles

El ex gobernador de Morelos, general Juvencio Robles, salió de México en el *City of Tampico* y la historia lo registra como un personaje siniestro, culpable de la represión de los campesinos zapatistas. En mayo de 1917, falleció en San Antonio, Texas.

Guillermo Rubio Navarrete

A la semana de la renuncia de Huerta, el general Guillermo Rubio Navarrete salió del país rumbo a Europa. A principios de 1916 apareció en La Habana, de donde ya no se movió. A finales de ese año tuvo una violenta riña con el villista Roque González Garza, al grado de que resolvieron solucionarla con un duelo, el cual no se consumó.

José Inés Salazar

Durante el huertismo, José Inés Salazar luchó al lado de Pascual Orozco contra Villa. En enero de 1914, después de la batalla de Ojinaga, se pasó a Estados Unidos. Más tarde, se incorporó al grupo de El Paso que preparaba la contrarrevolución encabezada por Victoriano Huerta y Pascual Orozco.

Luis Emeterio Torres

El 27 de mayo de 1911 renunció al cargo de gobernador de Sonora, cerrando su ciclo de vida política. Según Francisco R. Almada, Luis E. Torres pidió licencia para retirarse del ejército radicándose en Los Ángeles, California, en donde vivió hasta su fallecimiento ocurrido en 1935, a la edad de 91 años, sin que jamás hubiera regresado a Sonora ni a México. Al parecer, los datos son falsos puesto que Federico Gamboa expresa que en mayo de 1914, este general regresó de Los Angeles a la ciudad de México, y que incluso se frecuentaban. A la caída de Huerta, el general Luis E. Torres huyó figurando como pasajero en el famoso buque *Buenos Aires* que llegó a La Habana el 31 de julio de 1914. Se trata del mismo barco en que viajaban los ex secretarios José María Lozano, Nemesio García Naranjo e Ignacio Alcocer. En los años siguientes, siguió activo en la política anticarrancista en Estados Unidos y, al momento de promulgarse la Constitución de 1917, firmó junto con otras 55 personas una fuerte protesta.

Antonio I. Villarreal

Al lado de las fuerzas que apoyaban al Primer Jefe, Antonio I. Villarreal participó en los combates contra las fuerzas villistas al mando del general Felipe Ángeles. Al resultar derrotado en marzo de 1915, en Ramos Arizpe, Coahuila, se distanció del Primer Jefe y se marchó del país. Salió por ferrocarril hacia Matamoros, cruzó la frontera para llegar a Brownsville y finalmente se asentó en San

Antonio, Texas. En esta ciudad frecuentaba a José Vasconcelos, quien también estaba expatriado. En 1919, Antonio I. Villarreal y José Vasconcelos se reunieron con Obregón en San Diego, California, para sumarse a su campaña presidencial. Justo en vísperas del inicio de la rebelión de Agua Prieta, Villarreal regresó al país y los sonorenses lo designaron jefe militar de la zona que comprendía Coahuila, Nuevo León y Tamaulipas.

Miembros del gabinete de Huerta

Salomé Botello

El ex secretario de Fomento, Salomé Botello, apareció en Estados Unidos en 1917 firmando una protesta contra la Constitución de 1917 junto con medio centenar de exiliados.

Aureliano Urrutia

Entre junio y septiembre de 1913, Aureliano Urrutia, una eminencia en el campo de la medicina, fue secretario de Gobernación. A mediados de mayo de 1914, ocho meses después de haber dejado el gabinete, decidió salir del país. Viajó al puerto de Veracruz que estaba ocupado por las tropas estadounidenses, con intenciones de exiliarse en Alemania, pero los invasores lo identificaron y tomaron preso. Después de esto lo llevaron a Texas, concretamente a la ciudad de San Antonio, en donde su fama de cirujano se acrecentó, al punto de convertirse en toda una celebridad hasta su muerte, acaecida en 1975. A pesar de su fama, no formó parte en los trabajos emprendidos por Huerta para recuperar el poder, debido a graves resquemores.

David de la Fuente

Una vez que Pascual Orozco se subordinó al gobierno de Huerta, el ingeniero David de la Fuente ocupó el puesto de secretario de Comunicaciones. Al poco tiempo de retirarse del gabinete, David

de la Fuente buscó la presidencia de la república en octubre de 1913, llevando a Andrés Molina Enríquez como candidato a la vicepresidencia. Salió desterrado casi al mismo tiempo que Huerta y vivió tanto en Londres como en Estados Unidos.

Adolfo de la Lama

El ex secretario de Justicia y de Hacienda, Adolfo de la Lama, llegó al puerto de Veracruz el 11 de julio de 1914 acompañado de un grupo de amigos y se encaminó al muelle para abordar el vapor *Espagne*. Según un libro publicado en la década de los treinta y cuyo autor es Querido Moheno, siendo todavía ministro, De la Lama reclamó el amparo de los soldados estadounidenses que ocupaban Veracruz, se subió al vapor Espagne, redactó su renuncia al cargo de secretario de Hacienda, y de ahí la envió a la ciudad de México. Tres días después llegó a La Habana el citado barco, en el cual viajaban, además de Adolfo de la Lama, Querido Moheno.

Toribio Esquivel Obregón

Fue el primer secretario de Hacienda de Huerta, no tanto por su cercanía y amistad, sino como resultante de su reputación de persona experta en asuntos financieros. A causa de ciertas intrigas políticas y desacuerdos en torno a irregularidades en el manejo de los recursos de la Tesorería, Esquivel Obregón renunció en julio de 1913 y salió para el extranjero. Se instaló en Nueva York, y en 1915 figuró como miembro de la Junta Directiva de la Asamblea Pacificadora Mexicana junto con Federico Gamboa. Para allegarse recursos, dictaba una cátedra en la Universidad de Columbia.

Manuel Garza Aldape

Garza Aldape estuvo al frente de diferentes secretarías de Estado durante el huertismo. De junio a agosto de 1913, ocupó la cartera

de Instrucción Pública y Bellas Artes; de agosto a septiembre, la Secretaría de Fomento; de septiembre y hasta noviembre del mismo año, la Secretaría de Gobernación. En sesión urgente del gabinete celebrada el 9 de octubre de 1913, Manuel Garza Aldape, apoyado por Aureliano Blanquet, el secretario de Guerra, sugirieron disolver el Congreso antes de que éste tomara la iniciativa y exigiera la renuncia de Huerta. Garza Aldape vivió algún tiempo en Europa y luego se trasladó a Estados Unidos, fijando su residencia en Portland, Maine.

Enrique Gorostieta

El secretario de Justicia y luego de Hacienda en el gabinete de Huerta, Enrique Gorostieta, se exilió en Estados Unidos. Se ignora su fecha de salida del país, pero de inmediato se sumó a distintos movimientos anticarrancistas. Al momento en que Huerta buscó recuperar el poder en julio de 1915, entrando a territorio mexicano a través de El Paso, Texas, Gorostieta fue atrapado y encarcelado por las autoridades estadounidenses.

José López Portillo y Rojas

En mayo de 1914, el diplomático alemán Paul von Hintze habló con el secretario de Relaciones Exteriores, J. López Portillo, y tras una larga conversación, lo convenció de que era necesario deponer a Huerta con o sin violencia. Sin embargo, el secretario de Comunicaciones, José María Lozano, se enteró de ello, y le informó a Huerta de los detalles del complot. Huerta estaba sumamente indignado, pero se abstuvo de pasarlo por las armas, limitándose a enviarlo al exilio.

Carlos Rincón Gallardo

El secretario de Agricultura de Huerta, Carlos Rincón Gallardo, salió del país en los últimos días de septiembre de 1914 rumbo a

Estados Unidos, en el barco ganadero *City of Tampico*. En agosto de 1915 Rincón Gallardo se trasladó a La Habana, en donde se enteró de que muchos de los antiguos ricos mexicanos que vivían en París y Londres, estaban empobrecidos y decididos a regresar a México. Rincón Gallardo vivió tanto en La Habana como en Estados Unidos.

Eduardo Tamariz

Fue miembro prominente del Partido Católico, de la Compañía Expendedora de Pulques, de la Liga de Agricultores de Tlaxcala y diputado federal por Tlaxcala. En febrero de 1914, Huerta lo nombró titular de la recién creada Secretaría de Agricultura. Fue uno de los que huyó el 25 de septiembre en el vapor *City of Tampico*, y se exilió en San Antonio, Texas, junto con su familia.

Jorge Vera Estañol

Jorge Vera Estañol, al igual que Rodolfo Reyes, sirvió en el gabinete original de Huerta y, después de su renuncia, regresó a la Cámara de Diputados. Fue uno de los diputados enviados a la penitenciaría en octubre de 1913, al ser disuelta la cámara. Se exilió en Estados Unidos.

OTRAS PERSONAS PARTIDARIAS DE VICTORIANO HUERTA

Miguel Bolaños Cacho

En enero de 1915, Miguel Bolaños Cacho apareció en San Antonio, Texas, convertido en uno de los fundadores de la Asamblea Pacificadora Mexicana junto con Federico Gamboa, Ismael Zúñiga, Eliseo Ruiz y otros, cuyo propósito era trabajar para terminar el conflicto armado en México. Naturalmente, sus actividades no escapaban al gobierno mexicano, y fue una de las personas fuertemente vigiladas.

Manuel Calero

Manuel Calero no tomó parte en el cuartelazo de la Ciudadela ni en el golpe de estado de Huerta. Para cumplir con lo estipulado en el Pacto de la Embajada, en el verano de 1913, un grupo de liberales independientes apoyó su candidatura a la presidencia de la república, en unión de Jesús Flores Magón. Como Huerta no tenía prisa en cumplir con lo pactado, su candidatura se desmoronó. Al parecer, fue objeto de persecución por parte del secretario de Gobernación Aureliano Urrutia, lo que lo obligó a salir de México y radicarse en Nueva York.

Francisco Cárdenas

A la caída de Huerta, Francisco Cárdenas se unió al pronunciamiento de Pascual Orozco contra el presidente interino Francisco S. Carbajal. Después de algunas escaramuzas, Orozco se dirigió al norte para cruzar la frontera con Estados Unidos, mientras que Cárdenas tomó el camino hacia el sur y se refugió en Guatemala. Allá permaneció durante cinco años, participando en diversos movimientos anticarrancistas junto con otros exiliados. Con el derrocamiento de Estrada Cabrera en Guatemala y de Carranza en México, se revivieron los trámites para extraditarlo. Por estar metido en un lío de faldas, Cárdenas fue arrestado, y al otorgársele la libertad bajo fianza trató de escapar a Costa Rica, pero el ejército guatemalteco lo capturó. Cuando iba escoltado a Guatemala, sacó un revólver de entre sus ropas y se pegó un tiro en la cabeza.

Luis Fernández Castello

En octubre de 1914 estaba desterrado en Estados Unidos, concretamente en Nueva York, vinculándose con diversos movimientos anticarrancistas.

Francisco Pascual García

Siendo diputado federal, el 15 de julio de 1914, Francisco Pascual García pronunció un discurso en el que se opuso a aceptar la renuncia de Huerta a la presidencia de la república. A fin de cuentas su postura resultó inútil, y a la llegada de Carranza a la ciudad de México, se exilió primero en La Habana y luego en El Paso, Texas, en donde vivió en pésimas condiciones económicas.

Ricardo Gómez Robelo

El 30 de julio de 1914, Ricardo Gómez Robelo, quien fue procurador general de la república, llegó a La Habana en el vapor español *Buenos Aires*. Se trata de la misma embarcación en la que también viajaban sus colegas de gabinete José María Lozano, Nemesio García Naranjo, Ignacio Alcocer, el ex gobernador Juan Hernández, obispos, generales y directores de diarios.

Emilio Rabasa

Con motivo de la invasión estadounidense al puerto de Veracruz en abril de 1914, los gobiernos de Argentina, Brasil y Chile se ofrecieron como mediadores para resolver el conflicto. Huerta nombró una comisión que representara a México en las conferencias de Niágara Falls. La comisión estuvo compuesta por Emilio Rabasa, Agustín Rodríguez y Luis Elguero. Emilio Rabasa, quien llegó a Estados Unidos como diplomático, al triunfo carrancista permaneció como refugiado en ese país.

Vicente Sánchez Gavito

Durante el maderismo, Vicente Sánchez Gavito hizo pareja con Torres Adalid al frente de la Liga de Agricultores de Tlaxcala, y en 1913, fue su suplente en el Senado de la república. Se significó por su oposición a las huelgas de los peones en las haciendas de

Tlaxcala. En 1914 se exilió en Nueva York, al igual que su hermano Manuel.

Ignacio Torres Adalid

Además de figurar en el grupo de los principales dirigentes de la Compañía Expendedora de Pulques durante el maderismo, Ignacio Torres Adalid fundó la Liga de Agricultores de Tlaxcala e incursionó en la política nacional como senador por Tlaxcala. Al disolver Huerta el Congreso de la Unión en 1913, y convocar a elecciones para formar uno nuevo, fue reelegido senador por la misma entidad. Al triunfo de Carranza se exilió en La Habana, en donde murió en septiembre de 1914, a la edad de 79 años.

ALGUNOS VILLISTAS

Manuel Bonilla

Amén de diversos cargos, Manuel Bonilla fue secretario de Estado con Villa. Como resultante de la escisión de las fuerzas revolucionarias, se refugió en El Paso, Texas, en donde puso una tienda de abarrotes que atendía personalmente. Como aquí deambulaban importantes núcleos huertistas que le eran hostiles, Bonilla clausuró su comercio y se trasladó a Nueva York, en donde trabajó con un grupo de desterrados. En 1916 se desplazó a La Habana para entrevistarse con los exiliados mexicanos.

Miguel Díaz Lombardo

Díaz Lombardo fue secretario de Relaciones Exteriores y de Justicia en uno de los gobiernos emanados de la Convención de Aguascalientes, apoyado por Francisco Villa. Con la debacle de la División del Norte, se refugió en El Paso. Más tarde, Villa asesinó a 17 estadounidenses en Santa Isabel, y las autoridades de ese país vigilaron muy de cerca a sus correligionarios, señalando que Díaz Lombardo se dedicaba a la vagancia. Esgrimiendo esta arma, lo encarcelaron

y luego lo expulsaron de Texas, razón por la que emigró a California. Después de esto, se refugió en Nueva Orleáns, en compañía de los villistas Medinaveytia, Banda, Ramón Prida y otros más.

Ernesto Madero

Con el golpe de estado contra su sobrino Francisco I. Madero, Ernesto Madero, secretario de Hacienda entre 1911 y 1913, se exilió en Estados Unidos. Como una forma de vengar la muerte de su sobrino, durante el huertismo financió la causa de Francisco Villa. Finalmente, Villa perdió la partida contra Venustiano Carranza, y Ernesto Madero tuvo que permanecer en el exilio hasta 1923.

Miguel Silva

El doctor Miguel Silva, muy cercano al centauro del norte, se exilió en La Habana. En agosto de 1916 cayó gravemente enfermo. Manuel Márquez Sterling le solicitó a Carranza permiso para que el galeno pudiera morir en México, pero la respuesta fue negativa. Como su salud se agravó, murió el 20 de agosto, después de recibir los santos sacramentos.

Hipólito Villa

Por encargo del gobierno mexicano, en los últimos días de 1915 la policía de La Habana vigilaba estrechamente a Hipólito Villa, hermano del Centauro del Norte quien, junto con otros villistas realizaba actividades contrarrevolucionarias. Lo notable es que La Habana era un paraíso huertista y no villista. Pero además de Hipólito, en La Habana estaban Luz Corral, la esposa de Francisco Villa, y sus hijos. Como su labor anticarrancista arreció, en febrero de 1916 Hipólito Villa fue aprehendido, y a los dos meses liberado. Después de ello, se trasladó a Estados Unidos.

ARZOBISPOS

Eulogio Gillow

Eulogio Gregorio Gillow, arzobispo de Oaxaca, de cuna noble, era amigo personal de Porfirio Díaz. Enemigo del socialismo, detestaba a Carranza, razón por la que en 1914 se exilió en Los Ángeles, California, regresando hasta 1921 con el beneplácito de Obregón. El aristócrata y mundano Gillow, no se mezcló con los miembros del clero exiliados ni en Estados Unidos ni en La Habana, amén de otros lugares.

Francisco Mendoza y Herrera

En 1914, Francisco Mendoza y Herrera fue aprehendido en la ciudad de Durango y llevado a penitenciaría en donde fue recluido por unos días. Al ser puesto en libertad, se le exigió abandonar tanto la ciudad como el país. En vista de ello se dirigió a Los Ángeles, California en donde permaneció los siguientes cinco años. El 10 de abril de 1919, la prensa hizo público su retorno a Durango, por lo que con ese motivo reinaba gran júbilo entre la población católica.

José Mora y del Río

En vísperas del triunfo de los constitucionalistas, José Mora y del Río, Arzobispo de México, viajó a Roma y luego se exilió en La Habana, Cuba. En marzo de 1918, monseñor Mora del Río, en unión de otros prelados y dos sacerdotes, sin pasaporte ni autorización, cruzaron la frontera mexicana por Laredo, y se dirigieron a la capital de la república. Al año siguiente salió de su escondite y reanudó sus actividades episcopales.

Francisco Orozco y Jiménez

A mediados de agosto de 1914, Francisco Orozco y Jiménez abandonó el país por el puerto de Veracruz en el vapor *María Cristina* e hizo escala en La Habana y luego se dirigió a Europa. Después de vivir un tiempo allá, se trasladó a Estados Unidos. En noviembre de 1916, penetró en forma clandestina a suelo mexicano y al poco tiempo fue capturado y nuevamente desterrado. El 2 de agosto de 1919 cruzó la frontera mexicana pero, en lugar de dirigirse a Guadalajara, tomó un tren rumbo a la ciudad de México. Superados diversos obstáculos legales, en octubre del mismo año, Orozco y Jiménez abordó el tren en la estación de Buenavista con destino a la ciudad de Guadalajara. Casi en todo el trayecto, desde la ciudad de México hasta la capital tapatía, fue objeto de aclamaciones.

Francisco Plancarte, arzobispo de Linares

En 1915 Francisco Plancarte vivía en Estados Unidos, y el padre Kelley le propuso que, junto con Federico Gamboa, escribiera una historia de México. Gamboa no aceptó y finalmente Plancarte escribió una *Historia antigua de México*. El 7 de mayo de 1919 abandonó Chicago, y a mediados de ese mismo mes, después de un exilio de más de cinco años, llegó a Monterrey.

Leopoldo Ruiz, arzobispo de Michoacán

Leopoldo Ruiz, arzobispo de Michoacán, vivió desterrado en Chicago, en donde escribió una *Historia de la Nueva España*. Para agosto de 1918 había hecho varios intentos por cruzar la frontera y recuperar su diócesis. Finalmente, en septiembre de 1919, retornó triunfal a Morelia.

Martín Tritschler y Córdoba, arzobispo de Yucatán

Al comenzar el año de 1914, las noticias sobre el avance de las tropas constitucionalistas, se tornaron alarmantes en Yucatán. Reba-

sado por los acontecimientos, el 24 de agosto de 1914 Martín Tritschler emprendió el camino al destierro en La Habana. Justo aquí se encontraría con el arzobispo de México, José Mora y del Río, y con el ex gobernador de Yucatán, Olegario Molina. Una vez que el gobernador carrancista Salvador Alvarado abandonó la península en 1918, su sucesor autorizó a todos los clérigos regresar a Yucatán, incluyendo al arzobispo Martín Tritschler, quien lo hizo en 1919.

APÉNDICE II

Lista de personas sujetas a juicio por traición conforme a la ley de 25 de enero de 1862

EL COMANDANTE General de la Plaza, general Salvador Alvarado, señala a los presuntos autores del Cuartelazo. Al frente: un sello que dice "Comandancia militar de México". Sección de Justicia. Número 7760. Al frente: Hónrome en participar a Ud. que con esta fecha se dicta la orden de proceder por infracción de las fracciones II, III, VII y XII del artículo 3o. de la Ley de 25 de enero de 1862, puesta en vigor por el C. Primer Jefe del Ejército Constitucionalista, contra las personas siguientes:

Victoriano Huerta
Manuel Mondragón
Aurelio Blanquet
Félix Díaz
Henry Lane Wilson
Francisco León de la Barra
Jorge Vera Estañol
Alberto García Granados
Alberto Robles Gil
Rodolfo Reyes
David de la Fuente
Toribio Esquivel Obregón
Francisco Cárdenas
Cecilio Ocón
Celso Acosta
José Bonales Sandoval
Antonio Monter
Ex general Manuel Velázquez
Paulino Ortega
Raúl Lalanne
Joaquín D. Casasús
Ignacio de la Torre y Mier
Jesús Rábago
Javier Larrea
Manuel Calero
Mariano Ruiz
José Mondragón
Enrique Mondragón
Indalecio Sánchez Gavito
Vicente Sánchez Gavito
Manuel Sánchez Gavito
Fidencio Hernández
Armando Santacruz
Ex mayor Genaro B. Trías
Ex mayor Federico Hernández
Ex capitán 1o. Rafael Romero López
Ex capitán 1o. Francisco Landerson
Ex capitán 1o. Lorenzo B. Pacheco
Ex capitán 2o. Luis Fitzmaurice
Ex capitán 2o. Jorge Nuding

Luis Fernández Castelló
Alberto Murphy
Fernando de Teresa
Juan Saldívar Flores
Fernando Pimentel y Fagoaga
Alberto Braniff
Tomás Braniff
Oscar Braniff
Manuel Vidaurrázaga
Ex capitán 2o. Moisés Ramos
Alfonso M. Perdomo
Ex subteniente Wenceslao de la Peña
Ex capitán 2o. Luis G. Monter
Ex capitán 2o. Aurelio P. Simancas
Ex capitán 2o. Samuel H. Gutiérrez
Ex teniente Fidel Malgarejo
Ex subteniente Ramón Méndez
Ex subteniente Manuel Aguilar
Ex capitán 2o. Luis G. Mendoza
Ex capitán 2o. Santiago Mendoza
Ex coronel Ignacio Muñoz
Ex capitán 2o. Eduardo Trujillo
Irineo Rivera
Pablo Morales
Luis Rivera
Pablo Vega
Esteban Martínez
Vicente García
Pedro López
José Sánchez
Agustín Ramírez
Manuel Alava
Antonio Almaraz
Porfirio Sauceda
Ambrosio Sauceda
Juan García
Antonio Velázquez
Ángel Plata
Alfredo Jiménez
Leopoldo Torres
Salomé Zambrano
Carmen López
Hipólito Escalona
Juan D. Argumedo
Carlos Martínez Peregrina
Ex capitán 2o. Andrés Zaragoza
Ex capitán 2o Agustín B. García
Ex capitán 2o. Ildefonso Puga
Ex teniente Anacleto Covarrubias
Ex teniente Ricardo Varela
Ex subteniente Faustino Medina
Ex subteniente Onésimo Espinosa
Ex capitán 2o. Fernando Aguilar
Samuel Espinosa de los Monteros
Reynaldo Manríquez
Francisco Espejel
Ángel Robles
Refugio Robles
Felipe Gómez
Inés Gómez
Jesús Corona
Pilar Andrade
Isidro Fernández
Jesús Rodríguez
José Morales
Hilario M. Islas
Francisco Martínez
Heriberto de la Vega
Carlos Díaz
Pedro Morales Pérez
Cirilo Carreño
Daniel Camacho
Guadalupe Martínez
Miguel López
Manuel Vázquez
Pedro Flores
Santiago Galicia
Rosendo Ramírez
Antonio Pérez
Moisés Olivares
Baldomero Torres
Arnulfo Araiza
Gabriel Miranda
Manuel Pérez
Eduardo Olmos
Ramón Pérez Solís
Antonio Álvarez Rul
Alfredo Bablot
Tomás Berlanga
Mauro Cándano

Andrés Bermejillo
Rafael C. Goyenechea
Miguel Cortina Rincón
Luis Elguero
Gonzalo Alfaro
Miguel Lanz Duret
Enrique Fernández Castelló
Carlos Fernández
Rafael Pimentel
José Mares
Ricardo del Río
Xavier Piña y Aguayo
Alberto Beteta
Xavier Icaza y Landa
Leopoldo Gavito
José Luis Requena
Gumersindo Enríquez
Emilio Rabasa
Fernando Zárraga
Antonio Cardoso Osio
Ramón Cosío González
Manuel Puga y Acal
Enrique Orozco
Miguel Gutiérrez Guerrero
Miguel Hernández Jáuregui
Angel Rivero Caloca
José Arellano
Rafael Alcérreca
Rafael Ramos Arispe
Carlos Arellano
Javier Algara
Guillermo Brockman
Alonso Peón
Alfredo E. Rodríguez
José Romero
Federico Ramos
Francisco Rincón Gallardo
José N. Facha
Jesús Salcedo y Avilés
Vicente Sánchez Gutiérrez
Manuel López de Rivero
Adolfo Fenochio
Francisco Llamosa
Santiago G. Paz
Julio Michel
Ramón Reynoso
Carlos Cosío
Alfonso Castelot
Juan Cárdenas
Manuel Cuesta Gallardo
José Corral
Guillermo de Landa y Escandón
Manuel de la Peña
Manuel Escalante
Alfredo Flores
Manuel Fernández Guerra
Gonzalo Garita
Ángel Gaviño Iglesias
Miguel T. González
Roberto García
Eduardo Iturbide
Francisco Icaza e Icaza
José María Mena
Alberto L. Palacios
Alfredo Ramos Martínez
Alfonso Mariscal y Piña
Ignacio Reyes
Andrés Sánchez Juárez
Manuel Morales Medina
Agustín M. Lozano
Antonio Meza
Esteban Maqueo Castellanos
Luis Martínez de Castro
Manuel Olea
Rafael Pardo
Eduardo Prieto Basave
Jesús Plaza
Eduardo M. Cauz
Guillermo Obregón
Ramón González Suárez
Jesús Flores Magón
Francisco Olaguíbel
Adalberto Esteva Ruiz
Benjamín Camarena
Luis Ballesteros
Luis Fuentes
Alberto Quiroz
Carlos García Hidalgo
Manuel Rivera
Alberto Canseco
Miguel Bolaños Cacho
Ricardo Rodríguez Moctezuma

Enrique B. Pérez
Aurelio Cadena Marina
Domingo Palacio
Ignacio de Zayas Zetina
Mario Banunet
Arturo López de Rivero
Guillermo Rubio Navarrete
Manuel Guasque
Agustín Bretón
Javier de Maure
Espiridión Carmona
Joaquín Mass
Gustavo Mass
Pascual Orozco
Antonio Rábago
Jorge Huerta
Sebastián Camacho
Francisco Chávez
Joaquín Pita
Luis de la Barra
Roberto Esteva Ruiz
Nicolás Bejarano
Adolfo de la Lama
Enrique Gorostieta
Agustín Garza Galindo
Salomé G. Aldape
José María Garza Aldape
Eduardo Tamariz
Ignacio Alcocer
José María Luján
Ramón F. Luján
Enrique Crell
Salvador Díaz Mirón
Juan Hernández
Carlos Pereyra
Carlos Águila
Luis del Toro
Ángel González
Pedro Ojeda
Joaquín Téllez
Fernando Trucy Aubert
Manuel Zosaya
Francisco Romero
Rómulo Cuéllar
Agustín Sanjinés
Aurelio Urrutia
Manuel Garza Aldape
José Elguero
Porfirio Díaz Jr.
Lorenzo Elízaga
Porfirio Díaz Señor
José I. Limantour
José Refugio Velazco
Francisco Carvajal y Gual
Ignacio A. Bravo
Carlos Rincón Gallardo
Ricardo Gómez Robelo
José María Lozano
Nemesio García Naranjo
Querido Moheno
Rubén Valentí
Federico Gamboa
José López Portillo y Rojas
Arturo Alvaradejo
José Juan Tablada
José Velasco
Roberto Bravo
Luis Medina Barrón
Gustavo Salas
Juan D. Almazán
Eduardo Ocaranza
Gabriel E. Guillón
Valente G. González
Francisco S. Rivero
José Arellano
José Elizondo
Francisco Bulnes
José Ferrel
Jesús Pliego
Agustín Figueras
Francisco García
Enrique Servín
Porfirio Reyes
Leopoldo Beristáin
José Francisco Maldonado
Arturo G. Troncoso
Juan Muddón
Pomposo Valenzuela
Pánfilo Maldonado
Carlos S. Díaz

Salomé Botello
Luis G. Pradillo
Ramón Corona
Jesús Garza González
Eduardo Pallares
Cayetano Castellanos
Leopoldo Rebollar
Genaro García
Antonio D. Palacio
Ignacio Valdespino
Antonio María Álvarez
Ramón L. Zapata
Francisco Villalón
Alberto T. Rasgado
Carlos Gómez
Juan de Dios Bejarano
Enrique Alducin Sánchez
Bartolo Guardiola Rentería
Enrique Guardiola Rentería
Alberto Guardiola Rentería
Carlos Herrera
Gaudencio de la Llave
Emilio Bulle y Goyre
Emilio Berea
Ex teniente Enrique Pérez
Ex teniente Cástulo Villaseñor
Bernardo de Cólogan y Cólogan
Francisco Cánovas
José Ma. Soriano
Luis Pasquel
Antonio de la Peña y Reyes
Miguel Gamboa
José Jesús Fernández
Celestino Fernández
José Guadalupe Aguilera
Antonio Casanueva
Evaristo E. Padilla
José Siso
Juvencio Robles
Rafael N.V. Contreras
Teodoro A. Dehesa
Servando D. Canales
Eduardo Fernández
Gustavo Guardiola Rentería
Carlos Guardiola Rentería
Enrique Quintana
Enrique San Germán
Mariano Escárraga
Armando Mendiolea
Ex capitán 2o. Juan Montaño
Ex teniente Nardo Mendoza
Rafael Rosas
José Delgado

Fuente: Tomado de Calixto Maldonado, *Los asesinatos de los señores Madero y Pino Suárez como ocurrieron. Recopilación de datos históricos*, México, s.p.i., 1922, pp. 44-46.

Siendo Juez de la causa el Coronel primero de Instrucción Militar en el concepto de que para el procedimiento se dispone se sujete el procedimiento a lo dispuesto en el decreto número catorce de 12 de diciembre de 1913, respecto a los que actualmente se encuentran aprehendidos y a los prófugos se ordena se giren las órdenes de aprehensión respectivas.- Reitero a Ud. mi consideración.- Constitución y reformas.- México, 12 de diciembre de 1914. General Comandante Militar, S. Alvarado.- Rúbrica.- Al C. General Presidente del Supremo Tribunal Militar.- Pte.

Fuentes de investigación

En 1916, un personaje llamado Antimaco Sax, atrajo la atención sobre este tema candente en tales años, en un libro llamado *Los mexicanos en el destierro*. Todo indica que el verdadero autor es José Elguero, pero se ignora por qué razón utilizó este seudónimo. Nemesio García Naranjo expresa que el ex director de *El País*, escribió un libro con este título, y en segundo lugar, que se editó en 1916 en San Antonio, Texas, justo en donde él vivía y publicaba la *Revista Mexicana*. En una parte de su obra, Antimaco Sax aporta los rasgos biográficos de 27 mexicanos desterrados en Estados Unidos y en La Habana. En sus páginas desfilan personajes del calibre de Aureliano Urrutia, Manuel Mondragón, Federico Gamboa, Francisco S. Carbajal, Emilio Vázquez Gómez, Manuel Calero, Emilio Rabasa y Francisco Bulnes entre otros. Pero también habla de varios miembros del clero mexicano desterrados a causa del cariz anticlerical asumido por los jefes constitucionalistas. Sucede que parte de la cúpula del clero, junto con centenares de sacerdotes, estaban refugiados en Estados Unidos, Cuba y Centroamérica. Pasa lista a los obispos que residían en San Antonio, en Chicago, Nueva Orleáns y en La Habana.

En segundo lugar, son importantes los tomos VII y VIII de las *Memorias* de Nemesio García Naranjo, publicadas en Monterrey, Nuevo León, en la década de los sesenta del siglo XX. El autor dice que se trata de los artículos que publicó en los periódicos de México entre 1953 y 1961. Pero sin duda, uno de los testimonios más dramáticos y desgarradores sobre el exilio mexicano, es el de Federico

Gamboa quien, en el tomo VI de su *Diario* narra su paso por la secretaría de Relaciones Exteriores durante el gobierno de Huerta, su candidatura por el Partido Católico, y su exilio en Estados Unidos y en Cuba, en donde convivió con el grueso de los exiliados. La mayor parte del *Diario* se refiere justo al periodo correspondiente a los intentos de los exiliados por derrocar a Carranza, sus peripecias, las amarguras, los empleos mal remunerados, las enfermedades y las ansias por retornar al suelo patrio. *El Diario* apareció fragmentado en el periódico *Excélsior:* primero, entre 1940 y 1941, para concluir entre 1960 y 1961.

El libro de Rodolfo Reyes, *Mi vida*, tomo 2, muestra el ambiente de la Decena Trágica, se deslinda del asesinato de Madero y Pino Suárez, y narra su paso por la secretaría de Justicia en el gabinete de Huerta. En el tomo 3, se esperaba que abordara con profundidad el destierro, pero no lo hace, y se centra en la situación política española. Querido Moheno publicó *Mi actuación política después de la Decena Trágica* y *Sobre el ara sangrienta*, el primero de ellos cubre su paso en el gabinete y, el segundo, está dedicado al exilio. Este último es un libro importante, pero no alcanza la magnitud de los anteriores. Existen las memorias de Juan José Tablada, de Victoriano Salado Álvarez, Eduardo N. Iturbide y Victoriano Huerta, entre otras. Las dos primeras tienen un tinte literario, reflejan diversos pasajes de su vida, pero no tocan directamente su destierro. Las de Eduardo N. Iturbide son más interesantes, y tienen mayor utilidad. Las de Victoriano Huerta son de lo más controvertidas. Publicadas originalmente en El Paso, Texas, en 1915, resulta que son apócrifas y todo indica que las escribió el periodista mexicano Joaquín Piña.

Luis Liceaga escribió una biografía llamada *Félix Díaz*, a la medida del sobrino de don Porfirio, para presentarlo como un patriota excelso y limpiarlo de su participación en la Decena Trágica. Narra su destierro durante el huertismo, su incursión armada en suelo mexicano para derrocar Carranza, y su larga y estéril lucha para convertirse en el alma de la contrarrevolución. Tiene la ventaja de incluir diversos manifiestos felicistas y otros documentos firmados por los exiliados.

En cuanto a las obras de historiadores profesionales, en 1972 apareció la versión inglesa de una biografía política escrita por Michael C. Meyer, sobre Victoriano Huerta, el personaje maldito y más satanizado de la Revolución mexicana, que a mi juicio provocó todo un revuelo en el medio académico e intelectual. Meyer manifiesta algo que es cierto: que no pocos analistas han practicado una suerte de deporte atacando a Huerta hasta convertirlo en objeto de gran repugnancia. Asimismo, la aversión se ha hecho extensiva a los miembros de sus gabinetes y a funcionarios de alto y bajo rango. Si bien Meyer acepta que resulta difícil exculpar a Huerta, también considera que ha habido demasiada fobia y poco espíritu objetivo, serio e imparcial, al abordar tanto a su persona como a su periodo de gobierno.

Michael C. Meyer dedica una veintena de páginas para analizar la suerte o destino de los que llama desterrados o proscritos a causa de su vinculación con Huerta. En principio, afirma que no existe una lista completa de tales personajes, y menos de cuántos se refugiaron en Estados Unidos, en Europa o en América Latina, a la caída de Huerta. De cualquier forma aporta una reducida lista de 19 civiles y una docena de militares que cruzaron las fronteras de México, por mar y tierra, en busca de refugio en otro país. A juicio del autor, la lista debe ser impresionante puesto que no sólo huyeron miembros de los gabinetes de Huerta o de Díaz, sino también los integrantes del Congreso de la Unión, amén de simples simpatizantes que se desterraron voluntariamente por temor a sufrir represalias de Carranza y de sus subalternos. Meyer habla de que determinadas personalidades no figuraban en ninguna de las listas de los indeseables, pero que de cualquier forma huyeron al considerar que estaban más seguras en Estados Unidos que en el México de Carranza o de Villa. Del mismo autor, también destaca su investigación llamada *El rebelde del norte, Pascual Orozco y la revolución*, centrada en la personalidad de Pascual Orozco.

En la década de los ochenta, Douglas W. Richmond, biógrafo de Carranza, escribió un artículo intitulado "Intentos externos para derrocar al régimen de Carranza (1915-1920)", el que si bien no tiene

como objetivo indagar la suerte de los desterrados, describe a varios de ellos tramando derrocar al Primer Jefe, e incluso tratando de liquidarlo mediante un atentado. Justo uno de los más interesados en esta aventura era Félix Díaz, el sobrino del dictador. Según Richmond, existen evidencias, que llama "circunstanciales", que reflejan que el Departamento de Estado estadounidense alentó a los felicistas para asesinar a Carranza, utilizando los servicios de dos matones italianos.

A mediados de 1993 apareció el libro de Carlos Tello Díaz, *El exilio. Un relato de familia*, en donde narra precisamente el exilio de las familias de Porfirio Díaz y de Joaquín Casasús. Asimismo, Tello habla del exilio en La Habana de Olegario Molina, Francisco Bulnes, Federico Gamboa, Ignacio Torres Adalid, Teodoro Dehesa, Salvador Díaz Mirón, Francisco S. Carbajal, Querido Moheno y otros. Al margen de ellos, existe el libro de W. Dirk Raat, *Los revoltosos. Rebeldes mexicanos en los Estados Unidos 1903-1923*, y el de Luis Ángel Argüelles Espinosa, *Temas cubanomexicanos*, bastante desorientado por cierto, ya que confunde a los exiliados huertistas con los zapatistas y en ocasiones con los carrancistas. En 1994 apareció el tomo III del libro de Moisés González Navarro, cuyo título es *Los extranjeros en México y los mexicanos en el extranjero 1821-1970*, cuyos capítulos 4 y 5 están dedicados a los mexicanos que por razones económicas han emigrado al vecino país del norte, y en los capítulos 6 y 7 aborda las experiencias de algunos mexicanos cuyo estilo de vida era cosmopolita, y por lo tanto recorrieron parte del planeta. Pero el tema propiamente del exilio, durante la revolución de 1910, no está tratado aquí.

En nuestra indagación resultó clave la guía de Berta Ulloa intitulada *Revolución mexicana 1910-1920*, publicada en 1963, que refleja la existencia de información abundante en el Archivo Histórico de la Secretaría de Relaciones Exteriores. Se trata de la información aportada por el sistema de espionaje del gobierno mexicano, que adquiere vida en las legaciones y en los consulados. Y es que, como se sabe, cuando menos desde el porfiriato, la red de espionaje era ineludible para mantener bajo estrecha vigilancia a toda

clase de opositores o disidentes. Aquí se consigna que en el exilio, los mexicanos tramaron golpes de estado, incursiones armadas, conspiraciones, y se mencionan los nombres de gran cantidad de personas que en ocasiones son poco conocidas.

La información relativa a los barcos que zarparon de los puertos mexicanos resultaba atrayente, ya que mediante ella es posible determinar los nombres de los exiliados y su fecha de salida. Sin embargo, esta alternativa no resultó del todo satisfactoria por varias razones. La primera, fue la imposibilidad de consultar los registros de las capitanías de los puertos. La prensa mexicana reportó en contados casos los nombres de los barcos y la fecha de salida. Todo lo contrario sucede con la prensa cubana, que le dio una cobertura muy amplia y posiblemente lo mismo suceda con la estadounidense. De acuerdo con los datos disponibles, se sabe que entre mayo y noviembre de 1914, una veintena de barcos levaron anclas llevándose a lo más granado del personal político huertista. Como nadie tenía un destino fijo o seguro, navegan rumbo a La Habana o a Estados Unidos, y allí decidieron si se quedaban o bien continuaban a Europa. Sobra decir que, en ocasiones, al llegar a Estados Unidos las cosas no resultaron tan fáciles y optaron por dirigirse a La Habana. El análisis de los registros de entrada y salida de las capitanías de los puertos nacionales y extranjeros, constituyen una veta de investigación que está por hacerse.

Finalmente, se llevó a cabo un rastreo en el Archivo del Centro de Estudios de Historia de México, Condumex, que almacena el archivo de Venustiano Carranza y el de Félix Díaz. Y tal como se ha adelantado, quedan fuera de nuestra investigación los archivos estadounidenses, cubanos, guatemaltecos y europeos.

Bibliografía

SIGLAS

DC Félix Díaz
L-E Relaciones Exteriores
S.C. AHSRE (Sección)
X. León de la Barra
X.1 (León de la Barra. Su estancia en Francia)
XXI Carranza, Condumex

ARCHIVOS

Archivo General de la Nación
Archivo Histórico Genaro Estrada de la Secretaría de Relaciones Exteriores
Centro de Estudios de Historia de México Condumex
Fondo Reservado de la UNAM

ABUD FLORES, José Alberto, *Campeche. Revolución y movimiento social*, México, INEHRM, 1992.

ADAME, Goddard, Jorge, *El pensamiento político y social de los católicos mexicanos 1867-1914*, México, UNAM, 1981.

ALMADA R., Francisco, *La revolución en el estado de Sonora*, México, INEHRM, 1971, pp. 13-17 y 53.

ARENAS GUZMÁN, Diego, *Radiografía del cuartelazo 1912-1913*, México, INEHRM, 1969.

———, *El régimen del general Huerta en proyección histórica*, México, INEHRM, 1970.

ARÉVALO MARTÍNEZ, Rafael, *¡Ecce Pericles¡*, San José, Costa Rica, Universitaria Centroamericana, 1971.

ARGÜELLES ESPINOSA, Luis Ángel, *Temas cubanomexicanos*, México, UNAM, 1989.

ARRIOLA WOOG, Enrique (coord.), *Sobre rusos y Rusia. Antología documental*, México, Archivo General de la Nación-Biblioteca Nacional, 1994.

BENJAMIN, Thomas Louis, *El camino a Leviatán*, México, Conaculta, 1990.

BLANCARTE, Roberto, *Historia de la Iglesia católica en México*, México, FCE, 1993.

BULNES, Francisco, *Las grandes mentiras de nuestra historia*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1991.

———, *Los grandes problemas de México*, México, Secretaría de la Reforma Agraria, 1981.

CAMBEROS VIZCAÍNO, Vicente, *Francisco El grande. Monseñor Francisco Orozco y Jiménez*, t. I y II, México, Jus, 1966.

CAMPOS, Armando de Maria, *El teatro de género chico en la Revolución mexicana*, México, Colección Cien de México, Conaculta, 1996.

CASTRO LEAL, Antonio, *Díaz Mirón su vida y su obra*, México, Porrúa, 1970.

CEBALLOS RAMÍREZ, Manuel, *El catolicismo social: un tercero en discordia*, México, El Colegio de México, 1991.

CORREA, Eduardo J., *El Partido Católico Nacional y sus directores*, México, FCE, 1991.

CUEVAS, Mariano, *Historia de la Iglesia en México*, t. V, México, Porrúa, 1992.

CUMBERLAND, Charles C., *La Revolución mexicana. Los años constitucionalistas*, México, FCE, 1983.

———, *Madero y la Revolución mexicana*, México, Siglo XXI Editores, 1984.

De cómo vino Huerta y cómo se fue... Apuntes para la historia de un régimen militar, México, El Caballito, 1975.

Diario de Federico Gamboa (1892-1939), selección, prólogo y notas de José Emilio Pacheco, México, Siglo XXI Editores, 1977.

DULLES, John W.F., *Ayer en México*, México, FCE, 1985.

En defensa de la agricultura nacional, Guadalajara, Talleres Gráficos de Gallardo y Álvarez del Castillo, 1921.

ESPARZA, Manuel, *Gillow durante el porfiriato y la revolución en Oaxaca (1887-1922)*, Oaxaca, Secretaría de Administración del Gobierno del Estado de Oaxaca, 1985.

FAGEN, Patricia W., *Transterrados y ciudadanos republicanos españoles en México*, México, FCE, 1975.

FIGUEROA DOMÉNECH, J., *Guía general descriptiva de la República Mexicana*, 2 t., México, Ramón de S.N. Araluce, 1899.

GALLEGOS G., José Ignacio, *La historia de la Iglesia en Durango*, México, Jus, 1969.

GAMIO, Manuel, *Quantitative Estimate Sources and Distribution of Mexican Inmigration into the United States*, México, Talleres Gráficos y Diario Oficial, 1930.

GARCÍA CANTÚ, Gastón, *El pensamiento de la reacción mexicana, t. II (1860-1926)*, Lecturas Universitarias, núm. 33, México, UNAM, 1987.

GARCÍA DE LEÓN, Antonio, *Resistencia y utopía*, 2 t., México, Era, 1989.

GARCIADIEGO, Javier, *Rudos contra científicos*, México, El Colegio de México-UNAM, 1996.

GOJMAN DE BACKAL, Alicia, *Generaciones judías en México. La Kehilá Ashkenazí 1922-1992*, 7 vols., México, Comunidad Ashkenazí de México, 1993.

———, *Historias no escritas. Judíos en México*, México, Cerimavi, 1983.

GÓMEZ QUIÑONES, Juan, *Porfirio Díaz, los intelectuales y la Revolución mexicana*, México, El Caballito, 1981.

GONZÁLEZ BLANCO, Pedro, *De Porfirio Díaz a Carranza*, Madrid, Imprenta Helénica, 1916.

GONZÁLEZ NAVARRO, Moisés, *Los extranjeros en México y los mexicanos en el extranjero 1821-1970*, t. III, México, El Colegio de México, 1994.

———, *Población y sociedad en México (1900-1970)*, t. I y II, México, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, 1974.

———, *Estadísticas sociales del porfiriato 1877-1910*, México, Dirección General de Estadística, 1956.

GORDILLO Y ORTIZ, Octavio, *La revolución en el estado de Chiapas*, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1986.

GUILPAIN PEULIARD, Odile, *Felipe Ángeles y los destinos de la Revolución mexicana*, México, FCE, 1991.

GUTIÉRREZ CASILLAS, José, *Historia de la Iglesia en México*, México, Porrúa, 1984.

GUTIÉRREZ SANTOS, Daniel, *Historia militar de México 1876-1914*, México, Ediciones Ateneo, 1955.

Historia de la Cámara de Diputados de la XXVI legislatura federal. t. VI. La contrarrevolución en el gobierno, Selección y guías de Diego Arenas Guzmán, México, INEHRM, 1977.

ILLADES, Carlos, *México y España durante la Revolución mexicana*, México, Archivo Histórico Diplomático Mexicano, núm. 21, 1985.

KATZ, Friedrich, *Pancho Villa*, 2 t., México, Era, 1998.

———, *La guerra secreta en México I. Europa, Estados Unidos y la Revolución mexicana*, México, Era, 1982.

———, *La guerra secreta en México 2. La Revolución mexicana y la tormenta de la primera guerra mundial*, México, Era, 1982.

KELLEY, Francis Clement, *México, el país de los altares ensangrentados*, México, Polis, 1939.

KNIGTH, Alan, *The mexican revolution*, vol. 2, Cambridge University Press, 1986.

KRAUZE, Enrique, *Caudillos culturales en la Revolución mexicana*, México, Siglo XXI Editores, 1976.

LENIN, V.I., *Obras escogidas*, t. 2, Moscú, s/f.

LICEAGA, Luis, *Félix Díaz*, México, Jus, 1958.

LIDA, Clara, *Inmigración y exilio. Reflexiones sobre el caso español*, México, Siglo XXI Editores-El Colegio de México, 1997.

LOZOYA, Alberto, *Ejército mexicano*, México, El Colegio de México, 1984.

MAGDALENO, Mauricio, *Hombres e ideas de la revolución mexicana*, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1980.

MALDONADO R., Calixto, *Los asesinatos de los señores Madero y Pino Suárez: recopilación de datos históricos*, México, s.p.i., 1922.

MÁRQUEZ, Octaviano, *Monseñor Ibarra. Biografía del Exmo. señor doctor y maestro D. Ramón Ibarra y González*, México, Jus, 1962.

MÁRQUEZ STERLING, Manuel, *Los últimos días del presidente Madero*, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1985.

MEDINA ASCENCIO, Luis, *Historia del seminario de Montezuma. Sus precedentes, fundación y consolidación 1910-1953*, México, Jus, 1962.

MENÉNDEZ RODRÍGUEZ, Hernán, *Iglesia y poder. Proyectos sociales, alianzas políticas y económicas en Yucatán (1857-1917)*, México, Colección Regiones, Conaculta, 1995.

MEYER, Jean, *La Revolución mexicana*, Barcelona, Dopesa, 1973.

MEYER, Michael C., *El rebelde del norte. Pascual Orozco y la Revolución*, México, UNAM, 1984.

———, *Huerta. Un retrato político*, México, Domés, 1983.

MOLINA ENRÍQUEZ, Andrés, *La revolución agraria de México 1910-1920. Tomo V*, México, Coordinación de Humanidades-UNAM-Miguel Ángel Porrúa, 1986.

MONTEFORTE TOLEDO, Mario, *Guatemala. Monografía sociológica*, México, Instituto de Investigaciones Sociales-UNAM, 1965.

NIEMEYER Jr., E.V., *El general Bernardo Reyes*, Monterrey, Gobierno del Estado de Nuevo León-Centro de Estudios Humanísticos de la Universidad de Nuevo León, 1966.

OBREGÓN, Álvaro, *Ocho mil kilómetros en campaña*, México, FCE, 1973.

O´GORMAN, Edmundo, *Historia de las divisiones territoriales de México*, México, Porrúa, Sepan Cuantos, núm. 45, 1985.

PADILLA, Guillermo Ernesto, *El maestro Gaona*, México, Compañía Editorial Impresora y Distribuidora, 1987.

PASQUEL, Leonardo, *La revolución mexicana en el estado de Veracruz*, t. I y II, México, INEHRM, 1971.

PAZ SALINAS, María Emilia, *Belize. El despertar de una nación*, México, Siglo XXI Editores, 1979.

PÉREZ, Abel R., *Teodoro A. Dehesa. Gobernante veracruzano*, México, Talleres Stylo, 1950.

PLANCHET, Regis, *El robo de los bienes de la Iglesia, ruina de los pueblos*, México, Polis, 1939.

PODÁN, Mateo, *Porfirio Díaz, deber y haber*, México, Botas, 1944.

PRIMELLES, León, *Crónica cubana (1915-1918)*, La Habana, 1955.

PUIG, Juan, *Entre el río Perla y el Nazas*, México, Conaculta, Regiones, 1992.

RAAT, W. Dirk, *Los revoltosos. Rebeldes mexicanos en los Estados Unidos 1903-1923*, México, FCE, 1988.

RICHMOND, Douglas W., *La lucha nacionalista de Venustiano Carranza 1893-1920*, México, FCE, 1986.

SÁENZ, Aarón, *Los históricos tratados de Teoloyucan. Disolución del ejército federal y capitulación de la ciudad de México*, México, Patronato de la Historia de Sonora, 1964.

SÁENZ CARRETE, Erasmo, *El exilio latinoamericano en Francia: 1964-1979*, México, Universidad Autónoma Metropolitana-Unidad Iztapalapa-Potrerillo Editores, 1995.

SALAZAR ANAYA, Delia, *La población extranjera en México (1895-1990). Un recuento con base en los censos generales de población*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1996.

SANABRIA, José Rubén y Mauricio Beuchot, *Historia de la filosofía cristiana en México*, México, Universidad Iberoamericana, 1994.

SÁNCHEZ, Luis Alberto, *Aladino o la vida y obra de José Santos Chicano*, México, Libro Mex Editores, 1960.

SÁNCHEZ AZCONA, Gloria, *El general Antonio I. Villarreal*, México, INEHRM, 1980.

SAX, Antimaco, *Los mexicanos en el destierro*, San Antonio, Texas, 1916.

TABLADA, José Juan, *La defensa social. Historia de la campaña de la División del Norte*, México, Imprenta del Gobierno Federal, 1913.

TAPIA MÉNDEZ, Aureliano, *José Juan de Jesús Herrera y Piña, VI obispo de Tulancingo y V arzobispo de Monterrey*, México, Libros de México, 1976.

TARACENA, Alfonso, *La verdadera Revolución mexicana (1912-1914)*, México, Porrúa, 1991.

———, *La verdadera Revolución mexicana (1915-1917)*, México, Porrúa, 1992.

———, *La verdadera Revolución mexicana (1918-1921)*, México, Porrúa, 1992.

———, *Francisco I. Madero*, México, Porrúa, 1985.

———, *Historia ilustrada de la Revolución mexicana. De Porfirio Díaz a Miguel de la Madrid*, t. 2, México, Ediciones Pedagógicas, 1988.

TAYLOR, Lawrence, *La gran aventura en México*, México, Conaculta, 1993.

TELLO DÍAZ, Carlos, *El exilio. Un relato de familia*, México, Cal y Arena, 1993.

TENA RAMÍREZ, Felipe, *Derecho constitucional mexicano*, México, Porrúa, 1955.

TOBLER, Hans Werner, *La Revolución mexicana. Transformación social y cambio político 1876-1940*, México, Alianza Editorial, 1994.

TREVIÑO, Jacinto B., *Memorias*, México, Orión, 1961.

ULLOA, Berta, *Revolución mexicana 1910-1920*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1985.

———, *Historia de la Revolución mexicana. Periodo 1914-1917*, núm. 4, México, El Colegio de México, 1979.

Universidad Nacional Autónoma de México, *Ceremonia de investidura de profesores e investigadores eméritos y de doctores honoris causa*, México, UNAM, 1996.

VALDÉS, Porfirio, *Excmo. monseñor doctor Guillermo Tritschler y Córdova*, México, Curia del Arzobispado de México, 1964.

VALADÉS, José C., *Historia general de la revolución mexicana. La violencia como sistema*, t. 3, México, SEP-Gernika, 1985.

———, *Historia general de la Revolución mexicana*, t. 5, México, SEP-Gernika, 1985.

VALVERDE TÉLLEZ, Emeterio, *Bio Bibliografía eclesiástica mexicana*, t. I y II, México, Jus, 1949.

VERA ESTAÑOL, Jorge, *Historia de la Revolución mexicana*, México, Porrúa, 1976.

VIZCAÍNO, Fernando, *Biografía política de Octavio Paz o la razón ardiente*, Málaga, Algazara, 1993.

Zolberg, Aristide R., Astri Shurke y Sergio Aguayo, *Escape from Violence. Conflict and the Refugee Crisis in the Deveolping Word*, Nueva York, Oxford University Press, 1989.

MEMORIAS

Adorada Laurita. Epistolario familiar de Toribio Esquivel Obregón 1883-1946, México, INAH, 1996.

Diario de Federico Gamboa (1892-1939), selección, prólogo y notas de José Emilio Pacheco, México, Siglo XXI Editores, 1977.

Doctor Aureliano Urrutia, su gestión científica, su acción política, San Antonio, Texas, Artes Gráficas, 1946.

ELGUERO, José, *Ayer, hoy y mañana*, México, Polis, 1941.

ESQUIVEL OBREGÓN, Toribio, *Mi labor en servicio de México*, México, Botas, 1934.

GAMBOA, Federico, *Mi diario VI (1912-1919)*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1995.

———, *Mi diario VII (1920-1939)*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1996.

GAONA, Rodolfo, *Mis veinte años de torero: el libro íntimo de Rodolfo Gaona*, México, El Universal, 1924.

GARCÍA NARANJO, Nemesio, *Memorias de Nemesio García Naranjo. Mis andanzas con el general Huerta*, t. VII, Monterrey, Talleres de El Porvenir, s/f.

———, *Memorias de Nemesio García Naranjo. Nueve años de destierro*, t. VIII, Monterrey, Talleres de El Porvenir, s/f.

———, *Memorias de Nemesio García Naranjo. Mi segundo destierro*, t. IX, Monterrey, Talleres de El Porvenir, s/f.

ITURBIDE, Eduardo, *Mi paso por la vida*, México, Cultura, 1941.

Memorias de Victoriano Huerta, México, Ediciones Vértice, 1957.

Memorias de la Secretaría de Guerra y Marina, 1877, 1889, 1896, 1902, 1906, 1930 y 1931.

MOHENO, Querido, *Sobre el ara sangrienta*, México, Botas, 1922.

———, *Sobre la brecha*, México, Botas, 19245.

———, *Mi actuación política después de la decena trágica*, México, Botas, 1939.

REYES, Rodolfo, *De mi vida: memorias políticas, II (México 1913-1914)*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1930.

———, *De mi vida, III La bi-revolución española*, México, Jus, 1948.

SALADO ÁLVAREZ, Victoriano, *Memorias*, México, Porrúa, 1985.

SANTOS, Gonzalo, *Memorias*, México, Grijalbo, 1986.

TORRES RIVAS, Javier, *Memorándum sobre cargos y negocios*, mecanografiado

TESIS

GOJMAN GOLDBERG, Alicia, *La acción revolucionaria mexicanista. Los camisas doradas, 1934-1940*, México, tesis para obtener el grado de doctora en Historia, División de Estudios de Posgrado de la Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, 1998.

LOYO, Martha B., *Joaquín Amaro y el proceso de institucionalización del ejército. 1917-1931*, México, tesis para obtener el grado de doctorado en Historia, División de Estudios de Posgrado de la Facultad de Filosofía y Letras-Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, 1998.

PALMA MORA, María Dolores Mónica, *Inmigrantes extranjeros en México. 1950-1980*, México, tesis para obtener el grado de doctora en Historia, División de Estudios de Posgrado de la Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, 1999.

ARTÍCULOS, CAPÍTULOS DE LIBROS E INTRODUCCIONES

AGUILAR PLATA, Blanca, "El Imparcial: su oficio y su negocio", *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, núm. 109, 1982, pp. 77-101.

ALEXIUS, Robert Martín, "El ejército y la política en el México porfirista", en Lief Adleson *et al.*, *Sabores y sinsabores de la Revolución mexicana*, SEP-Universidad de Guadalajara-Comecso, s/f, pp. 575-630.

BRUCE-NOVOA, Juan D., "Estudio preliminar", en Martín Luis Guzmán, *La sombra del caudillo*, México, UNAM, 1987.

CURIEL, Fernando, "Para leer a Bulnes", en Francisco Bulnes, *Las grandes mentiras de nuestra historia*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1991, pp. 9-28.

DE LOS RÍOS, Norma, "Introducción" del libro, *Francisco Bulnes*, México, Senado de la República, LIII Legislatura, 1987, pp. 15-27.

DOMÍNGUEZ, Jorge, "Cuba, 1959-c. 1990", en Leslie Bethell, *Historia de América Latina. 13. México y el Caribe desde 1930*, Barcelona, Crítica, Grijalbo Mondadori, 1998, pp. 183-227.

ESPARZA, Manuel, "Eulogio Gillow un obispo terrateniente que se opuso a la revolución", en Carlos Martínez Assad (coord.), *Estadistas, caciques y caudillos*, México, Instituto de Investigaciones Sociales-UNAM, 1988, pp. 153-162.

FRIEDMAN, John, "Intelectuals in Developing Societies", en *Kylos* (1960).

GARCÍA GÓMEZ, María José, "El exilio costoso: actividades económicas y políticas de la familia Madero en los Estados Unidos, 1913-1923", El Colegio de México, ponencia presentada en la X Reunión de historiadores mexicanos y norteamericanos, en Forth Worth-Dallas, Texas, 22 de noviembre de 1999, inédito.

GARCÍA PIMENTEL, Joaquín, "III Elguero", en José Elguero, *Ayer, hoy y mañana*, México, Polis, 1941, pp. 17-29.

GONZÁLEZ PEÑA, Carlos, "Prólogo", a las *Memorias de Victoriano Salado Álvarez*, México, Porrúa, 1985, pp. XVII-XXI.

MEYER, Michael C., "Villa, Sommerfeld, Columbus y los alemanes", *Historia Mexicana*, núm. 112, pp. 546-566.

PACHECO, José Emilio, "Nota preliminar", a las *Memorias de Victoriano Salado Álvarez*, México, Porrúa, 1985, pp. IX-XIV.

PASQUEL, Leonardo, "Prólogo", en Rafael Zayas de Enríquez, *Apuntes confidenciales al presidente Porfirio Díaz*, México, Citlaltepetl, 1967.
RICHMOND, Douglas W., "Intentos externos para derrocar al régimen de Carranza (1915-1920)", *Historia Mexicana*, núm. 125, 1982, pp. 106-132.
RODRÍGUEZ KURI, Ariel, "El discurso del miedo: El Imparcial y Francisco I. Madero", *Historia Mexicana*, núm. 160, pp. 697-740.
ROJAS GARCIDUEÑAS, José, "Don Victoriano Salado Álvarez como diplomático", *Historia Mexicana*, núm. 68, abril-junio de 1964, pp. 569-586.
ROSS, Stanley R., "Victoriano Huerta visto por su compadre", *Historia Mexicana*, núm. 46, octubre-diciembre, de 1962, pp. 296-321.
SERVÍN MASSIEU, Manuel y Raúl Ruiz Escobedo, "Aureliano Urrutia ¿Científico eminente o político asesino?", en María Luis Rodríguez Sala y José Omar Moncada Maya, *La cultura científico tecnológica en México: nuevos materiales multidisciplinarios*, México, UNAM, 1995, pp. 139-155.
SILVA HERZOG, Jesús, "Miguel Othón de Mendizabal", *Revista Mexicana de Sociología*, núm. 1, 1967, pp. 109-126.
ULLOA, Berta, "La lucha armada (1911-1920)", en *Historia general de México*, t. 2, México, El Colegio de México, 1981, pp. 1073-1182.

DICCIONARIOS, ENCICLOPEDIAS Y EFEMÉRIDES

Colección de las efemérides publicadas en el Calendario del más antiguo Galván, desde su fundación hasta el 30 de junio de 1950, México, Antigua Librería de Murguía, 1950.
Enciclopedia de México, t. VIII, José Rogelio Álvarez (ed.), México, E. de M./SEP, 1987.
Diccionario Porrúa de Historia, Biografía y Geografía de México, 3 t., México, Porrúa, 1986.
Diccionario histórico y biográfico de la Revolución mexicana, t. VII, México, INEHRM, 1992.
NARANJO, Francisco, *Diccionario biográfico revolucionario*, México, INEHRM, 1985.
PERAL, Miguel Ángel, *Diccionario de Historia, Biografía y Geografía del Estado de Puebla*, México, PAC, 1972.

PERIÓDICOS

El Demócrata
El Dictamen
Gil Blas
El Imparcial
El Independiente
El Liberal
El Popular
El Pueblo
El País
El Radical
El Regenerador
El Universal
Excélsior
La Nación
Le Courrier du Mexique
The Mexican Herald
El Diario de la Marina (Cuba)
Heraldo de Cuba
El Fígaro (Cuba)

REVISTAS

Acción Mundial
Boletín del Departamento del Trabajo
El Disloque
La Semana Mercantil
Novedades. Revista Literaria y de Información
Revista Mexicana, editada por Nemesio García Naranjo en San Antonio, Texas.

DECRETOS

Primera Jefatura del Ejército Constitucionalista, s.p.i.,
Documentos políticos, t. I, Fondo Reservado de la UNAM,

DIARIOS DE DEBATES Y OFICIALES

Diario de los Debates de la Cámara de Senadores
Diario de los Debates de la Cámara de Diputados
Diario Oficial de los Estados Unidos Mexicanos
Periódico Oficial del Gobierno Constitucionalista del Estado de Puebla

Índice

Títulos de la colección

Las ciencias sociales

Director de la colección
HUMBERTO MUÑOZ GARCÍA

BERTHA LERNER
América Latina: los debates en política social, desigualdad y pobreza

MANUEL VILLA
Los años furiosos: 1994-1995. La reforma del Estado y el futuro de México

ISAAC M. KATZ
La apertura comercial y su impacto regional sobre la economía mexicana

ARTURO ÁNGEL LARA RIVERO
Aprendizaje tecnológico y mercado de trabajo en las maquiladoras japonesas

MANUEL VILLA AGUILERA
¿A quién le interesa la democracia en México? Crisis del intervencionismo estatal y alternativas del pacto social

ABELARDO VILLEGAS
Arar en el mar: la democracia en América Latina

ROBERTO EIBENSCHUTZ HARTMAN (COORDINADOR)
Bases para la planeación del desarrollo urbano en la ciudad de México. Tomo I: Economía y sociedad en la Metrópoli Tomo II: Estructura de la ciudad y su región

ÓSCAR F. CONTRERAS, ALEJANDRO COVARRUBIAS MIGUEL ÁNGEL RAMÍREZ, JOSÉ LUIS SARIEGO
Cananea. Tradición y modernidad en una mina histórica

ABRAHAM A. MOLES
Las ciencias de lo impreciso

LEONEL CORONA (COORDINADOR)
Cien empresas innovadoras en México

ABILIO VERGARA, AMPARO SEVILLA (COORDINADORES)
La ciudad desde sus lugares. Trece ventanas etnográficas para una ciudad

ALICIA ZICCARDI (COORDINADORA)
Ciudades y gobiernos locales en la América Latina de los noventa

FRANCISCO LÓPEZ CÁMARA
La clase media en la era del populismo

JUDITH HERRERA MONTELONGO
Colaboración y conflicto: el sindicato petrolero y el cardenismo

JUAN-MANUEL RAMÍREZ SÁIZ (COORDINADOR)
¿Cómo gobiernan Guadalajara? Demandas ciudadanas y respuestas de los ayuntamientos

JUDITH VILLAVICENCIO BLANCO (COORDINADORA)
Condiciones de vida y vivienda de interés social en la ciudad de México

JULIÁN REBÓN
Conflicto armado y desplazamiento de población. Chiapas 1994-1998

CÉSAR CANSINO
Construir la democracia. Límites y perspectivas de la transición en México

ANA PAULA DE TERESA
Crisis agrícola y economía campesina. El caso de los productores de henequén en Yucatán

FERNANDO CORTÉS, ÓSCAR CUÉLLAR (COORDINADORES)
Crisis y reproducción social. Los comerciantes del sector informal

LOURDES ARIZPE
Cultura y desarrollo. Una etnografía de las creencias de una comunidad mexicana

ROBERTO BLUM VALENZUELA
De la política mexicana y sus medios. ¿Deterioro institucional o nuevo pacto político?

ENRIQUE SUÁREZ-ÍÑIGUEZ
De los clásicos políticos

ABELARDO VILLEGAS, IGNACIO SOSA
ANA LUISA GUERRERO, MAURICIO BEUCHOT
JOSÉ LUIS OROZCO, ROQUE CARRIÓN WAM
JORGE M. GARCÍA LAGUARDIA
Democracia y derechos humanos

RAÚL ÁVILA ORTIZ
El derecho cultural en México: una propuesta académica para el proyecto político de la modernidad

ANDRÉS ROEMER
Derecho y economía: políticas públicas del agua

ALBERTO DÍAZ CAYEROS
Desarrollo económico e inequidad regional: hacia un nuevo pacto federal en México

ENRIQUE CABRERO MENDOZA (COORDINADOR)
Los dilemas de la modernización municipal. Estudios sobre la gestión hacendaria en municipios urbanos de México

JORGE HÉCTOR CARRILLO VIVEROS
Dos décadas de sindicalismo en la industria maquiladora de exportación: examen en las ciudades de Tijuana, Juárez y Matamoros

GINA ZABLUDOVSKY Y SONIA DE AVELAR
Empresarias ejecutivas en México y Brasil

ROGELIO HERNÁNDEZ RODRÍGUEZ
Empresarios, Banca y Estado. El conflicto durante el gobierno de José López Portillo, 1976-1982

CARLOS ARRIOLA WOOG
Los empresarios y el Estado (1970-1982)

EDUARDO IBARRA COLADO, LUIS MONTAÑO HIROSE (COMPILADORES)
Ensayos críticos para el estudio de las organizaciones en México

IGNACIO SOSA ÁLVAREZ
Ensayo sobre el discurso político mexicano

CARLOS ARRIOLA WOOG
Ensayos sobre el PAN

ALEJANDRO PORTES
En torno a la informalidad: Ensayos sobre teoría y medición de la economía regulada

LUDGER PRIES
Entre el corporativismo productivista y la participación de los trabajadores. Globalización y relaciones industriales en la industria automotriz mexicana

ÁLVARO MATUTE, EVELIA TREJO
BRIAN CONNAUGHTON (COORDINADORES)
Estado, Iglesia y sociedad en México. Siglo XIX

ARTURO BORJA
El Estado y el desarrollo industrial. La política mexicana de cómputo en una perspectiva comparada

VÍCTOR MANUEL DURAND PONTE
Etnia y cultura política: los mexicanos en Estados Unidos

MARÍA DE LA PAZ LÓPEZ Y VANIA SALLES (COMPILADORAS)
Familia, género y pobreza

ALENKA GUZMÁN CHÁVEZ
Las fuentes del crecimiento de la siderurgia mexicana. Innovación, productividad y competitividad

JENNIFER COOPER, TERESITA DE BARBIERI
TERESA RENDÓN, ESTELA SUÁREZ
ESPERANZA TUÑÓN (COMPILADORAS)
Fuerza de trabajo femenina urbana en México
Volumen I: Características y tendencias
Volumen II: Participación económica y política

ENRIQUE CABRERO MENDOZA
GABRIELA NAVA CAMPOS
(COORDINADORES)
Gerencia pública municipal. Conceptos básicos y estudios de caso

Gustavo Garza Villarreal
La gestión municipal en el Área Metropolitana de Monterrey, 1989-1994

Ricardo Valero (Compilador)
Globalidad: una mirada alternativa

Alicia Ziccardi
Gobernabilidad y participación ciudadana en la ciudad capital

Tonatiuh Guillén López
Gobiernos municipales en México: entre la modernización y la tradición política

Orlandina de Oliveira
Marielle Pepin Lehalleur, Vania Salles (Compiladoras)
Grupos domésticos y reproducción cotidiana

Emilio Duhau
Hábitat popular y política urbana

César Gilabert
El hábito de la utopía. Análisis del imaginario sociopolítico en el movimiento estudiantil de México, 1968

Alberto Rébora Togno
¿Hacia un nuevo paradigma de la planeación de los asentamientos humanos? Políticas e instrumentos de suelo para un desarrollo urbano sostenible, incluyente y sustentable. El caso de la región oriente en el Valle de México

María Eugenia de la O Martínez
Innovación tecnológica y clase obrera: estudios de caso de la industria maquiladora electrónica R.C.A. Ciudad Juárez, Chihuahua

Manuel Villa Aguilera
La institución presidencial. El poder de las instituciones y los espacios de la democracia

Raúl Béjar Navarro
Héctor H. Hernández Bringas
La investigación en ciencias sociales y humanidades en México

Teresa Pacheco Méndez
La investigación universitaria en ciencias sociales. Su promoción y evaluación

Jordy Micheli (Coordinador)
Japan Inc. en México. Las empresas y modelos laborales japoneses

Jorge Fuentes Morúa
José Revueltas: una biografía intelectual

Rafael Guido Béjar, Otto Fernández Reyes
María Luisa Torregrosa (Compiladores)
El juicio al sujeto. Un análisis global de los movimientos sociales

Abelardo Villegas, José Luis Orozco
Ignacio Sosa, Ana Luisa Guerrero
Mauricio Beuchot
Laberintos del liberalismo

Víctor Alejandro Payá Porres
Laguna Verde: La violencia de la modernización. Actores y movimiento social

Marcos Tonatiuh Águila M.
El liberalismo mexicano y la sucesión presidencial de 1880: dos ensayos

Julio López G. (Coordinador)
Macroeconomía del empleo y políticas de pleno empleo para México

Julio López Gallardo
La macroeconomía de México: el pasado reciente y el futuro posible

Juliana González
El malestar en la moral Freud y la crisis de la ética

Patricia Melé y Mario Bassols (Coordinadores)
Medio ambiente, ciudad y orden jurídico

José Ayala Espino
Mercado, elección pública e instituciones. Una revisión de las teorías modernas del Estado

Cristina Puga
México: empresarios y poder

Manuel García y Griego, Mónica Verea Campos
México y Estados Unidos frente a la migración de los indocumentados

Rodolfo O. de la Garza
Jesús Velasco
(Coordinadores)
México y su interacción con el sistema político estadounidense

ESPERANZA TUÑÓN PABLOS
Mujeres que se organizan. El Frente Único Pro Derechos de la Mujer (1935-1938)

RODOLFO GARCÍA DEL CASTILLO
Los municipios en México. Los retos ante el futuro

ENRIQUE CABRERO MENDOZA
La nueva gestión municipal en México. Análisis de experiencias innovadoras en gobiernos locales

MARÍA LUISA TARRÉS BARRAZA
Observar, escuchar y comprender sobre la tradición cualitativa en la investigación social

JOSÉ LUIS MÉNDEZ (COORDINADOR)
Organizaciones civiles y políticas públicas en México y Centroamérica

MANUEL PERLÓ COHEN
El paradigma porfiriano. Historia del desagüe del Valle de México

ARTURO BORJA TAMAYO
Para evaluar al TLCAN

RAÚL BENÍTEZ ZENTENO
Población y política en México. Antología

HUMBERTO MUÑOZ GARCÍA (COMPILADOR)
Población y sociedad en México

ENRIQUE SUÁREZ-IÑIGUEZ (COORDINADOR)
El poder de los argumentos Coloquio internacional Karl Popper

MÓNICA VEREA CAMPOS
JOSÉ LUIS BARROS HORCASITAS (COORDINADORES)
La política exterior norteamericana hacia Centroamérica. Reflexiones y perspectivas

ENRIQUE CABRERO MENDOZA (COORDINADOR)
Las políticas descentralizadoras en México (1983-1993). Logros y desencantos

ROLANDO CORDERA Y ALICIA ZICCARDI (COORDINADORES)
Las políticas sociales de México al fin del milenio. Descentralización, diseño y gestión

CLARA JUSIDMAN
La política social en Estados Unidos

LILIANA KUSNIR
La política social en Europa

MARTHA SCHTEINGART (COORDINADORA)
Políticas sociales para los pobres en América Latina

MAURICIO BEUCHOT
Posmodernidad, hermenéutica y analogía

JORGE HERNÁNDEZ DÍAZ
Reclamos de la identidad: la formación de las organizaciones indígenas en Oaxaca

LARISSA ADLER LOMNITZ
Redes sociales, cultura y poder: ensayos de antropología latinoamericana

JUAN PABLO GUERRERO AMPARÁN
Y TONATIUH GUILLÉN LÓPEZ
Reflexiones en torno a la reforma municipal del artículo 115 constitucional

DAVID ARELLANO, ENRIQUE CABRERO
ARTURO DEL CASTILLO
(COORDINADORES)
Reformando al gobierno: una visión organizacional del cambio gubernamental

GRACIELA BENSUSÁN AREOUS (COORDINADORA)
Las relaciones laborales y el Tratado de Libre Comercio

CARLOS HERRERO BERVERA
Revuelta, rebelión y revolución en 1810. Historia social y estudios de caso

BLANCA SOLARES
El síndrome Habermas

JOSÉ LUIS OROZCO
Sobre el orden liberal del mundo

HUMBERTO MUÑOZ GARCÍA
ROBERTO RODRÍGUEZ GÓMEZ (COORDINADORES)
La sociedad mexicana frente al tercer milenio
3 tomos

GINA ZABLUDOVSKY
Sociología y política, el debate clásico y contemporáneo

ALICIA ZICCARDI (COORDINADORA)
La tarea de gobernar: gobiernos locales y demandas ciudadanas

TERESA RENDÓN Y GRACIELA BENSUSÁN
(COORDINADORAS)
Trabajo y trabajadores en el México contemporáneo

José Luis Barros Horcasitas
Javier Hurtado
Germán Pérez Fernández del Castillo
(Compiladores)
Transición a la democracia y reforma del Estado en México

Martha Schteingart (Coordinadora)
Transición política y democracia municipal en México y Colombia

Cambio XXI, Fundación Mexicana
(Coordinadora)
Las transiciones a la democracia

Carlos Barba Solano
José Luis Barros Horcasitas,
Javier Hurtado (Compiladores)
Transiciones a la democracia en Europa y América Latina

Lilia Domínguez Villalobos
Flor Brown Grossman
Transición hacia tecnologías flexibles y competitividad internacional en la industria mexicana

Ugo Pipitone
Tres ensayos sobre desarrollo y frustración: Asia oriental y América Latina

Blanca Solares
Tu cabello de oro Margarete... Fragmentos sobre odio, resistencia y modernidad

Massimo L. Salvador, Norbert Lechner
Marcelo Cavarozzi, Alfred Pfaller
Rolando Cordera, Antonella Attili
Un estado para la democracia

Raúl Benítez Manaut, Luis González Souza
María Teresa Gutiérrez Haces
Paz Consuelo Márquez Padilla
Mónica Verea Campos
(Compiladores)
Viejos desafíos, nuevas perspectivas: México-Estados Unidos y América Latina

Germán Pérez Fernández del Castillo
Arturo Alvarado M.
Arturo Sánchez Gutiérrez (Coordinadores)
La voz de los votos: un análisis crítico de las elecciones de 1994

Luis F. Aguilar Villanueva
Weber: la idea de ciencia social
Volumen I: La tradición
Volumen II: La innovación

Estudios de género

Araceli Mingo
¿Autonomía o sujeción? Dinámica, instituciones y formación en una microempresa de campesinas

Gabriela Cano y Georgette José Valenzuela
(Coordinadoras)
Cuatro estudios de género en el México urbano del siglo XIX

Márgara Millán
Derivas de un cine en femenino

Juan Guillermo Figueroa
Elementos para un análisis ético de la reproducción

Gloria Careaga Pérez
Juan Guillermo Figueroa Perea
María Consuelo Mejía (Compiladores)
Ética y salud reproductiva

Marta Lamas
El género: la construcción cultural de la diferencia sexual

Margarita Baz
Metáforas del cuerpo: un estudio sobre la mujer y la danza

Esperanza Tuñón
Mujeres en escena: de la tramoya al protagonismo. El quehacer político del Movimiento Amplio de Mujeres en México (1982-1994)

Guillermo Núñez Noriega
Sexo entre varones. Poder y resistencia en el campo sexual

Guillermo Floris Margadant
La sexofobia del clero y cuatro ensayos históricos-jurídicos sobre sexualidad

La reacción mexicana y su exilio durante la Revolución de 1910, se terminó de imprimir en la ciudad de México durante el mes de febrero del año 2002. La edición, en papel de 75 gramos, consta de 1,000 ejemplares más sobrantes para reposición y estuvo al cuidado de la oficina litotipográfica de la casa editora.



En febrero de 1915, Enrique C. Creel, quien entre 1907 y 1911 fue gobernador de Chihuahua, embajador de México en Washington, y secretario de Relaciones Exteriores, viajó a España para entrevistarse con Victoriano Huerta y plantearle, entre otras cosas, que un grupo de mexicanos desterrado en Estados Unidos había formado un vasto movimiento anticonstitucionalista, en segundo lugar, que para que tuviera éxito, necesitaban una figura política relevante que los aglutinara, y que ésta era justamente él. Pero hubo otro punto que le comunicó y que llama la atención: que al llegar Carranza al poder, *había elaborado una lista* de las personas que se proponía juzgar por traición conforme a la ley juarista expedida en 1862, que castigaba con la pena de muerte a los *trastornadores del orden público*, razón por la que innumerables mexicanos seguían huyendo a los Estados Unidos para evadir la pena de muerte o sufrir una larga prisión.

Todo indica que la lista citada por Enrique C. Creel, la elaboró Salvador Alvarado en diciembre de 1914, la cual contempla alrededor de 366 personas vinculadas al golpe de Estado de febrero de 1913, a los asesinatos de Francisco I. Madero y José María Pino Suárez, a los integrantes de los gabinetes de Victoriano Huerta y a sus principales allegados. Pero a primera vista, la lista no refleja la magnitud real del exilio durante la Revolución mexicana. Sospechamos que varias de las personas incluidas en la lista, permanecieron en México, sin que nada les pasara, y que otras que no lo estaban, hicieron sus maletas y abandonaron el país.

Justamente, nuestro propósito es incursionar en este tema. Nos interesa recuperar el mayor número posible de exiliados durante la Revolución mexicana, determinar cuál fue su papel político en el México huertista, su suerte en el destierro, el momento de su retorno y, de alguna forma, sus "puntos de vista" acerca de la Revolución mexicana.







Instituto de Investigaciones Históricas